ENCUADERNADO
Bmé TOMÁS
SAN MIGUEL, 8
PALMA

DGCL
A
(V.2)

C.1154335
t.118655

# TERESA DE JESÚS

TERESA DE JESÚS

JUAN MUÑOZ SÁNCHEZ, EDITOR

# TERESA DE JESÚS

LEYENDA RELIGIOSA, HISTÓRICO-NACIONAL

POR

A. BRAVO Y TUDELA

(CON LA CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIÁSTICA)

Tomo II

ADMINISTRACIÓN
CALLE DEL FÚCAR, NÚMERO 3
TELÉFONO NÚMERO 1.080

MADRID

Esta obra es propiedad del Editor, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

IMPRENTA DE PEDRO NUÑEZ, PALMA ALTA, 32.

R 93408

# LIBRO DÉCIMO

## LOS COMIENZOS DEL FIN

### I.

**Después de la detención.**

VOLVEMOS al día 8 de Septiembre de 1529: Al aniversario de las bodas de los marqueses de las Cuevas, don Enrique y doña Leonor:

A la mañana en que tuvo lugar la detención de Hispaleto, acontecimiento inesperado que vino á torcer el curso de los sucesos que tan á gusto caminaban para María, para sus tíos y el pintor.

La vuelta del fiel Gonzalo al palacio de Valdespinar echó por tierra los planes tan perfectamente combinados de su amo, quien al saber lo ocurrido en casa del artista no pudo contenerse.

—¡Preso él!... ¡Preso!...—exclamó con acento dolorido.

Y su esposa y María que le oyeron, entraron en el aposento.

Doña Leonor había adivinado algo de lo que su marido proyectaba; pero ignoraba en qué consistía el regalo del día.

La hija de don Pedro lo sabía todo.

Y cuando ambas vieron dejarse caer anonadado sobre un sillón á don Enrique, acosaron á preguntas al mayordomo, quien las refirió cuanto deseaban averiguar, cuanto querían saber, previa la venia de su amo.

—¿Para qué guardar secretos inútiles?—dijo éste.—Cuéntalas todo,—añadió.

Y trocóse en triste y amargo un día que para todos debía ser de alegría y satisfacción.

Doña Leonor iba á recibir en su casa á Juan Hispaleto, traído por su propio marido, y esto era más aún de lo que podía ambicionar para el logro de sus planes generosos, que oportunamente conoceremos:

María sabía que el artista había ido al templo, como le había rogado, porque el pintor así se lo escribió la noche antes, y un mensajero discreto trajo aquella mañana la misiva de Juan, en que así se lo comunicaba:

Don Enrique, gozoso con sorprender á su mujer ofreciéndola un regalo que tanto debía agradarla, acariciando beneficiosos augurios para su sobrina y su amigo, á quien quería en extremo:

Todos y cada uno fueron víctimas de la odiosa intriga de Natam Gutiérrez, en la que fueron dóciles instrumentos suyos los Manrique de Lerma.

Cegábales, al uno la venganza ruín, y al otro su amor contrariado.

El golpe había sido, pues, como vemos, acertadísimo, había sido certero.

Cualquiera otro recurso para desbaratar la felicidad, la dicha de los protectores del artista, y sumir á éste en la situación más comprometida y deplorable, no habría podido ser más difícil de contrarrestar.

Una delación al Tribunal del Santo Oficio, hecha en los términos que dejamos dicho antes del ruego y súplica de la gran mayoría de nuestros lectores, descripta tan minuciosa y detalladamente la niñez, la adolescencia y la juventud de Teresa, era siempre de un efecto terrible contra cualquiera.

¿Por qué negarlo?

Y tenía que serlo mucho más contra un joven sin apellido, casi extranjero en su patria y de dudosísimos antecedentes.

El judaizante tenía talento, mala intención, y se prometía además sacar partido de su odiosísima intriga, vengando en don Enrique Valdespinar ofensas y agravios de su hermano, sin comprometerse personalmente.

Por esto no debe extrañarnos que al anochecer del 8 de Septiembre, del día aciago, se ausentase

en secreto de la calle del Arco de Santa María, donde como inquilino no debía vérsele más.

Cuando pasadas algunas semanas se abrió la puerta de su habitación de orden de la autoridad, sólo se encontraron en ella los esqueletos, frascos y redomas que tanto habían asustado á doña Catalina Carvajal.

Necesitando defenderse de cualquiera indiscreción de los Manrique de Lerma, aunque el judío se instaló en su laboratorio contiguo á Nuestra Señora del Atochal, lo hizo tomando antes precauciones exquisitas, cambiando la entrada de la casuca que conocemos, para lo cual tuvo tiempo suficiente sin que nadie le molestase.

Una vez seguro y tranquilo, Natam Gutiérrez esperó que las cosas fuesen para él favorables y productivas, que siempre iba unido el interés á las cábalas y á las intrigas del judaizante.

Las víctimas fueron los buenos; los favorecidos, los malos.

Pero... ¿quién es capaz de adivinar los altos designios de la Providencia en esas mil y mil contrariedades que afligen á la inocencia, y en esas otras tantas satisfacciones y prosperidades como rodean á los malvados acá en la tierra?

Ya hemos dicho sobre esto lo bastante.

Los hechos confirmarán nuestras doctrinas.

Juan Hispaleto, llevado ante el Tribunal más

respetado en aquellos tiempos, se vió sumido en un encierro, donde tuvo que esperar por espacio de muchos días á que se le tomase la primera declaración.

Ya veremos por qué.

Una delación bien urdida era entonces, y lo será siempre, de inevitables é inmediatas consecuencias, aunque sea calumniosa y falsa.

Depurar la verdad, es la misión de la justicia, y la parsimonia en las primeras averiguaciones, en el principio de todo proceso, será constantemente acertado sistema de enjuiciar.

Obrar de ligero antes de reunir pruebas, es exponerse á irremediables desaciertos.

La acusación lanzada contra el artista por el familiar de la Inquisición, el funesto libro hallado en su estancia, tenían todos los visos de la más avasalladora verosimilitud.

Por otra parte, don Luis pidió tiempo para reunir mayores pruebas y comprobantes, para enterarse y conocer á fondo la historia del pintor; y se le concedió sin dificultad alguna.

También en esto se vió clara la intervención y el consejo del prestamista.

La cuestión para Natam Gutiérrez y los Manrique de Lerma, tan poderosos enemigos de nuestros conocidos, era ganar tiempo; era exasperar al que, no muy firme en sus creencias, podía perjudicarse á sí mismo, anticipándose á maldecir á sus jueces antes de conocerles, y sólo por las apa-

riencias de una insoportable dilación hacerse reo por desesperación.

Natam sabía que Hispaleto era de un carácter vivo, impresionable é irascible.

Su detención tuvo lugar en un instante el más dichoso de su vida: cuando estaba más enamorado.

El judaizante había prometido al pintor que María sería de don Luis de grado ó por fuerza, y su padre, que quería al mancebo, al ver el fiel retrato de la hija de don Pedro disculpó su pasión.

—¡Es tan hermosa!—solía repetir contemplándola.

El auxiliar secreto de la Santa colocó el cuadro de Hispaleto en su cuarto, y solía pasarse horas enteras admirando las facciones encantadoras que el pincel del artista había copiado del natural con mano experta, inspiración sublime, como tenemos dicho, de un modo magistral.

La obra pictórica destinada á doña Leonor había venido á poder del rival odioso de su autor, y era esta una de las ventajas que debía á su amigo el judaizante.

Esta sola hubiera sido para don Luis suficiente para no arrepentirse de su infame y cobarde proceder, prestándose á ser delator de una persona á quien envidiaba, pero que ni le habia ofendido ni faltado en nada.

La petición hecha por la Carvajal la tarde misma del 8 de Septiembre, de hablar á los marqueses

de las Cuevas, puso término al aplanamiento moral de éstos y de María.

Doña Catalina refirió minuciosamente la historia del cuadro, las idas del personaje misterioso que lo había querido comprar; y sólo omitió hablar del falso judaizante que tan perfectamente la había sabido engañar.

—Yo, yo tengo la culpa de todo,—decía con verdadera desesperación la pupilera.—¡Ah! ¡si yo hubiese dicho lo que venía observando!... Pero nada... nada.

Y su relación convenció á María de que Hispaleto la quería ciegamente, y que su deseo más vehemente era agradarla y hacerse digno de ella.

Algo contribuyó esto á consolarla.

Doña Leonor del Aguila, á quien congratularon mucho las cualidades de su protegido, se explicó entonces las salidas frecuentes de su marido y su sobrina, y lamentó muchísimo que el obsequio que le tenía reservado el marqués para aquel día, no hubiese llegado á sus manos, no hubiese llegado á su poder.

Conociendo la historia del pintor; enterada de la inseguridad de sus creencias religiosas, temió por él, y en vano se esforzó por tranquilizar su espíritu con la esperanza de una retractación espontánea por parte del artista, ante los severos é inflexibles jueces que debían juzgarle.

—Será víctima de una calumnia... Pero ¡ah! él hará quizás de suerte que la calumnia progrese,

tome cuerpo y se justifique;—pensaba la del Aguila.—Será capaz de cualquier violencia,—se decía; y deploraba en extremo aquel contratiempo, de que no podía darse una razonable explicación.

Era evidente que Hispaleto tenía enemigos; que acaso los Manrique de Lerma jugaban en aquella intriga; pero sabía también la del Aguila lo dificilísimo que era contrarrestar su grandísima influencia y su poder.

—Yo una mujer...—reflexionaba,—y mi marido un noble que pasa por sospechoso ante los favoritos del monarca por sus actos y sus compromisos en favor de los revoltosos de Castilla...—seguía discurriendo.

Y estas ideas la atormentaban horriblemente.

Todo podía, en efecto, temerse para el artista, y nada por el momento cabía hacer en favor suyo sin riesgo de comprometerle más y acaso perjudicar su causa.

—El tiempo, sólo el tiempo;—pensaba la dama al recogerse el día de los sucesos que acabamos de relatar.

¿Qué interés tenía hacia Hispaleto?

Siempre el misterio en este punto.

Ya cesará de serlo para nuestros lectores.

Y sus oraciones fueron aquella noche más fervorosas que nunca.

Fuéronlo asimismo las plegarias de María y las

de la Carvajal aquel día infausto, esta última cada vez más inconsolable por no haberse aconsejado de don Enrique.

Valdespinar, después de pensarlo mucho, resolvió hacer cuanto le fuera posible en favor de su amigo el pintor, á quien al verle envuelto en tan mal trance comprendió por su pena y su dolor que le quería más de lo que se imaginaba.

El joven había sabido conquistarse las simpatías del marqués.

Tales fueron las consecuencias inmediatas de lo sucedido el día 8 de Septiembre de 1529 para los personajes que jugaron en los primeros libros de esta obra, y á los cuales estaba unida en parentesco inmediato Teresa de Jesús.

# II

## Teresa y María.

Dejamos á la religiosa carmelita, al finalizar el último número del libro anterior, junto al cuerpo casi inerte é inanimado de su prima.

Situación que se prolongó hasta muy entrada la noche, sin que persona alguna acudiese en su auxilio ni acertase á pasar por el sitio en que se encontraban.

En vano repitió sus voces; nadie las oyó.

Horas terribles, horas angustiosas y casi perdidas para la salvación de la ahogada.

Horas de mortal angustia para don Pedro, que al volver de su acostumbrado paseo preguntó por las jóvenes, y nadie en la casa supo de éllas darle apenas razón.

—Teresa ha salido, como siempre, sola, llevando ese libro que le ha dado su mercé y que lee con tanto interés;—le respondió una de las sirvientas.

—¿Y mi hija?—la preguntó el hidalgo; y guardó silencio.

De María nadie sabía cosa alguna.

Cuando se hizo por completo de noche y las jóvenes no parecían, fué preciso salir en su busca.

Don Pedro mismo mandó ensillar su mula, y á pesar de su constante abatimiento y delicado estado de salud, se puso en marcha acompañado de varios criados con hachones encendidos, mientras que otros servidores suyos marcharon por sitios opuestos, según las instrucciones que previamente les dió.

Aquella tardanza no tenía explicación.

—¿Qué podrá haberlas pasado?—se preguntaba don Pedro.—No han salido juntas... ¿cabe que á las dos haya sucedido algún contratiempo serio?...

Dios misericordioso hizo que fuese el primero el afligido castellano quien hallase á Teresa y á María, después de una larga y minuciosa investigación.

¿Pero cómo?

Ya lo sabemos.

En un estado tal, que apenas si podía esperar que su hija viviese. ¡Pobre padre!

Improvisáronse unas parihuelas, y al mediar la noche entraba el triste cortejo en la casa, y se llamaba al médico del pueblo, que acudió en seguida

y se consagró con solícito afán y verdadera inteligencia á la salvación de la ahogada.

Y eso que, según el famoso crítico á quien hemos aludido en números anteriores, la ciencia estaba entonces muy atrasada.

Le convenía afirmarlo así, y no dudó un punto en calumniar la fama de varones ilustres que adiestraban hábiles discípulos en las universidades españolas, tan merecida y justamente reputadas.

Que en el arte de curar, nuestra patria ha estado siempre á la altura de las más adelantadas.

Teresa, en su cariño, había abrazado repetidas veces á su prima, y esto la hizo notar que todo brusco movimiento la hacía arrojar agua por la boca, é instintivamente logró, á fuerza de tiempo y de paciencia, impedir que María se muriese.

¿Se debió esto á un prodigio, á un milagro?

No lo afirmamos.

—Dios lo ha hecho,—repetía, sin embargo, la religiosa carmelita, durante el penoso trayecto que para venir á casa de su tío fué preciso recorrer.

El facultativo no se prometió curar á María hasta la tarde del día siguiente, en que logró que la joven se reaccionase de un modo franco y decisivo.

—Dejadla ahora descansar,—ordenó antes de retirarse, y sólo quedó acompañando á la enferma su prima Teresa, que no quiso separarse de allí.

La humedad hizo mucho daño á la hija de don

Alonso, pero la monja no hizo caso alguno de sí misma.

Desmintiendo una vez más la nota de egoismo que sistemáticamente lanza la impiedad contra cuantos ingresan en el claustro, porque así se les antoja imaginárselos, ó les conviene pintarlos de tal suerte para sus fines particulares.

¡Egoistas los que hacen votos de servir, no á los suyos, á los que aman, sino á toda la humanidad!

Cuando María llegó á darse cuenta de dónde estaba, y vió á su prima junto á la cabecera de su lecho, exclamó:

—¡Tú á mi lado!...

—Sí;—le respondió Teresa, radiante de alegría y olvidando sus dolores ante el placer de hacer aquella buena acción.

—No recuerdo nada,—dijo después de un rato María.

Y la religiosa, tomando una de sus manos, se la estrechó dulcemente por toda contestación.

—Descansa, descansa,—la recomendó después con acento insinuante y cariñoso.

La enferma no hizo caso de aquella súplica.

—Pero yo he debido... ¡Ah! sí... Ahora, ahora hago alguna ligera memoria,—prosiguió hablando.

—No te fatigues; duerme...

—¡Oh! Quiero recordarlo todo.

—¿Caíste al río?—la preguntó Teresa al oído, atendida su insistencia.

María se estremeció toda.

—¡El río! ¡el río!—murmuró aterrada.

Y luego exclamó:

—No digas nada á mi padre... Por Dios te lo pido, Teresa;—añadió, bajando su voz cuanto pudo para hablar á su prima sin que la oyesen.

—¿En ese caso?...—se le escapó decir á la religiosa carmelita.

—He sido una insensata... una loca... una criminal,—le contestó la doncella.

—¡Suicida!...

Por espacio de algunos segundos no se sintió más que el palpitar de los dos corazones.

—Sí, Teresa... ¡Suicida!... Que nadie lo sepa; que todos lo ignoren... Guarda tú sola el secreto, —dijo la enferma.

—Te lo prometo; lo guardaré;—exclamó con firmeza nuestra heroína.

—Es un acto impío, un acto de cobardía, lo sé... pero estoy arrepentida.

Teresa levantó sus hermosos ojos al cielo, y dió gracias al Señor.

—Me dirás los motivos...—prosiguió luego de una breve pausa.

—Te los diré, pero á tí sola.

—Tranquilízate ahora... Estás salvada.

—Sí... sí, prima mía; tú me has salvado,—concluyó por decir María, agotando todas sus fuerzas; —me ha salvado Dios por tu mediación...

Y no pudo continuar aquel interesante diálogo.

Amargos, pero silenciosos suspiros, abundantes

lágrimas, profundos sollozos ahogaron la voz en su garganta.

Había agotado sus escasas fuerzas.

—¡Perdón! ¡perdón, Dios mío! —dijo al fin.

Y Teresa, cuando encontró oportunidad, tranquilizó con su elocuencia acostumbrada á la arrepentida, cuya mejoría se prolongó aún durante algunas semanas.

Nadie supo en casa de don Pedro la verdadera causa del accidente de María, por más que el anciano recelase algo, pensando en la inesperada venida de su hija sin explicación alguna por parte de los hermanos de su mujer.

Su piedad, empero, disipó presto aquellos temores; sobre todo, cuando su sobrina le dijo, sin por ello faltar á la verdad:

—Vuestra hija, tío, sufrió un síncope, un vahído al atravesar un puente mal resguardado, y cayó al río.

—¿Tú la viste?

—No; la corriente la trajo á donde yo estaba.

—¿Y pudiste salvarla?

—El Señor quiso que así sucediera.

—Gracias, gracias, Teresa;—exclamó don Pedro, y abrazó á su sobrina enternecido.

Era Dios, sin duda, el que colocaba, después del transcurso de unos cuantos años, á *Teresa* y á *María* en íntimo contacto, en inmediata relación.

Dios, que quería ilustrar á la Santa en cosas que no sabía, y hacer que escarmentase en cabeza ajena de cuanto el mundo, de malo, podía dar de sí.

Y que María hallase al término de su calvario, de su vía dolorosa, un alma capaz de verter en su alma el bálsamo dulcísimo de la resignación, de la esperanza y de la fe.

Falta nos hacía á nosotros llegar por este medio natural y sencillo á los *comienzos del fin*, no de nuestra historia, sino de la parte principal de la novela iniciada en los números primeros de esta producción.

Era difícil saber coordinar un plan lo bastante ingenioso para, sin ser violento é inverosímil, lograr que confluyesen en un punto la vida de la Santa y las vicisitudes de personas que le eran queridísimas, y á quienes estaba, por sus virtudes, por su talento, por su influencia, llamada á salvar.

Entramos de lleno en una doble acción y en un doble relato que esperamos contribuya á mantener el interés de nuestros bondadosos lectores, sin desnaturalizar por ello lo más mínimo el triple carácter de una obra que han recibido con tanto aplauso, y en la que tanto pueden aprender.

En el orden ó concepto *religioso* de Teresa, en el *histórico-nacional* y *legendario* de los personajes ciertos ó imaginarios que en ella han de figurar y ya vienen figurando.

Las exigencias del género pueden así quedar

satisfechas y cumplidas, y nuestra conciencia tranquila de haber procurado llenar nuestro deber.

Casi no lo esperábamos así al dar principio á este trabajo.

Si lo hemos conseguido, y sin por ello pasar por supersticiosos, agradecerlo debemos á algo que es superior á nuestros esfuerzos y á nuestra voluntad.

*Teresa* y *María;* hé aquí dos nombres que hemos consignado y repetido millares de veces.

Pero de un modo separado, sin enlace apenas, sin trabazón.

Nombres que llevan dos criaturas en extremo simpáticas.

La una, engolfada en la vida real desde muy niña, separada de sus padres y viviendo en Madrid.

La otra, sin salir de una ciudad de provincia; vigilada de continuo por los que la dieron el ser; educada por una virtuosísima señora, muerta prematuramente, y á quien hemos visto extraviarse por un momento y volver de nuevo con mayores ahincos y mayores bríos á la senda de la virtud.

Salvada en un monasterio, y sujeta ahora por los votos de una espontánea y libérrima profesión.

Dos almas privilegiadas.

Nacidas, evidentemente, la una, para el amor legítimo y santo.

La otra, para el amor sublime y espiritual de Jesús, cuyo nombre adopta, cuyo nombre escoge, has-

ta el extremo de perder su apellido, y que el mundo no la conozca por otro que el admirado y querido de TERESA DE JESÚS.

Esta última, núcleo y objeto principal de nuestros estudios.

La anterior, eje sobre el cual hemos hecho descansar una leyenda llena de movimiento y vida, de episodios dramáticos y conmovedores que nos han permitido y han de permitirnos acabar de pintar en mucha parte la sociedad española en el siglo XVI.

Os hemos descubierto todo nuestro pensamiento, todo nuestro plan.

A vosotros os toca aceptarlo.

Y al lograrlo, después de una larga meditación, ha descansado nuestro espíritu. preocupado hace muchos dias con el deseo de responder por completo y con acierto á nuestros compromisos con la respetable casa editorial que publica esta obra, y con el público que la busca y la prohija, llenándonos por ello de vivísima satisfacción.

No por vanidad pueril, sino porque vemos que aún hay quienes, al solo nombre colocado á su frente, acuden presurosos, y no miran ni acogen sus páginas con desdén.

Animáos los que suponéis la generación presente peor que es, y los que, escépticos, dudáis del porvenir.

Caben estos libros, no lo dudéis, donde se publican otros que hacen sonrojar de vergüenza á cuantos piensan y sienten bien.

A los que miran la literatura, no como vil especulación y pobre granjería, sino como uno de los sacerdocios destinados á la ilustración y á la enseñanza del pueblo.

Prosigamos ahora la tarea emprendida, y á la que hemos dado el título general en el epígrafe de este décimo libro, de *los comienzos del fin.*

# III.

## Epístolas preliminares.

Habían transcurrido muy pocos días desde el restablecimiento de la pobre María, y á la hora de siesta llegó á casa de don Pedro un propio que traía noticias de Madrid.

Teresa fué la primera que se apercibió de aquel suceso, y evitó con su prudencia y su tacto que el portador de una misiva del marqués de las Cuevas cometiese, sin quererlo, alguna indiscreción.

Bien es verdad que favoreció mucho al mejor éxito de sus laudables propósitos, el que el recién llegado fuese Gonzalo, el mayordomo de Valdespinar.

La incansable religiosa, para evitar disgustos en casa de su tío, corrió á tranquilizar á María, y luego avisó á don Pedro, que estaba descansando.

La carta del noble madrileño decía así:

«Querido hermano: os envío á la persona de mi mayor confianza... Velad por María, vuestra hija,

y no la interroguéis si, como presumimos, está en ésa... No hemos podido impedir su marcha... Calma, y todo tendrá fácil remedio... Contestad en seguida por el dador; vuestro,

VALDESPINAR.»

—Ya lo presumía,—dijo el viudo sin cerrar la carta que acababa de leer para sí; y la entregó á Teresa, que estaba delante.

María no había tenido valor para en aquellos momentos presentarse á su padre.

Don Enrique dió con aquella epístola lacónica y nada alarmante, una prueba de su discreción y excelente juicio.

La religiosa carmelita, que, á pesar de su juventud, tenía un gran ascendiente por su virtud y su gran saber, tomó con miedo el papel que le alargaba su tío, fija la mirada en su rostro, como queriendo adivinar en él el contenido de la carta.

Pasó rápidamente la vista sobre aquel documento, y le produjo la misma impresión que á su tío.

—Llama á María, y que nadie entre aquí,—dijo el caballero.

—¿Queréis, tío, que yo?...

—¡Oh! tú puedes estar con tu prima; para tí no caben reservas ni misterios en esta casa.

—¿Váis, señor, á reprenderla?—añadió la monja en tono suplicante.

—No sé qué haga... Oiré antes tu consejo.

—Pues bien; dejadme á mí averiguar lo que la

carta del señor marqués tiene de incierta, de poco clara...

—Puedes hacerlo así.

—Se os ruega en ella, querido tío, que no interroguéis á María; se os recomienda la serenidad; y se asegura que todo tendrá fácil remedio... ¿qué más queréis?

—Es cierto...—dijo, siempre preocupado y taciturno, don Pedro.

Y transcurrieron unos cuantos minutos de silencio.

—Lo único que esta carta nos revela de cierto, es lo que ya sospechábamos;—prosiguió el castellano.

—¿El qué?—preguntó Teresa aparentando no comprender las palabras de su tío.

—Que María se ha venido sin el conocimiento, y acaso sin la anuencia de mis hermanos.

—¡Oh, eso sí!... ¿Y eso puede ser hasta disculpable?

—En cualquiera otra doncella lo sería, pero en María, no; mi hija debe mucho á los marqueses.

—Sin embargo...

—¿Crees, por ventura?...

—Creo, señor, que es conveniente respetar por ahora la actitud y el silencio de María... Hemos conseguido restablecerla del riesgo pasado; se encuentra débil, pero más sosegada... y sería una imprudencia...

—Es verdad,—replicó don Pedro, subyugado por lo que su sobrina le decía.

—Pues cumplid los encargos de vuestro hermano, señor; y luego...

—¿Piensas que debo desistir de llamar á tu prima?

—Tampoco; eso no sería explicable... Que ella lea por sí misma la carta del señor marqués, y ocúpese su mercé de contestarla, pues el portador asegura que ha de volverse esta tarde misma á Madrid.

—¡Tan pronto!

—Así dice que se le ha ordenado por su amo.

—Habrá que dejarle marchar... ¡Qué viaje más precipitado!... ¡Llegar, é irse!

Teresa salió en busca de su prima, y la halló en su aposento llena de terror; al ver entrar á la religiosa, pareció respirar con alguna mayor libertad.

—¿Me llama mi padre?—dijo.

—Sí.

—¿Qué dice esa carta?—preguntó alzándose de la silla en que estaba sentada.

—Lo que presumíamos... Que has venido sin licencia de tus tíos.

—¿Sólo eso dice?

—Eso sólo... Omito algo importante... La epístola es del marqués, y aconseja á su hermano que no te se interrogue... Y añade, que con calma todo tendrá fácil remedio.

—¿Eso escribe?

—Lo he leído yo misma.

—No adivino....

Para la joven, aquello no tenía, en efecto, fácil explicación; ya sabremos por qué.

La intervención de Teresa en cualquier asunto, parecía medio seguro de una solución satisfactoria.

María pudo, después de hablar con su prima, ver con aparente serenidad á su padre, y leer y releer la carta de su tío el de Madrid.

Por más que meditaba sobre ella, su asombro no disminuía.

Teresa se cuidó de agasajar al mayordomo de Valdespinar, pero nada sacó de él.

Se brindó luego á don Pedro, por si había resuelto servirse de élla para responder á su hermano.

Y el hidalgo se mostró agradecido y aceptó el ofrecimiento.

Gracias á esto, la contestación fué adecuada á la epístola del marqués.

De lo contrario, don Pedro no habría sabido coordinar sus ideas.

Para el viudo tenía, como es facilísimo colegir, cuanto le sucedía, mucho de anómalo y extraordinario.

Gonzalo, que algo ó mucho quizás de lo ocurrido en Madrid debía saber, se alegró en extremo al encontrar á María en Ortigosa, y empeñándose en no querer descansar más que algunas horas, se volvió á la villa, portador de la carta de don Pedro

á su amo y señor, escrita por Teresa y dictada por su tío.

Esta nueva epístola, que, como la anterior, nos interesa conocer, decía así:

«Mi querido marqués: la inesperada y repentina venida de mi hija en ocasión de hallarse aquí enferma, y de paso para casa de sus hermanos, mi sobrina Teresa, me causó honda impresión... Temí algún disgusto, alguna ligereza de su parte; pero su silencio y melancolía me hicieron desistir de interrogarla, anticipándome en esto á vuestros deseos... María ha sufrido mucho, efecto de una caída en el río, y apenas si está convaleciente de tan funesto accidente... Apresuráos á venir; os espera vuestro afligido y contrariado hermano,

PEDRO.»

Colocadas de este modo las cosas, por lo que á María hacía referencia, se hacía preciso que su padre conociese una parte de lo acaecido; tenía para exigirlo así perfecto derecho, y la religiosa carmelita se lo insinuó á la joven.

—¿Crees que?...—la preguntó María.

—Creo que no cabe una reserva absoluta; que tu padre ha de preguntarte y tú no puedes callar.

—¿Hablar yo? Eso es imposible.

—Seré yo entonces quien le diga...

—¡Oh! por favor.

—¿Temes?

—De tí, nada;—respondió la doncella, y se arrojó llorando en los brazos de la Santa.

Don Pedro pidió, en efecto, á su hija fuese con él leal y franca, y María, que ya había desahogado su pecho por entero en el seno del cariño, del juicio y la caridad de su prima, se echó á los piés del autor de sus días.

—Cuenta, cuenta...—exclamó con acento angustioso el viudo, preso de la mayor ansiedad.

La duda le atormentaba más que podían atormentarle las revelaciones de su hija.

—Dispensadla, tío,—dijo entonces Teresa, compadecida de la difícil situación de aquellos dos seres á quienes amaba sinceramente, cuya dicha veía comprometida.

—¿Tú sabes?...—la preguntó el anciano.

—Sí, todo lo sé;—le respondió resuelta, poniendo en manos de su bendito Jesús lo que en trance tan excepcional la convenía hacer.

La religiosa acudía en todo á Dios, y este es el medio más seguro de acierto.

—¿Es culpable? ¿Ha cometido alguna falta?—volvió á preguntar don Pedro.

—Ninguna, padre;—replicó María alzándose rápidamente del suelo con la resolución y la dignidad propias de la más completa inocencia.

—¿Por qué has venido?

—Mi prima os lo dirá... Todo se lo he confiado á élla...

—Así es.

—Yo no sabría decíroslo todo... ¡Es tan penoso, padre mío!

—Habla, habla;—exclamó el hidalgo esta vez dirigiéndose á su sobrina.

Y Teresa, en efecto, fué desde aquel momento la encargada de enterar á su tío de cuanto había pasado á la joven en los cuatro años últimos que había permanecido con sus tíos los marqueses de las Cuevas.

La relación de María había sido larga; había durado algunos días.

Teresa pidió á don Pedro espacio para contársela á su vez, rogándole antes que, en señal de reconciliación, abrazase á su hija.

No deseaban otra cosa el caballero y la convaleciente, y ya más sosegados y tranquilos, convinieron todos tres que dedicarían todo el tiempo razonable para que, sin fatiga por parte de Teresa, que adelantaba poco en la curación de sus males, refiriese lo que don Pedro deseaba saber y á nosotros nos importa ya consignar.

La religiosa carmelita necesitaba tomarse algún tiempo para llenar con acierto su difícil cometido, y se propuso no apresurar un relato en el que debía patentizar su habilidad y sus talentos.

Hemos optado, entre otros, por este medio de volver sobre nuestra ya hace tiempo interrumpida narración, para no abandonar á Teresa, con quien

nos hemos encariñado, y cuyas altas prendas se patentizaron en esta como en las ocasiones todas de su vida.

Faltaba, como hemos dicho, á la religiosa conocer el mundo por ajena experiencia, y María se lo había mostrado tal como suele ser en determinadas esferas sociales, revelándola una historia que, partiendo del 8 de Septiembre de 1529, no estaba aún desenlazada, y en cuyo término debía la Santa intervenir y tomar una buena parte.

Así lo tenía el Señor dispuesto de mucho tiempo atrás, y acaso algunos de nuestros lectores lo habrán adivinado en el curso de los acontecimientos con que dimos principio á esta obra.

Los viajes eran en aquella época penosísimos, y los marqueses de las Cuevas no pudieron, tan pronto como fué su deseo, venir á Ortigosa, acudir al llamamiento del marido que había sido de doña Catalina.

Circunstancia fué ésta que ayudó mucho á Teresa en su nobilísimo empeño de no comprometer en lo más mínimo la situación de don Pedro, la de María, y la misma de sus tíos.

Élla, por otra parte, tampoco lo sabía todo, por más que la carta del marqués la hubiera predispuesto favorablemente.

Otra epístola, contestación á la de don Pedro, dió mayores treguas á Teresa para, en unión

de María, enterar al padre de ésta de lo que ya impacientes desearán saber nuestros lectores.

—¿Para qué tantos preliminares?—dirán algunos.

La carta á que nos referimos era esta vez de doña Leonor del Aguila, y en ella decía á su cuñado:

«Hermano: A pesar de nuestros vivos deseos, no podemos abandonar á Madrid hasta el verano próximo; entre tanto, que María te cuente todo lo ocurrido; lo que élla desconoce os lo aclararemos nosotros... Una funesta alucinación ha sido el móvil de su arrebato; tu hermana que te abraza,

LEONOR.»

A esta carta acompañaba otra, cerrada, con sobre para María, que élla no quiso á pesar de todo abrir.

Su leal corazón la hizo adivinar de quién era; ¡pero la persona que suponía, la tenía tan ofendida!

Los celos son y serán siempre malos consejeros.

Aquella misiva tenía sólo su nombre escrito en la cubierta, y la letra del rótulo era del marqués.

—Ábrela,—la dijo don Pedro.

La joven volvió á rehusar hacerlo.

Tenía miedo.

Su prima Teresa cogió la carta, y rompiendo el sobre la leyó para sí.

El padre y la hija aguardaron impacientes aquella lectura.

—Puedes leerla, prima,—exclamó con visible alegría Teresa; y María, arrebatando de las manos de su prima la carta, devoró su contenido con febril ansiedad.

Era evidente que amaba aún á la persona que la había escrito, y le amaba á pesar suyo, contra su dignidad ofendida.

¿Quién es capaz de comprender por entero el corazón humano?

Cada ser abriga en ocasiones y circunstancias tales, anacronismos inexplicables.

El de María encerraba muchísimos.

«María: Una vez conocido tu paradero, espera, —decía la carta;—todo está aclarado... Yo, que no creía casi en Dios, ahora le adoro y creo... Después de Él, tú sola llenas mi alma... Has sido injusta conmigo sin merecerlo; sé ahora confiada, que sabes que te quiere,

HISPALETO.»

Esta epístola y la anterior acabaron de tranquilizar en parte á la joven, y restablecieron en la casa de don Pedro, merced á la presencia de Teresa, el sosiego profundamente alterado en ella desde la inesperada llegada de María.

Todos estos detalles podrán anticipar en parte lo que vamos á saber en breve; pero son absolutamente necesarios, dado el giro que hemos dado á nuestra composición.

Sosiego de aldea, y de una morada, además, de

la cual la dicha y la ventura habían desaparecido desde mucho tiempo antes, desde la muerte repentina de doña Catalina, de la hermana de doña Leonor del Águila, la esposa de don Pedro, ocurrida cuando Teresa era novicia en la Encarnación de Avila.

Nuestros lectores recordarán esto, y también la imposibilidad en que se vió don Alonso de acudir al llamamiento de don Pedro.

Ya conocemos en su mayor parte los motivos por los que el padre de la prima de Teresa no había reclamado ni exigido la vuelta de su hija única á Ortigosa.

Su melancolía fué exagerada desde el primer instante de su viudez, y lejos de disminuir se acrecentó por efecto de su carácter retraído, de las mil y mil contrariedades de su vida pasada, de las pérdidas experimentadas en su fortuna, y de la analogía de su situación con la de su hermano don Alonso Sánchez de Cepeda, viudo como él, y como él entregado por entero, por completo, á los consuelos de la religión.

Consuelos seguros, positivos, los solos capaces de hacer conllevar las grandes amarguras y los grandes contratiempos de la vida.

Por lo comun en todos retraídos, callados y silenciosos, por lo cual los que no los conocen los califican mal, y se previenen contra ellos ciega y sistemáticamente.

No es que don Pedro no amase á María; lejos de eso, María constituía, para más adelante, su esperanza y su consuelo.

Pero por entonces tenía María pocos años para colocarla al frente de una casa; para poderla confiar su dirección é infundir respeto bastante á los criados de la no muy extensa labor con que don Pedro contaba para vivir y sostenerse en la aldea.

Los marqueses de las Cuevas habían llevado á Madrid á su sobrina durante los tiempos agitados de las Comunidades; según sabemos, carecían de hijos, y siempre se habían valido de frívolos pretextos para retener á la doncella en su compañía.

María misma, por último, había adquirido el hábito de estar con sus tíos; los sucesos que tenemos relatados la fueron interesando, y los que hemos de referir en breve la impresionaron fuertemente, hasta el día en que creyó hallar tan sólo reposo en casa de su padre.

Esta confianza hacía por sí sola su apología, si no supiésemos más de élla, y hubiéramos de decir todavía más en adelante.

No encontró, empero, lo que en su primer impulso la llevó á Ortigosa.

Una preocupación constante y un desaliento avasallador trastornaron su cerebro, y pensando en la muerte, la buscó, insensata, arrojándose á la corriente de las aguas.

Tenía el remedio en casa, y no acertó á aprovecharse de él.

Huyó de Teresa; desconfió de ella; respondió desdeñosa á sus halagos; y estuvo á punto de perderse, de morir ahogada, y lo que es peor aún, impenitente.

Ya sabemos cómo se salvó.

Ya conocemos lo mucho que debía á Teresa, y la confianza que en élla depositó antes de la llegada del mayordomo de Valdespinar á Ortigosa.

Este, este era el camino de su ventura y su felicidad.

Estamos, pues, en los comienzos del fin, y podemos en breve referir al detalle lo ocurrido en Madrid desde el 8 de Septiembre de 1529 al mes de Abril de 1536, á que, á través de cuantas páginas forman esta obra en la vida de la Santa, año más ó año menos, hemos llegado.

Laguna todavía sin llenar, por lo que hace á la leyenda, y sobre la cual hemos colocado con deliberado propósito un puente para edificación del lector.

Puente formado por los recuerdos de la existencia de Teresa, hasta su profesión religiosa, y que han de economizarnos muchas digresiones hasta dar por terminada esta producción.

# IV.

## Sucesos varios de transcendencia general y particular.

El portador de la carta de doña Leonor del Aguila y de la del artista para María, que no fué esta vez el mayordomo del marqués, no tuvo, al parecer al menos, tanta prisa como Gonzalo para volverse á Madrid.

¿Lo hizo así con deliberada intención?

En efecto; el artista le había confiado una misión secreta para la joven á quien amaba.

Esperó ocasión propicia para acercarse á María sin que nadie estuviese delante, y como no era un criado vulgar, sino un amigo del pintor, la desempeñó hábilmente.

—Traigo para vos sola un encargo de Madrid, —la dijo.

La doncella, que paseaba por la huerta de la casa, se detuvo entre desconfiada y curiosa.

—¿Quién os le ha dado?—preguntó al fin al forastero.

—El que os ha escrito.

—¿Don Juan?...

—El mismo... Por eso me he detenido... ¿Lo queréis recibir?

—¿Le lleváis con vos?

—Sí, tomadlo.

Y al decir esto, el mensajero, que tan buenas nuevas del pintor había proporcionado á María y á don Pedro de sus cuñados, la entregó con exquisitas precauciones un pequeño envoltorio, que la hija del castellano se apresuró á guardar, siguiendo, como si nada hubiese sucedido, su paseo.

El mensajero, que no tenía ya motivo alguno para detenerse, partió á la mañana siguiente para Madrid.

Antes de ello, cruzando intencionadamente por delante de la ventana del cuarto de María, sintió caer á sus piés un objeto.

Era una carta.

No necesitó gran penetración para comprender lo que debía hacer, y la recogió del suelo con disimulo.

Era la contestación de la joven á Hispaleto, el acuse de recibo del envoltorio que había puesto en sus manos la tarde anterior.

Tenemos, pues, una nueva é interesante guía de averiguación para completar con más seguridad y riqueza de datos, los acontecimientos que al presente nos toca referir.

Guía disgregada, si se quiere, como lo era cuanto María había contado á su prima Teresa y ésta ofrecido transmitir á su tío Pedro, ahorrando á la doncella la penalidad de revelar las que élla creía flaquezas impropias de confiar por sí misma al autor de sus días.

Verdaderos cabos sueltos uno y otro que tendrán su enlace más adelante, pero que así vinieron á ofrecerse en el curso de la historia que interrumpimos brevemente para consignar lo que á la vida de la Santa se nos pedía con tanto afán, y no podíamos ni debíamos en manera alguna pasar de ligero.

Lo que María recibió envuelto en el jardín de su casa era un manuscrito, por cuyas hojas pasó rápida su vista.

Y como para su prima Teresa no tenía la joven ya secreto alguno, la buscó y la dijo:

—Querida prima, mira lo que ha llegado á mi poder.

Y la entregó el manuscrito.

Teresa lo tomó, y el solo epígrafe que contenía bastó para fijar su atención.

—¿De él?—preguntó á María.

—De él... sí;—la contestó ésta.

—¿Y cómo?...

—Lo recibí ayer de manera inusitada.

—¿Y le has leído?

—No... me inspira miedo, como todo lo que me

sucede hace tiempo, y quiero que lo leamos juntas; ó mejor dicho, que lo leas tú.

La religiosa agradeció en extremo esta nueva deferencia de su prima, á la cual correspondía con un cariño cada vez mayor y más entrañable.

Todas estas cosas distraían sus dolencias, ya que no las aliviasen; había quienes, y acaso con razón, la juzgaban herida de muerte.

Y no era para menos, atendidos los síncopes y desmayos que la daban, sus insomnios y otros síntomas que hacían cada día más urgente su marcha á casa de sus hermanos.

Pero lo hemos dicho muchas veces, y debemos repetirlo, Teresa era antes de los demás que de sí misma; la retenían en Ortigosa graves causas y poderosos motivos: la intranquilidad del padre, y la suerte incierta de María.

La prima la decía de continuo:

—No te marches.

Don Pedro la rogaba:

—Permanece con nosotros.

Y la monja no sabía negarles este favor, á pesar de las llamadas de su hermana y de las cartas que en igual sentido la escribía don Alonso desde Avila.

Su padre ignoraba cuanto en Ortigosa sucedía.

Le tenía preocupadísimo la suerte de sus hijos en lejanas tierras formando parte de las expediciones españolas que tantas glorias recogían y de manera tan brillante se portaban, aumentando los ya

dilatados estados de don Carlos, que se había embarcado en Barcelona para Italia el 28 de Julio de aquel mismo año de 1529, dejando por gobernadora á la emperatriz Isabel.

Registrar debemos aquí algunos sucesos históricos que han de economizarnos explicaciones más adelante.

El Tratado de Bolonia, publicado el 1.° de Octubre de 1539, en el que entraron Francia, Inglaterra, Escocia, Portugal, Hungría, Bohemia, Polonia, Dinamarca y las repúblicas de Venecia, Génova, Siena y Lema, los ducados de Milán y Ferrara, y los cantones católicos de Suiza, acrecentó en mucho la preponderancia del monarca, cada vez más entretenido en aventuras, cada vez menos cuidadoso de la nación á que más debía querer, y casi no parecía importarle.

Presa de ambiciosos, España gemía bajo la arbitrariedad y la codicia de sus muchos gobernantes, y era campo donde sin riesgo recogían algunos el fruto de los sacrificios de sus hijos, entre los que se contaban los hermanos de Teresa de Jesús, según ya dijimos anteriormente.

La herejía hacía su camino, y el gran elector Federico de Segovia, protegiendo á los agustinos contra los dominicos, atizaba el fuego que consumía no pocas vidas y haciendas.

Las pasadas turbulencias de las comunidades y germanías de Valencia dejaron rastros dolorosos

que el rey, después de su vuelta á España de Flandes, no pudo corregir ni enmendar por completo.

La revolución religiosa contribuyó á que tomase cuerpo la política que se enseñoreó del reino y tuvo auxiliares poderosos en Lutero, casado ya con escándalo del mundo entero con Catalina Doria, y en Enrique VIII de Inglaterra, que no tuvo tampoco reparo alguno en repudiar á su virtuosa mujer, Catalina de Aragón, para contraer un nuevo enlace con la célebre Ana Bolena.

Tomó Cárlos V á Barcelona después de la retirada del turco á Constantinopla en 1532, verificando su viaje en las galeras del genovés Andrés Doria en 24 de Abril de 1533.

En 1.° de Julio se casó Ana Bolena, dictándose sentencia por el Papa contra este matrimonio, [1] lo cual dió margen á que Enrique VIII rompiese con la Santa Sede y se erigiese y proclamase jefe de la Iglesia anglicana.

El Sumo Pontífice murió en 26 de Septiembre de 1534.

La emperatriz Isabel, durante las ausencias de su marido, fué víctima de malos consejeros que abusaron, en su calidad de tales, de la inexperiencia de una mujer.

Ni la celebración de Cortes en Segovia, Valladolid y Madrid, ni otras medidas, bastaron á apaci-

---

[1] 1.° Julio 1533.

guar la cosa pública, que siguió de mal en peor, favoreciendo mucho al rápido curso de las intrigas de Natam Gutiérrez, á la enemiga de don Juan Manrique de Lerma contra don Pedro, y á la pasión de su hijo hacia María, no obstante que el primero dejó el corregimiento de Madrid en los comienzos de 1529.

Hasta esta circunstancia fué beneficiosa para el judaizante, pues siempre tuvo recelos de don Luis mientras ocupó puesto tan importante.

Luego, no; era un noble como otro cualquiera, fanático y apasionado, de quien siguió sirviéndose como le plugo y le fué necesario.

Hernán Cortés realizó por entonces sus asombrosas expediciones; Cárlos V le otorgó mercedes en 1529, y en la época precisamente en que Teresa de Jesús estaba en Ortigosa, hacía su postrera expedición á Méjico, de la que tornar debía en 1540, para retirarse definitivamente á oscuro rincón, y morir en él pobre y olvidado.

Tambien Francisco Pizarro obraba prodigios de valor y de destreza en el Perú.

Nuevos mundos fueron el pago que los españoles dieron á Carlos V en cambio de las libertades que les mermó este monarca, no siendo la toma de Túnez [1] y otros triunfos efímeros, bastantes para que nosotros aplaudamos aquí la manera de regir

---

1 21 Julio 1535.

por entonces el gran emperador los destinos de la patria.

Merced á los desconciertos públicos, se explicaban fácilmente sucesos particulares que á su amparo y á su sombra acontecían en España, y que alcanzaron tan honda y profundamente á la gran mayoría de los personajes que juegan en esta historia.

Nunca como en épocas de guerras y de ambiciones, de conquistas y aventuras, cabe que la arbitrariedad y el despotismo hagan víctimas inocentes á mansalva, sin responsabilidad y sin castigo alguno.

En todas partes se infiltran los malvados, y desnaturalizando las instituciones más augustas, es como cabe que se las juzgue de ligero y con injusticia millares de veces por hechos que no revisten carácter general, sino particular.

Y no es así, sino teniendo estas cosas en cuenta, como se escribe la historia con acierto, imparcialidad y recto criterio.

El abuso de algunos no es causa suficiente para achacar á todos responsabilidad que no merecen; pero á esto nos tienen acostumbrados autores que se dicen serios, y no quieren ó no saben desentrañar la verdad en medio de tanta hojarasca.

Ocasiones se nos ofrecerán de confirmar esto que ponemos aquí como precedente preciso y necesario para apreciaciones que haremos después en el curso de la leyenda y de la historia.

# V.

## Conducta laudable de la Santa en Ortigosa.

Solicitó Teresa de su tío una prórroga, una tregua, cuando don Pedro la instó para que calmase su ansiedad de padre.

Ansiedad que, seguro de la honradez de María, había tomado un aspecto menos enérgico, menos apremiante.

La religiosa quiso tomarse algun tiempo para leer el manuscrito que había recibido su prima, y poder completar con él la historia que ésta le había hecho de sus sufrimientos, de sus martirios y sus engaños é ilusiones.

«Historia de lágrimas» llamaba la Santa á cuanto María le contó, y el nombre le era apropiado.

No lo era menos el que encabezaba el libro del pintor, dividido en dos partes.

Titulábase éste *Las persecuciones de un inocente y las virtudes de una dama.*

Y Teresa, al leerle, antes que lo conociese la

hija de don Pedro, tuvo motivos para apreciar de lleno la utilidad de su intervención en aquellos asuntos domésticos, que de otra suerte no hubieran tenido un feliz desenlace.

La oficiosidad indiscreta de un tercero puede acarrear muchos males; la participación de una persona de las altas cualidades y las relevantes prendas de Teresa tenía que ser provechosísima.

Y así lo fué para don Pedro y para María, disponiéndoles á esperar tranquilos la anunciada visita de los marqueses de las Cuevas, en el próximo verano.

Y no fueron el anciano viudo y su hija los únicos que en Ortigosa experimentaron la influencia benéfica de la monja avilense.

Los amigos y servidores de la casa, y los vecinos todos de la aldea, participaron de la influencia del ángel, de la heroína principal de esta obra.

Teresa daba á todos en Ortigosa excelentes ejemplos.

¿En qué?

En la práctica de los deberes religiosos y de las virtudes domésticas.

Si sóis cristianos, debéis mostraros, como es la voluntad de Dios que seáis, dando de vuestra fe señales ostensibles.

Señales que en Teresa consistían en su absoluta

y completa sumisión á la ley de Dios, en la santificación de las fiestas, en la frecuencia de los Sacramentos, en la asiduidad en la oración pública, pudiendo decirse de élla sin exageración, que, á ejemplo de los antiguos coros que constituían un solo coro y tenían una sola alma para ofrecer á Dios sus oraciones y sus buenas obras, élla por sí sola bastaba para santificar, no un lugar, una casa, sino una población, una ciudad y el mundo entero.

En lo concerniente á las virtudes domésticas se ha escrito, y es una verdad, que el niño imita antes de aprender; y lo mismo sucede á los que, mirándose en las personas cuyo crédito de verdad y de virtud es grande, las toman por guía y por ejemplo.

Por esto, uno de los mayores deberes de los padres es dar buen ejemplo á sus hijos y á los seres que los rodean.

De tal padre, tal hijo, dice un adagio vulgar; de tal madre, tal hija; *Et sequiter tevitur filia matris iter*; este axioma es casi siempre, y en cuanto cabe, una regla general.

La misma obligación tienen en la vida civil los magnates, los señores, para con sus subordinados, los ricos para con los pobres, unos ciudadanos para con otros; los ejemplos de arriba darán siempre los mismos resultados.

De esto se deduce fácilmente, que si una persona en quien todos se fijan no da buenos ejemplos, y

por el contrario, escandaliza con su conducta, habrán de sentirse los más funestos resultados, puesto que se imita más fácilmente el mal que el bien, como antes de ahora hemos demostrado.

Profesaba Teresa de Jesús esta máxima:

«Ama Dios más á un alma, que á millares de mundos;» de la cual deducía, que si convertimos á nuestros semejantes con el ejemplo y las buenas obras, procuramos de un modo notable la gloria de Dios y la salvación de los hombres, en la que debemos trabajar con todas nuestras fuerzas.

Lejos de extrañarnos lo que la Santa influía con su mismo tío, con María, con cuantas la rodeaban, y aun hasta con los habitantes todos de Ortigosa, hallarlo debemos natural y lógico.

Suavizando las asperezas del carácter de un hombre que se había tornado en misántropo y retraído como el viudo castellano.

Dulcificando, y dulcificando una criatura como María, que llegó en su insensatez al suicidio.

Estudiando con cuidado sumo la manera de ser de aquel hogar, á que la casualidad la había traído en hora solemne, en hora suprema.

Y hasta evitando la murmuración y la envidia, que es patrimonio de los pueblos pequeños, Teresa cambió á Ortigosa.

Primero, la casa de su tío: después, la población, en su mayor parte.

Y se conocía y podía apreciarse, poco tiempo

después de su llegada, cuán distinto era aquel pueblo de lo que había sido.

Don Pedro, que pudo servir de mucho para la prosperidad de Ortigosa, fué egoista, y más que bien, hizo con su retraimiento gran daño moral y religioso á sus convecinos.

María, que, muerta su madre, en vez de estarse en Madrid debió volar al lado de su padre, y habría servido para evitar la melancolía reconcentrada del viudo, al verificarlo sin hallarse Teresa en el pueblo, su crimen se habría divulgado y producido los ejemplos más funestos.

Todo pasó allí de distinta manera por la presencia de la Santa, que en lo más pequeño se fijaba, y de las cosas más sencillas sacaba un gran partido para mayor gloria de Dios.

Y acrecentaba su prestigio en medio de sus dolencias, y era el consuelo de los afligidos, el alivio de los menesterosos, el consejo de los ignorantes, la guía segura de los buenos.

Que no debemos desaprovechar las ocasiones que la vida de la Santa que hemos escogido para base de esta composición nos va ofreciendo y presentando para ensalzar y glorificar su memoria.

Memoria cada vez más estimada en el mundo católico, á despecho de los detractores de la verdad y de los enemigos encarnizados del cristianismo.

Si Teresa se hubiese dejado llevar de la vehe-

mencia de su prima María; si no hubiese procurado dominar por completo á su tío Pedro; si no hubiera adquirido una preponderancia absoluta en todos, en completa tensión el padre y la hija, y en anarquía los servidores de la casa, aquello habría sido un infierno, en vez de convertirse, con su laudable conducta y proceder, en un verdadero paraíso.

En esta obra empleó la religiosa de Avila muchas semanas de constancia y de paciencia, y á nosotros nos ha dado motivo para componer este libro, que titulamos *Los comienzos del fin*, porque en el orden de nuestra composición y nuestro plan, al mejor desenlace de la leyenda ha de contribuir de un modo eficacísimo y directo.

—Ahora...—dirá la Santa en breve.

Y cuantos nos lean, encontrarán justificados los pormenores que dejamos anotados.

Breves, como los del libro anterior, pero necesarios para el enlace y la trasposición de la vida histórica de Teresa, y la parte legendaria, en la que desempeñar debía tan gran papel, como vamos pudiendo apreciar, y hemos de ver en la continuación de este segundo tomo.

Procurando así evitar que haya quien salte por lo que á la Santa se refiere, y busque sólo, no sus páginas, sino lo que nuestra pobre imaginación ha discurrido para diferenciar esta producción de cuantas al presente se conocen de la gran figura que nunca se estudiará bastante á fondo, como sucede

con las que antes de ahora han servido de tema á nuestros últimos trabajos literarios.

Sólo con un habilísimo y artístico claro-oscuro, cabe que los cuadros que vamos presentando tengan movimiento, vida, interés y enseñanza.

Sólo imaginación y poesía no cabe en estas producciones nuestras; ha de haber de todo, pero preponderando en definitiva el asunto y el tema principal que informa, esencial y virtualmente, el objeto de su composición.

¡Cuántas obras de caridad pasamos, sin embargo, en silencio!

¡Qué de servicios prestados por Teresa á la religión en Ortigosa, omitimos!

¿Supondrán nuestros lectores algunos por lo que de la religiosa dejamos anotados?...

Así lo creemos, y ved aquí la ventaja segura de muchos de los números que han precedido á los que forman el presente libro.

Conocerse debe á Teresa ya de tal suerte, que lo que no pongamos debemos esperar que se supla y adicione sin esfuerzo alguno.

María no supo desligarse á tiempo de lazos que la oprimieron, y su prima logró romperlos habilísimamente.

Su tío don Pedro no escogió el mejor medio de conllevar la desgracia de la pérdida de su mujer doña Catalina del Aguila, y Teresa consiguió que

se reconciliara con su suerte y volviera á la vida de la realidad para bien suyo y de su hija.

Y estos fueron los resultados prácticos de la laudable conducta de la Santa en Ortigosa.

Nos hemos puesto en franquía.

Hemos preparado al lector.

Ahora, podremos proseguir sin obstáculos ni impedimentos.

# LIBRO UNDÉCIMO

## PERSECUCIONES DE UN INOCENTE

### I.

**La lectora y los oyentes.**

Llegó, por fin, el momento en que Teresa de Jesús juzgó que podía, sin riesgo alguno, hacer saber á don Pedro cuanto á la vida pasada de su hija se refería.

Para mayor acierto en todo, leyó y hasta anotó antes el manuscrito que María había recibido, y tuvo con su prima largas conferencias.

La docilidad de la doncella fué incondicional, absoluta, completa.

La Santa ejercía sobre élla una influencia decisiva; influencia dulce, insinuante, cariñosa, tranquila; sin arrebatos, sin represiones; tenaz, constante, habilísima.

Persuadida la joven del gran servicio que la había prestado su prima salvándola de una muerte cierta; sosegada en parte por los sucesos que se

habían ido desarrollando; contenida en su curiosidad por las advertencias de la religiosa, dejó á ésta hacer su voluntad, y obedeció sumisa sus menores insinuaciones.

Nunca tuvo luego motivo de arrepentirse; antes bien, de alegrarse, y alegrarse mucho por lo que había hecho.

Teresa estudió el trabajo literario de Hispaleto.

Había en él mucho que no se explicaba; algo que la causaba extrañeza, repulsión, y hasta escándalo.

—No importa,—decía resuelta.—Adelante;—y su claro ingenio y su instrucción acabó por descifrar enigmas, y hasta por intuición sacar deducciones admirables, que hemos de verla aprovechar en el curso de este relato.

Sólo así adquirió Teresa el convencimiento de poder llevar la calma, el sosiego y la tranquilidad á aquellos dos seres á quienes idolatraba, y cuyos corazones veía agitados por los más opuestos afectos.

Temía la joven.

Dudaba el anciano.

La interesaba, ante todo, asegurarse del arrepentimiento de María por su cobarde acción de suicidarse, para que pudiera oir por completo lo que Hispaleto había escrito, pues no todo se lo había permitido conocer de primera intención á la doncella.

Para su tío, abstraído y ensimismado durante tantos años, podía ser no menos expuesto despertar á la realidad, y tener que arrepentirse y condolerse á la vez de su conducta pasada.

No había sido ésta, en concepto de la Santa, la más sesuda y prudente.

—El primer deber de don Pedro, era no abandonar á su hija...—se decía.—Recordar á su mujer, rezar por ella, santo y bueno,—pensaba;—pero encerrarse en Ortigosa, dejar que la joven viviera en Madrid mientras él permanecía solo aquí... Vamos, vamos, esto no ha sido lo mejor.

Así razonaba Teresa de Jesús, y se preparaba, estaba resuelta á remediarlo todo.

Dió muestras en cuanto hizo en algunos meses, del talento, de la reflexión y el juicio de que tantas pruebas contienen sus preciosísimos escritos, y las acciones más insignificantes de su vida.

Y allí, en el seno de aquel hogar, se nos ofrece digna de elogio y de encarecimiento.

Pasaron los fríos del invierno.

Llegaron los días serenos y perfumados de la primavera.

María recobró sus vivos colores, por más que sus ojos melancólicos acusasen las íntimas dolencias de su alma.

Don Pedro fué hallando complacencia en la comunicación y el trato; admiró el orden y el arreglo de su casa, antes trastornada.

Y seguro, por Teresa, de la inocencia de su hija, de que nada humillante tenía que reprocharla, comenzó á mirarla con interés, luego á convencerse, á persuadirse de lo mucho que la quería; concluyendo con sus fiestas y sus halagos por ayudar á su virtuosa sobrina en la difícil tarea de desechar de la imaginación volcánica y el corazón apasionado de la doncella, el desaliento, la hipocondría que antes la dominaban.

Anunció Teresa al cabo de cierto tiempo al padre y á la hija que escogiesen ocasión oportuna de congregarse; y como ni uno ni otra deseaban otra cosa, suscribieron gozosos á que fuese cuanto antes, á que fuese luego.

Se creyó preferible á todo otro proyecto, reunirse todas las tardes á la hora de la siesta en una habitación baja que daba al jardín y en la que nadie podía molestarles.

Vamos, pues, á trasladar á nuestros lectores con la imaginación á aquel aposento de Ortigosa.

Sobre su única ventana había un fresco dosel de verdura.

Desde ella se dominaba el jardín.

Y tras él se extendía un paisaje pintoresco y encantador.

El lugar escogido para la lectura y las confidencias de la familia, no podía reunir condiciones más oportunas.

Millares de pajarillos revoloteaban de rama en

rama, mientras las hembras velaban á sus hijuelos en sus nidos con cariñosa solicitud y constancia, dignas de ser imitadas.

No había allí cosa alguna que distrajera, ruído que perturbara; todo convidaba á la atención y al recogimiento más absoluto.

A don Pedro se le dispuso un sillón de vaqueta, colocado cerca del alféizar de la ventana; á la izquierda de éste hizo la religiosa poner una mesa con tapete de grana; al lado del anciano estaría Teresa; frente á la Santa, María.

La puerta, cerrada.

Los criados, apercibidos de que sólo en caso de urgencia avisasen á sus amos.

Y como á aquellas horas no esperaban á nadie de las contadas y discretas personas que les visitaban, seguridad tenían de entregarse á la ocupación que la monja había logrado ir dilatando siempre con pretextos hábilmente calculados.

—Atended,—dijo la carmelita, una vez colocada en el sitio que se había reservado, y don Pedro y su prima sentados en los suyos respectivos, dispuestos claramente á no perder una sola palabra.

Teresa tenía el libro delante de sí.

—Puedes comenzar,—dijo el anciano.—¿María conoce lo que ese manuscrito contiene?—creyó oportuno preguntar el anciano.

—No todo, padre mío,—le contestó María;—repasé algunas de sus páginas y me sentí sin fuer-

zas para continuar... Entonces acudí á Teresa; se lo dí, y élla, élla me ha dicho algo de él; es ahora, como vos, padre mío, cuando voy á escucharle por completo.

—¿Y tanto interés dáis á ese manuscrito?

—¡Oh! lo tiene inmenso,—respondió la religiosa.

—¿Para comenzar por él?

—Sí; no estaban en disposición de esta lectura vuestras almas. Ha sido preciso calmar á María; predisponeros á vos, tío...

—Pero lo que á mí más me importa es saber la historia de María.

—Os la contaré á su tiempo.

—Yo...

—También me ayudarás á ello.

—La verdad es que en un principio...

—No os hubiéseis prestado á esta condescendencia, ¿no es verdad? Ni á saber lo que María sólo á mí ha podido confiarme... ¿no es cierto?

—Tu intervención la salvó aquella tarde...—recordó el hidalgo castellano.

—Decid más bien un prodigio, un milagro del cielo, padre.

La Santa se apresuró á interrumpir á su prima:

—La voluntad divina; sólo ella te salvó de un riesgo tan inminente,—dijo la monja, aludiendo con marcada intención al suceso del río.

Y el viudo se estremeció al pensar si hubiese perdido á su hija sin reconocer lo que al presente

se reprochaba: el no haber sabido ser para élla un buen padre, un padre cuidadoso.

—Dios ha dispuesto las cosas de manera,—prosiguió la Santa,—con la parsimonia que era menester, para no heriros de un modo repentino, y quizás *de muerte*.

Teresa recargó sus últimas palabras, y su prima bajó la cabeza avergonzada; élla tambien reconocía su delito.

Era cuanto Teresa deseaba.

La *lectora* estaba satisfecha; los *oyentes* predispuestos á escucharla.

¿Juzgáis ahora inútiles é inmotivadas las dilaciones de la Santa?

Algo faltaba; pero Teresa, con gran acierto, abrió el cuaderno que tenía delante, y que previamente había sacado de debajo de su manto.

Las miradas del padre y de la hija se fijaron en él como si quisieran devorarlo.

La monja lo volvió á cerrar al notar la ansiedad de sus oyentes.

—Consta,—dijo,—de dos partes, y cada una tiene su título, por cierto perfectamente adecuado.

—Eso ya pude verlo yo,—la interrumpió María, sin separar la vista del libro, escrito por una mano para ella tan querida.

—Yo no las conozco; dímelos.

—*Persecuciones de un inocente*, se titula la primera.

—¿Y la segunda?

—No la he traído...

Don Pedro hizo un ademán de impaciencia.

—Tenemos con esta materia para algunas tardes... pero os la anticiparé, tío, si así lo deseáis...

—No; mejor es ignorarla por ahora... Creo recordar que se trata, según me has dicho...—añadió el castellano.

—De un joven á quien María conoció en Madrid en un momento solemne de su vida; protegido después por sus tíos los marqueses de las Cuevas; víctima luego de una odiosa intriga.

—¿Y saber esa historia será preferible á referirme la de María?

—Sí, porque ambas, tío, se enlazan en muchos puntos; diré más, se confunden, se compenetran, —respondió la religiosa.

—Algo ha entrevisto mi experiencia.

—Para presumir que María ha sido amada en Madrid, no es necesario un gran esfuerzo.

—¿Pero élla?...

—También élla.

Don Pedro miró asombrado á su sobrina.

—¿Y así me lo confiesas, Teresa?—exclamó.

—Ya sabéis que nada hay en María que pueda ofenderos.

—Sin embargo, esa revelación...

—Ha llegado la hora de la verdad en cuanto yo puedo hacérosla conocer; la hora de la franqueza, de las revelaciones; estáis dispuesto, lo sé, lo veo,

y he de reunir, en cuanto me sea dable, cabos sueltos para entreteger con ellos una trama no completa, porque su desenlace han de dárnosle con su venida los marqueses de las Cuevas.

—¿Aún no he de saberlo todo?

—No está en mi mano ni en la de María daros gusto... El contenido de este manuscrito forma, en realidad, las Memorias de un inocente, y su acento, leal y sincero, ha de convenceros de mucho que os importa estar persuadido.

—Me someto á tí en todo... Nos tienes dominados.

—Subyugados por entero.

Dijeron uno tras otro los dos oyentes de la lectora; y ésta continuó hablando.

—El autor de estos recuerdos, de estas confidencias, se llama Juan; es artista, es pintor.

—¿Sin apellido?

Teresa se hizo con estudio la distraída, y prosiguió:

—No está para mí claro, por qué asistieron doña Leonor y vuestra hija á la recepción del Santo Viático dado al artista; esto sucedió, y así aparece comprobado que le conocieron. El enfermo sanó, y el marqués le tomó un singularísimo afecto... Tiene costumbre don Enrique de hacer un obsequio á su mujer en el aniversario de sus bodas, y el asunto de un boceto hábilmente ideado por el pintor, fué el escogido para sorprender con él á doña

Leonor. En aquel cuadro figuraba María, y la obra se llevó á término, asistiendo mi prima á varias sesiones al estudio del artista.

—Siempre con mi tío.

—No adivino hasta ahora...

—Tened calma; apunto no más con rapidez detalles que son indispensables.

¿Se amaron los dos jóvenes?... ¿Por qué negarlo?

¿Fué ese el resultado de las idas de María al estudio?

Fueron altamente beneficiosas para el pintor... Don Enrique no adivinó el interés de ambos en un principio.

¿Y luego?...

Casi le apadrinó...

Concluídas las sesiones precisas para pintar el lienzo, el marqués dejó de llevar á María al estudio; pero el no verse, en vez de entibiar, arraigó en ambos una noble y legítima simpatía que llegar debía á ser amor... Amor legítimo, puro y santo.

—¿Eso dices?

—Sí, tío; y añadiros puedo que su cariño, que yo aplaudo, subsiste aún... Y si no, ved á la pobre María bajar su vista y teñirse de vivo carmín sus mejillas... No os extrañe á ninguno de vosotros dos este lenguaje que empleo, porque hace al caso y es necesario... El Señor consintió para bien de Juan una pasión que le purificase; vuestra hija fué su ángel bueno, y espero que aún continuará siendolo.

La joven exhaló un profundo suspiro.

—Esperanza en Dios, prima.

Dijo estas palabras Teresa de tal manera, que la joven la miró con insistencia algún tiempo, quedando luego pensativa.

—Llegó, tío,—continuó la religiosa carmelita, —un día en que todo parecía deber encauzarse para hacer la felicidad de los jóvenes y de los hermanos de su mercé... De aquel día parte este manuscrito.

—¿Qué sucedió aquel día?—preguntó ya por entero entregado don Pedro á la discreción de su sobrina Teresa.

—Prendieron á Juan, padre mío;—respondió sin poderse contener María.

—¿Que le prendieron, dices?

—Sí;—replicó la Santa, interponiéndose entre el diálogo que parecía próximo á entablarse entre don Pedro y su hija.—Lo prendieron por auto dictado en toda regla por tribunal competente.

—¿Civil ó eclesiástico?—volvió á preguntar don Pedro con la más viva curiosidad y á la vez temblando entre sí, sin acertar á explicarse la transcendencia de aquella revelación.

—Os debemos la verdad, tío... Por la Santa Inquisición.

El viudo se cubrió el rostro con las manos, y hubo un instante de profundo silencio en la estancia.

Teresa, que había previsto el efecto de sus pa-

labras, dejó pasar un rato, mientras María la miraba, pidiéndola llorosa compasión.

Aquel estado no podía prolongarse.

—Sí, tío,—prosiguió la carmelita,—no os anonadéis tan presto... El Tribunal del Santo Oficio es á veces mal informado.

—¡Acusado de herejía, acaso!—murmuraba el castellano sin escuchar á su sobrina,—¡Él!... que me acabáis de revelar que amaba á María, y á quien María correspondía... ¡desgraciada! ¡Oh! calláos... calláos... No quiero saber más.

Nuestra principal heroína, que tenía recursos supremos para las situaciones más difíciles, dejó hablar á su tío, y exclamó cuando lo juzgó oportuno:

—Calmáos, tío, calmáos.

Y aquel mandato, proferido de cierta manera, llegó hasta el fondo agitado y tumultuoso del corazón de don Pedro, y como por ensalmo le apaciguó.

—¿Que me calme, dices? ¿Acaso cabe sosiego después de tan ruda como cruel revelación?

Y el castellano comenzó á gemir.

—¡Padre! ¡padre!—gritó María sin atreverse á acercar al anciano.

—Abrázale,—la dijo Teresa.

María obedeció á su prima.

Y don Pedro no rechazó á su hija.

—¿Eres inocente?

—Sí, padre mío.

—¿Y él?...

—Para depurar eso,—añadió con energía Teresa,—he aceptado el puesto que ocupo, tío.

Y el ademán, el acento y la actitud de la religiosa acabó por imponerse al padre y á la hija.

Notad la hábil graduación con que Teresa se hizo dueña de sus oyentes antes de leer.

Y hallaréis explicado satisfactoriamente este número, complemento de los que forman el libro décimo, el libro anterior.

# II.

**Primeras páginas del manuscrito.**

Poco podía leerse ya por aquella tarde.

Cuanto dejamos dicho, pasó con menos rapidez que lo hemos consignado.

Y aún tuvo Teresa de Jesús que insistir por bastante tiempo, hasta obtener de su tío la oferta formal de no impacientarse, si quería conocer el resto.

—Sólo tú eres capaz de conseguir...—dijo al fin don Pedro, dándose por vencido.

Y de común acuerdo se aplazó la lectura de las primeras páginas del manuscrito.

Reunidos á la hora prefijada al siguiente día, en el cuarto que daba al jardín, el castellano, María y Teresa, esta última abrió el legajo.

Don Pedro y su hija escucharon con el más vivo interés.

—«A María...» leyó la religiosa.

Y continuó:

—Me propongo reunir en el espacio más breve posible las vicisitudes de la época más crítica de mi existencia.

—Unas Memorias...—interrumpió el castellano.

—Sí, tío;—contestó Teresa, y prosiguió leyendo:

—Muchas de estas notas, apuntes ó reminiscencias, están escritas al vuelo, á raíz de los sucesos, y os afirmo que todas ellas son verdad.

—¡Excelente principio!

—¡Leal y franco!

La lectura de las primeras páginas duró bastante, y para mayor claridad é inteligencia de las mismas, las pondremos aquí tal como resultaban escritas, y las leyó Teresa de Jesús, con los paréntesis dialogados que sean menester, y comentarios que nos parezcan oportunos.

¿A quién mejor que á vos, María, podría dedicar este trabajo?

Dudando de la dama que ha roto mis cadenas, y de mí, que os quiero tanto, cometísteis una gran imprudencia...

La habéis purgado demasiado.

Yo también purgué mis faltas.

No os culpo por ello.

Pusieron nuestros enemigos á vuestro lado una vil mujer, y esa, esa os perdió.

Y nos perdió á todos, cuando podíamos habernos salvado.

Por bastantes días os juzgamos muerta... Otro arrebato os hizo huir de nuevo.

Por fortuna, esta vez para refugiaros en casa de vuestro padre.

Bendecimos á Dios, ahora que lo sabemos.

Sin vuestra prima, ¿qué habría sido de vos y de mí?

Anhelo en extremo conocerla para arrojarme á sus piés y bendecirla.

Guiaros por ella.

Leed, leed este manuscrito, y acabaréis, acaso, por conocer á su autor y apreciar lo que vale vuestra tía doña Leonor del Aguila.

Si lograra con él hacer que me amáseis como yo os amo...

Después de leer el anterior preámbulo ó dedicatoria, Teresa se detuvo y mostró á los que la oían el manuscrito.

Al pie había un nombre, el de *Juan*; y antes de él se veía clara y distintamente una cruz.

Teresa hizo notar intencionalmente á don Pedro esta circunstancia, en extremo significativa.

María no se había fijado en ella.

—¡Oh! esto quiere decir...—murmuró el hidalgo.

—Que el autor de estas Memorias no es, como le suponíamos, un hereje.

—Sin embargo,—añadió el castellano,—el proceso que por el Santo Oficio se le ha formado...

—Ya rectificaréis en breve.

La religiosa volvió la hoja y prosiguió la lectura.

«..... *Febrero, 1530.*»

No puedo darme cuenta de los días que permanecí encerrado.

Días de desaliento primero; de ruda lucha después conmigo mismo.

Y no porque estuviese sumido en uno de esos antros, en uno de esos calabozos como los que yo había visto en algunas partes, y especialmente en Venecia, no.

Verdaderas tumbas de seres humanos; jaulas de personas que alientan y respiran con penosísima dificultad por pocos días, hasta que la humedad, la lobreguez y el estrecho espacio las asfixia y mata no pocas veces.

No; mi prisión era una pieza capaz, sobre bóveda, con bastante luz, ventilada, seca y sana.

Pero estaba *solo*, y el aislamiento produjo en mi ánimo un decaimiento grandísimo.

Esperaba que el 8 de Septiembre hubiese sido el día más dichoso de mi vida, y resultó el más horrible para mi corazón y para mi alma.

Vuestro recuerdo, María; sólo vuestro recuerdo me dió fuerzas para soportarlo.

—Se explica bien el autor.

—Su lenguaje interesa.

—La ingenuidad con que escribe, encanta.

Esto hablaron tío y sobrina; María no profirió una sola frase.

Su silencio lo decía todo.

—Continúa, Teresa;—la ordenó el hidalgo; la monja continuó leyendo:

¿Quiénes eran mis perseguidores?

¿Por qué se me hizo pasar de la más risueña esperanza á la más horrible realidad?

Todo esto me atormentó por espacio de muchas semanas.

Reflexioné, pensé mucho, y acabé por no comprender lo que me había pasado.

Mi conciencia no me acusaba de nada.

Demasiado claro veía, sin embargo, que pesaba sobre mí una delación formidable.

Aquel libro hallado en mi estantería, y del cual yo no tenía conocimiento:

Aquel hombre del medio antifaz que ya antes me había molestado y se atrevió á sostener, bajo juramento, que era verdad cuanto había forjado contra mí:

El nombre de la Inquisición, que era para mí tan odiado y espantable:

Y, sobre todo, la expoliación de mi cuadro y la imposibilidad de veros, María, como anhelaba, en casa de vuestros tíos los marqueses de las Cuevas;

Motivos poderosos eran todos ellos para hacerme comprender y apreciar lo difícil de mi situación.

Luego, ¿por qué en darme conocimiento de mi delito se tardaba tanto?...

Hasta aquí otro apartado del manuscrito; hagamos sobre él algunas aclaraciones.

Ya hemos dicho antes de ahora, que el hijo del Corregidor estuvo en todo aconsejado por Natam Gutiérrez, siendo dócil instrumento del judaizante, á la vez que don Juan lo fué de su hijo.

Pidió al Santo Oficio el principal testigo de aquella odiosa trama contra el artista, una tregua para reunir mayores pruebas, y le fué otorgada.

Había suministrado las suficientes para que se dictase auto de prisión, ratificado por el Prelado contra el pintor; y fué la mayor de todas, la que arrancó la autorización para prenderle, el libro que el judío puso en una de sus visitas, y sin que nadie llegase á notarlo, en el estante de Hispaleto.

Sabemos que la Carvajal había dejado al prestamista muchas veces solo en su cuarto.

Aquel libro era un *Catecismo*, y estaba anotado por el mismo judaizante, conforme á las doctrinas luteranas, que éste conocía perfectamente.

El huésped de doña Catalina había tenido por maestro, según sabemos, á un extranjero; había estado en Inglaterra largos años; de allí procedía; de allí había venido á España, llamado por una

carta misteriosa en instantes difíciles y angustiosos para él.

Natam Gutiérrez llegó á apoderarse de estos pormenores; la pupilera se los había revelado.

Desde su enfermedad y el Santo Viático, Hispaleto había cambiado; pero su mudanza se debió principalmente á la amistad con el marqués, y, ante todo, á su amor hacia María.

El prestamista, aun siendo un fanático, era ante todo y sobre todo un avaro y un malvado.

Se prometía pingües ganancias de su dominio sobre los Manrique de Lerma.

Había tropezado con un medio seguro de vengarse en don Enrique de ofensas imaginarias de su hermano.

Y esto explica casi todo lo que al pintor sucedió y aclara las primeras páginas del manuscrito que Teresa de Jesús se proponía leer en varias tardes.

No estará de más añadir á cuanto dejamos dicho, algo que se relaciona con los procedimientos de la Inquisición, por lo general con más ligereza que conocimiento calumniados.

Para muchos, ignorados completamente.

No es posible juzgar los procedimientos del Santo Oficio, ni apreciarlos debidamente con sujeción á la moderna crítica; pero aun así, no vacilaríamos en sacarles grandes ventajas, y hasta en puntualizar extremos que han servido y sirven de mo-

delo á los Códigos más adelantados del presente siglo.

No hay institución de que no se haya abusado en la tierra, ni que, examinada imparcialmente y en detalle, no presente casos concretos que deban ser impugnados.

Toda exageración, toda violencia, se presta en manos de los hombres á las más deplorables tergiversaciones.

Los sagrados Cánones y Bulas pontificias sirvieron de fundamento á las instrucciones acordadas para la uniformidad de los procesos en la Inquisición, en lo tocante al esclarecimiento de los hechos; y si los tribunales llamados de la Fe tuvieron que acomodarse á las prácticas civiles, exigencia fué de los tiempos y de los monarcas mismos.

No todo era en ellos reservado.

Por repetidas instancias de los reyes expidió Roma sus mandatos de instalación, y en éstos exigió siempre la mayor publicidad.

Cuando en alguna parte se establecía el Santo Oficio, fué práctica constante presentar á las autoridades seculares y eclesiásticas el decreto por lo relativo á la parte civil, sin que los jueces pudieran actuar omitiendo dicho requisito, que era la primera condición rigurosamente dispuesta en todas las instrucciones.

Jamás se dió el caso de funcionar por sorpresa un Tribunal de la Fe, por lo menos que sepamos, en España.

Reuníase al clero y al pueblo, por lo general en la iglesia mayor de la ciudad; se daba á conocer el número y nombre de los jueces, los motivos de la instalación; se explicaba el alcance de sus atribuciones, y sólo después de cumplidas estas formalidades, se sometían todas las autoridades, bajo juramento, á obedecer y facilitar lo que el Tribunal dispusiera y acordase.

¿Qué prueba esto, que muy pocos conocen?

Demuestra que la Inquisición no se rodeaba nunca de misterios; todo lo cual aparece demostrado por mandatos expresos de Inocencio IV, Urbano IV, Alejandro IV y Urbano VIII, y repetidos autos acordados de su Consejo Supremo.

Después de estos preliminares, se hacía todavía más.

Se publicaba un edicto concediendo á los apóstatas y herejes cierto tiempo, dentro del cual eran perdonados aquellos que se retractaban de sus errores, sin otra diligencia ni publicidad ofensiva para su crédito.

Transcurrido el plazo de *gracia*, que para los presentes no solía ser menos de cuarenta días, solía darse un segundo y tercer plazo antes de proceder en justicia, obrando el Santo Oficio después, no en rigor, como los tribunales ó jueces ordinarios, sino siempre con mayor benignidad en la mayoría de los casos.

Se encarece y pondera, torcida é intencionada-

mente, el *misterio* con que se hacían por la Inquisición las informaciones sumariales.

¡Qué mal demuestran conocer muchos de los que así escriben lo que es una causa criminal! ¡Cuán claramente dan á entender que no han sido nunca jueces!

La Inquisición no procedía, legalmente se entiende, sin datos precisos con relación al acusado y á sus acusadores, y no se inclinaba jamás ni de uno ni de otro lado.

No la era lícito incoar juicio alguno sobre *indicios*, aun cuando le fuera, como sucede hoy á los jueces, permitido explorarlos para llegar al descubrimiento de un hecho que revestía carácter de inverosímil.

La *presunción* servía para inquirir el hecho con las pruebas que le hacían justiciable; pero la *investigación* debía ser *cierta*, *clara* y *específica*, al propósito de deslindar las circunstancias todas del delito.

Sin estas condiciones, la investigación se calificaba de vaga ó incierta, y era *nula de derecho*, é insuficiente para formar el proceso.

Nula era, igualmente, la pesquisa de un hecho juzgado y absuelto, y por causas de incompetencia se daban asimismo motivos de nulidad.

Eran incompetentes los jueces por razon de lugar, origen, domicilio, y clase del delito, teniéndose por improcedente la pesquisa hecha por un tribunal fuera de su territorio, sobre delitos come-

tidos en otra jurisdicción, ó extraños á su autoridad, pues ningún tribunal podía ocuparse en *inquirir* culpas ajenas á sus facultades esenciales y privativas.

¿No son éstos los más sanos principios en materia de enjuiciar?

Pues lo que aquí decimos está perfectamente comprobado por los émulos mismos del Santo Oficio.

No versaban tampoco los procedimientos, ya fuesen generales ó particulares, sobre puntos de conciencia; «porque sólo el tribunal de la confesión es competente para juzgar esta clase de culpas, en que únicamente cabe la propia denuncia: así es que la pesquisa tenía que limitarse á los delitos públicos.»

Siempre se exigía un *hecho* ostensible, ó presunto cuando menos, racionalmente.

¿No se halla hoy estatuído esto mismo en los Códigos más adelantados de que con razón nos envanecemos?

Prohibióse á los jueces descubrir el crimen oculto, por la infamia que resultaría contra el prójimo, ni interrogar á los testigos sobre un pecado oculto, mientras la fama no lo descubriera; porque en este caso dejaba de ser oculto, y además debían cuidadosamente examinar si dicha fama procedía de personas fidedignas.

Todos los directorios convienen en esto que de-

cimos, fundándose en las palabras del mismo Jesucristo, y en la infamia que resultaría contra el prójimo publicando los pecados ocultos, por cuyo motivo se prohibió que se descubrieran.

Justicia, equidad, imparcialidad pedimos, y al pueblo que lee nuestros libros, que se fíe de la nuestra en todas materias, pues procuraremos hacer resaltar dichas cualidades en nuestros escritos.

Ampliemos más estos preliminares.

Las denuncias se hacían al Santo Oficio, es cierto, por *anónimo*, en *escrito* firmado, sin comprobantes, ó justificada con documentos, y designando las personas sabedoras del suceso que podían testificarlo.

Las primeras se declaraban por lo común *improcedentes*, y se desestimaban, y siéndolo siempre las opuestas al derecho natural.

Se admitían desde luego las escritas y firmadas cuando llevaban unidos sus comprobantes, ó se facilitaban las pruebas de testigos, revelando los nombres de personas dispuestas á comprobar el *hecho* denunciado.

Era jurisprudencia casi constante, que, gozando un sujeto buen concepto público, no se le podía privar de él, con alguna pesquisa inconsiderada, excepto el caso de exigirlo *indudablemente* la fama pública; porque habiendo perdido esta *cualidad coherente*, no tenía derecho á que se respetara su buen

concepto público; en la duda, tenía derecho el sospechoso á favorable presunción, y fué esta doctrina practicada, no solamente para la pesquisa particular, sino en lo tocante á las pruebas.

La pesquisa ó inquisición no podía ejecutarse, y era nula é ilegal *sin la fama pública precedente*, que debía constar en diligencias reservadas, graduando su valor y fundamento, distinguiendo su origen y examinando la certeza de los rumores públicos.

Estaban obligados los jueces á inquirir si la fama del sospechoso era buena ó mala; si resultaba bien ó mal formada; si procedía de hombres honrados y fidedignos, y, finalmente, si era general. Los indicios leves se consideraban como juicios temerarios, y sobre ellos no podían fundarse actuaciones; eran necesarios indicios graves para entablar algún procedimiento.

Procedíase á la pesquisa de un delito sólo cuando resultaba público, porque la fama en este caso no era obstáculo ni causa suficiente para evitar su inquisición; y procedía además dicha pesquisa, si de las investigaciones generales resultaban datos que legalmente fundaran la sospecha particular.

Para empezar una pesquisa, se hacía indispensable la declaración de dos testigos sin tacha, que dijeran haber oído pública y generalmente asegurar con referencias personales la existencia del delito que debía ser averiguado.

Era precisa la declaración jurada de dos médi-

cos sobre el estado mental del que era objeto de la acusación, y sólo después de averiguar su conducta, se juzgaba la verosimilitud de la denuncia.

Posteriormente se llegó á ordenar por el Consejo, que las denuncias no sólo se presentaran por escrito, sino autorizadas ante un escribano público, y jurando ser verdaderas, y jamás dejó de estar recomendado y encarecido á los Inquisidores la cautela y prudencia más exquisitas para calificar las denuncias.

Las prevenciones mismas que, tomadas de fuertes autoridades, dejamos expuestas, bastar debían para acallar á los detractores del Santo Oficio.

Llegó un día en que creí iban á disiparse mis dudas é incertidumbres, continuó leyendo Teresa á su tío don Pedro y á su prima María, la tarde en que los dejamos reunidos para leer el manuscrito de Hispaleto; pero mis ilusiones se desvanecieron, y lo mismo aconteció por espacio de bastante tiempo.

Una mañana llegaron á mi prisión varios sujetos respetabilísimos: entre ellos los había sacerdotes y seglares.

Recuerdo que les recibí mal, que les falté, y también que éllos toleraron pacientes mis ofensas.

¿Quiénes eran?... No me cuidé de averiguarlo.

Estaba irritado.

Disculpa espero tener á vuestros ojos, María, por esto que os digo; al menos, ahora mismo que

recorro y enmiendo lo que escribí entonces, encuentro menos violenta mi conducta.

Me hicieron nuevas preguntas: me negué á contestarlas.

Se enteraron minuciosamente de mi salud, de mi alimentación, de si era maltratado, hasta de los muebles y enseres que tenía, de las ropas y de cuanto más podía convenirme... A pesar de esto, yo no les agradecí aquella visita, ni otras que recibí, hasta entiendo que periódicamente.

Así pasó tiempo.

Se me aconsejó oir misa, confesarme: á todo me negué.

Esto debió empeorar mi causa.

Mi absurdo sistema prevenía á los jueces en contra mía y favorecía á mis enemigos.

Si todos los tribunales de justicia, por equivocado criterio, descuido ó humanas consideraciones, han cometido desaciertos, no debe extrañarse que el que á mí me juzgaba los cometiese. [1]

---

[1] «Léanse las causas sin pasión, júzguense los hechos desde el punto de vista de su época y sin prevenciones,—dice el Sr. García Rodrigo, confirmando lo que escribía Hispaleto;—y el crítico imparcial comprenderá que los inquisidores, hombres de iguales circunstancias que todos sus semejantes, obraron, sin embargo, con especial acierto dentro de las condiciones propias, creencias jurídicas, y según el carácter social y los códigos civiles de su época. Censúrase la severidad de aquellos procedimientos, sin reflexionar que los tribunales del Santo Oficio templaron el rigor de dichas leyes. El rigorismo de nuestros códigos, y sus penas de confiscación, tormento y fuego por delitos contra el Estado, contra la persona del Rey, y hasta sobre contrabando, no han merecido la crítica reservada para el Santo Oficio. ¿Cuál es la causa de esta disparidad?... El odio contra la Iglesia, única verdadera, santa é infalible, y la prevención que ofusca el crite-

Seguí ciego, y la astucia de éstos, enterada perfectamente de cuanto yo hacía, lo aprovechaba hábilmente, llegando á conseguir se me tratase con más rigor y menos contemplaciones.

Esto no lo he conocido hasta después, y ahora lo deploro.

Teresa estaba fatigada, y don Pedro no quiso que prosiguiera leyendo.

—Deja, deja hasta mañana ese manuscrito, ya que conocemos sus primeras páginas,—la dijo.

—Que son interesantes,—añadió la Santa.

Y por aquella tarde tuvo María precisión de conformarse con no saber más de lo que aquel escrito, para ella tan estimable y precioso, contenía.

---

rio de sus enemigos, haciéndoles incurrir en repetidas contradicciones. Mas el católico debe tener muy presente que no puede censurar las disposiciones de la Santa Sede, sin destruir los vínculos que le unen á la comunidad cristiana, por su necesaria sumisión al Pontífice Romano. *Qui jungitur cathedræ Petri meus est.*»

# III.

**Lo que pudo leerse á la tarde siguiente.**

A la hora convenida, nuestros conocidos se buscaron con afán y se congregaron, como el día anterior, en el saloncito bajo de la casa de don Pedro.

Teresa leyó sin preámbulo alguno lo siguiente:

La favorable reacción, el cambio que se había operado en mí, merced á los consejos de doña Leonor del Aguila, á mis relaciones íntimas con el marqués, su marido, y, sobre todo, á haberos conocido á vos, María, tuvo un largo paréntesis, que he de confesaros con ingenuidad y franqueza.

Os debo verdad en todo, y sólo así espero merecer vuestro cariño.

Había comenzado á creer; estaba muy próximo á practicar, y se me hizo caer de golpe en mi pasada indiferencia.

Cuando no se tiene una fe arraigada y sincera; cuando se habitúa uno á vivir como yo he vivido

por espacio de muchos años, la vuelta á la buena senda cuesta trabajo, y la cosa más pequeña echa por tierra débiles propósitos.

Yo hubiera persistido y avanzado en mi regeneración con vuestros ejemplos; pero me faltaron de un modo brusco é inesperado, y llegué á decir:

—¡Todo mentira! ¡Mentira todo!

La frase obligada de todos los desesperados; de los que carecen de vigor moral y de entereza de convicciones.

Porque bueno es que os confiese, María, que yo no era protestante, sino sencilla y simplemente incrédulo, como lo son muchos afiliados á la Reforma.

La incredulidad es casi siempre el término de todo el que se deja y se abandona en materias religiosas, y reniega de toda autoridad, y se erige en juez supremo de sus actos y de sus sentimientos.

El sectario mismo, rara vez se limita á ser indiferente; es, en todo cuanto la secta no le obliga, incrédulo.

Se me trataba con injusticia, y yo no podía menos de atribuir la conducta de mis jueces, de los que me tenían aprisionado, á su intolerancia.

A la persecución contra la Iglesia se me había hecho entender que había sucedido la de la Iglesia, no menos cruel y apasionada, llena de espíritu de odio y de venganza.

Yo no había estudiado este punto; lo había aceptado como tantos otros.

Esa era para mí la historia, según los libros equivocados en que la había aprendido.

¿La entiendo al presente de igual modo?

Esperad, María; no me juzguéis de ligero.

—¿Cambió el artista?...—preguntó don Pedro.

—Nada os anticiparé sobre ello, tío,—respondió Teresa; y siguió leyendo:

Obstinándome en el error, hice de todo punto imposible la benignidad.

Llegué hasta blasfemar en mi encierro, me enfurecí, y motivé un rigor que en un principio, tengo que volver á confesar, no se empleó conmigo.

Cada medida de precaución me exasperaba más, congratulaba sin duda á mis enemigos.

Llegué hasta la insensatez y la locura.

Nadie se llegaba á mí para tenderme una mano, y me deslicé rápidamente hasta el abismo.

¿Qué habría sido de mí á seguir las cosas así?

Ahora que adiciono este pasaje, me estremezco de pensarlo.

De seguro no le habría leído de nuevo y corregido, ni os habría podido dedicar, María, este manuscrito.

Tened compasión de mí, y leedle hasta el fin; os lo suplico.

Acaso apreciar podáis en alguna de sus hojas las lágrimas que he vertido al escribirlo.

Era perseguido, y me sentía inocente; de aquí

que, en vez de justificarme, me complacía en aparecer reo.

La intolerancia conmigo era una consecuencia natural de mi pertinacia; mas no lo conocía entonces.

Y eso que alguno llegó á decírmelo.

Fuí como tantos otros insensatos que, sometidos por error á la acción de la justicia, no sólo se niegan á decir la verdad, sino que la desfiguran voluntariamente y por despecho, en su propio perjuicio, en su propio daño.

Que de esta clase de aberraciones y anacronismos se dan casos bastante frecuentes en los anales jurídicos.

—La Iglesia,—dijo Teresa no pudiendo contenerse,—no se ha vengado nunca; á lo más, se ha defendido.

—Eso es verdad,—confirmó el castellano.

La moral pública, el bien social y hasta la seguridad del Estado, añadiremos nosotros con un escritor profundo, que no hemos de privarnos en absoluto de los derechos de autor en este relato, al que creemos por estos medios dar la variedad que necesita para hacerlo más curioso é interesante, se habrían visto comprometidos millares de veces sin la eficaz cooperación de la Iglesia en favor de tan sagrados objetos.

El día que á la humanidad falte el benéfico in-

flujo de la inmutabilidad y la inflexibilidad de la Iglesia católica, que es lo que en ella se califica de intolerancia, ¡pobre humanidad!

¡Cuántos motivos tenemos para pensar así!

¡Y cuántos para deplorarlo!

Hispaleto no era una persona vulgar, por lo que de él vamos conociendo.

Es al presente cuando podemos apreciar lo que este personaje valía.

Yo razonaba así.

(Decía á continuación el manuscrito que Teresa leía á su tío y á María).

Se pretendía, en mi sentir, violentar mi conciencia, y esto me parecía odiosa é insoportable tiranía.

Aquí, aquí estaba la clave principal de mis errores.

Como si la culpabilidad no partiera siempre de la conciencia misma;—exclamó don Pedro comentando el manuscrito del artista.

—Decís una gran verdad, tío,—le contestó Teresa;—que los enemigos del catolicismo han combatido siempre, en todas épocas, y bajo formas y aspectos diversos.

Y con efecto:

Sostener que el criminal se escude con sólo decir: «he obrado con arreglo á mi conciencia,» es negar la legitimidad de la pena.

A tanto se aspira hoy por algunas escuelas.

—Libres somos,—sostienen sus afiliados,—de pensar y de sentir.

—Pues somos libres de *obrar*,—les diremos,—aunque sea en daño y perjuicio de nuestros semejantes.

La consecuencia es lógica y se impone por sí sola, aunque muchos no se atrevan á confesarlo así.

El radicalismo lleva siempre á las más absurdas teorías, y no cabe atacarle en sus manifestaciones externas sin cometer una injusticia.

El error del entendimiento, aunque tuerza la voluntad al traducirse en *hechos*, realiza un proceso legítimo.

No debéis, á ser lógicos, cohibirle, ni en la raíz ni en su desenvolvimiento.

Ó todo, ó nada.

Las ideas, por sólo serlo sin manifestación exterior, no se han castigado jamás ni se castigarán nunca.

Sólo Dios puede castigarlas, si son contrarias á sus divinos preceptos.

Porque sólo á Él le es dado conocerlas y juzgarlas.

Los secretos del espíritu humano lo son para todos, menos para Dios, si permanecen ocultos en el interior de la conciencia.

Pero, ¡ah! las manifestaciones exteriores de una conciencia extraviada, serán siempre atentatorias á las de cuantos tengan una conciencia recta y honrada.

Esto no nos lo podréis negar.

Por algo somos, ó por lo menos debemos ser peritos en derecho, y nos conviene utilizar aquí nuestra escasa experiencia, para ilustrar los pasajes que Teresa iba leyendo á su tío y á su prima.

Lo que distingue á los católicos de los incrédulos y los protestantes, es esto precisamente.

Según nosotros, existen *errores de conciencia* que son punibles aun acá abajo cuando salen al exterior y se manifiestan por actos; según piensan nuestros enemigos y pensaba Hispaleto en los comienzos de su prisión, los errores del entendimiento no son justiciables jamás, son inocentes y hasta legítimos.

No echéis en olvido que hacemos un libro que tiene diversos aspectos: libro religioso, histórico, crítico, filosófico y novelesco.

Que hoy pasa á la *novela*, lo que pasa al periodismo: han de ser el periodista y el novelista enciclopédicos.

Por esto se hace tan difícil la misión de unos y de otros en nuestros tiempos.

El veneno se reviste con los atractivos de la *fábula*, y es preciso que el contraveneno se propine del mismo modo.

Confesad que no es tarea sencilla ni vulgar la del *periódico* y la *novela*, si han de responder á las exigencias de la época, y dispensadnos á nosotros, obligados casi á improvisar la nuestra, como el pobre periodista se ve forzado aún más

á improvisar las suyas diaria y constantemente.

Podrá calificarse de apreciación apasionada; pero nosotros sabemos dispensar á los demás lo que muchos no les dispensan; pero es porque leen sin saber ó sin querer meditar.

¿En dónde está hoy el peligro social?

En el individualismo; en el libre pensamiento; en la deificación de la razón, y en la pretendida independencia absoluta de la conciencia.

De esta suerte pensaba Hispaleto, pensaba el artista, y estas opiniones sacaron con energía la cabeza en su prisión dominándole por completo.

Tal era su estado mientras pesó sobre él una delación revestida de las más formidables apariencias de verdad que se había hecho nunca al Santo Oficio, y no halló medio de contrarrestarla y destruirla.

Aquella frase escéptica, dicha después de la recepción del Viático:

—Que quiten eso.

Fué la expresión de su íntimo pensamiento, y volvió á ser la síntesis de su vuelta al estado normal durante los pasados años de su vida.

Débil para resistir por sí solo, vaciló en lo que en él era fugaz, y se afirmó en lo que en su espíritu y su razón estaba arraigado.

Fenómeno psicológico constante y que patentiza lo que acerca de una buena educación dejamos consignado.

Hubo una ráfaga de luz fugaz y pasajera que disipó las tinieblas en que el pintor estaba envuelto, y de nuevo se condensaron las nubes de su inteligencia y se obscurecieron los destellos de su genio.

Estas alternativas son propias en los incrédulos, aunque lo sean sólo por hábito y por costumbre; las ocasiones propicias pasan, y el sopor del alma vuelve luego.

Teresa leyó aún más aquella tarde del trabajo del artista.

No faltó quien procurase imbuirme fortaleza, reresignación y esperanza.

Alguno se acercó á mí compadecido de mi estado, y no le escuché; le arrojé indignado de mi lado, y no tuve compasión al observar que se retiraba de mi calabozo ó celda con los ojos humedecidos de lágrimas y pronunciando una oración.

No era vuestra tía Leonor, ni vuestro tío el marqués, ni vos á quienes veía cerca de mí, y este vacío no podía llenarle nadie.

Razonar padeciendo y sufriendo, no es dado á los hombres que, como yo, son inocentes, si de antemano no han aprendido á ser resignados.

Cuando yo pude darme cuenta de lo que debía creer, dije:

—Mi maestro era como yo: hijo espúreo, hijo sin padres conocidos, sin ser, sin apellido, sin lo que distingue á los hombres entre sí y les envanece y obliga.

Al renegar de los que nos dieron el ser, estábamos predispuestos, tanto él como yo, á renegar de todo, y ambos á dos renegábamos juntos.

Volvía á verme solo, aislado, sin amparo, como en mi infancia y mi juventud... Y como el bien no había echado hondas raíces en mi corazón, no debéis extrañar que se secasen en él con pasmosa rapidez.

A esto debo atribuir ahora la prolongación indefinida de mis penalidades; pero eso es hoy cuando lo veo así, y no era entonces como lo apreciaba y lo veía.

¿Me han trocado nuevamente?

Ya sabréis, María, la causa de esta metamorfosis.

Una mirada vuestra, una sola mirada de vuestros ojos, y me veréis del todo y para siempre convertido.

—¡Oh! ¿eso depende de mí?...—murmuró María, que seguía con la mayor atención á Teresa.

Y arrepentida en presencia de su padre y de su prima de aquella exclamación, guardó silencio.

Embebidos en la lectura, acaso ni don Pedro ni la religiosa carmelita oyeron á la doncella lo que nosotros nos hemos apresurado á recoger cuidadosamente.

Porque vamos desenvolviendo un drama complicado, y nuestra tarea, tan sólo no perdiendo el me-

nor de los detalles, habrá de llegar al fin sin fatiga ni trabajo.

Tiempo y modo discurriremos más adelante para proseguir con mayores alicientes de interés y novedad la vida de la Santa.

Retenían, según vemos, en Ortigosa á Teresa, deberes inexcusables; pero sus males, sus dolencias físicas, lejos de mejorar, se empeoraban.

¿Qué importaba á la monja carmelita su vida misma al lado de la felicidad de los demás?

Siguió sacrificándose, y escribió á su hermana, diciéndola:

«No me esperes en algún tiempo.»

Y á su padre don Alonso:

«Consentid en que permanezca aquí hasta que deje de ser necesaria; luego iré á donde vos queráis, padre mío... Si supiéseis el bien que puedo hacer, no insistiríais seguramente en que me cuidara de mí antes que de los que vos y yo queremos tanto.»

Y no volvió á recibir más cartas apremiantes para que dejase á don Pedro y á María.

No pudiendo Teresa leer seguido largo rato sin fatigarse, su tío y su prima no la dejaban continuar cuando lo conceptuaban conveniente, por más que deseasen avanzar en la lectura comenzada.

Pausas que no eran perdidas, que les servían

para apreciar y retener mejor el contenido de las Memorias de Hispaleto.

Y, sobre todo, para escuchar á la religiosa carmelita, á quien hacían mil preguntas.

—Aún puedo leeros algo más, dijo aquella tarde, y avanzó en el manuscrito.

Continué en la más penosa incertidumbre y el más absoluto aislamiento.

Hasta las visitas de los que al principio parecían confortarme se hicieron escasas, y fueron siendo hechas cada vez más por fórmula y rúbrica, que con intención de que me aprovecharan.

Hacía el vacío en torno mío; lo hacía con insistencia por mi voluntad, y ahora comprendo que no podía quejarme.

El método que hemos adoptado para hacer conocer á nuestros lectores la historia del pintor, interrumpida al comenzar la vida de Teresa, no es nuevo; le empleamos antes para que supiesen la historia del judaizante.

Es el único que cuadra á un libro de las condiciones editoriales del nuestro; pero quedaría incompleto, resultaría confuso, si no hiciésemos aclaraciones á que no podían descender los oyentes de Teresa, ni menos el artista en su escrito.

Ved aquí algunos datos curiosos que nos conviene recoger de obras autorizadas.

Casi desde la instalación del Santo Oficio en

España, se establecieron por el mismo tres clases de prisiones:

Públicas, medias y secretas.

Las públicas se destinaban á los acusados por delitos que, sin ser contra la fe, caían bajo su jurisdicción, como los de bigamia, sodomía y otros.

Las medias eran donde sufrían castigo los dependientes de la Inquisición misma, que cometían alguna falta en el ejercicio de sus deberes.

Y las secretas, en las que se encerraba á los acusados por delitos contra la religión.

Se prohibía á los incomunicados tener luz ni lumbre en las cárceles del Santo Oficio, á cuya obscuridad alude maliciosamente un escritor enemigo del Tribunal, á quien por un alto deber de justicia nosotros combatimos.

Desde las seis á las once de la mañana en el invierno, y de las cinco á las diez en el verano, se abrían las celdas, poniendo en comunicación las ventanas exteriores con las cancelas ó rejillas de las puertas que daban á la galerías.

A las seis ó á las cinco, el almuerzo; á las diez ó á las once, la comida; á los cuatro ó á las cinco la cena, según las estaciones.

Comidas sanas y abundantes, abrigo en el invierno y asistencia esmerada en sus enfermedades.

La *soledad*, el *aislamiento*; hé aquí lo que más se ha ponderado por lo que hace á la Inquisición, y lo que peor efecto causaba á Hispaleto.

Es decir, el sistema *celular*, al que ha venido á darse preferencia por las naciones más cultas en nuestros días, proclamándole como el mejor para las prisiones.

Lo que se encarece como un adelanto, es una vejez de los tribunales calumniados de la Iglesia; ¡en cuántas cosas pasa lo mismo!

Y aun en este particular se empezó por algo y se terminó por mucho, siempre en beneficio de los penados.

Nosotros, antes de escribir estas páginas, hemos creído deber consultar algunos directorios, ordenanzas y acordadas del Consejo, y no vemos en ellas sino sabias prescripciones, que ¡ojalá se tomaran por modelo!

Prohibición á los presos de visitas inútiles ó de peligroso pasatiempo, y, ante todo, ponerse en contacto con otros compañeros; desde 1561 les fué lícito hasta servirse de criados propios, y por una Constitución pontificia de 1681, hasta se concedió amplia libertad á la mujer é hijos del procesado para visitarle todos los días, y fué aún mayor la condescencia que hubo en el siglo XVIII, permitiéndose á muchos su residencia en las habitaciones del alcaide, tertulias diarias y aun alguna de noche, y salir á tomar baños medicinales, cuando lo exigía su salud, fuera del establecimiento; hallándonos enteramente de acuerdo con el señor García Rodrigo, cuando dice: «que las declamaciones sobre este punto deberían convertirse en aplausos de

una condescendencia tan humanitaria, que ningún tribunal civil concede, aun cuando los detenidos sean víctimas de cruelísima enfermedad.»

Torquemada mismo, cuya figura se pinta por algunos con los más negros colores, discurrió, y á él se debe en mucho, el sistema penitenciario que hoy más se aplaude, pues en su Ordenanza de 1488 suplicó á los reyes: «Que mandaran hacer en cada pueblo de Tribunal de Inquisición un circuito cuadrado con casillas tales, que pudiese el penitenciado ejercer en ella su oficio.»

Si el plan de las cárceles del Santo Oficio se adoptase en toda su pureza para las prisiones ordinarias; si los detenidos vivieran aislados en sus celdas, más pronto vendría el esclarecimiento de los hechos, y abreviaríanse unos procedimientos prolongados frecuentemente por los medios é instrucciones que facilitan al preso las visitas, y, sobre todo, el contacto con sus mismos compañeros.

Cuando escribimos estas líneas, precisamente la opinión pública aparece indignada por hechos ocurridos en un establecimiento-modelo, en el que han podido llegar á infringirse los reglamentos del sistema celular en él establecido, por la deficiencia de todo lo que en España tiene un carácter administrativo.

En una Instrucción de 1561, acordada en Toledo, se hacían especiales prevenciones para que los reos estuviesen provistos de ropas, tuviesen buenas camas, y se les dieran alimentos sanos y abundan-

tes; se mandaba que la asistencia de los enfermos fuese esmerada, llevándoles facultativos de su confianza y elección, y que no se omitieran ni escasearan gastos para las medicinas que su restablecimiento exigieran.

En suma:

Los jueces enmascarados, los feroces y crueles carceleros, los verdugos y sayones sanguinarios, las aterradoras anécdotas que pasan por verdaderas:

Los tormentos de la gota de agua y de los péndulos; los cepos dobles y hasta triples de piés, manos y pescuezo; las cadenas, los grillos y esposas;

Todo esto, y más que se tiene por usual, por común y corriente en las prisiones de la Inquisición, no tuvo en ellas nunca el carácter vengativo que se supone, ni se empleó con la rigidez y la frecuencia de los tribunales ordinarios de entonces, por efecto de la rudeza de los tiempos y de la índole especial de las circunstancias.

Seamos verídicos siempre, para que el pueblo nos crea.

Abusos, corruptelas... Casos aislados, acreedores á las más severas censuras... ¿Cuándo y dónde no los ha habido?

Fueron siempre los jueces de la Inquisición personas conocidas, que vivían frecuentando el trato social, y disfrutando del aprecio y estimación de sus amigos y del público; «de respeto, de ciencia, cortesanía y honrada conducta.»

Los consultores, comisarios y calificadores eran elegidos por su saber, y ningún cargo del Tribunal se confiaba á gentes que no gozasen de grande y público concepto; los abogados, notarios y demás funcionarios; los fiscales, secretarios, receptores, alcaides y alguaciles, y hasta los porteros y demás empleados subalternos, eran escogidos con esmero, y no lo fueron nunca á sabiendas, si no eran gentes honradas.

¿Se tiene hoy iguales miramientos para la elección de personas que sirven cargos análogos?

¿No reina en todo el *favoritismo* más escandaloso y arbitrario?

Para poder reprender con autoridad, hay que comenzar por ser irreprensibles.

# IV.

## Los interrogatorios.

PASARON algunas tardes sin que Teresa pudiera leer á su tío y á su prima.

Su estado inspiraba serios temores; sólo élla era la única que no hacía caso, ni se preocupaba de su estado.

Cuando se sintió mejor, acudió solícita al saloncito que daba al jardín, y avisó á sus oyentes, que se apresuraron á escucharla.

El manuscrito, dividido en porciones señaladas por una crucecita, decía así:

Una mañana, por fin, entró en mi prisión el custodio que me servía la comida y hacía la limpieza, á quien yo apenas me digné dirigir la palabra.

—Venid,—dijo con sequedad.

Debía estar ofendido de mi proceder, por más que no me faltaba nunca.

—Os sigo,—le contesté con idéntico laconismo.

Crucé varias galerías; subimos por escaleras estrechas, luego más anchas, y llegamos á un amplio salón.

Aquella novedad rompió la monotonía insoportable de mi detención.

—Aunque vayan á sacrificarme,—pensaba entre mí,—debo congratularme.

Cualquier cosa era preferible á mi estado.

Bajo un dosel había unos sillones ocupados por tres personajes; la fisonomía de alguno de ellos no me era desconocida; me hicieron sentar delante de la mesa, sobre la cual se veía un Crucifijo de marfil de gran talla, un libro grueso y uno pequeño, cuyo forro era encarnado.

La presencia de este último hirió mi memoria; era parecido al que habían tomado de mi librería la mañana que me prendieron.

—¿Os llamáis?—me dijo el que ocupaba el sillón de en medio.

—Juan me llamo,—le contesté.

—¿Apellidos?—volvió á preguntar.

—No los tengo,—le dije.

—¿Se os conoce por Hispaleto?

—Es mi nombre de profesión.

—¿Sois artista?

—Pintor soy.

—¿Nacido en España?

—Sí.

—¿De la cual habéis estado ausente?...

—Largos años.

—¿En el extranjero?

—En Italia y en Inglaterra.

—¿Estáis bautizado?

—Sí lo estoy... me bautizaron siendo muy niño, según creo.

—¿No os habéis cuidado nunca de esto?

—Me ha sido indiferente.

—Vuestras contestaciones, joven, se hacen constar por el secretario. ¿Queréis que se anote la que acabáis de dar?

—También me importa poco.

—Escribid, pues.

Un hombre enjuto, vestido de riguroso luto é incierta edad, obedeció al momento.

—¿Habéis residido en Inglaterra?—volvió á preguntar el que debía ser el presidente del tribunal.

—Allí murió mi maestro.

—Que era extranjero, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y de allí os vinísteis á España?

—¿Quién ha podido enteraros de pormenores?...

—¿Los motivos de vuestra venida?—prosiguió interrogándome aquel hombre anciano, de rostro severo, pero no repulsivo ni repugnante.

—No puedo revelarlos,—le dije yo.

—Estáis obligado á no ocultar cosa alguna á vuestros jueces... ¿Juráis en nombre de Dios?

—No acostumbro á jurar,—repliqué.

—¿Es que os negáis á ello?

—No necesito para decir verdad el requisito que exigís.

—Escribid, escribid... Se os acusa de delitos graves, y vuestras respuestas pudieran comprometeros. Sóis muy joven aún para ser pertinaz; rehacéos...

—Mi conciencia está tranquila.

—No se trata de vuestra conciencia. Se asegura que habéis traído á Madrid una misión oculta, y vuestras palabras dan á entender...

—No he traído ninguna; os lo aseguro.

—Alguien os ha protegido en vuestra infancia.

—Mejor hubieran hecho en no protegerme,—contesté sin poderme contener.

—¿Os estorba la vida?

—Prefiero morir, á verme privado...

—También en el extranjero habéis recibido socorros.

—Dádivas miserables.

—Que habéis aceptado, sin embargo.

—Me arrepiento de ello.

—¿Y de la misión aceptada por vos?

—Repito que no he traído ninguna.

—Prosigamos; enfermo, os negásteis á recibir los Sacramentos de Nuestra Santa Madre la Iglesia.

—Hubo alguien que me hizo confesar y recibir el Viático.

—El Santo Viático, —me interrumpió con enérgico acento el presidente.

—Como queráis.

—¿No fué aquella vuestra voluntad?

—Sin pedirlo me lo administraron.

—Escribid,—volvió á ordenar al interrogante.

—¿Luego pintásteis un cuadro?...

—Fué un encargo.

—En el que procurásteis intencionalmente no colocar nada alusivo al Sacramento.

—Eso fué cosa mía, de que á nadie tengo que dar cuenta...

—Escribid, secretario.

El que hacía de amanuense ó de notario escribía rápidamente.

Los dos que estaban sentados en los sillones laterales se miraban uno á otro y hacían signos de visible contrariedad ó desagrado.

Á mí no se me escapaba nada.

—¿Habéis acabado?—preguntó el presidente al que escribía, después de algún rato.

—Sí;—le contestó el interrogado.

—Se os acusa de algo más grave todavía.

—Ya deseo saberlo,—dije yo.

—Preparábais, y teníais convenida la impresión de un libro.

—Eso no es cierto.

—Este que tenéis á vuestra vista, hallado en vuestra estantería.

Y al decir esto, me presentó el libro forrado de encarnado.

—Os aseguro que ignoraba...

—¿Negaréis que es vuestro?

—Lo niego rotundamente,—dije yo entonces.

—Es un *Catecismo* impíamente anotado.

Y abriendo el libro, me presentó varias de sus hojas.

Debí palidecer, más aún de indignación que de sorpresa.

—Veo por vez primera ante mí esas páginas,—murmuré débilmente.

—Estas notas, ¿no están escritas por vos?

La evidencia se imponía.

Aquella letra era mía; vacilé, dudé, y no supe qué contestar.

—¿Confesáis?...

—¡Oh! no, no;—repliqué.

—Escribid, notario.

Y alargándome papel y pluma, me dijo el que me interrogaba:

—¿Sabéis leer?

—Escribir y leer,—dije yo.

—Pues haced lo primero en nuestra presencia.

Escribí sin darme cuenta de lo que hacía; maquinalmente.

Tomaron el papel aquellos señores, y se lo pasaron de mano en mano.

—¡Iguales trazos!

—¡Idénticos caracteres!...

Les oí decir en voz baja, y yo mismo convenía entre mí en que sus juicios eran exactos.

Lo rápido é inesperado de aquella diligencia ó actuación me desconcertó.

Cotejando la letra de las notas del libro con forro encarnado y la mía, era difícil atreverse á negar su identidad.

—¿Qué decís ahora?—volvió á preguntar el presidente.

No pude articular palabra.

—Retiráos,—me dijo el que había hablado;—y me dejé conducir de nuevo á los pisos inferiores; no me llevaron á mi prisión, sino á otra más lóbrega, más oscura, más subterránea y con mayores precauciones resguardada.

Era indudable que me tenían por delincuente.

Algo parecía saber; y, no obstante, nada sabía.

Había sido aquél mi primer interrogatorio, y su resultado me desconcertó por completo.

¿Qué decían aquellas notas?

¿Las había puesto yo?

No lo recordaba en mi aturdimiento.

Envuelto en un mar de confusiones, no pude dormir en muchos días, y me negué á tomar alimento.

Debieron temer por mi razón, y me sujetaron las manos y luego los piés; ¿aquello era una precaución, un castigo, ó una pena que se me imponía?

Yo, al menos, por esto último lo tomé, y vuelto en mí, maldije á los que de manera tan inicua me trataban.

Caí enfermo, y mi estado llegó á inspirar serios cuidados.

Gracias á una esmerada asistencia, y á trasladarme de encierro, recobré la salud, pero sólo en parte, pues mi debilidad me hacía recaer con frecuencia.

Teresa se sentía esta vez sin alientos para proseguir; la lectura había sido larga y cansada; el diálogo, leído en alta voz, es siempre dificultoso.

Nos conviene aprovechar esta pausa para consignar algunos datos que ilustren lo que la religiosa nos ha dado á conocer, y dejó en extremo pensativos á don Pedro y á María.

Por lo común, las primeras *moniciones* en el Tribunal del Santo Oficio tenían lugar á los pocos días de la prisión del acusado, y se repetían por segunda y hasta por tercera vez con el mismo objeto: con el de obtener la confesión y retractación del reo.

Con Hispaleto no sucedió así.

La importancia y calidad de sus acusadores había contribuído á dar una gran fuerza á su delación.

La índole del delito, la personalidad del acusado, dieron á su causa desde luego un carácter de excepcional que exigía las más exquisitas diligencias y precauciones para comprobar la verdad.

Los Manrique de Lerma habían vuelto á decla-

rar en contra del artista. La patrona de la casa añadió muchos detalles á lo dicho por don Juan y por don Luis, y varios vecinos honrados de la casa de junto al Arco de Santa María las confirmaron.

Pero sobre todo, lo gravísimo era el hallazgo del libro con cubierta encarnada tomado de la librería misma del artista; esto constituía una prueba de acusación terrible, formidable, casi decisiva.

El único que no había intervenido para nada en el proceso, era el judaizante; se reservó, empero, el papel principal, tanto más terrible y seguro, cuanto más oculto y reservado.

Nadie citó al prestamista; se le conceptuó un elemento innecesario.

Su desaparición de la casa no infundió sospechas; no se trataba de un robo, de una muerte, y así, que pudo eludirse fácilmente.

Don Luis, adiestrado por Natam Gutiérrez, había solicitado, según dejamos dicho, un plazo para reunir antecedentes relativos al pintor, y fué preciso auxiliarle, dirigirse de oficio á los representantes del monarca, del gran emperador, en tierras lejanas.

La obscuridad de Hispaleto dificultó las contestaciones primero que se puntualizó de quién se trataba, y pasó mucho tiempo sin avanzar el proceso, sin proseguir visiblemente.

Se temió la astucia del reo; y, por otra parte, no

convenía precipitar el sumario sin ver si el acusado tenía otros cómplices.

La acusación era ambigua, vaga y reticente á la vez con este propósito; el resultado favoreció á los enemigos ocultos del pintor y de sus amigos.

De sus amigos, que nada pudieron hacer en favor suyo, más que socorrerle pecuniariamente. El médico de los marqueses de las Cuevas fué el que asistió á Hispaleto; esto ya fué un bien para él; pero á las visitas del doctor asistía siempre uno de sus jueces.

La singularidad del caso explica la irregularidad de la causa, y esto no hay para qué extrañarlo cuando cabe explicarlo tan fácilmente.

En la Inquisición, como en todos los tribunales del mundo, sucede siempre lo mismo; las causas no son iguales; nunca cabe amoldarlas sin riesgo á un troquel uniforme y estrecho.

Y todo esto que decimos lo ponemos aquí como novelistas á quienes incumbe el ir aclarando los hechos; con doble motivo, cuando hay que ir presentándolos de una manera incompleta.

La doble ó triple acción que dejamos interrumpida para referir la vida de la Santa, se desenvolvió por separado y lentamente.

Ahora vamos conociendo cuanto á Hispaleto hace relación.

Sus perseguidores seguían fielmente las indicaciones del judaizante; éste, agazapado en su tu-

gurio del Atochal, se valía de cuantos medios le sugería su diabólico ingenio y sus recursos mágicos para seguir dominando al ex-corregidor y á su hijo, que también hizo renuncia de su cargo en el Santo Oficio, para poder seguir como delator principal del artista; los demás testigos eran peones no más en el tablero de la intriga forjada por el diestro prestamista.

Los marqueses de las Cuevas continuaron obrando con prudencia, mientras María se deshacía en conjeturas, pero sin dejar por ello de amar al pintor, á quien Valdespinar y su tía seguían teniendo por inocente, á cuya opinión era natural que la doncella se adhiriese allá en el interior de su alma.

La red, no nos cansaremos de repetirlo, se había tramado con ingenio, y producía, como era natural, sus consecuencias.

Pudo continuar Teresa leyendo algo más aquella tarde, y avanzó en el manuscrito de Hispaleto.

Repuesto de mi enfermedad, volví á ser llevado ante mis jueces; eran los mismos, el notario, el hombre enjuto, y la sala aparecía dispuesta del mismo modo.

Una variante advertí en ella que me heló la sangre en las venas; en un ángulo había un aparato siniestro.

El presidente me interrogó:

—Se formulan contra vos cargos gravísimos; conocéis el mayor; ¿confesáis haber anotado este libro?—me dijo, á la vez que me presentaba el libro con forro encarnado.

—No puedo explicar que las notas que contiene parezcan de mi letra, pero niego haberlas escrito.

—Ved que vuestra pertinaz negativa nos obliga á imponerla un correctivo.

—Insisto en ella.

—¿Y en que no tenéis cómplices?

—También.

—¿Y en que no habéis traído á España el encargo de cooperar á la extensión de la herejía?

—Lo niego.

Mis jueces se miraron de un modo significativo; el presidente tocó una campanilla, y entraron dos personajes en la sala; el uno era un servidor subalterno del Tribunal; el otro, se me dijo que era un médico.

Aunque no se me hubiera dicho, podía haberlo conocido.

Fuí detenidamente examinado y reconocido, se me pulsó, y sólo cuando el hombre de ciencia hizo una señal convenida de antemano, fué cuando ordenó el Tribunal se me sometiera al tormento.

Aquello fué horrible, espantoso; no quiero consignar aquí lo que escribí; basta que sepáis, María, que se me hizo padecer muchísimo.

Yo no sé mentir, y negué como antes.

Cuando me ayudaron á salir de la sala, carecía

de fuerzas; pero os aseguro que no se llegó por mis jueces al ensañamiento.

Luego que el facultativo conceptuó que podía correr algún peligro de enfermar, aconsejó á aquellos señores que se me sacase del aparato, y noté que lo ordenaron así con suma complacencia.

La Santa no quiso seguir leyendo; don Pedro y María estaban enternecidos.

—¡Desdichado!—exclamó el hidalgo.

—¡Infeliz!—añadió su hija.

Y silenciosos se separaron.

¡El tormento!... apresurémonos á manifestar que por el Santo Oficio no se inventó el tormento; le halló estatuído como otros muchos medios de prueba, y se le impuso para casos como el que dejamos consignado.

Era, pues, el tormento práctica civil, y la Inquisición, en su principio, se acomodó á ella; modificándola, empero, y suavizándola, dió el primer paso para su abolición.

La tortura no se aplicó por los tribunales eclesiásticos sino en casos excepcionales, y muy luego se prescribieron sobre esto reglas que aún no estaban en uso cuando lo sufrió Hispaleto.

Siempre se reconocieron por el Santo Oficio los inconvenientes del tormento, y desde luego deseó abolirle, redimiendo al procesado de un vejamen inevitable en los tribunales civiles, que se aplicaba

por el simple auto de un juez y sin las precauciones y parsimonia de la Inquisición.

Este Tribunal trató de ilustrar en vano el criterio de los poderes seculares, haciéndoles comprender que la equidad exigía ciertas reglas sobre una práctica forense no menos terrible que inútil para el esclarecimiento de los hechos, y al fin abolió el tormento, que, sin embargo, los tribunales civiles continuaron aplicando inexorablemente.

¿Por qué, pues, los cargos, censuras y denuestos se reservan para la Inquisición, aun cuando el invento del tormento se debió á los tribunales laicos, de antigua época regidos por una legislación muy en consonancia con la rudeza de las costumbres y de los tiempos?

No podrá citársenos una sola decretal ni una decisión conciliar que apruebe el tormento.

Los primeros inquisidores de España hubieron de aceptar las prácticas judiciales adoptadas en este país como en muchos otros reinos, pero aplicaron siempre la prueba del tormento, como otras muchas análogas, con grandes modificaciones, usándola con parsimonia y aboliéndola por fin de sus juicios, influyendo en la pública opinión, hasta hacerla desaparecer del procedimiento secular.

Esto es lo cierto, lo evidente, aun cuando haya algunos que sostengan lo contrario.

Fué casi siempre necesario que en las declaraciones del reo resultara evidente contradicción, unanimidad absoluta de todos los testigos contra

él, y dictamen favorable del fiscal y consultores para que se aplicara el tormento.

Andando los tiempos, no se aplicó el tormento á los acusados de delitos ordinarios, ni pudo decretarse hasta después de la defensa, exigiendo en todo caso la prueba semiplena, y que resultara justificada la mala fe del acusado.

Con estas condiciones se llegó á dictar el auto, una vez obtenida la conformidad del Obispo diocesano, y aun así, oyendo antes al Consejo de la Suprema para su confirmación.

El Santo Oficio exigió más tarde, para la aplicación del tormento, sentencia dictada por los jueces y el Diocesano, en vista de las contradicciones del reo, del resultado desfavorable de la prueba, previo dictamen de los consultores, y obtenida la aprobación de un alto centro de justicia ante el cual podía la parte defenderse.

¿Cabía más previsión y garantías de acierto?

Es más; y léase esto con detención:

Las ordenanzas y acordadas del Consejo prohibieron que se aplicase el tormento á los menores de veinticinco años, á los ancianos mayores de sesenta, no pudiendo aplicarse tampoco á los que padecieran alguna enfermedad, aunque ligera, ni á las mujeres, cuando aseguraban hallarse embarazadas, ni á cuantos prometieran abjurar de sus errores, ó hubiesen sufrido antes dicha prueba.

La tortura, pues, así como otras penas aflictivas, sólo podía imponerse una vez y por muy corto

tiempo, á una misma persona, cuando los juzgados civiles hacíanla sufrir hasta tres y más veces al reo, sin consideración alguna.

Todo esto es rigurosamente histórico, y nadie podrá contradecirlo con datos de mayor autoridad que los por nosotros rebuscados, para asentarlo así en este momento.

Hispaleto sufrió por breves instantes el tormento, y á una señal del facultativo que asistió á su ejecución se le sacó de él sin fractura ni apenas quebrantamiento de hueso.

Y fué su pertinaz negativa la causa principal de acudir á este recurso por sus jueces, con la contrariedad más grande y la pena más acerba.

# V.

## Curso del procedimiento.

El deseo de avanzar más rápidamente, de dar á conocer cuanto antes á nuestros abonados el manuscrito del artista que Teresa de Jesús continuó leyendo á sus parientes, como su quebrantada salud se lo fué permitiendo, nos mueve á transcribirle de seguido, y sin otros comentarios de nuestra parte que los absolutamente precisos para la debida ilustración de los hechos.

Todos los estilos, todas las formas de composición literaria se adaptan á la novela; todas hay casi precisión de cultivarlas para dar variedad é interés á un libro de largas dimensiones, como lo es este nuestro.

A partir del punto en que la Santa dejó las Memorias de Hispaleto la tarde última en que asistimos con ella, su tío y su prima, al saloncito que daba al jardín de la casa de don Pedro, éstas decían, sin otras cambiantes, notas ó aditamentos

que los que la sabiduría y la prudencia de la heroína principal de esta obra las había puesto, lo siguiente:

El médico que proseguía visitándome de vez en cuando, una mañana, mientras nuestros vigilantes estaban distraídos, puso con habilidad y disimulo un papel arrollado en mi mano.

Aunque esto me produjo una gran sorpresa, aparenté que nada había pasado, y esperé para conocer su contenido á que me dejasen solo.

Lo desdoblé con ansiedad.

Su texto era brevísimo, lacónico; la letra, de mujer, y no tenía al final ni nombre, ni rúbrica alguna.

«No prosigáis como hasta aquí, decía, defendéos; vuestro carcelero es un amigo; fiáos de él y de los que velan por vos incesantemente.»

Fué aquél el primer lenitivo que después de muchos meses de aislamiento vino á refrescar mi cerebro abrasado y alentar mi espíritu cohibido.

Leí y releí el papel, y aunque al principio no, después me pareció que su letra me era conocida.

—¡Ah! sí, sí,—exclamé después de algunos instantes de duda y vacilación,—¡la misma! ¡la de siempre!

Pero esto, en vez de fortalecerme, me abatió de nuevo.

Poco tiempo después fuí, con verdadera contrariedad, llamado por mis jueces.

Diré por qué.

—¿Sabéis que me quieren esos señores?—pregunté por vez primera al custodio de las prisiones.

El buen hombre me miró con extrañeza.

—He sido injusto con vos,—me apresuré á decirle.

—No os comprendo,—me respondió receloso.

—Es muy sencillo; me habéis tratado bien, y yo...

—Y vos habéis desconfiado de mí, ¿no es eso?

—Es verdad; cuando uno sufre...

Mirando en torno suyo, á pesar de saber que estábamos solos, continuó hablando:

—Os he tomado cariño, no debo ocultároslo; y si antes de ahora me hubiérais pedido un favor, sin faltar á mi deber, os le hubiera hecho.

—Hacédmele en este instante,—le repliqué.

—Dispuesto estoy á complaceros.

—¿Hay quien se ocupa?...

—Más de lo que pensáis,—murmuró á mi oído.

—¿Lo sabéis vos?

—Lo sé.

—¿Quién se interesa por mi suerte?—volví á preguntar, lleno de curiosidad y de interés.

—Y mucho... recordad: antes de venir aquí, ¿no os han dado pruebas de lo que deseáis saber?

—Sí.

—Pruebas que habéis tenido en poco.

Hice con la cabeza un signo afirmativo, y proseguí diciendo:

—¿De suerte que estáis enterado?

—De todo; ahora, empero, no puedo ser más explícito. Habéis sido llamado, y no debéis hacer esperar á vuestros jueces. Seguidme, y mostráos de otra manera que hasta aquí con el Tribunal, y veréis cómo adelanta el procedimiento.

—Ya debían haberse persuadido que soy inocente.

—Jamás os habéis dignado disculparos.

Seguí algo más tranquilo á aquel hombre, y atravesamos los corredores y subimos las escaleras de siempre.

Durante el trayecto nada volvió á decirme el custodio.

Llegamos á la puerta del salón, la abrió, y dijo en voz alta:

—El reo.

Pasé adelante.

El aparato funesto de la tortura no estaba allí; esto contribuyó á tranquilizarme por completo.

—El Tribunal ha llenado sus deberes,—me dijo el presidente sin más preámbulos.—¿Estáis dispuesto á ser franco y sincero?—me preguntó con acento bondadoso.

—Lo estoy,—le dije maquinalmente, pensando en el papel que había recibido, y por más que al expresarme así mortificase mi amor propio y violentase la altivez de mi carácter.

—¿Habéis ó no escrito las notas del libro que se

halló en vuestra estantería?... Os lo pregunto por última vez.

—No;—respondí con entereza.

—¿Reconocéis, empero, la letra como vuestra?

—No puedo negar que parece mía.

—Eso ya es decir algo... Explicad esa contradicción, esa anomalía.

—Por más que he discurrido, no puedo en este punto complaceros,—añadí.

Los miembros del Tribunal se miraron y se hablaron al oído.

Después de una breve pausa, el que presidía volvió á continuar interrogándome:

—A otra cosa... ¿Profesáis ideas heréticas?

—Viviendo en tierras extrañas,—respondí,—careciendo de maestros, de directores, de seres que formaran mi corazón, he llegado á ser *indiferente*; esto es todo.

—¿Y hoy lo sóis?

Guardé silencio; no sabía mentir.

Nueva pausa.

—¿Practicáis?

—No practico.

—Se os vió, no obstante, en la Iglesia la mañana de vuestra prisión.

—Fuí al templo, en efecto.

—¿Espontáneamente?

—No.

—¿Quién os dijo que fuéseis?

—Es un secreto que no me pertenece.

Y si el Tribunal le conociera... ¿qué diríais?

Jamás se me había hablado así.

—En ese caso...—contesté.

—¿Amáis á una joven?—se me preguntó de repente.

—Sí;—contesté sin vacilar un instante... Vuestro amor, María, era la sola afirmación; la única realidad de mi vida...

—¿Os escribió esa joven una carta?

—No tengo para qué negarlo.

—¿Es ésta?

El que me interrogaba me mostró la esquela que me escribísteis, María.

Nueva sorpresa de mi parte.

No pude contenerme; la arrebaté de las manos del juez y la besé con delirio.

Esto pareció conmover é interesar á los miembros del Tribunal.

Había buscado aquella carta inútilmente en mi ropilla; luego recordé que antes de entrar en mi prisión me habían registrado, y me expliqué entonces lo sucedido.

Lo que me acontecía era también inusitado.

—De manera que...—volvió á decir el anciano.

—¡Oh! Si el ángel que me escribió esta carta hubiera seguido ejerciendo su influjo benéfico sobre mí...—murmuré, cediendo á un sentimiento de ternura.

—¿Habríais cambiado, no es eso?—prosiguió el presidente.

—Así hubiese sido, seguramente.

—Eso ya es más.

—El amor pudo purificarme,—añadí.

El giro del proceso cambiaba, al parecer, desde aquel momento.

Mis jueces deliberaron por algunos instantes, y yo volví á leer vuestra carta.

—Váis á saber el nombre de vuestros acusadores,—se me dijo.

—¡Oh! es lo que anhelo,—exclamé.

Y entonces me citaron apellidos desconocidos; luego á doña Catalina Carvajal y á varios vecinos de la casa en que habitaba.

—¿Conocéis á todos?

—A la mayoría, no.

—¿Son enemigos vuestros los que recordáis?

—Nunca los tuve por tales,—respondí.

Sabía bien lo lenguaraz que era mi patrona; las habladurías á que había dado pábulo mi presencia en la casa de junto al Arco de Santa María; pero no creí jamás que me quisieran mal.

¿Quiénes eran los demás que oía nombrar por vez primera?

El presidente añadió:

—De hoy en adelante, joven, podréis defenderos.

Y á seguida me ordenaron salir del salón.

—¡Qué momento! ¡qué instante tan satisfactorio para un procesado y para sus jueces, aquel en que pueden pronunciar éstos y oir los primeros la pabra *defensa!*

Porque yo entiendo que las angustias de un *sumario* no deben ser menos para los procesados que para aquellos que se ven obligados á revestir contra su voluntad las actuaciones de ciertas formalidades, y, sobre todo, del *misterio*.

Uno de los cargos, al parecer más grave, que se ha hecho á los Tribunales del Santo Oficio, ha sido el de la reserva que solían guardar en lo tocante á los nombres de los acusadores y los testigos, sin pararse á examinar los motivos que la Iglesia tuvo para acordar estas y otras severas resoluciones.

Razones poderosas aconsejaban entonces doblemente una práctica que, lejos de ser irregular, estaba admitida en las causas civiles, y era indispensable al objeto esencial del Santo Oficio, cuyos tribunales habrían carecido del vigor que les era necesario sin esta precaución, que tanto se censura en sus procedimientos, y que la fué preciso estatuir contra el torrente de las doctrinas esparcidas por los herejes y apóstatas, y el fanatismo de muchos impostores conjurados en contra del dogma, de la moral, la disciplina y las prácticas piadosas del catolicismo.

Dispuesto estaba, además, para contrarrestar los efectos abusivos de la reserva, lo que ni aun hoy se practica en nuestros tribunales, exigiendo que se hiciese saber, por lo general, el nombre de los delatores y testigos á personas honestas y de probi-

dad, ante las cuales se ratificaban aquéllos, y que esta diligencia la practicase el Obispo, ó en su defecto el Provisor.

De suerte que la ratificación se hacía ante los jueces, el Diocesano, un notario y dos testigos, hombres imparciales y de buena reputación, que representaban al acusado y hasta podían rebatir las declaraciones que le fueran perjudiciales.

¡Cuán pocos están enterados de estas particularidades del procedimiento inquisitorial!

Para que las conozcan, las ponemos aquí.

¿Acaso hoy mismo no son ostensibles y patentes los peligros de la *publicidad* en los primeros momentos de la averiguación de un delito grave?

La Iglesia ha dado la norma de los procedimientos más suaves, más benignos y más acertados dentro del criterio de los tiempos, del estado, de las costumbres, y hasta de las preocupaciones mismas, que muchas veces no ha podido contrarrestar, viéndose precisada á consentir corruptelas que la han impuesto de forma y manera ineludible é inexcusable.

Tened esto en cuenta para no proceder en vuestros juicios contra élla de ligero.

«La reserva condicional sobre acusadores y testigos fué decretada sabiamente por los Concilios,» dice un erudito escritor, pero ésta en España se hizo doblemente necesaria ante los grandes obstáculos que dificultaban la prueba, pues el temor

inutilizaba, como sucede hoy, los medios legales que debían adoptar los juzgadores, siendo muy difícil en aquellos tiempos sustraer al pueblo de la influencia ejercida por los señores, quienes, en ciertas ocasiones, empleaban su autoridad hasta para favorecer á los judíos de cuyos préstamos necesitaban.

Los hebreos, convertidos falsamente al cristianismo, se llegaron á imponer en muchas ocasiones, y con la protección de los príncipes y los grandes oprimían á las clases populares, vengándose inexorablemente de los que denunciaban sus apostasías y ocultas reuniones.

Hoy mismo aún, debilitado en tan alto grado el principio de autoridad, determinadas influencias crean dificultades á la tramitación del juicio criminal, y se ve con frecuencia que el temor á la venganza del reo ó la de sus amigos cohibe á los testigos, haciendo dificilísimo probar un hecho cuando el reo se obstina en su negativa ó en faltar á la verdad.

Estas dificultades, que serán siempre el grande escollo de los jueces instructores para la sustanciación de las causas criminales, sirvieron igualmente de obstáculo al Santo Oficio.

¿Por qué censurar de parte de la Iglesia lo que es corriente, lo que ha sucedido y sucederá siempre?

Volví,—proseguía diciendo el pintor en el ma-

nuscrito que vamos copiando,—volví, gozoso como nunca, á mi celda.

Llevaba vuestra carta, María, y debo confesar que con ella me parecía tener un talismán para mi corazón, un amuleto para mi alma.

Yo, que no creía en los amuletos ni en los talismanes, como sucede á los espíritus fuertes, creía en éste.

Poseer de nuevo vuestra carta, fué para mí una dicha inesperada.

Yo, que me burlaba de ciertas cosas, me veo precisado á confesarlas, y las confieso sin rubor.

Creía en la influencia del cariño puro y santo que os tenía, que os tengo.

Era débil, dirán muchos; ponedles en mi caso y harían lo mismo.

Las cosas habían variado, evidentemente, y se me llevó á mi primera reclusión por el custodio.

Al día siguiente, el notario vino á preguntarme qué persona elegía para defenderme.

No conocía ningún abogado en Madrid, y rogué se me nombrara de oficio.

Así debió suceder, pues algunos días después recibí la visita de un sujeto respetabilísimo, que me interrogó con cariño, que se informó minuciosamente de mi vida pasada, de mi estancia en la Villa, y de cuanto podía ser útil á mi causa.

El Santo Oficio procedía así.

Con rigidez y severidad al principio; con benignidad luego.

No había la parcialidad y el encono que se supone, como no le hay nunca en los tribunales de justicia.

Juzgar por casos concretos y excepcionales, es aceptar el error maliciosamente.

Le hablé de los marqueses de las Cuevas, á quienes conocía; de vos, María.

—¿Conocéis á los Manrique de Lerma, padre é hijo?—me preguntó.

—No les conozco,—le contesté.

El anciano quedó pensativo, tomó algunas notas y me ofreció volver á verme cuantas veces lo conceptuase necesario ó le llamase.

Así siguieron las cosas aún por largo tiempo.

Debo referir aquí un suceso que pasó á poco de cuanto dejo referido.

Una tarde, antes de anochecer, tuve una sorpresa mayor que las anteriores.

Mi carcelero penetró en mi celda, y tras él venía una mujer con el velo echado; el custodio me dejó solo con la desconocida, á quien recibí de pie y con el mayor respeto.

Cuando el empleado de las prisiones salió, se alzó el velo.

Era una mujer joven aún y de radiante hermo-

sura; yo no la conocía: incliné la rodilla y la besé la mano.

Noté que temblaba de emoción.

No bien se dignó hablar, su acento llegó hasta mi corazón; su voz no era extraña para mí.

—Vengo,—me dijo,—á fortaleceros, á inspiraros valor y confianza.

—¿Me conocéis?

—Os conozco.

—¿En quién queréis que fíe?—la pregunté.

—En Dios;—me respondió con una majestad imponente y avasalladora.

No supe qué replicarla; bajé la vista al suelo, y élla prosiguió:

—Tenéis poderosos enemigos,—añadió;—enemigos que no lo son tanto vuestros como de otras personas. Se han reunido en vuestro daño circunstancias que les han favorecido; pero ha llegado la hora de la proclamación de vuestra inocencia, y para ellos la de su humillación y castigo.. Así al menos lo espero.

—¡Ah! ¿Y sóis vos quien me anuncia esa nueva tan deseada para mí?... Gracias, gracias, señora; —exclamé volviendo á besar su mano.

Una mano blanca y aristocrática.

—Sólo hace falta que escuchéis una vez más mis consejos... Creed, arrepentíos, y os salvaréis.

Fruncí las cejas de un modo tan expresivo, que la dama exhaló un suspiro.

Yo me avergoncé, y quise aparentar que deseaba obtener su perdón.

Leyendo en mi pensamiento, me preguntó:

—¿Queréis ser dichoso?

—¿Podrá serlo, señora,—repliqué yo,—quien ha vivido siempre como yo he vivido?

—¿Amáis?

—Sí que amo.

—Pues en nombre de ese amor, oid sumiso la voz de un sacerdote: ya debéis saber por experiencia el resultado de vuestra condescendencia.

No supe qué contestar.

—Sólo habéis sido feliz después de haber recibido el Santo Viático.

Y la dama, echando sobre su hermosísimo rostro el velo con que entró cubierta en mi celda, salió sin proferir más palabra.

Quedé suspenso, anonadado; no era el caso para menos; el carcelero no volvió á entrar, como yo esperaba.

—¿Quién era aquella mujer?—me pregunté.

—¿Por qué recordaba su voz?—pensé largo tiempo.

Habían pasado muchos meses, y, no obstante, su silueta, su aire, su acento, me recordaban á alguien que me había dominado.

Caí, luego de mucho reflexionar, en la verdad; sus postreras palabras fueron un rayo de luz.

Yo había colocado la figura de aquella mujer en mi cuadro sin conocerla.

¿Tenía algo que ver con vos, María?

No necesitaba más para que me fuese agradable y simpática en extremo.

El cielo de mi vida volvía á despejarse nuevamente.

Tantas emociones juntas, produjeron su efecto.

Resolví obedecer á la desconocida, y una semana después pedí un confesor.

En el acto me fué otorgada aquella gracia.

Se hace preciso rectificar mucho de lo que acerca de la Inquisición se ha escrito con intento dañado y torcido.

El precepto del sigilo, como otros muchos, estaba admitido en la vía civil, y aún el Santo Oficio lo modificó, suavizándole esencialmente.

Terminado, ó próximo á terminar el sumario, se facilitaban al reo las declaraciones de sus acusadores y cuantos testigos de cargo habían depuesto en el proceso.

Cuando el acusado hallaba en aquellas declaraciones algún indicio de personal prevención, lo hacía presente á sus jueces, y cualquier motivo era suficiente para desestimar la acusación y contrarrestar las declaraciones consignadas en la prueba.

Prueba que no podía ser *amañada*, por lo que antes hemos consignado.

En favor del pintor, semejantes precauciones fueron infructuosas; no conocía á sus delatores, y en cuanto á los testigos, cuanto habían dicho era exacto, era cierto.

Conviene recordar, y nosotros lo hemos dicho antes de ahora, que la Inquisición fué instituída para evitar que se propagaran absurdas utopias, no sólo contra la fe, sino atentatorias á la moral y hasta al orden público.

Fué necesario, pues, adoptar disposiciones conducentes á este fin, porque de otro modo, su establecimiento habría sido ilusorio; el bien del catolicismo lo exigía, y el interés común, profundamente minado por creencias y excesos vituperables, se acogió á la potestad eclesiástica como á puerto de salvación.

¿Sucederá esto mismo en definitiva?

No lo extrañaríamos.

La Iglesia y el Estado se interesaron vivamente en el establecimiento del Santo Oficio.

La índole de sus procesos no puede equipararse á los que tienen por origen y fundamento los delitos comunes.

Y aun en éstos se ha seguido por largo tiempo una marcha idéntica.

Ved la nueva faz que tomaba para Hispaleto el curso de su causa.

Que había durado... ¿no duran hoy muchas, sin que de esa dilación pueda culparse á nadie?

Seguid, para juzgar aquéllas, el mismo criterio que aplica y disculpa la lentitud de éstas en muchas ocasiones y casos, y demostraréis con ello la *imparcialidad*, única cosa que pedimos á los espíritus rectos y desapasionados.

# VI.

**En el que el autor se permite escribir de su propia cuenta, para mejor explicar los números anteriores.**

TERMINADAS las pesquisas y los informes; roto el secreto del sumario, los procesos que se seguían ante el Santo Oficio tomaban un giro favorabilísimo para el acusado y su defensor.

El incoado contra Hispaleto había revestido diferentes aspectos, y hecho extensivo á multitud de cargos formulados contra el artista por la astuta y refinada maldad del judaizante.

De Natam Gutiérrez, siempre oculto en la sombra, siempre dirigiendo desde su escondite del Atochal á los ciegos instrumentos de sus odios y sus venganzas.

El hallazgo del *Catecismo anotado* en la librería del pintor fué el punto capital sobre el cual giró la causa que de manera tan hábil y en momentos tan críticos se le había formado.

Nadie que no haya estado ciego, ó lo esté, ha

podido ni podrá poner en duda el perfectísimo derecho de la Iglesia para conocer de los delitos cometidos contra la santidad de sus doctrinas.

Nombraba para ello instruídos calificadores, y esperaba tranquila su dictamen antes de emitir su fallo.

Para la revisión del manuscrito del artista se designaron, pues, tres doctos sacerdotes, que se tomaron tiempo para examinarle y dar su dictamen, el cual tuvo en un principio el carácter secreto y reservado.

No era arbitrario ni ligero jamás el proceder de los calificadores; estaba sujeto á reglas estrechas; y así, que en este punto como en todo lo demás, el Santo Oficio dejaba tiempo indefinido á los que le auxiliaban.

Pero lo que más juego dió y más contribuyó á diferir el proceso del amante de María, que éste titulaba con razón *Las persecuciones de un inocente*, fué la supuesta *misión* que se dijo por el agente principal del judaizante que le había traído á España, y á que daban viso de verosimilitud cuanto de su historia se sabía y hemos consignado nosotros en los números anteriores.

Las apariencias engañan en las causas, y hábilmente explotadas constituyen un arma terrible para un calumniador.

No se buscaba tanto por los tribunales eclesiásticos el castigo de la culpa, como la conversión del

culpable; pero para descubrir aquélla y conseguir esto, tenía éste que poner mucho, ó algo por lo menos, de su parte.

El pintor, lejos de una y otra cosa, había dificultado la marcha normal de su causa, mostrándose negativo, contumaz é impenitente.

Se trataba de comprobar un delito gravísimo: si era verdad que su venida á Madrid envolvía un fin oculto y siniestro, relacionado con la difundición de las doctrinas que el *Catecismo anotado*, aun á la simple vista contenía.

No se disculpó nunca Hispaleto ni pensó en una falsificación de la letra, sino que desde luego confesó ser suya la de las *notas* que el libro tenía y que le hacían aparecer dispuesto para su próxima impresión.

Todo lo cual explica suficientemente las dilaciones del proceso, de continuo interrumpido además con nuevos datos, con singularísimas revelaciones, todas ellas inspiradas por el talento notorio y la travesura de Natam Gutiérrez, alma de todo el castillo forjado para perder al pintor.

Nada hubiera hecho al artista; pero el pintor vino á ser el pretexto para una trama odiosa.

¿Qué les importaba á los que le aprovechaban, sus sufrimientos y hasta su perdición?

El judaizante había satisfecho al excorregidor, hiriendo el alma de María con la prisión de su amante, cuando esperaba verle aquella mañana, y

conseguir, acaso en breve, un enlace con el beneplácito de sus tíos los marqueses de las Cuevas.

Que no hay que echar en olvido que la doncella era hija de don Pedro, hermano del padre de Teresa, aquel noble castellano avilense que le había humillado y vencido con su hidalguía y su generosidad, y de quien no se había vengado lo bastante, á pesar de los perjuicios y pérdidas que le había irrogado, y de que ya dimos cuenta á nuestros lectores en ocasión oportuna.

Lo que entonces dijimos, se recordará.

A don Luis Manrique de Lerma, el judío le tuvo siempre de su parte, con el doble aliciente de estorbar los amores de su afortunado y preferido rival, y la promesa de hacerle de grado ó por fuerza poseedor de la que quería cada vez más por los desdenes y repulsas que de élla recibía, y que no menos que á él irritaban y ofendían á su orgulloso padre.

Agregábase á cuanto dejamos dicho para enredar el proceso y dilatarle, el que Natam Gutiérrez había hecho cuantiosos adelantos en dinero efectivo á sus dóciles corifeos, víctimas á su vez de ocultos manejos, que les hicieron perder gran parte de su influencia y su prestigio en las altas esferas del poder.

La política interior del reino iba cada vez más de mal en peor; y los bandos, un día triunfantes, al siguiente caían para levantarse más tarde ó no rehabilitarse jamás.

Nuestra historia patria no abona gran cosa, en

verdad, los caracteres de nuestros hombres de influencia y de acción.

—Que se consuma en la cárcel,—había dicho don Juan al prestamista millares de veces.

—Que no vuelva á ver la luz del día,—añadía don Luis en casos tales.

Y el judío les contestaba, frotándose las manos:

—De vosotros depende.

—¿Qué haremos para ello?—le preguntaban á su vez los apasionados contra nuestros amigos.

—Mentir mucho,—les respondía;—involucrar el proceso; trastornar á los jueces; desvariarles.

Y como sabían, por espías espléndidamente pagados, de qué suerte el artista se perjudicaba con su proceder en las prisiones y su conducta para con los jueces, les fué siendo facilísimo lograr sus dañados propósitos y pérfidas intenciones.

Así se explican los sucesos; así se concibe lo que acontecía sin cargo alguno para el Tribunal.

El trabajo de zapa de todos aquellos malvados á quienes seguimos con repugnancia, después de haber entrado de lleno en la vida de Teresa de Jesús, y al solo efecto de completar el relato interrumpido para dar gusto á nuestros lectores, fué vario, complejo, habilísimo, tenaz é insistente.

Con tales condiciones, estamos acostumbrados á ver prolongarse las causas sin culpa de los jueces más rectos y más entendidos.

Abarcaba la que al artista se seguía, con lo que á lo que á los marqueses de las Cuevas, á María y á su padre hacía relación, y habremos de decir después en apartados diferentes, multitud de hechos que contribuyeron á darla una gravedad y una importancia que no tenía; pero lograron dársela las habilidades del prestamista, de que ya tenemos una idea por lo que le hemos hecho figurar antes de ahora en los libros primeros de esta producción.

A los poderosos y á los malvados no les faltan nunca medios, y Natam Gutiérrez, y aun los Manrique de Lerma, los tuvieron desde un principio para perder á Hispaleto.

Doña María Carvajal, los vecinos á quienes oimos murmurar el día de la recepción del Santo Viático, cuando dimos principio á esta obra, también sirvieron al judaizante y á los vengativos, padre é hijo, cada cual de ellos en la medida y en la ocasión que quisieron utilizarles y valerse de ellos.

Ya veremos de cuán diversos modos y distintas maneras coadyuvaron todos á la obra de la perdición y los sufrimientos del encausado, del inocente y á la vez insensato artista.

El judío era quien sacaba mejor partido, utilidad y doble provecho de aquella intriga odiosa y que halagaba su manera de ser, en lucha siempre con sus semejantes.

Natam Gutiérrez no tenía entrañas; era un egois-

ta; era un pérfido, para quien hacer el mal constituía una distracción.

—He sido desgraciado,—solía decir, y ya conocemos sus Memorias,—pues que los demás lo sean; —añadía, haciendo la mueca horrible que había espantado á la pupilera.

La ira, el despecho, llegaron á formar en el judaizante una segunda naturaleza; algo de que no podía prescindir y que iba poco á poco acrecentando su fanatismo de raza, á la vez que la ceguedad estúpida del que fatalmente está llamado á enredarse en las propias redes.

Los que eran sus dóciles instrumentos, llegarían á ser sus más encarnizados enemigos quizás; pero para que esto sucediera tenía que pasar tiempo, y llegar con sus maquiavelismos á hacerse acreedores á un severo castigo.

Los malvados, cuando triunfan, no se acuerdan de su caída; la miran lejana, cuando suele estar más próxima.

Un hombre como el hebreo, el renegado, podía hacer mucho daño; bien, nunca.

Cumplía, pues, la ley fatal de su destino cuando las circunstancias favorecían sus deseos y sus propósitos.

Seguía, por otra parte, reteniendo cautiva y en su poder á la conjelada, á la niña infeliz de cuyas dolencias físicas se sirvió para embaucar á los Manrique de Lerma y á cuantos le convenía, ha-

ciéndola, ya fuese por sorpresa, por engaños, por astucias, amenazas ó malas artes, jugar un papel principal en sus más tenebrosas intrigas.

Para la que había tramado contra Hispaleto la tenía singular y especialmente preparada.

Brujuleó, inquirió cosas que debían servirle de mucho, y cuidaba, egoista, á la pobre joven, como se cuida á un haz de víboras, de quien se piensa sacar partido para realizar un crimen.

Que también esto nos convenía anticiparlo aquí, ya que escribimos por nuestra propia cuenta para mejor explicar el manuscrito que venimos transcribiendo, á lo cual aludimos en el epígrafe de este número, lazo de unión de los anteriores y subsiguientes, que esperamos nos agradezca el lector, si por acaso hubiera llegado á hacérsele poco clara y explícita la acción al engranarse con la vida de la Santa, y ésta tomar en ella una parte activa, leyendo á su tío y á su prima el manuscrito del pintor.

La novela-histórica tiene graves dificultades.

Los únicos que han logrado cultivarla con éxito seguro, son los que han podido *mentir historia* para *fantasear novela*, lo que á nosotros de modo alguno nos es lícito, lo que nos está vedado.

Reflexión que se nos ocurre para atajar las impaciencias de algunos, que pudieran pedirnos lo que no podemos darles sin desnaturalizar la seriedad y la veracidad de estos libros, cuyo escaso

mérito, si alguno tuvieren, está en mantenerlos á distancia de toda violencia y toda exageración.

Cautivar al lector por medio de la naturalidad y de la verdad, es tarea más difícil que hacerle sentir sacudidas violentas, rápidas transiciones, por más que pugnen, que choquen con la realidad.

Pero no temáis que estas páginas decaigan, aun en el terreno del interés y la curiosidad, porque la realidad es á veces pálida y fría al lado de los cuadros que se forja y traza la imaginación.

Las persecuciones del inocente Hispaleto no son todas para referidas.

Sus jueces no fueron siempre los mismos; sus cárceleros ó custodios variaron por intrigas de sus enemigos, y hubo para él horas amargas durante su dilatado cautiverio, hasta el instante en que hemos dejado sus Memorias, en el acto de solicitar la visita de un confesor.

Teresa, con su buen juicio y su buen talento, omitió varias páginas del libro que leía á don Pedro y á María, y nosotros hemos de seguir el mismo procedimiento hasta sin remedio, porque las hojas que faltaban en el manuscrito no han llegado á sernos conocidas tampoco.

¿Las rasgó ó quemó la religiosa?

Pues si así procedió Teresa de Jesús, nosotros tampoco tendríamos derecho á transcribir aquí lo que ella quiso que no supiesen sus parientes.

Pero sabemos que Hispaleto tuvo fuertes alter-

nativas en sus ideas, como las tiene todo el que no está cimentado en la verdad, en la creencia y la fe.

Que su libro debía contener blasfemias, imposturas, diatribas contra la Inquisición que á la monja fueron repulsivas, y condenó á las llamas tan pronto como se iniciaron en la obra del pintor.

Que éste tampoco mandó á María su trabajo como salió de primeras de su mano, como lo decía y confesaba en la dedicatoria que le servía de introducción.

Contentémonos, pues, con lo que de él leyó Teresa, y nosotros vamos transcribiendo, cumpliendo con los compromisos que tenemos contraídos, y á que por nadie ni por nada hemos de faltar.

Muchos literatos y novelistas modernos extravían al público conscientemente; nosotros apartamos, cuidadosos, de su vista en cuantas ocasiones se nos presentan de hacerlo, lo que puede dañarle, entendiendo que no hay nada más contrario á la literatura en todas sus manifestaciones, que con ella producir el mal.

No: hacer el bien; provocar y producir el bien, es la misión del arte y el deber más imperioso del libro y del periódico.

Y el bien, ¿cuál es?

La verdad.

Y la verdad, ¿en quién reside?

En lo que la es privativo, en la Iglesia de Cristo, depositaria única y sola de la verdad.

A élla, merced á una favorable reacción, parecía dispuesto á volver sus ojos el artista, cuando llamaba, cuando pedía un confesor.

Y sus jueces se le otorgaron de buen grado, siendo práctica constante del Santo Oficio tratar de convencer al equivocado, y mayormente al contumaz, sin que para conseguirlo, una vez iniciado el menor deseo, se escatimase modo, ni tiempo, ni sacrificio alguno.

Sólo cuando no quedaba esperanza de la conversión del reo ni del éxito favorable de tanto esfuerzo, declaraba el Tribunal su pertinacia.

Y se recomendó mucho á los jueces y calificadores la mayor paciencia en aquellas discusiones.

Y se mandó á los instructores insistir caritativamente, aun en el caso de verse rechazados, y que sufrieran con paciencia las injurias de los presos; todo lo cual se hallaba plenamente comprobado en las Memorias de Hispaleto.

Debía, pues, el Tribunal tener perfecta certidumbre de la obstinación, y perdida la esperanza de convertir al reo, para declararle pertinaz, y aun así, no insistir en conseguir su enmienda.

Buscábase, repetimos, por el Santo Oficio, la conversión del hereje, que, según el espíritu y letra de las instrucciones y directorios, no se quería extirpar de la sociedad, sino mejorarle, prefiriendo, con sujeción á estas ideas y á estos principios, dejar sin castigo muchos crímenes, antes que condenar á un inocente.

¿A que son pocos los que creen que esta máxima se deba, en materia procesal, al Santo Oficio?

Pues así lo hemos atestiguado, y sólo la Iglesia ha podido atenderla y establecerla, dado el carácter benigno que informa la mayoría de sus procesos.

Así se calificaba el pintor en el libro que la madre carmelita hacía conocer á don Pedro y á su prima.

¿Lo era, en efecto?

Volvamos á su escrito para acabar de responder á esta pregunta.

# VII.

## Lo imprevisto.

El manuscrito del pintor continuaba así:

Se me concedió el confesor.

Mi espíritu seguía agitado; me sentía presa de una ansiedad inexplicable.

Vuestra carta, María, que leía con frecuencia y besaba con transportes de gozo, parecía despedir fulgores, cuyo misterio no alcanzaba.

Y el recuerdo de la dama que tan á tiempo había venido á alentarme, ejercía sobre mí igual dominio que cuando enfermo accedí á sus ruegos y recibí el Santo Viático.

Pasaron algunos días, y una mañana entró en mi celda un fraile dominico, joven aún, de rostro simpático, ojos vivos, de acento expresivo y bondadoso.

—Habéis solicitado un sacerdote,—me dijo,—y aquí me tenéis dispuesto á complaceros... Si sóis

criminal, el arrepentimiento puede purificaros; si inocente...

—Inocente,—exclamé sin dejarle concluir.

El religioso me miró con extrañeza.

—A los hombres podéis engañar,—añadió;—pero á Dios, no.

Yo bajé los ojos avergonzado.

—No debéis serlo tanto como decís,—prosiguió el fraile con marcada severidad.

Por un movimiento involuntario caí á sus piés.

—¿Qué significa esto?—me preguntó,—alzándome del suelo y dulcificando su voz.

Prorrumpí en amargo llanto.

No recordaba haber llorado así, ni aun en las ocasiones más difíciles de mi vida.

El ministro del Señor debía ser habilísimo en achaques del corazón, y no sé si logró ó no confesarme.

Lo cierto es que le referí sin dificultad alguna mi vida entera desde mis primeros años; mis oraciones de niño, mis errores después, mi indiferentismo...

El ministro de Dios me escuchó con calma, sin alterarse, sin reprenderme; saliendo de vez en cuando á mi encuentro con pasmoso acierto y oportunidad.

Quedé prendadísimo de aquel hombre, tanto, que cuando hubo de marcharse, le rogué que volviese pronto.

Yo mismo no acertaba á darme explicación de

semejante cambio; de una tan extraña transformación.

Cumplió el reverendo su palabra, y sus visitas fueron tan fructíferas, tan provechosas para mí, que algunas semanas después vino con mi abogado, y entre ambos acordaron mi defensa.

¿Creían en mi inocencia?

Les aseguré reiteradamente que no había escrito las *notas* del *Catecismo*, y refrescando mi memoria, auxiliado por sus preguntas, recordé al vecino entrometido y oficioso, á quien mi patrona dió entrada en nuestra casa; dato que debió ser un rayo de luz para mis favorecedores, pues supe á poco por mi carcelero, que el Tribunal hacía cuanto estaba por su parte por encontrarle.

En cuanto á la supuesta misión que se había hecho creer á mis jueces traje á España, se tomaron mejores informes, y las noticias recogidas de mi permanencia en el extranjero, sólo se concretaron á mis trabajos artísticos y á la tutela absoluta ejercida sobre mí por mi maestro.

—Tenéis protectores ocultos,—me reveló al fin el fraile dominico,—y esos protectores no son de ahora,—prosiguió revelándome.—Vuestra existencia encierra misterios que hay que aclarar, y á descubrirlos nos alientan muchas razones. Sólo así es dable comprender cuanto os ha sucedido.

Convine con él en esto, y sus palabras concluyeron por alentarme más aún, merced á lo cual fué

cambiando mi situación moral, á la vez que se me trataba con doble benevolencia.

Pusiéronme enfrente de mis acusadores, y no pudieron éstos contestar á mis preguntas.

Su confesión debió perjudicarles grandemente.

No estaba lejano el día de mi triunfo.

¿Qué hacíais vos, entre tanto, María?

Al llegar á esta pregunta en la lectura del manuscrito que la Santa continuó haciendo á su tío y su prima, Teresa interrogó con su mirada á esta última.

Había llegado la ocasión de que hablase, y la doncella pareció dispuesta á responder á lo que de élla se exigía.

Pero fuera porque hubiese leído demasiado la religiosa, ó por otro motivo, es lo cierto que en aquel instante palideció densamente, é inclinando la cabeza sobre el pecho, perdió el conocimiento.

—¡Un síncope!—gritó María, acudiendo en auxilio de la lectora.

Y no sin trabajo entre élla y su padre la trasladaron á su cámara.

Aquel imprevisto accidente vino á perturbar el curso de los sucesos.

Y no así como quiera, sino de un modo completo y absoluto.

Sabemos lo bastante, por fortuna, en lo que á

Hispaleto, como perseguido inocentemente, nos convenía averiguar.

A pesar, sin embargo, de todos los optimismos del pintor, su proceso no avanzó tanto como él se prometía, y no tenemos para qué engolfarnos en mayores detalles sobre este particular.

Lástima es que no podamos escuchar las revelaciones de la hija de don Pedro; que no sigamos escribiendo hasta la llegada á Ortigosa de los marqueses de las Cuevas.

Pero todo esto es secundario.

Teresa reclama imperiosamente una vez más nuestra atención, y ante esta debemos posponer nuestros deseos de autor, seguros de dar con ello gusto á nuestros lectores.

No cabe que lo pongamos en duda.

Se ansía conocer al *detalle* la vida de la Santa.

En ésta, como en ninguna de nuestras producciones anteriores, se nos ha marcado el camino con mayor claridad y precisión.

Y no responderíamos á la confianza del público defraudando á sabiendas sus exigencias y contrariando sus marcadísimas insinuaciones.

Vida accidentada, plagada de vicisitudes y contrariedades grandísimas fué la de Teresa, ninguna de las cuales podemos omitir ni dejar de poner ya en su lugar oportuno y correspondiente.

Fué una de las mayores y más mortificantes para la Virgen Castellana, la que surgió en el mo-

mento á que hemos llegado en nuestra narración.

Había salido Teresa gravemente enferma del convento; su padre la había sacado para curarse, y la verdad es que nada había hecho para conseguirlo, para lograrlo.

En vez de irse á Castellanos de la Cañada, se detuvo en Ortigosa.

Y aquella detención, que debió durar poquísimos días, los sucesos la prolongaron por largo tiempo.

Tiempo aprovechado, como siempre, según hemos visto, por la monja avilense.

Y que habría sido mucho mayor, si en el instante en que María se disponía á referir su *Historia de lágrimas*, según la había calificado su prima, no se hubiera sentido tan enferma que se hizo preciso llamar sin dilación á don Alonso, y todo se trastornó en aquella familia y en aquella casa.

Y no sólo alcanzó á la morada de don Pedro el trastorno, sino que se hizo extensivo á Castellanos de la Cañada, donde se trasladó á la religiosa carmelita, y á Bezadas, y hasta á la ciudad de Avila.

Vino, pues, lo sucedido á cortar la marcha de los sucesos en orden á la *novela*, pero en cambio hará que no tengamos que fraccionar la *historia*.

Y antes á ésta que á aquélla, atender debemos preferentemente.

Luego, ¿cómo extrañarlo?

¿No es *lo imprevisto*, lo ordinario en la vida?

Y lo fué para Teresa en tantas ocasiones y en

tan alto grado, que en medio de su manera de ser y de sentir, no hubo jamás *monotonía* en su existencia, ni la ha habido hasta aquí en la composición de este libro, ni la habrá en lo sucesivo.

Y como la norma en él de nuestras tareas, vienen siendo sus propias confesiones, y al llegar á esta altura en ellas nos salen al paso acontecimientos que prepararon otros que la Santa consigna después, de aquí que no deba extrañarse que les anticipemos también, siguiendo el orden cronológico, que es el más claro y el mejor.

Lo *imprevisto* esta vez, fué la agravación repentina de la enfermedad de Teresa.

Y élla nos enseña á ver en élla, como en todo, «la mano soberana de Dios.»

Tenía pensado completar su misión salvadora en casa de su tío don Pedro, y cuando estaba, al parecer, próximo el instante de satisfacer sus generosos propósitos, éstos se truncan, y atiende sumisa y resignada la voz del Señor:

—Eso querías, eso anhelabas,—la dice una voz misteriosa de lo alto,—pues sentirás el peso de mi voluntad... Para probarte, para aquilatar tus méritos y prepararte á cosas más altas y sublimes, percibe á continuación.

Y al volver de su desmayo la monja carmelita, acepta sin quejarse lo que el mundo llama lo *imprevisto*, y élla toma, más sesuda y cuerda, por voluntad soberana del cielo.

Y alienta á María y á don Pedro, y les dice, pre-

sintiendo que no sería así, que volverá presto, aconsejándoles á la vez prudencia y silencio para no ver por entero destruídas sus esperanzas y fallidos sus deseos.

Acaso no será esto bastante para todos; lo comprendemos: no se explicarán algunos cómo la Santa se conformó tan presto al verse contrariada en sus complacencias de familia.

Pero la verdad es la verdad, y á decirla nos hemos comprometido á un siglo escéptico y positivista, sin alterar ni torcer en lo más mínimo el curso normal y exacto de nuestra producción, bajo ni por ningún concepto.

Teresa de Jesús se ve de improviso contrariada por gravísima dolencia, y atribuye, repetimos, el contratiempo á la voluntad del Altísimo.

Y humilla su cabeza y baja su frente; es decir, lo contrario de lo que hacemos los que no tenemos sus virtudes.

Marchaba todo en Ortigosa para la mejor y más pronta realización de los planes y los proyectos puramente humanos de la religiosa; pero como la Santa no por ello descuidaba el negocio de su perfección, el negocio más importantísimo, el de su alma, de aquí que lo *imprevisto* la hallase preparada.

«El Señor, dice para comprobárnoslo, me regalaba y hacía merced de darme *oración de quietud* y

hasta de *unión*;» cosas ambas, añade, que «por contar apenas veinte años no comprendía ni me explicaba.»

Y por si esto no fuese bastante, escribe más adelante: «que la penaba recordar que no sabía apreciar tantos beneficios;» aun cuando asegura á la vez, que «ya por entonces la parecía *tener el mundo debajo de sus piés*.»

Frase admirable y grandilocuente que nos excusa todo comentario.

Y «la daban lástima los que le seguían, aunque fuese en cosas lícitas;» que á tal extremo de perfección llegan los que tienen la suerte de poder contemplar la tierra y ver á los seres que se agitan bajo sus piés desde una elevación semejante.

También nos dice Teresa, «que leía buenos libros con complacencia,» y hacía «que los leyeran su tío y su prima, y que de éstos ejercicios sacaba mucho provecho.»

Aunque luego en su modestia asegure que «no la dió Dios talento de discurrir con el entendimiento ni de aprovecharse con la imaginación.»

Ansiaba por esta época Teresa «representarse la humanidad de Jesús, y por más que pensaba sobre esto, nunca acababa.»

Y no debemos extrañarlo, que no se llega á tanto sino por grados.

«Yo quería averiguar, prosigue, lo que es mundo, lo que se debe á Dios, lo mucho que sufrió, lo

poco que se le sirve y lo que da á quien le ama.»

Y se perdía en este mar de *reflexiones* que á tantos cerebros han agitado, ignorando que el suyo debía llegar á dominar todas estas cosas y á explicarlas como pocos han sabido explicarlas mejor.

Aún la faltaban pruebas mayores, y en ellas hemos de verla ejercitarse con gran fruto, consagrando á esta tarea nuestra atención por algunos momentos.

Que tampoco hubiera sido bueno entrar de repente en un terreno tan profundo y tan elevado, sin la preparación conveniente, aun cuando de antemano la vengamos haciendo en diversos sentidos y órdenes distintos.

Ninguna composición anterior de este género, sin duda por esto, nos ha costado tanta vacilación, tantas alternativas é ímprobo trabajo.

¿Le venceremos en definitiva?

¿Será superior á nuestra antes enérgica voluntad y sana salud?

Avancemos sin miedo, avancemos resueltamente, y la egregia Doctora sabrá inspirarnos.

Así se lo pedimos del fondo de nuestra alma, no tan sosegada y tranquila como nos hacía falta en esta ocasión, puesto que vamos á historiar uno de los *períodos* peor estudiados y menos comprendidos de la vida de Teresa de Jesús, y al fin del que habremos de verla salir en la plenitud de su grandeza, en el lleno de sus virtudes y de cuanto la hizo

acreedora al respeto, á la veneración y al cariño universal de que la impiedad intentará despojarla inútilmente.

Ni hoy, ni nunca.

Su nombre recorre los ámbitos del mundo, traspasa los espacios, llega á todas partes, y se alzan cada vez, en honor de la Virgen Castellana, mayor número de altares, de monumentos artísticos y literarios, al lado de los que desearíamos descollase en lo que cabe este nuestro.

Que seguros estamos no será el único y el último.

Mucho la sublimaron los erigidos en alabanza suya con motivo del tercer Centenario de su gloriosa muerte, en el que nos cupo la suerte de tomar una pequeña parte, pero no tan activa y tan directa como hubiésemos anhelado.

Pero superó á todos ellos, entre tantos, el debido á uno de los censores elegidos por el M. R. Prelado de la diócesis de Madrid-Alcalá para dictaminar sobre la ortodoxia de esta obra, [1] alcanzando con justicia el primer premio su bellísima producción, titulada: *Vida de Santa Teresa de Jesús para uso del pueblo*, de la que estamos autorizados por su bondadosísimo autor para tomar cuantos datos y noticias contiene.

Obra que nunca elogiaremos cual se merece, por

---

[1] El P. Fr. Bonifacio Moral, ya antes citado.

el espíritu fervoroso de que se halla impregnada y rebosa en todas sus páginas. [1]

Sirvan estas líneas de pequeña muestra de gratitud á los dos RR. PP. Bonifacio y Conrado Muñoz, que tan galantes han sido con el modesto autor de este libro, y en consignarlo así tenemos una especialísima satisfacción, que sabrán dispensarnos hagamos pública los elogiados y nuestros lectores y numerosos abonados.

---

[1] Constituía el tema 10 del mencionado certamen.

# LIBRO DUODÉCIMO

## PRUEBAS Y MERECIMIENTOS.

### I.

#### En Bezadas.

Cuanto pudiéramos escribir sería pálido y frío al lado de lo que Teresa nos revela acerca del período de su vida en que vamos á entrar, ó sea aquel en que su familia se vió precisada á trasladarla á Castellanos de la Cañada y de allí á Bezadas, á pesar del deseo vivísimo de su tío Pedro y de su prima María de retenerla á su lado y de que pusiera digno remate á los sacrificios que por ellos se había impuesto.

Es decir, la de poner en claro lo sucedido á los personajes relativamente secundarios de esta historia, con la Santa tan íntimamente relacionados.

Pero la voluntad no es bastante cuando los hechos se imponen con su fuerza avasalladora y tiránica.

También nuestra heroína hubiera deseado esperar en Ortigosa á sus tíos de Madrid; pero esto fué de todo punto imposible.

Harto descuidada, desde que por salvar á su prima no tuvo reparo alguno en internarse en el río, y merced á titánicos esfuerzos perjudicialísimos á su salud consiguió extraerla de las aguas, sufría Teresa mucho; pero sufría en silencio.

Salió del convento para curarse, y se empeoró sin quejarse, con la abnegación de las almas heróicas.

El egoismo humano censura estas cosas; nosotros estamos llamados á ensalzarlas.

Vino don Alonso á Ortigosa, llamado por su hermano, y cuando vió á su hija exclamó:

—¡Me habéis avisado tarde!

Quiso retractarse; pero heló á todos los presentes la sonrisa de la monja.

Sonrisa propia de los enfermos que se sienten graves, y á quienes no cabe ilusionar.

—No es esto decir...—murmuró el castellano.

—En vano se esforzarán en engañarme,—añadió Teresa.—No se aflijan: estoy resignada.

¡Qué gran frase!

Apresurémonos á recogerla, sintiendo no poderla esculpir con caracteres de oro.

Después de pronunciada por la religiosa, no cabía decir una sola palabra.

Mediaron algunos instantes de silencio entre los que se hallaban reunidos.

—Presto, presto,—dijo con la vivacidad del cariño paternal Sánchez de Cepeda.

Y pocos días después de la escena que dejamos descripta, don Pedro y María se despedían, llorando, de la carmelita sin atreverse á hacer la más pequeña alusión á lo que había pasado.

De suerte, que el padre de Teresa nada supo acerca de los motivos que detuvieron en Ortigosa á su hija, detención que pudo costarla la vida, y á nosotros poner fin á nuestro trabajo.

El Señor la tenía reservada, empero, para cosas muy grandes, y por esta vez salieron fallidos, como tantas veces, los cálculos humanos.

Nunca, que sepamos, pasó la heroína principal de esta obra por una crisis más funesta, por un estado de mayor riesgo y de mayor peligro.

Padeció Teresa, sufrió lo que no es decible; estuvo hasta próxima á morir...

Pero dió con este motivo pruebas tales de paciencia y resignación, que nosotros no podíamos pasar en silencio.

Y no fueron las menores contrariedades para la monja castellana, la de verse precisada á dejar en suspenso la lectura de las Memorias del artista, llevándolas consigo; la de no poder escuchar las revelaciones de su prima, y la duda de que en su ausencia vinieran á Ortigosa los marqueses de las

Cuevas, retenidos en Madrid por motivos de que no creyeron oportuno dar cuenta á su hermano don Pedro, pero que se relacionaban íntimamente con el porvenir de su hija y la dicha de Hispaleto.

Ya lo sabremos todo más adelante y con mejor acuerdo puesto.

Sin la repentina enfermedad de Teresa, todo se habría acomodado á la medida de sus deseos y de los nuestros.

No convino así á los designios de Dios, y nosotros, con ser fieles historiadores de la Santa, es como cumplimos mejor nuestros compromisos.

Con un público que no consintió, impaciente, que siguiésemos la novela; que exigió que nos consagrásemos á la tarea principal á que estamos llamados, tenemos sobradísimos motivos para ser complacientes, y lo seremos hasta el final, sin consideraciones de ningún otro género.

Llegaron á Bezadas con Teresa de Jesús su padre, su hermana y su grande amiga Juana Juárez. [1]

Pero ¡ah!... ¿En qué estado, en qué situación lo consiguieron?

Creyendo que no llegarían á conseguir el restablecimiento de la enferma, la cual nos dice que es-

---

[1] Así lo afirman sus biógrafos más concienzudos, y entre ellos nuestro respetabilísimo amigo el ya citado P. Fr. Bonifacio.

tuvo en aquella aldea unos tres meses «con grandísimos trabajos,» pues la cura fué «más recia que podía soportar su complexión delicada.»

Tratamiento rutinario, empírico, rudo; más que rudo, brutal; de enérgica acción, de drogas en abundancia; tratamiento irracional, que ha desterrado el progreso médico, el estudio y los adelantos de la química aplicada á la medicina en nuestros días con notorio alivio de la humanidad doliente.

El padecimiento de Teresa era ya claro y evidente; *mal de corazón* lo llama ella misma en el precioso libro de su vida, cuya intensidad acentúa, añadiendo que «algunas veces la parecía que con dientes agudos la asían de él,» y hasta con decirnos que «hubo quienes, alucinados, llegaron á sospechar, si lo que tenía fuese rabia.»

*Rabia*, mal incurable casi siempre, y cuyos sufrimientos exceden á todo cuanto puede resistir el cuerpo humano.

No cabe una mayor ponderación.

Pero aún dice más:

Que «ninguna cosa podía comer, que sólo toleraba la bebida, que sentía gran hastío, continua calentura, y tan abrasada de medicinas llegó á estar, que se sentía abrasada.»

Y en pos de aquel tratamiento sobrevino lo que era natural que sobreviniese; lo que sobreviene en todos los casos después del abuso de la farmacopea, ó de lo que es aún peor, del empleo de esos bre-

bajes que confecciona la ignorancia y el charlatanismo;» sobrevino «el abatimiento, la tristeza más profunda, agudos dolores, insomnios, desvelos, quebrantamiento de los huesos y calambres.»

Y es Teresa misma quien nos da á conocer tan al por menor sus sufrimientos.

Todo lo padeció nuestra heroína, y lo resistió con la heróica paciencia y resignación que el Señor la dió.

¿No puso,—preguntamos aquí,—la Santa nada de su parte?

¡Ah! Sí puso, según ella misma dice, «cuanto los hombres estamos obligados á poner para alcanzar esa merced del cielo,» sin la cual viene la desesperación, y no pocas veces se apela cobardemente al suicidio, por no poder soportar esas pruebas, ese crisol, en que sólo saben y es dado purificarse á los buenos.

Leyó Teresa la historia de Job en *Los Morales de San Gregorio*, y en medio de sus intolerables padecimientos acudió á la oración, cuyas excelencias dejamos encarecidas anteriormente, repitiendo sin cesar:

—Pues recibimos los bienes, Señor, de vuestra mano benditísima, ¿por qué no hemos de sufrir los males con conformidad y resignación?

¿Se imita á Teresa en esto que la iba preparando para llegar á la cumbre de la santidad por el camino de la virtud?

Pues no nos quejemos luego; que de nosotros dependen la paciencia y la resignación cristianas, únicos recursos capaces de endulzar las amarguras del alma y los quebrantos del corazón.

No hay filosofía que á ésta pueda compararse; y, no obstante, esta filosofía se ve hoy como nunca combatida, sin tener en cuenta el sinnúmero de crímenes que su olvido ocasiona y produce en la edad moderna.

De aquí la utilidad práctica de los ejemplos que nos dió Teresa de Jesús, y hacemos resaltar con tintas que no podrán tacharse de apasionadas ni inverosímiles.

Nada hay evidentemente tan sencillo, tan fácil y seguro para la tranquilidad del alma, como aceptar con fe y amor la condición, el estado en que Dios nos ha colocado, y los sucesos que nos acontecen, ya sean prósperos ó adversos.

¿Tenemos esta conformidad con la voluntad del Señor?

Pues esa conformidad fué la que dió paciencia y resignación á Teresa en sus males, la que se los hizo soportables, á pesar de ser muchos y muy grandes dolores que «la fatigaban y la cogían de la cabeza á los piés,» y que poco después los médicos más famosos de Avila llegaron á calificar de incurables.

Lucha terrible, combate titánico fué para la Santa el que tuvo que sostener en Bezadas, some-

tida á los caprichos de una curandera, y á la credulidad en élla de los suyos, llevados del mejor deseo porque alcanzase la salud.

No hubo en ella más desfallecimientos que los materiales del cuerpo; nunca su alma de acero se doblegó con el auxilio de Dios, y sólo merced á esta circunstancia logró salir de tan crítica situación y tan mal paso.

Muchas en su caso habrían perecido en la contienda, y así lo temieron por largo tiempo sus padres, sus hermanos y su amiga íntima la Juárez.

Qué mal conocen á la mujer los que la estudian tan sólo en su organismo, ó, lo que es peor, en algún caso especial que puede presentarse en las clínicas, y no hemos de negarles ciega y sistemáticamente.

El estudio *moral* de la mujer no pueden hacerle con acierto los que sólo rinden culto á la *materia*.

Por eso ha podido haber quien se atreva en nuestros días á calificar las dolencias de la Santa, de «invención y de patraña,» ó, por lo menos, de «medios que la religiosa carmelita aprovechó para sus fines ambiciosos.»

¡Qué grosera calumnia!

¡Qué iniquidad tan palmaria!

¿Fines de ambición la que nada poseyó? ¿La que, sana ó enferma, rehusó toda comodidad, todo regalo y toda distinción?

Y el mismo que así escribe confiesa pálidamente lo que es exacto: que la religiosa carmelita se

trataba, «no como monja, sino como ermitaña; *no como enferma*, sino como robusta y sana; no como inocente y pura, sino como si hubiera sido la mujer más profana y pecadora del mundo; y así, en ningún tiempo ni por ninguna cosa perdonaba el mal tratamiento de su cuerpo.»

Bueno es poner de relieve lo que puede la verdad cuando se ve que hasta al error arrastra y le hace ser exacto, por más que tenga interés y se empeñe en ocultarla.

Los singulares caracteres, las extrañas particularidades de la enfermedad que á Bezadas llevaron á curar á Teresa de Jesús, eran para desesperar á los que la querían y la amaban tanto.

Sólo élla permaneció serena y tranquila en medio de lo más recio de «aquella tormenta deshecha,» de aquel «rudo vendabal,» sin que la pasara ni sucediera *nada* de lo que se atreve á sostener el charlatanismo colocado al servicio de la impiedad más descarada.

No es la mujer una criatura tan desdichada que sea víctima, por regla general, como se dice por algunos, de males que sólo forja en su cerebro la pasión, ó acaso más bien el trato con personas de vida desarreglada.

Hay quienes hablan de la mujer sin estudiar, sin conocer ni tratar á esa inmensa mayoría de seres angelicales que comienzan por embellecer y alegrar el hogar paterno, hacen luego la dicha de

un esposo, y terminan por ser excelentes madres de familia, sin que jamás pasen por esas emociones violentas ni padezcan esos delirios calenturientos que, en definitiva, no vienen á ser más que recurso obligado para producir efecto.

La gran mayoría, por fortuna, de las mujeres, son como deben ser, y como siéndolo hacen la *felicidad* del género humano.

Que esta, y no otra, es la misión y el destino de la mujer en la tierra.

Nosotros, aun habiendo escogido para protagonista principal de esta obra un tipo de mujer *excepcional*, no podemos convenir en que lo fuese en el sentido que la llamada *crítica moderna* lo intenta sostener.

*Excepcional* por sus altas cualidades, por sus virtudes, por sus enseñanzas, por sus merecimientos, por sus gracias espirituales, por sus dones, sus prodigios, sus escritos, sus servicios á la religión y á la patria.

Por lo demás, ser que en lo humano supo llenar sus deberes en el vasto campo á que consagró su inteligencia, su celo y actividad.

Y en el orden religioso mereció, por sus relevantes cualidades, por sus *pruebas* y *merecimientos*, el inefable don de ocupar un puesto esclarecido en el cielo.

Nada, pues, de violencias ni exageraciones, como

en los trabajos literarios se ha llegado á poner de moda, á fin de darles mayores alicientes, aunque sea sacrificando la verdad.

Lo *singular* en esta obra no ha de exigírsenos racionalmente que lo pongamos donde no puede estar.

Estará en lo que la Santa se singularizó, y fué esto en tan alta medida, que sólo ello bastará para que ofrezca su vida grandes contrastes, vivísimo y hasta dramático interés.

Así, así se escribe la historia, y no como la escriben los que con el afán de conmover, no vacilan en calumniar.

Sufrió en Bezadas Teresa de Jesús muchísimo; padeció horriblemente, más por el tratamiento que por las dolencias mismas que la aquejaban.

Aceptó como dones, como pruebas de la bondad infinita de Dios, sus quebrantos, sus dolores agudísimos, sus congojas, sus desmayos y calenturas abrasadoras.

Y sólo así hemos de ver cómo esos dones, esas *pruebas*, se trocaron en *merecimientos*.

Siendo así gradual y lógico todo, en el orden humano como en el orden religioso y divino, en la existencia de la Santa.

# II.

**Se inicia en Teresa la vida sobrenatural.**

La resistencia, la abnegación y el heroismo de Teresa de Jesús en Bezadas no puede explicarse satisfactoriamente más que de una manera.

No pudo ser obra suya solamente; tuvo que ser obra de Dios.

Detengámonos por algunos instantes en este pensamiento.

Al anunciar al mundo el Divino Redentor una *vida nueva*, no pudo en manera alguna referirse á la existencia orgánica, á la vida de la materia.

Vida fugaz, transitoria, pasajera, que se acaba y extingue con nuestro último suspiro al verificarse la pavorosa separación del alma y el cuerpo, que es lo que se titula y llama en el lenguaje vulgar muerte natural.

Y por más que lo que constituye en sí la existencia humana sea obra de Dios y de su Verbo,

como autor que es de todas las cosas, y sin cuya soberana voluntad y aquiescencia nada existe, es lo cierto, y no podemos negarlo, que esa vida la poseía el hombre antes de Jesucristo y la posee aún hoy fuera de Jesucristo.

La *vida nueva* á que el Hijo de Dios aludía, no podía aplicarse tampoco á la *vida de la inteligencia*, ó sea á la facultad de pensar y raciocinar; al dominio de la ciencia, á los conocimientos que forman el tesoro de la razón humana, puesto que no cabe poner en duda que el hombre se vió dotado desde la creación de un alma consciente, y que la vida intelectual es una consecuencia necesaria de su naturaleza espiritual.

Desde su origen la humanidad poseyó ya esa vida y la poseerá siempre, si bien sea de una manera restringida fuera del Evangelio, faro luminoso para la inteligencia, aun bajo el punto de vista natural.

¿Se referiría Cristo con la expresión que dejamos indicada á la vida de la inmortalidad?

Tampoco; puesto que el hombre, regenerado ó no en Jesucristo, aparece y resulta igualmente dotado de esa existencia, que la Escritura llama *inexterminable*, ó, lo que es lo mismo, imperecedera é inmortal.

La vida á que Cristo llamaba *nueva;* la vida de que Teresa comenzó á participar en el período de su existencia mortal á que hemos llegado en nues-

tra narración, era la del merecimiento, la de las pruebas y la esperanza, precursora de la vida celestial.

Vida de gracia, *vida sobrenatural.*

¡Qué filosofía tan elevada, y cuán poco se escribe y se discurre sobre ella en la actualidad!

Nosotros á esto y más nos hemos comprometido, y en el deber estamos de ilustrar estas materias, sin las cuales no se explicaría además por entero la manera de ser de la Virgen castellana.

*Vida sobrenatural* hemos dicho que se iniciaba para la Santa en concurrencia con su vida orgánica é intelectual.

Aclaremos más este punto.

—El que escucha mi palabra y cree en El que me ha enviado, pasará de la muerte á la vida,— dijo Jesucristo aludiendo á la criatura mortal.

Y á ese tránsito se disponía la Santa, demostrando así la paciencia, la resignación y el heroismo que dejamos encarecido y asentado en el número anterior.

Si difícil es comprender la vida natural en sí, no lo es menos definir la vida sobrenatural, y, no obstante, una y otra son evidentes, no se pueden negar.

Todos sentimos y percibimos la vida natural; pocos nos fijamos ni sabemos en qué consiste.

La vida sobrenatural sólo cabe explicarla con la Iglesia:

«Modo de ser del alma que sólo se concibe en las criaturas que poseen la vida de Dios, la vida de la gracia.»

¿De qué otra manera explicar la nueva faz, el nuevo aspecto con que Teresa comienza á ofrecérsenos después de su salida de Ortigosa y durante su permanencia en Bezadas?

Las *pruebas* á que el Señor la somete, la purifican hasta tocar los límites de lo sobrenatural, y de éllas parten sus singularísimos y excepcionales *merecimientos*.

Y es desde esta hora de su preciosa vida desde la que Teresa comienza á hacerse superior á la *naturaleza* por medio de la *gracia*.

—¡Padre! ¡Padre mío!—exclamaba de continuo Teresa; y este grito de su alma iba encendiendo su corazón á la vez que su cuerpo se aniquilaba, que sus fuerzas físicas decaían de una manera que comenzó á inquietar á su padre y á su familia toda congregada en Bezadas.

Ocurrió por entonces que deseando don Alonso proporcionar á su hija adorada algún consuelo, buscó con empeño un sacerdote que la confesase, escogiendo entre los de la aldea uno que reunía, á su juicio, dotes especialísimas de entendimiento é instrucción.

Se equivocó el castellano en la elección, ignorando lo que al clérigo acontecía.

Y confiada Teresa, le admitió á su vez para dirigir su conciencia, abriéndole su corazón.

Grave cosa es para una persona poner su *voluntad* en quien no la merece; así, que el llamado á endulzar las amarguras de la enferma llegó á ponerla en confusión.

«Vale más clérigo virtuoso, que instruído,» dice ella misma; y el traído á su casa por don Alonso, ni una ni otra cosa tenía en realidad.

De aquí, que cuando la Santa quiso ahuyentar el peligro, el mal estaba hecho.

Pero cualidad exclusiva de la virtud ha sido y será siempre sacar *bien del mal*, y el *bien* fué grandísimo para aquel desdichado.

Hallábase el eclesiástico hechizado hasta el punto de llevar consigo una especie de idolillo de cobre, circunstancia que la religiosa carmelita ignoraba.

Trocáronse á poco los papeles, y á tal altura se mostró la enferma, que la tupida venda del error cayó de los ojos del extraviado, y confiándola su debilidad, la hizo entrega del hechizo, que la Santa se apresuró á arrojar al río.

Desde aquel instante, el eclesiástico cambió de vida de tal suerte, que antes de un año, el que fué piedra de escándalo, moría en olor de santidad.

Ocupándose de esto la religiosa, dice:

«*Yo no creo* es verdad esto de *hechizos* determinadamente; mas diré esto que yo ví, para aviso y que se guarden los hombres de mujeres que ta-

les tratos quieren tener; y crean que pues pierden la vergüenza y el temor de Dios, cuando éllas, más que los hombres, son obligadas á tener honestidad, que ninguna cosa de éllas puedan confiar, puesto que á trueque de llevar adelante su voluntad y aquella afición que el demonio las pone, no miran *nada* ni en nada reparan.»

¿A qué atribuir este y otros prodigios de la Virgen española durante su penoso martirio en Bezadas?

Atribuirlos debemos, sin vacilación alguna, á la situación excepcional de su alma, á la predisposición de su espíritu, casi ya por entero, casi por completo entregado á Dios, hasta el punto, que hemos de oirla decir con el Apóstol:

—¿Yo vivo? No... Yo no vivo, sino es Dios quien vive en mí.

Es la *gracia*, luz que nunca tendríamos por nosotros mismos; que ilumina el espíritu, descubriéndole horizontes; que la razón tampoco percibiría por sí sola; movimiento que excita y empuja la voluntad dándola fuerzas que en sí misma no tiene, y que son superiores á las fuerzas naturales del libre albedrío.

La *gracia*, es además un don que tampoco se nos debe por nuestra creación ni por nuestra naturaleza, sino que es el premio de los méritos de Jesucristo y de nuestra redención.

Por último, la *gracia* produce el efecto, no sólo

de hacernos obrar teniendo en cuenta nuestra felicidad eterna, sino de conducirnos á ella.

Los actos que la *gracia* nos hace efectuar, son por ende, y así explicados, obras sobrenaturales.

De manera, que sólo así percibimos en el proceder de la Providencia el *orden natural* establecido por la creación, que no tiene una relación directa con nuestro último fin, y el *orden sobrenatural*, es decir, los designios de Dios, y los medios de que se vale para conducir á los hombres á su salvación eterna y á la visión beatífica de que en breve Teresa disfrutara.

Avancemos más todavía.

Cristo dijo en ocasiones distintas:

—Vivid en Mí, y Yo viviré en vosotros.

—La rama no puede dar fruto por sí misma, á no estar unida á la vid.

—Vosotros tampoco le daréis si no vivís en Mí.

—Yo soy la cepa y vosotros las ramas.

—El que vive en Mí, y Yo vivo en él, dará mucho fruto; porque sin Mí nada podéis.

¿Qué somos sin Dios?

*Hacer*, pues, lo que Dios *ha mandado*, y *amar* lo que Dios *ha prometido*; hé aquí, en suma, en lo que consiste la práctica y de un modo tangible acá en la tierra, la *vida sobrenatural*.

Oid aún al Señor:

—Lo que ha nacido de carne y sangre, carne y

sangre es... No os admiréis si os digo *nacer de nuevo*.

Y más adelante:

—Bautizáos.

El Crisóstomo explica y resume la doctrina de la Escritura y de la Iglesia de esta manera, al hablar de los nuevamente bautizados:

—«Gozan,—dice,—de la dicha de la libertad, éllos, que un momento antes eran esclavos... Viven la *vida sobrenatural*, la vida de la justicia, éllos, que estaban cubiertos de la confusión del pecado. Y no solamente son libres, sino santos.

Y «no solamente santos, sino justos.»

Y «no solamente justos, sino hijos de Dios.»

Y «no solamente hijos de Dios, sino herederos suyos; hermanos de Jesucristo; coherederos suyos; miembros suyos; templos suyos; Órganos del Espíritu Santo.»

Ved así compendiados los numerosos beneficios del bautismo.

Pero como la vida sobrenatural, una vez adquirida por el bautismo, puede perderse y se pierde facilísimamente, no basta haber sido regenerado, haber recibido la vida en Jesucristo, sino que es preciso conservarla permaneciendo en Él; por cuya razón el insigne escritor suplica á sus discípulos que permanezcan en Él, repitiéndoles estas otras palabras del Señor:

—Vivid en Mí, porque sin Mí, nada podréis hacer. Y viviréis en Mí, si observáis mis preceptos.

Pensamiento fijo y constante de Teresa, que la tenía embebida en Bezadas, según élla nos lo da á entender, y que por eso hemos debido nosotros apresurarnos á consignar.

Lutero y Calvino han sostenido una doctrina contraria á la que la Santa tenía por cierta, y la hacía no descuidarse, no dormirse, y practicar.

Practicar sin descanso; practicar constante y perseverantemente.

Lo que no se pierde, lo que es indeleble, es el carácter que el sacramento imprime en el alma, y hace que, aun siendo pecadores, continuemos siendo cristianos.

El Evangelio dice:

«Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, vaga por ávidos sitios buscando reposo, y no le encuentra...

»¿Volverá á la casa de que ha salido?—exclama; —si la encuentra vacía, en vez de limpia y adornada, entonces va y toma consigo otros siete espíritus más malos que él, y, entrando, habitan con él, y el último estado de aquel hombre es peor que el primero.»

De suerte, que si Dios se retira de un alma, porque ésta se ha separado de Él, el demonio se aproxima; y cuando esta alma deja de ser el santuario vivo de la divinidad, se convierte en morada impura de Satanás, que considera aquella alma como cosa y propiedad suya.

ara evitar esto, Dios ha colocado á la puerta del alma un centinela incorruptible y siempre vigilante, para advertirla de cuanto mal en ella suceda; este centinela es el *remordimiento*, testigo importuno, pero saludable, que muchas veces está en nosotros, á pesar de nosotros mismos.

Concluyamos:

La herida causada al alma puede curarse; el alma puede obtener de nuevo la vida que perdió; puede pasar del estado de cadáver al de miembro vivo de Jesucristo.

Jesucristo, en su inmensa misericordia, después de haber establecido un sacramento para darnos la vida sobrenatural, sabiendo que muchos de los que la hubieran recibido tendrían la desgracia de perderla, se dignó instituir otro sacramento para ofrecer á las desgraciadas víctimas del pecado mortal un medio fácil de recobrar aquella vida divina.

El sacramento á que nos referimos, es el de la *Penitencia*, y gracias á él, el hombre muerto para la vida sobrenatural se levanta vivo, para continuar nuevamente su camino hacia sus destinos eternos.

La sangre de Jesucristo, aplicada á su alma, destruyó en Teresa de Jesús la muerte y la resucitó á la vida.

La restableció y purificó, y haciendo huir al demonio, trajo de nuevo la paz á su espíritu con el séquito de virtudes y el mérito de las buenas obras

con que estaba enriquecida antes de su enfermedad.

Tal era el difícil proceso de Bezadas que nos tocaba puntualizar.

En adelante, las buenas obras de la Santa, su completa sumisión á Dios, sus penitencias y oraciones, harán que la *vida sobrenatural* en élla iniciada, se desenvuelva sin ninguna dificultad.

Y en pos del don de *temor de Dios*, vendrá para élla el de *piedad*, y tras éste el de *ciencia*, y luego el de *fuerza*, el de *consejo* é *inteligencia*, y por último y á la postre, el de *sabiduría*.

Y con estos dones, el de *hacer milagros* y el de *profecía*, y los demás de que hemos de hacer mérito en lo mucho que nos falta para dar por terminada esta producción.

# III.

**Complemento preciso del número anterior.**

El árido y difícil estudio dogmático y teológico que nos hemos visto precisados á hacer en el número anterior, quedaría incompleto si no nos apresuráramos á contestar á la crítica moderna, en cuanto se ha permitido y permite combatir la *doctrina* católica sobre la *gracia*, suponiéndola contraria, calificándola, entre otras cosas, de opuesta á la personalidad humana.

La *gracia*, al establecer una *nueva vida* en la criatura, al darla la posesión de Dios, no ataca de modo alguno su personalidad, ni produce, como se dice de contrario, una dualidad panteista, ni la presencia ó acción de Dios en el hombre absorben en ningún sentido su libertad.

La *gracia* no multiplica el *Yo* en el hombre, ni hace otra cosa en definitiva que elevarle y ennoblecerle sin destruir en él, antes bien conservando su verdadera entidad.

La *gracia*, por último, no añade al hombre una inteligencia á su inteligencia, ni una voluntad á su voluntad, limitándose á impulsar á estas dos potencias primordiales del ser á cierta y determinada manera de obrar, diferente acaso de como procedería por su acción natural.

La acción sobrenatural de Dios sobre la inteligencia y la voluntad, no aniquila tampoco la personalidad y acción misma del hombre, como la operación natural de Dios no destruye ni absorbe dichas potencias.

Mucho menos si tenemos en cuenta que las operaciones de la inteligencia y de la voluntad del hombre no se explicarían sin una acción más ó menos inmediata y más ó menos continua de Dios.

De suerte, que si es exacto que el hombre nada puede hacer en el orden sobrenatural sin el concurso y la ayuda de Dios, también lo es que el hombre pueda hacer nada en el orden natural sin la acción y el concurso de la voluntad ó la tolerancia de Dios.

El alma no vive por sí misma, sino por los préstamos que continuamente toma de la verdad.

Si adquiere la sabiduría y fortifica en sí el amor al bien, es porque sigue las luces que le son comunicadas por esta verdad que sólo emana de Dios.

Si, por el contrario, cae en la ignorancia y se deja arrastrar por el mal, es que la luz se obscurece para ella y camina á ciegas.

¿Cómo hará, pues, el hombre el bien sino por

medio del que le ha dado la voluntad? La criatura, en todo y por todo, depende de Dios, nada puede adquirir por sí sola; lo que sin duda hizo decir á Fenelón: «que la buena voluntad del hombre, que no tenía ayer y tiene hoy, no es una cosa que el hombre se da, sino que le viene de quien le ha dado la voluntad y el ser.»

Lo cual demuestra que el concurso divino es indispensable á la acción humana.

El análisis del pensamiento, del querer, y sobre todo el acto de virtud, nos hace encontrar la actividad creadora unida á nuestra propia actividad, no sólo para sostenerla, sino también para hacer posible su desenvolvimiento.

Y es forzoso convenir en que para adquirir un nuevo conocimiento, una nueva perfección, un nuevo grado de grandeza, intelectual ó moral, el alma necesita de Dios en todo estado. ¿Quién, por ende, puede deducir de lo que decimos, que el hombre esté sin personalidad, sin acción personal, y por consiguiente sin responsabilidad y sin méritos personales?

Luego dejamos demostrado que no tienen razón los que pretenden que la acción de la gracia y de la vida sobrenatural de Teresa, produciría en élla la pérdida de su personalidad.

Lo que verdaderamente se comprueba en esta intervención sobrenatural de Dios en los actos de la inteligencia y de la voluntad, es que modificar

podía sus potencias y transformarlas, no en su esencia y de una manera absoluta, sino en su ejercicio y de una manera relativa.

Y este nuevo modo de obrar debía producir, y produjo en efecto, una nueva vida en la Santa.

De igual manera que la vida natural es el desenvolvimiento de las facultades humanas, en presencia y bajo la acción de Dios, autor de la naturaleza, así también la *vida sobrenatural* es el desenvolvimiento más maravilloso aún de estas facultades en presencia y bajo la acción de Dios, autor de la gracia.

Este singular desenvolvimiento de las facultades que constituyen la vida espiritual del hombre, da á la inteligencia y á la voluntad concepciones y aspiraciones superiores, que van más allá de sus concepciones y aspiraciones naturales; y, por consiguiente, hace producir al alma, que es el sitio de estas facultades, operaciones superiores á las operaciones naturales, sin que esta acción de la intervención sobrenatural destruya la personalidad ni la acción de la criatura, así como tampoco las destruye la acción de la intervención natural.

No es, pues, todo esto en suma otra cosa que una modificación superior en el alma del hombre, una elevación de sus potencias, de sus actos y de sus méritos personales.

No debe, sin embargo, llegarse á creer, por lo

que dejamos dicho, que la modificación producida en el alma de Teresa de Jesús, como en ninguna otra por la gracia y la vida sobrenatural, fuese ó sea tan sólo una modificación puramente exterior.

En élla, como en todo hombre justificado, y que vive la vida sobrenatural, llegó á efectuarse, si bien lenta y paulatinamente, una transformación, una modificación interior, inherente al alma, hasta cuyo fondo llegó.

Si consultamos la Escritura sobre este cambio efectuado en el alma por la gracia de la justificación, veremos que se la designa con voces, con palabras que tienen el mismo sentido, ó sea el de regeneración, renovación interior, formación, nacimiento ó encarnación en Jesucristo, incorporación á Jesucristo, difusión de la caridad divina en los corazones; porque todas estas expresiones y otras análogas, ó del mismo género, se aplican por los escritores sagrados al cambio que la justificación produce en el ser humano, y la tradición católica ha tomado de ella su doctrina sobre la maravillosa transformación de la religiosa carmelita.

Los Padres y Doctores de la Iglesia, explicando tan sublimes palabras, han visto en ellas un cambio radical que se verifica en el alma, una nueva forma que toma la criatura, una nueva vida, en fin, que se añade á la que antes tenía en virtud de su naturaleza.

Doctrina que confirman los Concilios, y sobre todo el de Viena, que llama á la *justificación* una gra-

cia informante, es decir, una gracia que se hace en forma y principio vital del cristiano.

El alma de Teresa vendrá á ser transformada, transfigurada en su vida íntima por la acción de la gracia, y á medida que la gracia vaya penetrando hasta el fondo de su alma, la renovará, y creará en ella la santidad y la justicia que ha de admirarnos; y aun cuando esta operación divina no destruya su personalidad; aun cuando el *Yo* de Teresa permanezca en élla sin alteración, producirá un cambio real, una modificación profunda é íntima; modificación que no llegará sólo á las facultades de su alma, sino también á su alma misma, y la comunicará, como veremos, una nueva manera de ser, hasta hacer brotar en élla una vida más noble y más bella, la vida de la *gracia*, que, llegado á su último desarrollo, vendrá á transformarse en vida de gloria en la hora solemne de su muerte.

La criatura justificada hasta el punto de elevarse hasta la *vida sobrenatural*, recibe dos gracias, según la doctrina sublime de la Iglesia: la *creada* y la *increada*, sin que por esto pueda decirse ni se entienda que la presencia de Dios en ella aniquila ni absorba su personalidad ni la funda en un orden material en la sustancia divina.

Alta teología que la impiedad no reconoce ó aparenta desdeñar para encerrarse en un estrecho círculo de míseros y raquíticos raciocinios.

Nosotros, por ello precisamente, antes de penetrar

en los *grandes misterios* de la vida de Teresa de Jesús, no hemos creído deber prescindir de esta rapidísima excursión por el campo de la creencia y del dogma cristiano, y de procurar ponerlos al alcance de las personas menos doctas, y aun de las que rarísima vez se permiten discurrir, y menos engolfarse en ellas.

En el orden natural, la comunicación más completa que Dios puede dispensarnos, es la de concedernos una felicidad proporcionada á nuestras facultades y á nuestas aptitudes nativas; es decir, aquella que es debida á nuestra naturaleza y responde á sus exigencias, consistente en la posesión no inmediata, sino más ó menos imperfecta, de Aquél que es el supremo bien.

Mas en el orden sobrenatural, esa comunicación por parte de Dios llegar puede hasta el don inmediato del Altísimo, de manera que la criatura justificada llega á poseer á Dios sustancialmente, aun en este mundo, y hasta que después de esta vida obtiene el goce beatífico y la visión intuitiva del Creador mismo.

Y esto sucede, porque, en efecto, «la gracia santificante, la caridad divina vertida en nuestros corazones por la efusión del Espíritu Santo, establecen una verdadera amistad entre Dios y el hombre, en virtud de la que existe entre ambos un don recíproco y místico.»

Dios, según esta dulcísima creencia que toma-

mos de la monja carmelita, la otorgó, pues, «no tan sólo sus dones más preciosos, sino su personalidad misma de un modo sustancial, como élla á su vez y por su parte hizo á Dios la dádiva de su vida y de sí misma.»

La tradición está conforme con la Escritura al asegurar la posesión sustancial de Dios por el alma justificada; lo cual explica el dicho de San Pablo, cuando, refiriéndose á los cristianos, afirma que son «templos de Dios, casa espiritual de Dios, en las que el Espíritu Santo no sólo vierte la caridad de Dios, sino que llega á entregarse á ellos en sí mismo y personalmente.»

No cabe calificar, pues, la relación inmediata del justo con Dios, como lo hace la impiedad.

Ni se trata de una unión metafórica ó moral, sino de «una unión sustancial, en la que el hombre se hace partícipe de la naturaleza divina por la comunicación de la misma divinidad que le convierte en raza de Dios.»

Si nada en el mundo puede tener las propiedades del fuego sin el contacto del fuego mismo, ¿cómo podremos participar las criaturas de Dios sino por Dios mismo?...

Pero hay más todavía que debemos consignar aquí para no tener que volver sobre esto de la manera que lo venimos tratando.

La realidad de la *gracia sustancial* se halla confirmada de una manera auténtica y solemne por

los PP. del Concilio de Florencia, en el que el sabio Bessarón, con el Evangelio en la mano, y apoyándose en la doctrina de la tradición, probó, contra Marcos de Efeso, «que la presencia de Dios en el alma no era sólo una presencia metafórica y moral, sino una presencia real y sustancial.»

No cabe, pues, acusar, *sin ligereza ó mala fe*, á la doctrina católica de mantener la absorción de la personalidad humana, en la personalidad divina, y, por lo tanto, de caer, según ella, en un verdadero panteismo.

La doctrina católica distingue á Dios y al hombre en esta unión inefable, y por sustancial que sea la presencia de Dios en la criatura, la unión que de ella se deduce no puede decirse que sea una unión física, ni que lleve consigo un compuesto físico, no.

Dios y el hombre pueden estar unidos, pero sin perder por ello su personalidad.

Cuando digamos que Teresa de Jesús llegó á vivir la vida de Dios, haciendo de ella su propia vida, y no dejó de obrar por sí misma, personal y libremente, ni que de un modo absoluto y completo se sujetó á la acción de Dios.

El sujeto de la vida, siguió siendo Teresa de Jesús; pero la forma, el modo, la naturaleza, no fué para élla una vida puramente natural y humana, sino la vida de Jesucristo, es decir, una vida *sobrenatural y divina.*

Del mismo modo decía el Apóstol de sí: «Soy el

que obra, y no es Pablo el que obra, sino que obró á la vez por mí y por la gracia.»

Teresa es quien era, pero hará lo que diremos por la gracia.

Tendrá su vida, su acción, su personalidad propia, y, no obtante, entrará de lleno en la vida sobrenatural.

Sólo cuando se llegan á poseer bien las doctrinas que dejamos consignadas, es cuando ni admiran ni pasman las expresiones tradicionales consagradas á expresar la grandeza del *estado sobrenatural*, y se explica que los PP. hayan visto en ese estado una belleza superior á toda belleza creada, prerrogativas que están por cima de las cosas de este mundo; una á manera de transformación ó ascensión del hombre hasta Dios; una como impresión de la forma divina, asimilación y participación de la naturaleza divina en la humana, sin perder ésta por efecto de aquélla, como ya comenzaba á iniciarse á Teresa en Bezadas.

«Dios sólo, dice un profundo comentarista, posee esencialmente la naturaleza divina; sólo Cristo, en cuanto hombre, tiene comunicación personal, en virtud de la unión hipostática, porque únicamente subsiste con ella en la persona divina del Verbo; los fieles y los justos, sin embargo, participan, añade, de esa naturaleza, no *esencial* ni *personalmente*, sino en parte accidental y en parte sustancialmente: *accidentalmente*, por el don de la

gracia santificante, que es un favor accidental concedido al alma, en virtud del cual participan de una manera muy aproximada y elevadísima de la naturaleza divina; *sustancialmente*, por la naturaleza divina que se comunica, cuando Dios los adopta por hijos y herederos suyos, deificándoles en cierto modo: justificación y adopción que consisten en la caridad y en la gracia infusa é inherente, que contiene y les otorga, por decirlo así, la persona del Espíritu Santo, autor de la caridad y de la gracia... Gracia de adopción que no podrá separarse de ellos, como el rayo luminoso no puede separarse del sol, ni el sol puede separarse de su calor y de su luz.»

Tal iremos viendo que llegará á ser la caridad y la justificación iniciada en Bezadas en el corazón de Teresa de Jesús, y que la hizo soportar de manera tan admirable los dolores y sufrimientos que dejamos indicados.

# IV.

## El engaño.

No es tan sólo de las *pruebas* y *merecimientos* de Teresa de Jesús de las que estamos obligados á tratar y á ocuparnos en este libro.

Húbolas esclarecidas y que obtuvieron su recompensa, si bien fueran aquéllas y ésta en un sentido distinto y en un orden diverso.

Astuto y solapado Natam Gutiérrez, logró manejar á su antojo, por larguísimo tiempo, á los Manrique de Lerma, padre é hijo.

Túvoles sujetos á su voluntad halagando sus pasiones; medio el más seguro de ejercer sobre alguien el más terrible de los dominios.

No le bastaba esto.

Necesitó más para la realización de sus planes, y, aunque con algún trabajo, logró al fin organizarlo y conseguirlo.

Veamos cómo.

El que fué capaz de disponer las cosas de manera que la acusación de herejía lanzada contra Hispaleto y mantenida por don Luis tuviese todos los caracteres de verosimilitud que la hicieron progresar, como dejamos dicho, ante el Santo Oficio:

El que proporcionándose un autógrafo del pintor, á fuerza de habilidad y de paciencia, llegó á trazar las *notas* del Catecismo con tal exactitud, que pudieron muy bien pasar por obra del acusado, en cuya librería colocó oportunamente su trabajo, sin que en este punto llegase nadie á sospechar su intervención:

El que había conseguido apoderarse de los menores detalles de la accidentada historia del huérfano sin amparo y protección al parecer, pero á quien desde la cuna no faltaron en realidad protectores ocultos y misteriosos, que le siguieron hasta fuera de España, y le hicieron volver á su patria cuando estuvo á punto de suicidarse:

El que se servía, cuándo de su ciencia, cuándo de su farsa, para engrosar sus arcas sin escrúpulos de conciencia, y sin otro fanatismo que el peculiar á su raza;

Natam Gutiérrez, en fin, necesitó, entre otros medios de acción, tener cerca de la marquesa de las Cuevas, y, sobre todo, de María, una persona de toda su confianza, y la obtuvo al cabo de algún tiempo sin que ni aun los enemigos de los Sánchez de Cepeda lo adivinaran.

No será difícil adivinar á nuestros lectores quién fué la persona elegida para secundar en este nuevo é importantísimo campo de las operaciones del judaizante, sus tenebrosas y odiosas maquinaciones.

—Me falta un espía en esa casa,—se dijo el prestamista algunos meses después de la prisión del pintor.

Y como para el hebreo, pensar y obrar era una misma cosa, decidió luego explotar, en el sentido de su deseo, la codicia y la necia credulidad de la Carvajal, que se prestó gustosa á servirle en todo y por todo de una manera absoluta, incondicional.

La elección no pudo ser más acertada.

Los oficios de la pupilera cerca de Hispaleto habían sido premiados con usura, pero no por ello los agradecieron menos doña Leonor del Aguila y su marido.

La circunstancia de haber sido la casa de doña Catalina objeto de una diligencia inquisitorial, hizo que todos la abandonaran.

Y la triste suerte del artista bastó, una vez conocida, para que el ama de huéspedes no hallase ninguno que quisiera reemplazar al detenido.

Esto la sitió por hambre.

—Estoy perdida,—dijo un día á los marqueses de las Cuevas la Carvajal, ya ganada por el judío.

Y de tal suerte les lloró, y con tan negros colores les pintó su situación y falta de recursos, después de haber ido vendiendo hasta los regalos que

había tenido su marido mientras estuvo sirviendo en Palacio, que marido y mujer se miraron para consultarse acerca de lo que hacer debían para remediarla.

—Y á luego,—añadió doña Catalina, para quien no pasaron desapercibidas las excelentes disposiciones de los tíos de María,—don Juan era tan bueno para mí... No encontraré otro como él... Vamos, que le quería como si fuese mi hijo... Y que le cuidé con esmero durante su mal, ya lo recordará la señora marquesa...—prosiguió diciendo la pupilera.

La dama se estremeció ante la mirada y el retintín malicioso con que la Carvajal pronunció sus últimas palabras.

Y el compromiso apetecido para ésta y para Natam quedó aquella misma mañana contraído, y dos semanas después, para no hacerse sospechosa por su impaciencia, la codiciosa mujer se instalaba en el palacio en que moraba la doncella, hija de don Pedro, á quien don Luis ambicionaba poseer, y el padre de la joven era el enemigo más irreconciliable de don Juan, del ya entonces excorregidor de la Villa.

—Qué feliz casualidad,—dijeron al judío sus dóciles instrumentos, sin sospechar las intenciones del prestamista, que, entre otras cosas y sin darles de ello cuenta, había hecho varios viajes al extranjero, donde á precio de oro se procuró falsos documentos y testigos venales que no tuvieron incon-

veniente en inventar cargos contra el pintor y contra su maestro, con cuyas pruebas robusteció la acusación y logró hacer que los jueces hallasen casi seguro que Hispaleto había traído á Madrid el encargo de difundir sus doctrinas, que con tanto acierto se perseguían en nuestra patria.

Con un enemigo tan formidable, oculto y protegido por auxiliares poderosos que le debían señalados favores, no es de extrañar que la causa de Hispaleto llegase á contener cargos gravísimos contra el pintor, y que éstos reunieran las apariencias de verdad que se deseaba.

Pruebas á que el Señor sometió al inocente artista, y que explicar pueden satisfactoriamente cuanto del manuscrito leído por Teresa en Ortigosa conocemos.

Sólo cuando la resignación cristiana imbuída al joven purificó su alma, esas *pruebas* comenzaron á servirle de *merecimiento*.

Por *engaño* entró la Carvajal al servicio de los marqueses de las Cuevas, y desde luego procuró se la confiase la custodia de María.

No la fué difícil conseguirlo.

La hija de don Pedro la conocía de haber ido á la casa contigua al Arco de Santa María, y la verdad es que, fuera de su intemperancia en el hablar, doña Catalina era simpática, era agradable.

Recibió gozosa la noticia la joven, porque estaba segura de que aquella mujer la diría cosas que, respecto al pintor, deseaba averiguar y la interesaba saber.

Sus tíos, además, desde la detención del artista se habían encerrado en un mutismo que desesperaba á la doncella.

—Tenéis una misión en esa casa,—había dicho con acento imperativo Natam Gutiérrez á la Carvajal;—la de sostener y avivar el cariño de María hacia el artista y tenerme al corriente de cuanto en élla ocurra.

Y doña Catalina se propuso llenar con hipocresía y habilidad aquel encargo que la pagaba el judío, sin tener para nada en cuenta la soldada que la señalaron los marqueses de las Cuevas.

Comió, pues, la viuda del palaciego, como suele decirse, á dos carrillos, sin que nadie sospechara el odiosísimo papel de espía, que sin riesgo alguno pudo ejercer por larguísimo tiempo á satisfacción del judaizante, y con no escaso producto, dada la escasez de aquella época, y de que el que la premiaba era un hebreo.

María fué aficionándose á aquella falsa mujer, y sus coloquios con élla la persuadieron que el pintor era acreedor á mejor suerte, y hasta digno objeto de su primera pasión.

—Lástima es,—la decía la Carvajal en cierto día,—que su detención coincidiera con los co-

mienzos de su arrepentimiento; con su ida al templo, donde yo le ví la mañana del 8 de Septiembre, abstraído y complacido con cuantas ceremonias religiosas tuvieron lugar, y hasta tomar la medalla que se repartió á los fieles... ¡Quién lo había de decir,—añadió doña Catalina;—su enmienda era segura!

—¿Pero vos creéis?...—la preguntó María.

—La recepción del Santo Viático, el trato y amistad con vuestro tío, el cuadro que ideó; todo, convencernos debe que estaba dispuesto á renegar de sus errores y á transformarse emprendiendo la buena senda... Debía venir á vuestra casa, y esto le tenía contento; iba á veros, á trataros, y esta esperanza constituía su alegría.

—¿Juzgáis que me ama?

—Estoy segura de ello.

—No obstante, cuando la Inquisición...

—Si se tienen enemigos... Y que Hispaleto los tiene, no podemos dudarlo.

—¡Enemigos él!

—Sí; enemigos y amigos.

—¿Sabéis vos?

—Yo no sé nada con certeza; pero el pintor no me pagó nunca su pupilaje; lo recibía de manos desconocidas.

—¿Y nunca pudísteis adivinar?

—Jamás me cuidé de ello.

—¿Y él sabía esto?

—Tampoco lo sabía; pero debía sospecharlo.

Y aquellas dos mujeres se perdieron en un mar de conjeturas y suposiciones, que no deben extrañarse ni parecer inverosímiles.

Diálogos como este se repitieron con frecuencia entre María y la pupilera.

Por largo tiempo no fué prudente mezclarse en los asuntos del artista ni á Valdespinar ni á su esposa.

Cualquiera intento que en su favor hubieran pretendido, habría sido comprometido y contraproducente.

El Santo Oficio inspiraba respetos que en la actualidad no se guardan ni se tienen á los tribunales de justicia, cuyo prestigio redunda en beneficio de la sociedad, sin que nosotros neguemos la ingerencia prudente de la opinión pública en los actos judiciales.

Y aunque su inacción contrarió á doña Leonor, hubo de aceptarla, esperando que la casualidad pusiese en sus manos la clave de aquel suceso que vino á trastornar sus esperanzas.

Era su marido quien traía al artista á su casa, quien iba á ponerle en contacto con la hija de don Pedro, y su inopinada detención le volvió á dejar desamparado, sujeto á un proceso, cuyo término podía acarrearle hasta la muerte.

—¡Qué desdicha! ¡Qué desgracia!—exclamaba doña Leonor cuando estaba sola, cuando ninguno podía escucharla.

*Prueba* fué esta para la del Aguila que soportó como excelente cristiana, que debía servirla y la sirvió también de *merecimiento* como á su marido la pérdida de su amigo, y á la doncella la de su amado.

A estas *pruebas* y estos *merecimientos* hemos aludido al principio de este número, que esta y no otra era la ocasión propicia de consignarlo en esta obra.

El marqués carecía de influencia, según sabemos, con el partido dominante, con la regencia del Emperador, del distraído monarca castellano, confiada á la emperatriz, que carecía de iniciativa, juguete de consejeros extranjeros que en engañarla estaban interesados.

Y tampoco por ende Valdespinar pudo hacer en pro de su amigo el pintor cosa alguna, limitándose á lamentar su desgracia.

—¡Pobre joven!—repetía el marqués aun en presencia de los suyos...—Dejemos pasar el tiempo, y ya veremos lo que en su obsequio nos es permitido hacer más adelante.

Fueron los verdaderos, los sinceros amigos de Hispaleto, impotentes para favorecerle.

Y esto permitió á sus enemigos obrar con completa libertad; pero con mayor aún el que era el peor, el prestamista, el judaizante.

Pasando desapercibido, oculto constantemente en su tugurio del Atochal.

Por *engaño* entró, y por *engaño* admitieron en su casa los marqueses de las Cuevas á doña Catalina.

Y el *engaño* se impuso en el curso de los acontecimientos que tanto interesaron en Ortigosa á los oyentes de la lectura del manuscrito, interrumpido á lo mejor por la gravísima dolencia de la religiosa carmelita.

Cuyo complemento vamos haciendo con esta nueva forma de desarrollar nuestro plan.

—¿Estáis contenta de mí?—preguntaba la Carvajal al judío en su morada, á la que sólo iba de tarde en tarde para no inspirar sospechas.

Y por toda respuesta, Natam Gutiérrez llenaba sus manos de monedas de plata, y hasta de oro algunas veces.

¡Qué estímulo éste para las almas ruines y dispuestas á venderse al mejor postor!

Dios nos libre de los seres sin conciencia: de todo son capaces, siempre que les paguen bien los que de ellos se sirven.

—Continuad complaciéndome,—decía en ocasiones tales el prestamista á la dueña de la joven, y se frotaba sus manos secas y huesosas produciendo un castañeteo que no dejaba de impresionar á la crédula pupilera.

Cada una de estas entrevistas de doña Catalina con el judío eran para María de consecuencias gravísimas en lo tocante á sus sentimientos.

Porque después de ellas, la mujer que les servía con aparente fidelidad inoculaba en su pecho afec-

tos que debían acarrearla los mayores disgustos.

—Llegará un día en que todo se aclare, en que la verdad se descubra, y veréis á vuestros pies á ese mancebo por quien suspiráis,—añadía la viuda.

Y la inexperta acariciaba esta idea y se colocaba sin saberlo á disposición del hebreo, que á la vez dirigía á su antojo el proceso de Hispaleto, la voluntad de los Manrique de Lerma, y el antes tranquilo y venturoso hogar de los marqueses de las Cuevas.

El amor de la hija de don Pedro era su primer amor; su cariño hacia el pintor era su primera pasión, y á su vehemencia contribuían los *engaños* que el viejo astuto inspiraba á la Carvajal.

Hizo ante ella conjuros mágicos; alucinó su espíritu, y la tuvo así doblemente á su servicio.

Las persecuciones de don Luis exasperaban á la doncella castellana, y por consejo de Natam, el exservidor del Santo Oficio dejó de molestarla con sus pretensiones de obtener su corazón.

—Será vuestra, como os tengo ofrecido;—repetía el prestamista al hijo de don Juan.

Y como la acusación del mancebo iba robusteciéndose por instantes, y la desesperación del artista alejaba todo temor de arrepentimiento, los Manrique de Lerma, padre é hijo, prosiguieron creyendo cada cual, el uno en su venganza, el otro en alcanzar algún día de grado ó por fuerza la posesión de la que cada vez con más ardimiento idolatraba,

contribuyendo á esto la contemplación del retrato de María puesto en el cuadro que, como recompensa inmediata á su perfidia, había hecho llevar á su casa, y conservaba en su despacho de abogado, vacío siempre de clientes.

—Tendréis negocios,—le decía el judío.—Por ahora no os convienen.

—Inutilizar, perder á mi rival, es el deseo único que acaricia mi alma,—le respondía el mancebo;—obtener á María es la sola recompensa que ambiciono.

Era holgazán y vicioso el joven, y el judaizante contribuyó á que lo fuese más.

Tal era lo que á Natam convenía.

—Habéis logrado herir á la hija de don Pedro.... Ofrecéis á mi hijo hacerle dueño de esa funesta beldad, cuya hermosura le fascina... No os exijo más que una cosa: que no se unan en matrimonio los dos jóvenes,—decía por su parte el excorregidor cuando se hallaban solos él y el que le había hecho ver cosas tan estupendas cuando aún desempeñaba el puesto de confianza de que fué despojado, interviniendo en ello y por bajo de cuerda el judaizante.

¡Qué bien lo urdía y manejaba todo el solapado, el en mal hora relacionado con nuestros personajes de la leyenda!

Y á unos y á otros entretenía Natam, mientras haciéndoles declarar á su capricho en el sumario, en el proceso formado al pintor, víctima propicia-

toria y aceptada sin escrúpulo, aunque contra élla nada fuese en un principio.

¿Qué importaba esto al hebreo?

Después, con el transcurso del tiempo, algo debió averiguar el judaizante, que le hizo sospechar que el artista no era completamente extraño á Valdespinar ó á su esposa; y desde entonces ya no le fueron su suerte y sus destinos extraños é indiferentes como en el principio de su obra y de su intriga.

La trama, el enredo de aquel negocio que se le vino rodado, se complicó mucho, y los trabajos del prestamista, aun por el lado mismo del pintor, tomaron un carácter digno de ejercitar su estudio, su travesura y su talento.

—Sondear, sondear é inquirir el por qué fué la del Águila á vuestra casa ante el riesgo de que Hispaleto, enfermo, muriese impenitente;—aconsejó entonces á doña Catalina, por más que la Carvajal fuese demasiado ignorante y roma para servir en esto al judío.

La marquesa no tenía con élla confianza alguna, lo contrario de lo que sucedía á María; se conservaba á larga distancia de todo en lo que á Natam Gutiérrez pudiera convenir saber.

Y por este lado, lo que para nosotros mismos sigue siendo un misterio, lo seguía siendo para los demás.

Cabo suelto es este que por razones distintas al presente no podemos anudar.

Muchas veces la esposa de Valdespinar, la cuñada del padre de Teresa de Jesús, había visto aproximarse un suceso próspero en el seno de su familia, cuya realización ambicionaba, y otras tantas los sucesos desbarataron sus ilusiones más queridas y por largos años acariciadas.

Mujer retirada y modesta, á pesar de la nobleza y la fortuna de su marido, doña Leonor tenía constancia; pero la faltaban arranques que hubiesen contribuído á facilitar la terminación de un secreto que la impedía ser feliz amando con delirio á su marido, á pesar de la distinta edad de ambos, y viéndose adorada y querida por don Enrique tanto como lo pudiera desear.

Más de una vez estuvo la del Aguila por romper un silencio que la mortificaba; pero prefirió también el *engaño* á la franqueza, temerosa de faltar á un juramento que, con el recuerdo de un ser que la había hecho mucho daño, la ligaba.

No todos los pensamientos ni los actos de la dama castellana eran diáfanos y claros, cual cuadraban á una mujer que no tenía por qué arrepentirse de nada.

No la hagamos sospechosa en este relato; no la injuriemos, por más que ciertas apariencias nos la vengan haciendo sospechosa desde el comienzo de la novela, desde el recurso ideado para presentarse con María en casa del artista.

El viejo Gonzalo había muchas veces desempeñado comisiones por sí, ó las había encargado á

otros cerca de Hispaleto, sobre las cuales se le exigió por doña Leonor la más completa, la más absoluta reserva.

—¿Faltaré á mi amo?—se había preguntado el fiel sirviente.—¿Le engañará la señora?...—hubo veces que llegó á sospechar, á pesar suyo, el mayordomo del noble madrileño.

Y siempre concluyó por desechar todo mal pensamiento, admirando las virtudes de la marquesa, siendo testigo ocular de su alejamiento del mundo, de su proceder correctísimo y sin reproche en todo lo demás.

Natam Gutiérrez no tuvo suerte en lo que al secreto que parecía guardar la esposa de don Enrique se refería, ni ninguno penetró en él que pudiera explicárnosle á nosotros para indicarle al presente á nuestros lectores.

—Nada sé; nada averiguo,—dijo siempre la pupilera al judío cuando del particular se trataba.

—¿Sale de casa la señora marquesa á horas extraordinarias?

—Nunca.

—¿Recibe visitas sospechosas?

—Jamás.

—¿Disputan marido y mujer?

—Se aman, por el contrario, entrañablemente.

Y el hebreo se desesperaba de verse burlado en un punto que le habría dado un gran juego.

—No hay duda,—decía para sí luego que se en-

cerraba en su cuarto.—La mujer fué á la morada del artista intencionalmente.

Y como los malvados no tienen pensamiento bueno acerca de los demás, y los avaros no ven en las acciones humanas otro móvil que el interés, por inocentes que parezcan, seguía rogando á su espía que no desistiera de sorprender en su ama algo de lo que él presumía debía ocultar.

Doña Catalina no vió más medio de complacer al hebreo, que sondeando á María, aunque fuese llevando á su alma alguna zozobra, alguna inquietud con respecto á su tía.

—La marquesa es joven todavía... Y hermosa en extremo.

—¡Oh! no habléis de esa manera,—exclamaba la doncella;—pero cuando después de una de estas conversaciones se quedaba sola y pensativa, no podía menos de llorar.

¿Por qué?

No lo sabía ella misma; desconocía el motivo de su tristeza y su pesar; pero lloraba, y se unió sin dificultad á la pupilera para ayudarla á espiar la conducta y el proceder de doña Leonor, modelo de esposas, dechado de altas cualidades y prendas las más relevantes que mujer alguna pudiera reunir.

# V.

## La seducción.

De la manera y forma que dejamos consignada en el número anterior, se fueron desenvolviendo los sucesos que nos importa conocer y detallar ínterin seguía lenta y pausada la causa formada á Hispaleto por la Santa Inquisición.

La resistencia sistemática del artista á confesar la verdad; sus arranques de independencia; su desapego á la vida; el tejido de infamias que contra él se acumularon, merced á las maquiavélicas y misteriosas intrigas de Natam Gutiérrez, á que venía á dar una gran fuerza la calidad de los testigos de cargo del más que *sospechoso*, del cuasi convicto de herejía, elementos eran sobrados para entorpecer y dilatar su conclusión.

No negaremos que algo de defectuoso ha habido, siempre en el *procedimiento secreto*, que explica y justifica la prevención que en la edad presente ha llegado á inspirar.

Pero aun para esto importa tener presente la

época en que esto que venimos relatando sucedía, y más aún de la índole y clase de delitos de que el Santo Oficio estaba llamado á conocer.

No es exacto que las Cortes de Valladolid en 1518 ni en 1523, así como las de Toledo en 1525, quisiesen, como sostienen algunos, que se aboliera la Inquisición.

Dichas Cortes, lejos de ser hostiles al Santo Oficio, acordaron *peticiones* para darle firmeza, precaviendo abusos que pudieran introducirse con el tiempo, y que si existían, no debían ser de gran bulto cuando no los anatematizaron franca y resueltamente.

Su previsión las hizo solicitar que los jueces elegidos en adelante *fuesen generosos e de buena fama, e conciencia, e de la edad que el Derecho mandaba*, á fin de impedir abusos que pudieran introducirse considerando la ordinaria condición de toda institución humana, á cuya petición contestó el Soberano prometiendo *ratificar* lo que *ordenara la Santa Sede* sobre los capítulos propuestos; resolución muy conforme con el respeto que los Príncipes católicos han tenido siempre á la jurisdicción eclesiástica, única competente para legislar sobre asuntos disciplinarios.

La potestad civil respetó dichas disposiciones, en virtud de las cuales tomaron parte los Obispos é Inquisidores en procesos como el de Hispaleto, motivados por delitos contra la religión; pues no cabe echar en olvido que el Santo Oficio era un

Tribunal esencialmente eclesiástico, que sin autorización alguna secular podía ejercer sus funciones sobre los juicios canónicos, y aun considerado como un Tribunal *mixto* por la potestad civil, érale imposible admitir intervención alguna extraña dentro del círculo de sus atribuciones.

Y esto, que es rigurosamente histórico, lo ponemos para corroborar más cuanto dejamos escrito, para encauzar por derroteros ciertos conceptos equivocados que se sostienen acerca de la Inquisición.

Ya hemos dicho, y no estará demás que lo repitamos, que el Santo Oficio se instituyó cuando los medios persuasivos fueron insuficientes para combatir el desorden moral y religioso de muchos cristianos que obraban, no por ignorancia, sino con perversidad de espíritu.

Aquellos millares de apóstatas y herejes, perturbadores del público reposo, necesitaron de una fuerte represión, así como en los tiempos actuales no alcanzan siempre, ni en muchas veces, los procedimientos jurídicos y la benignidad de los modernos para contener el desbordamiento que amenaza destruir hasta las conquistas mismas de nuestra notoría civilización.

«Creáronse los tribunales de que nos vamos ocupando, como dice el señor García Rodrigo, bajo de una regulación equitativa; la cual, sin embargo, merece injusta crítica de escritores que no

hallan motivos de censura en nuestras comisiones militares con sus procedimientos abreviados, y no pocas veces tiránicos y abusivos... La pobre víctima, añade con razón, que en horrible calabozo se ha visto precisada á esperar bárbara sentencia de un tribunal revolucionario, ha tenido mucho que envidiar á los procesados por el Santo Oficio, cuyos Jueces no podían separarse de tramitaciones justas, y que sólo desapasionadamente se pueden juzgar.»

El Santo Oficio, por otra parte, y esto es rigurosamente histórico también, acogió siempre todas las consideraciones razonables que se le expusieron, teniendo especial cuidado en respetar los fueros populares, motivo por el cual se acordaron las Ordenanzas para uniformar sus procedimientos, consultando primero á las Cortes generales de Aragón, Valencia y Cataluña, admitiendo después cuantas modificaciones fueron exigiendo los tiempos, y celebró por último nuevas Concordias cuando se hizo preciso.

El Inquisidor Supremo, su Consejo y jueces auxiliares no podían, pues, extralimitarse de dichas instrucciones, y á ellas debían arreglar los procedimientos de una manera equitativa, inalterable, y según principios fijos, evitando la parte discrecional tan expuesta á equivocaciones lamentables.

De nada de cuanto á Hispaleto se acusaba podía éste, en su impenitencia, traslucir que fuese cul-

pable, olvidando, no obstante, cuantas apariencias le condenaban y de las que tanto partido sacaron sus enemigos.

Altivo y soberbio el pintor contra toda injusticia, maldecía su suerte, atribuyéndola al fatal destino que le había perseguido desde su infancia.

Hasta del arte llegó á renegar en las prisiones del Santo Oficio, él, que nada seguro, nada firme en materias religiosas, estuvo á punto de creer y practicar ante el ruego, ante la súplica de María.

El desencanto, la decepción fué terrible para el acusado, operándose en su alma una funesta reacción que, en medio de todo, encontramos lógica y disculpable.

—Éllos, que se dicen discípulos de Cristo,—reflexionaba Hispaleto;—que adoran al héroe del Calvario, me recluyen, me persiguen, me flagelan, me torturan...

Y en pos de este falso raciocinio sacaba esta deducción:

—¡Mentira! ¡Todo mentira!

Ceguedad que es hoy muy frecuente, muy común en cuantos padecen, en cuantos sufren.

Y terminaba por exclamar:

—¡Venga la muerte, venga!... La prefiero, la quiero, la deseo... ¿De qué ni para qué sirvo yo al mundo, ni el mundo me hace falta á mí?... Nada espero, nada, de los hombres... ¡Ah! ¡si hubiese muerto hace muchos años! ¡Si en vez de protegerme de una manera vergonzante los autores de mis

días, me hubiesen abandonado, la ignorancia habría sido preferible cien veces á la duda y la incertidumbre!... ¡Habría marchado solo, enteramente solo; me debería á mi talento, á la pintura por entero, y no tendría hasta que renegar de ella!... ¡No hubiese conocido!...

Al llegar aquí en sus desalientos y desesperaciones, el preso se detenía, y lo único que no osaba, que no se atrevía á maldecir, era el recuerdo, la imagen de la hija de don Pedro.

Mientras hablaba sin pensar en María, desvariaba; cuando de idea en idea llegaba hasta la joven, su lengua no hacía traición á su alma.

La quería, la amaba, y ese amor era bálsamo saludable que caía sobre sus heridas, y le sostenía aun á pesar suyo, y casi sin él quererlo le alentaba.

La Carvajal, entre tanto, sometida al avasallador influjo de Natam Gutiérrez, había pasado del *engaño* á la *seducción* con respecto á la pobre doncella, á cuyo servicio había sido en mal hora destinada.

No necesitaba tanto la ya fuertemente inclinada á querer al pintor.

Sin doña Catalina, la sobrina de los marqueses de las Cuevas no habría olvidado al artista, porque le amaba indudablemente; pero la ausencia, el tiempo, la duda, el temor de que fuese culpable, suavizado habrían la impresión que el viaticado

le produjera y que su tío don Enrique en mal hora había acrecentado llevándola al estudio de Hispaleto.

El judaizante no estaba satisfecho con sólo la desgracia que afligía al pintor; quería la de todos, y apetecía sobre esto que la de Valdespinar fuese tal que le atrajese, que le ocasionase las torturas que su hermano le hiciera sufrir, arrancando, no sólo de su hogar sino de su creencia y de su fe, á la hija de sus entrañas.

La fatal intervención de aquel hombre en el capricho de don Luis hacia María, debía influir en la suerte de muchos de los personajes de esta historia, contribuyendo á encadenarlos cuando vivían mejor desunidos y separados.

Mezclando en su refinada maldad los odios añejos é inveterados de don Juan á los impuros é innobles deseos de don Luis con respecto á la adorada por el pintor, Natam Gutiérrez tenía certeza de un trágico desenlace de aquel drama, en el que hacía el papel de traidor tan admirable y diestramente, sin desperdiciar el más mínimo ni el más insignificante de los cien hilos que en la sombra fraguaba, disponía y manejaba sin riesgo ni responsabilidad alguna.

Fué esquilmando á los Manrique de Lerma hasta empobrecerlos, sin que éllos, cogidos en sus redes, pudieran negarle nada.

Persiguió con éxito satisfactorio al pintor, que tuvo la desdicha, como él decía, de enredarse entre

sus pies, de interponerse en su camino por vivir en su misma casa.

Y su obra infernal no podía tener para él digno remate hasta no conseguir:

Hacer morir á Hispaleto por un acto injusto de una institución que odiaba:

Deshonrar al padre y al tío de María lanzando á ésta en brazos de la infamia y el libertinaje, marchitando para siempre su inocencia y su candor;

Y sumiendo á todos nuestros conocidos en un mar de lágrimas.

—Mi contento no tendrá límites hasta que alcance, hasta que consiga el resultado total de mis trabajos,—pensaba con fruición el judío.—Será esta mi última partida,—añadía.—Pereceré quizás en ella; pero estoy seguro que producirá escándalo y resonancia,—proseguía hablando consigo mismo. —Los que aman, sufrirán; los que odian, gozarán, y todo ello será fruto de mi talento aplicado á la venganza.

Y embriagado con estos ensueños, dignos de la negrura y la lobreguez de su alma, el judaizante iba saliendo airoso de sus empeños, sin presumir siquiera que existiese en el mundo un ser de quien ya se había comenzado á hablar en España con elogio y admiración; una mujer que llegaría á desbaratar y destruir tanta iniquidad.

Doña Catalina se cuidaba de referir á María detalles que la hiciesen simpático al pintor; de ha-

blarla á diario de su talento; de obras admirables que poseía, y élla habia tenido ocasión de ver cuando limpiaba su cámara... ¡Si las hubiéseis contemplado como yo, extasiándome en ellas!

—¿Y notábais que escribiera con frecuencia?

—Eso rara vez sucedía... ¿A quién había de escribir?... No he dejado á nadie en el extranjero que me importe, que me interese ó á quien mi recuerdo pudiera agradar, le oí muchas veces.

—¿Eso decía?

—Sí... Y alguna vez que me atreví á preguntarle si había amado alguna vez, siempre me contestó lo mismo: jamás... En cambio, luego que os vió y os conoció á vos, María, mi pupilo se transformó y daba lástima verle sufrir.

—¿Sufría?

—Al principio, mucho; hasta que os llevó vuestro tío el marqués y puso el retrato que tanto le complacía en su cuadro. Yo le daba bromas, y él, suspirando, exclamaba:—Yo podré quererla, pero élla... ¡ah! élla no me corresponderá;—y hablando así se le saltaban las lágrimas...—Si yo tuviese un apellido, un nombre que ofrecerla,—añadía;—pero...—y volvía á suspirar.

Semejantes coloquios y otros que por no cansar al lector omitimos, iban produciendo su efecto en el corazón de la doncella.

—No reveléis á nadie nada de estas cosas que os digo, porque os quiero; pero si pudiérais necesitar de mis servicios, tanto él como vos me en-

contraríais dispuesta á proteger un cariño que nada tendría de extraño.

—¿Creéis que mis tíos, que mis padres consentirían?—la preguntaba en tales ocasiones María.

—No vería nada de singular.

—¿Caben enlaces tan desiguales?...

—¿Por qué no? el corazón no reconoce jerarquías, el cariño todo lo iguala...

Nada sabía la hija de don Pedro del artista, y no se atrevía á preguntar por él á sus tíos.

Deseaba ardientemente conocer cuál había sido su suerte, y esta ansiedad natural, este interés transmitido por la Carvajal al judaizante bastó para que éste apelase á los recursos, á los medios que ya le vimos emplear al principio de nuestra obra, cuando afilió á sus proyectos de venganza á los Manrique de Lerma.

Doña Catalina ofreció á María hacerla saber si Hispaleto vivía ó no, si la amaba todavía; y la crédula doncella se dejó llevar al laboratorio misterioso de Natam Gutiérrez.

Desde aquel momento la *seducción* se consumó, y la pobre niña fué víctima, como cuantos se relacionaban con él, de los odiosísimos engaños y groseras patrañas del judaizante, en que no creía menos que élla la Carvajal, no obstante admitir las dádivas y los regalos de su embaucador.

La desgraciada niña, la conjelada á quien el médico salvó de una muerte cierta, sirvió diferen-

tes veces de instrumento dócil para acabar de trastornar y de seducir á la hija de don Pedro.

Embriagada por los gases que Natam colocaba bajo lo que decía ser «la trípode sagrada,» la joven caía en un estado nervioso, convulsivo, extático, contra el cual luchaba sin poder sustraerse á su dominio: fuera de sí, y sujeta al imperio de una imaginación de antemano exaltada, profería algunas palabras, algunas frases misteriosas, en las que luego el hebreo se encargaba de encontrar la explicación de cuanto deseaba saber la enamorada del pintor.

Fué María dejándose llevar de precipicio en precipio en el largo espacio de tiempo que medió entre la prisión del artista y su ida á casa de su padre, cuando Teresa de Jesús, su prima, salvó, no sólo su vida material extrayéndola del río, sino su vida moral y religiosa.

Lo que María supo por el manuscrito que la religiosa carmelita leyó en Ortigosa, era distinto de cuanto la hicieron creer, durante su seducción, sus enemigos, y que tan funestas consecuencias tuvo para élla.

Sirviéndola, empero, de *pruebas*, cuyos *merecimientos*, hasta arrepentirse y entregarse por completo á la dirección espiritual de Teresa, fueron negativos, contrarios y contraproducentes para su salvación.

Vamos lentamente conociendo lo que María esta-

ba dispuesta á referir cuando su prima, cuando la Santa se sintió gravemente enferma, y se hizo forzoso á su padre, á sus hermanos y á su amiga llevarla á curar á Bezadas.

Algo de esto, y de lo que nos falta que decir, contó la joven á su padre, pero se abstuvo de referir cuanto la religiosa carmelita antes de su partida le había dicho, que sólo quedar debía encerrado para siempre bajo el secreto de la Penitencia, bajo el sigilo de la confesión.

---

# VI.

## Historia de lágrimas.

De manera tan gráfica y expresiva calificó Teresa de Jesús el relato que su prima María la hiciera de cuanto había sufrido desde la inesperada detención de Hispaleto hasta su venida á Ortigosa, donde la Santa se halló feliz y providencialmente para salvarla.

—A ninguno digas lo que me has confiado... Que nadie sepa...—advirtió repetidas veces la religiosa á la doncella.

Y, con efecto, para todos fué un *secreto* la *Historia de lágrimas*, que nosotros en nuestra cualidad de novelistas no podemos guardar.

El engaño y la seducción ejercidos por Natám Gutiérrez no se limitó á María, á la hija de don Pedro; alcanzó en mayor ó menor escala á los demás, sirviéndole para ello de recurso supremo su retiro del Atochal.

Allí llevó en multitud de ocasiones á sus víc-

timas, á quienes hacía oir vaticinios fatídicos ó halagüeños, según le convenía, y en los cuales creían todos para su mal.

—Ministro de un poder benéfico ó vengador, pero siempre omnipotente, las gentes y hasta los elementos te obedecerán.

—Harás cuanto quisieres.

—Lograrás lo que te se antoje.

Decía la voz que oían los circunstantes sin ver á la persona que hablaba.

—¿Qué deseáis?—les preguntaba el judío.

—¿Qué pedís?

—¿Qué os acomoda?—añadía.

Y á la petición seguía muchas veces la concesión, el otorgamiento de la súplica del preguntado.

—Dado te será asombrar á la muchedumbre y turbar el espíritu de los mortales.

—Dueño de su imaginación y de su voluntad, colmarás ó no sus deseos á tu antojo; árbitro de sus querellas, no tendrás necesidad, como ellos, de interrogar testigos ni de computar declaraciones; te bastará una simple prueba para distinguir al inocente y al hombre verídico, al criminal del perjuro, que ante tí caerán heridos sin poder replicar...

—Los hombres te implorarán en sus enfermedades, y á tu voz el cielo disipará sus dolencias; la muerte misma te abandonará su presa ya cogida. ¡Infeliz del que te ofenda!...

—Tú herirás de lepra, de ceguera, de muerte á los culpables; prohibirás á la tierra darles sus fru-

tos; envenenarás el aire que respiran; la atmósfera, los vapores te darán arma contra tus enemigos. El más terrible de los elementos, el fuego, será tu esclavo; á tu voz deslumbrará los ojos más incrédulos, y nada podrá extinguirlo ni apagarlo; el rayo estallará terrible contra tus víctimas, y desgarrando el seno de la tierra, las forzará á sucumbir en su seno.

—Hasta el cielo reconocerá tu poder; tú predecirás á tu antojo las variaciones de la atmósfera y las convulsiones de la tierra; tú desviarás el destino de los hombres, te burlarás de sus furores, y temblorosos caerán á tus pies implorando, humildes, tu protección y tus favores.

Y muchos de estos vaticinios se cumplían, ó por lo menos así se lo imaginaban los favorecidos ó castigados, en quienes el judío hacía presa, á quienes oprimía entre sus garras.

El misterio y la impunidad alientan á los malvados y favorecían al prestamista, que se cuidaba mucho de no servirse más que de personas anticipadamente juramentadas, como hemos visto lo verificó en su día con Manrique de Lerma.

Alguno que fué incauto pagó hasta con la vida la más pequeña indiscreción.

Y éstos, no entonces, sino siempre, serán medios seguros de obrar aparentes prodigios y sorprendentes maravillas.

Por absurdo que parezca lo que dejamos consignado, no sólo puede explicarse entonces, sino

aun en épocas más adelantadas y aun hoy mismo.

Ya hemos dado á conocer algunos de los trabajos mágicos del judaizante, y, merced á ellos, continuó ejerciendo un poder omnímodo, sin que los que pudieran delatar sus supercherías fuesen temibles para él, atendido el cuidado con que procuraba comprometerles é interesarles en ocultarlas.

María, de dulce y tranquila, se trocó en exaltada; de creyente y religiosa, en fanática y asustadiza; de franca y leal, en hipócrita y reservada.

La obra pertinaz de Natam, favorecida de cerca y de un modo inmediato por la Carvajal, hizo tanto daño á la pobre niña, á quien conocimos por vez primera la tarde del Santo Viático, que algún tiempo después de la prisión del pintor no era conocida.

Y sus tíos no se apercibieron de aquel cambio, porque la dueña, adiestrada por el judío, consiguió inculcar en élla la conveniencia, la utilidad de que no notasen si quería ó no contribuir á la salvación del artista.

—Padece persecución injusta,—solía decirla con marcada intención y haciendo ademán de aludir á la esposa del marqués.

—¿Por su parte?...—la preguntaba María.

—No estoy segura de ello; pero sospecho... Silencio y disimulo,—añadía la infame.

Y sembrando cizaña en el corazón inocente de la doncella, logró someterla á otra mayor tiranía:

la del recelo y la desconfianza en los únicos que la querían, en los únicos que la amaban.

La hija de don Pedro fué aislándose voluntariamente de todos, y sólo en la espía que á su lado colocó Natam Gutiérrez llegó á tener confianza; riesgo que corren las jóvenes y que los padres deben evitar á toda costa.

¡Infeliz! ¡desgraciada la que se entrega sin reserva y sin cautela á los halagos de una embaucadora, de una embustera!

De riesgo en riesgo, de peligro en peligro, de engaño en engaño, María llegó al fin á dudar de la lealtad y de las virtudes de doña Leonor.

Y en su corazón de virgen hasta se anidaron los *celos*, que la hicieron sufrir horriblemente, pues á la vez que les sentía punzantes, les rechazaba indignada.

—Yo no os digo que sí ni que no...—la decía entonces la Carvajal...—La conducta de vuestra tía es correcta, pero no clara... ¿Por qué fué á mi casa aquella tarde? Había ido antes, otras veces, pero siempre encubierta, siempre tapada... ¿Por qué os llevó á vos? ¿Por qué hizo ir á su marido y élla no volvió?

Dudas eran éstas á que la joven no sabía qué contestar.

—Élla ha sentido y siente la prisión de Hispaleto; no lo puede disimular... Yo la he sorprendido llorando varias veces.

—Y lo mismo yo...—murmuraba María.

La duda iba labrando su cerebro, á la vez que torturaba su alma.

La morada de los marqueses sufrió honda perturbación á medida que el tiempo transcurría.

Y fué por entonces cuando María fué á Ortigosa y volvió á Madrid, sin cuidarse de su padre, sin inspirarle compasión su estado.

¡Mala hija!

A tanto llegó María.

La restaba una última y postrer desdicha, y también hubo de experimentarla.

No estando enteramente persuadido el judaizante del amor de María hacia Hispaleto; queriendo acabar de hacer suya á la joven, apeló á un recurso de que en su calidad de nigromántico no debía prescindir.

—¿Estáis dispuesta á ayudarme en todo?—dijo á doña Catalina cierto día.

—En todo,—la replicó, como siempre, la pupilera.

—Pues lleváos esto.

Y el judío dió á la Carvajal varios frascos metidos en una cajita de ébano.

—No adivino...—balbuceó la Carvajal.

—Es muy sencillo, nada más fácil... De su contenído haréis tomar á María por espacio de varios días unas cuantas gotas echadas en el agua.

—¡Algún veneno!...

—No; es simplemente un conjuro; algo que no podréis explicaros. Usaréis primero el núm. 1; después de concluído, el núm. 2, y así sucesivamente hasta el 5 que lleváis... No tengáis miedo.

—¿Me aseguráis que la vida de la joven no corre peligro?

—Os lo aseguro; lejos de convenirnos su muerte, nos interesa su vida para redondear vos y yo nuestro negocio.

Y el hebreo apeló al remedio heróico para lograr de la Carvajal convencerla: al dinero.

¿Cabe que no se creyera entonces en lo que aún se cree y nos parece que se creerá siempre?

Y cuenta que en esto de que una persona sienta amor ú odio hacia otra por el uso ú empleo de drogas ó sustancias á que se da cierta virtualidad, hasta Natam mismo estaba convencido de ello.

Cuanto ni más María, cuyo letargo, cuyo sueño natural se había producido en élla reiteradamente; pero ahora, el que al judío interesaba hacerla sentir, era otro más funesto:

El sueño, el letargo del alma.

Postrera etapa de la larga *Historia de lágrimas*, cuya terminación pudo ser más funesta aún para María sin la intervención y el socorro de Teresa de Jesús, que ya conocemos.

Los historiadores griegos y romanos, y hasta los naturalistas modernos, refiriéndose á las propiedades de diferentes brebajes, consignan hechos que

prueban que los antiguos los conocieron, y que nada exageramos en lo que aquí ponemos.

Laguna, en su *Comentario de Dioscórides*, cita una especie de *solanum*, cuya raíz, tomada con vino en dosis de una dracma, llena la imaginación de las más deliciosas ilusiones.

Sabido es que el opio, administrado en cierta dosis, produce con el sueño que determina ilusiones tan poderosas y tan dulces, que ninguna realidad puede igualar su encanto.

Resumiendo todas las opiniones emitidas sobre el *nepenthes* de Homero, M. Virey lo encuentra en el *hyoscyamus datura*, de Forskhal, del que todavía se hace uso en Egipto y en el Oriente; y este sabio indica otras muchas sustancias capaces de producir efectos no menos maravillosos.

El *potamantis* ó *thalassegle*, de Plinio, nace en las orillas del rio Indo, y el *gelatóphyllis* cerca de Bactria, y según él, los brebajes extraídos de estas dos plantas producen el delirio. La una da visiones maravillosas, mientras que la otra excita una risa continua; la primera obra como el brebaje compuesto con el *hyoscyamus*, de Forskhal; la otra como el jugo exprimido de la semilla de la *datura*.

Otras composiciones tenían virtudes utilísimas para los fabricantes de prodigios.

En Etiopía, dice Diodoro, había un lago cuadrado de 160 pies de circuito, que contenía un agua del color del cinabrio, la cual despedía un olor muy agradable, y cuantos la bebían eran pre-

sa de un delirio tal, que confesaban todos sus crímenes, hasta los que el tiempo les había hecho olvidar.

Ctesías habla de una fuente de la India, cuya agua, en cuanto se extraía, se cuajaba *como un queso*, y este *coágulum* disuelto en agua poseía una virtud semejante á la de que habla Diodoro.

En el primer ejemplo, el nombre de *lago*, teniendo en cuenta las dimensiones indicadas, nos recuerda la *mar de bronce*, del Templo de Jerusalén, de que ya nos hemos ocupado en alguna de nuestras producciones anteriores.

La palabra *fuente*, empleada por Ctesías, significar puede lo mismo el agua que corre de un manantial que el agua que se hace salir de un depósito. El color y el olor del líquido contenido en el lago de Etiopía, la propiedad atribuída al líquido indiano *de cuajarse como el queso* y de recordar así la droga empleada por las magas de Italia, todo esto, ¿no indica claramente que se trata de preparaciones más ó menos farmacéuticas?

Antes de Ctesías y Diodoro, Demócrito había hablado de plantas dotadas de tal virtud, que hacían confesar á los culpables lo que los más rigurosos tormentos no habrían podido obligarles á declarar.

Según Plinio, en la India crece el *achæmenis*, cuya raíz, preparada en forma de pastillas y disuelta en vino durante el día, atormenta toda la noche á los culpables, perseguidos por visiones que se les

aparecen bajo diversas formas, y les hacen confesar todas sus iniquidades.

El jugo de la *ophiusa*, planta de Etiopía, administrado interiormente, induce á creer al que lo toma, que es asaltado por serpientes; el terror que se experimenta es tan violento, que conduce hasta á darse la muerte; por lo cual se fuerza á los sacrílegos á beber este licor para acabar con su vida.

Estas maravillas parecen fabulosas, y, sin embargo, pueden en parte repetirse hoy á la vista de los que las pongan en duda.

Si se administra á los niños atacados de la *coqueluch* el extracto de belladona, por poco que la dosis exceda de ciertos límites, ese remedio causa á los infantes ensueños penosos, que los llenan de espanto.

En el Kamtchatka, se extrae de la *yerba dulce* un aguardiente que embriaga con facilidad y de un modo muy violento... El que lo bebe, aunque sea en pequeña cantidad, es atormentado por ensueños terribles durante la noche, y al día siguiente padece inquietudes y agitaciones tan grandes, como si hubiese cometido algún horrendo crimen.

La mitológica copa de Circe, el brebaje dado por Helena á Telémaco, tuvo la virtud de suspender en el corazón del joven héroe el sentimiento de sus pesares, lo que demuestra que en tiempo de Homero, se creía ya en la existencia de ciertas drogas menos embrutecedoras que el vino, y más

eficaces para difundir en el ánimo una calma deliciosa. Que Homero conociese estos licores y que Circe los suministrase á sus huéspedes, patentiza que ya existía el secreto de componerlos.

Todo esto, y más que para ilustrar esta materia pudiéramos decir aquí, es curiosísimo, y Natam Gutiérrez lo tenía estudiado y le era conocido.

Después del uso de las bebidas y los narcóticos, el judaizante empleó con éxito, para aumentar los extravíos de la hija de don Pedro, que tantas lágrimas la costaron, los olores y los perfumes; más tarde las unciones mágicas, y por último terminó por mantener una correspondencia epistolar falsa, que acabó de perturbar y fué origen de gravísimos disgustos para la joven.

De todo esto dió conocimiento María á su prima Teresa de Jesús, y de algo más que reservamos para el número siguiente, y que la Santa calificó con el título apropiadísimo que sirve de epígrafe al presente.

# VII.

## Ofertas de penitencia y abjuración.

El cambio operado en los sentimientos religiosos del artista produjo en la marquesa de las Cuevas la más grata impresión, haciéndola concebir lisonjeras esperanzas para el porvenir.

Las personas encargadas de secundar sus deseos consiguieron redu cir al joven, y éste suministró, auxiliado por éllas, preciosos datos que hicieron variar el curso del proceso.

Un acontecimiento favorable á los intentos de doña Leonor del Aguila contribuyó á aligerar el término feliz de las persecuciones de Hispaleto.

La dama supo cierto día por Gonzalo, el mayordomo de su casa, la venida á Madrid del Inquisidor Supremo don Alonso Manrique, Arzobispo de Sevilla, nombrado en 10 de Septiembre de 1523 por el que lo fué anterior, Adriano de Florencia, elevado á la Silla Pontificia.

Doña Leonor se decidió entonces á abogar cerca

del Prelado en favor del pintor, y se presentó en el palacio del Cardenal.

Admitida por don Alonso en su cámara privada, la marquesa se arrodilló ante él diciéndole:

—Justicia... Justicia, monseñor.

—¿Para quién la reclamáis?—la preguntó bondadoso el anciano.

—Para un desgraciado,—contestó la del Aguila, —cuya protección me ha sido hace años encomendada.

Y la dama reveló á don Manrique parte de una historia que no se había atrevido á contar nunca y que databa de una fecha bastante lejana.

El Cardenal escuchó con atención suma, y tranquilizó á la narradora ofreciéndola tomar el asunto bajo su directa intervención.

—¿Creéis que ese joven esté dispuesto?...—dijo, sin embargo.

—Así lo creo, monseñor.

No hablaron más palabra; pero cuando la marquesa salió de la presencia del alto dignatario de la Iglesia, de feliz recordación en la historia del Santo Oficio, no dudó ya del feliz y seguro resultado de aquella visita.

No se hizo éste, en efecto, esperar.

El Cardenal Manrique reunió el Tribunal auxiliar que conocía de la causa formada á Hispaleto, enterándose antes de los cargos fulminados contra el artista.

Leyó por sí mismo el Catecismo, cuyas anotaciones se le atribuían y estaban tan admirablemente hechas, que el pintor, á no haber tenido completa seguridad de no haberlas escrito, hubiese dudado.

Y, por último, hizo comparecer á su presencia al pintor.

Habló con él largamente; se convenció de su sinceridad.

Y el mancebo quedó prendado de la amabilidad del Cardenal, y ya no hubo duda alguna para él.

—Disponed de mí, señor,—dijo humilde.

Y como los procedimientos judiciales del Santo Oficio, no sólo tenían por objeto principal la indispensable aclaración de los hechos para su justo y equitativo fallo, sino que, según hemos dicho antes, se buscaba en ellos no tanto el castigo de las culpas como la conversión del culpable, doctrina en que se fundó la jurisprudencia de *sobreseer* todo proceso cuando los acusados se retractaban de sus errores, fulminando únicamente las censuras eclesiásticas contra los impenitentes que se entregaban luego al brazo civil, de aquí que el mismo Inquisidor Supremo amonestase á Hispaleto, inclinándole á retractarse de todos sus errores, á reserva de averiguar el móvil oculto y verdadero del violento colorido y el carácter anómalo de las acusaciones lanzadas contra el pintor.

—Podéis ser juzgado benignamente,—le dijo el Arzobispo,—por *ignorancia inculpable*, por *haber re-*

*cibido equivocadas instrucciones*, por *incurrir en error por ofuscación*. [1]

Y el artista se ofreció al fin á hacer penitencia y á abjurar de todo en la forma que se dispusiera por sus jueces.

Cuando el Cardenal pudo dar á conocer á doña Leonor el resultado de sus primeros oficios cerca del acusado, la marquesa derramó abundantes lágrimas, y solicitó un nuevo permiso para ver al pintor.

De buen grado le concedió esta gracia el Prelado, y esta vez la dama se mostró sin reservas á su protegido, le alentó al arrepentimiento, le instó para que se retractase, y hasta le hizo algunas alusiones respecto á María.

Este era el resorte principal que movía el alma del artista.

—¿Quién sóis, señora, ó quién os envía en mi auxilio, cuando yo precisamente he de él menester?—se atrevió á decir Hispaleto, esperando con temor la respuesta.

—Lo sabréis algún día,—le respondió la del Aguila.

Y como si temiese nuevas preguntas por parte del joven, salió de la prisión.

Pocos días después de la visita de la esposa de don Enrique, se verificaba, sin contratiempo algu-

---

[1] Eran las tres fórmulas de obtener la benevolencia del Tribunal.

no, en las prisiones del Santo Oficio la pública y solemne ceremonia que, por lo curiosa é interesante, pasamos á describir.

Ceremonia que se anunciaba con anticipación, y concluía por darse entrada á todo el mundo que quería presenciarla.

Revestidos de sobrepelliz los comisarios de la Santa, llevando en sus manos unas varitas cortas y delgadas y cirios apagados, salieron al encuentro de Hispaleto, que se presentó en la capilla de las prisiones con la cabeza descubierta, en ademán respetuoso.

Un Notario le preguntó su nombre.

El artista se lo dijo.

El auxiliar del Tribunal volvió á preguntarle:

—¿Estáis dispuesto, según tenéis ofrecido?

—Sí, lo estoy,—contestó el pintor.

—Pues oid.

Y el Notario leyó la fórmula siguiente: [1]

—Vos, Juan Hispaleto, aquí presente ante sus señorías en el concepto de inquisidores de la herética pravedad por autoridad apostólica y ordinaria, puesta ante vos la señal de la cruz, y los sacrosantos cuatro Evangelios, reconociendo la verdadera católica y apostólica fe, *¿abjuráis*, *detestáis* y *anatematizáis* toda especie de herejía y apostasía que sea contraria á la fe católica, á la ley evangé-

[1] Es auténtica.

lica de nuestro Redentor y Salvador Jesucristo, ú opuesta á la Sede Apostólica é Iglesia Romana, especialmente aquella en que habéis caído con ó sin intención manifiesta?

—Sí abjuro, detesto y anatematizo;—respondió Hispaleto con voz clara.

El Notario prosiguió leyendo:

—¿Os referís en ello á cuanto tenéis confesado y á cuanto de verdad hubiéseis sido acusado?

—A ello me refiero.

—¿Prometéis?

—Prometo.

—Decid conmigo,—añadió el Notario, y el artista repitió con él:—«Ofrezco tener y guardar aquella santa fe que tiene, guarda y enseña nuestra Santa Madre la Iglesia Romana; que seré siempre obediente á nuestro Señor el Papa, y á sus sucesores que canónicamente sucedieren en la Santa Silla Apostólica y á sus determinaciones... Confieso que todos aquellos que vinieren contra esta santa fe católica, son dignos de condenación, y prometo de nunca me juntar con ellos; y que de cuanto de mí fuere los perseguiré; y las herejías que de ellos supiere, las revelaré y notificaré á cualquiera Inquisición de la herética pravedad y Prelado de la Santa Madre Iglesia, donde quiera que me hallare... Y juro y prometo que recibiré humildemente cualquiera penitencias que me fueren impuestas con todas mis fuerzas y poder, y las cumpliré en todo y por todo, sin ir ni venir contra nada de

ello... Quiero, consiento y me place que si yo en algún tiempo, lo que Dios no quiera, fuere ó viniere contra lo susodicho, ó contra cualquier cosa ó parte de ella, que en tal caso sea habido y tenido por impenitente y relapso. Y me someto á la corrección y severidad de los sacros cánones, para que en mí, como en persona culpada del dicho delito de herejía, sean ejecutadas las censuras y penas en ella contenidas... Y desde ahora para entonces, consiento que aquéllas me sean dadas y ejecutadas en mí, y las haya de sufrir cuando quiera que algo se me probare, por haber quebrantado de lo por mí abjurado; y ruego al presente Secretario me lo dé por testimonio, y á los presentes que de ello sean testigos.»

Guardaron silencio el Notario y el pintor.

Los comisarios dieron entonces ligeramente en las espaldas al abjurante con sus varillas, y el Cardenal don Alonso Manrique, puesto de rodillas ínterin el coro entonaba lenta y pausadamente el *Miserere* y el *Veni Creator Spíritus*, rezó para sí las oraciones de rúbrica.

Concluídas éstas, se descubrió el velo negro que cubría la cruz verde, insignia del Santo Oficio; se encendió el cirio del reconciliado y los otros cirios de los demás asistentes, y el pintor oyó de pie el Santo Evangelio de la Misa.

Besó luego las manos del Cardenal, le ofreció su cirio, que el oficiante apagó, y los demás concurrentes le imitaron apagando los suyos.

Y fué entonces, á una señal del Prelado, cuando se abrieron las puertas de la capilla, y el Notario dijo en alta voz, de manera que pudieran oirle todos clara y distintamente:

—Juan Hispaleto, sóis libre.

¿Quién podrá explicar el efecto de esta frase para un recluso de largo tiempo; para quien, como el joven, se había visto amenazado de una muerte cierta siendo inocente?

Hispaleto, aunque oyó aquella orden, apenas si se dió cuenta de lo que debiera hacer.

—¡Libre! ¡libre!—murmuró sin moverse del sitio en que se hallaba.

Y fué preciso que su confesor y su abogado, y hasta el Cardenal Manrique mismo, le hiciesen saber que podía salir de las prisiones y dirigirse á donde mejor le conviniera.

El artista lloraba de júbilo, y á la vez sentía oprimido el corazón.

—¿Por qué esto último?

Un solo pensamiento vino á su imaginación, un solo deseo brotó en su alma.

La gratitud, el reconocimiento.

¿Hacia quién?

Hacia la persona á quien se lo debía todo; á la tapada del Santo Viático; á la dama cuyo nombre sabía ya: á la tía de María.

Recibió maquinalmente el escapulario, que el Cardenal Arzobispo de Sevilla, Inquisidor Supre-

mo, le regaló; después un rosario de gran valor, y, por ultimo, otros varios objetos piadosos que á porfía le dieron los demás asistentes.

Vió sin emocionarse que se abrían las puertas del salón y entraban en él multitud de personas.

Oyó al Prelado un breve discurso, notificando á todos con júbilo su oferta de penitencia y abjuración.

Y se halló en la calle, llevado casi en brazos de la multitud entusiasmada.

Hubo un sujeto mezclado por casualidad entre aquellas gentes sencillas que acudían siempre á estos actos con notoria piedad y buena fe, al cual mortificó la libertad del pintor.

Pálido y descompuesto el rostro, mordiéndose los labios de rabia, el sujeto á quien aludimos, al persuadirse de un hecho en que no había querido creer, se apresuró á dirigirse huyendo á las inmediaciones de la casa del marqués de las Cuevas.

A pesar de la hora, la calle á que daba espaldas el vetusto edificio estaba desierta.

Valiéndose de un silbato de plata, el desconocido repitió por tres veces una que debía ser seña convenida, y algunos minutos después salió por un postigo del portón de las caballerizas del palacio de Valdespinar una dueña muy rebujada.

El del silbato, al verla, desapareció, y tras él se fué la tapada.

Recorrieron ambos varias calles solitarias, y al

finalizar una de ellas, estrecha y tortuosa, el hombre pálido se entró en un portal de una casuca á la malicia que se alzaba entre otras de no mejor aspecto.

La dueña, mirando recelosa á todos lados, se internó en él á su vez.

Y sin vacilación alguna, como quien conoce por experiencia lo que debe hacer, dió dos golpecitos en la puerta primera que había en el patio de la casuca.

Abrieron de dentro, y la dueña desapareció sin detenerse. Nadie la había seguido.

—Somos perdidos,—dijo el hombre del silbato á la rodrigona que le había seguido.

—¿Qué pasa, señor Natam?—preguntó la Carvajal.

Pues el judaizante y la pupilera eran los que acababan de reunirse en la habitación de la casuca á la malicia en que les hemos visto penetrar una en pos del otro.

—Pasa... pasa...

El hebreo apenas podía articular palabra.

—Lo que nunca me supuse, lo que no quise creer jamás, ha sucedido... Vuestro antiguo pupilo está libre.

—¡Libre!—exclamó doña Catalina.

—Sí,—prosiguió el judío;—ha salido esta mañana de las prisiones del Santo Oficio, después de haber hecho una oferta de penitencia y una abjuración formal.

—Y me habíais asegurado que le quemarían vivo.

—Así lo he creído por largo tiempo... De algunos meses á esta parte, no he querido deciros nada, las cosas no iban bien para nosotros... Alguien ha protegido y auxiliado ocultamente al pintor.

—¿Pensáis que yo?...

—Pienso que no estáis menos comprometida en este asunto, que pueda estarlo...

—Yo no he declarado más que lo que me habéis ordenado,—se apresuró á replicar la pupilera con verdadero disgusto por parte del prestamista.

—Ésta se me quiere escapar,—pensó para sí.

—Ya véis; en lo de su prisión yo no intervine.

—Pero lo habéis acusado como testigo.

—Vos me lo mandásteis.

—Es cierto.

—Y ahora, ¿qué hacer?

—No lo sé: apenas si puedo reflexionar.

El astuto judaizante se sentía, en efecto, anonadado, acaso por la primera vez de su vida.

Le constaba, hacía ya muchos días, que se trataba de saber su nombre, que se inquiría con interés quién fuese el viejecillo que ocupaba el cuarto superior de la casa de junto del Arco de Santa María, y, no obstante, había estado relativamente tranquilo y confiado.

Ahora era otra cosa.

Nunca se dió á conocer: ocultó su nombre verda-

dero, y, por lo tanto, de ninguno de los vecinos de la casa que había ocupado doña Catalina tenía nada que temer.

A pesar de circunstancias tan favorables, el suceso de aquella mañana le había producido un efecto fatal y desastroso.

—¡Libre! ¡libre!—repetía preocupado.

Y la pupilera le miraba con ojos saltones, tiritando bajo el peso de los remordimientos y el aspecto siniestro de su inspirador.

—¡Que yo haya caído en codicia por este hombre!—reflexionaba.

—¿Qué rezáis por lo bajo?—la preguntó Natam lanzándola una mirada.

—Me habéis llamado,—dijo en voz alta,—y aquí me tenéis... Dentro de nada será la hora de comer y no puedo faltar del palacio... Dejadme ir.

Natam no la oía.

Pensaba, y su espíritu era por vez primera refractario á su voluntad.

Doña Catalina se levantó.

El judío, saliendo de su estado de inacción, la gritó:

—Idos, si os place, vieja infame.—Quiero estar solo.

La Carvajal se estremeció.

—No temo la muerte,—prosiguió Natam Gutiérrez;—lo que me contraría es que mi venganza puede frustrarse... Idos, os he dicho,—repitió con mayor fuerza.

Doña Catalina no deseaba otra cosa, y se dispuso á marchar.

El judaizante, levantándose del sitial de madera que ocupaba, esta vez la detuvo, y cogiéndola de un brazo con energía:

—No, quedáos,—la dijo.—Os necesito.

—Pero la hora... Ya os he manifestado...

—No hay horas que valgan...

Era imposible evadirse.

De repente el viejecillo soltó su brazo.

—Y si no, idos,—prosiguió arrepentido.

Todo revelaba su turbación.

—Pero, ¿en qué quedamos?—dijo la Carvajal.

—Tenéis razón... Idos, os he dicho; pero volved á la tarde sin falta aquí mismo. Os espero. Ahora no estoy para coordinar mis ideas.

—¿Y he de decir á María?...—murmuró la dueña.

—De manera ninguna,—la contestó Natam.

—Hasta luego, pues.

—Hasta luego.

Y la viuda tornó al palacio de sus amos con cuanta ligereza la permitieron sus pies.

El judío estaba en sitio seguro.

Había llamado á doña Catalina en el primer momento, y al tenerla junto á sí, se había arrepentido de llamarla.

—¡Ah!... La he dicho demasiado,—reflexionó cuando ya había salido,—y salió en su busca.

Pero la pupilera no volvió por los sitios que el hebreo la había precedido antes.

—¡Todo se me tuerce! ¡Todo se me trunca!—decía el prestamista al volverse solo á la casuca, en la que no parecía haber nadie que se ocupase de él.

Y un aturdimiento tan marcado y ostensible en aquel hombre, era preludio de alguna próxima calamidad.

Érala grandísima desde luego para los personajes todos que habían intervenido en la acusación del pintor, su inesperada libertad.

A Natam le constaba indudablemente que se había abierto otro proceso por el Santo Oficio, en el que la primera providencia había sido su busca y captura.

Y no las tenía todas consigo, ante el riesgo de verse cogido.

¿Huiría de Madrid?

¿Se iría á Andalucía?

¿No podían faltarle los Manrique de Lerma?

¿Le inspiraba confianza la dueña, á quien no pudo volver á alcanzar?

—Sólo éstos pueden revelar mi conducta, mi refugio del Atochal,—reflexionaba el judío.

Y al punto vino á su memoria el nombre de María.

—¡Ah!—exclamó,—otra persona hay más temible para mí que todos éllos.. Esa joven fanatiza-

da, á quien yo he impulsado á amar al artista... ¡María! ¡María!

Y al repetir este nombre el judaizante cayó desplomado sobre la silla de madera, y tuvo precisión de apoyar su frente ardorosa sobre una mesa de nogal que tenía delante de sí.

Ved, pues, á la prima de Teresa de Jesús en este instante como figura principal, como personaje que se destaca sobre todos.

No en vano tituló la Santa lo acaecido á la joven en casa de sus tíos, los marqueses de las Cuevas, *Historia de lágrimas*.

Había hasta aquel día derramado muchas la hija de don Pedro; la faltaban, empero, derramar muchísimas más.

Venía pasando por *pruebas* que debían de ser origen de *merecimientos*, cuando no lo fuesen ya, ante Aquél que se las enviaba bondadoso para aquilatar su virtud ó castigar su iniquidad.

Y en esto María no se diferenciaba de los demás.

Para Hispaleto había sonado, al parecer, la hora de su ventura, y, no obstante, al verse libre, se encontró perplejo é indeciso.

—¿Dónde iré?—se preguntaba, y á la vez rechazó cuantas ofertas se le hicieron para auxiliarle.

Las conceptuaba precisas y no las admitió.

—Tengo donde ir,—había contestado al fraile dominico y á su abogado defensor, y éstos creye-

ron prudente respetar su independencia, después de prometerles el artista ir en persona á visitarles.

El pintor, pues, se encontró solo, por su propia voluntad, el día de su oferta de penitencia y abjuración, acabando por no saber qué hacer ni á dónde encaminarse.

—¿Volveré á casa de doña Catalina?... ¿Iré á la de los marqueses?—se decía.

Y en esta incertidumbre pasó muchas horas.

Para Natam, lo ocurrido aquella mañana le dejó sin acción por algunas horas.

Entre tanto el día avanzaba, y todos, menos nuestros conocidos, habían olvidado la ceremonia que dejamos reseñada.

# VIII.

**Los celos son malos consejeros.**

Las graves ocupaciones que rodeaban á don Alonso Manrique, le impidieron participar á la marquesa, con la anticipación debida, el acto que aquella mañana había querido presidir por sí mismo, y con el cual estaba seguro de proporcionarla una sorpresa agradabilísima.

Doña Leonor del Águila no reveló al Cardenal la historia completa del artista; se lo impedían deberes sagrados.

Abogó por él, encareció su inocencia, y esto, unido á su significación social, bastó para que el alto dignatario de la Iglesia se prestase á complacerla.

Debiendo salir aquella tarde de Madrid, el Prelado dictó unas cuantas líneas á su secretario, y dió orden á uno de sus pajes para que las llevase á su destino.

«Marquesa: El joven por quien tanto os interesáis nos ha economizado con su docilidad mucho

tiempo y mucho trabajo; me cabe, pues, la satisfacción de participaros su libertad.»

Esto decía el papel dictado por don Alonso con la rapidez y la premura de un día de viaje, y que encargó llevasen á la esposa de Valdespinar.

Los personajes en aquella época no escribían con la prodigalidad que ha llegado á generalizarse esto de escribir entre nosotros; eran, en cambio, más verídicos y se estimaban y tenían en más sus distinciones.

¡Cuánta farsa se hace hoy!

¡Cuán inútilmente se pretende dar tinte de llaneza y familiaridad á lo que no cuesta nada!

Precisamente cuando doña Catalina entraba en el zaguán del palacio de los marqueses de las Cuevas, el portador de la nota del Cardenal estaba interrogando al portero sobre la manera de hacerla llegar á manos de doña Leonor.

—Vea su merced,—le dijo aquél,—esa que entra; es de la servidumbre interior de la casa.

El que pertenecía á la del Arzobispo de Sevilla tenía prisa, y se dirigió á la viuda con verdadero desenfado y familiaridad.

—¿Seríais tan buena,—la dijo,—que entregáseis esta nota en propia mano á la señora marquesa?

—¿Por qué no?—le respondió la Carvajal.

—Se me ha encomendado la urgencia...

—Perded cuidado...

—Gracias.

—Los señores van ahora á comer, y no lograríais, aunque lo pretendiéseis, cumplir personalmente vuestro encargo.

El paje entregó el papel doblado á aquella mujer que le inspiró confianza, y, saludando, salió del edificio sin cuidarse de más.

La infame espía de Natam Gutiérrez, aun cuando se alegró en su interior de lo ocurrido, procuró no darlo á conocer ante el portero, para quien tampoco tuvo importancia alguna lo que había pasado.

Los porteros en todos los tiempos han sido y serán los mismos por lo general.

Son una clase de servidores, para quienes lo ajeno á sus amos interesa, y á lo que éstos pudiera convenir les preocupase, les importa un bledo.

Subió la dueña las escaleras, llevando la carta en la mano, y sólo cuando nadie pudo observarlo, la ocultó entre los pliegues de su manto.

Era, en efecto, la hora de comer, y la campana lo anunció así á la servidumbre del palacio, cuya puerta principal se cerró, como se acostumbraba en aquel tiempo mientras se comía y se hacía la siesta en las casas principales, costumbre que ha llegado hasta nuestros días y aún se conserva en muchas capitales de provincia.

Doña Catalina se dirigió á su cuarto, atrancó la puerta con cerrojo, y sin vacilación alguna abrió

la nota del Inquisidor Supremo, como si fuera para élla.

No la tembló la mano ni sintió remordimiento alguno; había hecho con algunas cartas dirigidas á sus señores esto mismo sin resultado, pero esta vez presentía que aquel papel la sería útil.

El estar dirigido á la marquesa; el venir en aquellos momentos, cuando acababa de saber la libertad de Hispaleto, circunstancias eran para que la espía tuviera doblemente en cuenta.

—No trae firma,—murmuró la rodrigona, y pasó su vista por la nota deletreando pausadamente.—¡Hola! ¡hola!—continuó diciéndose,—esto ya es algo; este documento puede utilizarse.

No era prudente detenerse más.

La Carvajal acudió al comedor de los señores como tenía de costumbre.

Los marqueses nada observaron de nuevo en la encargada de cuidar de su sobrina, ni ésta hasta después de comer se apercibió que la antigua pupilera tenía que comunicarla algo importante.

Acabada la acción de gracias, María siguió á su aya; la pobre criatura continuaba fascinada, y así como Natam era dueño de la viuda, ésta lo era á su vez de la hija de don Pedro.

—Tenemos ya una prueba,—la dijo doña Catalina cuando estuvieron solas.

—¿Prueba de qué?—contestó la joven.

—De la doblez y falsía de vuestra tía.

María se estremeció de pies á cabeza.

Hacía largo tiempo que permanecía en un reposo y una tranquilidad relativa.

Amaba, y creía ser amada, y la hacían poca impresión los trabajos á la sordina de la dueña y el judío para tenerla dominada.

—No te comprendo...—dijo la joven.

La Carvajal por toda contestación mostró la nota á la doncella, que la leyó rápidamente.

—Y esto, ¿á quién alude?—preguntó María sin darse cuenta aún de lo que la dueña intentaba.

—¿No lo adiviináis?...—repitió la Carvajal con acento insidioso y una sonrisa de esperanza.

—De ningún modo.

—Pues alude al... preso.

Por la venas de la prima de Teresa de Jesús pareció circular una corriente eléctrica que la dejó sin aliento y sin respiración.

—¿Del preso decís?... ¿Del preso?...

—Sí: ¿qué os admira? ¿Qué os extraña si élla le protege?—añadió la Carvajal con una calma desesperante é intencionada.

—¿Alude á Hispaleto?

—Sí, sí; que, como véis, ha sido puesto en libertad.

—¡Libre! ¡libre!—repetía la joven como si saliese de un sueño.

—Precisamente acababa de saber...

—¡Cómo! ¿Habéis salido del palacio?

—A mis rezos de la mañana. ¡Lo consigo tan

pocas veces!...—se apresuró á replegarse la pupilera, conociendo que había dicho una tontería y algo innecesario.

—Me parece una pesadilla...—exclamó la hija de don Pedro, que por fortuna no había hecho alto á lo que doña Catalina decía.

—Pues es una verdad... El artista ha ofrecido hacer penitencia, y ha abjurado esta mañana... El Santo Oficio nada tiene ya que ver con él... El hipócrita, el embustero,—se le volvió á escapar decir á la parlanchina, en cuyas indiscreciones la joven no se fijaba ni podía fijarse en aquel momento.

—¡Y le tratáis así!...—exclamó no obstante María, mirando con desagrado á la Carvajal.

—¡Ah! perdonad; no me refería á vuestro amante... Estaba distraída...

La doncella continuaba pensando con marcada insistencia en el contenido del papel que estrujaba entre sus dedos.

—¿Y esta nota, es para la marquesa?

—No cabe duda; así pone al principio; además, la ha traído un paje que deseaba ver á vuestra tía á todo trance.

Lo cual sabemos que no era verdad.

—¿Y esto, de quién puede ser?

—¿No lo comprendéis?

—No.

—Pues de él mismo.

—¿De él?

—Claro está... Se apresura á participarlo á vuestra tía, mientras que á vos...

—¿Qué?...

—No os dice nada...

Para urdir mentiras, la pupilera no tenía precio; esta vez la casualidad favorecía sus intentos... ¡Más de tres años de espera!

—Acaso venga...—dijo con voz ahogada María.

—No espero como vos...—añadió implacable la Carvajal.—Si el marqués supiese...—se dejó decir.

—¡Oh! tus juicios son sangrientos,—añadió la joven dominada ya por las insidias de doña Catalina, á quien otra cosa quedaba en el alma.

Se hacía forzoso aprovechar la ocasión, no desperdiciar el estado de ánimo de la pobre niña.

Lo rudo é inesperado del golpe la había desconcertado.

Vino de repente, y la Carvajal supo esta vez encauzar al fin la conversación, á vuelta de sus acostumbradas ligerezas, en las que la joven no podía pararse.

María volvió á leer la nota dictada por el Cardenal á su secretario, y de repente dijo á la dueña:

—¿Os parecería acertado advertir á mi tío?...

Doña Catalina estuvo á punto de abrazar á la joven; ésta había adivinado sus deseos; es más, se anticipaba á ellos.

El judío, en lo poco que habló con élla aquella mañana, la recomendó una gran vigilancia para

evitar que el artista viese á la muchacha, al marqués mismo, ó á la del Aguila.

—Si esto sucediera, somos perdidos,—la dijo el judaizante.—Una entrevista, sobre todo del pintor con su novia, descubriría nuestros enredos, y urge que nos anticipemos á todo... Vos volvéis esta tarde. Ahora he de ver con urgencia á los Manrique de Lerma... Después...

El prestamista logró al fin tranquilizarse un poco y proceder con menos precipitación que en el momento de presenciar la libertad de Hispaleto.

Lo que el judío no podía esperar, es que María, la por él engañada, se anticipase á todos; hiciese desde luego la causa de sus enemigos.

—¿Tendréis valor para dar ese paso?

—¡Oh! sí le tengo.

Y la pobre ilusa, ciega y apasionada, corrió al cuarto de su tío.

Habíasela hecho creer, y de repente dudar.

Se la dejó en paz por algún tiempo, y ahora, ahora se le decía con rudeza:

—El que amas está libre y no es á tí á quien primero participa su libertad... Está libre, y esa libertad se la debe, ¿á quién?... á la misma de quien has dudado algunas veces.

Los que aman, no piensan.

Los que están celosos, no discurren.

María se ofuscó y dijo para sí:

—Pues es verdad.

—¡Tú á estas horas aquí!—exclamó con extrañeza Valdespinar al ver á su sobrina entrar en su cuarto de estudio.

—Sí; vengo á participaros, tío, que vuestro amigo Hispaleto está en libertad.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Leed este papel sin nombre y sin firma.

Don Enrique tomó en sus manos la nota del Cardenal.

—¿Y bien?...—preguntó sin leerla.

—¿No adiviná is?...

Entonces reparó Valdespinar en el estado anormal de la doncella.

—Estás agitada... ¿Qué te sucede? ¿qué te pasa?

Había tenido decisión bastante para presentarse al marqués, y ahora, ante la pregunta de éste, se sentía anonadada.

La Carvajal la siguió de puntillas y la vió con júbilo entrar en el despacho de su tío.

—Habla,—añadió don Enrique.

María prorrumpió en suspiros y comenzó á llorar amargamente.

—Yo no he querido, tío, desgarrar vuestra alma,—exclamó.—No, no... ¡Soy una loca! ¡una insensata! ¡Esa mujer me domina!... ¡Mentira, mentira!

—Explícate,—la dijo el marqués, ya inquieto y desasosegado... ¿Qué pasa? ¿qué ocurre?

—He debido negarme á dar este paso violento, absurdo.

—Concluye,—replicó el noble con enfado.

La joven pareció rehacerse; sólo élla pudo escuchar un ruido tenue, imperceptible, como de un suspiro.

Aquel ruido bastó para darla valor y proseguir la obra comenzada.

—¿Vos habéis hecho algo por el pintor?—preguntó de repente á su tío.

—Nada he podido hacer, aunque lo hubiese querido.

—Pues bien, la marquesa...

—¿Qué?...

—Ha logrado su libertad.

Las últimas palabras las dijo María rápidamente; la pareció que la abrasaban los labios.

—¿Y qué tiene eso de particular?—dijo don Enrique.

—Sabéis, señor, las inclinaciones de mi alma; que, á pesar mío, no he podido contrarrestar...

—¿Amas todavía á ese mancebo?

—Más que nunca, tío.

—¿Y en vez de alegrarte de su suerte, lloras?... Esto es incomprensible.

Valdespinar hablaba reposado, tranquilo.

—¡Oh! no tanto, señor... Pero os debo la verdad á cambio de vuestros favores, de vuestra generosidad para conmigo... Y aun de la suya... ¡oh, esto es atroz!

—¿Y esa verdad?...

—¡Dudar! ¡Siempre dudar!... ¡Dudar de él!... ¡Luego de élla!...

—¿De quién?

Otro nuevo ruido se percibió fuera de la estancia, en el que el marqués no reparó.

La palabras de la joven iban siendo cada vez más inexplicables, y comenzaba á disgustarle aquella escena.

—La habrá vuelto loca la noticia,—pensó el caballero.

—¿No comprendéis? — volvió á preguntarle María.

—Empiezo á inquietarme... ¿Quién te ha aconsejado venir á mi habitación á estas horas y en este momento?... ¿Sabías que estaba solo?

—¡Oh! sí, tío; lo sabía, y lo deseaba así.

—¿Y por ello has venido?

—Por eso, y porque... no me atrevo á infundiros recelo alguno... Pero yo, en mi calidad de enamorada, los tengo... Sí, y los he guardado aquí, en lo más recóndito de mi pecho por mucho tiempo; pero hoy ya no puedo, la realidad me oprime, se nos impone, nos mata.

—¿Recelos dices?

—¡Oh! sí, casi evidencias inconcebibles...

—¿De quién?—gritó don Enrique alzándose de su asiento y dando un fuerte puñetazo en los brazos del sillón que ocupaba.

María bajó la vista, se puso densamente pálida, y se postró de rodillas ante el noble anciano.

—¡Perdón! ¡perdón!—murmuró.

—Habla, dí... No me ocultes nada,—la dijo el marqués asiéndola de las manos, que la doncella tenía elevadas hacia él.

La irreflexiva no acertaba á hablar; había ido demasiado lejos en un arrebato de celos, alentados por la perfidia de la Carvajal, y ya no cabía retroceder.

Los movimientos que no se meditan dan siempre idéntico resultado:

Un arrepentimiento tardío y un aplanamiento extraordinario.

Don Enrique se había dedicado al estudio con demasiada afición desde la fecha en que fué detenido Hispaleto.

Sin darse cuenta de ello, aquel suceso que no debía preocuparle mucho, cambió, no obstante, sus costumbres, sus gustos, sus aficiones.

La falta del artista fué para él un gran vacío.

Se había habituado á verle todos los días, á pasear con él, á escucharle, y sintió nostalgia de algo que al joven tuvo para él de simpático y hasta necesario.

Su mujer, á partir del 8 de Septiembre de 1529, redobló sus devociones y no volvió apenas á hablar del artista.

Cuantas veces Valdespinar significó más tarde deseos de proteger al artista, doña Leonor le aconsejó que no se comprometiera en nada, y hacía

largo tiempo que las cosas por este lado casi no le preocupaban.

Había llegado á resignarse.

Pero había sido sólo por la dura ley de la necesidad.

No habiendo cruzado jamás por la mente del marqués la menor sospecha, la duda más pequeña con relación á su mujer, las frases equívocas de su sobrina, su atrevimiento al venir á su cuarto, aquella nota sin firma, las lágrimas de María, su palidez...

Conjunto de circunstancias tales, rápidamente reunidas; de manera inespera da concertadas para alterar su quietud, debían ser para el noble madrileño de un efecto terrible.

Y así sucedió.

La decisión de la doncella había sido debida también á un despertar no menos inopinado.

Doña Catalina, que escuchaba lo que hablaban, se regocijaba ante aquel conjunto de coincidencias, y decía para sí:

—¡Todo por un simple papel!... ¿Quién nos lo había de decir, después de tantos recursos puestos en juego y malogrados en casi cuatro años?

—Te ordeno, te mando que me lo reveles todo, por penoso que sea,—dijo al fin el marqués.

—¡Oh! yo no sé nada, tío... Conozco que lo que acabo de hacer es una infamia.

—Estás en la obligación de ser veraz, ó de lo contrario...

—Pero no de injuriar á quien debo amar... Y, no obstante este amor, que es grande, que es inmenso, he osado...

—Concluye... Por algo ese papel te ha hecho venir á buscarme...

Esta vez el ruido exterior fué más claro, y hasta llamó por un instante la atención de Valdespinar.

El efecto de aquellos chicheos á manera de suspiros, producían siempre un efecto rápido en María.

¿Eran hechizos?

¿Eran conjuros?

Así los calificaba en su inexperiencia; eran medios de seducción de la que teníala engañada.

Concluyó por decir la celosa:

—Sí, tío... sí... Porque ese papel revela que la marquesa...

—¡Infame!...—articuló con voz ahogada Valdespinar.

—Ha protegido al pintor.

—¿Y qué?

—Y nos ha ocultado á vos y á mí...

—¡Ocultado!... ¿El qué?

—No temáis, tío; en todo esto que os digo, sólo hay una cavilación que martiriza mi alma: lo que se me ha hecho temer...

—¿Por quién?—exclamó don Enrique, como si tuviese interés en apartar de su mente ideas que ya bullían en su cerebro.

—Por doña Catalina;—articuló con voz tenue la joven.

—Que venga presto esa mujer.

Esta vez el ruido exterior fué marcadísimo.

—¿Qué es eso?

—Nada.

—¿No has sentido?...

—Yo, no...—murmuró María algún tanto desconcertada.

Y el marqués, que iba á tirar del cordón de la campanilla, se contuvo.

—¡Tío!...—le gritó la hija de don Pedro.

Se operó en un instante en ambos una inesperada transformación.

El marqués miró afuera del aposento; no vió á nadie; volvió á cerrar, y acercándose á su sobrina, la dijo casi al oído:

—¡Oh! Sí tienes razón, María... ¡Insensato! ¿qué iba á hacer?... Tú has sido más juiciosa; has venido aquí... Habla, háblame á solas.

La cabeza del anciano comenzaba á vacilar.

—Yo idolatro á tu tía,—prosiguió diciendo con voz apagada;—yo no he podido dudar de élla, ni dudo, ni quiero dudar... Pero no obstante, lo que tú sospechas ó te han hecho sospechar, no importa quién... ¡Oh! asaltan á mi imaginación pensamientos sombríos que tu venida ha despertado en el fondo de mi pecho... Dí cuanto sepas ó te hayan hecho saber.

Y el de las Cuevas, despues de recorrer receloso las puertas de la estancia, volvió á donde su sobrina permanecía anonadada.

—¿Qué te ha dicho esa mujer?...—la preguntó con sequedad.—Ella debe saber más que nosotros.

Y esperó la respuesta.

Hostigada la doncella por su tío, no tuvo más recurso que puntualizar á éste sus dudas, sus observaciones, sus temores.

Mejor dicho: lo que la Carvajal la había ido inculcando aconsejada por Natam Gutiérrez cuando estuvieron ciertos de la pasión de la joven.

Fué ésta eco de las insidias de aquellos malvados, y por una refinada insidia de la pupilera, María hacía partícipe al marqués del infierno que agitaba su espíritu y movía su lengua, sin darse cuenta de la transcendencia de un paso tan imprudente, y que podía costar á sus tíos la pérdida de la felicidad que disfrutaban, de la que venía siendo testigo hacía tantos años, con los solos intervalos de las idas á casa de sus padres antes y después de la muerte de la hermana de la marquesa, de su madre.

¿Qué importaba todo ello á la celosa?

Lo repetimos una vez más; *los celos son malos consejeros*, y los celos aconsejaban á María, y por si algo faltaba, volvieron á oirse de la parte de afuera los suspiros, los cuchicheos que la infundían, alternativamente, resolución y miedo.

La conferencia entre el tío y la sobrina se prolongó mucho.

Y tuvo detalles y momentos crueles, episodios violentos; y otros más tranquilos y reflexivos.

Repasaron los dos, auxiliando su memoria recíprocamente, y á partir del día del Santo Viático, cuanto sabemos ya y dejamos referido en el tomo primero de esta obra.

Y como había puntos obscuros en cuanto había pasado:

Y la conducta de la marquesa tenía mucho de ambigua en el curso de los sucesos al parecer casi evidentemente por élla encauzados;

Ya se desgarraban uno á otro el tío y la sobrina, ó ya su cariño á la marquesa, sus virtudes notorias les imponían, y hallaban inverosímiles las noticias que doña Catalina, cual gotas de letal veneno, hiciera caer en el corazón de la doncella, y ésta impremeditadamente vertía ahora, á la sazón, en el alma de su tío.

# IX.

**El que escucha, su mal oye.**

LANZADOS en la pendiente resbaladiza de sus sospechas, tanto más vivas en don Enrique cuanto fueron más inesperadas y tardías, ni el marqués ni su sobrina María pudieron contenerse.

Luchando con los afectos más encontrados, anhelaron cuanto antes salir de tan penoso estado, y Valdespinar no halló nada mejor que hablar con toda lealtad y franqueza á su mujer.

—Vamos,—dijo en un estado de exaltación indescriptible.—Las apariencias engañan muchas veces,—añadió.

Y seguido de la joven se dirigió al gabinete de doña Leonor.

En pos de éllos fué también la Carvajal, amparada por su mayor serenidad, por la posesión de sí misma, que no la había abandonado un solo instante, á pesar del giro especial que habían tomado

los sucesos, á partir de la traída á palacio de la nota del Cardenal.

Todo lo escuchó la espía, de todo se enteró, y casi se la pudieron oir distintas y repetidas veces estas palabras:

—La mecha ha prendido... La mina está cargada... La explosión no se hará esperar.

Y tenía razón la pérfida mujer al explicarse así.

Habían sido suficientes unas cuantas frases ambiguas y reticentes de su parte.

Un papel sin firma, que en definitiva nada concreto contenía.

Y la joven María se había ofuscado hasta el extremo de llevar la inquietud al ánimo tranquilo y sosegado del marqués.

Don Enrique tardó mucho, es cierto, en perder su natural aplomo y ordinaria reflexión.

Celosísimo, empero, de su nombre y de su honra, sentía que la sangre hervía dentro de sus venas, y que su cerebro se rompía en pedazos.

Nada más terrible que la desconfianza en quien siempre se ha tenido, en quien se ha depositado por larguísimos años.

Le golpeaban las sienes, zumbábanle los oídos, le tiritaban las piernas, y sólo podía contenerse apretando los puños y procurando acelerar sus pasos.

Lástima y compasión daba ver al tío y á la sobrina cuando salieron del cuarto en que habían permanecido durante tan largo rato.

Ella había entrado bajo la irreflexión de los celos; los había logrado transmitir al noble castellano, y ni élla ni él podían pensar.

Sentían, no calculaban.

Los pocos años de la una y la edad relativamente avanzada del otro, explican su conducta suficientemente dentro de la lógica inflexible de las pasiones humanas.

Sólo compenetrándose en la exageración de sus sentimientos, se concibe lo que les pasaba.

Doña Leonor era joven y hermosa; inspirar podía celos á su sobrina.

En cuanto á su marido, la distancia que en edad le separaba de su mujer, no es violento que le hiciese exageradamente susceptible, crédulo ó desconfiado.

En cierta época de la vida, cuando se ha dormido mucho y se despierta de improviso á una mala realidad que tiene visos de certeza, el sacudimiento es horroroso.

Don Enrique y María llegaron á la cámara contigua al gabinete en que estaba la del Águila, y allí se detuvieron.

¿Por qué?

La marquesa no estaba sola.

—¿No oyes que hablan?—dijo Valdespinar á su sobrina, conteniendo hasta la respiración.

—Con efecto,—contestó la doncella.

—¿Quién podrá ser á estas horas?—prosiguió

don Enrique de un modo casi imperceptible y como si hablase consigo mismo.

Y escucharon ambos.

Escuchar... ¡qué vicio tan impropio de personas bien nacidas y bien educadas!

Que Valdespinar y María lo eran, no puede ponerse en duda; que en cualquiera otra ocasión se hubieran avergonzado de su proceder, es indudable.

Pero, ¡ah! uno y otra estaban en un estado contrario al ordinario, al común de su existencia.

Les identificaba una pasión que en la joven había revivido por las insidias de doña Catalina; que en su tío había brotado gigante, merced á las circunstancias.

No tenían motivo alguno para ofender ni con el pensamiento á doña Leonor, y, no obstante, ambos la ofendían sin remordimiento alguno.

*El que escucha, su mal oye*, hemos puesto por epígrafe á este número, y el adagio es, como todos, axiomático, exactísimo.

Y se confirmó á luego con respecto á los personajes de nuestra verídica historia.

—¡Es voz de hombre!—murmuró María.

—Mi mujer no recibe nunca visitas en su cuarto sin mi permiso;—añadió el marqués casi al oído á su sobrina, é hizo ademán de penetrar de improviso en el gabinete de la marquesa.

Otra nueva ligereza; otra nueva imprevisión.

La joven le detuvo aterrada.

—Esperemos,—le rogó con acento suplicante.

El caballero se contuvo.

Y prosiguieron escuchando.

Aquel incidente, que en cualquier momento hubiese sido cosa natural, tomó en la imaginación de ambos proporciones colosales.

La dama tenía sus relaciones; sus conocimientos.

Podía ser el que se oía un criado, el mayordomo mismo del palacio, el confesor de la del Aguila; un conocido del marqués.

Nada de esto supusieron ni calcularon los que en horas desusadas y á hurtadillas llegaban al cuarto de la marquesa.

Pobre de la que se encuentra con semejantes prevenciones espiada.

Los actos más inocentes se toman en momentos semejantes por las pruebas más acabadas.

Pasada la hora de la siesta, doña Leonor se retiró al cuarto en que solía leer algunos ratos.

Cuando menos lo podía suponer ni esperar, Gonzalo, el viejo mayordomo, pidió permiso para entrar.

—Adelante, mi fiel amigo,—le contestó la dama sin extrañeza.

El servidor, enterado de muchas cosas, según sabemos, avanzó con su birrete en la mano.

¿Traía también intenciones aviesas?

Ya lo veremos.

—¿Tienes algo que decirme?...—le preguntó su ama con la mayor naturalidad.

El viejo siguió dando vueltas á su gorra sin atreverse á desplegar los labios.

—Vamos, díme lo que ocurra,—volvió á decirle la marquesa.

—Apenas si me atrevo...—murmuró el viejo.

—¿Tan extraño es?

—Ha de causar á su mercé gran sorpresa.

—¿Es bueno ó malo?—le preguntó doña Leonor sonriendo.

—Es lo que la señora menos puede imaginarse.

—Explícate.

—Es el caso que una persona desea ver y hablar á su mercé.

—¡A mí!...

—Y no he podido negarme...

Doña Leonor miró al criado.

—¿Sólo á mí?

—A vos sola.

El viejo se mostraba habilísimo.

—¿Es hombre ó mujer?—le dijo la dama.

Las distancias se estrechaban.

—Hombre, señora marquesa;—la contestó Gonzalo.

—Imposible.

—Si supiese la señora...

—¿Eclesiástico ó seglar?

—Seglar.

—¿Anciano ó joven?

—Joven.

La fisonomía de Gonzalo no revelaba segunda intención ni malicia alguna.

—¡Y te atreves á proponerme!... Vete luego,—exclamó casi con enfado la noble dama.

A pesar de todo, el diálogo que mantenía con el mayordomo demostraba que en conocer de quién podía tratarse estaba ya interesada.

El servidor permaneció sin moverse.

—He dicho que te marches.

—Es la gratitud, señora, la que le ha movido á venir;—se aventuró á añadir el criado.—Y afirma que no se retirará sin ver á la señora marquesa... Su resolución parece irrevocable... A no ser así... Le aseguro á su mercé...

—¿Algún pobre? ¿Algún necesitado?

—Es una persona por quien la señora se ha interesado antes de ahora.

—No caigo... Concluye.

Esta vez el tono de la señora volvió á ser imperativo. Pero se comprendió que estaba vencida.

—Aseguro á su mercé que el caso es singular... Y el motivo de su visita y de su pretensión, justificado.

Aquella escena se prolongaba demasiado.

Íbase ya disgustando de verdad la del Aguila, y á no haber sido Gonzalo el que la hablaba de aquella manera, le hubiese despedido indignada.

El viejo mayordomo tenía el privilegio de ser

considerado en el palacio como un individuo de la familia.

Su respeto á los marqueses, su adhesión hacia los señores, cuyo pan comía casi desde su infancia, y otros muchos motivos, alejaban toda sospecha de indignidad por su parte.

Y nosotros debemos apresurarnos á desecharla del ánimo de nuestros lectores.

Doña Leonor, empero, á pesar de sus altísimas cualidades, era mujer.

Y luego, un preámbulo tan largo, natural era que acabase por excitar su curiosidad.

—Sin saber quién sea, no me es posible condescender,—dijo al fin de una larga pausa, en que ni élla ni el criado hablaron.

—No cabe que os lo imaginéis,—dijo Gonzalo, temiendo aún cometer una imprudencia y enojar á la marquesa.

—¿Mi cuñado?...—preguntó ésta por preguntar.

—No, señora; don Pedro no es joven.

—Tienes razón... ¿Por qué no ve esa persona, antes que á mí, á mi marido?

Palabras que patentizaron una nueva vacilación en la dama.

—Lo verá después, si la señora marquesa lo creyera oportuno.

—¡Ah! ¿No le conoce?...

—Antes al contrario; el señor marqués le estima en mucho.

—Cada vez es doble mi confusión.

Era imposible obrar con más perspicacia que lo hacía el servidor del palacio, y, no obstante, cuanto hacía era hijo de las circunstancias.

Hubiéramos dejado de puntualizar lo indispensable omitiendo tan minuciosos detalles.

—¿Le autorizáis?...—preguntó de repente Gonzalo, como persona que ha agotado ya todos los recursos.

—¿Ha de ser larga su permanencia aquí?—le contestó doña Leonor.

—No lo creo así... Además, yo estaré siempre á vuestras órdenes.

No cabía proseguir resistiéndose á aquella demanda hecha por quien inspirar debía una plenísima confianza.

Y Gonzalo se apresuró á tomar por concesión el silencio de su ama, y salió de la estancia.

Doña Leonor se sentó en un sillón junto á una mesa cubierta con un tapete estampado, situada casi enfrente á una puerta que cubría un pesado tapiz, resignada ya á esperar la visita con tales preámbulos y precauciones anunciada.

Sintiéronse á poco pasos en el corredor, y la persona por quien se había solicitado aquella audiencia entró en el gabinete, permaneciendo Gonzalo en el dintel con su sombrero y su espada en la mano.

Al reconocerle, la del Aguila no pudo contener-

se; se incorporó en la silla y dió un grito de asombro.

—¡Vos en mi casa, Hispaleto!—exclamó.

Nuestros lectores habrían adivinado ya de quién se trataba, pero las cosas debíamos consignarlas tal y como pasaron.

Y sólo así pudieron pasar, dados los respetos que la marquesa merecía y que por todos se la guardaban.

El pintor, luego que se quedó solo, que se vió libre de importunos, merced á la prudencia del confesor y á la de su abogado, se encaminó á la casa que había habitado junto al Arco de Santa María.

La encontró ocupada por gentes desconocidas, que después del largo tiempo transcurrido no tenían noticia alguna de su estancia allí.

Comió en una hostería, y en su ánimo tomó mayor incremento la idea de apresurarse á mostrar su gratitud á la marquesa de las Cuevas.

Quería ver á su marido, á María, á quien seguía profesando la adoración más respetuosa y el cariño más sincero.

Pero todo lo creyó deber subordinar á lo que para él era principal.

El ponerse á las órdenes de su bienhechora, el darla á conocer su libertad y que sabía cuanto había hecho por él, y el Cardenal Arzobispo de Sevilla, no se lo ocultó, sin sospechar, dado el cúmulo de asuntos que pesaban sobre él, que habría sido pre-

ferible á dictar una simple nota, haber escrito una carta, ido en persona al palacio de los marqueses ó haberse hecho reemplazar por un sujeto caracterizado de su confianza.

Fué lo de la nota dictada á su Secretario, una inadvertencia del Inquisidor Supremo; pero que no tuvo nada en sí que deba extrañarnos.

Su marcha aquel día de Madrid le impidió pensar en la informalidad de aquel paso.

Ya vamos viendo las consecuencias que tuvo, y más aún las iremos puntualizando.

El artista permaneció de pie á cierta distancia sin atreverse á proferir palabra.

La presencia de la marquesa le infundía veneración.

Gonzalo tuvo que instarle de la parte de afuera para alentarle.

Quería al pintor, á pesar de las dudas que le habían asaltado y que procuró siempre desechar.

A la sazón las había olvidado.

No vió más que un alma agradecida, y se identificó con ella, haciendo su causa de la manera hábil que hemos tenido ocasión de ver.

—Perdonad, señora, si he pretendido veros antes que á vuestro marido, antes que á nadie de esta casa,—dijo al fin el artista...

Doña Leonor volvió á sentarse.

—Os debo lo que hay de mayor estima en la

vida: la justificación de mi inocencia y mi libertad, señora.

—¿Cuándo habéis salido de las prisiones?...—le preguntó la marquesa con extrañeza, á la vez que pensaba en su interior cómo no la habían anunciado lo sucedido, ni el Cardenal, ni ninguno de los que conocían su deseo de favorecer al acusado.

—He salido esta mañana,—la contestó Hispaleto.

—¿Con autorización de vuestros jueces?—le interrumpió la del Águila, temerosa de que el joven hubiese hecho una locura; quizás que se hubiese escapado.

—Previa una oferta formal de penitencia y de una abjuración en toda regla;—se apresuró á decirla el pintor con acento de verdad que tranquilizó á la dama.

—¿Que habéis hecho?...

—Ante el Inquisidor Supremo.

—¿Ante el Cardenal, Arzobispo de Sevilla?

—Ante el mismo, señora; que me ha tratado, por vos, sin duda alguna, con la mayor bondad; como todos, desde que os habéis dignado interceder por mí.

—¿Vuestra causa?

—Ha concluído... Es decir, no,—se rectificó el artista,—pues la creo relacionada con otra que se ha de seguir á mis perseguidores.

El pintor enteró á la dama de cuanto sabemos había ocurrido.

Gonzalo, luego que doña Leonor y el mancebo comenzaron á hablar, se retiró dejándoles solos.

La entrevista entre la marquesa é Hispaleto fué larga.

Nada hubo en ella que nos sea desconocido.

Ocurrió aquella interesante conversación ínterin mantuvieron la suya don Enrique y su sobrina.

El artista penetró en el palacio sin que lo viese doña Catalina, entretenida en espiar á los celosos, y de aquí que no fuese menor su sorpresa que la del marqués y la de María al sentir dentro del gabinete la voz de un hombre.

El infierno parecía disponer las cosas á su capricho, á su antojo.

También la dueña escuchaba en sitio á propósito para no ser vista.

Y hacía cálculos sobre el desenlace de este nuevo sucedido, con el cual tampoco había contado.

Como no contó con la nota sin firma del Cardenal.

Su malicia de vieja codiciosa lo suplía todo con exceso, y aguardó impaciente.

Mientras que la Carvajal permaneció en su escondite, don Enrique y María no podían apenas contenerse.

Levantaban el cortinón de la puerta de frente á la mesa, junto á la cual estaba sentada la marquesa, y que cubría casi con su cuerpo el pintor.

Lit.de J. M. Mateu, Barquillo, 6. Madrid.

—Os pertenezco señora en cuerpo y alma.

La hija de don Pedro Sánchez de Cepeda seguía conteniendo á su tío.

Éste ocultaba con dificultad su furor, por más que ni uno ni otro veían á Hispaleto.

Y como habían pasado algunos años, tampoco recordaban su voz distintamente.

Llegó un momento de explosión para el alma del artista.

En el que la marquesa le reveló su alegría por verle libre de las prisiones, y, sobre todo y ante todo, arrepentido de su incredulidad pasada y sus protestas para el porvenir.

Fué éste el decisivo para los que escuchaban y no podían colegir el alcance de sus palabras.

Don Juan se postró de hinojos ante la dama, tomó en las suyas una de sus manos, y con el mayor entusiasmo pronunció estas palabras:

—Os pertenezco, señora, en cuerpo y alma.

. . . . . .

# X.

## Un drama de familia.

No era dable resistir por más tiempo.

Herido, lastimado en lo más íntimo de su corazón, en lo profundo de su alma:

Ciego de ira:

Con los ojos inyectados en sangre, el marqués se precipitó en el gabinete de su mujer.

¡Sangre!

No veía otra cosa.

¡No veía más que sangre!

María no logró esta vez, aun cuando lo intentó, contener el arranque violento de su tío:

Del marido celoso por vez primera en su vida, después de muchísimos años de merecida y plenísima confianza en doña Leonor.

Cuando los acontecimientos han de complicarse,

no os cuidéis de indagar las causas de la complicación.

Los dirige la fatalidad.

Lo impensado, lo imprevisto, lo anormal.

¡Querer!... ¡Idolatrar!... ¡Confiar!...

Y de súbito, de repente:

¡Ver trocarse en un infierno lóbrego y espantoso un cielo diáfano y puro como el cristal!...

El cambio, convengamos en que tuvo que ser cruel.

No se concibe casi que el caballero lo pudiera soportar.

Habría sido preferible que se hubiera vuelto loco, que hubiese perdido la razón.

Pero... ¿qué decimos?

Sólo perturbada la inteligencia cabía proceder como lo hizo don Enrique, en pleno siglo XVI, con una dama de las prendas morales de la tía de Teresa de Jesús.

Aun cuando esa dama llevase su apellido, fuese su esposa, fuese su mujer.

Contra las nociones más rudimentarias de la nobleza y la hidalguía de que era dechado el de las Cuevas, había hecho caso de una jovenzuela, la había dado crédito y espiado con ella, oculto tras una cortina.

Esto por sí solo era ya una indignidad.

Y ahora, ahora se conducía como un hombre ru-

do ó inexperto; sin datos, sin pruebas, sin otra guía que los delirios de una celosa como él.

Repetimos que no busquéis para estos anacronismos explicación.

No la tienen; ocurren, sin embargo, demasiadas veces, y esto basta.

A la vez que don Enrique y María, como movidos por un resorte, y sin que nadie les llamase, penetraron en la estancia los dos criados, Gonzalo y doña Catalina.

La presencia de estos importunos acabó de trastornar al marqués.

No podía esperarla.

Y abalanzándose á su mayordomo, que fatalmente conservaba aún la espada de Hispaleto, se la arrebató bruscamente de la mano, dirigiéndola acto seguido al pecho de la que había amado siempre, y á la sazón, sin motivos bastantes, conceptuaba y creía culpable.

El nobilísimo marqués, que no se hubiese atrevido á hacerla el menor daño, á ofenderla, no ya de obra, sino de palabra, ni con un gesto, en aquel instante estuvo á punto de matarla.

¡Qué presto y hasta qué extremo ciegan las pasiones!

¡Cómo perturban la inteligencia! ¡Son capaces de hacer olvidar un pasado sin mancha, un pasado inmaculado!

En circunstancias análogas á las que se encon-

traba Valdespinar han sido muchos los que se han conducido como él se condujo.

Los anales jurídicos están llenos de ejemplos análogos, de casos idénticos.

En materias de honra, por otra parte, no busquéis lógica ni medida, ni hagáis comparaciones.

Cada caso es uno.

Se concibe y explica que no tenga par.

Bastaron, pues, unos instantes para transformar al de las Cuevas.

La vista de los supuestos amantes le perturbó por completo, y no supo lo que hizo.

A más de ello, el uso frecuente de las armas hace que el que las halla á mano no sea tardo en servirse de ellas.

Y la época en este terreno era como no la ha habido, ni es fácil que vuelva á haber otra jamás.

No había persona bien nacida ni medianamente educada que no llevase armas.

Los lances, los desafíos se sucedían con frecuencia, y se tenía por más noble al que no llegaba á abusar, al manejarlas, de su destreza y su superioridad.

Ni la vejez misma era parca, prudente y comedida en este punto.

Sin la coincidencia fatal de haber dejado Hispaleto su espada por respetos, al entrar en el gabinete de la marquesa, el movimiento irreflexivo de su marido no habría tenido lugar.

Un movimiento no menos rápido por parte del pintor fué suficiente para que el arma parricida en vez de herir á la del Águila se clavase en su cuerpo.

Todos los presentes prorrumpieron en un grito desgarrador.

Y retrocedieron espantados.

Ninguno pudo imaginarse ser testigo de un suceso tan terrible, de un drama de familia semejante.

Omitamos detalles enojosos.

El marqués había llegado al parasismo.

Era un imbécil, un insensato.

Todo, menos un ser racional.

El súbito cambio operado en su manera de ser y de sentir puede decirse que fué obra de un instante.

De uno de esos instantes, empero, en pos de los cuales surge y sobreviene una existencia entera de arrepentimiento y de dolor.

Valdespinar, dulce, afable, tranquilo al parecer, dado su temperamento sanguíneo nervioso, era apasionado y susceptible como lo son todos los que con tales cualidades quieren bien.

Dormía en brazos de la felicidad.

Idolatraba á su mujer, y se creía por élla idolatrado.

—Duda,—le dijo María.

Pudo temer en un principio que estuviese equivocada ó seducida.

Prefirió salir de tan penosa situación, y su mala estrella interpuso en su camino á Hispaleto.

Le oyó hablar y no le conoció.

—¿Qué aguardo? ¿Qué espero?—dijo la voz del infierno en su cerebro ofuscado.

—¡Nos engañan! ¡nos ofenden! ¡nos ultrajan!—había añadido María.

Y no fué dueño de sí mismo.

Muchos, muchísimos maridos delicados y pundonorosos hubieran hecho lo que hizo Valdespinar.

A la mujer no la basta ser buena; hace falta que no aparezca como mala ante los que depositan en ella su apellido y la hacen de él guardadora ante Dios y la sociedad.

Cuanto dejamos dicho pasó con tal prontitud, con tal rapidez, que doña Leonor apenas si tuvo tiempo para incorporarse en el sillón en que estaba sentada, y cubriéndose el rostro con las manos exclamó:

—¡Enrique!.. ¡qué has hecho!

Palabras de tierno reproche: doña Leonor, inocente como era, no podía pronunciar otras.

—Vengarme, señora,—la contestó rugiendo como una fiera Valdespinar.

Caracteres y temperamentos como el suyo son temibles.

Podrán arrepentirse; pero su primer impulso les lleva con facilidad suma á cometer la mayor insensatez, la mayor injusticia, la mayor iniquidad.

De tal manera calificarán acaso nuestros lectores el episodio que acabamos de reseñar, sin por ello quererlo atenuar en lo más mínimo.

La del Aguila, sin fuerzas para sostenerse, se desplomó como una masa inerte, víctima de un síncope.

—Todos fuera; salid,—gritó entonces el dueño del palacio, cuyas facciones lívidas y descompuestas, los cabellos en desorden, y blandiendo en la mano la espada del desgraciado artista, infundía pavor.

La Carvajal, que no pudo prever las consecuencias de su improvisada intriga y de sus maquiavélicas insinuaciones á la doncella cuya guarda le estaba confiada, fué la primera que se apresuró á obedecer al marqués.

No anhelaba otra cosa.

Pérfida siempre, arrastró tras sí á María, que á la vista de aquel tremendo é inusitado acontecimiento se dejó llevar sin resistencia alguna.

—¿Cómo atreverse á permanecer aquí?—la dijo la dueña.—Vuestro tío va á concluir con todos,—prosiguió.

Y despavorida é impulsando siempre á la hija de don Pedro, recorrió una gran parte del palacio sin rumbo fijo.

El rasgo nobilísimo de Hispaleto fué para María prueba palmaria del interés que el pintor tenía por la dama, y acabó de confirmarla en que los dos se correspondían, en que los dos se amaban.

La pupilera se encontró al fin en un cuarto retirado y cerró la puerta.

Su conciencia la reprochaba lo sucedido, y pensó por largo rato que la seguían, al abandonar el gabinete de doña Leonor.

La joven no se dada cuenta de lo que hacía.

El único, el solo que después de hacer ademán de detenerse á la puerta acudió generoso en auxilio del herido, restañando con el pañuelo de batista de su ama la sangre que en breve enrojeció el lienzo, fué Gonzalo.

Ya sabemos que quería al joven y que era caritativo en sumo grado.

—¡Ah!—decía en su interior.—¿Qué ha pasado aquí?... Esto no tiene explicación... es incomprensible.

—¿En qué os he ofendido?...—preguntó el pintor, mirando sin enojo alguno á Valdespinar.

Aquellas palabras y esta mirada dejaron atónito á don Enrique, como le habían dejado las cariñosas de su mujer.

No se fingen ciertas cosas aun por el más hábil y diestro actor.

Hubo unos instantes de silencio, durante los cuales la actitud de los personajes de aquella escena no sufrió alteración ni cambio alguno.

La reacción en el marqués no se hizo esperar largo rato.

Vino no menos aplanadora que había sido la violencia de su arrebato.

Y esto era también natural.

—Por vuestro honor, si le tenéis, explicáos,— dijo el celoso dirigiéndose al herido, como si quisiese aprovechar los momentos de vida que suponía le restaban.

—Os juro por la memoria...—le contestó Hispaleto.

Y sin acabar de completar la frase enmudeció.

Iba á evocar un nombre sacratísimo para todos, hasta para los más desalmados forajidos, y se contuvo.

No podía pronunciarle.

De sus ojos brotaron dos gruesas lágrimas y su boca exhaló un hondo, un profundísimo suspiro.

—¿Os sentís peor?... ¿Os sentís morir?—dijo entonces con acento espantado Gonzalo, inclinándose tanto que el pintor sintió que el aliento del anciano refrescaba su frente.

—¡Oh! no... no... No quiero morirme... quiero vivir para que no me culpéis ninguno... Quiero vivir para...

Y desvanecido por la pérdida de la sangre, el mancebo inclinó la cabeza acongojado.

Cuando doña Leonor se repuso algún tanto, á pesar de que ninguno se cuidó de prestarla el más pequeño socorro:

Cuando incorporándose miró asustada en torno

suyo, tardó algo en darse cuenta de lo que había pasado.

Don Enrique la contempló entonces casi sin enojo.

Las palabras y el modo de mirar del pintor hicieron que la espada cayese de su mano, é impulsado por el constante cariño que la había tenido, se acercó á élla no bien notó su mejoría.

—¡Estáis impresionada! Retiráos... os lo ruego.

La del Aguila, al recordar por completo lo sucedido, asió con febril ansiedad las manos de su marido, y dijo con esa elocuencia que brota de la sinceridad y la honradez cuando de ella está segura una persona inicuamente ultrajada:

—Que salven á Hispaleto.

Y el marqués, que comenzaba á sentirse algún tanto pesaroso de lo que había hecho, frunció el ceño de manera torva y siniestra.

—¿Pides por él?—preguntó con sonrisa de despecho á su mujer.

—Sí; por tí y por él pido,—le contestó doña Leonor con acento firme y decidido.

Y alcanzándosela por vez primera que los celos habían sido la causa de lo ocurrido, se apresuró á añadir, estrechando con más fuerza que antes las manos de Valdespinar:

—Me has ofendido... te perdono.

Y mirando á Gonzalo y al artista, prosiguió con tono imperativo:

—Pronto; un médico para ese joven.

Y ocupó junto al herido con la mayor afabilidad el puesto del mayordomo.

Sin su desmayo, la marquesa habría logrado imponerse á todos: dominar la situación.

Era una mártir de su deber; la esclava de un compromiso solemne.

Y con una sola palabra habría desbaratado las odiosísimas intrigas de doña Catalina.

No sucedió así.

Su primera idea fué, y era natural que fuese, salvar al que debía la existencia.

Estaban recorridas en brevísimo tiempo las distancias.

Para la del Aguila, Hispaleto era ya algo propio, algo que había sido más que hasta entonces.

Y doña Leonor era agradecidísima hasta el sacrificio.

Perdonar á su marido, atraérsele, disuadirle de sus injustas cavilaciones, fué su único deseo después.

Impedir que el pintor sucumbiese por haberla librado, era en élla una obligación, un deber.

Recordaba haber visto á María en el instante de la trágica escena.

—¿Cómo no está aquí?—reflexionó; pero esta otra idea era menos urgente, más secundaria.

Al verla junto al artista, don Enrique, sin poderlo evitar, palideció.

Doña Leonor, cuya conducta volvía á inspirarle injustos recelos, por toda respuesta volvió á mirar á su esposo sin inmutarse, sosteniendo su mirada con energía y altivez.

El marqués se sintió subyugado.

—¿Quién te ha imbuído esa indigna sospecha?—se aventuró á decirle la del Águila.

—Tu sobrina,—la respondió don Enrique.

—Y á mi sobrina, ¿quién?—exclamó la ofendida de manera tan inicua por las personas á quienes más quería.

—Esta nota sin firma que ha puesto en mis manos...

Y luego que la dama hubo leído aquel papel, adivinó al punto de quién provenía.

—Este aviso es del Cardenal Arzobispo de Sevilla,—dijo.

—¿A quien vos, señora?...

—Había recomendado eficazmente á vuestro desgraciado amigo.

—¿A Hispaleto?

—Sí; sin otro interés que salvarle y volverle á la vida del trabajo y la honradez, para merecer algún día vuestro cariño y el de la hija de mi hermano.

—¿Sin otro alguno?

—¡Ah! Sí, Enrique: con otro más alto, con otro más importante aún... Las circunstancias lo requieren, lo exigen así,—añadió la dama, ávida de sincerarse por completo.

—Explicáos, señora, por compasión... ¿No véis que padezco horriblemente? ¿No véis que sufro aún?

—Os lo diré,—le respondió la marquesa haciendo un supremo esfuerzo.

Su marido se dispuso á oirla.

Pero en aquel mismo momento entró en el gabinete Gonzalo, el mayordomo, seguido de un anciano, del médico de la casa.

—Le he encontrado aquí cerca...—dijo.

—Con efecto, venía á visitaros,—prosiguió el hombre de ciencia, confirmando las palabras del fiel servidor.

Y sin aguardar licencia alguna, al ver tendido en el suelo á un hombre, procedió á practicar un minucioso reconocimiento de su herida y de su estado general.

Ninguno de los presentes se atrevió á proferir una sola palabra.

La inspección no fué larga.

—¿Y bien?...—preguntó después de algunos instantes de ansiedad el marqués.

—Que esto ofrece alguna gravedad.

—¿La juzgáis mortal?—dijo con angustia doña Leonor.

—Tanto como eso, no.

Don Enrique respiró con alguna libertad.

—¿Y quién?...—añadió el médico.

—Yo;—se apresuró á responderle el dueño del palacio con franqueza.

—¡Vos!

—Sí.

El doctor quedó anonadado.

Conocía perfectamente á los marqueses, y aquel enigma era para él indescifrable.

—Salvadle ante todo, que en ello estriba mi felicidad,—continuó diciendo Valdespinar.

Y con el mayor cuidado, y entre todos, trasladaron al herido á un cuarto retirado, á una cama en que pudiera hacérsele la primera cura con facilidad.

# XI.

## ¡Se escapó!

PROSIGAMOS.

La susceptibilidad y delicadeza exquisita del marqués de las Cuevas, el cariño que tenía á su esposa, provocaron en un momento de ofuscación una catástrofe.

Ante élla, doña Leonor comprendió que no podía guardar silencio.

Razones más poderosas que su propio interés la exigían hablar.

—Si ese joven muriese...—llegó á decir el facultativo.

—¿Lo teméis, acaso?—preguntó la del Águila.

—No es difícil... y antes de eso, mi deber es dar parte á la autoridad...

—¡Oh, no!—le interrumpió la marquesa.—Esperad hasta mañana... Os lo pido encarecidamente.

Y el hombre de la ciencia, accediendo á la sú-

plica de la señora, se comprometió á complacerla, si antes no sobrevenía alguna complicación inesperada.

Tranquila por este lado:

Habiendo llenado los deberes que la caridad la exigía y demandaba cerca del artista:

Segura de que Gonzalo sabría por algunas horas reemplazarla y llenar sus veces;

Doña Leonor dijo á su marido:

—Dispuesta estoy á sincerarme.

Y como Valdespinar no desease otra cosa, acompañó á su mujer.

Breves instantes después los esposos conferenciaban secretamente en uno de los aposentos del palacio.

Todo era anormal y desusado en aquella noche en la casa de los tíos de María.

La entrevista duró mucho: se prolongó hasta casi la madrugada.

Al darla por terminada, la dama tiró del cordón de la campanilla.

Don Enrique la dejó hacer.

Se sentía anonadado.

Nadie había oído á los conferenciantes, ni el más tenue rumor de lo que hablaron se sintió fuera, con desesperación de una persona que procuró afanosa escucharlos.

Cuando doña Leonor llamó, se conocía que ambos habían llorado.

—Que venga mi sobrina,—ordenó la marquesa á la primera sirvienta que acudió al aposento.

—Está bien...

—Oid,—añadió la de las Cuevas á la criada antes de que se retirase,—¿y el herido?

—Sigue lo mismo.

—¿Delira?

—Dicen que no...

—Haced lo que os he mandado.

El marqués, mirando con extrañeza á su mujer, murmuró:

—¿Qué os proponéis?

—Completar mi obra.

Al salir la doncella tropezó en el tránsito con alguien que no esperaba.

Era la Carvajal.

—¿Llaman los señores?—dijo azorada.

—A vos, no; es á...

—No os canséis... es inútil.

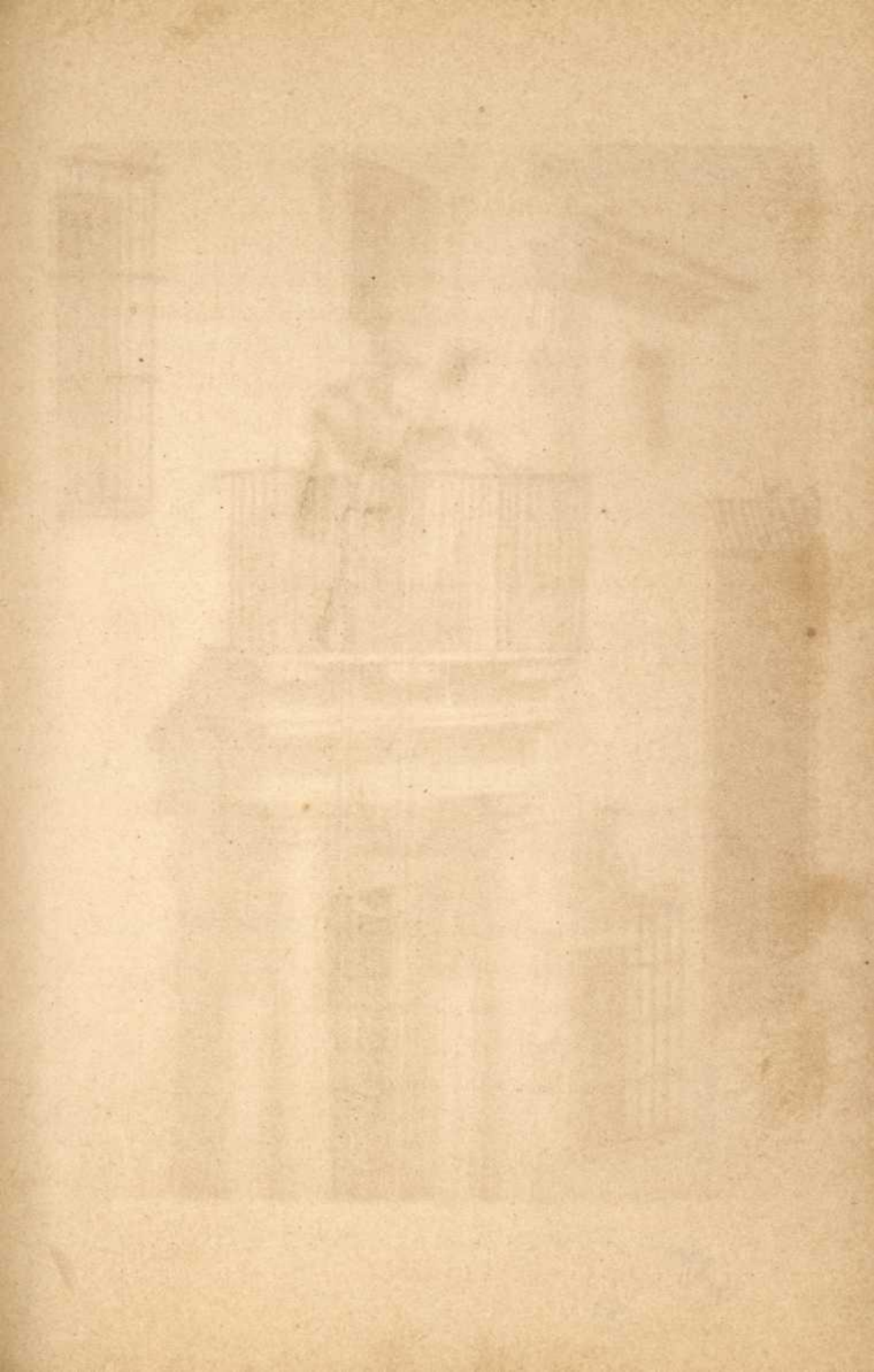
—¿Por qué?

—Porque... está enferma.

—¿Élla también?

—También élla.

Y dicho esto, doña Catalina se entró en el aposento de los marqueses, dejando perpleja, sin saber qué hacer, á la criada.



Lit. de J. M. Maleu, Barquillo, 6, Madrid.

¡se escapó!

—¡Vos aquí!—exclamó con disgusto la noble castellana al ver á la viuda. No os he llamado: podéis marcharos,—añadió,—y que venga María.

—¡Perdón!... ¡Perdón!

—¿Qué sucede?—dijeron á la vez los esposos.

—No... Yo no he tenido la culpa... No me acriminen sin oirme sus mercedes.

—Acabad,—gritó don Enrique.

Y la del Aguila, sin esperar más, abandonó la estancia.

Las palabras, el ademán poco sincero de la pupilera la infundían miedo.

En pos de su mujer salió Valdespinar.

Varios sirvientes se les unieron al notar su turbación.

Y como doña Leonor notase con extrañeza que el balcón de la sala principal estuviese abierto á aquellas horas, lo franqueó precipitadamente.

Poco después que élla llegaron don Enrique y los criados.

Sujeta á la balaustrada de hierro había una escala que caía al exterior, que llegaba hasta la calle.

—¡Traición!—exclamaron los marqueses.

—¡Se escapó!—dijeron los criados.

Y en vano miraron unos y otros á la parte de afuera.

La soledad y el silencio más profundo reinaban por todas partes.

Una ronda, cuyos pasos se sintieron á lo lejos, obligó á los del balcón á internarse.

—¡El infierno se conjura contra nosotros!

—¡Oh!... ¡Quién lo hubiese presumido y sospechado!

Un golpe en pos de otro.

Una desgracia tras otra desgracia.

Pruebas y merecimientos.

Hé aquí todo.

La voluntad de Dios; la mano de Dios probando á los buenos y permitiendo el triunfo momentáneo de los malos

No os desaniméis nunca, cristianos.

La sabiduría y la justicia del Señor son inmensas; son muy grandes.

—¿Qué habrá sucedido á María?

—¿Dónde estará?

—¿Por qué se habrá fugado?

Tales eran las preguntas que unos á otros se hacían los criados de los nobles, en cuya casa, tranquila y sosegada antes, en poquísimas horas habían tenido lugar sucesos tan trágicos como inusitados.

Los hemos referido con la sobriedad que exigía su índole, su naturaleza.

Su completa explicación la dejamos para más adelante.

Ínterin la situación del herido no cambiase, los marqueses de las Cuevas nada podían hacer sin exponerse á la intervención de la justicia en las sensibles consecuencias del ciego arrebato del anciano.

Por fortuna, el médico le encontró mejor á la mañana siguiente, y pudo aplazar el cumplimiento de los deberes que las leyes, las pragmáticas y los bandos de buen gobierno imponían á los de su clase, siendo llamados para curar á «paciente de caso fortuito ó de airada mano.»

En más de una semana el artista no pudo darse cuenta de dónde estaba, ni recordar lo que le había sucedido el día de su oferta de penitencia y abjuración.

El más meritorio de su existencia y á la vez el más desgraciado.

El de su ida al Templo por consejo de María le habían prendido.

El de su noble acción estuvo á punto de morir á manos de su mejor amigo, del hombre que le había reconciliado con la sociedad y hecho pensar mejor del género humano.

Pruebas eran estas y merecimientos para lo que el cielo le tenía reservado.

Así se encadenaban los sucesos de nuestra complicada narración.

Y Teresa de Jesús llegaría á ser Santa por su

abnegación, por su heroismo, por su paciencia y su constancia.

Y muchos de los personajes de esta historia experimentarían la benéfica influencia de hallarse, de estar con élla relacionados.

La marquesa y su marido no se separaron un solo instante del artista, esmerándose á porfía en cuidarle.

¿Por qué esta uniformidad en su proceder?

¿Qué había hecho cambiar á Valdespinar tan rápidamente y tan por completo?

No era que doña Leonor se hubiese justificado á sus ojos.

Era que había logrado á la vez justificar al pintor.

Y el caballero, no sólo la consideraba y respetaba como nunca desde la terrible explosión de sus celos, sino que sentía hacia Hispaleto un interés mayor que cabía dentro de la reparación de un error que si no tenía completa justificación, cabía cohonestar hasta cierto punto, dada la presencia del joven en el gabinete de la dama.

El triunfo de la virtud había sido completísimo.

Tanto esmero, una solicitud tan exquisita y la notoria competencia del doctor, á la vez que la robustez del lesionado, vencieron por fin las complicaciones temidas.

—Antes de dos días el herido adquirirá el lleno

de sus facultades intelectuales,—dijo el médico á los dueños del palacio.

Y marido y mujer conferenciaron de nuevo.

Allá, en el mismo aposento que la noche de la desaparición de María, sobre cuyas causas, sobre cuyos motivos y circunstancias nada sabían aún, acordaron que Gonzalo siguiera asistiendo á Hispaleto ínterin podían asociarle, sin riesgo para su salud, á los planes que meditaban y respecto de lo que oído habían el consejo de un hábil letrado, enterado de cuanto había pasado.

La prudencia y sabiduría del abogado mismo que había defendido al artista ante el Santo Oficio, hizo que los marqueses se tranquilizasen algún tanto, y, sobre todo, les contuvo en la manera de conducirse en asunto tan delicado.

Por don Enrique, todo se hubiera llevado á sangre y fuego desde el primer momento.

Doña Leonor habría derramado muchas lágrimas y orado mucho.

—Conservad en rehenes á doña Catalina,—les había dicho el consejero.

Y, con efecto, la viuda sufría horriblemente encerrada en un sótano, casi sostenida á pan y agua por su rebeldía en confesar lo que era seguro sabía mejor que nadie.

—Nada he visto... Nada sé,—se obstinaba en repetir cuantas veces la preguntaban.

Y el licenciado en Derecho repetía:

—Duro, duro con élla si no canta.

Había sido Alcalde mayor por mucho tiempo, y no tuvo necesidad de ver á la Carvajal más que una sola vez para afirmar:

—Ésta miente...

Y después:

—No tengan sus mercedes reparo alguno... Lo que oculte por buenas lo confesará por malas... Y cuando sea ocasión oportuna, el tormento lo arreglará todo.

Confidencias secretas á las autoridades de la Villa no dieron resultado respecto á averiguar el paradero de la prima de Teresa.

Los esposos pensaron muchas veces en avisar á don Pedro, cada vez más obscurecido, más aislado en Ortigosa, y el licenciado les hizo desistir de dar este paso antes de poder saber dónde estaba su sobrina.

—¿Cómo van á disculparse sus mercedes?—les advertía.—Y luego, la difícil situación de don Enrique,—añadía.

Y así fué aplazándose el participar al viudo que su hija había desaparecido.

Enviaron mensajeros ocultos y bien retribuídos á Ávila, á Ortigosa, á Segovia, á cuantos sitios ó lugares la joven podía haberse presentado, y todos ellos volvieron diciendo de manera igual, que, según sus informes, la escapada no había salido de Madrid.

Pasaron algunos días sin descubrirse nada que

indicase la comisión de un crimen, y esto tranquilizó algún tanto á los marqueses.

La complicación y coincidencia de los sucesos que en una sola tarde y parte de una noche se habían desarrollado, habían venido á colocar á los nobles en situación dificilísima y angustiosa.

Si el cariño les impulsaba á buscar á María, el temor de lo que sucediera á Hispaleto les cohibía y ataba.

El médico tan sólo se comprometió á callar mientras no tuviese compromiso; pero si la herida del pintor se hubiera agravado y hubiera llegado á sucumbir, don Enrique estaba perdido.

No había medio de explicar lo sucedido durante muchas semanas.

Y luego, ¿la honra de la marquesa no estaba comprometida en un caso desgraciado?

Lo único que pudieron hacer fué lo que hicieron.

Impedir á doña Catalina evadirse del palacio, evitar que se comunicase con los de fuera, si es que, como sospechaban, había tenido participación en la fuga de la doncella.

Hemos avanzado cuanto podíamos avanzar en nuestro relato.

Para proseguirle nos faltan elementos.

Los que María transmitió en confianza á su prima, á la religiosa carmelita, á Teresa de Jesús,

antes de la agravación de su mal y ser llevada á Bezadas, permanecieron ignorados, bajo la custodia de la discreta Madre y del sagrado sigilo del confesonario.

Nadie está obligado á ser más respetuoso que nosotros con obstáculos semejantes.

La protagonista principal de esta obra exige y reclama ya por otra parte nuestra atención preferentemente.

Si hemos de evitar, sobre todo, el incurrir por segunda vez en el defecto, antes por fortuna advertido y corregido á tiempo, de separarnos demasiado de la vida de la heroína, gloria de la España Católica á quien esta producción está consagrada.

Necesitábamos avanzar en la leyenda.

Y nos parece haber dado en ella, sin violencia alguna, un gran paso, agregando al manuscrito de Hispaleto lo que en nuestra cualidad de novelista podíamos consignar sin pasar plaza de indiscretos.

Al presente se nos cierran los medios de investigación, y debemos conformarnos de buen grado con un método y un orden de composición que nos permite ir dando gusto y complaciendo á la diversidad de personas que nos honran con su confianza y nos animan con sus bondades.

# LIBRO DÉCIMOTERCERO

## DESFALLECIMIENTOS Y MAYORES DESGRACIAS.

### I.

**El parasismo.**

Desconfiando don Alonso de que su hija recobrase la salud en Bezadas, la llevó de nuevo á la ciudad.

Los físicos la juzgaron tan grave, que «no se atrevieron á ordenar medicinas, dejando que la naturaleza obrara por sí.»

La monja carmelita contaba con otro recurso más eficaz y poderoso:

Con la protección del cielo; con el auxilio de Dios.

Llegada la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, el 15 de Agosto, Teresa pidió confesarse, y como pensase el autor de sus días que fuera por «miedo ó persuasión de muerte,» no se lo consintió.

Anduvo en esto tan desvariado Sánchez de Cepeda, que la Santa al referirlo exclama:

«¡Oh, amor de carne demasiado... que pudo hacerme gran daño!»

Sin dejar por ello de confesar que don Alonso era avisado y buen católico.

Pero era padre.

Y pudo en él el *amor de carne.*

El que tenemos á nuestros hijos la gran mayoría de los padres.

¡Amor de carne!...

Es decir, egoista, interesado, irreflexivo, nada espiritual; circunscripto al bien *material* del hijo y á la satisfacción *natural* nuestra.

¡Amor de carne!

Aprendamos á modificarle ante la experiencia de lo sucedido á don Alonso por haberle sentido en aquella ocasión con demasiada energía.

Teresa no se confesó, en efecto, por obediencia á su padre, con harto dolor de su corazón.

Quién lo pensara.

Aquella misma noche, la de la fiesta de Nuestra Señora, sobrevino á la religiosa un parasismo, una catalepsia tan terrible que la privó del sentido por más de tres días.

Don Alonso no hallaba consuelo.

—¡Qué he hecho!...—se decía sollozando cada vez que reflexionaba el empeño que había puesto en que su hija no se confesara.

Y en la casa solariega, que ya conocemos, todo fueron ayes y oraciones muchas al Señor.

«¡Bendito sea Él que quiso oirlas! hasta el punto, dice la Virgen castellana en su Vida, que teniendo día y medio abierta la sepultura en mi monasterio, esperando el cuerpo allá y hechas las honras en uno de los conventos de nuestros frailes, quiso tornase en mí.»

Lo que fué una gran merced y un gran milagro.

Espanta leer lo que la víctima misma del parasismo ó catalepsia escribe, reflejando en todos sus detalles, como siempre, la mayor sinceridad.

¡Cuán pocas «Memorias» de personas notables son más completas que las que Teresa nos ha legado por encargo y consejo de su confesor!

La administraron la Santa Unción.

Cada hora ó momento pensaban que espiraba, y no hacían sino decirla el Credo y recomendarla el alma como si alguna cosa entendiera.

Tuviéronla tan por muerta, que hasta la cera la pusieron en los ojos.

Y llegaron á cubrir su extenuado, su enflaquecido cuerpo con una sábana.

Días antes ó pocos después de lo que dejamos puesto, velando á Teresa su hermano don Lorenzo, como éste se durmiera, no pudo apercibirse que una vela colocada cerca del lecho, cayéndose sobre él, encendido había los paños.

Cuando despertó sobresaltado, vió á la enferma envuelta en llamas.

¿Quién apagó aquel incendio?

Don Lorenzo, al referirle, no supo explicar jamás cómo sucedió aquello, sin resultar siquiera ligeramente lesionado.

En cuanto á la enferma, no experimentó tampoco el más levísimo daño.

Confesó y comulgó al recobrar el sentido nuestra religiosa, con gran satisfacción de su buen padre, que humilde la rogó le perdonase lo que élla llama gráficamente su «amor de carne.»

Dato digno de tomarse en cuenta para apreciar mejor de qué modo obraban en torno de Teresa de Jesús las causas ordinarias, á la vez que continuaban acentuándose cada vez más las mercedes del cielo, los prodigios de la gracia.

—¿Por qué me han despertado?—preguntó al volver en sí la epiléptica.

Y añadió cosas que causaron extrañeza, pero que el tiempo vino á confirmar sin que élla las diese importancia ni valor alguno.

Las consecuencias físicas de aquel grave mal fueron terribles, y por espacio de más de un año la Santa experimentó crueles padecimientos.

Quedó de manera, que no vacila en afirmar, «sólo el Señor podía saber los insoportables tormentos que sentía.»

La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta, de no haber tragado nada y de la gran flaqueza que la ahogaba, no podía pasar ni aun el agua.

Toda la parecía estar descoyuntada, con grandísimos desvaríos en la cabeza.

Encogida y hecha un ovillo; sin poder menear ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza; más que si estuviera muerta.

Si no la meneaban, sólo un dedo la parece que podía mover de la mano derecha...

Llegar á élla no había cómo; porque toda estaba tan lastimada, que no lo podía soportar ni sufrir.

Valiéndose de una sábana, una de un cabo y otra de otro, la trocaban de postura.

Y esto duró hasta Pascua Florida.

Sólo no llegándose á élla cedían los dolores por algunos instantes, que eran contados y brevísimos.

En cuanto descansaba un poco la contaban por buena, y todo ello paró luego en unos intensos fríos de dobles cuartanas recísimas é insoportables para quien, como élla, no tuviese tan gran acopio de paciencia.

Nada hemos aumentado ni casi puesto de nuestra parte respecto á la dolencia de la madre carmelita á seguida de su vuelta de Bezadas á Avila á casa de su padre.

Que en este punto, como en otros muchos, nues-

tros deberes están de antemano por su pluma admirablemente trazados.

Y no lo están menos por lo que toca á las manifestaciones que hace de los estados y situaciones de su alma.

¿Quién en este particular puede superarla?

¿Quién es capaz de omitir, al hacer su apología, los rasgos elocuentísimos que su Vida y sus escritos todos contienen?

«Quedóme, según añade, deseo de soledad; anhelo de tratar y hablar con Dios, de comulgar y confesar muy á menudo, de leer buenos libros, y un grandísimo arrepentimiento de haber ofendido al Señor.»

Esto último hasta el extremo de «no osar tener oración por temor á la grandísima pena que había de sentir,» y que era para su alma «un gran castigo.»

Aquí torna la Santa á ponderar sin jactancia sus muchas lágrimas, don de que ya hemos hecho mención y que no le faltó nunca desde el punto y hora que lo experimentó por vez primera hasta el instante de su tránsito á la mansión celestial.

Y á deplorar lo poco que la ayudaban los confesores, entendiendo que todo daño provenía de «no quitar de raíz las ocasiones.»

¡Oh! en esto el mundo las ofrece reiteradas, y por ello huir del mundo es la única y sola demostración de querer evitarlas.

Apegarse al mundo, amar al mundo, tener en

cuenta sobre todo al mundo, hé aquí la perdición y el escollo mayor de los hombres.

Lo que al mundo se da, á Dios se quita.

Lo que al mundo se concede, á la independencia y á la libertad del alma se cercena.

Que no cabe servir á dos señores, á dos amos á la vez y de igual modo.

Uno, ú otro.

Que en esto somos dueños absolutos de nuestros actos y de hacer nuestro gusto.

Penetrada de tales sentimientos, dióse la madre gran prisa, á pesar de lo mucho que quería al autor de sus días y sus parientes, á volverse al monasterio, haciéndose llevar envuelta entre mantas.

Sus hermanas en Cristo, que la esperaban muerta, la recibieron viva con alegría en el alma.

—Da pena verla,—decían algunas.

—¡Está en los huesos!

—¡No puede vivir largo tiempo!

—¡Nos la han matado!

Añadían otras.

Pero todas preferían que muriese en sus brazos, si tal era la voluntad de Dios, y cuidada por éllas, á que pereciera fuera de su santa casa.

La fraternidad de los claustros no se cree y hasta se niega por muchos.

De esa fraternidad tenemos en la historia de Tesa pruebas de que, aunque quisiéramos, no podemos dudar un solo instante.

La alegría con que recibieron á la madre sus hijas y sus hermanas al regresar al monasterio, es una de las más decisivas y más palmarias.

Tan lastimoso estado duró ocho meses, y «el estar tullida, aunque mejorando paulatinamente, casi tres años.»

Pasó muchos de los primeros en cama.

Otros después en un sillón.

Y, por fin, comenzó á «andar á gatas.»

En el transcurso de todo este tiempo Teresa tuvo «una gran conformidad,» y «alababa á Dios, aun cuando fuese su soberana voluntad dejarla siempre de aquel modo.»

Siguió confesándose «á menudo.»

Y tratando mucho de cosas santas, de manera que edificaba á todas y se espantaban de la paciencia que el Señor la daba, porque á no venir de mano de Su Majestad, las parecia imposible «sufriese tanto mal con tanto contento.»

En todo lo cual, para no reconocer la intervención divina, se necesita cerrar los ojos, negar la evidencia, hacer lo que hacen los impíos:

Ser unos obstinados por propia y decidida voluntad.

La peor y la más terrible de las obstinaciones.

¿Quién puede contra esta clase de seres que aún se atreven á llamar á la nuestra, inocente credulidad?

Pues bien.

En prueba de que no nos arredran sus burlas á

tantos datos y pormenores edificantes recogidos de la vida de Teresa de Jesús. vamos á añadir uno más.

El de que la Santa, apenada al fin de verse tan tullida, y como los médicos de la tierra la habían puesto en la flor de sus días sin provecho para nada, determinó acudir á los del cielo, y entre éllos al glorioso Patriarca San José, al modesto carpintero de Galilea, al esposo de María Santísima, al guardián del divino niño de Jesús.

Pongamos lo que sobre esto escribe:

«Comencé á hacer devociones de misas, y otras aprobadas oraciones, que nunca fuí amiga de las que hacen algunas personas, en especial las mujeres, ni de ceremonias que yo no podía sufrir, y á éllas las movían á devoción... Y tomé por abogado y señor al glorioso San José, encomendéme mucho á él, viendo claro, que ansí desta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir.»

«No me acuerdo hasta ahora, añade, haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer.»

Y luego:

«Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio deste bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, ansí de cuerpo como de alma. Que á otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer una necesidad; á este glorioso Santo tengo experiencia que

socorre en todas, como si quisiere el Señor darnos á entender, que ansí como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo le podía mandar, ansí en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras varias personas, á quien yo decía se encomendasen á él, también por experiencia: hay muchas ya que lo son devotas por haber experimentado en sí mismos esta verdad.»

Procuraba la Santa celebrar su fiesta con tal solemnidad, que casi se acusa de hallar en esto vanidad y motivo y ocasión.

Ved lo que son los buenos.

Confiesa á seguida que la parece haberle pedido, por lo menos cada año una cosa, y siempre la ha visto cumplida, hasta el extremo de creer que «si va algo torcida la petición, él la enderezaba para más bien suyo.»

Y se contiene en los límites de la obediencia, para no contar al por menor las mercedes que el Santo Patriarca la hubo otorgado, y ansí como á élla, á muchas otras personas.

Y deja consignado:

«Que quien no hallase maestro que le enseñe oración, tome á este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino.»

# II.

## Devoción á San José.

ASUNTOS hay que nosotros no podemos tocar en esta obra sin aprovecharlos para hacerla más práctica y provechosa en cumplimiento de los deberes y compromisos que voluntariamente, al anunciarla, hemos contraído.

Se abstiene la religiosa del Carmelo por ley de obediencia, y como si ciertamente careciese de autoridad de escribir... élla, cuya fama como escritora raya á una altura colosal en el concepto literario del mundo.

Entendiendo que en lo de la devoción al Santo Patriarca se queda corta más de lo que quisiera, y sólo pide por amor de Dios que lo pruebe quien no lo creyese, y verá, añade, el gran bien que es el encomendarse á este glorioso Santo y tenerle devoción.

Nosotros esto mismo decimos.

Por ello la Iglesia consagra al esposo de María

culto particular, é invita á los fieles á que pongan en él su confianza.

Si en los primeros siglos del cristianismo se tributaron á San José honores menos públicos, tan pronto como la cristiandad disfrutó de paz, encareció á todos los fieles que recurriesen á la poderosa protección del varon santo, cuyo elogio hace Teresa.

Y con efecto:

Inmediato á los altares levantados en honor de María, encontramos siempre aquellos en que se adora la imagen del piadoso y fiel José, y parece como que la devoción misma á la Reina de los cielos reclama que acudamos á su poderosa intercesión.

Hay, por otra parte, una gran analogía, un gran parecido entre las funciones con que José fué honrado, y las que María recibió del cielo.

Si María proporcionó lo más puro de su sustancia para formar el cuerpo de Jesucristo, José fué quien, con el fruto de su trabajo humilde y paciente, le proporcionó el sustento que necesitaba para nutrirse, y los vestidos que cubrieron sus divinas carnes.

Con María veló José al pie de la cuna del Redentor.

Como María presidió el desarrollo de aquella naturaleza formada por obra del Espíritu Santo; como élla, fué testigo de su primer sonrisa, y com-

partió con la Señora las primeras lágrimas que hicieron al Hombre-Dios derramar los pecados de los hombres.

Idénticas, parecidas virtudes le hacen acreedor á los mismos favores.

Diremos más en apoyo de nuestra tesis:

Si la *fe*, la *pureza* y la *humildad* de María atrajeron sobre élla las miradas del Altísimo, y fecundaron sus castas entrañas, virtudes muy semejantes fueron las que valieron á José los títulos de esposo de la Virgen y de padre del Salvador.

Nada hay tan meritorio y grande á los ojos de Dios como la fe.

Aun cuando los libros santos no proclamaran esta verdad en cada página:

Aun cuando Nuestro Señor no hubiera operado numerosos milagros en favor de los que le dieron inequívocas muestras de poseer esta virtud soberana:

Aun cuando en repetidas circunstancias no hubiera hecho su elogio:

Aun cuando no tuviésemos en su apoyo sagrados testimonios, ya consignados, la razón sola nos demostraría que debe ser así.

Por la fe proclamamos la veracidad y el poder del Criador.

Y de aquí que cuando está suficientemente probado que es Dios el que habla, deba el hombre guardar silencio, permanecer en respetuosa acti-

tud, esperar humildemente el testimonio de la divina promesa.

Si el cristiano aparece confiado, si reconoce sus débiles fuerzas y dirige sus miradas al cielo, Dios colmará sus votos, haciéndole servir para la ejecución de sus más altos designios.

Cuando el Señor hace oir su voz, no corresponde á nuestra débil razón tratar de conocer y sondear lo que ha querido ocultarnos.

Tengamos confianza, y vivamos persuadidos, como Teresa de Jesús, que siempre que Dios habla al hombre, es un efecto de su amor hacia la criatura, siendo bastante poderoso para ejecutar lo que anuncia, y bastante bueno para hacer servir á nuestra felicidad lo mucho que se escapa á nuestra débil inteligencia.

Investigar la naturaleza de las cosas reveladas con febril inquietud, como hacen tantos espíritus enfermos de nuestros días, es poner en duda el poder de Dios y sus benévolos deseos hacia nosotros.

La fe de José en este sentido no tuvo rival, siendo de admirar la conducta que observó en las circunstancias más difíciles de su vida.

La fe de José no era ciertamente una fe contemplativa y estéril; era una fe activa, acompañada de obras meritorias.

Por nuestra parte, no comprendemos cómo, sin traducirse en hechos, puede existir la verdadera fe.

Esa fe sencilla y profunda, viva y ardiente, fué

el móvil de las acciones de José. Desde que una duda pasajera y fugaz turbó su espíritu, hasta los últimos instantes de su existencia, José resistió por su medio los más rudos combates, obedeciendo constantemente las insinuaciones del Altísimo.

Persuadido de que su misión consistía en ser el protector del honor de María, el amparo de la debilidad de Jesús, y el encargado de ocultar á los hombres el secreto de la divinidad, hasta el momento designado para que tuviesen lugar grandes maravillas, se cubrió con ese escudo y esperó con paternal solicitud el gran día en que debía nacer al mundo la esperanza de las naciones.

De solícitos cuidados, de exquisitas atenciones rodeó José á la piadosa María, no bien supo que contenía, como en un santuario, al Dios tres veces santo, al Salvador del mundo.

Fué en el establo de Bethleem copartícipe de las grandes maravillas que allí se operaron, y adoró al Niño con los pastores y los reyes Magos.

Cuando Dios lo quiere, si encuentra en el corazón del hombre disposiciones semejantes á las de José, sabe rodearlas de la más brillante luz, y sólo para aquellos que tienen fe descorre una punta del velo que oculta su adorable majestad.

Nos equivocamos con frecuencia, aplicando á las obras de Dios reglas que no pueden servir de regla más que dentro del círculo de las cosas humanas.

La sabiduría increada está por cima de nuestra prudencia.

Cuando quiere conseguir un fin, dispone, arregla y coordina á su manera los medios más á propósito para llegar á él.

Auxiliado con particulares dones, esclarecido por un rayo de lo alto, sin conocer designios que sólo debían descubrirse más tarde, José poseía todas las virtudes, y sólo así podemos y debemos concebirle para justificar su devoción.

La devoción que encarece Teresa de Jesús y nos ha movido á escribir este número.

¡Admiremos una vez más la inocencia y la pureza que presidieron al origen del cristianismo!

No solamente su divino fundador llevó sobre la tierra una vida exenta de toda mancha, adornada de las virtudes todas, sino que quiso nacer de una mujer virgen, y no dió el nombre de padre sino al más justo y al más casto de los hombres.

Que se examinen el origen y la naturaleza de los otros cultos que disputan al verdadero Dios los homenajes que le son debidos, y se verá cuánto difieren en todo de la religión de Cristo. En cuanto quiera nos fijemos, muestran de una manera evidente la falsedad de sus doctrinas.

Sólo al cristianismo correspondía el reprimir los desarreglos de nuestro corazón, y presentarnos ejemplos poderosos para guiarnos por un camino desconocido hasta su aparición sobre la tierra.

Incapaz de domar las pasiones, el paganismo las había divinizado.

Y las falsas religiones, persuadidas de su impotencia, las habían favorecido y consentido más ó menos directamente.

Sólo la religión de Jesucristo ha podido imponerlas un freno seguro, porque sólo élla tenía grandes ejemplos que imitar, y sólo élla era capaz de sostener nuestro valor y nuestra buena voluntad con el poder de su gracia.

Y estas grandiosas verdades se desprenden de la vida de José, y explican la insistencia con que Teresa recomienda y encarece su devoción, y la practica y mantiene hasta el fin de sus días, desde el instante en que le debe su salud.

Son muchas las almas á quienes en el mundo oimos quejarse y condolerse; es porque lo quieren así.

Cuando el corazón está seco, la oración es árida y sin consuelo. Nos dirigimos al cielo, y el cielo parece sordo á nuestros clamores.

Vosotros, los que gemís en triste abandono, imitad á Teresa de Jesús, procurad como élla enteraros de los designios de Dios, y de su manera de obrar. Vuestro orgullo, vuestra soberbia, la alta opinión que de vosotros tenéis, es lo que impide á Dios descender hasta vosotros.

Estáis llenos de vosotros mismos, y no hay en vosotros sitio para Dios.

Reconoced vuestra pequeñez y vuestra miseria; no hagáis el vacío alrededor de vuestra alma; pedid y orad con fe, y Dios la llenará.

Dios sólo ama á los corazones reconocidos, contritos y humillados; sólo distribuye sus larguezas á los que se parecen á María, su divina madre, y á José, su glorioso padre adoptivo.

¿Qué conclusión práctica sacaremos de cuanto llevamos escrito?

Anticipémonos á contestar á esta pregunta con Teresa de Jesús, diciendo:

«Si Dios es admirable en sus Santos por los sobrenaturales dones que les prodiga; si les ayuda á practicar esas heróicas virtudes que constituyen el objeto de nuestros elogios, al obrar de esa suerte trata principalmente de proponerlos á nuestra devoción por su imitación.»

¿Qué falta á nuestro siglo? ¿Qué nos falta á nosotros?

La fe, que da vida y valor á todas nuestras acciones; la pureza de costumbres, que tan rara ha llegado á ser en nuestros días, y el conocimiento de nosotros mismos, que nos hace desmentir lo que es verdaderamente estimable; es decir, lo que proviene de Dios, porque lo que del hombre proviene participa de la corrupción de su naturaleza.

¿Ponéis cuidado, padres y madres de familia, por conservarla en vuestros hijos?

No olvidéis que las impresiones que recibimos en nuestra infancia son las más fuertes y duraderas de la vida.

Si son buenas y á propósito para conducirnos á la virtud; si tienden á hacernos amar á Dios y á cumplir nuestros deberes, nos pareceremos más tarde al árbol que, habiendo echado profundas raíces, puede desafiar al viento y las tempestades.

Pero si sólo hemos respirado miasmas corruptores; si palabras imprudentes han herido y escandalizado nuestros oídos; si acciones criminales han venido á descubrirnos lo que debíamos ignorar, caeremos al menor obstáculo, y esta caída nos conducirá á una condenación eterna.

Un medio hay, padres cristianos, de prevenir esa desgracia... presentar á vuestros hijos el ejemplo de una tierna devoción á la inmaculada Virgen y al casto esposo que Dios la proporcionó.

Baluartes fuertísimos bajo los cuales se colocó la mística Doctora española, la esclarecida, la insigne y gloriosa, hoy, *Teresa de Jesús*.

# III.

## Vacila, y cae.

ACEPTANDO por modestia ó por sinceridad lo que la Santa nos revela, una vez restituída al monasterio y libre de sus dolencias, por la intercesión del Patriarca, vacila, y cae.

*Vacila* en su fervor, disipándose en frivolidades y pasatiempos por la poca rigidez del convento.

*Cae* en frialdad mística, en frialdad de oración, ó sea por lo menos decreciendo en el entusiasmo como oraba antes y sabía que debía orar.

«Comencé, dice, de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, á andar tan estragada mi alma en muchas vanidades,[1] que ya tenía *vergüenza* en tratar de oración y tornarme á llegar á Dios.

---

1 No olvidemos nunca que cuando la Santa escribió su vida había llegado á la cumbre de la perfección, y era á través de élla como contemplaba y juzgaba su pasado.

»Ayudóme á esto, que como crecieran en mí los pecados, comenzóme á faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud.

»Veía yo muy claro, Señor mío, que me faltaba esto á mí, por faltaros yo á Vos. Y este fué el más terrible engaño que el demonio me podía hacer; parecerme humildad el temor de orar, y por esto dejar de orar.»

El proceso de todas las debilidades y las flaquezas humanas.

Por poco, ir á mucho.

Y añade:

«Engañaba á las gentes, pues en lo exterior tenía buenas apariencias; no es de culpar por esto á la casa á donde estaba, porque procuraba me tuviesen en buena opinión, aunque no de advertencia, fingiendo cristiandad. Que en esto de *hipocresía* y *vanagloria*, ¡gloria á Dios! jamás me acuerdo haberle ofendido (que yo entienda), que en viniéndome un primer movimiento, me daba tanta pena, que el demonio iba con pérdida, y yo quedaba con ganancia, y ansí en esto muy poco me ha tentado jamás.»

Y no escribe así *por presunción*, pues «si Dios permitiera, prosigue, que en esto me tentara tan recio como en otras cosas, también cayera; mas Su Majestad hasta ahora me ha guardado en ello, ¡sea por siempre bendito! antes me pesaba mucho de que me tuviesen en buena opinión, como yo sabía lo secreto de mí.»

Y prosigue:

«Esto de no tenerme por tan ruín, venía de que como me veían tan moza, y en tantas ocasiones apartarme muchas veces en soledad á rezar, y leer mucho y hablar de Dios, y ser amiga de hacer pintar su imagen en muchas partes, y de tener oratorio, y procurar en él cosas que hiciesen devoción, y no decir mal, y otras cosas desta suerte, que tenían apariencia de virtud, se engañaban.»

Algo de todo ello debemos creer sin asombro y sin escándalo, que, como dice oportunamente á este propósito uno de los biógrafos de la Santa, «es Dios sapientísimo en todas sus obras, y pudiendo conservar inocentes y limpias de toda culpa á las almas que se propone santificar, no lo hace así por sus altos fines, y déjales *vacilar* y *caer* en pecados veniales, y á veces en mortales para que sus dones y bondad infinita se hagan de esta manera más manifiestos en ellos.»

Dábanla más libertad que á otras que eran buenas, y élla se tenía por poco y por indigna de la que por creerla mejor se la otorgaba.

Así se juzgan los que son como Teresa era.

En pos de estas *vacilaciones* vinieron para Teresa los avisos del cielo, y no fueron pocos.

Cierto día, hallándose en conversación con una persona á quien no conocía mucho, se la represen-

tó Cristo, nuestro Señor, dándola á entender lo que aquello le pesaba.

Y le vió más con los ojos del alma que con los del cuerpo.

Y nunca la pasó aquella impresión que la dejó «turbada y espantada.»

Estando otra vez con la misma persona, vieron venir hacia ellas, y otras que estaban allí también lo vieron, una cosa que se asemejaba á un sapo grande, que caminaba con mucha más presteza que éllos suelen andar. De la parte que vino no lo pudo nunca entender, y esto pasó en mitad del día, y tampoco se la olvidó jamás.

Había en el convento una monja que era su parienta, gran sierva de Dios, y de mucha religión, y ésta también la avisaba algunas veces; pero Teresa, no sólo no la creía, sino que la disgustaba y la ofendía, entendiendo que «se escandalizaba sin tener por qué.»

Refiere estas cosas muy al por menor que nosotros copiamos, para que se entienda su maldad, la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenía el infierno por tan gran ingratitud. Y también, porque si el Señor ordenare y fuere servido, que en algún tiempo las leyera alguna monja, escarmentase en élla, pidiendo por amor de nuestro Señor, huya de semejantes frivolidades, pasatiempos y recreaciones.

Un año y más estuvo Teresa de Jesús sin oración, y esto ya era caída más bien que vacilación.

Por una parte la llamaba Dios; por otra élla seguía al mundo.

Dábanla grande contento las cosas del cielo, y á la vez la ataban y ligaban las de la tierra.

Quería concertar estos dos extremos, y no lo conseguía ni lo lograba.

Se esforzaba en vano.

Esto no puede acontecer.

Cuando quería perseverar, el demonio la tentaba.

Para apreciar bien lo que en lenguaje católico llamamos *tentación*, y para tranquilizar las conciencias que teman haber dado su aquiescencia á algún mal pensamiento, importa aquí explicar, inspirándonos en la escuela de la Santa, cuál es el consentimiento que constituye pecado y mata el alma.

San Agustín ya dió en este punto una excelente regla de conducta.

«Todos los días, dice el gran doctor, nos tienta el demonio del mismo modo que tentó á Adán.»

Y añade:

«Tres cosas deben notarse en la tentación de nuestro primer padre:

»La primera, la serpiente que sugiere; la segunda, Eva que se deja persuadir, y la tercera, Adán que, instado por su mujer, sucumbe á la tentación.»

Pues las mismas tres cosas han de concurrir en nosotros, advierte Teresa, para saberlas definir.

Yo veo en la serpiente, decía, la primera impresión del mal; en Eva el apetito carnal; en Adán el espíritu que debe arreglar las acciones.

Cuando el sentido carnal propone un placer y un bien perecedero, es la serpiente que sugiere; cuando el placer nos llena de deseos, es Eva que come el fruto, y cuando el espíritu consiente al apetito de la carne, es Adán que cede á la seducción de Eva.

Tres grados, pues, son por los que pasa el hombre de tentación en tentación para llegar al pecado:

En el primer grado no hay ni bien ni mal para la conciencia humana: es obra exclusiva del demonio.

En el segundo, que es la rebelión de la carne, si el espíritu se apercibe, si la rechaza y la condena, no hay ofensa; hay, por el contrario, mérito; si el alma se detiene y vacila entre la criatura y Dios, es Eva que habla; el peligro es grande, pero el pecado no está consumado.

Si el espíritu, por último, da su pleno convencimiento de tal suerte que aprueba la acción ó resuelve ejecutarla, es cuando hay pecado mortal.

Ilustremos y enriquezcamos más tan profundos y á la vez provechosísimos pensamientos.

El enemigo del reposo humano, poseído de astu-

cia y de malicia, busca el lado más débil de nuestra alma, y cuando le ha encontrado, nos ataca por él.

Por esto se guarda muy bien de proponer á Eva, desde luego, el error á que quería conducirla. Pregunta, interroga, como si quisiera instruirse él, en vez de instruir á la que quería sorprender:

—¿Os ha ordenado Dios que no comáis de todos los árboles del jardín?

No podía empezar de un modo más insinuante ni delicado; se ve que, desde el principio, altera la serpiente en su insidiosa pregunta el precepto divino.

Eva le responde:

—La muerte es la pena que seguirá á nuestra desobediencia.

—No moriréis,—la replica el demonio.—Por el contrario, seréis como dioses, y sabréis el bien y el mal.

¡Qué audacia para mentir!

Las últimas palabras de la serpiente encubren un abismo de malicia.

La mujer, sensible á lo que la halaga, no adivina lo que se halla oculto en lo que la dicen.

Mira el fruto prohibido, y su belleza la deleita.

La palabra divina:

—Morirás de muerte,

Desvanece su cerebro en las nubes de la duda.

Y esta otra:

—Seréis como dioses,

Resuena agradablemente en sus oídos.

La soberbia, la curiosidad, la concupiscencia, nacen á un mismo tiempo; ved ya el segundo grado de la tentación.

Infunde la serpiente en Eva un soplo interior; el último paso está dado.

—Toma el fruto prohibido, y come,—dice, y desaparece.

Eva, seducida y culpable, terminará lo que ha principiado; después de comer del fruto prohibido dará de él á su marido, que también comerá.

La tentación y caída de Adán queda consumada.

De esta manera se presenta á Teresa de Jesús la tentación para que *vacile* y *caiga*.

«El demonio, dice ella misma, trata de persuadirme que no me está prohibido lo que á Dios desagrada; que su ley no es tan austera, que el Señor es demasiado bueno para castigar por tan poco; que tendrá en cuenta la violencia de nuestras inclinaciones y la debilidad de nuestra naturaleza. La mentira nada le cuesta. Hace más: promete el interés, el placer; esos son los frutos de sus falaces promesas.»

¡El interés, el placer!... ¡ah! Bajo estos nombres, añadiremos nosotros, se oculta todo un infierno.

¡Interés! ¡placer!... Bulas sangrientas de Satanás.

La idea del placer despierta al momento la concupiscencia en el corazón, así como las promesas engañosas hacen nacer á seguida en el espíritu la soberbia y la curiosidad. ¡Desgraciados de nosotros, si, demasiado crédulos á las palabras del demonio, le otorgamos esa culpable curiosidad! Como Eva, entraremos en el camino del mal. Solicitados por las palabras de Satán y por nuestra propia concupiscencia ya despierta, estaremos al borde del abismo. No faltará más que un soplo interior para acelerar el último paso, y si no acertamos á recurrir á la vigilancia y á la oración, estaremos perdidos, caeremos sin remedio en el pecado, en la prevaricación.

La impiedad sonreirá desdeñosa ante esto que ponemos aquí, y nos sugiere lo que la monja carmelita escribe para pintarnos la situación de su alma en el período que precede á su completa santificación.

Período largo que pinta en multitud de capítulos de su vida que no podemos de modo alguno transcribir; pero cuya lectura aconsejamos á nuestros abonados, seguros de que, á seguir nuestro consejo, nos lo agradecerán.

El demonio, en el que no creen los impíos, es enemigo de la verdad y de la virtud, y, por consiguiente, enemigo de Dios. Niega lo que Dios afirma y ordena; enseña y afirma lo que Dios niega y prohibe.

«Estad alerta, os encarga Teresa, porque no os es lícito vacilar un solo momento entre Dios y Satanás.»

Cualquier *vacilación*, cualquier duda, es una infidelidad culpable.

Y el que vacila ó duda está á punto de *caer*.

Sigamos á Jesús en la soledad del desierto.

Apenas ve venir al demonio, cuando se previene y se pone en guardia contra él.

El enemigo le ataca por dos veces; Jesús sólo le responde una palabra que toma de las Santas Escrituras.

Almas cristianas, hé ahí vuestro modelo.

¿No habéis sucumbido, acaso, por no haberle imitado en su vigilancia?

Teresa lo dice:

«Si hubiéseis hecho con vuestros ojos el pacto necesario que hizo Jesucristo con los suyos, ¿hubieran introducido vuestros ojos tantas veces la muerte en vuestro corazón, y se hubieran convertido en verdugos de vuestra alma? Si hubiéseis puesto un centinela á vuestra boca, como David, y una mordaza de circunspección á vuestra lengua, ¿se hubieran dejado arrastrar éllas á tantas palabras malignas? ¿Hubiese encontrado el demonio tan fácil entrada en vuestro espíritu?... ¡Ah! no; el Tentador os ha vencido tantas veces, porque, semejantes á Eva, no os habéis sabido precaver contra él.»

No hemos concluído.

Para vencer la tentación, sólo hay un medio: unir á la vigilancia la oración.

Velar sin orar, es presumir de nuestras propias fuerzas, exponiéndose temerariamente al peligro.

Orar sin velar, es presumir de la gracia, creyendo vencer sin combate.

No olvidemos que la vida del hombre es una tentación continua.

La vigilancia y la oración deben ser el ejercicio cotidiano del creyente.

Y el complemento de estos medios es otro, según la heroína de nuestro libro inculca en sus admirables escritos: la *mortificación*.

«Nunca, decía Tertuliano hablando á los fieles durante las persecuciones de la Iglesia, nunca podré persuadirme de que una carne alimentada en los placeres, pueda entrar en combate con los tormentos. Para resistirlos, es preciso que se haya formado antes el atleta renunciando á todos los placeres de los sentidos.»

Y lo que Tertuliano decía durante las persecuciones de los tiranos, que fueron una especie de tentaciones públicas y exteriores del cristianismo, podemos nosotros decirlo con más razón de las tentaciones interiores y particulares de cada cristiano.

La gracia debe vencerlas.

Pero en vano será querer que las venciera la gracia, por poderosa que ésta es, si nosotros no

domamos la carne, que es el principio de todas las tentaciones.

El que otra cosa crea, se hace ilusiones, se extravía, se engaña, como Teresa de Jesús nos revela y confiesa se hizo ilusiones y se engañó.

La *tentación* es uno de los más rudos combates del hombre sobre la tierra.

Llega á veces á ser tan terrible, que sólo pidiendo á Dios que nos libre de ella es como lograremos vencerla.

La tentación es una indeclinable consecuencia del pecado de Adán.

Por eso todos, más ó menos, estamos sujetos á ella; y aun cuando en los santos sea causa de mérito, no por eso deja de ser para muchos momentáneo obstáculo de salvación.

La tentación desanima al alma, la conturba y la atormenta; de ella provienen las distracciones, los disgustos, las aflicciones interiores, el descuido espiritual que de manera tan admirable lamenta en su vida Teresa de Jesús, y la hizo vacilar y caer.

Un San Francisco, una Santa Catalina de Sena, á pesar de los insignes favores que recibían de Dios, no estuvieron libres de ellas.

Oid al gran San Antonio quejarse en la soledad del desierto de sus torcidos pensamientos y pedir á Dios que le libre de ellos.

A un San Bernardo condolerse de que su corazón estaba seco, cual tierra árida y sin agua.

Esas amargas quejas, esos gritos desgarradores, ¿qué son, sino indicios de un alma presa de terrible tentación?

El cielo convertido en hierro, la tierra en bronce... Se llama, y nadie abre y nadie contesta.

Se implora la misericordia, y sólo contesta una justicia inexorable.

Entonces viene esa noche de tinieblas y de abandono, ese vacío del alma, triste como una agonía, según la mística Doctora:

«¿Dónde, pregunta, está mi antiguo ardor espiritual? ¿Dónde la tranquilidad de mi corazón? ¿Dónde la paz, la alegría en el Espíritu Santo que yo disfrutaba?»

¡Desgraciado el que se desanime en esa lucha de las tentaciones!

# IV.

## Retrato de su alma.

Dios, en sus designios, en sus altos juicios sobre el hombre, es siempre justo y caritativo. Por poco que la criatura haga de su parte, á la vez que la alcanza con su justicia, la otorga los consuelos y los favores de su misericordia.

Y millares de veces, para hacerla expiar sus faltas, para purificarla cada vez más, la somete al crisol de las tribulaciones.

Es decir, la hace atravesar el «desierto del alma,» tan árido por lo común, que en él no existe alegría alguna, y falta hasta el más ligero consuelo.

A él alude claramente Teresa de Jesús al hacer el retrato de su alma en el período de su vida á que hemos llegado.

Ahora bien:

¿Cabe por esto que decimos calificar á Dios, como lo hacen algunos, de severo y hasta cruel para con el hombre?

¡Dichosos los que por medio de las tribulaciones y las asperezas y aflicciones espirituales del corazón logran reparar su pasado y llegan á merecer ser perdonados!

¡Cómo!...

¿Después de habernos alejado de Dios con nuestras ingratitudes é infidelidades, nos quejamos de que Dios se aleje de nosotros?

¿Hemos merecido castigo, y tendremos por demasiado duras las penas que Dios nos envía, que su justicia nos haga sufrir?

No olvidemos que cuanto podamos sufrir acá en la tierra es nada en comparación de lo que merecemos, y, sobre todo, que las más de las veces lo que motiva nuestras quejas son pruebas clarísimas de la misericordia divina y medios seguros de mayor satisfacción.

¿Qué decimos?

Esas penas del alma á que se refiere la mística Doctora, son la mayor seguridad del perdón de nuestros pecados; y cuanto mayores llegan á ser en este mundo, son pruebas más ostensibles de que Dios no quiere castigarnos en el otro, en el de la eternidad.

¿Qué partido, pues, podemos tomar mejor que conformarnos con la voluntad de Dios, recibiendo hasta con alegría y reconocimiento los sufrimientos, las penalidades que nos envía?

En este punto, Teresa no llega nunca á vacilar ni á caer.

Después de tantas transgresiones cometidas, después de tantas tentaciones no, ó muy débilmente, combatidas, ¿podremos tener nosotros valor para quejarnos y esperar de Dios favores que, por lo demás, á nadie debe?

Mayor motivo tendríamos para condolernos y gemir, si, abandonándonos á una funesta seguridad, no se dignara Dios despertarnos con el aguijón de alguna molestia, de algún castigo pasajero.

Oigamos á la Santa:

«¡Oh, Señor de mi alma! exclama. ¿Cómo podré encarecer las mercedes que en este tiempo me hicísteis? ¡Y aun siendo en el que más os ofendía, en breve me consolábais con un grandísimo arrepentimiento, para que gustase de vuestros regalos y mercedes!»

Y añade:

«A la verdad tomábades, Rey mío, el más delicado y penoso castigo por medio, que para mí podía ser, como quien bien entendía lo que me había de ser más penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos. Y no creo digo desatino, aunque sería bien que estuviese desatinada, tornando á la memoria ahora de nuevo mi ingratitud y maldad. Era tan más penoso para mi condición recibir mercedes, cuando había caído en graves culpas, que recibir castigos; que una de ellas me parece cierto, me deshacía y confundía más, y fatigaba, que mu-

chas enfermedades, con otros trabajos harto juntos; porque á lo postrero veía lo merecía, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, según ellos eran muchos. Mas verme recibir de nuevo mercedes, pagando tan mal las recibidas, era un género de tormento para mí terrible; y creo lo será para todos los que tuvieren algún conocimiento ó amor de Dios; y esto por una condición virtuosa lo podemos acá sacar. Aquí eran mis lágrimas y mi enojo de ver lo que sentía, viéndome de suerte que estaba en víspera de tornar á caer: aunque mis determinaciones y deseos entonces por aquel rato, digo, estaban firmes.»

Se ve, pues, que á medida que Teresa continuaba engolfada en asuntos y tratos humanos, se alejaba de Dios, se internaba más y más en el lóbrego «desierto del alma.»

¡Qué frase tan elocuente!

«Alma sola,» entre tantos peligros, y le parece que por esto debían usar algunos santos el irse á los desiertos, teniendo por un género laudable de humildad el no fiar de sí, que «para eso de caer hay siempre muchos amigos; pero pocos para ayudarnos á levantar.»

¡Qué bien conocía la Santa el corazón humano!

Verdad provechosísima que Teresa consigna así, como si nada valiese, valiendo tanto y teniéndose en tan poco por la humanidad.

¡Y se dirá aún por la crítica moderna, que sus escritos son de escaso mérito!

Blasfemia horrible, que si no la viésemos inserta en un libro español no la creeríamos.

Perdónele Dios al *patriota* que así intenta mancillar una de las glorias nacionales, cegado sólo por su apasionada impiedad.

Cuantas penas, pues, cuanto mayor número de tribulaciones nos envíe el Señor, mayor debe ser nuestro reconocimiento.

¡Filosofía sublime, que en esto, como en todo, es la sola capaz de hacer posible la existencia ordenada y la marcha feliz del género humano!

Teresa vacila, y cae, es cierto.

Pero Teresa se levantará de continuo y de ordinario, aunque sea para volver á caer.

Y al darnos á conocer estas alternativas, con los más vivos colores las deplora y siente amarguísimamente.

«¡Oh, válame Dios! dice, si hubiera de decir las ocasiones que en estos años Dios me quitaba y cómo me tornaba yo á meter en ellas. Y de los peligros de perder de todo el crédito que me libró... Yo á hacer *obras* para descubrir lo que era; Él á encubrir las malas y descubrir alguna pequeña virtud, si tenía, y hacerla grande á los ojos de todos, de manera que siempre me tuviesen en mucho.»

Y más adelante:

«...No sin causa he ponderado tanto este tiempo

de mi vida, que bien veo no dará á nadie gusto ver cosa tan ruín, que cierto querría me aborreciesen los que esto leyesen, de ver un alma tan pertinaz é ingrata con quien tantas mercedes le ha hecho, y quisiera tener licencia para decir las muchas veces que en este tiempo falté á Dios por no estar arrimada á la *fuerte columna de la oración*.

»Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas, y con levantarme y mal, pues tornaba á caer; y en vida tan baja de perfección, que ningún caso casi hacía de pecados veniales, y los mortales, aunque los temía, no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros.

»Sé decir que es una de las vidas más penosas que me parece se puede imaginar, porque ni yo gozaba de Dios ni traía contento en el mundo.

»Cuando estaba en los contentos del mundo, el acordarme lo que debía Dios, era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban... Ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuanto más tantos años.

»Con todo, veo claro la gran misericordia que el Señor hizo conmigo, ya que había de tratar en el mundo, que tuviese ánimo para tener oración: digo ánimo, porque no sé yo para qué cosa de cuantas hay en él es menester mayor, que tratar traición al rey y saber que lo sabe, y nunca se le quitar de delante.

»Porque puesto que siempre estamos delante de

Dios, paréceme á mí es de otra manera los que tratan de oración, porque están viendo que los mira; que los demás podrá ser estén algunos días que aún no se acuerden que los ve Dios.

»Verdad es que en estos años hubo muchos meses, y creo alguna vez año, que me guardaba de ofender al Señor y me daba mucho á la oración, y hacía algunas y hartas diligencias para no le venir á ofender.»

Y todo lo que escribe afirma ser verdad.

Anímense los que teman; afiáncense los que duden; fortifíquense los que vacilen.

El retrato que la monja carmelita hace de su alma en el instante á que hemos llegado de su vida, aunque su modestia le da mayor extensión, era digno de colocarle aquí tan al vivo como élla le hace, y nosotros, por nuestra parte, no le debíamos sustituir ni reemplazar.

Siguen otros sublimes apóstrofes:

«¡Oh, bondad infinita de mi Dios, que me parece os veo, y me veo desta suerte! ¡Oh, regalo de los Angeles, que toda me querría, cuando esto veo, deshacer en amaros! ¡Cuán cierto es sufrís Vos á quien no os sufre que estéis en él! ¡Oh, qué buen amigo hacéis, Señor mío, cómo le váis regalando y sufriendo, y esperáis á que se haga vuestra condición, mientras le sufrís Vos la suya.»

Y dice luego:

«Tomáis en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidáis lo que os ha ofendido. He visto esto claro por mí, y no veo, Criador mío, por qué todo el mundo no se procura llegar á Vos por esta particular amistad. Los malos, que no son de vuestra condición, se deben llegar para que los hagáis buenos, con que os sufran estéis con éllos siquiera dos horas cada día, aunque éllos no estén con Vos, sino con mil revueltas de cuidados y pensamientos del mundo, como yo hacía: éllos se enmendarán.»

Y avanza más:

«Sí, que no matáis á nadie, Vida de todas las vidas de los que se fían de Vos y de los que os quieren por amigo, si no sustentáis la vida del cuerpo con más salud y dáisla al alma.»

Y concluye:

«¿Qué temen los que temen comenzar oración mental? Ni sé de qué han miedo. Bien hace de ponerle el demonio para hacernos mal de verdad. Sí, con miedos me hace no pensar en lo que he ofendido á Dios y en lo mucho que le debo, y en que *hay infierno* y *hay gloria*, y en los grandes trabajos y dolores que pasó por mí. Esta fué toda mi oración, y ha sido cuando anduve en estos peligros; y ansí era mi pensar cuando podía... Y muy muchas veces, algunos años tenía gran cuenta con desear se acabase la hora que tenía de estar rezando y escuchar cuando daba el reloj, que no en otras cosas buenas... Y hartas veces no sé qué penitencia gra-

ve se me pusiera delante, que no la acometiera de mejor gana que recogerme á tener oración. Y es cierto que era tan insoportable la fuerza que el demonio me hacía ó mi ruin costumbre, para que no fuese á la oración, y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme...»

Ésta, ésta era la gran debilidad de Teresa; en esto principal y acaso exclusivamente consistía.

Y por élla se conduele y de élla se lamenta.

Sometió Dios á Teresa de Jesús, andando el tiempo y cuando contaba veinticinco años, á una nueva y dolorosísima prueba, que vino para élla en época de «las tribulaciones del alma» de que acabamos de hacer mención.

Tomaremos de ella misma, en su mayor parte, lo que entonces sucedió:

«En este tiempo dió á mi padre la enfermedad, de que murió, que duró algunos días.

»Fuíle yo á curar *estando más enferma en el alma que él en el cuerpo*, y en muchas vanidades, aunque no de manera que cuando entendía estuviese en pecado mortal, entendiéndolo yo, que en manera ninguna lo estuviera.

»Pasé harto trabajo en su enfermedad; creo le serví en algo porque él había pasado en las mías.

»Con estar yo harto mala me esforzaba, y con faltarme él me faltaba todo el bien y regalo, porque en su solo ser me le hacía. Tuve tan gran áni-

mo para no le mostrar pena, y estar hasta que murió, como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho.»

¡Qué acentos tan hermosos de una buena y cristiana hija!

Pena amarga, torturas del corazón; serenidad aparente para no contristar al autor de sus días... ¿No es esto lo que todos debiéramos hacer?

Y sigue:

«Fué cosa para alabar al Señor la muerte que hubo, y la gana que tenía de morirse, y los consejos que nos daba después de haber recibido la Extrema Unción, al encargarnos le encomendásemos á Dios, y le pidiésemos misericordia para él... Y que le sirviésemos siempre y mirásemos que con no hacerlo ansí se acababa todo.»

¡Muerte envidiable!

«Y con lágrimas nos decía la pena grande que tenía de no haberle servido; que quisiera haber sido fraile, y haberlo sido de los más estrechos que hubiera... Quince días antes le dió el Señor á entender no había de vivir; porque antes destos, aunque estaba malo, no lo pensaba. Después, con tener mucha mejoría, y decirlo los médicos, ningún caso hacía dellos, y sólo sí no entendía en ordenar su alma. Fué su principal mal de un dolor grandísimo de espaldas, que jamás se le quitaba, y algunas veces le apretaba tanto, que le acongojaba mucho.»

Díjole Teresa:

—«¡Ah, Señor! siendo como sóis tan devoto de Cristo con la Cruz á cuestas, tomad ese dolor como muestra de que Él es quien quiere haceros sentir algo de lo que había pasado con aquel dolor.»

«Y consolóse tanto, que nunca más se le oyó quejar... Estuvo tres días falto el sentido, y el que murió se le tornó el Señor tan entero, que á todos espantaba... Y le tuvo hasta rezar la mitad del Credo que dijo Él mesmo, hasta que espiró.»

Por último, concluye diciendo la Santa:

«Quedó como un Angel, y ansí me parecía á mí lo era Él en alma y disposición, que la tenía muy buena. No sé para qué he dicho esto, sino es para culpar más mis ruindades, después de haber visto tal muerte, y entender tal vida, que por parecerme en algo á tal padre, la había yo de mejorar.»

Su confesor, que era dominico, y gran letrado, dijo que no dudaba que don Alonso se habría ido derecho al cielo, «porque había algunos años que le confesaba, y loaba su limpieza de conciencia.»

¡Cuán hermosos!

¡Cuán bellos é interesantes detalles!

# V.

**Para un tunante, otro mayor.**

En aquellos días de amargura y de dolor por la muerte de su buen padre, Teresa de Jesús tuvo algunos consuelos y complacencias.

Pero fueron complacencias y consuelos humanos; fugaces, pasajeros é incompletos.

Los últimos que la separaron y distrajeron de la senda á que se sentía inclinada; la de la virtud en su más alto concepto: el de la santidad.

La noticia de la grave dolencia y riesgo de vida de don Alonso reunió en Avila á los miembros de la familia.

Y fué de los primeros á llegar á la ciudad amurallada, el padre de María, quien tuvo aún el consuelo de ayudar á la religiosa carmelita en sus oficios de hija cariñosa, y de estampar un ósculo en la frente del hidalgo castellano.

El de Ortigosa vino solo, sin María.

¿Qué había sido de la prima de Teresa?

Súpolo entonces la monja con regocijo, y esta circunstancia nos permite que, conociéndolo nosotros, podamos decirlo á nuestros lectores en este sitio.

Iremos por partes, por más que para ello tengamos que retroceder por algún tiempo en el curso de nuestro relato.

Doña Catalina Carvajal no quiso dejar de concurrir á la cita que le había dado Natam Gutiérrez.

Cuando llegó á la casa de la calleja donde ambos se habían visto aquella mañana, ya la esperaban impacientes.

¿Quiénes?

El judaizante y los Manrique de Lerma.

El estado en que venía, la situación de su ánimo, alarmó á sus amigos.

Pero su asombro fué grandísimo cuando oyeron de su boca lo sucedido en casa de los marqueses: que Hispaleto estaba herido, y María había á ello contribuído.

Natam, que no esperaba estas complicaciones, quedó pensativo.

A la vez que por la mente de don Luis, del exfamiliar de la Inquisición, cruzaron pensamientos como suyos.

Los sucesos le habían acanallado y era un tunante, tan tunante como el judío.

—La suerte nos es propicia,—dijo al fin el prestamista.

Una sonrisa de asentimiento se dibujó en los labios del enamorado.

Aquella sonrisa significaba:

—¡Será mía!

Al astuto hebreo no se le escapaba fácilmente cosa alguna desapercibida.

Y aquella sonrisa le hizo comprender lo que el hijo de don Juan podía discurrir y maquinar en aquellos instantes.

En cuanto á don Juan, estaba asombrado y no discurría nada.

—No cabe perder tiempo,—añadió el judío.

Y también en esto convinieron los reunidos, acordando separarse inmediatamente.

Doña Catalina volvió al palacio de sus amos y encontró á María en la disposición misma que la había dejado.

¡Pobre niña!

Algo más advirtió Natam que acabó de ponerle en guardia y le confirmó en sus sospechas pasadas.

El hijo del ex-Corregidor deslizó algunas palabras con la dueña, y hasta le pareció que la había puesto algo en su mano, que la viuda había tomado.

—¿Comerá á dos carrillos?—murmuró entre dientes el prestamista.—¿Tratarán de jugarme alguna mala pasada?—pensó.

Y esta vez fué el judío el que plegó los labios con el mohín que conocemos y que infundía miedo

á cuantos se le veían hacer, por más que fuese por vez primera.

La sonrisa diabólica del judaizante era una de sus armas más poderosas, y su manera de mirar cuando sonreía, acababa de trastornar al que le interesaba dominar y someter á su capricho y voluntad.

Los dóciles instrumentos de sus intrigas, con su vario proceder y con su completa sumisión al prestamista, así nos lo demuestran y patentizan.

Don Luis estaba por esta vez demasiado embebido en sus pensamientos para notar lo que el judío hiciera en aquel momento.

De lo contrario, el mohín del hebreo le habría como siempre trastornado.

—¿Qué me importa á mí ya ese hombre?—se dijo el amante apasionado de la hija de don Pedro, al despedirse de Natam Gutiérrez para regresar á su casa en compañía de su padre, que no cesaba de repetir:

—¡Qué cosas suceden! ¡Qué cosas pasan!

El judío les siguió con cautela hasta su palacio, y una vez que les vió entrar en él, se encaminó rápidamente á su escondite del Atochal.

Lugar estratégico de todas sus insidias y maquinaciones.

De allí salía y allí volvía sin que nadie acertara á descubrir su madriguera.

Trataron largo y tendido los Manrique de Ler-

ma de la libertad de Hispaleto, de las consecuencias de su herida.

Y el padre, que era débil en cuanto á su Luis se refería, alimentó en el joven locas esperanzas que fueron mayor incentivo y aguijón para los planes que unas cuantas horas hacía acariciaba.

¿Dió de ellos cuenta al autor de sus días?

No era tan cándido como todo esto.

Después de conversar hasta tarde, don Juan se retiró á sus habitaciones, y el mancebo quedó en las suyas sin ánimo de recogerse.

Como en otras ocasiones, don Luis apagó la luz para aparentar que se había acostado.

Pero estuvo antes por largo rato paseándose en su cámara y deteniéndose reiteradamente para contemplar el retrato de María.

Aquel retrato con tanto cariño y tanto respeto pintado por el artista y profanado tan de continuo por el exfamiliar del Santo Oficio.

La pasión del joven era una pasión brutal; pasión de las que impulsan y arrastran á los mayores excesos.

Y aquella noche, como nunca, había de cometerlos, dada la disposición de su ánimo.

El tunante era cobarde.

—Ahora no puedo temerle,—pensaba;—¿qué me arredra? ¿qué me detiene?

Y luego reflexionaba:

—María está celosa de su tía y de Hispaleto; querrá vengarse, y es fácil que por despecho me

escuche y me atienda... La pintaré mi pasión; la ofreceré llevarla al pie de los altares... Simularé, si es preciso, un matrimonio en toda regla, en el que un amigo haga de celebrante, y de testigos cualquiera de mis criados... Si espero á que Natam cumpla sus promesas, ese día no llegará nunca... Los judíos, para engañar á los católicos se pintan solos.

Y así discurriendo fué elaborando su diabólico plan el exfamiliar de la Inquisición; plan que halló factible, que halló bueno.

Pensarlo y ponerle en ejecución, fué todo uno.

—Cuento con doña Catalina; la he dicho que me espere, que me facilite la entrada en el palacio de los marqueses, y lo hará seguramente así... Ha tomado el bolsillo repleto que la he dado, sin que ni Natam ni mi padre lo hayan observado... La estrella de mi rival se eclipsa, mientras la mía ha de brillar esta noche con vivos fulgores.

Y al expresarse así don Luis, estaba seguro del éxito de su empresa, y gozoso creía ya estrechar en sus brazos al ídolo de sus ambiciones.

Para formar castillos de naipes, los niños y los enamorados; castillos que derriba un soplo; pero que los que los hacen, al hacerlos, los conceptúan inexpugnables.

Esto pasó aquella noche al hijo de don Juan, y al apagar la luz de su cuarto, ya todo lo tenía pensado, y su suerte estaba echada, como en breve tendremos ocasión de conocerlo.

Reinaba en el palacio de los marqueses de las Cuevas el más profundo silencio.

Doña Leonor y don Enrique permanecían encerrados en el aposento, en que conversaban en secreto.

Y la Carvajal, lejos de tratar de tranquilizar á María, aumentaba su aflicción y su congoja, pintándola con vivos colores la perfidia de su tía y de Hispaleto.

Élla, conculcando sus deberes de esposa.

Él, faltando á sus promesas de caballero.

Élla, ingrata para el mejor de los hombres.

Él, traidor é infame para un ángel como élla.

Oficios de diablo espléndidamente pagados, según Natam Gutiérrez había sospechado.

¿Qué joven resiste, estando apasionada, una sugestión tan hábil?

La Carvajal era maestra en esta clase de servicios, no sabemos si ya antes de nosotros conocerla ó después de entrarla la codicia.

Los seres vulgares, con poco impulso tienen suficiente para convertirse en unos canallas.

Oyóse un ruido extraño, en medio del silencio, que alarmó á la doncella, y la dueña procuró atenuar fingiendo una tos ruidosa y persistente.

—¿Habéis oído?—preguntó María.

Doña Catalina tardó en contestar á la joven, tosiendo siempre como dejamos indicado.

La puerta del aposento, sólo cerrada con el pi-

caporte, se abrió de golpe, y en el dintel apareció un hombre cubierto el rostro con una media careta, y calado el sombrero hasta las cejas á mayor abundamiento.

¿Quién podía ser aquel individuo?

La respuesta á tal pregunta no puede ser difícil para nuestros lectores.

Doña Catalina, que le conocía y le esperaba, no extrañó su presencia.

Sólo la joven quedó asombrada, y dió un grito de espanto al verle.

Después de tantas emociones, la doncella no pudo moverse de su asiento, y el miedo la dominó hasta hacerla perder el conocimiento.

—¡Oh, rabia!—exclamó el del antifaz al ver que la hija de don Pedro se había desmayado.

—¡Os la tenía ganada!...—se apresuró á decir la Carvajal, acudiendo á sostener á la pobre joven.

—Y ahora, ¿qué hacemos?—prosiguió el desconocido.

—Mejor que mejor para robarla,—le contestó la dueña, la pupilera, cada vez más envilecida é interesada.

Después de cuanto la hemos visto hacer, ya nada debe extrañarnos ni sorprendernos.

Ahora es cuando conocemos á la parlanchina de la casa de junto al Arco de Santa María, si por acaso nos tenía engañados.

El afán de enriquecerse la trocó por lo menos en el transcurso de los años.

Codicia sostenida hábilmente por Natam Gutiérrez, y aquel día avivada por el repleto bolsillo que el hijo de don Juan puso en sus manos, al decirla en voz baja:

—Esperadme... Estad preparada.

La viuda no necesitó más para prevenir las cosas de manera que el enamorado lo encontrase todo dispuesto á medida de su deseo.

Y antes de reunirse con María, la Carvajal abrió el balcón de la gran sala que daba sobre la puerta principal del palacio.

Porque aquel salón de las grandes recepciones no era usual y cabía bien que por él penetrara fácilmente el seductor.

—¿Qué se propondrá?—discurrió doña Catalina un instante, y se dijo después:—piense lo que piense, le serviré en todo.

Nada preocupaba á la pérfida.

—Se irá con él, —se dijo con indiferencia, juzgando á la pobre niña por lo que élla hubiese hecho en un caso semejante.

Pero el desmayo de María resolvió el negocio para don Luis y la Carvajal más favorablemente.

El que de modo tan súbito abrió la puerta de la habitación, era, pues, don Luis, quien por una casualidad extraña llevaba el mismo traje del día en que por su delación fué preso Hispaleto y conducido á las cárceles del Santo Oficio.

Una mala ropilla negra, un antifaz, buenas ar-

mas y un gran sombrero favorecían mucho las intrigas amorosas.

Era este el traje ordinario de los enamorados y los galanteadores.

En el tiempo transcurrido y que medió entre la vuelta de don Luis al palacio de sus padres, y la hora que era, tuvo tiempo sobrado para disponer la realización de sus proyectos.

—Herido mi rival, debo utilizar esta circunstancia,—concluyó por reflexionar.—Si vive, porque vive; si muere, porque muere;—añadió su previsión.

Y como en el exfamiliar de la Inquisición no había más que una sola idea, la de poseer á María, halló más expedito seducirla y engañarla, á esperar que Natam le cumpliera sus palabras.

—¡Demasiado me ha hecho esperar ese tunante!... No puedo fiarme de él... La ocasión la pintan calva.

Sabía don Luis, al expresarse así en su cuarto casi en voz alta, que algo se cernía sobre la cabeza del judío que podía de un momento á otro desvanecer sus trabajos de venganza, ya por varios modos satisfecha, sin que él, por su parte, recogiera ventaja.

Y con tales precedentes, no es de extrañar lo que resolvió y llevó á cabo con la facilidad que en aquellos tiempos tenía un caballero de su posición y circunstancias para realizar una intriga amorosa.

En efecto.

Así como hoy hay agencias fúnebres, cuyos dependientes velan toda la noche, en aquel siglo, y en villas tan principales como Madrid, había sitios donde se facilitaba á los amantes en pocas horas cuanto necesitaban.

Y estas empresas estaban amparadas por gentes de gran pro y de influencia, y hasta rendían fuertes ganancias.

Don Luis acudió á uno de esos sitios, á una de esas agencias, y en élla le facilitaron todo lo necesario.

Una litera, escalas, hachas de viento, linternas sordas, cuerdas, y hasta gente.

Gentes dispuestas por poco dinero á guardarle las espaldas, y á matar, si era preciso y la intriga lo demandaba.

Todo estuvo en breves instantes á su disposición.

El dinero todo lo allanaba.

Según era el servicio, era la paga.

Valientes de corazón, chisperos, seres cuyo oficio hacían posibles las costumbres de aquel entonces.

Como las de hoy hacen otros, muy propios para los aventureros y holgazanes, para quienes todo es preferible á no trabajar.

Costumbres que dejaban mucho que desear en lo tocante á la moral privada, explicables por la ignorancia, y á quien han reemplazado otras por contrarias exageraciones no menos dignas de censura y que las anematizamos.

Un poco de oro antes y ahora, y todo lo malo se logra y alcanza.

—Adelante, pues,—dijo don Luis.

Y saliendo por un momento volvió con otro hombre, también enmascarado.

—¡Pobrecilla!—exclamó hipócrita la Carvajal al ver que, cogiendo entre ambos á María, la llevaron al salón principal del palacio.

Y á seguida, y no sin exposición y sin trabajo, la bajaron por una escala hasta la calle.

La infame dueña ayudó á los raptores, siquiera por evitar que la desmayada sufriese algún mal, y asistió impasible á aquel robo, alargando siempre su mano por si la daban algo.

Manrique de Lerma, antes de deslizarse por el balcón, arrojó otro bolsillo á la Carvajal, y esta vez se lo echó como se premian ciertos servicios.

Con el más soberano desdén y el más profundo desprecio.

Una vez en la calle, no se cuidaron de la escala, ni doña Catalina, aturdida, la quitó.

Dieron vuelta á la fachada del palacio con su preciosa carga los raptores.

En la calleja les esperaba la litera; entraron en ella á la hija de don Pedro sin que volviese en sí; don Juan se sentó junto á élla, cerró la portezuela, y en voz alta é imperativa dijo:

—A donde sabéis.

Los gañanes cargaron con la silla, los matones

la rodearon, y la comitiva se puso en marcha en medio de la obscuridad, el abandono y el silencio que á tales horas envolvía á todo Madrid.

Esta clase de aventuras eran frecuentes, y á nadie llamaban la atención, como en ellas no fuesen interesados.

El exfamiliar del Santo Oficio no cabía en sí de gozo.

Respiraba el ambiente que exhalaba la mujer codiciada, y á pesar de su libertinaje se sentía cohibido.

No la veía, pero percibía su aliento y hasta le parecía escuchar los latidos de su corazón.

—¡Mía! ¡mía!—decía,—y esta idea le trastornaba.—Cuando vuelva en sí la diré cuánto la amo; la pintaré lo que por élla he sufrido, lo que he aguardado para arrancarla un sí de su boca; y me oirá, y, despechada, consentirá en llamarse mi esposa... No quiero,—añadió,—no debo privarme de tan suprema felicidad.

La Carvajal tornó, entre pesarosa y satisfecha, á su cuarto; cerró la puerta, contó los dineros recibidos para ahogar los gritos de su conciencia, y los guardó en un arca, colocándolos entre ropas.

Y fué entonces cuando volvió á espiar á los marqueses, y tropezó con élla la sirvienta que primero había acudido al llamamiento de doña Leonor.

Sabemos en parte lo que pasó aquella noche terrible en el palacio de los nobles madrileños.

El hallazgo de la escala sujeta á los hierros del balcón; la sorpresa de los tíos de la doncella y de los criados cuando se apercibieron de aquel nuevo lance que tanto complicó las cosas; sucesos todos que por callarlos á su padre María no hemos podido hasta ahora mencionar en esta obra.

El triunfo de don Luis Manrique de Lerma era evidente, era notorio.

Aquel hombre sin delicadeza; aquel amante cobarde, que se prevalió de la herida de su rival para hacerse dueño de María, ideó y llevó á cabo aquella intriga con la rapidez que era precisa.

Todo hasta entonces salió á medida de sus deseos.

Pero como para un tunante hay ó suele haber casi siempre otro mayor, don Luis no contó con la suspicacia del judaizante.

Y Natam no se durmió en las pajas, como suele decirse, y alguno, al verle dirigirse á su escondite del Atochal, hubiera podido sospechar y creer.

Lo que aconteció á seguida del golpe afortunado del exfamiliar del Santo Oficio merece número aparte.

Preciso es reconocer, con un célebre escritor moderno, que la raza judía está dotada de una energía sin igual, de una fuerza latente que nada agota, de un orgullo no abatido, aun hoy después

de veinte siglos de abyección y el soberano desdén de todos los pueblos.

Moisés, inspirado por Dios, logró reunir en un haz las tribus indisciplinadas de los israelitas, y hacer de éllas un gran pueblo; pero al paso que les señaló los grandiosos destinos á que podían encaminar su nación, si permanecían dóciles á la voz de sus guías, sumisos á la ley divina, éllos con su sórdido espíritu de dominación malograron sus destinos.

*Cansaron* á Dios, ofendieron su providencia saliendo continuamente de los caminos que Él les indicaba, haciéndose verdaderos rebeldes.

Su rebeldía no ha concluído aún.

Rechazaron al Salvador, desconocieron al Redentor... Extraña ceguera, pues hasta los mismos impíos confiesan que la vida y la moral de Jesús fueron más que las de un sabio: ¡fueron las de un Dios!

El judío, no contento con lo hecho, dió muerte al Salvador, y desde el día en que fué consumado aquel horrendo crimen, el pueblo deicida, desconociendo, ó no queriendo al menos confesar que sobre él pesa la maldición del cielo, anda disperso por la tierra, odioso á todos, maldecido de todos, errante, jamás en reposo.

Pero, no obstante, altivo y soberbio, siempre sueña con la conquista del mundo y la humillación del universo.

¡Vana esperanza!

---

# VI.

## Intento malogrado.

CAMINABAN silenciosos los de la litera.

Bajaban por la cuesta que daba á la calle de Segovia, y que aún subsiste.

Y al ir á desembocar en la ancha vía que dividía á Madrid, se vieron de repente acometidos por un pelotón de hombres que en un principio supusieron fuesen agentes de la autoridad.

Intimidados con esta idea los pagados para guardar las espaldas al cobarde don Luis, retrocedieron algunos pasos.

Los conductores de la silla imitaron á sus compañeros y abandonaron su pesada carga.

Y si Manrique de Lerma no hubiera salido presuroso con la espada desenvainada y gritando:

—¡A mí los cobardes!

La escena habría tenido, acaso para él, un mejor desenlace.

Repuestos los rufianes de su primer movimiento

y temiendo perder la recompensa ofrecida, al mandato de su amo sacaron las tizonas y arremetieron á su vez á los recién llegados, trabándose cuerpo á cuerpo una lucha de las que á cada paso tenían lugar en las calles de la villa.

Aquello de oir chocar los aceros, de sentir blasfemar, á que siempre han sido muy dados los españoles de todos los tiempos, no causaba ya extrañeza.

Y nadie acudía, ni por curiosidad, en auxilio de los que voceaban y se batían por evitarse el verse envueltos en un proceso, cosa también á que constantemente se han resistido nuestros compatriotas por egoismo ó por prudencia.

Tampoco en esto hemos adelantado un paso, con daño notorio de la justicia, en torno de la cual se hace el vacío más absoluto y más completo siempre.

Y á élla se le atribuye, con notoria sinrazón, la deficiencia en los castigos.

Es la gran mayoría de los ciudadanos, la que en nuestra patria hace que no se haga luz en muchos de los procesos.

¿Curarán este mal las reformas modernas?

¡Ojalá que así fuese!

Los que acometían eran en mayor número que los que se defendían, y el valor desplegado por don Luis de nada le sirvió.

La refriega duró breves momentos.

En medio de lo más recio del combate se oyó decir á algunos:

—Triple paga á los que se vengan á mí.

Y en aquel instante una estocada tendió por tierra al exfamiliar de la Inquisición, al tunante para quien hubo otro mayor, como dejamos dicho en el número anterior.

Aquel incidente hizo que los rufianes se pasasen, en su mayor parte, al campo contrario, y que los que no lo verificaron huyesen á la desbandada.

La persona que había dirigido á los acometedores, ordenó que con presteza tomasen la litera.

Y haciéndolo así los de las espadas que con él traía, con la destreza y el compás de quien á ello está acostumbrado, presto desaparecieron todos de aquel sitio, en el que quedaron tres hombres tendidos en tierra, algunas espadas y dagas rotas esparcidas por el suelo, y no pocas manchas de sangre que demostraban que si los muertos habían sido pocos, los heridos debieron ser muchos.

Cerca de un cuarto de hora después se presentó, con la oportunidad de costumbre, la ronda, que obligó á retirarse del balcón á los del palacio sin retirar la escala, de cuyo dato los agentes de la autoridad tampoco se apercibieron.

—Aquí ha pasado algo,—dijo el que mandaba la ronda de alguaciles y corchetes.

—Uno, dos... y hasta tres muertos,—añadió otro que con una linterna inspeccionaba el terreno,—han quedado tendidos en la arena.

—¿Muertos?—preguntó el primero.

—Por lo menos no menean brazo ni pie,—respondió el segundo.

—Ni se quejan,—dijo otro.

—Ni piden auxilio,—prosiguió un tercero.

—¡Valiente refriega!

—Lo que es éstos ya no nos darán más guerra.

—Avisad á la parroquia de San Pedro por si acaso... Quédense algunos de centinela ínterin se da cuenta al alcalde del crimen, y síganme los demás, por si diésemos con los matadores.

La ronda se fraccionó.

Y los que debían averiguar algo se fueron por opuesto lado que los de la litera se habían marchado.

Lo de costumbre también en tales casos.

La policía sirve para poco, cuando no sirve para nada, que es lo más frecuente.

¿Qué la importa á ella el descubrimiento de los autores de un crimen?

Sólo las Santas Hermandades cumplieron en este punto con su instituto, y hoy la Guardia civil, que las ha reemplazado.

Lo dice la Historia así, y la prensa lo proclama en nuestros días diariamente.

Al volver en sí la hija de don Pedro se halló en una cama bastante buena.

A su lado había una vieja apergaminada á quien no conocía.

—¿Dónde estoy?—preguntó.

Miró con asombro á todos lados y quiso volver á hablar.

—Silencio,—la dijo la anciana.—Me han ordenado que calléis hasta que, tomando esta tisana, el sueño repare vuestras fuerzas.

María, más estaba para obedecer que para hablar.

Y la vieja la dió á beber una medicina, no desagradable por cierto, que la hizo un gran bien y la alivió á poco rato.

Al querer volver á enterarse, su compañera la prohibió de nuevo que pronunciase una palabra.

Y sintiendo María que los párpados la pesaban mucho, los cerró y se quedó dormida.

Poco después entró en el cuarto un hombre que conocemos.

—¿Ha bebido eso?—preguntó.

—Sí, señor; lo ha bebido.

—¿Todo?

—Hasta la última gota.

—Pues retiráos.

—¿La dejamos sola?—murmuró la anciana.

—Hasta mañana bien entrado el día no necesita de nadie, dormirá...—la replicó el que la mandaba.—Y luego no conviene que os vea,—añadió,—cuando recobre por completo el sentido. Ya veré lo que hemos de hacer; por ahora recogéos... La noche ha sido de prueba, y yo también he de dor-

mir algún rato. Al fin y al cabo la edad hace sus efectos; ¿no es verdad?

—Lleváis razón.

—Cuando yo tenía quince años menos, lo que hoy he trabajado me importaba poco.

—Mi señor está de buen talante,—pensó la vieja.

Los que hablaban se fueron.

Y la hija de don Pedro quedó sumida en un letargo reparador.

¡Desgraciada niña!

Su inexperiencia y la vehemencia de su cariño hacia Hispaleto la habían perdido.

De las garras de un libertino había caído en las redes de un malvado.

Lo que debió servir para hacer su dicha, se trocó para élla en un momento en causa y origen de un grave mal, cuyo remedio no estaba en manos de los que la querían, imposibilitados de buscarla como lo hubiesen intentado en cualesquiera otra ocasión que su rapto se hubiese consumado.

El intento de don Luis quedó malogrado.

El tunante mayor venció al menor, y lo venció para siempre.

Un personaje menos, de que la daga de un desconocido nos ha librado.

El exfamiliar del Santo Oficio, atravesado de parte á parte y disfrazado como iba, hasta el segundo día no pudo ser identificado.

Expuesto su cadáver en el depósito del hospital Provincial de Madrid, y echado de menos por su padre, éste fué á quien tocó primero verle en tan lastimoso estado.

Don Juan, al reconocer al mancebo, cayó al suelo sin sentido, y sólo pudo pronunciar estas palabras:

—¡Mi hijo!... ¡mi hijo!

Que oídas que fueron por los que velaban los muertos recogidos la noche anterior en la vía pública, se apresuraron á noticiar á la justicia.

Y como don Juan era muy conocido en Madrid, se ordenó le entregaran el cadáver.

—Nos ha caído un excelente negocio,—dijeron los corchetes.

—El padre pagará las costas,—añadieron.

A los otros hallados en la cuesta que daba á la calle de Segovia no les reconoció nadie, y fueron enterrados, quedando las ropas ensangrentadas por algunos días en el depósito, por si por éllas podía venirse en conocimiento de quiénes fuesen aquellos desdichados.

El cuerpo de don Luis fué recogido previa una buena gratificación de su padre, y se le dió cristiana sepultura con arreglo á su rango y posición.

Aquella concesión le costó los cuartos, y aun así, tuvo por una fortuna el haberle encontrado.

—¿Quién habrá sido el matador?—se preguntaba el ex-Corregidor, y no acertaba á explicarse lo acaecido.

Ni podía meterse en honduras cuando estaba en tan malas circunstancias para explicar su conducta desde que un deseo de venganza le había con el judaizante relacionado.

Un solo, un único dato le hacía sospechar con algun fundamento.

El de que el cadáver de su hijo había sido encontrado en las inmediaciones del palacio de los marqueses de las Cuevas.

Y en él había sido aquel día herido Hispaleto.

—Luego el pintor no ha sido... ni Valdespinar había podido ocuparse de nada aquella noche.

La justicia no pudo llegar á obtener tanto.

Cuando se hizo de día, varias personas vieron colgando del balcón de los nobles castellanos una escala, y la escala fué recogida.

Esto pudo, depurándose, adelantar algo.

Pero la alta categoría de los dueños de aquel edificio y la fidelidad de los criados de los marqueses, les libró de un compromiso por este lado.

—¿Habrían querido robar á los marqueses?—se dijo por el vulgo.

El intento criminal se supuso y hasta se dió por cierto.

Sin que nadie se volviese á ocupar de la escala recogida y que por inadvertencia habían olvidado.

Y como en el palacio de los marqueses procuraron todos que Hispaleto herido permaneciese oculto y la Carvajal mantenida á buen recaudo, nadie

sospechó que la refriega habida tuviese relación con la escala.

El arranque violento de don Enrique permaneció ignorado, y el proceso por las muertes se sobreseyó y quedó archivado.

Cabe, pues, que todo lo dicho pasase además, porque los marqueses no dieron parte tampoco á la justicia de la desaparición de su sobrina por las razones que conocemos y dejamos apuntadas.

Natam Gutiérrez fué el autor de la lucha habida y de que resultó la muerte de don Luis.

Y lo fué, porque adivinó desde luego le convenía espiar á los Manrique de Lerma y prevenirse contra cuanto en la casuca de la entrevista de la mañana y de la caída de la tarde había sorprendido.

Se dispuso para todo evento.

Hizo cercar incontinenti el palacio de don Juan por gentes de su devoción y su servicio:

Vió salir al mancebo en busca de los de la litera sin que el joven se apercibiera de ello:

Apostó luego espías en torno de la casa de los marqueses;

Y presenció, por último, él mismo la maniobra de la escala, y el auxilio que á los de afuera prestó desde dentro la Carvajal.

Las sospechas maliciosas del judío se vieron confirmadas respecto al enamorado de María, y esto lo explica todo.

—Evitemos que ese libertino se apodere de María,—pensó rápidamente.—Que destruya imprudentemente mis planes de venganza.

Y le cortó la retirada.

No era su ánimo que muriese el joven delator de Hispaleto.

—Él se lo ha querido,—murmuró al verle caer en tierra.

Y con la mayor sangre fría añadió:

—Un estorbo menos.

Sirvióse luego sin escrúpulos de la misma litera del raptor, y pagando con desusada esplendidez á los que le ayudaron á llevarla al Atochal, se apoderó de la doncella cuando menos lo esperaba.

La jornada de aquella noche fué completa para él, y hasta le hizo olvidar la libertad del artista.

—Ella y él serán míos ahora,—reflexionó.

Y él mismo fué el que dispuso el calmante que, siendo á la vez un narcótico, hizo caer á María en un prolongado sueño.

Y él también el que ordenó que la vieja se acostase, y el que sin desnudarse se echó sobre su lecho duro y malo, como lecho de avaro que tiene en poca estima su comodidad y su cuerpo.

Don Juan Manrique de Lerma, único que pudo hablar, no lo podía hacer sin comprometerse.

Los marqueses tampoco pudieron hacer nada por miedo á que se supiese lo ocurrido en su casa, y,

sobre todo, abrigando la esperanza de que el artista no muriese.

El médico, por su parte, ya sabemos que no tuvo para qué desairar las súplicas de la dama.

El intento, la intriga, pues, del raptor quedó malograda.

Fué el exfamiliar del Santo Oficio quien más perdió de todos, puesto que le costó la vida.

Y la perdió de una manera poco noble y nada envidiable.

Viéndose su cuerpo confundido con el de aquellos rufianes que por un poco de dinero á todo se exponían, sin que sus mismos compañeros de aventuras le compadeciesen ni se cuidasen de recoger sus despojos por no delatarse.

Vivían sin estimarse, sin quererse unos á otros; consumiendo en comilonas y borracheras el fruto de su trabajo, peor ó mejor recompensado, y dispuestos siempre á servir al que de éllos necesitase.

La litera volvió á la casa que por semejantes medios sacaba pingües ganancias.

Y como para todo dió de sí la noche, ningún rastro quedó que puntualizase lo que dejamos referido.

Y en parte supo Teresa de Jesús por boca de su prima, y ésta lo ocultó por su consejo á su padre.

---

# VII.

## Explosión de cariño.

TRANSCURRIERON muchas semanas.

Hispaleto, convaleciente de su herida, se levantaba.

Y en su exquisita delicadeza comenzaba á impacientarse.

—¿Por qué he de estar yo aquí... en esta casa? —se decía, aun cuando en realidad no guardaba rencor alguno al marqués.

Valdespinar no había querido herirle; el golpe iba dirigido á su mujer, y él se interpuso recibiéndole como premio á su hidalguía y á su generosidad.

—¿Qué culpa tenía su amigo?...—pensaba, y reflexionando algo más, llegó á inquietarle, sin conocerle, el motivo de aquel arrebato del marqués, de cuyo matrimonio tenía noticias tan excelentes.

—¿Qué habrá sucedido entre ellos durante mi cautiverio?...

Y cuando se hacía esta pregunta, recordaba que María había entrado á la vez que su tío en el aposento.

—¡Sospecharía de élla y de mí!

Y esta idea le espantaba, procurando con decidido empeño desecharla.

Lo raro, lo singular, lo inexplicable para el pintor, era ver á los esposos esmerarse á porfía en atenderle y agasajarle, sin explicarse los motivos de un cambio tan completo y de un olvido tan repentino de lo pasado.

Su extrañeza era natural; estaba justificada.

Tampoco se atrevía á preguntar por María, cuyo retraimiento sentía y deploraba amargamente.

—¡Estar junto á élla y no verla!... ¡Tenerla tan cerca y no presentarse!—reflexionaba con frecuencia.

Y todo era enigmático y extraño para él.

Su embarazosa situación no le permitía resolver nada.

Estuvo largo tiempo postrado en el lecho, y aunque iba mejor, carecía de fuerzas, de iniciativa, de medios y de recursos para abandonar aquella casa, en la cual se le retenía con las muestras más delicadas de un vivo interés y de un cariño verdadero.

—¿Qué haré yo, pobre y desvalido, cuando recobre la salud? ¿Qué haré primero que pueda trabajar y ganar? ¿Dónde iré?

Todas estas consideraciones atormentaban al artista y le tenían amilanado.

—Es preciso,—dijo doña Leonor á su esposo una mañana antes de hacer al joven su visita acostumbrada.—El médico me ha revelado ayer tarde que no esperemos que nuestro amigo recobre su salud por completo, ínterin le dominen ciertas preocupaciones y miramientos... Hispaleto es delicado; recibe una hospitalidad extraña de vos, que le habéis herido, y el recuerdo de lo ocurrido cuando el arrebato de vuestros celos...

—¡Oh! ¡no recordéis lo que tanto daño me hace! —exclamó Valdespinar.—¿Pretendéis descubrirle tan presto?...—prosiguió.—Reconozco las razones que para ello me dáis; sé que esto no puede prolongarse sin riesgo y perjuicio para todos; pero convendréis conmigo en que es penosísimo para mí...

—Lo sé, y lo deploro.

—Esperad, señora, algunos días... Yo sufro mucho; me hago violencia, me contengo, sobre todo cuando estoy á su lado, y siento impulsos vehementísimos de estrecharle entre mis brazos... Es bueno, es generoso, es un cumplido caballero.

—Necesitamos salvarle á todo trance; es nuestro deber más imperioso y sagrado...—insistió la del Aguila.—Por otro lado, sabéis que ama á mi sobrina y que su auxilio puede sernos de gran importancia para desplegar una activa campaña y encontrarla. Nosotros nada casi hemos podido hacer, y si mi hermano supiese...

—¡Ah! ¡pobre María!—interrumpió á la marquesa Valdespinar suspirando.

A su mujer se le saltaron las lágrimas.

—No os hago ningún cargo...—dijo á su esposo. —Su desaparición, después de lo que sabemos, me es cada vez más singular é inexplicable... Ser robada por el hijo de don Juan de grado ó por fuerza, cabe comprenderlo y aceptarlo... Pero luego, ¿qué sucedió?... Este misterio es horrible, y hace falta que lo descubramos cuanto antes... María cayó ciertamente en un lazo inicuo tendido por los mismos que han causado la desdicha de ese joven artista por quien yo me interesaba.

—De manera tan generosa... ¡Oh! perdonad, perdonad mis ofensas,—exclamó don Enrique cogiendo apasionado una de las manos de la dama y llevándosela á los labios...—Haced,—añadió,—lo que os parezca mejor, lo que queráis... Lo merezco todo... Y sin vos, hoy no tendría tranquila mi conciencia ni me hallaría resuelto á reparar el mal causado al que os salvó á vos de la muerte y á mí de cometer un crimen horrendo... Me entrego á discreción; no soy vuestro marido; soy, con gusto y complacencia, vuestro esclavo.

—Así, así os quiero ver, Enrique; ese ha sido mi deseo, mi anhelo más constante durante larguísimos años de fe, de constancia.

—De cariño y de amor, de abnegación y virtud. Lo sé; lo reconozco, y os estoy por ello reconocidísimo. Sóis, Leonor mía, un ángel.

—¿Según eso, consentís?...

—En cuanto dispongáis.

Doña Leonor no quiso esperar más.

Se levantó y salió del gabinete en que había tenido lugar el diálogo que en brevísimo espacio dejamos extractado.

¿Qué misterio encerraban los pasados acontecimientos?

Uno muy grave á que aludían los marqueses hablando así aquella mañana.

Por nuestra parte, no podemos ya mantenerle oculto tampoco.

Su revelación se nos impone, aunque quisiéramos servirnos de él para alargar más por este lado el interés de este libro.

Enterada doña Leonor del Águila del excelente estado de Hispaleto, aquella mañana le anunció con visible emoción grandes revelaciones que acabarían de hacerle comprender podía permanecer tranquilo y sin escrúpulo alguno en el palacio.

—Sé que habéis significado á Gonzalo deseos de abandonarnos, y esto nos ofende al marqués y á mí grandemente,—le dijo.

—Señora...

—¿Os tratamos mal?

—Por el contrario.

—¿No es, por otro lado, pagaros una deuda sagrada lo que por vos hacemos?

—Deuda que vale á vuestras mercedes demasiado cara.

—¿Teméis empobrecernos?

—Yo trabajaré con ardor para...

—¿Intentáis pagarnos vuestro hospedaje?

—Eso no; pero dejar de estorbar...

—Si sóis dócil; si me prometéis ser prudente, hoy mismo cabe se abra para vos un período de felicidad desconocida... ¿No tenéis confianza en mí?

—Completísima, señora,—la respondió el artista con rapidez y con la expresión de la gratitud más sincera y espontánea.

—Pues bien; disponeos á vestir, tomad vuestro alimento de enfermo y esperad...

Y dicho esto, la marquesa salió del aposento de Hispaleto.

Don Enrique aquella mañana no hizo al pintor su visita acostumbrada.

Cuando el artista preguntó por él, le contestaron que no había salido aún de su cuarto.

—¿Está enfermo?—dijo don Juan con ansiedad.

Los criados á quienes interrogaba no sabían cosa alguna acerca de los motivos que el caballero tuviese para permanecer encerrado.

Por este lado el artista no logró averiguar nada.

Era raro el retraimiento del dueño del palacio, y algo contribuyó á inquietarlo.

No obstante, Hispaleto hizo cuanto la marquesa le había ordenado.

Se vistió, tomó un ligero desayuno y esperó.

Cuando menos lo creía le llamaron de parte de los señores, y le dijeron que éstos le aguardaban en el gabinete mismo en que le hiriera su amigo enfurecido y ciego.

—¿Por qué allí?—pensó preocupado.

No había vuelto á entrar en aquella pieza desde que se vió herido de repente y sin razón.

¿Por qué raro capricho los esposos le esperaban en aquel cuarto?

A él le tocaba sólo obedecer.

Nada había cambiado en aquella estancia; hasta se conservaban aún sobre la alfombra que cubría el pavimento las manchas de sangre y la espada con que fué herido, que era la suya, y permanecía caída, como quedó cuando usó de ella el marqués con tan funesto resultado.

Es decir, para colocarle entre la vida y la muerte; para tenerle durante muchos días al borde del sepulcro.

La vista de aquellos objetos hizo palidecer al artista aún más de lo que estaba.

Y se conocía bien que su dolencia había sido gravísima.

El médico había estado acertadísimo y tomado por el herido un interés hasta exagerado.

Habían hecho mucho también en su favor los cuidados que se le habían prodigado.

—¿Me han hecho llamar sus mercedes?—preguntó Hispaleto permaneciendo de pie en el dintel de

la puerta por donde el marqués y María habían aparecido repentinamente el día del siniestro.

—Pasad,—le contestó doña Leonor con visible emoción.

Y cerró luego con gran esmero las puertas y hasta dejó caer los cortinones que las guarnecían.

Fácil era colegir toda la importancia y el sigilo de que deseaba revestir aquella entrevista.

Don Enrique permaneció, en el ínterin, sentado en un sillón.

Su fisonomía indicaba una viva ansiedad y una preocupación grandísima.

Al lado de su asiento había otro vacío.

—Sentáos aquí,—dijo Valdespinar al pintor, señalando el sitio desocupado.

El joven se sentó, no sin alguna violencia.

Por más que no guardase ninguna prevención contra el marqués, aquella cita, y en aquel gabinete precisamente, le disgustaba.

—¿No podían haber elegido otra estancia mejor? —pensaba.

Sin quererlo, casi retiró el sillón del que ocupaba el marqués.

Éste, al notar aquel movimiento, rogó al mancebo no se separase tanto.

—Sentáos más cerca de mí.

Hispaleto se acercó un poco.

—Más...—prosiguió el noble mientras su esposa permanecía de pie contemplando aquellos dos seres

á quienes amaba, á quienes quería, complaciéndose al pensar de esta manera:

—Todo es obra mía... Y ahora, ahora es cuando voy á verme recompensada.

Había ambicionado aquel momento durante muchos años, y como que deseaba retrasarlo.

Si solemne, solemnísima fué la entrevista de los dos esposos la noche en que Valdespinar hirió á Hispaleto, no parecía iba á serlo menos la iniciada ya en aquel instante.

Hubo por algunos minutos vacilación y como vergüenza por parte del marqués.

Recelos y dudas por la del artista.

De compasión y caridad por la del Aguila.

Después de esto, al que le correspondía romper el silencio era á don Enrique.

¿De qué suerte?

¿De qué manera?

Como no podía suceder de otra.

Y como lo fué, en efecto.

Con un arranque, con una explosión propia de los instantes supremos y difíciles de la vida.

Para los cuales no hay pauta ni regla, porque son momentos de sentimiento y no de reflexión ni de estudio.

Jamás se repiten ni reproducen de igual forma.

No cabe copiar en ellos otros análogos, otros semejantes.

Don Enrique, levantándose de repente del sitial

que ocupaba, tendió sus brazos á Hispaleto, y su boca no pronunció más que estas palabras con acento entrecortado y una pasión indescriptible.

—¡Hijo!... ¡Hijo mío!... ¡Perdóname!...—dijo.

Y besando al mancebo,

Y bañando su rostro con las lágrimas abundantísimas que se escapaban de sus ojos, dejó á Hispaleto cortado y perplejo por largo rato.

Después de esto, Valdespinar se separó del pintor, y cogiendo la mano de su esposa exclamó:

—A ésta se lo debemos todo... Bendecirla ambos, hijo mío, es nuestro deber.

El convaleciente, que no estaba prevenido para una escena semejante, experimentó una emoción que pudo costarle cara.

Un grito interior, un grito del alma:

Algunos vagos presentimientos:

Y, sobre todo, las lágrimas que rodaban por las mejillas de aquel anciano que le pedía perdón y le llamaba su hijo, le conmovieron de tal modo, que también él lloró.

Y las lágrimas de ambos se mezclaron, se confundieron.

La marquesa se acercó al artista y le abrazó, y su marido, teniendo abrazado el talle de la dama, besó en la frente al mancebo.

Doña Leonor ya no pudo contenerse y prorrumpió en sollozos que aliviaron su corazón oprimido.

Y aquel llanto hizo á nuestros personajes un gran bien.

No necesitaban ya casi hablar.

Don Enrique lo había condensado todo en sus cortas frases.

—¡Hijo! ¡Hijo del alma!—continuó repitiendo.

Mientras que Hispaleto decía á su vez con acento de una dicha no soñada, que no podía esperar:

—¡Padre! ¡padre!... ¡Ah, tengo padre!... Lo que más ambicionaba, lo que más quería... ¡Padre! ¡padre!... Dejad que lo repita millares de veces,—volvía á decir.

Y le interrumpía el marqués:

—¡Hijo! ¡Hijo!... Díme padre, sí... Porque lo soy tuyo y he de proclamarlo ante el mundo sin rebozo y sin ambajes... Y hacerlo constar en un documento público...

No contento con esto, don Enrique añadió:

—Y ahora, ahora mismo quiero que lo sepan todos los de casa, todos mis sirvientes, testigos de mi injusto arrebato... ¡Benditos celos que me impulsaron á una locura de que hoy debemos felicitarnos tú y yo!... ¡Sí, hijo mío, sí!...

—Sí, padre... Yo siento y pienso lo que vos, y doy por bien empleado lo sufrido.

Y el venturoso marqués tocó la campanilla con fuerza, sin que doña Leonor pudiera ó quisiera contener aquel movimiento no menos espontáneo que los demás que Valdespinar había realizado.

Y como quiera que desde el lance de la herida del artista y el rapto de María los fieles servidores de la casa estaban alterados y temerosos, acudieron al gabinete.

Y penetraron en él los más íntimos, los más allegados, precedidos de Gonzalo, del viejo mayordomo, á quien la del Aguila no había creído prudente advertir ni decir cosa alguna.

Y el noble, abrazando al convaleciente, les dijo al verlos entrar:

—¡Mi hijo!... ¡Este es mi hijo!... Oidlo todos, amigos míos... Al que yo herí, insensato, por sugestiones indignas, era mi hijo... Yo lo ignoraba entonces, y ahora lo sé... Mi hijo, que llevará desde hoy mi apellido y á quien todos tendréis por vuestro señor principal, porque renunciaré en él mi marquesado, mi título, todo... Yo, para mí, no quiero nada; todo me sobra; con poquísimo me basta.

Los criados, que ya querían al joven por su bello carácter, que habían temido por su vida, sorprendiéndoles las circunstancias en que ésta había sido causada por su amo, se regocijaron y prestaron gustosos obediencia y sumisión al pintor.

Gonzalo, sollozando como un niño, se permitió otras demostraciones de júbilo, y gritando como quien se quita un gran peso de encima, dijo:

—Lo sabía, señor... Lo sabía.

—¿Tú?—le preguntó el marqués.

—Sí; yo... Que serví leal á vuestro padre; que

os serví á vos, y serví á vuestra hermana antes de separarse de vos, cuando os casásteis...

—¿A élla también?

—Fuí su confidente, y más tarde de la señora marquesa.

—¿Luego todos habéis sido?...

—Sí; todos,—le interrumpió la del Aguila;—todos los que os han amado y querido.

—Pero más que todos, vos...—exclamó el noble.

Y colocándose en el centro del gabinete añadió:

—Postráos ante esa santa como yo me postro.

É imitándole los presentes se arrodillaron ante doña Leonor.

Cuanto allí sucedia era espontáneo.

La tía de María, sorprendida ante aquella inesperada demostración de respeto, alzó á su marido, levantó al artista y á Gonzalo, y ordenando á los criados que se pusiesen de pie, les rogó, después de darles las gracias enternecida, que les dejasen solos.

—Id ahora, amigos míos... Olvidad lo sucedido el otro día; acordáos tan sólo de lo que en éste ha pasado.

Y los servidores saludaron y la obedecieron.

Faltó á aquella entrevista doña Catalina Carvajal, el aya ó dueña de la hija de don Pedro, ya por entonces puesta á buen recaudo por consejo del letrado que se había hecho cargo de la defensa del pintor.

¿Cómo había, por otra parte, de haberla resistido?

Para la pupilera, aquella felicidad la hubiese hecho mucho daño.

Y la hubiese hecho tanto más, cuanto que élla de un modo indirecto la hubo provocado.

Sin sus malévolas sugestiones á María, ésta no habría cegado á su tío.

Luego, la viuda no hubiera podido ver con sosiego aquella reconciliación de padre é hijo, la dicha y la felicidad de todos.

Por muchos conceptos podía hasta tomarlo por un mal presagio.

Élla habría participado de ella sin sus traiciones y sus codicias; con sólo servir lealmente á sus amos.

Pero les había vendido villanamente y expiaba sus traiciones.

Cuando se quedaron solos la dama, el padre y el hijo, Hispaleto se resolvió á preguntar con miedo:

—¿Y María?... ¿Cómo no ha venido también?

Don Enrique bajó la cabeza apesadumbrado.

Y doña Leonor respondió con pena:

—Ya lo sabréis...

—¿No está ya en esta casa?

—No.

—¿Cree, acaso, que no la amo?

—Nunca en el mundo hay dicha completa,—añadió con acento solemne la marquesa.—Tran-

quilizáos ahora, y oid cosas que os importan mucho... Y con licencia de mi marido, es á mí á quien toca confiároslas.

La voluntad de la del Águila se imponía.

Don Enrique la suplicó con una mirada que hablase.

Y el joven, siempre pensando en María, se dispuso á escucharla.

Había llegado para la dama su hora.

Y conocido su talento, sabría aprovecharla.

# VIII.

## Relato inexcusable.

Doña Leonor del Aguila, después de las precauciones que tomó para no ser oída, ocupó un sitial entre su marido é Hispaleto.

Meditó por algunos instantes, y al fin dijo:

—Voy á cumplir una misión inexcusable, un deber que las circunstancias me imponen... Bien quisiera excusarme de él; pero será el postrer sacrificio que haga para coronar una obra mucho tiempo hace comenzada, que hoy termina para mí, y que vosotros dos debéis continuar.

—Dispuesto estoy á ello,—manifestó don Enrique.

—Y yo,—añadió el artista.

Y ambos se estrecharon las manos afectuosamente.

—Historias pasadas, cuentos añejos,—prosiguió la dama,—en cuyo relato me habéis, Enrique, economizado la mitad del trabajo, lo que había de

serme más penoso recordar. Vuestro corazón de padre se me ha adelantado, y yo lo celebro en el alma; más aún, por cuanto Hispaleto, con un instinto delicado, en vez de rechazaros os ha recibido en sus brazos... Tomemos todo esto, amigos míos, por una merced del cielo.

—Por tal la acepto.

—Y yo en igual sentido la tengo.

Dijeron confirmando las palabras de la marquesa, uno en pos de otro el padre y el hijo.

La dama siguió hablando:

—¿A qué conduciría haceros pasar, pues, un largo martirio?... Yo le he soportado con insistencia y con constancia, y le ofrezco á Dios en desagravio de lo que le haya ofendido, de lo que le haya faltado.

—Y os lo tomará en cuenta, seguramente.

—Amábais á una mujer, buena, honrada, y élla os correspondía; la hubiérais hecho feliz llevándola al pie de los altares, y no lo hicísteis así. Os conducísteis inicuamente, pero no fuísteis vos solo el culpable... El orgullo mal entendido de una persona que tenía sobre vos una gran influencia, un predominio absoluto y tiránico, os hizo cruel. Aquella pobre víctima llegó á ser madre...

—Y sufrió mucho... Y me llamó con insistencia...

—Y vos no acudísteis á su ruego postrero.. Porque fué el último, toda vez que al dar á luz á vues-

tro hijo, espiró sola y abandonada, pronunciando vuestro nombre.

Por las mejillas del artista se deslizaron dos gruesas lágrimas.

Sin haberla conocido, ya hemos dicho que amaba á su madre.

Y no la culpó nunca por su abandono.

Y ahora que oía por vez primera tan importantes detalles, se congratulaba de su proceder pasado.

—Debo advertiros, hijo,—añadió don Enrique, —no para atenuar mi falta, sino en obsequio de la verdad, que se me impidió de un modo material la salida del palacio.

—Lo sé,—afirmó con tono firme la del Aguila.

—Y se me amenazó...

—También me lo confesó vuestra hermana... Quien por un rasgo inexplicable, digo mal, debido á la hidalguía de sus sentimientos, fué humana. Y se cuidó de evitar que el fruto de los amores de su hermano pereciese de hambre. Reparó en parte su proceder, irreflexivo en cuanto á vos, é hizo que Gonzalo recogiese al niño, que se le bautizase con el nombre de Juan, y que una pobre, pero honrada mujer, lo amamantase.

—Cuando me referísteis, señora, por vez primera el proceder de mi hermana mayor, bendije con entusiasmo su memoria.

—Se dió sepultura á la mártir, y todo quedó así, sin que vos supiéseis...

—Perdonad, sóis mi esposa, y sin embargo no vacilo en decir, sin creer ofenderos, que adoraba á aquella criatura, á quien no mentí, á quien no engañé, á quien no seduje... Con la que me hubiera unido sin creerme humillado... Élla valía más que yo; era un ángel. Nos separaba lo que no es debido á nuestra elección, lo que no depende de nosotros, y he creído siempre un absurdo se tenga en cuenta en la gran mayoría de los enlaces...

—La educación y la virtud iguala á todos.

—¿Lo creeis así?

—Así lo creo.

—Sabía bien que pensábais como yo en punto tan importante.

—La filantropía y el amor que os profesaba vuestra hermana, Enrique, la hicieron perseverar en su protección á aquel ser desventurado, y no contribuyó poco á ello el fiel servidor encargado de llevar el importe de sus salarios á la nodriza buscada por él, y cuya familia...

—No pude encontrar á mi vuelta del extranjero, aunque la busqué con afán y agradecimiento,—dijo Hispaleto sin poderse contener.

—Avanzando el tiempo, después de bastantes años, nos conocimos y me elegísteis por esposa... Yo era de familia hidalga; vuestra hermana no pudo rechazarme. Nos casamos; élla no quiso ocupar un segundo lugar en vuestra casa, y se hospedó en un monasterio. Sufrí resignada aquel desaire

que vos endulzásteis con vuestra consideración y vuestro cariño. Nada sabía de vuestro pasado; vos ignorábais también la existencia de vuestro hijo. De sus trabajos y sus penalidades no sóis por ello tan responsable.

—La conducta de mi hermana apenas si tiene explicación.

—¡Dios! Enrique. ¡Dios!...

—Él lo ha hecho; bendigamos mil veces á Dios.

—Fuimos dichosos, ¡muy dichosos!

—Es exacto lo que decís.

—Pasaron los años. Vuestro hijo se ausentó de España, recorrió varios países. Hagamos de nuevo justicia á la memoria de vuestra hermana, sin la cual hubiese acaso perecido. Ella le siguió protegiendo, interesando para ello á sus amigos, aun á trueque de que hiciesen suposiciones ofensivas á su honor intachable, acrisolado... La vanidad, sólo la vanidad tiene poder bastante para contrarrestar las más excelsas cualidades del alma. Un ser vanidoso jamás es completo en las manifestaciones de su corazón, por buenas cualidades que tenga y sentimientos generosos que atesore; la vanidad lo marchita y afea todo.

—Añadid, esposa mía, la educación, el egoismo linajudo.

—Como queráis... Llego á lo más grave de mi relato inexcusable, y reclamo una doble atención.

—Decid cuanto sabéis; no omitáis nada, marquesa, porque estoy resuelto á suplir lo que oculte

vuestra modestia,—interrumpió don Enrique á la narradora.

—Tened en todo caso piedad de mí,—le suplicó la del Aguila.

Apreciar podemos en esto la diferencia de la virtud modesta á la que no lo es.

Doña Leonor no tenía orgullo ni vanidad alguna.

La hermana de su marido la tenía.

Y ambas merecían el mayor respeto y la más elevada consideración.

—Ni vuestra hermana ni yo nos tratábamos,—continuó diciendo la marquesa.—Por más que fuí algunas veces á visitarla en su retiro, se negó altiva á recibirme... Sé que procurásteis, Enrique, combatir su tenacidad, y os lo agradecí entonces y os lo agradezco ahora... Una tarde recibí un recado urgentísimo; vos no estábais en Madrid y acudí á la cita. Era la noble dama quien me llamaba; su estado gravísimo hacía temer por su vida; había recibido al Señor Sacramentado; se temía no pasase de aquella noche, y el sol se había ocultado ya. Me acerqué á su lecho, y me tendió una de sus manos frías y resudosas, se la besé llorando, me arrodillé, y entonces me contó cuanto por vuestro hijo había hecho.—Nobilísima acción,—la dije yo, y al oirme me apretó con más fuerza la mano que yo retenía entre las mías.—No quiero morir sin fiar á alguien el secreto que hemos guar-

dado Gonzalo y yo.—¿Qué pretendéis, hermana mía?—la dije entonces.—Pretendo de vuestra religiosidad un sacrificio inmenso, superior á las fuerzas de una mujer vulgar. Pero vos no lo sóis,—añadió favoreciéndome mucho.

—Haciéndoos justicia,—la interrumpió su marido.

—Y atrayéndome, para que pudiera oirla, hacia sí, añadió:—Reemplazadme, hermana; continuad ejerciendo la obra de caridad, aunque haya sido incompleta, que á mí me consuela en este instante en que Dios me llama á sí, y sólo á este precio podrá perdonarme...—Os lo ofrezco, la seguiré.—¿Me lo juráis?—exclamó con voz entera, aunque ya comenzaba su estertor.—Os lo juro,—la respondí en voz alta para que me pudiese oir, y por única muestra de que así había sido, me llevó la mano á su corazón, que sentí dejar de latir á los pocos instantes.

. . . . . .

Doña Leonor guardó silencio.

Don Enrique y don Juan se miraron.

Por la mente de los tres cruzaban ideas mil y en armonía con la diversidad de su estado.

—Y habéis cumplido heróica, esposa mía, aquel penosísimo juramento,—dijo al fin Valdespinar postrándose anegado en lágrimas ante su esposa.

Y el artista le imitó, como antes le había imitado en unión de los servidores del palacio.

—Así no... En mis brazos,—exclamó la dama.

Y se estrecharon los tres en «apretada piña de amor.»

—Decidme, ahora que lo sé todo,—se atrevió á decir el artista,—decidme qué ha sido de María; lo há menester mi alma, lo anhela, lo desea mi corazón... Por terrible que sea estoy dispuesto á escucharlo ahora más que nunca.

—¿La sigues amando?—preguntó don Enrique.

—Cada vez más, padre mío.

—Pues élla te ama también.

—¡Oh, dicha!... Quiero decírselo ahora, padre; ahora que puedo, ahora que tengo un nombre digno de élla... Y oir de sus labios...

—¡Imposible!—murmuró doña Leonor anonadada.

—¡Imposible!—repitió el marqués con acento desgarrador.

El pintor palideció densamente.

—Por piedad decídmelo... ¿ha muerto?

—Peor que eso,—murmuró la del Águila.

—¿Se ha unido á otro?—dijo con voz alteradísima el artista.

—No...—se apresuró á contestar don Enrique, adivinando lo que su hijo sufría;—no puedes acertar...

—Ocurre una gran desgracia, para la que tenéis que prepararos.

—No adivino.

—Una desgracia que coincidió con los sucesos de la noche en que...

—Acabad presto.

—Nos la han robado...

—¿A María?

—Sí.

—¿Quién?—gritó con furor el enamorado.

—Lo ignoramos, no lo sabemos.

—¿Cuándo?—añadió el artista.

—La noche horrible y funesta de mis celos y los suyos. Élla, seducida por una mujer infernal, me arrastró á espiar á la marquesa, y...

—Juntos penetrásteis en este gabinete, lo recuerdo bien; no lo he olvidado.

—Y yo acometí á mi esposa...

—Y yo me interpuse entra élla y vos... Adelante; todo eso me ha preocupado grandemente... ¿Qué sucedió luego?

—La marquesa me contó lo que acabas de oir, y yo caí á sus pies pidiéndola gracia; pidiéndola perdón.

—¿Y después?

—Después llamamos á María y ya no estaba en el palacio; la buscamos por todas partes, y una escala pendiente de un balcón nos hizo adivinar su desaparición.

—¿Una huída?...

—No... un rapto.

—¡Maldición!

—Al día siguiente el raptor apareció muerto en la cuesta que va á la calle de Segovia.

—¿Y era?...

—El hijo de don Juan Manrique de Lerma.

—¡Mi delator! ¡Oh, rabia! Y yo, que quería atravesar su corazón y taladrar su lengua...

Todo este diálogo se cruzó con rapidez entre nuestros personajes.

—Pero ¿cómo, si él apareció muerto, María no volvió al palacio?

—Libre de un tunante, dió en poder de otro mayor.

El pintor exclamó con viveza:

—¡El judaizante!

—¡Rayo de luz!—gritaron doña Leonor y Valdespinar.

Y continuaron:

—Estamos sobre la pista.

—No la abandonaremos.

—Retenemos en nuestro poder á la pérfida que nos vendía.

—Su nombre...

—Doña Catalina...

—¡La dueña de la casa en que fuí preso!

—La misma.

—¿Y en que recibí el Santo Viático?

—Sí.

—¡Élla! ¡Élla también contra mí!

—¡Pobre hijo mío!

—Y contra todos.

—Sí, porque esto nos demuestra lo que ya temíamos: la existencia de una intriga, de un complot.

—¿Nos ayudarás á buscar á María?

—Y la hallaré, aunque para conseguirlo tenga que bajar á los infiernos,—contestó Hispaleto con la firmeza de una inquebrantable resolución.

—¡Odiosa intriga!

—¡Inicua trama!

—Cuyo principio fué, sin duda, mi delación.

La mañana se había aprovechado y tocaba á su término.

Era casi la hora de comer.

Tardaron gran rato en sosegarse, en reponerse los esposos y el pintor.

Les convenía proceder con calma.

Por lo que á nosotros hace, hemos llenado este número de revelaciones, de datos curiosísimos é interesantes.

«El relato inexcusable» de la marquesa nos ha dado motivo y ocasión para aclarar muchas cosas que han permanecido veladas hasta aquí en esta obra.

No se dejaba todavía sentir la benéfica influencia de Teresa de Jesús en favor de los buenos que con élla estaban emparentados, y del castigo de los malos que les perseguían y hacían daño.

Pero Dios parecía ya proteger de un modo indirecto á los que probaba con merecimientos singulares para otorgarles gracias extraordinarias.

¿Podrá extrañarse que nosotros, creyéndolo así, lo afirmemos y sostengamos?

¿Lo dudarán nuestros lectores?

Esperamos que no.

Sin creernos fanáticos por ello, todo cuanto con la mística Doctora tuvo y tiene relación, fué y es dirigido por Dios, que se ha dignado constantemente mostrar hacia Teresa su ostensible y decidida predilección.

Al abandonar el gabinete de su palacio los marqueses y el artista, los tres formaban una sola familia.

¿Qué decimos?

Más que una familia:

Tres cuerpos y una sola alma.

Un solo anhelo.

Una sola voluntad.

Un solo deseo y un solo propósito:

Buscar á María; librar á María; salvar á María,

Víctima inocente de las insidias de Natam Gutiérrez, y no obstante salvada por él del mayor riesgo que había corrido en su vida.

Vedlo.

Para Dios no hay nada imposible.

# IX.

## María en grave riesgo.

De nada sirvieron las amenazas ni los halagos para hacer confesar á la Carvajal lo sucedido á la desdichada joven, cuya guarda, cuya custodia le había sido confiada.

Ignorando lo que había ocurrido á María la noche del rapto; sabedora tan sólo del descenso á la calle de la joven en brazos del libertino don Luis, y del rufián por élla ayudados, se encerró en un completo mutismo, confiando en ser espléndidamente recompensada por el mancebo cuando adquiriese la persuasión de su fidelidad.

Desconocía la codiciosa que la fortuna de los Manrique de Lerma había ido mermándose, gracias á la habilidad constante de Natam Gutiérrez, que toda entera, y acaso mucha más, había ido á poder del judío.

En una palabra: que estaban completamente arruinados.

El oro era su ídolo; el mismo al que el prestamista rendía el más fervoroso culto.

El hebreo era en este particular digno de su raza, que no había cambiado, que no ha cambiado aún hoy, á pesar de los siglos transcurridos; que acaso no cambie jamás. [1]

A causa del mal estado de su fortuna, el israelita no tenía empeño alguno en complacer á los Manrique de Lerma, y si seguía tratándoles era sólo por evitar que le delatasen.

Les tenía, por lo demás, ligados con su complicidad en la falsa delación del artista, y con obligaciones redactadas de forma y manera que, reclamándolas en un momento dado, podía hasta hacerles encerrar en una cárcel.

El avaro no se descuidaba nunca en nada.

No estaba tranquilo, á pesar de tantas ventajas y precauciones; comenzó, pues, á pensar si le con-

---

[1] Los orientales, según el A. Chabanty, no han cesado nunca ni cesan de esperar para un porvenir próximo, el que Jerusalén sea la *capital de todas las naciones*; y antes, como ahora, según éllos, el Mesías debe ser un conquistador que hará á todas las naciones del mundo esclavas de los judíos; que regresarán á la Tierra Santa victoriosos y *cargados de riquezas arrebatadas á los infieles*. El objeto, pues, de su misión será libertar á Israel disperso, establecer y consolidar en Tierra Santa un *reino temporal* que durará tanto como el mundo. Todas las naciones estarán entonces sujetas á los judíos, y *los judíos dispondrán entonces á su arbitrio de los individuos que las componen y de los bienes que poseen*. «Ninguna ley penal, ninguna tortura física hará, dicen sus miembros más autorizados, que *una raza superior sea absorbida por una raza inferior*. La raza bastarda y perseguidora desaparece, pero la raza *pur sang* y perseguida permanece firme. En vano, añaden, se derrumban sobre nosotros los siglos, y las décadas de siglos, agobiándonos y aplastándonos con sus propias ruinas; el espíritu del judío se levanta, toma nueva vida, marcha, y, en fin, lo vemos *ejercer sobre los negocios de Europa una influencia prodigiosa*.»

vendría trasladar su escondite del Atochal á otro punto, y hasta salir de Madrid.

Fué entonces cuando sobrevino la inesperada y solemne retractación del pintor, y ocurrieron las escenas que dejamos anotadas en los números anteriores.

La muerte trágica del exfamiliar del Santo Oficio congratuló sobremanera al prestamista; la posibilidad de que Hispaleto muriese le complacía también grandemente.

Si la suerte llegaba á serle favorable por estos dos lados, podía respirar con más libertad y tomarse tiempo para resolver lo que más le conviniera.

Los marqueses y el artista, que ya formaban un nucleo amenazador contra el malvado, determinaron con acierto ocultar, hasta pasado algún tiempe, las relaciones de parentesco que les unían, encargando á los criados que lo sabían, el mayor sigilo sobre este particular.

La fidelidad de los sirvientes, tan relajada hoy y de que ya nos hemos condolido, era entonces general y por todo extremo acrisolada.

También los amos eran mejores para sus criados; más considerados y hasta familiares con ellos. Y eso que no eran aquellos siglos *democráticos* como lo son hoy.

Para los pobres, la democracia no suele tener tantas ventajas como sus partidarios decantan.

Y en esto de verse *tratados bien* han perdido mucho los pobres; se les habla de derechos, pero en realidad no se les concede ninguno que mejore su situación, remedie sus necesidades ni alivie sus infortunios.

Pasaron algunas semanas sin que el estado de Hispaleto le permitiera hacer nada en el asunto que más le interesaba: hallar á su amada.

Le atormentaban diversidad de suposiciones y encontrados temores.

Según todas las apariencias, había sido robada.

—¿Pero se habría ido del palacio por su voluntad?—pensaba.—¿Por despecho consentiría en seguir á su rival?... Lo singular es que, muerto don Luis, no se arrepintiera y volviese á casa... ¿Qué nueva complicación la había hecho desaparecer?

Todas estas ideas batallaban de continuo en el cerebro del artista, y nunca lograba tranquilizarse, y estar, sobre todo, seguro de la inculpabilidad, de la inocencia de María.

Consultado el letrado salmantino acerca de lo que les convenía, el sabio legista aplaudió cuanto habían hecho.

Y el médico, á su vez, quedó atónito cuando pudo explicarse lo que le parecía mentira: que don Enrique hubiera tenido celos de una dama tan principal y tan virtuosa como doña Leonor.

—¡Aberraciones y extravíos del entendimiento humano!—exclamaba.

Todos, fuera de tan íntimos amigos y fieles servidores, ignoraron cuanto nosotros sabemos.

El nuevo proceso abierto contra los delatores del artista por el Santo Oficio adelantaba muy lentamente, y se hizo preciso dictar en él providencias más enérgicas.

La prisión de la Carvajal fué la más importante de todas.

Los marqueses no pudieron impedirla, por más que la temieran.

Tenaz y persistente en su silencio, tuvieron que entregarla á la Inquisición.

Sus buenos deseos quedaron frustrados.

—Élla lo ha querido...—les dijo el abogado.

Al verse sumida en un calabozo é interrogada doña Catalina, se hizo un ovillo, se enredó en mil absurdas contradicciones y mentiras, llegando á persuadirse sus jueces que lo sabía todo y no quería hablar.

Se la sujetó por esta causa al tormento, y entonces cantó de plano.

«Amargas censuras prodigan ciertos críticos modernos, dice el señor García Rodrigo volviendo sobre el *tormento*, á los Tribunales del Santo Oficio, y no falta respeto y aun aplausos para la masonería con sus misteriosos y terribles juramentos, ni se extraña ver á un hombre libre convertido en vil esclavo, aceptando los reglamentos más duros y tiránicos que ha podido inventar el despotismo bárbaro y absurdo de ambiciosos jefes. Arbitrarios,

se ha llamado á los procedimientos que usó el Santo Oficio, sin embargo de ofrecer al reo medio seguro de salvarse: y la masonería es hoy reputada como una sociedad muy filantrópica, y se encomia una organización destructora de la libertad, supuesto que no puede el iniciado retirarse de élla, y ha de vivir forzosamente sujeto á superiores, que exigen monstruosos sacrificios, y hasta la ejecución de bárbaros delitos si conducen éstos á los fines políticos é impíos de su tenebrosa asociación.»

Esto es oportunísimo y perfectamente cierto.

«Los *Grand-Jours* en Francia, con sus procedimientos abreviados y fallos inapelables de muerte, secuestro y derribo de las casas, fueron doblemente terribles, y este Tribunal sentenció en un año, de 1665 á 66, sólo en la Auvernia, doce mil causas; lo cual se comprende por lo rápido de un procedimiento sin audiencias del reo, defensa, ni apelación. Parecidos á éstos fueron los juicios y ejecuciones políticas de 1793.

»Y espanta lo ocurrido en Alemania con la *Santa Vehema*, cuyos jueces llegaron hasta el número de cien mil esparcidos por todo el Imperio: siendo ellos mismos los verdugos y ejecutores de sus sentencias, pues ahorcaban de los árboles á numerosas víctimas secretamente condenadas sin haber oído sus descargos. El procesado ignoraba su causa y sentencia hasta el momento de la ejecución, efectuada por lo general en el sitio donde aquél caía en poder de sus invisibles jueces, que estaban aso-

ciados en secreto y cubrían sus rostros para no ser conocidos y ejecutar las sentencias de muerte. Estos hombres sólo pronunciaban dos fallos: el de muerte ó el de absolución. Nada se escribía; se reducían sus juicios á indagaciones reservadas en que la calumnia y las venganzas particulares ocasionaron muchas víctimas inocentes. Aquellos jueces fueron una asociación de policía secreta con facultades para ejecutar ellos mismos la pena de muerte al que, en su juicio, era merecedor de ella.»

Nada de esto pasó con la Inquisición, cuyo restablecimiento no pedimos por ello.

Por más que repitamos ciertas cosas, nunca estarán de más cuando tanto y de tan mala fe se altera la verdad histórica y se extravía la opinión pública.

Es exactísimo lo que añade el señor García Rodrigo en su obra ya citada:

«Los Tribunales del Santo Oficio, dice, en sus procedimientos se acomodaron á las prácticas criminales de aquellos tiempos, exceptuando algunas modificaciones introducidas sobre *incidencias* que no podían resolver los códigos civiles por la índole de los asuntos sobre que versaban, siendo en la parte secular indispensable que se observara su jurisprudencia, y por cuyo motivo adoptó el tormento usado en los Tribunales ordinarios de justicia, como un medio, *aunque inhumano*, de arrancar á los acusados la confesión de sus culpas. El tormento no fué invención del Santo Oficio, ni la con-

fiscación de bienes que los códigos seculares determinaban para cierta clase de delitos, y entre ellos precisamente los de herejía, sacrilegio, profanación y apostasía. El tormento y la confiscación estaban *desgraciadamente* adoptados por las leyes de aquella época, y Torquemada en España no pudo separarse del sistema prescripto: bastante adelantó librando del tormento, confiscación, último suplicio, y de otros castigos aflictivos á los reos que se retractaban de sus culpas: y no hizo poco templando la severidad de aquellos códigos civiles, para entregar únicamente los reos contumaces á la justicia ordinaria.»

Y concluye:

«El Santo Oficio no pudo modificar la opinión pública, que miraba con muchas prevenciones á cuantos habían merecido ciertas penas, ni fué posible librar de la infamia la memoria de aquellos que morían ajusticiados. Igual nota merecen hoy las víctimas de ciertos delitos, sin que las leyes puedan remediarlo; y, sin embargo, nadie piensa en dirigir por ello cargo alguno á los Tribunales. En favor del procesado introdujeron las instrucciones alguna modificación sobre procedimientos; mas en lo esencial hubo de respetarse por de pronto las prácticas usadas en los Tribunales ordinarios de justicia y la sensatez y buen sentido del pueblo.»

Hacemos nuestros con entera complacencia tan preciosos datos y oportunísimas reflexiones históricas, que son muestra notoria de imparcialidad y

de respeto á la verdad en el ilustre autor que las ha estampado después de penosas investigaciones y serios estudios, poco acostumbrados en nuestros tiempos.

Manrique de Lerma, padre, como testigo fué á su vez interrogado, y si su hijo no hubiese muerto de manera tan inesperada, lo hubiese pasado mal.

¿No lo merecía, acaso, dada su misma acción contra Hispaleto?

Don Juan, abatido, pobre, y temiendo cualquier fracaso, abandonó á Madrid y murió á poco en un pueblo de Andalucía, donde aún conservaba alguna propiedad salvada de las garras del judío.

También de este personaje la suerte nos descartó á tiempo, y cuando su intervención en esta obra no nos hace gran falta.

La dificultad para el Tribunal estribaba en dar con el prestamista de la casa que la pupilera había ocupado por espacio de tantos años.

Natam Gutiérrez había procurado siempre llevar á sus amigos con grandes precauciones al escondite del Atochal, y como sobre este punto no se preguntó al ex-Corregidor, que sólo se prestó á apoyar á su hijo y tuvo buen cuidado de no hablar del judaizante, los inquisidores se esforzaron en balde por averiguar el paradero del que aparecía único, acaso, ó principal autor de la intriga ya descubierta del «Catecismo anotado» atribuído á Hispaleto.

Todo iba así explicándose, y nosotros nos complacemos de ello.

Pudiendo verse que aun en lo puramente fantástico é imaginativo, nuestra obra no resulta violenta, exagerada, inverosímil, sino factible y ajustada á lo que exige de nosotros la índole de estos libros.

La relación que anima la vida de la protagonista de esta producción está además en carácter de época, y reviste condiciones ejemplares y enseñanzas provechosas para toda clase de lectores.

De tal suerte cumplimos nuestras ofertas y compromisos.

Por su parte, los marqueses no quisieron traer al proceso la desaparición de María; era para éllos éste un asunto personalísimo y de carácter diverso.

Les convenía no sacarle de su índole familiar y privada.

—El hallar á María, debe ser obra exclusiva nuestra,—se dijeron.

Y como á la Carvajal no la interrogasen sus jueces sobre el rapto de la hija de don Pedro, ésta nada tuvo que decirles sobre el asunto de que no les competía conocer.

En este cabo suelto estribaron las únicas esperanzas de la Carvajal en medio de sus sufrimientos y sus temores.

Contó, sin inconveniente alguno, lo sucedido con su vecino; las idas del judío á su cuarto; la facilidad con que pudo colocar el libro herético en la librería del artista, sin élla apercibirse de ello.

Y de esta suerte, los cargos todos resultaron contra el hombre misterioso con quien no era fácil ni posible:

Contra el prestamista.

Se llegó á suponer hasta que el delator mismo de Hispaleto habría obrado de buena fe, seducido y engañado por el hebreo.

Por este lado, la memoria del muerto don Luis pareció reivindicada.

Las distancias, sin embargo, iban acortándose; el tiempo transcurría, el tiempo avanzaba.

Natam no salía hacía largo tiempo sino de noche, y aun así pocas veces y siempre disfrazado.

Retenía á María y á la congelada, pero la sobrina de la marquesa comenzaba á estorbarle.

Su odio era contra Valdespinar y María; aun queriéndola mucho, sólo estaba con él de un modo indirecto emparentada.

¡Ah! ¡Si Natam hubiese conocido los lazos que unían al artista con don Enrique!...

Por fortuna no los supo nunca, ni los sospechó siquiera.

Había perseguido á la joven por instigación de don Juan, y con el noble ex-Corregidor ya no tenía que tocar para nada.

Dado el amor hacia su hijo, muerto éste, don Juan desistió de toda participación en aquellos asuntos que tanto le habían preocupado y sido causa de su ruina.

Le restaba sólo al judío su venganza contra Valdespinar, y ésta no veía medio de hallarla cumplida.

Pensó, pues, en desasirse de la robada, y esta idea, una vez acariciada por su cerebro calenturiento, comenzó á atormentarle, á no dejarle comer ni descansar, á enflaquecerle y desmejorarle.

Veamos hasta el fin el proceso de esta nueva preocupación del fatídico personaje á quien se debieron las intrigas todas que llevamos relatadas.

La pobre niña de los experimentos mágicos y los fenómenos catalépticos, á fuerza de bondad y de cariño había conseguido atraer á su favor á la vieja sirvienta del judaizante, y por élla supo que su amo guardaba otra criatura, otra joven de su misma edad.

Quiso conocerla, tratarla; y la anciana, que no era del todo mala por lo que decimos, la dió gusto en esto.

María y la desconocida se hicieron presto grandes amigas.

Y casi todos los días se veían y conversaban.

¡Qué consuelo para entrambas!

Así pasaron muchos meses, y Natam ignoró que las dos reclusas se comunicaban entre sí y eran ya como dos hermanas.

El judaizante, que era capaz de cometer los mayores crímenes, tuvo miedo de ser el matador de María, y confió sus proyectos á la que guardaba con notoria fidelidad su oculto retiro.

Esto debía perderle, y le perdió.

—Yo lo lamento,—dijo Natam cierto día á la vieja apergaminada;—pero es preciso,—añadió,—acabar de una vez, y que yo salga de Madrid, donde corro peligro, donde se me busca con empeño, y donde ya ningún asunto me detiene... Esas dos jóvenes no pueden permanecer á mi lado... la una cabe que nos sea útil; pero la otra no... En caso de elección, me decido por la conocida; la que no lo es, su misma situación la libra de perecer bajo mi dominio... Además, nos ha hecho ganar mucho dinero.

Y variando la conversación de repente, prosiguió:

—Por cierto que no sé cómo estamos de cuentas; presumo os debo mucho dinero.

El judío se dirigió á un mueble precioso, del cual sacó algunas monedas de oro.

—Tomad,—dijo, dándolas á la vieja que custodiaba su escondite,—esto es un pequeño adelanto; luego que hagamos ese negocio, recibiréis lo que tengo ánimo de daros, para que el porvenir no os preocupe.

¡Qué intención tan aviesa tenía todo esto!

—¿Pues qué pensáis?...—le preguntó la vieja.

—Pienso que sóis vos quien suministre á esa doncella una medicina...

Aquí Natam Gutiérrez hizo la mueca que le era familiar.

—¿Y luego?...—le preguntó la vieja.

—Ya veremos de sepultarla, sin que nadie descubra dónde está su bello cuerpo... Porque la chica vale un mundo.

La anciana se estremeció.

—¿Qué respondéis?

—Que nunca habéis exigido de mí...—murmuró, sin atreverse á contradecir á su amo la guardesa.

—Las circunstancias... sólo las circunstancias.

—Lo he de pensar...—contestó la anciana para salir del paso.

—Doblaré la suma que pensaba daros.

—Esperad unos días.

—Con tal que no sean muchos, acepto.

Y el diálogo terminó aquí.

Nunca había sido más grave el riesgo de muerte para la hija de don Pedro, que lo fué desde aquel día.

El no atreverse á herirla por sí mismo el judío, modificó en su favor las circunstancias; pero aun así, el peligro siguió siendo para élla inminente.

¿Cómo engañar al prestamista?

¿Cómo excusarse la pobre vieja, acostumbrada á obedecer á su amo ciegamente?

Es más:

La pobre ignorante creía en la hechicería, creía en la magia, y tenía á Natam Gutiérrez por un ser sobrenatural.

Nada subyuga más que una credulidad confiada.

Y una vez hecha la proposición, la lucha en aquella mujer debía revestir las formas más contradictorias y más variadas.

—¿Las diré lo que sucede?...—se preguntaba.

Y al punto desistía de cometer una indiscreción semejante.

Otras veces reflexionaba:

—¿Cómo librarme de obedecer á mi señor?

Acababa por sumirse en el dédalo de la mayor contrariedad.

Y el cariño hacia las dos jóvenes hacía en élla sus efectos, y hasta la predisponía á decir resueltamente que no al judaizante.

—La matará él,—se objetaba á sí misma entonces.—Abonado es para ello... Luego temo que sus iras se vuelvan contra mí. Lo singular es que cuente conmigo para esto, que tenga escrúpulos... Esto de matar cuesta siempre mucho, y es más cómodo que sea otro... ¡desgraciada de mí! No veo medio... ¿Le engañaré?... Imposible; es muy sagaz, es muy astuto.

Y esto que pasaba á la vieja, patentiza lo que hemos dicho: la lucha que sostenía entre su sumisión absoluta al judío y sus buenos sentimientos.

Muy naturales, además, pues las jóvenes se hacían estimar por sus excelentes cualidades.

Contemplaba la vieja muchas veces á María, y ésta notó con extrañeza esta circunstancia.

—¿Tenéis algo que decirme?—preguntó la joven de repente á la mujer.

Y ésta se sintió desconcertada, limitándose á decirla:

—No; nada, nada.

—Os he sorprendido mirándome de tal manera, que...—prosiguió María.

—No; aprensiones, cavilaciones vuestras... Os repito que nada.

Todo es prodigio para la ignorancia, que fuera del estrecho círculo de sus alcances no acierta á ver la órbita donde su mueve el universo.

Y el judío, que comprendió lo que á su sierva pasaba, se esforzó en repetir lo que sabía en aquellos días para alucinarla.

Además:

Sabido es que el temor entrega al hombre débil á la merced del que sabe inspirárselo.

Y si, como han pensado varios observadores, el temor es el principio de cuanto hay real en lo que se refiere á las serpientes y á otros animales, hábiles en *hechizar* al débil pájaro en que quieren hacer presa, la mirada del hombre fuerte y amenazador debe ejercer una acción análoga sobre los tímidos, hasta el extremo de que éstos no pueden sostenerla; sus fuerzas encadenadas les dejan inmóviles, entorpecidos bajo el peso de tan poderoso *hechizo*.

En las leyendas de todos los países, nada es más común que los mágicos, cuya mirada *fascinadora* ejerce un poder inevitable.

Este poder no es de todo punto quimérico; en el principio, puede ser común y de mediana fuerza, pero luego adquiere un ascendiente sin límites sobre la imaginación aterrada.

Y la de la pobre llamada á ejecutar los deseos del hebreo, lo era en altísimo grado.

# X.

## Apariencias de muerte.

Era la media noche.

Una noche á intervalos clara ú obscura, según que aparecía radiante ó se ocultaba la luna entre los negros y espesos nubarrones que cruzaban el espacio.

No se percibía ruido alguno.

El recientemente construído monasterio de junto á la ermita del Atochal, parecía deshabitado.

Sólo se percibía, á través de las rejillas de la puerta del Santuario, la incierta y opaca luz que alumbraba la venerada efigie á que han profesado siempre tan piadosa devoción los habitantes de la villa.

De pronto se abrió un postigo del rústico edificio del Olivar, y un hombre, envuelto en un ancho ropón, salió de él y con sigilo reconoció el terreno.

Debió quedar satisfecho, pues acto seguido volvióse á internar en la casuca y pudo casi oírsele decir:

—La ocasión es favorable... Saquemos presto el ataud.

Con efecto; poco después el hombre del ropón, no sin trabajo y ayudado por una anciana más débil y torpe que él, sacaron una especie de cofre ó arca, y andando con ella algunos pasos la depositaron en el suelo.

Separando unas malezas con cierto arte colocadas, apareció al descubierto un hoyo bastante capaz para contener el arca.

Arrastráronla hasta él, y como era poco profundo, pudieron colocar allí lo que el viejo había llamado momentos antes el ataud.

¿Lo era, en efecto?

No lo sabemos.

Lo cierto es que el cofre debía pesar bastante, y podía muy bien contener un cuerpo muerto.

El hombre del ropón no echó tierra alguna sobre el arca, tenía deseo de irse de allí, limitándose á cubrirla con las hojarascas ó malezas que había separado para descubrir el hoyo, y él y la anciana se encerraron en la casuca de miserable apariencia de que habían salido momentos antes.

La operación pareció llevada á cabo con fortuna y la más absoluta reserva.

—Hecho;—dijo el hombre.

—Así lo habéis querido;—respondió la mujer.

—Ahora ya puedo ausentarme tranquilo de Madrid;—añadió el del ropón, sin que ni entre uno ni otro se cruzaran más palabras.

¿Qué había acontecido desde la resolución tomada por Natam Gutiérrez, y en la cual había hecho á la guardesa de su escondite del Atochal tomar la peor parte?

Insistente el judío en su proyecto de dar muerte á María, el pícaro logró persuadir ó intimidar á la amiga de las dos jóvenes que retenía en su poder, y exigió de élla que diese á la sobrina de doña Leonor un brebaje dispuesto por él, que debía, tomado en ciertas dosis, irla privando de la vida poco á poco y sin dolor.

La pobre niña comenzó por sentirse débil; luego tuvo que quedarse en cama, y al cabo sus párpados se cerraron y no los pudo volver á abrir.

¿Quedó aletargada, dormida, ó muerta?

En breve lo diremos.

Entonces fué cuando la anciana se dirigió apresuradamente al laboratorio de Natam y le dijo:

—El brebaje ó pócima ha hecho su efecto.

—¿Está muerta?

—Sí.

—Pues á primera hora cavaré la fosa, y á seguida os avisaré.

—Disponed un arca donde coja el cuerpo, aunque sea doblado, y dadme las dimensiones.

¡Qué horrible conversación!

La anciana cumplió el mandato del judío, y le dió las medidas de una especie de cofre que élla había dispuesto con exquisita previsión.

Natam cavó el hoyo, acumulando para aquella

ruda faena todas sus fuerzas, siéndole preciso descansar varias veces antes de darla por terminada.

Le convenía grandemente acelerar el momento de la inhumación.

Nada estorbó sus designios.

Al separarse de la vieja aparentó acostarse; sentía quebrantamiento de huesos, y aquel fingimiento podría permitirle mejor realizar sus planes.

La anciana también hizo á su vez que se acostaba, pero lo hizo vestida y como quien abriga designios de levantarse al breve rato.

¿Tenía algún plan?

No podemos decirlo todo á un tiempo.

Si Natam hubiese estado menos azaroso y preocupado, habría podido observar que su cómplice, que en un principio se había mostrado rehacia é indecisa para acceder á sus deseos, estaba aquella noche tranquila relativamente.

—La codicia lo puede todo,—se dijo el alquimista, y con ello le pareció amortiguar los gritos de su conciencia.

La disculpa no lo era.

Pero tenía otra mayor.

—Yo no he sido,—reflexionó;—yo no he sido el matador.

Y es que la hipocresía reviste en sus manifestaciones multitud de singularidades y extrañezas.

A la verdad que la del judaizante era una de las más deleznables.

Pero como fórmula hipócrita, al fin le bastó y le satisfizo.

Hemos visto multitud de ejemplos tan monstruosos é increibles en este sentido en criminales de la estofa del prestamista.

Hay muchos delincuentes que conceptúan que no lo son tanto si no ejecutan por sí mismos un delito, aunque impulsen á otros á cometerle; como hay otros para quienes el relato de una hazaña mayor modifica y atenúa el concepto que tienen de la por ellos ejecutada, si por acaso es menor.

En las cárceles y presidios esto es común.

No habiendo suministrado materialmente el veneno á María, Natam se hacía la ilusión de no ser él el matador.

A fuerza de mentirse á sí mismo, se había habituado á esta clase de engaños y de imposturas.

Líbrenos Dios, por esto que decimos, de acriminar á una raza entera por un tipo tan odioso como el que nos vemos precisados á detallar.

Pasó menos de una hora, y la vieja se tiró al suelo, y descalza para no hacer ruido volvió á abandonar la casa.

Esta vez iba detrás de ella otro hombre, alto y vigoroso, que llevaba un azadón y una pala.

Llegaron al sitio donde estaba el hoyo.

En breves instantes el arca quedó al descubierto.

La sacaron fuera; la vieja la abrió con febril an-

siedad, y á los rayos de la luna pudo verse dentro de ella, encogida y medio sentada, á una mujer.

¡Ah! Era la que habrán supuesto ya nuestros lectores desde los comienzos de este número:

María, la hija de don Pedro Sánchez de Cepeda.

La vieja se acercó á élla, tocó sus sienes, palpó sus manos, abrió su boca, y dijo al hombre con acento al parecer algún tanto seguro:

—Cargad con élla.

El así mandado tomó en brazos aquella levísima carga para él, y se perdió, sin preguntar nada, entre los olivos, como quien sabe de antemano lo que le corresponde hacer.

Antes de esto cubrió el hoyo con la hojarasca, que quedó exactamente como lo dejó el hebreo.

La anciana volvió á la casa, y ya esta vez no se acostó.

Y en prueba de que estaba cierta y segura de haber obrado bien,

Se la vió arrodillarse ante una estampa de la Virgen y orar.

Lo que dejamos referido pasó en poco tiempo, y á la verdad que necesita alguna explicación.

El plan debía ser vasto y abarcar varios extremos.

Vayamos por partes; procedamos con método.

En el largo espacio que la guardesa del tugurio del Atochal llevaba al servicio de Natam Gutiérrez,

había podido sorprender algunos de sus secretos.

Entre ellos figuraba el de un brebaje ó licor que el judío usó varias veces, y que tomado con ciertas precauciones producía los síntomas todos de una muerte aparente.

Ensayándolo en los animales primero, el hebreo se había equivocado en multitud de casos, y la muerte había sorprendido á las víctimas de sus experimentos.

Apoderándose del frasco que contenía aquel peligrosísimo licor, sustituyó con él el veneno que Natam le había dado para que lo tomase la hija de don Pedro, y esperó con miedo el resultado.

—Sólo así podrá salvarse,—se dijo. Y el vil israelita quedó burlado.

Y luego pensó:

—Pero, ¡y si muriese!... Yo habría hecho por élla de todos modos cuanto ha estado en mi mano.

Lo difícil era combinar la manera de completar felizmente aquella superchería sin que la conociese un hombre como su amo.

La suerte la favoreció en esto grandemente.

Es curioso lo que, tomándolo de un viejo manuscrito, vamos á extractar aquí, por si alguno pudiera poner en duda esto de los narcóticos y bebidas que producen efectos singulares, y de que se ha hecho uso en todos tiempos.

El empleo de los afrodisiacos tuvo efecto más de una vez en las orgías misteriosas del politeismo, y

sólo esto puede explicar los desórdenes monstruosos á que se entregaban en las bacanales, denunciados y castigados en Roma, ciento ochenta y seis años antes de Jesucristo.

Una escena de la novela de Petronio indica que estuvieron en uso mucho tiempo después en las reuniones nocturnas, donde la superstición servía de velo y de excusa á los excesos más repugnantes del más grosero libertinaje.

Semejante medio nunca pasó, sin embargo, de ciertos límites. Produjo el extravío de los sentidos, pero no exaltó la imaginación con maravillas: entregaba el hombre físico al poder de un charlatán culpable, pero no alcanzaba al hombre moral.

Los soporíficos fueron de mayor aplicación más tarde y se emplearon en las ceremonias secretas, ya para cerrar los ojos demasiado atentos, demasiado prontos á escrutar las causas de sus milagros, ya para producir esas alternativas de un sueño invencible y de un despertar repentino, tan aptas para persuadir al hombre que las sufre, de que un poder sobrenatural juega con su existencia y cambia á su arbitrio todas las circunstancias que la embellecen ó afligen.

El *muchamora*, que es un hongo muy común en el Kamtchatka y en la Siberia, comiéndolo, ó bebiendo un licor en que haya estado en infusión, dicho hongo produce algunas veces la muerte, y siempre un delirio profundo, ya alegre, ó poseído de tristeza y espanto. El paciente se cree some-

tido al poder irresistible del *espíritu* que reside en el hongo venenoso.

Otros brebajes tienen una eficacia diferente, pero igualmente susceptible de prestarse á lo maravilloso. El califa Abdalah, hijo de Zobeir, sitiado en la Meca, decidido á encontrar en una salida la libertad ó la muerte, recibió de su madre un brebage de almizcle, propio para sostener el ánimo, y no sucumbió, en efecto, sino después de haber hecho prodigios de valor que mantuvieron mucho tiempo indecisa la victoria.

Cuando van al combate los soldados turcos, se les da el *maslach*, bebida fuerte que contiene opio, la cual los vuelve casi frenéticos.

La embriaguez producida por el *muchamora* también produce á veces un aumento de fuerza, una audacia temeraria, juntamente con un deseo de cometer acciones culpables, que se consideran como imperiosamente inspiradas por el espíritu del *muchamora*. El salvaje kamtchadal y el feroz cosaco recurren á esta embriaguez para disipar sus terrores cuando proyectan asesinatos, y hasta el siglo XVIII todavía existían en los ejércitos de los príncipes indios unos guerreros fanáticos, llamados *ammoqui*, los cuales entraban en un delirio feroz por medio de un extracto de cáñamo combinado con opio. Y se les veía lanzarse hiriendo sin distinción á todo el que se les presentaba delante, hasta que caían, acribillados de heridas, sobre el cuerpo de sus víctimas. Ni el temor ni la humani-

dad detenían tampoco en el camino del crimen á los fanáticos que el *Viejo de la Montaña* embriagaba con una preparación de cáñamo, cuyo nombre (*hachiche*) hizo se diese á los que la bebían el nombre de *Asesinos*.

Todos los historiadores de las Cruzadas hablan de la mansión encantada donde el *Viejo de la Montaña* daba á sus crédulos neófitos tal afición al paraiso, cuyos placeres les hacía gustar, que la esperanza de volver un día á este lugar de delicias les hacía cometer todos los crímenes, y hasta arrostrar gustosos la muerte y sufrir sin quejarse los suplicios más espantosos. Mucho tiempo antes, *Schedadben-ad*, rey de Arabia, *queriendo hacerse adorar como un dios*, reunió en un jardín, cuyo nombre ha quedado proverbial en Oriente, *todas las delicias del paraíso*, y hacía partícipes de éllas á los adictos que se dignaba admitir en él. En uno y otro caso, pensamos que esos jardines, esos goces no han existido jamás sino en sueños provocados entre hombres habituados á un régimen sencillo y austero, por medio del uso no acostumbrado de bebidas adecuadas para adormecer su débil razón, y para exaltar su imaginación ardiente. Una preparación del *hyoscyamo* (la misma planta, sin duda, que el *hyosciamus datura*), conocida con el nombre de *bendjé*, servía para embriagarlos, para que se creyesen trasladados al paraíso, después que con pomposas descripciones se les había dado ya una idea de él, acompañada de los más violentos deseos; mientras

que, para excitarlos á cualquier acto desesperado, se les administraba el *hachiche*, extracto de cáñamo empleado todavía en Oriente para el mismo uso.

La existencia de los jardines del *Viejo de la Montaña*, sin embargo ha sido admitida como real por hombres ilustrados.

Entre las maravillas operadas sobre los hombres por seres que pretendían estar dotados de facultades sobrehumanas, no hay ninguna que haya dado por consecuencia un poder más extenso.

El *Viejo de la Montaña*, cuya historia corre mezclada con tantas fábulas, es sabido que se rodeó de una porción de fanáticos dispuestos á todo á la primera señal suya, y se confirma que la adhesión ilimitada de su gente no le costaba más que el cuidado de adormecerlos por medio de una bebida narcótica, y trasladarlos luego á unos jardines deliciosos, donde, al despertar, todos los deleites reunidos les persuadían, durante algunas horas, que gustaban los placeres del cielo.

Los rabinos enseñan que daban vino y licores fuertes á los infelices condenados al último suplicio, mezclando en el líquido unos *polvos*, á fin de que fuese más fuerte y que les *adormeciese los sentidos:* esta costumbre, tenía sin duda por objeto conciliar con la humanidad el deseo de aterrar con el espectáculo de los suplicios, y parece que la mirra era el principal ingrediente de que se componía el brebaje: vino meclado con mirra dieron á Jesucristo en la cruz. En el siglo II de nuestra Era,

Apuleyo cita un hombre que se había prevenido contra la violencia de los golpes con una poción de mirra. Si, como pensamos, la mirra sólo puede tomarse en brebaje bajo la forma de *tintura*, el efecto del alcohol debía aumentar la eficacia de las drogas narcóticas.

No puede, pues, ponerse en duda que los supuestos hechiceros empleaban estos recursos desde mediados del siglo XIV. Nicolás Eymeric, gran Inquisidor de Aragón y autor del famoso *Directorio de inquisidores*, se lamentaba de los sortilegios que empleaban algunos acusados, por cuyo medio parecían ser absolutamente insensibles cuando estaban en el tormento. El P. Peña, que comentó la obra de Eymeric en 1578, afirma la realidad y la eficacia de los sortilegios, apoyándose en los testimonios del Inquisidor *Grillando* y de *Hipólito de Marsiliis*. Este último, profesor de jurisprudencia en Bolonia, en 1524, dice positivamente [1] haber visto acusados que, por efecto de sortilegios, cuya naturaleza especifica, no sufrían ningún dolor, y *permanecían como dormidos en medio de los tormentos*. Las expresiones de que se vale son notables, pues describen al hombre insensible como sumergido en un entorpecimiento más semejante al efecto producido por un medicamento narcótico, que á la fiera energía resultante de una perseverancia superior á todos los dolores.

---

[1] *Práctica criminal.*

Wierius trae diversos ejemplos de esta insensibilidad pasajera, y cuenta que vió á una mujer insensible al poder de los tormentos. Su rostro estaba negro, dice, y sus ojos salientes, como si la hubieran ahorcado; es decir, que la exención de los padecimientos le costaba una especie de apoplejía. Un médico, testigo presencial de un caso de insensibilidad semejante, lo compara al estado de los epilépticos y de los apopléticos.

Son tantas estas sustancias y tan común la manera de obtenerlas, que nos es permitido suponer que, siendo conocidas en todos tiempos, pudieron servir para ejecutar maravillas análogas á la que hemos puesto. Muchos viajeros modernos han presenciado los padecimientos atroces y casi superiores á las fuerzas humanas que á la vista de todo un pueblo soportan los *penitentes* indios.

Los historiadores griegos y latinos hablan de esto mismo, y las tradiciones nacionales hacen remontarse su práctica á épocas muy remotas.

Las drogas narcóticas ó soforíperas han estado en uso, y lo estarán siempre.

Y los malvados harán uso de ellas sin que se pueda evitarlo.

Narcotizada ó anestesiada María por la mujer que la había cobrado tan gran cariño, pudo pasar por muerta sin dificultad, y como Natam tuviese decidido no esperar el resultado de lo que ocurriese después, cabe que se limitase á una lige-

rísima ocultación del cofre que creyó contenía el cadáver de la doncella, sin detenerse á enterrarle, como hubiera procurado en otra cualquier ocasión y en circunstancias normales.

Que se descubriese más pronto ó más tarde el crimen, le tenía sin cuidado.

De todas suertes, cuando sobre él llegase á hacerse luz, ni él ni la congelada debían estar ya en la villa.

Para conseguirlo así, no escaseó el dinero.

Preocupado con la proximidad de la huída, descuidó toda otra clase de precauciones.

Aconsejó á la anciana que se ocultase también, la entregó una gruesa suma, y se despidió de élla.

Esto pasaba pocos momentos después del enterramiento del arca.

Cerró por sí mismo la rambla que conducía á su laboratorio, haciendo casi imposible su descubrimiento, y esperó la hora convenida para marchar.

Un carruaje dispuesto desde las primeras horas de aquella noche, les esperaba en un sitio próximo y conveniente.

Y había dado órdenes para que la amiga de María estuviese lista á la primera indicación de su guardadora.

La pobre niña preguntó á la vieja por María, y ésta no se atrevió á decirla nada de lo que había pasado, temiendo alguna indiscreción por parte de la muchacha.

El desconsuelo de la desconocida fué grandísimo

al decirla que iba á abandonar á Madrid, y temió mucho al judío al decirla que iría con él, que la anciana y María se quedarían en la casa de la cual no había salido desde que á ella fué conducida desde la del Arco de Santa María, hacía tantos años.

Aquella prolongadísima reclusión la parecía preferible á cualquiera otra.

Las apariencias de la muerte de María engañaron á Natam Gutiérrez é inquietaron á su sirvienta, que tuvo precisión, bien á pesar suyo, de fiar á otra persona el destino, la suerte de la muchacha.

# XI.

## Cayó en la ratonera.

FALTABAN aún más de dos horas para ser de día.

Y del tugurio que conocemos del Atochal salieron muy recatados Natam Gutiérrez y la congelada, dirigiéndose hacia el lado opuesto de los prados de la villa. [1]

Allí les esperaba el vehículo de que antes hemos hecho mención.

Los reverendos padres religiosos del Orden de Santo Domingo ya se habían levantado, y las luces de algunas celdas brillaban, produciendo alguna molestia é inquietud al judío, que hubiese deseado anticipar su marcha.

Ya sabemos no había estado en su voluntad el conseguir verificarla antes.

---

[1] Prado de Toya ó de Atocha, de que ya hacen mención los Fueros en los comienzos del siglo XIII.

Caminaban, con precaución el judaizante, á disgusto y penosamente la joven.

Ésta, apenas podía dar un paso; estaba entumecida y la obscuridad la aterraba.

Además, el ir sola con aquel viejo la infundía sospechas siniestras.

Al llegar á la ermita, entonces del Santo Cristo de la Oliva, salieron de la sombra que el mezquino edificio proyectaba, varios hombres envueltos en sus capas.

—¡Alto!—gritó uno de ellos.

Y el corazón de Natam dió tan violenta sacudida, que estuvo á punto de caer.

La medrosa que le seguía, se detuvo maquinalmente.

El hebreo quiso hacerse el desentendido, y dió algunos pasos casi tambaleándose.

—¡Alto he dicho!—volvió á repetir con enfado el mismo de los apostados que había hablado antes.

—¿Quién va?—añadió otro.

—Gente inofensiva...—respondió á media voz el prestamista.

—¿Os llamáis Natam Gutiérrez?

—No... me llamo...

La situación de su ánimo no le consintió discurrir en el momento un nombre distinto que el suyo.

—¡Mentís!—exclamó otra persona distinta de las dos que habían ordenado y preguntado al judaizante.

Y sacando de debajo de la capa una linterna, la

colocó de manera que el foco de luz iluminase la fisonomía lívida del hebreo.

—Él es... lo aseguro; le conozco.

—¡Dáos preso en nombre de la Santa Inquisición!—añadió con acento imperativo y resuelto el que había dado el alto.

Llevaba el tal una vara negra, y ostentaba en su pecho la medalla del Santo Oficio.

No había excusa ni medio de escapar.

El judío había caído en la ratonera; estaba perdido.

Y así lo comprendió, á pesar suyo, con espanto.

Había sido descubierto.

¿Cuándo?

En su última intriga; en la que más le importaba; en la que tuvo por más decisiva.

Así, que su serenidad y sangre fría habitual le faltaron esta vez.

De entre los que habían salido al camino se destacaron dos fornidos corchetes que maniataron al viejecillo, que tiritaba amedrentado como nunca en su vida.

Y hecho esto, le empujaron, llevándole por delante sin dejarle decir una palabra más.

Se conocía que aquella gente era abonada para el caso.

Los encargados de la prisión del judaizante no se cuidaron para nada de la joven que detrás de

él permaneció sin atreverse á avanzar ni retroceder.

Se fueron todos y la dejaron sola.

¡Qué situación para la que oculta en el laboratorio del mágico, hasta el aire le ofendía y carecía hacía tanto tiempo de acción y voluntad propias!

Fácil es calcular el tiempo que la pobre niña se estuvo allí quieta.

Sus pies flaquearon y se sentó en el suelo.

.....

Dibujábanse ya en el horizonte los reflejos de la aurora; íbase iluminando el sitio en que se hallaba la infeliz, y las primeras personas que se dirigieron por el paseo á Madrid, fueron dos frailes del próximo convento.

Les llamó la atención, como no podía menos, el hallar á aquellas horas y en aquel lugar un bulto de persona.

Se acercaron y vieron á la reclusa.

—¿Qué hacéis ahí, niña?—la preguntó el más caracterizado.

El que con él iba era un lego á quien no le era lícito hablar sin mandato del ordenado.

Acompañante de religioso, que parece sordo-mudo por lo callado y automático.

La amiga de María no acertó á contestar; el miedo la seguía dominando.

—¡Desgraciada!—murmuró el religioso.

Era muy factible la idea que al cruzar por su mente le hizo exclamar en aquellos términos.

—¿Por qué no estáis en vuestra casa?—la volvió á decir.

É igual silencio por parte de la desconocida.

—¿Queréis que os acompañemos?—prosiguió el religioso, ya con acento más bondadoso.

—La morada de donde he salido está á pocos pasos de aquí,—murmuró al fin la interrogada.

—¿Cerca, decís?

—Sí... Yo no la conocería... Está en el centro de un olivar, y próxima á un edificio muy grande.

—¿Que no conocéis tampoco?

—No.

—¿Tenéis padres?

—Lo ignoro.

—¿Son hortelanos la gente con quienes vivís?

—¿Qué es hortelano?

—Esta chica es tonta.

El lego meneó por vez primera la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Servís?...

—No sé si sirvo... Lo único que sé es que obedezco.

El religioso, ante las respuestas de la joven, ignoraba á qué atenerse, y hasta temía ser víctima de algún grosero engaño.

—Llevadnos allí...—se decidió á proponer.

—Ignoro si acertaré... Vaya su mercé delante.

—¡Esta es buena! ¡Vos debéis guiarnos y habéis de seguirnos!

—Si no sé.

—¡No decís que está cerca?

—Sí; pero yo no he salido de élla hace muchos años.

—¡Que no habéis salido de élla en mucho tiempo!... Eso es increible... No os chanceéis, infeliz; habláis con un sacerdote, con un ministro del Señor.

—¡Ah!... Esos ya sé yo que son buenos...

—¿Pero ni siquiera podéis darnos alguna idea?

—Hace breve rato que andaba en pos de mi amo.

—¿Ignoráis también quién sea?

—También lo ignoro... Le han debido llevar preso... Aguardad, le han dicho Natam... No sé qué otra cosa.

—¿Estáis en vuestro juicio?

—No lo sé.

—¿Confiáis en mí?

—No os conozco.

—Ya os he dicho que soy un religioso.

—Me parece recordar vuestro traje... Sí, sí; ahora caigo... ¡Hace tanto tiempo que no veo más personas que las que me rodean, ó vienen á mí para hacerme sufrir mucho!

De nuevo asaltaron al fraile sus primeras sospechas, y estuvo á punto de seguir su marcha.

Se detuvo por caridad, y añadió:

—¿Habéis estado encerrada?

—Sí... desde una noche que salí de casa de mis padres huyendo... porque mi padre golpeó á mi madre brutalmente, y me amenazó con matarme á

mí... Hacía mucho frío; se llegó la noche; era invierno... No acerté á volver... Había tenido una gran desgracia... Me acurruqué en el quicio de una puerta; me fuí quedando yerta, luego dormida... Ignoro lo que me sucedió después... Cuando desperté ya no era en mi casa donde estaba. Un hombre muy feo me atendía; estuve enferma, y después me he dormido como entonces muchas veces, y he vivido siempre asustada...

—No es posible entender á esta desgraciada... ¿Y eso que contáis?...

—Hace que pasó mucho tiempo... Desde entonces no he sido dueña de volver á casa de mis padres... Mi madre quedó herida; echaba mucha sangre... ¡habrá muerto!

Y la joven rompió en un copioso llanto que acabó de conmover al religioso.

—No es lo que he pensado...—reflexionó.

Y luego añadió:

—Su relación, aunque incoherente, encierra misterios que debo procurar aclarar... ¡Qué aventura tan singular!

Y el fraile se sintió dispuesto á proteger á la pobre niña á tales horas encontrada.

Durante la relación de la joven, el cielo se fué aclarando, y se hizo de día.

El fraile apreciar pudo entonces con más seguridad que se había engañado.

Aquella criatura débil, pálida, con la vista ex-

traviada, y á quien hacían daño los rayos del sol, era un ser falto de razón, sin duda.

—¡Es una loca!—dijo casi en alta voz, olvidándose del daño que causar podía.

Y compadecido de élla doblemente, añadió:

—Venid con nosotros.

La joven obedeció, tapándose los ojos con las palmas de las manos, hasta el extremo de ser preciso guiarla para que marchase sin caer.

El religioso se dirigió al convento.

Habia sido llamado para confesar á un penitente, y al internarse en el edificio dejó á la joven sentada en la portería, recomendando al que estaba haciendo la limpieza que cuidase de élla, y se apresuró á comunicar al superior lo que le había ocurrido.

Antes de ser por completo de día, Natam Gutiérrez estuvo encerrado en un calabozo iluminado apenas por una larga y estrecha claraboya abierta junto al techo, y defendida por dobles barras de hierro.

Su instinto le persuadió que estaba perdido.

—¡De esta ratonera ya no salgo!—exclamó con desesperación.

El que le había puesto la linterna á la cara le pareció ser un conocido.

—¿Dónde he visto yo á ese hombre?—se decía.

Y al cabo de grandes esfuerzos de memoria, cayó en la cuenta de la persona que sin duda había

guiado á los encargados de llevar á cabo su prisión.

—Sí, sí...—se dijo.—No hay duda... Era el viejo criado de los marqueses de las Cuevas.

Y esto acabó de desconcertarle más.

El golpe venía de los mismos á quienes él había hecho tanto mal.

—¡Sólo esto me faltaba!—dijo con desanimación mayor.

Y rehecho algún tanto, prosiguió:

—¡Siempre esos malditos!... ¡Mi contacto con éllos me ha sido fatal!... Por no matarles desde luego...

Y el judaizante hizo su mueca de costumbre, y cayó en un abatimiento, en una postración que terminó en una altísima calentura, de la cual le hubiera sido mejor no le hubiesen salvado.

—Me espera una muerte horrible,—reflexionaba el judaizante.—La que hube de sufrir algunos años hace, y de que me libraron en mal hora... Precisamente su hermano; el marido que fué de mi hija contra mi voluntad.

Sobrevino el delirio durante su mal, y Natam reveló muchas cosas que le convenía haber ocultado.

Dijo cuanto no hubiese dicho, aunque le matasen, en su sana razón.

Contó y cantó el judío bajo la acción de la fiebre muchas cosas que le perjudicaron.

Y sus jueces lo aprovecharon todo, comprobándolo en el acto minuciosa y detalladamente.

Ocurrió la mañana de la prisión del prestamista otro incidente que favoreció mucho el cuasi desenlace de la obra de los marqueses de las Cuevas, de Hispaleto, del letrado que les dirigía, del médico que les auxiliaba, personas todas de notoria reputación y crédito para los Inquisidores, con los cuales se habían puesto en inmediato contacto con posterioridad á las revelaciones que mutuase habían hecho.

Pero sólo con relación al prestamista; no por lo que más les interesaba, ó sea por lo tocante á la hija de don Pedro.

La encargada de custodiar el tugurio aparente del Atochal, no bien vió salir de él al judío y á la congelada, formó un proyecto.

Arrepentida de cuanto mal había hecho en este mundo:

Pesarosa de haberse asociado á un hombre tan cruel, tan hipócrita y embustero como Natam Gutiérrez:

Habiendo concurrido á hurtadillas á algunas de las funciones que daban los religiosos desde su instalación en las inmediaciones de su escondite:

Resuelta á ingresar en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana,

Lamia, que, como ya sabemos, este era su

nombre, se dirigió á poca de ser de día al convento.

—Lo diré todo, todo, aunque me tuesten... No quiero vivir así: el dinero mal adquirido quema mis manos... Y luego, deseo salvar á María, y su situación me tiene inquieta y desasosegada.

En la portería halló á la joven recogida por el fraile.

—¡Cómo!... ¡Aquí vos!—exclamó al verla.

La alegría de la niña al ver á la vieja fué grande.

Era una conocida; podía sacarla de apuros, podía ayudarla.

—¡Y vos en este sitio!—dijo la joven.

—¿Qué ha sido de Natam Gutiérrez?—preguntó Lamia.

—Le han llevado preso, según creo.

—¡Preso!... ¡A él!...

La anciana no pudo ocultar su complacencia.

En aquel instante se presentaron en la portería el superior y el religioso que había recogido á la muchacha.

Creyendo hallar una, encontraron dos mujeres.

Su presencia allí les extrañó mucho.

La de menos edad no habría podido dar mayores explicaciones.

Lamia, por el contrario, hábilmente interrogada, enteró de todo á los padres dominicos, echándose al final á sus pies, vertiendo copiosas lágrimas de no fingido arrepentimiento.

—¡Perdón! ¡Perdón!—dijo.

Y dejó pensativos á los frailes.

El negocio era gravísimo.

Lo que aquella mujer contaba excedía á todo cuanto habían oído.

Volvieron á preguntar, quisieron oir á la doncella, y ésta añadió pocos detalles á lo que ya había dicho.

Y apenas si salían de su asombro.

Duró toda la mañana la conferencia de Lamia y la joven con los padres.

Cuando llegó su vez; cuando llegó su turno á lo sucedido á María, el superior, asintiendo á los deseos significados por la anciana, dijo:

—¡Ah, sí!... Convengo con vos en que es preciso salvarla... Encargáos de eso, padre,—añadió, —mientras yo alimento á estas mujeres, y envío á llamar á las autoridades, y hago saber lo que ocurre á los encargados de disponer lo más acertado, lo más conveniente.

—¡Señor!... Yo estoy dispuesta á expiar mis culpas; pero...—exclamó Lamia con terror.

—No temáis, buena mujer; sin vuestra sinceridad, nada se hubiera averiguado... Estáis bajo mi protección. Vos y esta joven entraréis en sitio conveniente para instruiros, y auxiliaréis á la justicia eclesiástica y civil sin riesgo alguno.

Todo y más necesitaba Lamia para sosegar su espíritu.

Las emociones que había sufrido eran para trastornarla.

Ambas á dos necesitaban reponer sus fuerzas; no habían dormido ni tomado cosa alguna en toda la noche ni aquella mañana.

El fraile del encuentro abandonó el convento, siempre con el lego mudo y sordo, y hasta podemos añadir que ciego para todo cuanto pasaba en derredor suyo.

En el ínterin el superior de la Comunidad ordenó que las dos mujeres fuesen recogidas fuera del edificio, que se las diese de comer y descansasen de la fatiga que las agobiaba.

Y todo se hizo según sus deseos.

Nos falta completar el anterior relato, que otros novelistas habrían diluído, y nosotros hemos condensado por no incurrir por más tiempo en el olvido de nuestra heroína principal, de Teresa de Jesús.

El hombre vigoroso á quien Lamia confió el cuerpo casi inanimado de María, tenía ya sus instrucciones.

Y á ellas se ajustó estrictamente, á pesar de su asombro.

Era un pobre y honrado hortelano que vivía solo en las inmediaciones del paseo de Atocha.

—¡En qué lío me he metido por ser condescendiente!—reflexionaba; sobre todo cuando descu-

brió el cajón, y se apercibió que dentro de él había una persona.

La vieja le había dado palabra de ir á su casa cuando fuese de noche y pudiera sin riesgo abandonar su tugurio.

Desconfiando de sí misma, pensó en anticipar su visita al hortelano; pero luego que fué de día cambió de idea, prefiriendo irse al convento.

—Yo no podré completar mi plan,—se dijo.

Su resolución, si bien fué provechosa bajo varios aspectos, complicó grandemente el giro de las cosas, en lo tocante á la hija de don Pedro.

El que llevó y ocultó en su mísero albergue á María, arrepentido de haber sido condescendiente, no tenía familia. Era viudo, vivía solo.

Su corazón bondadoso le había conquistado el aprecio de todos sus vecinos.

Y por ello le escogió Lamia para que le ayudase en su generosa maniobra.

La elección fué acertada.

Al verse sin recursos ni medios para aliviar á la joven á quien el aire de la mañana hizo un gran bien, el hortelano resolvió ir en busca de un práctico en medicina, á quien conocía mucho.

—Me dará tiempo,—pensó.

Y dejando acostada en su propia cama á la anestesiada, cerró por fuera la puerta de su vivienda y se encaminó á Madrid, donde su amigo moraba.

La fatalidad hizo que el buscado hubiese salido á un asunto urgente de su profesión.

—Podéis esperarle, no tardará,—le dijeron.

Y aguardándole, aguardándole, se pasó casi toda la mañana.

Antes que el hortelano volviera con el práctico, el fraile dominico, á quien Lamia había designado la choza en que debía ocultarse María, llegó á élla, y con extrañeza la encontró cerrada.

Llamó, y nadie le contestó.

Volvió á llamar con más fuerza, y entonces se persuadió de que dentro no había nadie.

—¡Será mentira todo!—se le ocurrió.

Y dió vuelta á la vivienda del hortelano.

La única ventana que tenía la choza estaba abierta, y se conocían las señales de que por ella había salido ó entrado alguien.

Esto llamó grandemente la atención del buen religioso, y le dejó suspenso.

No podía esperar cuanto le sucedía aquel día, y temió penetrar en el rústico edificio.

—Podría cerciorarme, pero no me atrevo... Preguntaré...

Y ya iba á retirarse.

En aquel instante llegó el dueño con el práctico su amigo.

Ambos venían corriendo.

El dominico no supo qué partido tomar; era evidente que aquellos hombres se dirigían á donde él se hallaba.

Le fué imposible huir ni ocultarse.

Cuando llegaron los dos hombres, el dueño de la choza vió al fraile, y se sintió sobrecogido.

Tampoco él creía encontrar á nadie.

No contaba con aquel testigo inoportuno de un hecho que revestía síntomas, para él, lo suficientemente graves para hacerle temer haberse metido en un mal paso.

Se le había pedido auxilio para ejercer una obra de caridad, y se prestó gustoso á ello.

Se le significó por la vieja que lo que tenía que hacer era evitar la consumación de un delito, y esto ya no le agradó.

Estaba en el tugurio de Natam Gutiérrez, y no cabía retroceder.

Poco á poco se le fué engañando.

Al llegar el instante de obrar se le había dicho:

—Aparta esas malezas.

Y las había apartado.

—Ayúdame á sacar esa arca.

Y se prestó á ello.

—Toma en tus fornidos brazos esa mujer y llévala á tu casa,—se le ordenó.

Y cual si fuese un autómata, notando que María no era una muerta, pues se la sentía respirar, la tomó en sus brazos.

—Sal.

Y salió.

Y luego que estuvo en el campo notó que la desenterrada se movía, y se regocijó de ello, aguar-

dando que al fin se lo explicasen todo para entenderlo.

Las gentes del campo son así; no aprecian el peligro muchas veces hasta que están metidos en él.

También de esto conocemos multitud de casos.

La confianza que el hortelano tenía en el práctico, y el deseo de hacer revivir por completo á la joven, le movió á abandonar su choza y salir en su busca.

Al notar la presencia del dominico, el sencillo labriego se dijo:

—¡Esto ya varía!... si este fraile se entera, ¿quién sabe lo que podrá pasarme?

Y hasta entonces no alcanzó la transcendencia que podía tener cuanto se le había hecho hacer.

Y se detuvo.

—¿Qué, no entramos?—exclamó el cirujano al ver que su amigo se paraba.

El religioso, adelantándose á ellos, no dejó contestar al hortelano.

—¿Venís aquí?—les dijo.

—Aquí venimos,—contestó el que se había ido á llamar.

—¿De quién es esta casita?

—Mía es, padre.

—Me tranquilizáis en parte. He llamado muchas veces, y como nadie me contestase, me he permitido observar...—prosiguió el religioso.

—No era fácil.

—Estoy seguro que no hay nadie.
—Sólo una enferma.
—¡Ah! la que busco.
—¡Vos!
—Sí... vengo para salvarla.
—Eso ya es otra cosa... entremos.
Y los tres penetraron en la choza.

En ella no había persona alguna, ni enferma ni no enferma.

María se había marchado.

. . . . . .

# XII.

## Todo se aclara.

Con tenacidad é ingenio, Hispaleto logró, ya que no enterarse ni averiguar el paradero de María, arrancar á la Carvajal algún dato respecto á la residencia secreta del judío.

Promesas de protección, ofertas de perdón y de dinero, hicieron que doña Catalina cediese en su tenaz resistencia á confesar nada de cuanto la convenía callar para sus fines y las ilusiones que se hacía para cuando fuese libre.

Un golpe en vago lo podía malograr todo fácilmente, y de aquí que el artista, de acuerdo con su padre y doña Leonor, decidiesen apostar gente de confianza, bajo la dirección de Gonzalo, en las inmediaciones del Atochal por espacio de muchas noches.

Allí, ocultos tras la ermita, de cuyos muros les hemos visto salir para prender al judío, espiaron sin resultado el paseo siempre solitario.

Comenzaban á desconfiar, cuando dieron el golpe.

—Él saldrá alguna vez... Seguid espiando,—decía Hispaleto á Gonzalo, y el mayordomo cumplía sus órdenes con la fidelidad de siempre.

—No es conveniente aventurarnos á ser víctimas de su perfidia buscándole en su misterioso escondite... Además, esa maldita pupilera puede mentir,—añadía otras veces el pintor.

Y de esta suerte vemos explicada la captura del judaizante.

Respecto á la estancia de María en poder del judío, nada sabía la Carvajal, y aunque algo de esto sospechaban los que tan interesados estaban en su hallazgo, no tenían para ello dato alguno.

También por este lado un paso en falso podía traer funestas consecuencias para la robada.

—Él debió ser el que se apoderó de la joven,—reflexionaban.—Pero si así fué, ¿dónde la llevaría? ¿En qué lugar la ocultará?...—se preguntaban.

No creyéndole capaz de tenerla consigo.

Madrid era ya muy grande, y no era fácil averiguar cosa alguna sin datos para conseguir un buen resultado.

Por lo que hace á Lamia, no había descuidado cosa alguna.

Antes de anestesiar á María la había hablado con frecuencia de su padre, de Ortigosa, de lo fácil que era encontrar medios de ir allí.

Y hasta tuvo la precaución de colocar en el bolso del vestido de la doncella algunas monedas de oro antes de entrarla en el cajón ó cofre, ya sin sentido.

—Por lo que pueda suceder,—había dicho la vieja.

Cuando la joven recobró la vida, aunque se sentía bastante débil y mareada, notar pudo que estaba sola en la choza del hortelano.

Recordó luego cuanto la había sucedido; se incorporó en el lecho del pobre labriego, y se aventuró á llamar.

Nadie la respondió.

Entonces se levantó, y con gran trabajo abrió la ventana.

No había visto el cielo y el campo hacía muchísimo tiempo.

El aire movió sus sedosos rizos y refrescó su frente abrasada.

Recordó entonces lo mucho que había sufrido; le aterró volver á caer en poder de sus enemigos; maldijo á Madrid, y en un arranque de desesperación, propio de su carácter, saltó por la ventana y huyó.

¿Dónde?

No lo supo en muchas horas.

Vagó por la villa, y al fin vino, sin saber cómo, á parar á una posada donde algunas veces había recibido encargos de su buen padre.

Pidió de comer.

Y sabiendo que aquella misma tarde salía un ordinario para Avila, le rogó la llevase consigo.

El oro lo puede todo, y élla tenía oro.

La joven salió el mismo día en que Hispaleto y los marqueses supieron su extraña aventura, para casa de don Pedro.

Y cómo llegó á Ortigosa ya lo sabemos.

Lo que hizo á su llegada; el estado de la exaltación de sus ideas y su frustrado suicidio, merced al heróico desinterés y arrojo de su prima Teresa de Jesús, ya lo hemos dicho.

Hemos reanudado una acción complicadísima.

Al día siguiente de la muerte de don Alonso Sánchez de Cepeda, ocurrida en Ávila, según sabemos, un coche se paró á la puerta de la casa solariega de los antepasados de Teresa.

Del vehículo bajaron los marqueses de las Cuevas, María, Hispaleto y Gonzalo.

Venían de Madrid.

En aquellos tiempos, ni las noticias llegaban á tiempo, ni los viajes se hacían fácilmente.

En medio de su aflicción, la llegada de sus parientes alivió algún tanto á la huérfana.

Los que venían eran dichosos, y la dicha es contagiosa, como lo es la tristeza.

Don Pedro recibió en sus brazos á María, y casi con igual efusión abrazó al artista.

La monja carmelita, á quien su tío de Ortigosa no había querido decir nada de la unión de su hija y del artista, les preguntó:

—¿Quién es este joven?—refiriéndose al pintor.

—Mi marido;—la respondió su prima con aire de satisfacción.

—¡Y mi hijo!—añadió don Enrique, que no se cansaba nunca de repetir aquella frase, que tanto le enorgullecía.

El esposo de la desgraciada hija del de Ortigosa se lo merecía todo.

No pudieron ocuparse en algunos días de lo que había pasado en Madrid desde que la religiosa marchó á Bezadas desde Ortigosa.

Durante aquel período de tiempo se había aclarado todo, y se habían celebrado las bodas de los enamorados, yendo María á Madrid con su padre, y volviéndose éste á su querido pueblo después de celebrado el enlace de su hija.

Enlace venturoso y rodeado de los auspicios todos de una felicidad asegurada y cierta.

La vieja Lamia ingresó en la Iglesia católica, y la pobre congelada en un monasterio buscando en el claustro el sosiego de una existencia tan azarosa como sabemos había pasado desde la salida de casa de sus padres.

En sus confidencias con María, la pobre niña le contó la horrible escena que precedió á su huída la

noche en que el judaizante la encontró y la llevó á su casa de junto al Arco de Santa María.

El autor de sus días, que solía beber con exceso, vino aquel día, como nunca, borracho.

Disputó con su mujer, se acaloró, la maltrató de palabra, y, por último, la hirió con un cuchillo, dejándola tendida y como muerta.

Revolvióse contra su hija, que gritaba, blandiendo el arma ensangrentada, y la pobre niña se salvó para no saber más de sus padres.

Toda vez que fueron inútiles é infructuosas cuantas pesquisas se hicieron para saber su paradero, cuando se supo todo esto por los perseguidores de Natam Gutiérrez.

El judío pagó todas sus fechorías juntas; su tugurio del Atochal fué arrasado, y él pereció en la hoguera con otros desgraciados.

Doña Catalina Carvajal, que debió ser ejecutada, se salvó, merced á las gestiones de los marqueses, y fué condenada á una galera para el resto de sus días.

Y todas estas cosas privadas coincidieron con la muerte prematura de la emperatriz doña Isabel, hija de los reyes de Portugal, don Manuel y doña María, esta última que lo era de los Reyes Católicos, y de cuyo matrimonio sólo quedaron don Carlos, el príncipe don Felipe, á la sazón de edad de doce años, y las infantas doña María, que casó más tarde con el emperador Maximiliano, y doña Juana, que fué reina de Portugal.

Contaba por entonces la heroína principal de esta obra poco más de veinticinco años, pues la muerte de don Alonso, su padre, acaeció en el año 1540.

Y el saber todo cuanto dejamos expuesto para aclarar lo que necesitaba serlo en esta obra, distrajo aún por algunos meses á Teresa de Jesús, con daño de su fervor.

Así como otros varios negocios mundanos, tales como el reparto entre sus hermanos del patrimonio de Sánchez de Cepeda, aunque éste se hizo en amigable armonía entre los hermanos presentes y con aquiescencia y conformidad de los que peleaban por el material engrandecimiento de la patria en lejanas tierras.

Quienes tuvieron que limitarse á escribir el pésame á los que tuvieron el consuelo de ser testigos de la muerte edificante y cristiana de don Alonso.

La Santa pinta así lo que entonces la sucedía:

«Por un lado, dice, tenía gran consuelo en los sermones, por otro me atormentaba; porque allí entendía yo que no era la que había de ser con mucha parte.

»Suplicaba al Señor me ayudase; mas debía faltar á lo que ahora me parece, de no poner en todo la confianza en Su Majestad y perderla de todo punto en mí.

»Buscaba remedio, hacía diligencias; mas no debía entender que todo aprovecha poco, si quitada de todo punto la confianza de nosotros no la ponemos en Dios.

»Deseaba vivir, que bien entendía que no vivía, sino que *peleaba con una sombra de muerte*, y no había quien me *diese vida* y no la podía yo tomar, y quien me la podía dar tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado á sí y yo dejádole.»

Ocurrió poco después que la Santa, vuelta ya á su convento, pasó cierta mañana por delante de una imagen del Señor.

Vamos á penetrar presto en el campo de los prodigios, de los milagros.

«Andaba, refiere en su Vida, mi alma cansada, y aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía.»

¿Qué de particular tenía aquélla imagen?

¿Por qué estaba allí?

Teresa no la había visto nunca en el oratorio; la habían traído allí á guardar, y se había buscado para cierta fiesta que se hacía en la casa.

Era de Cristo muy llagado, y tan propia, que en mirándola, toda se turbó de verla tal; porque representaba, al vivo, lo que Jesús pasó por nosotros.

Y fué tanto lo que sintió repentinamente lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón se la partió, y arrojándose cabe la imagen con grandísimo derramamiento de lágrimas, y suplicándola la fortaleciese ya de una vez para no ofenderle más, exclamó:

LR. de J. M. Maleu, Barquillo, 6. Madrid.

_Perdon Señor, yo me correjiré.

—¡Perdón, Señor; yo me corregiré!

Pareciéndola, ó vió en efecto, que las facciones del Cristo se animaron.

Y que de sus llagas abiertas manaba sangre.

Y cual otra Magdalena, en cuya conversión dice ella misma que pensaba muchas veces, abrió su corazón, «dando bien ancha puerta para que su *gracia* entrase;» escribe su moderno biógrafo, el P. Fray Bonifacio Moral. [1]

La Santa salió de los pies de Cristo «muy otra, renovada y fortalecida en espíritu.»

Y como se llegaba ya la sazón de las *Obras maravillosas*, para que Dios la tenía reservada y escogida, comenzó á apurarla cada vez más, volviéndola hacia sí todos sus pensamientos y deseos.

«Tenía este modo de oración, dice, que como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar á Cristo dentro de mí, y hallábame mejor, á mi parecer, en los sitios y lugares á donde le veía más solo. Y me parecía que estando solo y afligido, y siendo persona necesitada, me había de admitir á mí.»

Y este género de inclinaciones, y otros parecidos, tenía muchos la Santa, y en especial se hallaba muy bien en la Oración del Huerto... «Allí era donde con más gusto le acompañaba.»

«Pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido, y deseaba limpiarle aquel tan penoso

---

1 En su obra ya citada.

sudor,» si bien asegura no recordar que jamás se determinase á hacerlo «por representársela sus pecados tan graves.»

Y la que de sí misma estas cosas cuenta y refiere, ¿se pretende hacerla pasar por orgullosa y vana?

¡Lamentable ceguedad!

Ceguedad que nunca nos cansaremos de deplorar amarguísimamente.

# LIBRO DÉCIMOCUARTO

## LUCHAS, MERCEDES Y VENCIMIENTOS.

### I.

**Las «Confesiones» del Obispo de Hipona.**

Es la vida *lucha* perpetua, tenaz y encarnizada.

Pasar con los más; cruzar con la multitud este valle de lágrimas; ir por senderos ordinarios de la cuna al sepulcro.

Aun esto por sí solo es sufrir.

Distinguirse, señalarse, sobresalir en cualquier sentido... ¡ah! esto cuesta ya muchísimo más.

Pero sobre todo y ante todo, en lo que atañe, en lo que se refiere á la virtud.

No es sólo *lucha* externa, material, tangible; es lucha interior del alma, lucha borrascosa del corazón.

¿Cabe que todo ello sea estéril, inútil y completamente perdido después?

No.

Poner esto en duda, nos parece la mayor ofensa que podemos hacer á Dios; y la más contraria á razón.

No en balde había la religiosa carmelita ofrecido al Señor, atado á la columna, *corregirse*... frase que en boca de Teresa tenía una altísima significación.

Élla, cuyas aspiraciones para obrar bien habían sido siempre extraordinarias, hasta el punto de hacerse despreciable muchas veces en el convento porque no lo comprendían [1], acusándose en su humildad de no tenerlas tan grandes como debiera. [2]

¡Élla, que en medio de sus deseos de perfección se condolía del menor elogio!

¡Élla, que resistía con paciencia las más graves dolencias; que ya había millares de veces comenzado á gustar de la oración [3]; que encarece los beneficios que ésta le reportaba [4]; que había logrado tenerla de *recogimiento* y *quietud*, y da excelentes consejos é instrucciones admirables para facilitar tan santo ejercicio! [5]

¡Élla *corregirse!*

Su espíritu no era para tibiezas ni cosas á me-

---

1 Cap. V, núm. 1 de su Vida.
2 Id. íd.
3 Cap. VI, núm. 1.
4 Id., núm. 2.
5 Cap. IV, núms. 3 y 4.

días [1]; pero las padeció y sufrió, y á esto alude y se refiere.

Y tal fué el móvil principal de sus promesas ante la imagen del paciente Jesús. [2]

Por este tiempo vinieron á manos de Teresa las *Conferencias* de San Agustín, pareciéndola que esto lo ordenó así el Señor, «porque ni élla se las procuró, ni nunca las había visto, ni supo quién se las dió.

Era la religiosa avilense muy afecta al santo doctor, según élla con su sencilla ingenuidad nos revela y explica.

«Éralo, dice, porque el monasterio á donde estuve de seglar era de su Orden, y también por *haber sido pecador.*» Añadiendo que en los santos que después de no serlo, el Señor tornó á sí, hallaba élla mucho consuelo, pareciéndola había de hallar ayuda en ellos, y conforme los había perdonado, podía sucederla igual.

¡La idea, el concepto pobre de sí misma!

Había la religiosa penetrado por la puerta estrecha de la perfección; estaba acostumbrada á la *lucha*, al *prodigio* y al *vencimiento*, y las *Confesiones* del Obispo de Hipona conducirla debían á un grado mayor de perfección y santidad

---

1 Cap. VIII.
2 Cap. IX.

«¡Oh, válame Dios, cómo me espanta, escribe, los retrocesos que tuvo mi alma con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo, y cuán atada me veía para no me determinar á darme del todo á Dios.»

Mas tan luego como comenzó á leer las *Confesiones*, parecíala verse en ellas retratada, y aluego dió en encomendarse mucho á su glorioso autor, y al llegar á su conversación, y leer cómo oyó aquella voz en el huerto, no parece, dice, «sino que el Señor me la dió á mí, según sintió mi corazón.»

Tan hermosísimo libro tuvo para la Santa poderosos reflejos de luz, y esos reflejos se tradujeron en *obras*, de que debemos hacer mención.

Es más; casi nos atrevemos á decir que sin esta lectura, nuestra heroína no hubiese escrito, como escribió, bajo el punto de vista literario, también por la «crítica moderna» censurado.

¡Bueno es esto!

A vuelta de exageraciones é injusticias, los impíos se retratan de mano maestra, excusándonos el trabajo de darles á conocer.

¡Qué juventud la de Agustín!

¡Qué madre la suya!

¿Podríamos tratar de sus *Confesiones* sin decir algo de su vida?

Permitidnos sobre este punto alguna explicación.

Algo de lo que San Ambrosio hizo con Agustín hicieron las *Confesiones* del célebre Padre de la

Iglesia latina con Teresa en orden á creencia, á la fortaleza, á la virtud y á la *gracia*.

«Tragedias del alma» llama Willemain á las *luchas* del santo, y nosotros así podemos calificar sin hipérbole las de Teresa, hasta que la veamos llegar á la cumbre de la perfección, realizando maravillas que sólo élla puede describirnos, y sólo por lo que élla nos dice podemos apreciar acertadamente.

Maravillas personales mezcladas con *mercedes* soberanas, y cuyo término fueron *vencimientos* no menos inauditos y extraordinarios.

Siendo ésta la síntesis mejor que hemos podido colocar al frente y por epígrafe general de este libro, para abarcar los diversos temas que comprende.

¿Quién que lea esta obra, siendo católico, no habrá oído hablar de San Agustín?

¿Quién desconocerá por entero sus admirables producciones?

Teresa con su talento las lee, las estudia, las aprende y medita, y hacen en su alma, en su espíritu, en su corazón, huella profunda é imperecedera.

¿Sabéis por qué?

Porque San Agustín no es luz que brilla en un solo instante, ni antorcha que ilumina un largo período ó una época más ó menos dilatada, no.

El doctor angélico es luz de todos los tiempos,

antorcha de todas las edades; lo fué, lo ha sido, lo es y lo será hasta la consumación de los siglos.

De aquí el interés que inspira su nombre; de aquí la reproducción constante de sus obras en todos los idiomas; de aquí el que se hayan publicado en alabanza suya volúmenes numerosísimos, sin que haya habido ni haya quien se atreva á desmentir su talento, su celo por la causa de Dios, su competencia y su autoridad.

No es preciso recurrir á las opiniones ajenas para juzgar los brillantes escritos de San Agustín.

Basta una mediana inteligencia, un criterio sano, un juicio recto, para, leyendo sus obras, apreciar la extensión de su genio, la elevación de su alma, la eficacia de su palabra, la profundidad de sus conocimientos, los móviles de sus acciones; en una palabra, el verdadero secreto de su elevación y su grandeza.

A sus escritos, aconsejamos á la juventud que acuda para medir, para abarcar todo el mérito de esa colosal figura que se alza en medio de los siglos para humillar el error, condenar los extravíos de la razón, y contribuir poderosamente á perpetuar el imperio de la verdad entre los hombres.

El paganismo tocaba á su término; Roma iba á sucumbir víctima de sus desórdenes, de sus extravíos, de sus locuras; era conveniente que la religión cristiana tuviese acentos más enérgicos, más vivos que nunca para hacer enmudecer á los sofis-

tas, á los incrédulos de la última hora del culto de la *forma*, del culto de la *materia*, próximo á ceder su puesto al culto del *espíritu*, de la *idea*, del *sentimiento* y la *persuasión*.

Y esos acentos resuenan de una á otra parte del imperio, estremeciendo á los ídolos en sus ya vacilantes pedestales, y despertando de su letargo á los que se habían aletargado en brazos de la sensualidad y del placer.

La historia de San Agustín es una verdadera leyenda; no falta en ella nada de lo que puede contribuir al interés dramático; y sin conocerla, no cabe apreciar bien el efecto que en Teresa de Jesús hizo la lectura de sus *Confesiones*.

La vida de San Agustín encierra enseñanzas para todas las edades, para todas las posiciones de la vida; más aún: para todos los arcanos del alma, para todas las pasiones y los móviles del corazón.

¿No pasa esto mismo con los escritos de la mística Doctora?

Recordamos en este momento haber admirado al frente de una de las obras más hermosas del eminente Obispo de Orleans, de monseñor Dupauloup, un precioso grabado que representaba á Santa Mónica sentada en una peña á la orilla del mar.

Un joven con el cabello cortado y cubierto con una sencilla túnica romana, está junto á élla reclinado sobre sus rodillas, y teniendo sus manos entre las de la Santa.

Ambos contemplan la inmensidad del espacio; mudos, silenciosos, parecen unidos por un lazo misterioso, secreto, casi divino. La expresión de sus rostros revela, empero, afectos é impresiones diversas.

Élla no piensa más que en él; por sus mejillas se deslizan amargas lágrimas; sus labios pronuncian una oración...

Él, aunque ama á la que le dió el ser, aunque percibe el calor de sus manos, y hasta contar puede los latidos de su corazón, está lejos, muy lejos del sitio en que tiene lugar tan interesante escena.

Es uno de los grabados más bellos que hemos admirado.

Prosigamos:

Alma africana, vehemente é impetuosa; imaginación rica y fecunda; corazón ardiente y apasionado, Agustín parece ver, á través de la extensa sábana de agua que tranquila se extiende ante el sitio en que se encuentra con su madre, un mundo de gloria, de placeres, de amor y de ilusiones.

La escena tenía lugar la víspera de su partida para Cartago; Agustín tenía entonces diecisiete años.

Había estudiado la gramática en Tagaste, la literatura y la filosofía en Madaura, patria de Apuleyo, y aquella separación que tan penosa era para Santa Mónica, preocupaba poco al joven, haciéndole casi indigno del entrañable afecto de la mejor de las madres.

Aquel grabado representaba la primera página de la vida de Agustín.

Pocas horas después, un pequeño esquife cruzaba por delante de aquella misma peña, en que la madre y el hijo habían estado sentados.

La madre estaba allí como la víspera. Pero ¡ah! estaba sola, abandonada, casi insensible á la pena y al dolor, fijos sus ojos en la morada vacilante del hijo de sus entrañas, que la despedía desde cubierta, y la enviaba besos que la brisa del mar hacía llegar á sus labios entreabiertos, ávidos de recoger en ellos un bálsamo de consuelo y de esperanza en medio de su abandono, de su soledad y su infortunio.

El ingrato se ausentaba alegre, gozoso, con esa alegría, con ese gozo *egoista* de los pocos años; ¡primera herida que hacemos casi todos de uno ú otro modo en el corazón de nuestros padres en premio de sus caricias y sus desvelos!...

La madre apenas si divisaba ya un punto imperceptible en el horizonte, y todavía permanecía en la playa inmóvil, secos los ojos por el excesivo padecer, las manos unidas, pálida é insensible á toda impresión extraña á las ideas que preocupaban su espíritu...

Cuando el mar quedó solo, cuando la obscuridad de la noche vino á aumentar la tristeza de aquel lugar, Santa Mónica cayó de rodillas sobre el duro pavimento, elevó sus ojos al cielo y pidió al Señor la salvación de su hijo.

No fueron gratas las primeras noticias que Mónica tuvo de Agustín desde Cartago. ¿Cómo impedir la pérdida de aquella alma tan querida, de aquel ser tan idolatrado?

Las *lágrimas* y la *oración* fueron los recursos de que se valía la madre de Agustín para atraer sobre su hijo las bendiciones del cielo, y lograr que su corazón saliese incólume de las rudas pruebas á que le sometía su impetuoso carácter y el espectáculo de una sociedad licenciosa y corrompida.

*Lágrimas* y *oraciones* fueron también las que nuestra Santa Teresa empleó en sus *luchas* al recibir las *mercedes* del cielo y al *vencer* las tentaciones del infierno.

«Parecíame, escribe sobre este asunto, que aquellas mis *lágrimas* eran mujeriles y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba.»

Y luego:

«Mas al fin y con todo ello creo me valieron; porque como digo, en especial después destas veces de tan gran compunción y fatiga de mi corazón, comenzó *más* á *darme oración* y á tratar menos en cosas que me danasen, aunque aún no *las dejaba del todo*, sino como digo, fuéme ayudando Dios á desviarme, y como no estaba Su Majestad esperando sino algún *aparejo en mí*, fueron creciendo las *mercedes espirituales* de la manera que diré.»

En lo cual confirma cuanto dejamos escrito.

Muerte de su padre; venida de sus parientes;

asuntos de testamentaría, dádivas y particiones; el séquito natural de una defunción del jefe de la familia; la boda de su prima; los detalles de una historia, como la que le faltaba por conocer.

Oraciones y lágrimas: pero no por eso completa abstracción de lo que la distraía y preocupaba de humano.

*Luchas*, *mercedes* y *vencimientos* en suma.

Obra todo, efectos inmediatos á la lectura de las *Confesiones* de San Agustín.

# II.

## Santa Teresa y San Agustín.

Partí al fin para Cartago, nos dice en sus *Confesiones* San Agustín en el libro que tan profunda huella hizo en Teresa de Jesús; «mas bien hube llegado á esta ciudad me ví rodeado de multitud de culpables amores que por todas partes me asediaban... Parecíame insoportable un estado tranquilo, y buscaba con afán los caminos más llenos de lazos y precipicios.»

¡Ah! cuando el hombre joven pervierte ó disipa sus generosos instintos, sus más sanas inclinaciones, ignora el tesoro que pierde, la felicidad que aparta de sí, la ventura de que voluntariamente se priva las más veces para siempre.

San Agustín nos revela cuáles son los efectos del tiempo que se pierde para la virtud y el bien, y después del párrafo que acabamos de recordar, prosigue:

«Mi felicidad hubiera consistido más en amar que en ser amado; pues queremos hallar la vida en

el ser que amamos... Mas, ¡ah! yo no amaba, yo no quería, sólo fuí amado y poseí hasta lo que sin quererlo anhelaba. Entonces fué cuando, ¡oh, Dios mío! me hicísteis conocer vuestra bondad y misericordia, abrumándome de *amarguras*, y en vez de las delicias que había soñado, tan sólo conocí celos, sospechas, dudas, temores, cóleras, discordias y frenesí.»

¡No cabe una pintura mejor!

¿Cómo no habían de impresionar á Teresa párrafos escritos con tanta valentía?

«Es imposible, dice la Santa, conforme á nuestra naturaleza, tener ánimo para cosas grandes, quien no entiende está favorecido de Dios; porque somos tan miserables y tan inclinados á cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá; porque con estos *dones* es como el Señor nos da la fortaleza que por nuestros pecados nosotros perdimos. Y mal deseará se descontenten todos dél y le aborrezcan, y todas las demás virtudes grandes que tienen los perfectos, si no tiene alguna prenda del amor que Dios le tiene, y juntamente fe viva, porque es tan muerto nuestro natural, que nos vamos á lo que presente vemos; y ansí estos mesmos favores son los que despiertan la fe y la fortalecen. Ya puede ser que yo, como soy tan ruín, juzgo por mí, que otros habrá que no hayan menester más de la verdad de la fe para hacer obras.

muy perfectas, que yo como miserable todo lo he habido menester.»

Y más adelante:

«Hartos años estuve que leía muchas cosas y no entendía nada dellas; y mucho tiempo, que aunque me lo daba Dios, no sabía decir palabra para darlo á entender, que no me ha costado esto poco trabajo. Cuando Su Majestad quiere, en un punto lo enseña todo.»

«Esperad, esperad, señora, escribía San Valerio á la madre de Agustín; esperad, porque es imposible que un hijo llorado con tales lágrimas perezca nunca.»

La profecía del venerable Prelado se cumplió.

Ved cómo:

Después de haber sido Agustín profesor de retórica en Cartago, de haber burlado la vigilancia de su madre para ir, según él dice, *más solo* y *más libre* á Roma, los designios de la Providencia le conducen á Milán, donde á la sazón el gran Ambrosio ejercía con gran celo el ministerio de la predicación.

El futuro doctor fué á oir al esclarecido Prelado, según él mismo nos dice.

«Y no fué ciertamente, añade, por aprender de boca del hombre de Dios los secretos de la vida eterna, ni para hallar remedio á las *vergonzosas é inveteradas heridas de mi alma*, sino para examinar si su elocuencia correspondía á su fama, y si sus

discursos merecían los aplausos que el pueblo les prodigaba. No me interesaba en las verdades que predicaba; sólo me movía la dulzura y belleza del discurso.»

Todo predisponía á Agustín á su próxima conversión.

Alipio, Nebrido, Romaniano y su madre, llegan de improviso á Milán, sorprendiéndole en uno de los momentos más críticos de su existencia...

Pero dejemos al Santo mismo explicar la lucha que Villamaín llama *tragedia del alma*, y el angélico doctor pinta de un modo elocuente y admirable:

«Hallaba impotente, dice, la doctrina de los Maniquios; había oído á Ambrosio hablar del *bien* y del *mal*, y en lucha tan violenta como la que agitaba mi alma, lucha del hombre interno, con el rostro demudado me dirigí á Alipio y exclamé:

—»¡Dónde estamos! ¿Qué es esto que acabas de oir? ¡Los ignorantes se adelantan y conquistan el cielo, y nosotros con nuestra estéril sabiduría nos hallamos envueltos entre cieno y sangre! Porque nos hayan precedido, ¿es vergonzoso que les sigamos? ¿No es más humillante que carezcamos de fuerzas para imitarlos?

»No sé qué otras frases parecidas á estas le diría, y á seguida, por un movimiento rápido é impetuoso me alejé de él...

»Había en nuestra morada un pequeño jardín, del cual nos servíamos como de toda la casa, pues

el dueño no la habitaba. La agitación de mi alma hizo que me dirigiese hacia aquel sitio con preferencia á otro alguno: allí nadie podía interrumpir el violento debate que había comenzado conmigo mismo, y sólo vos, Dios mío, sabíais el resultado que por mi parte ignoraba...

»Procuré internarme entre sus calles, y Alipio siguió mis pasos: á pesar de que deseaba hallarme completamente solo, no quise rechazarle; conocía que podía serme útil, dada la agitación en que me encontraba. Nos sentamos en un banco distante de la casa; y allí, estremecida mi alma, me sentí indignado por mi tardanza en huir de la nueva vida en que debía encontrar á Dios, y en la que mi conciencia me gritaba que era preciso entrar.

»Alipio, sentado cerca de mí, esperaba en silencio el fin de tan extraña agitación; pero cuando meditando atentamente pude contemplar toda mi abyección y mi miseria, un mar de lágrimas, ¡lluvia benéfica del corazón! se agolparon á mis ojos, y alejándome de mi amigo, busqué de nuevo la soledad como lugar propicio de *sollozos y de oración*... Alipio comprendió por el acento de mis palabras, entrecortadas por mis sollozos, que no debía importunarme, y levantándose permaneció inmóvil de estupor cerca del sitio en que habíamos estado sentados. Yo me arrojé al suelo bajo una higuera, y allí dí libre rienda á mi profundo dolor; las lágrimas brotaron á raudales como una ofrenda agradable para tí, Dios mío, diciéndote muchas cosas.»

Hagamos aplicaciones:

Esto mismo que pinta de manera tan gráfica San Agustín, pasó á Teresa de Jesús á los pies de aquel Santo Cristo ante el cual cayó, no una, sino millares de veces de hinojos, repitiendo las frases mismas que la hemos oído proferir.

*Luchas*, *mercedes* y *vencimientos*... el proceso eterno de las sinceras conversiones...

Como Agustín, hizo muchas veces la religiosa carmelita.

De repente oigo una voz dulce como la de un niño, que repetía estas palabras, añade el angélico doctor.

—Toma, y lee.

Cambié inmediatamente de aspecto, y quise recordar si en algunos de sus juegos decían los niños estas palabras; pero mi memoria no tenía presente habérselas oído nunca. Cesé de llorar y me levanté, pareciéndome que con este suceso me daba el cielo la orden de abrir un libro y leer en él el primer capítulo que encontrase... Recordaba haber oído decir que de la misma manera había sido advertido Antonio, al leer por casualidad el siguiente pasaje del Evangelio:

—Vete, y vende cuanto posees, y dáselo á los pobres y tendrás un tesoro en el cielo.

Este oráculo, Dios mío, bastó para dirigirme en un momento á tí.

Volví precipitadamente al sitio en que había es-

tado sentado con Alipio, y tomando el libro del Apóstol le abrí, y leí en silencio el primer trozo en que se fijaron mis ojos:

«No viváis, decía, en los festines, en la embriaguez, en los placeres y en la licencia, en el odio y en las riñas; acordáos de Jesucristo y no atendáis á las sensualidades del cuerpo.»

No quise leer más, y nada más necesitaba en realidad, pues inmediatamente que terminé estas palabras desaparecieron las tinieblas de la duda, como si una luz vivísima se hubiera esparcido sobre mi corazón. Señalé el pasaje con una señal, y cerrando el libro se lo presenté á Alipio.

La obra estaba consumada. [1]

Cuando la mística Doctora pudo engolfarse en las *Confesiones* de San Agustín, su alma adquirió grandiosos horizontes de luz, y no es extraño que así nos lo asegure ella misma, porque no es fácil imaginarse una obra igual á esa obra, como no sean las de nuestra ínclita compatriota. Ni cabe por otras formarse idea igual de las luchas, de los combates de un espíritu agitado por las seducciones del mal y los generosos impulsos de la virtud.

Escrita la de Agustín sobre la modesta tum-

---

[1] En la semana de Pascua del año 387, y á la edad de treinta y tres años, Agustín recibió por fin el bautismo de manos de San Ambrosio, en unión de su hijo Adeodato y de su amigo Alipio, y poco después abandonó á Milán, habiendo tenido la desgracia de perder á su bendita madre en el puerto de Ostia, donde debían embarcarse.

ba de una roseta abierta á orillas del cenagoso Tíber en los últimos días de una civilización gigantesca en el límite de dos sociedades, una agonizante y otra naciente, ante dos pueblos que habían de hermanarse más tarde.

Escrita la de Teresa en la soledad de un claustro, meditando ya, acaso, en proyectos gigantescos de reforma.

Las *Confesiones* fué una historia anticipada de los siglos medios, una profecía viva, un poema inspirado por la fe, un tratado el más completo del corazón humano, bajo su aspecto filosófico y social, sólo capaz de haberlas trazado el autor de *La ciudad de Dios*, magnífica oración fúnebre del imperio romano, primera obra histórica en que se abarca de una sola mirada á la humanidad; en que se ve, que no es el acaso la fatalidad la que guía sus pasos, sino la voluntad y los designios de la Providencia.

Y esa historia, esa profecía, ese tratado, fueron por Teresa tan por entero comprendidos, que basta leer su vida para convencerse de ello.

Metafísica profunda, teóloga invencible, controvertista infatigable, historiadora original, Santa Teresa de Jesús sondea como Agustín los más arduos problemas, da reglas para todas las acciones, determina las fuentes de autoridad, combate todos los errores posibles é imaginables, ataca las preocupaciones, anatematiza los vicios, deifica las virtudes, y ambos abarcan con la inmensidad de su ge-

nio, todo cuanto el cristianismo encierra en sí de más bello, de más poético, de más grande, de más sublime.

Por eso les hemos unido en un lazo común en esta obra, para mejor dar idea de cuanto la heroína principal de ella consigna en multitud de páginas que hubiésemos deseado poder reproducir.

# III.

## La oración y la meditación.

DADME, Señor, lo que me mandas, y mándame lo que quisieres.

Desde el instante que Teresa de Jesús pronuncia estas sublimes palabras tomadas de su guía y maestro San Agustín, se la ve ascender rápidamente en los caminos de la *oración* y la *meditación*.

¡Cuán hermosas páginas escribe acerca de estos dos puntos la insigne Doctora!

Y con cuánta complacencia las trasladaríamos aquí si no fuese otra nuestra misión.

Fué entonces en realidad de verdad cuando Teresa comenzó á sentir de un modo vivo y constante la presencia de Dios en su alma; y su inteligencia, no sólo se perfeccionó con el conocimiento del bien, sino que su voluntad le amó y le buscó con nuevos bríos y mayor resolución.

Asegura la Santa, que «ansí como hay muchas

moradas en el cielo,» hay también acá en la tierra «muchos cáminos para llegar á él.»

«Personas hay, prosigue, á quienes aprovecha considerarse en el infierno, á otras en el cielo, á otras en la muerte... Algunas hay tiernas de corazón que se fatigan mucho de pensar siempre en la Pasión, y otras que se regalan y aprovechan en mirar el poder y grandeza de Dios en las criaturas, y el amor que nos tuvo, que en todas las cosas se le representan...

»Manera admirable de proceder es la de pensar muchas veces en la *Pasión y vida* de Cristo, que es de donde nos ha venido y viene todo bien.»

Y son, según Teresa, todos estos *modos de orar y meditar*, que recomienda con el acierto de persona que los ha experimentado y sentido por sí.

Pasa más adelante, y dice:

«La quietud y recogimiento del alma da satisfacción, paz, sosiego de las potencias y un suave deleite, hasta el punto de desear, como San Pedro, hacer de tal estado su *morada*... Entonces no se atreve á moverse ni á resollar el que tal siente... Pero aún cabe que esta *centellita* de amor de Dios se apague... Que son muchas las almas que llegan á tal estado; pero pocas las que de él pasan.»

Afirma Teresa de Jesús, que esa *centellita* es ya una prenda ó señal que da Dios al alma del que la escoge para grandes cosas, «si es que élla se apareja para recibirlas.»

Y prosigue:

«Quédense (por entonces) las letras á un lado; tiempo vendrá que aprovechen al Señor, y las tengan en tanto, que por ningún tesoro quieran haberlas dejado de saber, sólo para servir á Su Majestad, porque ayudan mucho; mas delante de la *Sabiduría infinita*, créanme que vale más un poco de estudio de humildad y un acto de élla, que toda la ciencia del mundo... Aquí no hay que argüir, sino que conocer lo (poco) que somos con llaneza y con simpleza representarnos delante de Dios, que quiere se haga el alma boba (como á la verdad lo es delante de su presencia), pues Su Majestad se humilla tanto, que la sufre cabe sí (aun), siendo nosotros lo que somos. También (en los casos á que alude) se mueve el entendimiento á dar gracias muy compuestas; mas la voluntad con sosiego, con un no osar alzar los ojos como el Publicano, hace más hacimiento de gracias que cuanto el entendimiento con trastornar la retórica por ventura puede hacer. En fin, aquí no se ha de dejar del todo la oración mental, ni algunas palabras aun vocales, si quisieren alguna vez ó pudieren; porque si la quietud es grande, puédese mal hablar, si no es con mucha pena. Siéntese á mi parecer cuando es espíritu de Dios ó procurado de nosotros, con comienzo de devoción que da Dios, y queremos (como he dicho) pasar nosotros á esta quietud de la voluntad: entonces no hace efecto ninguno, acábase presto y deja sequedad.»

¿No es esto sublime?

«Toma tu cruz, y sígueme... Él es nuestro dechado y no ha de temer, quien por contentarle siguiere sus consejos. En el aprovechamiento que vieren en sí entenderán que no es demonio (quien domina), y aunque tornen á caer, queda una señal de que estuvo allí el Señor, que es levantarse presto...»

«Pues cuando es el espíritu de Dios (el que domina), no es menester andar rastreando cosas para sacar humildad y confusión; porque el mesmo Señor las da de manera bien diferente de la que nosotros podemos ganarlas con nuestras consideracioncillas, que no son nada en comparación de una verdadera humildad, con luz que enseña aquí el Señor, que hace una confusión que (llega hasta) deshacer. Esto es cosa muy conocida (y averiguada), el conocimiento que da Dios para que conozcamos que ningún bien tenemos de nosotros; y mientras (da) mayores mercedes (da) más. Pone (entonces) un gran deseo de ir adelante en la oración, y no la dejar por ninguna cosa de trabajo que le pudiese suceder; á todo se ofrece. Una seguridad con humildad y temor de que ha de salvarse. Echa luego el temor servil del alma, y pónele el filial temor muy más crecido. Ve que se le comienza un amor con Dios muy singular, y desea ratos de soledad para gozar más de aquel bien. En fin, por no me cansar, diré que es un principio de todos los bienes, un estar ya las flores (símil precioso) en términos que no las falta casi nada para brotar, y esto verá muy claro el alma;

y en ninguna manera por entonces se podrá determinar á que no estuvo Dios con élla, hasta que se torna á ver con quiebras é imperfecciones, que entonces todo lo teme, y es bien que tema; aunque almas hay que les aprovecha más creer cierto que es Dios, que todos los temores que le puedan poner; porque si de suyo es amorosa y agradecida, más la hace tornar á Dios la memoria de la merced que le hizo, que todos los castigos del infierno que se le representan: al menos á la mía, aunque tan ruin, esto le acaecía.»

Y en pos de este grado viene el tercero de *oración* y *meditación*, no menos admirablemente descripto y pintado por la religiosa carmelita.

«Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni se entiende cómo obran. El gusto y suavidad y deleite es más sin comparación que lo pasado; es aquel en que se da el agua de la gracia á la garganta á esta alma, que no pueda ir ya adelante, ni sabe cómo, ni tornar atrás; hasta querer gozar de grandísima gloria. Es como uno que está con la candela en la mano, que le falta poco para morir, muerte que desea. Está gozando en aquella agonía con el mayor deleite que se puede decir; no me parece que es otra cosa, sino un morir casi del todo á todas las cosas del mundo y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos cómo lo decir, ni cómo lo declarar, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable, ni si calle, ni si ría,

ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, á la que se agrega la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma... Y es ansí que há que me dió el Señor en abundancia esta oración, creo cinco, y aun seis años, y muchas veces, y que ni yo la entendía, ni la supiera decir; y ansí tenía por mí, llegada aquí, decir muy poco ó nada. Bien entendía que no era todavía del todo unión de todas las potencias, y que era más que la pasada muy claro lo veía; mas yo confieso que no podía determinar y entender cómo era esta diferencia...

»Muchas veces estaba ansí como desatinada y embriagada en este amor, y jamás había podido entender cómo era. Bien entendía que era Dios, mas no podía entender cómo obraba aquí; porque en hecho de verdad están casi del todo unidas las potencias, mas no tan engolfadas que no obren. Gustado hé en extremo de haberlo entendido. ¡Bendito sea el Señor que ansí me ha regalado!»

Y elevándose más, prosigue escribiendo:

«No pueda ya, Dios mío, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse sin Vos le vienen; que si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se le déis Vos. Querría ya esta alma verse libre; el comer la mata; el dormir la congoja; ve que se le pasa el tiempo de la vida pasar en regalo, y que nada ya la puede regalar fuera de Vos; que parece vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí, sino en Vos. ¡Oh, verdadero Señor, y

gloria mía, qué delgada y pesadísima cruz tenéis aparejada á los que llegan á este estado! Delgada, porque es suave; pesada, porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra; y no se querría jamás ver libre della, si no fuese para verse ya con Vos. Cuando se acuerda que no os ha servido en nada, y que viviendo os puede servir, querría carga muy más pesada y nunca hasta la fin del mundo morirse; no tiene en nada su descanso, á trueque de haceros un pequeño servicio; no sabe qué desee, más bien entiende que no desea otra cosa sino á Vos.»

Y luego pone:

«Paréceme este modo de oración unión muy conocida de *toda el alma con Dios*, sino que parece quiere Su Majestad dar licencia á las potencias para que entiendan y gocen de lo mucho que obra allí. Acaece algunas, y muy muchas veces estando unida la voluntad (para que vea vuesa merced puede ser esto, y lo entienda cuando lo tuviere; al menos á mí trájome tonta, y por eso lo digo aquí), entiéndese que está la voluntad atada y gozando; y en mucha quietud está sola la voluntad, y está por otra parte el entendimiento y memoria tan libres, que pueden tratar en negocios y entender en obras de caridad. Esto, aunque parece todo uno, es diferente de la oración de quietud que dije, porque allí está el alma, que no se querría bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María; en esta oración puede también ser Marta. Ansí que

está casi obrando juntamente en vida activa y contemplativa, y puede entender en obras de caridad y negocios que convengan á su estado y leer; aunque no del todo están señores en sí, y entienden bien que está la mejor parte del alma en otro cabo. Es como si estuviésemos hablando con uno, y por otra parte nos hablase otra persona, que ni bien estaremos en lo uno, ni bien en lo otro. Es cosa que se siente muy claro, y da mucha satisfacción y contento cuando se tiene, y es muy gran aparejo, para que en teniendo tiempo de soledad ó desocupación de negocios, venga el alma á muy sosegada quietud.»

«Hay otra manera de unión, que aún no es *entera unión*, mas es más que la que acabo de decir; y no tanto como la que se ha dicho de esta tercer agua. Gustará vuesa merced mucho de que el Señor se las dé todas, si no las tiene ya, de hallarlo escrito y entender lo que es, porque una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es y qué gracia; y otra es saber decirla, y dar á entender cómo es: y aunque no parece es menester más de la primera para no andar el alma confusa y medrosa, é ir con más ánimo por el camino del Señor, llevando debajo de los pies todas las cosas del mundo, es gran provecho entenderlo, y merced; porque cada una es razón alabe mucho al Señor quién la tiene y quién no, porque la dió Su Majestad á alguno de los que viven para que nos apro-

vechase á nosotros. Ahora, pues, acaece muchas veces esta manera de unión, que quiero decir (en especial á mí, que me hace Dios esta merced desta suerte muy muchas), que coge Dios la voluntad y aun el entendimiento, á mi parecer, porque no discurre, sino está ocupado gozando de Dios, como quien está mirando y ve tanto que no sabe hacia dónde mirar, uno por otro se le pierde de vista, que no dará señas de cosa.»

Y viene en pos de estos el cuarto grado de *oración* y meditación:

«Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza: entiéndese que se goza un bien, á donde junto se encierran todos los bienes, mas no se comprende este bien. Ocúpanse todos los sentidos en este gozo, de manera que no queda ninguno desocupado para poder entender en otra cosa interior ni exteriormente. Antes dábaseles licencia para que (como digo), hiciesen algunas muestras del gran gozo que sienten: acá el alma goza más sin comparación, y puédese dar á entender muy menos, porque no queda poder en el cuerpo, ni el alma le tiene para poder comunicar aquel gozo.»

Prosigue:

«Estando ansí el alma buscando á Dios, siente con un deleite grandísimo y suave casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo, y todas las fuerzas corporales, de manera que si no es con mucha pena, no puede

aún menear las manos: los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos no ve casi nada; ni si lee acierta á decir letra, ni casi atina á conocerla bien; ve que hay letra, mas como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quiera: oye, mas no entiende lo que oye. Ansí que de los sentidos no se aprovecha nada, sino es para no la acabar de dejar á su placer, y ansí antes la dañan. Hablar es por demás, que no atina á formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente es grande y muy conocido. Esta oración no hace daño por larga que sea; al menos á mí nunca me le hizo, ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced por mala que estuviese, que sintiese mal, antes quedaba con gran mejoría. ¿Mas qué mal puede hacer tan gran bien? Son cosa tan conocida las operaciones exteriores, que no se puede dudar que hubo gran ocasión, pues ansí quitó las fuerzas con tanto deleite para dejarlas mayores.»

«...Queda el alma desta oración y unión con grandísima ternura; de manera que se quería deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas: hállase bañada dellas sin sentirlo, ni saber cuándo, ni cómo las lloró: mas dale gran deleite ver aplacado aquel ímpetu del fuego con agua, que le hace más crecer: parece esto algarabía, y pasa

ansí. Acaecido me há algunas veces en este término de oración estar tan fuera de mí, que no sabía si era sueño ó si pasaba en verdad la gloria que había sentido, y de verme llena de agua (que sin pena destilaba con tanto ímpetu y presteza, que parece la echaba de sí aquella nube del cielo), veía que no había sido sueño; esto era á los principios, que pasaba con brevedad. Queda el ánima animosa, que si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios le sería gran consuelo. Allí son las promesas y determinaciones heróicas, la viveza de los deseos, el comenzar á aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad; está muy más aprovechada y altamente que en las oraciones pasadas, y la humildad más crecida; porque veo claro, que para aquella excesiva merced y grandiosa, no hubo diligencia suya, ni fué parte para traerla ni para tenerla.»

Así se expresa quien siente, y así debía sentir quien de tal manera se expresa.

# IV.

## Éxtasis y arrobamientos.

No da aún por terminada materia tan importante la ínclita Doctora con lo que dejamos puesto en el número anterior.

Va más lejos; va más adelante.

Que no es por cierto asunto baladí el por élla tratado para hacerlo de ligero, ni cabe cansarse de leerla, ni de copiarla en una obra en la cual se la desea dar á conocer, más por lo que élla dice de sí misma, que por lo que el autor pueda añadir de su propia cosecha.

En este punto nuestros respetos á la Santa nos marcan la línea de conducta que debemos seguir.

Andaba para Teresa de Jesús el tiempo y pasaban los años por élla con tantos adelantos místicos y espirituales, que absorbiendo iban por entero sus potencias, engrandeciendo y sublimando su alma hasta rayar con lo sobrehumano, lo celestial, lo divino y extraordinario.

Y para tales progresos, la monja carmelita no necesitó maestros, y más bien casi todos los que tomó la hicieron sufrir por la confusión que sentían al escuchar de sus labios estas cosas, que no podían faltar en este libro, y de traerlas á él, este era el lugar más oportuno y conveniente.

«¡Oh, Jesús mío! ¡qué es ver un alma que ha llegado aquí, caída en pecado, cuando Vos por vuestra misericordia la tornáis á dar la mano y la levantáis; cómo (se) conoce (y patentiza), la multitud de vuestras grandezas y misericordias y su miseria!... (no cabe ya más que) deshacerse de veras, y conocer vuestras grandezas: aquí no (se) osa alzar los ojos: ni levantarlos para conocer lo que se os debe: aquí (ya), hacerse devota de la Reina del cielo para que os aplaque: aquí invocar los santos que cayeron, después de haberlos Vos llamado para que le ayuden: aquí parecer que todo le viene ancho lo que le dáis, porque ve no merece la tierra que pisa: el acudir á los Sacramentos: la fe viva, que aquí le queda de ver la virtud que Dios en ellos puso: el alabaros porque dejáseis tal medicina y ungüento para nuestras llagas, que no sólo la sanan, sino que del todo las quitan. Espantarse desto... ¿Y quién, Señor de mi alma, no se ha de espantar de misericordia tan grande y merced tan crecida, á traición tan fea y abominable? Que no sé cómo no se me parte el corazón cuando esto escribo, porque soy ruín.»

¡Cómo imitar siquiera un lenguaje semejante! Aunque parezca confuso, bien leído resulta claro.

Pasa después la Santa á decir lo que son *éxtasis* y *arrobamientos*:

«Querría saber declarar con el favor de Dios la diferencia que hay de *unión* á *arrobamiento*, ó elevamiento ó vuelo que llaman de espíritu, que todos estos diferentes nombres, todos son de una mesma cosa, que también se llama *éxtasis*. Grande es la ventaja que hace á la unión: los efectos muy mayores son y otras hartas operaciones; porque la unión parece principio, y medio, y fin, y lo es en lo interior; mas ansí como estotros fines son en alto grado, hacen sus efectos interior y exteriormente. Declárelo el Señor, como ha hecho lo demás, que si Su Majestad no me hubiera dado á entender por qué modos y maneras se puede algo decir de esto, yo no lo supiera... En estos *éxtasis* ó *arrobamientos* parece no anida el alma en el cuerpo; y ansí se siente muy sentido; falta el calor natural; vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite...

»Aquí ya no hay ningún remedio de resistir, que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay; aunque con pena y fuerza, resistirse puede casi siempre: acá las más veces ningún remedio hay, sino que muchas sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un *ímpetu tan acelerado y fuerte*, que véis y sentís levantarse esta nube ó esta

águila [1] y cogeros con sus alas. Y digo que se entiende, y os véis llevar y no sabéis dónde, porque aunque es con deleite, la flaqueza de nuestro natural hace temer á los principios, y es menester ánima determinada y animosa, mucho más que para lo que queda dicho, para arriesgarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios, é ir á donde nos llevaren de grado, pues os llevan, aunque os pese.

»En tanto extremo, muchas veces querría yo resistir, y hasta pongo todas mis fuerzas, en especial algunas, que por ser en público, y otras hartas en secreto, temiendo ser engañada... Algunas podía algo con gran quebrantamiento, como quien pelea contra un jayán fuerte, pero quedaba después cansada: otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y aun casi ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle.

»Esto ha sido pocas; mas como una vez fuese á donde estábamos juntas en el coro, y yendo á comulgar, estando de rodillas, dábame grandísima pena; porque me parecía cosa muy extraordinaria y que había de haber luego mucha nota; y ansí rogué á las monjas no lo dijesen.

»Mas otras veces, como comenzaba á ver que iba á hacer el Señor lo mesmo, y una de éllas estando personas principales de señoras (que era la

---

[1] Se refiere á la gracia.

fiesta de la Vocación) en un sermón, tendíame en el suelo y llegábanse [1] á tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme más *mercedes* que tuviesen muestras exteriores; porque yo estaba cansada ya de andar en tanta cuenta, y que aquella merced no podía Su Majestad hacérmela sin que se entendiese [2]. Parece ha sido por su bondad servido de oirme, que nunca más hasta ahora la he tenido.»

Y la Santa completa tan interesantísimos detalles, añadiendo:

«Ahora tornemos *arrobamiento*, que es lo que en ellos es más ordinario.

»Digo que muchas veces me parecía me dejaba el cuerpo tan ligero, que toda la pesadumbre de él me quitaba, y algunas era tanto, que casi entendía no poner los pies en el suelo. Pues cuando está en *arrobamiento* ó *éxtasis* el cuerpo, queda como muerto, sin poder nada de sí muchas veces, y como le toma se queda siempre, si sentado, sentado; si las manos abiertas, abiertas las manos; si cerradas, cerradas.

»Porque aunque pocas veces se pierde el sentido, algunas me ha acaecido á mí *perderle del todo*, pocas, y poco rato: mas lo ordinario es que se tur-

---

1 Ángeles... ó espíritus invisibles.

2 Es decir, se supiera.

ba, y aunque no puede hacer nada de sí á lo exterior, no deja de entender y oir como cosa de lejos ó lejana.

»No digo que entiende y oye cuando está en lo subido de él: digo subido, en los tiempos que se pierden las potencias, porque están muy unidas con Dios, que entonces no ve, ni oye, ni siente, á mi parecer; mas (como dije en la oración de union pasada) este transformamiento del alma *del todo en Dios* dura poco; mas eso poco que dura, ninguna potencia se siente, ni sabe lo que pasa allí. No debe ser para que se entienda mientras vivimos en la tierra, al menos no lo quiere Dios, que no debemos de ser capaces para ello. Yo esto he visto por mí.»

Sólo diciéndolo así y con pequeñas variantes [1], se concibe y explica lo que en las anteriores líneas dice la heroína principal de esta obra.

No ha concluído élla, ni nosotros tampoco de copiar aquí trozos escogidos.

Aunque bien quisiéramos hacerlo de muchos más, si no temiésemos ser con ellos difusos, cuando á *narrar* es á lo que mayormente nos hemos comprometido.

¿Pero quién sino Teresa misma podía hacerlo de lo que tratamos en este momento?

Instante supremo por lo que hace á la existencia de la Santa y Bienaventurada, que ya vemos que

---

[1] Que para mayor claridad en el texto nos hemos permitido.

lo era cuando estas cosas la sucedían y la pasaban.

*Luchas* pasadas.

Ahora, *mercedes* y *vencimientos*.

Que aquéllas fueron grandes, no lo podemos dudar.

Y que éstos dificilísimos y meritorios, tampoco.

¿Comprendéis esto?... obligados estamos á declararlo en cuanto nos sea dable.

Mística sublime, á la que temíamos y deseábamos llegar.

¿Se tolerará y resistirá en estos tiempos?...

La prueba es algo ruda; pero á intentarla estábamos comprometidos desde el momento que concebimos y anunciamos esta obra.

¿Cabía que hiciésemos traición á su título por consideraciones pasajeras y mundanas?

No.

Añadamos, pues, cuanto nos falta.

«Llegada un alma aquí, prosigue la Santa, no es sólo *deseos* lo que tiene *por Dios*. Su Majestad la *da fuerzas* para ponerlos por *obra*, y no se le pone cosa delante en que piense le sirve, á que no se abalance; y no hace nada, porque, como digo, ve claro que no es todo nada, sino contentar á Dios; el trabajo es que no hay que se ofrezca á las que son de tan poco provecho como yo. Sed Vos, bien mío, servido; venga algún tiempo en que yo pueda pagar algún cornado de lo mucho que os debo; ordenad Vos, Señor, como fuéredes servido, para que esta vuestra sierva os sirva en algo.»

¡La modestia y la humildad de siempre, aunque ya se aproximaba al pináculo!

Y sigue escribiendo:

«Paréceme es este bullicio de estotras dos potencias, como el que tiene una lengüecilla destos relojes de sol, que nunca para; mas cuando el Sol de justicia quiere, hácelas detener... Esto digo, añade, que es poco rato, mas como fué grande el ímpetu y levantamiento de espíritu, y aunque éstas tornen á bullirse, queda engolfada la voluntad y se hace señora de toda aquella operación en el cuerpo; porque ya que las otras dos potencias bullidoras las quieran estorbar (de los enemigos los menos), no la estorben también los sentidos: y ansí hace que estén suspendidos, porque lo quiere ansí el Señor... Y por la mayor parte están cerrados los ojos, aunque no queramos cerrarlos. Y si abiertos alguna vez, como ya dije, no atina ni advierte lo que ve.»

Oidla, por último, y al llegar á este punto, exclamar llena de reconocimiento y gratitud:

«Aquí está mi vida; aquí está mi honra y mi voluntad; todo os lo he dado, Señor, vuestra soy; disponed de mí conforme á la vuestra. Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo, mas llegada á Vos, subida en esta atalaya, á donde se ven *verdades*, no os apartando Vos de mí, todo lo podré; que si

os apartáis, por poco que sea, iré á donde estaba, que era el infierno.» [1]

Hasta aquí lo que dice la Santa sobre materias que más son para *sentidas* que para *explicadas*.

No cabe explicarlas; y, no obstante, esa dificultad resulta vencida y se ve claro cuanto quiere decir; sobre todo, si se tiene fe y se acierta á sentir algo de lo que élla siente.

En efecto; sólo un alma como la de Teresa de Jesús puede expresarse así; sólo élla ú otra como élla cabe que diga estas cosas tan sublimes con tan gran llaneza de estilo y tanta claridad.

Que lo sorprendente es que la escritora ilustre se haga inteligible en cosas que son ininteligibles para los que no tenemos como élla predispuesta el alma, la razón y la inteligencia, para no sólo entenderlas, sino pensarlas.

¿Por qué por muchos no se creen hoy estas cosas tan altas?

¡Ah! porque *raestraemos* demasiado, como diría la ínclita Doctora; es decir, porque tan apegados estamos á las cosas de la tierra, que nunca levantamos como élla levantó sus ojos y sus potencias todas al cielo.

Cabe vivir acá abajo y gozar delicias de la otra vida, de la vida sobrenatural de que ya hemos hablado.

---

[1] Infierno de aflicción y decaimiento.

Pero para ello hay que tener la fe de la Santa, y en esto de fe andamos todos, por desgracia, muy descuidados.

Y lo que dejamos dicho no pasó á Teresa en un período de su vida determinado; sino que lo fué en largos años, á partir de la muerte de su padre don Alonso y de su vuelta al convento.

Todo lo cual la fué predisponiendo á un régimen más austero, á pensar en la *Reforma* de su Orden y en las *Fundaciones* de que más adelante nos ocuparemos.

---

# V.

## Obediencia y mortificación.

Pasó Teresa en el beaterio ó convento de la Encarnación de Ávila los años más floridos de su existencia.

Del 1534 al 1554, sin contar el de su noviciado.

La historia de estos veinte años podría ocupar muchas páginas en esta obra, si nos fuera lícito darla en este sentido mayor extensión.

No obstante, éllos pueden resumirse en los extremos que abraza el título que encabeza el presente libro.

Consuelos grandes había tenido la Santa; pero ni fray Pedro Ibáñez, dominico, ni el padre Rodrigo Alvarez, ni D. Francisco de Sacedo, seglar de vida ejemplar y virtuosa, de oración y caridad, ni el Maestro Gaspar Daza la comprendieron.

Un padre de la Compañía [1] fué el que la sacó de lo que élla llama *su atolladero*.

---

1 Se cree fuese el P. Pradanos.

Y entonces declara que fué cuando recobró su espíritu verdadera libertad.

¿De qué manera?

Muchos tomarán á paradoja la respuesta que la Santa da á esta pregunta:

«Dejando, dice, de guiarme por mí misma en lo que me preocupaba; obedeciendo ciega y sumisa á mi confesor.»

La obediencia la salvó.

Y no fué libre hasta que obedeció.

Persuadiéndose de que «la obediencia sólo es perfecta cuando llega al sacrificio y la plegaria á la mortificación.»

¡Qué máximas para un siglo que, extraviado, no concibe de otra suerte la libertad y el bien, si la primera no es *licencia*, y el segundo no es recreo, pasatiempo, deleite y disipación!

¡Cosa singular!... bajo la sapientísima dirección del docto jesuíta, Teresa logró, no sólo vida de perfecta obediencia, sino oración *mortificada*, que era lo que la faltaba.

«¡Qué gran cosa es entender un alma!»—exclama.

Y sigue:

«Díjome que tuviese cada día oración, fijándome en un paso de la Pasión, y que me aprovechase de él... y que los pasados recogimientos y gustos resistiese cuanto pudiese, de manera que no les diese

lugar á que sobrevinieran, hasta que él me dijese otra cosa. Dejóme consolada y esforzada, y el Señor me ayudó, y á él para que entendiese mi condición, y cómo me había de gobernar. Quedé, pues, resuelta y determinada á no salir de lo que él me mandase en ninguna cosa, y ansí lo hice hasta hoy.»

Y concluye:

«Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer á mis confesores, aunque imperfectamente, y casi siempre han sido estos benditos hombres de la Compañía de Jesús, si bien imperfectamente, como digo, los he seguido.»

¡Libertad en la obediencia!

¡Obediencia hasta la mortificación!

Necesitamos repetirlo.

Ya que estas doctrinas pugnan con el espíritu moderno, con el espíritu del siglo; y, no obstante, sin ellas no cabe «verdadera libertad ni perfecta oración.»

Recojamos impresiones concretas sobre este particular.

Nadie es libre, si no obedece.

La obediencia es la única que hace al hombre libre en el seno de la familia y en el de la vida social.

El hijo, la mujer, sólo son libres obedeciendo.

El ciudadano no es libre, si no obedece, si no cumple la ley.

La esclavitud es una consecuencia inevitable de lo que ha dado en llamarse, siendo *licencia*, *libertad*.

Es el corazón la parte más noble y la más digna de nosotros mismos; por élla vivimos, sin élla careceríamos de ser, de movimiento y de voluntad.

Ahora bien, sólo el corazón que se somete y obedece, y el que ora, y para orar mejor se mortifica, es el único y solo que goza de libertad.

Que libertad no es perturbación ni desasosiego, sino quietud y paz.

Mientras duró la primera inocencia que el cielo concedió al hombre, su corazón estuvo lleno de felicidad.

Santificado y consagrado por la unión con Dios, no respiraba sino virtud; pero luego que faltó á las órdenes del Señor, y se hizo infiel, es cuando el corazón pudo convertirse, y se convirtió en efecto, en manantial inagotable de las mayores desventuras, centro de libertinaje é impiedad, taller donde se forjan todas nuestras iniquidades, centro de nuestras pasiones, origen, en fin, de todos nuestros males.

En el corazón reside el pecado; allí nace, allí se forma.

Y el pecado no es otra cosa que desobediencia, altanería, amor propio y rebelión.

Cuando el corazón orgulloso é inmortificado se sirve de los sentidos, y pone en movimiento todas las pasiones del alma, nuestros deseos criminales

no son otra cosa sino diferentes afectos y manifestaciones ilícitas de inmortificación.

En el corazón reside la causa de todas nuestras inclinaciones, de todos nuestros errores, de todas nuestras dolencias y achaques espirituales, de todas nuestras nieblas y confusiones.

En el corazón, en fin, se forma el viento que nos arrastra donde quiere, y es la raíz de todas nuestras rebeldías y prevaricaciones.

¿No es esto bastante? Pues diremos con Teresa de Jesús: «muchos que se glorían de tenerle más lleno de sentimientos, experimentan infaliblemente que está más lleno de desórdenes; y que si en otro tiempo era más inclinado á la virtud, se ha hecho después más esclavo del vicio.»

El Señor dice por la boca de uno de sus Apóstoles:

«Purificad vuestros corazones.»

Y añade también por uno de sus Profetas:

«Rasgad vuestros corazones.»

Esto supuesto, ¿qué es un corazón que se somete y se mortifica? Es un corazón desprendido, es un corazón afligido; la explicación de estas verdades sirve para probar que es muy corto el número de los cristianos que obran como Teresa comenzó á obrar, obedeciendo y mortificándose.

Es muy cierto, que sin la reforma del corazón, todo lo demás que hiciéreis será inútil. Mortificar los sentidos es una ceremonia utilísima; pero

esto no basta: en el corazón es en donde debe hallarse verdaderamente la sumisión y la mortificación; pues siendo en él donde echa raíces la semilla del pecado, es justo comenzar purificándole delante de Dios.

Oid, á propósito de esto, lo que está escrito en el Profeta Daniel:

«Dejóse ver un árbol que, al parecer, se elevaba hasta las nubes, y cubría toda la tierra con su copa. Y como si Dios se tuviera por ofendido de esta prodigiosa grandeza, desciende del cielo, y manda que se despoje al árbol de sus ramas, que se remueva su tronco, que se le quiten las hojas, y que se arrojen por tierra sus frutos, pero que se conserve la raíz en la tierra, y que no se llegue á la semilla; por último, que se le ate con eslabones de hierro y una cadena de cobre.»

Sí; yo vengo á deciros, como el Profeta á Nabucodonosor:

«Vosotros sóis el árbol; vosotros los que, pasando de pecado en pecado, os habéis hecho monstruos; monstruos en vuestros pensamientos, que son como las ramas del árbol; monstruos en vuestras palabras, que son como las hojas enfermas; monstruosos en vuestras acciones, que son como los frutos, y monstruosos en todo el cuerpo de pecado, que es como el tronco.

»El Dios santo desciende del cielo, y manda que se os diga muchas veces, derribad ese coloso de iniquidad; disipad esos pensamientos terrestres y

carnales; evitad esas expresiones libres, esos discursos envenenados, esas palabras equívocas y esas canciones deshonestas; detestad esas acciones criminales; reformad esa conducta escandalosa; romped esas conexiones funestas, y huid de esas ocasiones peligrosas; mortificad esos sentidos; reprimid esas vehemencias impetuosas de vuestra carne; pero aún todo esto no es bastante, como, después de todo esto, quede en vuestro interior una raíz de pecado siempre dispuesta á renacer; destruid esa semilla desgraciada, que produce sin cesar la iniquidad; encadenad vuestras pasiones; reprimid vuestras inclinaciones; agotad ese manantial, y desprended de tal modo ese corazón, que nunca más se incline á la tierra.

»Nada se os pide que no lo debáis agradecer y estimar grandemente; todo ello es una dicha admirable que apenas si se halla en la tierra, pero que pertenece á los Santos que están en el cielo; lo que se os pide, es que os mortifiquéis exteriormente, para venceros y triunfar de vosotros mismos interiormente. Reprimid, pues, esos apetitos y deleites, combatidlos, debilitad esas inclinaciones deplorables que empeñan á vuestro corazón en el vicio, que os agitan y os ocasionan penas crueles; debéis, tanto por vuestro interés como por religión, moderar esas pasiones que dan á vuestra alma golpes mortales.

»Moderad los fuegos de cólera, las zozobras de la venganza, las turbaciones de la envidia, las in-

quietudes de la avaricia, los deseos insaciables de las riquezas, las vehemencias de la soberbia; reprimid los apetitos devoradores del deleite, esos resortes infames de la codicia que corroen vuestro corazón; desterrad para siempre de él esos afectos tan importunos que envenenan vuestros días, y son un continuo suplicio de vuestra vida.»

Esto es lo que la Santa enseña en los libros de su vida, que hemos leído y nos tocaba condensar aquí.

Bien que nos veamos precisados á abandonar la leyenda, pues ya hemos en ella empleado demasiado espacio para lo que se nos pide y demanda por la mayoría de nuestros lectores.

Hallaréis digresiones de aquí en adelante, pero éstas tendrán que ser forzosamente apropiadas á tener que engolfarnos por completo en la vida de la Santa.

Lo que acabó de servir á Teresa, si bien esto fuese más adelante [1], fué la venida á Avila del gran Francisco de Borja [2], que era duque de Gandía, y hacía algunos años que, dejándolo todo, había entrado en la Compañía.

«Procuró mi confesor, escribe, y el caballero que queda dicho, que yo le hablase y diese cuenta de la oración que tenía, porque sabía iba muy adelante en ser muy favorecido, y regalado de Dios, que

[1] En 1557.

[2] Vino á España como Comisario de negocios de la Compañía.

como que mucho había dejado por él, aún en esta vida le pagaba, y después que me hubo oído, díjome que (lo que sentía) era *espíritu de Dios*, y que le parecía que no era bien ya resistirle más, aun cuando hasta entonces hubiera hecho bien en hacerlo así, y que siempre que comenzase la oración en un paso de la Pasión si después el Señor me llevase el espíritu, que no lo resistiese, sino que me le dejase llevar á Su Majestad, aunque no procurándolo yo...»

Con esto Teresa quedó muy consolada, y el caballero también, y holgábase mucho de decir que era de Dios.

Acaeció que mandaron á su confesor de Avila á otro punto, lo que la Santa sintió muy mucho, porque pensó había de tornar á ser ruín, y no la parecía posible hallar otro como él.

Quedó su alma como en un desierto, muy desconsolada y temerosa y sin saber qué hacer de sí.

Llevó por entonces á Teresa una parienta suya á su casa [1], y élla la procuró luego otro confesor de los padres de la Compañía.

Y ya después de esto, Teresa adopta una nueva vida, consecuente con su misión y su deseo de mortificación.

Y muchos días hacía una sola comida después de puesto el sol, y sólo tomaba en ella lo que le era

---

Doña Guiomar de Ulloa.

absolutamente necesario para conservarse sin morir, y eso que anhelaba morir; el pan y el agua componían toda su comida, los sollozos y las lágrimas la sazonaban; y, últimamente, todo lo que podía afligirla y mortificarla era lo que más la apetecía, dando poco ó nada á la naturaleza; lo daba todo á su santificación, no teniendo otro objeto que el cielo, otro comercio que con Dios, otro placer que amarle y servirle, otro guía que su ley, otra esperanza que sus promesas, otro temor que el de sus juicios, otra lectura que el Evangelio, ni otro espectáculo que sus altares.

Había largos espacios de tiempo, en los cuales no se ocupaba sino en la oración, ni tenía otros pensamientos que la eternidad, ni otros deseos que el Paraíso, ni otros adornos que un cilicio, ni otras moradas que aquellas que supo pintar de manera tan admirable y sublime.

El P. Rivadeneira nos dice: «Que á pesar de sus muchas enfermedades y continuos dolores, nacidos de tanto desconcierto y desproporción que tenía en los humores, jamás volvió las espaldas al rigor y penitencia, ni perdonó al mal tratamiento de su carne...»

Y añade:

«En lugar de cama regalada, que la era tan necesaria, dormía en una poca de paja; y esto, aunque la apretasen algunas de las enfermedades dichas; y si no era muy grave, apenas admitía colchón ú otro regalo de lienzo... Por mucho tiempo

trajo tan áspero cilicio, que la causaba en la carne muy lastimosas llagas, y éste, pocas veces lo dejaba, cargada de años y de perlesía y otras enfermedades... Sus vigilias eran continuas, en las cuales se pasaba la mayor parte, ó casi toda la noche en oración, porque su sueño era tan escaso, que el reposo que daba al cuerpo enfermo y cansado de tantos negocios, y á veces de largos caminos, no excedía de tres horas, y, á lo más largo, de cuatro. En el ayuno y abstinencia era tan rigurosa como en lo demás; su comida ordinaria era casi siempre un huevo ó sardina, algunas legumbres, y otras veces unas puches; y cuando sentía alguna necesidad, su regalo era un poco de pan frito con aceite. No bebía jamás vino; no comía carne sino por grave enfermedad, y esto había de ordenárselo bajo ley de obediencia y de mayor mortificación.»

Nosotros hemos visto algunos de los ingeniosos medios que Teresa escogió para más acrecentar su obediencia y mortificación: un cilicio de hoja de lata agujereado en forma de rayo, una tela burda, que debía producirla grandísima desazón, disciplinas emplomadas, manojos de ortigas... y la presencia de estos recuerdos sagrados nos ha producido una verdadera emoción.

No es fácil, á los que tanto nos regalamos, que estas cosas nos sean gratas... Pero ¡cuánto amor revelan hacia Dios!

Esto no podrá negárnoslo la crítica moderna ni la impiedad.

La *Cruz*, hé ahí el anhelo, el pensamiento constante de Teresa de Jesús durante el tiempo de su vida que venimos abarcando dentro de este libro, y en el cual nos faltan aún muchas cosas que decir.

Siendo obediente y mortificada, asciende rápida al calvario y sube la empinada montaña de la virtud, en cuya cima hallará la santidad.

Una Hostia semejante no podía menos de ser agradable á Dios y recaer sobre élla bendiciones y gracias singulares.

Y fué la mayor la de saberse *vencer*, la más difícil, la más espinosa de todas.

«Vencerse á sí mismo,» este es el don más preciado del cielo, y Teresa le recibe y le obtiene, según nos lo atestiguan cuantos sobre élla han escrito sin pasión.

Como nosotros escribimos, aunque haya quienes nos tachen de fanáticos, retrógrados y obscurantistas.

Bien sabe Dios que no nos tenemos por tales.

Pero dejadnos creer.

Y dejad que el pueblo crea en estas cosas, que ningún mal han venido de ellas, como vosotros decís.

Que nunca fué mal para los pueblos la religión, sino antes bien, bálsamo único y consuelo seguro de sus infortunios.

¿Es posible que lo que al individuo hace bien, perjudique á la colectividad?

# VI.

## Virtudes de la Santa.

No cabía que fuesen estériles para Teresa de Jesús las gracias espirituales, las mercedes que el Señor la concedía y de que dejamos hecha mención en los números anteriores.

Aún eran estas pequeñas y habrían de acrecentarse más.

«Vaso de oro puro y cincelado.»

«Copa de elección sólida y adornada de toda clase de pedrería.»

«Obra admirable, destinada á resplandecer y á brillar en el campo vasto de la Iglesia.»

De esta suerte califican ilustres biógrafos á Teresa de Jesús, y nosotros reproducimos aquí estos elogios que tan bien cuadran, que tan en carácter están con la criatura angelical á que se consagran como homenaje sincero de nuestra admiración.

Sólo de esta manera cabe que hablemos con

acierto, de aquí en adelante, de la religiosa carmelita, cuya gloria estamos obligados y gustosamente comprometidos á difundir y popularizar.

—No es que yo viva, sino que es Cristo quien vive en mí.

Llegó á decir la Santa con el gran Apóstol, y como Pablo justificó con sus actos, con sus obras, que al expresarse así no lo hacía con exageración.

No hay nada que salga fuera del círculo de la realidad, si decimos con uno de sus panegiristas, que Teresa llegó á ser «un jardín de delicias, un paraíso terrenal, en el que las *virtudes* todas formaban un agradable y vistoso parterre de flores que esparcían un olor celestial que embalsamaba á cuantos á élla se aproximaban.

Verdad es que era la gracia la que obraba en élla tan maravillosos efectos; pero no es menos exacto que su fidelidad á esa misma gracia contribuyó eficazmente á ello.

Dócil á las inspiraciones del Espíritu Santo que obraba en élla, ya nunca más le opuso resistencia y atendió hasta sus menores indicaciones.

Así, así es como se llega al pináculo, á la elevada cima de las virtudes.

Todo lo que hay de bello, de grande y de heróico lo encontramos en la monja carmelita, «conjunto de las más augustas cualidades, hasta de aquellas que constituyen la naturaleza de los espíritus celestiales.»

Demostrémoslo:

Fe... Luz del alma, antorcha que resplandece en sitio obscuro, puerta de la vida, fundamento de salvación eterna, sin la cual no es posible agradar á Dios, esta virtud brilla en Teresa con extraordinario esplendor.

Merced á las luces y resplandores de la fe, se señala la Santa de manera singular.

Y es porque en tanto que las criaturas de fe, futuras herederas del cielo, elevan su pensamiento por cima de toda la creación y lo fijan en Dios, los hombres extraños á la fe rebajamos nuestro espíritu á las cosas de aquí abajo, y nos preocupamos de tal modo en sus investigaciones, que al punto se nos conoce que no somos de *raza divina*, ó que siendo cristianos lo desmentimos.

La fe es fuerza de la inteligencia, vigor del espíritu, «verdadera libertad que libra al alma de todo error.»

La ausencia de fe, es signo de poquedad de espíritu y de cobardía.

El que no tiene fe, no emprende nada grande ni heróico por Dios; la menor dificultad le espanta, permanece quieto en su rincón sin saber desprenderse de las cadenas de su esclavitud y servilismo terrenal.

La fe de Teresa de Jesús se reconoce en la manera admirable con que ha escrito sobre ella, demostrándonos que élla había penetrado su naturaleza, su grandeza, sus prodigiosos efectos; y su vida, que no fué otra cosa sino «su heróica fe puesta en

práctica,» la manifestaba desde este instante más vivamente aún.

La fe, en su origen, nos dice que es «un rayo de la luz y la sabiduría de Dios que cae en el alma aprisionada en el cuerpo, y le ilumina sobre los verdaderos bienes, sobre los misterios de la vida divina y sus destinos más allá del tiempo.»

Esta efusión de la fe llega á calificarla como una «verdadera creación intelectual.»

En la primera creación, Dios hizo al hombre á su imagen; en la segunda rehace esa imagen con más bellas y santas proporciones.

Dios hace alianza con el hombre por medio de la fe; ella fortalece el espíritu humano, que, débil por naturaleza, sin su auxilio vacila á menudo entre el error y la verdad.

Firme en la verdad por la fe, se eleva la Santa al conocimiento de los misterios divinos y penetra en lo invisible, y la razón superior y divina domina entonces á su razón natural.

Familiarizada Teresa con los dones de la fe, penetra en los misterios, entra en lo infinito como en su región natural, y encierra, por decirlo así, en sí, el océano sin límites de las perfecciones divinas.

Teresa de Jesús, al elogiar la fe, se elogia, sin quererlo, á sí misma, y nos revela todo el secreto de sus bellas acciones y del carácter especial de sus escritos.

Marchar por las vías más rectas de la justicia, hacerse dignos herederos de las promesas de Dios,

cerrar la boca de los leones, apagar las mayores llamas y permanecer incorruptible entre el fuego, tales son las consecuencias de la fe en la Santa, y por ella logra las mayores victorias y vencimientos.

Ni los obstáculos que la opone el mundo, ni las persecuciones á que se la somete, lograron detenerla un solo momento.

Todo lo venció su fe, que aumentaba en fuerza y extensión.

La fe, mientras que permanece en la inacción, no tiene nada de brillante; pero si se siente estimulada por la persecución, entonces, como fuego cuyas llamas se extienden por todas partes, enardece á los hombres de corazón puro y conciencia sincera, y á los que son testigos de sus combates.

La fe de Teresa, como verdadera que llegó á ser, hizo que la veamos complacerse por Jesucristo en los ultrajes, en el dolor; que se sintiera libre en las adversidades; que considerase el aislamiento y la pobreza como caminos para la gloria del cielo, y despreciando la vida, ansiase la muerte.

Teresa se nos muestra como dechado y ejemplo de esta virtud preciosa, verdadero espíritu del cristianismo, sin la que no se puede agradar á Dios.

Esperanza... Esta otra virtud de la religiosa carmelita se nos ofrece como hija que es de la fe.

La esperanza que se funda en palabras y pro-

mesas de los hombres, puede ser falaz y engañadora, porque en realidad no es otra cosa que «el sueño de un hombre despierto;» pero la esperanza que descansa en la palabra de Dios, verdad infinita, es tan sólida, que no nos expone jamás á la vergüenza y á la confusión de verla desvanecida ni disipada.

Áncora que detiene al alma en medio de las tormentas de la vida, es resultado de nuestros sentimientos, y por ella los sufrimientos llegan á ser para el que espera vida del cielo.

Sólo las almas que esperan emprender grandes cosas obtienen todo cuanto desean, porque Dios se complace en proporcionarlas sus larguezas, sus gracias, sus tesoros, sus misericordias.

La esperanza «es el único pie con que puede llegarse á la tierra del gran Dios, y si sus bondades son como aceite, como purísimo bálsamo, la esperanza es el único vaso en que dicho aceite se contiene.»

En una palabra: la esperanza cristiana, basada en la promesa divina, es el tesoro de los fieles; conserva el fruto y el mérito de los males pasados; hace presentes al espíritu los bienes del porvenir, y gustarles por anticipado al corazón; quita á los males temporales amargura, cuando no los trueca en dulzura... tal era la esperanza de Teresa de Jesús.

Amor... Pocas criaturas han amado más al Se-

ñor que le amó la heroína principal de esta obra, y esto nos explica el por qué se nos ofrece tan elocuente é inspirada cuando escribe, ó cuando habla de Jesucristo.

Lo hace, en efecto, con tal abundancia de ideas, de sentimientos, de puntos distintos de vista y de expresiones tan magníficas, que fácilmente se ve que había bebido su ciencia en el manantial mismo de donde brota.

De este conocimiento provino en élla su inmenso amor.

A sus ojos, Jesucristo «es la llave del mundo, el punto de apoyo de la oración.»

¡Cuánto ama Teresa á Jesús!

¡Con qué entusiasmo abraza su Cruz!

Lo único que Satán no pudo hacer, es amar á Dios.

Sólo el amor de Jesucristo produce el fenómeno del sacrificio personal y voluntario de los verdaderos cristianos.

¿Qué es la vida de Teresa de Jesús?... Un sacrificio perpetuo, á partir, sobre todo, de la época á que en élla hemos llegado.

Sólo por medio del sacrificio se hace el fiel agradable á Dios, y en tanto que permanece sobre el altar de la inmolación voluntaria, no sale del camino que Jesucristo le ha trazado. Sólo á este sacrificio continuado es al que se concede la suprema y verdadera ciencia de las cosas del cielo y de la tierra, porque realiza la idea de Dios.

Por eso el que aquí abajo busca con su sola inteligencia la verdadera sabiduría, se extravía; porque la verdadera sabiduría, la sabiduría divina, oculta en el misterio, revelada por la fe que sólo se concede al sacrificio cristiano, inseparable del amor y de la santidad de vida, y todos los enemigos de la cruz ó del sacrificio de Jesucristo, tienen natural horror á su sacrificio personal.

De aquí proviene ese odio á Jesucristo, que con espanto vemos en los hombres de soberbia, en los hombres de avaricia, en los idólatras de su cuerpo, y, sobre todo, en los engreídos con su razón.

Caridad... Ésta, como las anteriores virtudes, abrasaba el corazón de Teresa de Jesús.

Reina y madre de las virtudes, la caridad es la destinada, dentro de la economía cristiana, á darlas su forma viva tangible.

Esta virtud tenía en el corazón de Teresa tal asiento, que de élla surgen sus palabras, sus acciones, y sus escritos toman vida en su amor.

Vana cosa es enriquecerse con todas las demás virtudes; sin la caridad, no tienen valor alguno; con la caridad, se poseen todas las virtudes; son su séquito el reflejo de su belleza, y forma su más perfecto adorno.

Sólo la caridad permanecerá eterna; las demás virtudes perecerán.

La fe se desvanece con la visión; la esperanza

se acaba con la posesión; la caridad se acrecienta con el disfrute.

Y esto lo dijo el gran Apóstol, y lo consignó millares de veces en sus libros Teresa de Jesús.

No pudiendo copiarla, condensamos en estas páginas el fruto de la lectura de sus producciones.

La naturaleza de lo *bueno* y de lo *bello* es tal, que aun sin reportar ningún beneficio, arrastran al alma con cierta fuerza de suavidad á amarlos. Cuando el bien es más grande en sí mismo, esta fuerza de inclinación se hace más irresistible á medida que es más conocido por el que le ama.

¿Qué hay mejor que el *supremo bien?*... ¿Qué hay más bello y amable? Sólo la ignorancia puede apartar de él á los mortales, y esto, cuando extraviados se encariñan con el bien aparente, que no es Dios.

En todo deseo hay dos sentimientos: uno de pena, causado por el vacío del corazón; otro de esperanza por verle lleno con la posesión.

Un corazón saciado no desea más; en tanto que el alma desea, no está saciada, sufre por este vacío, pide sin cesar que venga, y cual sima insaciable, devora todo lo que no es Dios, sin llenarse jamás.

¡Vano grito arrojado á todos los vientos de la creación! Si Dios no le oye, el vacío no se llena nunca.

Por eso dice la Santa: «El vacío de un alma sin

Dios ó sin espera de Dios, puede por un momento engañarse, pero sólo puede ser colmado más que por la posesión.»

Amando á Dios, Teresa amaba al prójimo, virtudes ambas de idéntica naturaleza.

Y esos dos amores produjeron en élla otras virtudes esclarecidas, tales como la *paciencia* y la *benignidad;* el *celo* que proviene del fervor del amor; la *prudencia* que todo lo moderaba en élla; la *humildad* de que nos ha dado ya tan relevantes pruebas...

Cuando un viajero ha llegado á la cumbre de una alta montaña, los grandes objetos se hacen diminutos; la distancia confunde su forma é impide distinguirlos y hasta parece como que se desvanecen á lo lejos. Del mismo modo Teresa de Jesús, en llegando á la cumbre de todas las virtudes, habremos de verla frente á frente con Dios, y como teniendo á sus plantas la creación.

Extasiada en la contemplación de las bellezas divinas, llega á tener por pura *nada* todos los pretendidos bienes del mundo, y su posesión la hubiera estimado como una verdadera pérdida.

Después de lo que dejamos escrito, como preparación á lo que hemos de decir, ya nada podrá admirarnos ni sorprendernos.

Lo hallaremos lógico y natural.

¡Desprecia la tierra!
¡Ansía el cielo!
Digno remate de todas sus altas cualidades.

—La Cruz,—dice,—ha rescatado el mundo.
—Y por eso amo la Cruz,—añade.
—La vida es tránsito; por eso deseo llegar al fin.

Al escuchar tan extraño lenguaje; al oir hablar con deleite de destierro, de Cruz y de muerte, el mundo considera á Teresa como una insensata.

Rectificad.

La más alta sabiduría que ha conocido la tierra, la que da Dios al hombre por mediador Supremo, ha podido parecer delirio, locura.

Pero cuando los seres, como Teresa, penetran con la fe en esta doctrina divina, descubren con estupor, que esa mal llamada locura es superior á toda la sabiduría del mundo entero.

Y es que mientras en este mundo, de cambiante en cambiante, de delirio en delirio, se camina á la ruina, y arrastrado por el torrente de las edades el hombre desaparece en el abismo de la muerte, el fiel desterrado marcha hacia la casa de su eternidad, donde va á reposar de sus fatigas.

A la casa de Dios, á la Bienaventuranza, en la que hallará la recompensa debida á sus merecimientos.

El muerto espiritual renace á la vida, el crucificado cambia su cruz en signo de realeza celestial.

Así es como Teresa pudo exclamar con el Apóstol, viendo los primeros resplandores de su recompensa futura:

—Yo he combatido el buen combate.

—Yo he consumado mi carrera.

—Yo he conservado la fe... La corona de justicia me espera; el justo juez me la dará.

¿Podéis esperaros así?

Continuad, continuad leyendo, y veréis confirmado cuanto dejamos dicho.

---

# VII.

## Su preferente oración.

UNA oración, una plegaria sublime adoptó Teresa de Jesús, á la que daba preferencia sobre todas las demás.

Aconsejáronsela en días de peligrosos decaimientos sus directores espirituales, y de élla nos habla con encomio muchas veces en sus libros.

Por lo común, el piadoso ejercicio á que aludimos le practicaba sola; otras le acompañaban en él sus compañeras de santa reclusión.

Apresurémonos á entresacar, ya que no en su forma en su especie, de sus hermosos trabajos literarios, esta útil y provechosísima tarea, ya que de élla pueden servirse grandemente nuestros lectores, y sea este uno de los modos más apropiados de satisfacer los reiterados ruegos que se nos tienen hechos de traer á las páginas de este nuestro el mayor número posible de las concepciones *místicas* de la Santa.

Postrada de rodillas en el retiro de su celda, ó

rodeada de sus hijas muy amadas en el Señor, la monja carmelita las decía:

—Meditemos, meditemos la *Pasión de Jesús*.

Y se aprestaban á practicar con fervor lo que más puede conducir á los cristianos al amor de su Dios.

### Ejercicio devoto tomado de los pensamientos fervorosísimos de Santa Teresa de Jesús. [1]

Asunto.—Por aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Ya sabéis que la Pascua se celebrará dentro de dos días, y que el Hijo del hombre será entregado para que sea crucificado.

La Santa.—Ha llegado la hora suprema... Jesús había dejado entrever á sus Apóstoles en varias circunstancias cuál sería el término de su vida mortal.

La Pascua se celebrará dentro de dos días, y al terminarse, el Hijo del hombre, es decir, lo que de hombre hay en Jesús, será entregado á la muerte, y á muerte de cruz.

Ya se reunen, en efecto, los Príncipes de los Sacerdotes en casa de Caifás, y conciertan los medios que han de poner en juego para apoderarse de Jesús y condenarle á muerte. Fijan una sola condición: es preciso que la prisión de Jesús no tenga lugar durante la fiesta, porque el pueblo podría sublevarse. La Escritura se cumple... estos son los

---

[1] Conociendo algunos este trabajo hecho hace algún tiempo por nosotros, se nos ha pedido encarecidamente su inserción en este libro.

*complots* contra el Cristo, predichos por el Profeta David. La trama se urde por los grandes á escondidas del pueblo, porque temen el reconocimiento de éste hacia Jesús, que le ha colmado de beneficios... Dispuestos están, sin embargo, á seducir al pueblo en el momento oportuno: su decisión es irrevocable, el Salvador queda condenado desde aquel momento. ¡Jesús debe morir!... Es necesario que aquel sol de la nueva ley se extinga para que no eclipse la opaca luz de la ley antigua, para que la ciencia de los Doctores de Israel no aparezca en toda su desnudez ante aquella divina palabra que dice, y es en sí misma, la pura verdad... Para consumar tan horrible atentado sólo es necesario una precaución: la de dejar que pase la fiesta... Se teme que el pueblo pueda sublevarse en favor del sentenciado si se le inmolare durante la Pascua...

ORACIÓN.—¡Oh! buen Jesús, y cuán de admirar es la heróica sencillez con que anunciáis á vuestros Apóstoles la fiesta que váis á celebrar y el sacrificio de vuestra santa humanidad, entregándola á todos los martirios del dolor y á la muerte de los esclavos, para salvar á los hombres y obtener su rescate.

ASUNTO.—Estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, una mujer que llevaba en la mano un vaso de alabastro lleno de un precioso perfume, se aproximó y derramó el perfume sobre la cabeza de Jesús cuando estaba á la mesa.

¡Qué enfermedad tan horrible es la lepra! Ninguna otra inspira tanta repugnancia y espanto...

Y, sin embargo, en casa de un leproso encontramos á Jesús. Y esto, tres días antes de su muerte... ¡Qué lección!... Nunca fueron como entonces tan sensibles las relaciones de la Santa víctima con los pecadores, que venía á salvar con su muerte... El pecado es la lepra del alma que viene á curar Jesús... Médico y salvador del alma enferma, se aproxima á ella, estudia su mal y le aplica el infalible remedio de su presencia, es decir, de su gracia, de sus méritos. Si le critican por frecuentar la compañía de los leprosos, de los pecadores, de la gente de mala vida, dice: «No he venido para los sanos, sino para los enfermos...» ¡Cuánta bondad, cuánto amor!...

Pero al lado de la peste y de la corrupción, es necesario que acuda un corazón generoso y amante para verter sobre Jesús el dulce perfume, el perfume precioso é inestimable del desinterés, del sacrificio y del amor... El pecado es la lepra, el desinterés el sacrificio, el amor es el remedio, es el bálsamo que cicatriza y cura la enfermedad... Jesús viene á salvar al mundo con el amor, y el mundo á su vez, para salvarse, necesita del amor y del sacrificio... ¡Oh, admirable y divino cambio entre la tierra y el cielo, entre Dios y el hombre!

Oración.—¡Divino Señor! Si os aproximáis á mí y descubrís con horror la lepra del pecado, ved al menos en esta enferma su deseo de ser curada, y que para conseguirlo está pronta á hacer todo género de sacrificios, á entregar su alma y su co-

razón á quien logre curarle. ¿No es bastante que déis hacia mí los primeros pasos? ¿Debo, con mi ingratitud, hacerlos inútiles? ¡Oh, buen Jesús, no consintáis en una ingratitud semejante! Pronta estoy á seguiros, á huir del mal, á consagraros mi vida entera. Admitid el perfume que á vuestros pies vierto, perfume de *oración*, al que tanto valor da vuestro infinito amor.

Asunto.—Viendo esto los discípulos, se indignaron, diciendo:—¿Para qué esa pérdida? Porque ese perfume hubiera podido venderse muy caro y dar su valor á los pobres.

La Santa.—Siempre hay almas oprimidas por el peso del cuerpo. No saben elevarse; diríase que están incrustadas en la materia, á juzgar por la gran estimación en que la tienen... Todo cuanto se sacrifica, aun cuando sea con un fin noble y levantado, las admira y entristece... La más pequeña pérdida las es en extremo sensible... Preferirían que se hiciese un uso vulgar en relación con la bajeza de sus pensamientos ó sus deseos... ¿Qué más bello, sin embargo, que sacrificar á la belleza misma; qué más digno del hombre, que el reconocer la riqueza de Dios, abandonándole el bien ó una parte del bien de que se pudiera gozar?... ¿Qué podrá entregarse á Dios que no pueda Éste devolver centuplicado en el mismo instante?

Discípulos de Jesús, no os escandalicéis, no temáis... Jesús es el Dios de los pobres... Recordad que con algunos panes y algunos peces alimentó en

el desierto á cinco mil personas, sin contar las mujeres ni los niños... ¡Dejad, dejad verter ante Él ese perfume de arrepentimiento y de amor!... No inquietéis á esa mujer, porque hace una obra agrable á Jesús. Siempre tendréis pobres á quienes socorrer, y mediante la Providencia los socorreréis siempre; pero á Jesús, ¿le tendréis siempre?...

¡Tened cuidado! El corazón de Jesús es un corazón celoso... lo quiere todo... Hay que elegir entre Él y el mundo... Además, esa mujer, al verter el perfume sobre el cuerpo de Jesús, le preparaba su sepultura. Sí; entre los perfumes suaves del amor y del sacrificio debe dormirse el Dios del sacrificio y del amor, no entre las exhalaciones de la lepra y del pecado... Esa mujer se ha inmortalizado amando á Jesús de ese modo... El Evangelio de amor será predicado por todo el mundo... Y, ¿quién le predicará?... Vosotros, Apóstoles de Jesús, á quienes tanto parece indignar hoy el sublime empleo de aquel perfume!... En efecto; los que aman á Jesús, ¿creerían hacer demasiado dando por Él su vida, si la vida fuese necesaria para la gloria de Jesús?...

Oración.—Sólo, Señor, amo la vida, porque el don que de ella os hago puede seros agradable. Os pertenezco por completo. ¿A qué disipar mis facultades, mis fuerzas, mis afecciones entre las pobres criaturas que me rodean? Siempre las tendré cerca de mí, y podré, cuando quiera, socorrerlas en vuestro nombre; pero si os pierdo á Vos, Señor

mío Jesucristo, que lo sóis todo y que todo lo concedéis, ¿qué me quedará para dar á los demás? ¿qué me quedará para mí mismo? Puesto que la condición para que Vos estéis siempre conmigo, es que yo sea de Vos, que me entregue por completo á Vos, mi voluntad es que nada haya en mí que no os pertenezca.

ASUNTO.—Entonces uno de los doce, llamado Judas Iscariote, fué á verse con los Príncipes de los Sacerdotes, y les dijo:—¿Qué queréis darme y yo os lo entregaré?—Convinieron en darle treinta piezas de plata. Y desde entonces buscó Judas ocasión favorable para entregarle.

Nada hay en la Pasión del Salvador más lamentable, que la traición de uno de los doce. ¿Por qué hizo traición Judas á Jesús? ¡Horrible es pensarlo! ¡Por dinero! Jesús fué bueno para él como para los demás Apóstoles; Jesús le enseñó á él, como á los demás, su santa doctrina; delante de él manifestó su misericordia y su poder; le llamó como á los demás discípulos á la sublime misión del Apostolado... Pero una pasión sórdida y miserable, la *avaricia*, se agita en su alma y en su corazón. Hay en él combate, hay violencia; pero triunfa, por último, y el amor puede menos que el dinero.

Así obra el cristiano que vacila entre el mundo y Jesús.

Dice al mundo:

—¿Qué me das y te le entrego?...

—No te le daré por nada, porque me cuesta trabajo abandonar á aquel de quien sólo beneficios he

recibido; pero si tu oferta me agrada, entonces veremos, y añade:

—¿Qué me das si te le entrego?...

Y el mundo contesta:

—¡Treinta dineros!—es decir, fortuna; y con la fortuna, placeres y honores.

—Bien,—replica el alma venal;—á la primera ocasión vendré á reclamarte los treinta dineros en cambio de Jesús...

ORACION.—¿Cómo, divino Señor mío, es posible que habiendo probado la dulzura de vuestro yugo, haya quien por mezquino precio desee librarse de él?

ASUNTO.—El primer día de los Acinos, dijeron los discípulos á Jesús: ¿Dónde queréis que nos dispongamos á comer la Pascua?

Jesús les respondió: Id á la ciudad, buscad á uno, y decidle: El Maestro ha dicho, se acerca mi tiempo, celebro la Pascua en vuestra casa con mis discípulos.

Los discípulos hicieron lo que Jesús les ordenó, y prepararon la cena.

LA SANTA.—Han pasado los dos días anteriores á la Pascua. Principian, pues, los preparativos de la fiesta. El hijo de Dios va á hacer su última cena en la ciudad de Jerusalén. En casa de uno, en casa del *hombre*... en casa del hombre debe prepararse todo. El Maestro lo ha dicho, el Maestro lo ha querido; preciso es hacer lo que dice, lo que quiere el Maestro.

¡Cuántas almas hay á quienes dice Jesús: Quiero celebrar en vuestra casa la Pascua; y á pesar de semejante invitación, nada preparan para recibir á Jesús como se merece! ¡Cuántos llamamientos

inútiles! ¡Cuántas vocaciones perdidas por tan culpable negligencia!

ORACIÓN.—Venid á mí, divino Señor, venid; mi corazón está preparado por el deseo.

Venid, venid á celebrar la Pascua en esta casa, con vuestras hijas, conmigo; seréis recibido en élla, si no con todos los esplendores que convendrían al Rey de los cielos, al menos con todo el cariño que desea encontrar el Hombre-Dios en aquellos á quienes se digna visitar con su misericordia y con su amor infinito.

ASUNTO.—Al llegar la noche se sentó á la mesa con sus doce discípulos, y mientras comían les dijo:—En verdad os digo, que uno de vosotros me hará traición.—Muy afligidos con estas palabras, dijeron todos:—¿Seré yo, Señor?—Él les respondió:—Me hará traición aquel que mete conmigo la mano en el plato. En verdad os digo, que del Hijo del hombre será como está escrito; pero desgraciado de aquel por quien el Hijo del hombre será entregado; más le valiera no haber nacido.—Judas, que le vendió, le dijo:—Maestro, ¿seré yo?—Él le respondió:—Tú lo has dicho.

LA SANTA.—A medida que adelanta Jesús en su obra de amor, sigue también su marcha la obra satánica. Hay algunas almas á las que acude Jesús para celebrar la Pascua, y en las que no puede efectuar el más pequeño cambio. Las dice:—¡Tened cuidado!... Sentarse á mi mesa, meter conmigo la mano en el plato, comer del pan que yo bendigo y consagro; sin estar preparados, sin haberos desprendido de vuestras culpables afecciones por el mundo y por el dinero, sin haberos, por lo menos, purificado con el arrepentimiento, es venderme, es hacerme traición...

ORACIÓN.—Señor mío Jesucristo, en la santa comunión hay discípulos, ¡horrible es pensarlo! hay discípulos que se sientan con Vos á la misma mesa, que comerán de ese pan que distribuís en el cielo á los ángeles, que meterán con Vos la mano en el plato, y que, sin embargo, os venderán, os harán traición. ¿Seré yo uno de ellos?... ¡Oh, tranquilizadme pronto, divino Salvador! ¡Qué duda tan horrible para un corazón que os ama! ¡Ah, si véis en el porvenir que algun día ha de lograr el demonio arrastrarme á un crimen tan atroz, quitadme la vida en tan fatal instante! ¡Que el horror de mi alma á ese sacrilegio me haga alcanzar vuestra divina gracia!

ASUNTO.—Mientras comían, Jesús tomó el pan, le partió, y se le dió á sus discípulos, diciéndoles:—Tomad y comed; este es mi cuerpo.—Tomando después el cáliz, dió gracias y se les entregó, diciendoles:—Bebed todos, porque esa es mi sangre (la sangre de la nueva alianza), que será derramada para la remisión de los pecados de muchos.

LA SANTA.—El pan de la cena, bendito y consagrado por Jesús, es ya el cuerpo del Salvador... Partido y distribuído aquel pan, en cada una de sus partes, es siempre el cuerpo del Salvador... Aun cuando sólo se coma una migaja, se recibe el cuerpo del Salvador, que se hace de este modo divisible hasta lo infinito, sin dejar de estar contenido por completo en todas las fracciones: *Tomad y comed; este es mi cuerpo.*

¡Oh, divina multiplicación de los panes!... Corred, multitud infinita de almas humanas; venid á

sentaros á la mesa con Jesús, con sus discípulos, venid; Jesús será por completo con todas vosotras; venid, que aun cuando fuéseis más numerosas que los estrellas del cielo, todas quedaréis igualmente satisfechas, y aún quedará de ese divino alimento para satisfacer á las mujeres y á los niños; es decir, á las futuras generaciones de las almas...

Y lo mismo el cáliz... Ya no contiene vino: Jesús lo ha dicho; contiene su sangre, la sangre de la nueva alianza: bebed todos.

ORACIÓN.—¡Oh, pan de los ángeles! ¡maná celestial! ¡Oh, vino delicioso! El velo se ha desgarrado, la fe abre los ojos de mi alma. Os veo, Salvador Jesús, bajo esas apariencias groseras; en el pan consagrado está vuestro cuerpo adorable; en el vino vuestra preciosa sangre, y como vuestra alma santa y vuestra divinidad no pueden separarse de vuestro cuerpo y vuestra sangre, cuando me aproximo á Vos, por la santa comunión, Vos sóis á quien recibo; vuestro cuerpo me alimenta, vuestra sangre apaga mi sed, con vuestra alma se identifica la mía, y vuestra divinidad viene á divinizarlo todo en mí.

ASUNTO.—Después de haber dicho el cántico de acción de gracias, se fueron al Monte de las Olivas. Y entonces Jesús les dijo:—Todos os escandalizaréis esta noche por causa mía, porque está escrito: «Heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas.» —Tomando Pedro la palabra, dijo:—Aun cuando todos se escandalizaren por causa vuestra, yo no me escandalizaré.—Jesús le replicó:—En verdad digo, que esta misma noche, antes que cante el gallo, me negarás tres veces.—Pedro dijo:—Aun cuando fuera necesario morir, yo no renegaré de Vos.

La Santa.—¡Principia la pasión! Ya se adivinan los escándalos que se preparan, las lágrimas que van á derramarse, la agonía que se acerca; porque todo ha de cumplirse, lo que de Jesús se dijo, y lo que el mismo Jesús ha dicho de sí; todo va á concurrir á ese cumplimiento, á la vez dichoso y fatal. Los discípulos se escandalizarán. «El pastor será herido y se dispersarán las ovejas.» Pedro negará á Jesús hasta tres veces, en la hora marcada; llegará Judas que, para ganar los treinta dineros convenidos, hará traición á Jesús con un beso... Dejemos á Judas; ¡pensemos en Pedro! ¡Cuán ardientes protestas hace al Señor de su adhesión hasta la muerte!... No desagradan á Jesús estas resoluciones generosas, no; lo que le desagrada es que nos creamos, que nos juzguemos orgullosos, bastante fuertes por nosotros mismos para resistir las tentaciones y desafiar los peligros.

Oración.—Voy á acompañaros, ¡oh, Salvador mío! en el camino de vuestra dolorosa pasión. Voy á seguiros paso á paso, para que, siendo testigo de vuestros sufrimientos, comprenda bien cuánto os ha costado la salvación de los hombres, y nazca y se acreciente en mí el odio al pecado y el arrepentimiento por haberle cometido con tanta frecuencia.

# VIII.

## Conclusión del ejercicio comenzado en el número anterior.

Asunto.—Permaneced aquí mientras voy á hacer mi oración.—Y habiendo tomado consigo á Pedro y á los dos hijos de Zebedeo, principiaron á apoderarse de Él la tristeza y la aflicción. Entonces les dijo:—Mi alma está triste hasta la muerte; esperad aquí y velad conmigo.—Y alejándose un poco prosternó el rostro contra la tierra, orando y diciendo:—Padre mío, si es posible, apartad de mí ese cáliz; cúmplase, sin embargo, vuestra voluntad y no la mía.

La Santa.—El cuerpo y el alma humana de Jesús experimentan en este momento lo que cualquier hombre esperimentaría en el instante de su inmolación, aun siendo ésta voluntaria. Está triste, y su alma desfallece. Jesús no da ante los hombres el espectáculo de su desfallecimiento... se ha separado para orar, para pedir á su Padre, ó que aparte de Él el cáliz de su pasión, ó que le dé fuerzas para beberle hasta las heces. Preferiría no beberle, pero la voluntad de Dios es antes que todo. ¿Cuántos cristianos hay que no pueden experimentar la más debil tristeza, el menor dolor, sin lamentarse

ante sus hermanos? ¿Cuántos que no pueden imponerse, ni aceptar el menor sacrificio, si la mirada de los hombres no los sostiene? Piden valor al amor propio... digámoslo más claramente: á una especie de orgullo... ¡Desgraciados!

ORACIÓN.—¡Oh, Jesús, mi Salvador y mi Dios! hágase vuestra voluntad y no la mía. Yo quiero cuanto Vos queréis y como Vos queráis. Os suplico solamente que me enseñéis á obedeceros y que me concedáis el espíritu de oración, que es el verdadero ángel consolador de las almas afligidas y contristadas hasta la muerte.

ASUNTO.—¡Levantáos, vamos! Se aproxima el que debe entregarme.—Hablaba aún Jesús cuando apareció Judas, uno de los doce, seguido de un tropel de hombres armados con palos y espadas, que fueron enviados por los Príncipes de los Sacerdotes. Judas les había dado la señal, diciéndoles: —Aquel á quien yo bese, aquel es, prendedle.—Y acercándose en seguida á Jesús, le dijo:—Maestro, yo os saludo,—y le besó. Jesús le dijo:—Amigo mío, ¿á qué has venido?—Y al mismo tiempo adelantaron, pusieron sobre él las manos, y le prendieron.

LA SANTA.—Toda duda debe cesar ante la manifestación de la voluntad de Dios. La justicia del Padre celestial sólo puede satisfacerse con el sacrificio de su muy amado Hijo... hay que beber el cáliz... Jesús no vacila: *¡Levantáos, vamos!*

ORACIÓN.—¡Oh, mi divino Maestro! Que el sincero deseo que tengo de serviros atraiga sobre mí vuestra gracia, para que no haga la monstruosa alianza de las almas que se dedican un día al Señor y otro al mundo, porque de esa manera no se pertenece en realidad ni al mundo ni á Dios, y ante

Dios, se es culpable de sacrilegio y de traición... sólo á Vos, Jesús, Salvador mío, quiero pertenecer. Me ofrezco á Vos por completo: aceptad y bendecid esta ofrenda sincera de un corazón que os ama, y que sólo á Vos quiere amar.

ASUNTO.—Entonces, uno de los que estaban con Jesús llevó la mano á su espada, la sacó, é hiriendo al criado del gran Sacerdote, le cortó la oreja. Pero Jesús le dijo:—Vuelve tu espada á la vaina, porque con espada perecerá el que de la espada se sirva; ¿crees que no puedo rogar á mi Padre, que me enviaría al momento más de doce legiones de ángeles? Pero entonces, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, que predicen que las cosas deben suceder así?

LA SANTA.—Jesús viene á traer la paz á la tierra, y la paz sólo se obtiene á costa de concesiones ó de sacrificios. El sacrificio que hace Jesús á la paz es el de su propia persona: la entrega para que con ella se amortigüen todos los rencores, y para que al fin quede la paz definitivamente hecha y consagrada...

ORACIÓN.—Cuando Vos, ¡oh, Salvador mío! habéis desdeñado la venganza; cuando ni habéis llamado á vuestros ángeles, ni habéis permitido que se valiesen de la espada en defensa vuestra, ¿cómo podré yo dejar de sufrir sin entera conformidad los ligeros ataques é injusticias de que pueda ser objeto? Vos, divino Señor, que sóis el sol sin mancha, lo perdonáis todo: traición, prisión inicua, insultos y todas las ignominias con que se os cubre; y yo, que soy la imperfección misma, nada puedo sufrir, todo hiere mi amor propio, no puedo oir hablar de mis defectos, sólo tengo oídos para lo

que me halaga. Pero yo, Señor, quiero vencer en mí esa vanidad y ese orgullo, y para conseguirlo, recordaré siempre vuestras humillaciones, traeré á mi memoria vuestra divina paciencia.

ASUNTO.—Entonces, abandonándole todos sus discípulos, huyeron.

LA SANTA.—¡Huyen!... No se necesita conocer mucho el mundo para recordar hechos semejantes de que uno ha sido víctima, ó de que acaso hayamos hecho víctimas á los demás.

Nuestro amigo débil «pobre y desgraciado» es Jesús... Si tenemos corazón, si somos cristianos, no le abandonaremos, no huiremos ante su infortunio... Si se ve atacado, le defenderemos; si está triste, le consolaremos; si es injustamente condenado, protestaremos de su inocencia al pie mismo del cadalso.

ORACIÓN.—¿Nos habéis abandonado Vos, ¡oh, amado Salvador! porque éramos desgraciados? ¿Nos habéis renunciado, porque éramos culpables? No; sino que con vuestro sacrificio nos habéis salvado, rescatado y hecho partícipes de la justicia de Dios. ¿Cómo, pues, podré yo abandonar á mi hermano en sus pruebas, aun sabiendo que es criminal? ¡Oh! misericordia de un Dios que me encanta y me confunde; ¿no me infundiréis alguna misericordia? ¡Oh, Jesús! que tanto habéis perdonado á los hombres, que tanto habéis expiado por éllos, dignáos fortificar en mí los sentimientos de caridad que siento, y que uno, para darles algún mérito, á vuestra caridad por nosotros.

Asunto.—Y os declaro que veréis un día al Hijo del hombre sentado á la diestra de la Majestad divina, que vendrá sobre las nubes del cielo.

La Santa.—Es Jesús quien habla.

Á los insultos, á las acusaciones, á los falsos testimonios, sólo respondió con angélico silencio. ¡Nada de esto podía conmoverle! Pero cuando se le conjura en nombre de Dios vivo, á que diga si es el Cristo, el Hijo de Dios, entonces Jesús, responde: *Tú lo has dicho.* Y luego añade las magníficas palabras que acabamos de citar. Así glorifica á su Padre, así da testimonio de la verdad, así confiesa ante sus jueces quién es y cuál es su misión; así dice á las generaciones futuras:

—Sí, Yo soy el Cristo; sí, Yo soy el Hijo único de Dios; sí, Yo soy Dios, y algún día seréis testigos de mi gloria y de mi poder, porque Yo triunfaré y seré vuestro Juez.

Oración.—Señor, vedme á vuestros pies; aceptad el sacrificio de mi vida.

Asunto.—A la mañana siguiente los Príncipes de los Sacerdotes y los intérpretes de la ley tuvieron consejo contra Jesús para hacerle morir; y después de haberle atado le pusieron en manos de Poncio Pilato, su Gobernador.

La Santa.—Jesús ha pasado la noche entregado á los insultos, á los golpes y á las bofetadas de una vil soldadesca. Ángeles de Dios, si alguna vez habéis conocido el dolor, debió ser en aquella espantosa noche; la Justicia divina encadenaba vuestras alas y vuestras flamígeras espadas... ¡Ah! si se os

hubiese permitido acudir en defensa de Jesús, ¡con qué santo ardor hubiérais descendido de vuestros tronos á aquel infame Pretorio para dispersar, para exterminar á los verdugos de vuestro Rey! Pero la salvación del mundo exigía aquellos ultrajes.

ORACIÓN.—¡Oh, Jesús, que fuísteis atado y conducido como santa víctima al altar del sacrificio! ¡Oh, Jesús, que tal y como lo había predicho Isaías, fuísteis objeto de desprecio, como el último de los hombres! ¡Oh, Jesús, cuyo silencio edifica!

Mientras me sea posible contemplar una cruz y veros en ella clavado, ¿podré comparar mis angustias con las vuestras? ¡Ah, Jesús! os pido más que valor y paciencia para sufrir; solicito de Vos el deseo de sufrir por vuestro amor y en expiación de mis pecados, que tantos dolores os ocasionaron.

ASUNTO.—Y Jesús compareció ante el Gobernador.

LA SANTA.—¡Desgraciado Juez!

¡Pueblo cruel é ingrato!

Dejemos al inicuo Pilatos, al pueblo ciego y bárbaro en sus pasiones. El tribunal de Pilatos es nuestra conciencia: ante ella conducen nuestros malos deseos á Jesús, y entre unos y otros queremos que decida.

La conciencia dice:

—¡Cómo ofender á Jesús, que es tan bueno!

Y los malos deseos responden:

—¡Quita á Jesús! ¡Aparta á Jesús!

La conciencia replica:

—Es vuestro Dios.

ORACIÓN.—¡Qué confusión, qué dolor para mí! Os reconocía por mi Dios y os he desafiado; por mi Salvador, y os he ultrajado; por mi amigo, y entre Vos y Barrabás, es decir, entre el bien y el mal, he optado por Barrabás, como el ingrato pueblo de Jerusalén! ¡Oh corazón; ahora, que por la gracia de Dios ha entrado en tí el arrepentimiento, estalla de dolor! Sí, espira, si necesario es, al pie de la cruz que de nuevo ha levantado para Jesús! Muere de sentimiento por haber crucificado otra vez á Jesús! Dichoso tú, si con ese sacrificio logras el perdón y el amor de tu Dios.

ASUNTO.—Los soldados del Gobernador le llevaron en seguida al Pretorio y reunieron alrededor de Él toda la compañía, y habiéndole quitado sus vestidos le cubrieron con un manto de escarlata. Haciendo después una corona de espinas se la colocaron en la cabeza, y una caña en la mano derecha, é hincando ante Él la rodilla, se burlaban diciéndole:—¡Yo os saludo, Rey de los Judíos!—Le escupían á la cara, y con la caña le daban golpes en la cabeza. Despues de haberse burlado de Él de ese modo, le despojaron del manto y le volvieron á poner sus vestidos; y en seguida se le llevaron para crucificarle.

LA SANTA.—*Hé ahí al hombre*, tal cual le ha hecho el pecado; *hé ahí al hombre Rey*, caído de un espléndido trono, de lo alto de su inocencia; *hé ahí al hombre Dios*, aceptando todas esas expiaciones para devolver al hombre caído sus primitivos esplendores. ¡Ah! ahora, lavados con la sangre de Jesús podemos presentarnos ante el trono de la justicia y de la gracia; Dios reconocerá su obra en nosotros, y dirá:

—Sí, este es el ser que creé á imagen mía; es-

taba perdido; mi Hijo le ha salvado: *Hé aquí al Hombre.*

ORACIÓN.—¡Jesús! ¡Jesús! me veo obligada á apartar la vista de la horrible escena del Pretorio. Abundantes lágrimas vierten mis ojos; los sollozos me ahogan, ¡oh, divino Señor! Si arrastrada por el deseo estoy á punto de cometer un pecado mortal, permitid, os lo suplico, que el recuerdo de vuestra flagelación, de vuestra coronación de espinas y de todos los ultrajes con que fueron acompañadas, venga á mi imaginación, para que la idea de haberos costado tanto, y de la espantosa caída que nos hace dar el pecado, me detenga al borde del precipicio, y pueda volver de nuevo á vuestros brazos salvadores.

ASUNTO.—Al salir, encontraron á un hombre de Cirinea, llamado Simón, y le obligaron á llevar la cruz de Jesús.

LA SANTA.—De que Jesús haya sido el primero en llevar la cruz por nuestra salvación, no se deduce que nosotros no tengamos obligación de llevarla, y aun, si preciso es, de morir con él. La expiación de Jesús no nos ha librado de toda otra expiación; somos responsables ante la justicia de Dios, á pesar de la sangre vertida por el Salvador, si por nuestros pecados no le seguimos en la dolorosa senda de la penitencia. Hemos pecado en nuestro primer padre; hemos pecado por nosotros mismos, traspasando tantas veces las leyes de Dios, y esa culpabilidad pesa sobre nosotros hasta tanto que la penitencia, el dolor y las lágrimas nos hayan pu-

rificado. Jesús sufrió para que el mérito de sus sufrimientos hiciese eficaces los nuestros... El hombre pecador está obligado por el pecado, enemigo de Jesús, á llevar la cruz de Jesús, no para aliviar al Dios que sostiene los mundos, sino para purificarse con el contacto del Madero santificado con la sangre de ese Dios. Sólo hay un camino para llegar al cielo: el camino de la cruz. Sin nuestra misión al sacrificio de Jesús no hay que esperar participación alguna en su gloria... Por eso vemos que, encontrando al hombre en la vía dolorosa, quiso Jesús que cargase un momento con la cruz sobre que iba él á espirar.

ASUNTO.—Le dieron á beber hiel; pero después de haberla probado, no quiso beberla.

LA SANTA.—Jesús acepta el cáliz del sufrimiento, le bebe hasta las heces, pero no manchará su cuerpo ni su alma con nuestros pecados. Lejos, muy lejos de los labios de Jesús la hiel de nuestros odios y de nuestras venganzas, la hiel de nuestras ignominias y nuestra corrupción. No es eso lo que puede apagar la sed que le devora; si queremos entregarle nuestros corazones para que los presente á su Padre, como rescatados con su divina sangre, ¡ah! eso le aliviará, eso apagará su sed... ¿Se lo negaremos?

ASUNTO.—Después que le hubieron crucificado se repartieron sus vestidos, sorteándolos, para que se cumpliesen estas palabras del Profeta:—Repartieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes.

La Santa.—Nada se ha reservado Jesús; su sacrificio es completo. Su cabeza, sus pies, sus manos, su costado, todo está traspasado; abiertos están los manantiales de la vida, la sangre corre, se escapa la vida, y mientras tanto, lo que queda de Él se lo reparten sus verdugos. ¡Aquellas llagas vivas, aquella vida que huye con la sangre, aquellos vestidos repartidos, son las riquezas de Jesús, son sus gracias, sus méritos; todo nos lo abandona; cuanto le pertenecia nos pertenece ya á nosotros, que le hemos crucificado!

¡Pero tengamos mucho cuidado!... no juguemos la túnica, la herencia de Jesús, porque si por haberla jugado perdemos esa preciosa herencia, estaremos excluídos de las bodas eternas, á las que no puede asistirse sino vestidos con la misteriosa túnica del Salvador; es decir, lavados con su preciosa sangre.

Asunto.—Al mismo tiempo fueron crucificados con él dos ladrones, uno á su derecha y otro á su izquierda.

La Santa.—Preciso es inmolar en la cruz nuestros vicios y nuestra adhesión al pecado; ellos son los que nos han hecho enemigos de Dios y nos han arrebatado su amor. Crucifiquémoslos con Jesús, al lado de Jesús, unos á su derecha, otros á su izquierda; su preciosa sangre borrará la mancha.

Oración.—Dejadme vuestra cruz, ¡oh, divino Salvador! Queremos llevarla, no obligadas como el Cirineo, sino por cariño como discípulas vuestras,

y por penitencia por nuestros pecados; si necesario fuese, auxiliadas por vuestra gracia, tendremos el valor suficiente para morir con Vos en tan glorioso patíbulo. Tenéis sed de salvación de nuestra alma, y nos gritáis: «Sed tengo.» ¡Ah, que no os dé yo á beber la hiel de mi iniquidad y la amargura de mi condenación! Por el contrario, ¡oh, misericordiosísimo y cariñosísimo Señor! inflamadnos de santo celo para recoger la preciosa herencia que nos habéis dejado, de vuestra sangre y de vuestros méritos, para que en el festín nupcial y celeste nos reconozcáis por uno de vuestros elegidos, al mostraros la túnica de gracia y de inmortalidad con que nos habéis revestido por vuestra muerte en la cruz.

Asunto.—Los que por allí pasaban blasfemaban contra El, y moviendo la cabeza, decían:—Tú, que destruyes el templo de Dios y le reedificas en tres días, sálvate á tí mismo. Si eres el Hijo de Dios, desciende de la Cruz... Ha puesto su confianza en Dios; que le libre ahora, si tanto le ama, á él, que ha dicho:—Yo soy el Hijo de Dios.

La Santa.—Cuando un criminal marcha al suplicio, el pueblo, aunque reconozca justa la expiación del culpable, olvida por un momento el delito, y se compadece del desgraciado que va á morir. Pero para Jesús, la inocencia personificada; para Jesús, de cuyos beneficios está aún cubierto el pueblo entero, porque pasó entre ellos haciendo bien, para Jesús no es así. ¡Nada de piedad! ¡Nada de respeto!... Está clavado en la cruz; sufre indecibles dolores; va á dar pronto su último suspiro...

nada de esto basta. Mientras su oído no esté sordo para todos los ruidos de la vida, oirá el insulto y la blasfemia. Los soldados, el pueblo, los Príncipes de los Sacerdotes, y hasta ese desgraciado crucificado junto á él, le desafiarán á que baje de la cruz, y desafiarán á Dios á que le libre. «*Ha salvado á los demás, y no puede salvarse á sí mismo.*» ¡Oh, gritos de ingratitud! ¡Oh, insultos viles y cobardes! El pecador que persevera en el pecado ha crucificado á Jesús con el crimen, é insulta á Jesús crucificado con la impenitencia... ¡Oh, Jesús! En vos se cumple en este momento una lamentable profecía; bien podéis decir desde la cruz:—*¡Oh, vosotros los que pasáis por ese camino, detenéos, y ved si hay dolor comparable con el dolor mío!* ¿Qué decís, sin embargo, antes de espirar en el doble suplicio que se os hace sufrir? «*Perdónalos, Padre mio, que no saben lo que se hacen.*»—*Padre mío, en vuestras manos encomiendo mi espíritu.—María, hé ahí á tu Hijo; Juan, hé ahí á tu Madre.—Todo está consumado.*—Después lanzáis un grito, y espiráis...

SENTIMIENTOS.—¡Yo me prosterno al pie de esa cruz, en adelante gloriosa; beso con respeto y con amor esa tierra regada con la sangre de un Dios! ¡Oh, Jesús! ¡Oh, Salvador mío! Sólo á Vos os pertenecen ya las almas; Vos solo, con vuestro sacrificio, cuyos dolores sólo pueden compararse con la ardiente sed que os devora por la salvación de las almas, habéis podido conquistarlas y hacerlas dignas del cielo, apaciguando la divina justicia. ¡Oh,

Jesús! ¡Oh, Salvador mío! Vuestro Padre celestial os ha escuchado. Habéis pedido perdón para nosotros, y sobre nosotros ha descendido el perdón. Nos habéis dado por madre á María, vuestra santa madre, la nueva Eva, la primera mujer del mundo regenerado, la madre de la ley de gracia. Al pie de la cruz, donde valerosa y llorando se encontraba, nos ha adoptado por hijos; y nosotros, hijos dichosos, la hemos adoptado también por madre, y en adelante el recuerdo del Calvario irá siempre unido á la doble adopción de la humanidad por María, y de María por la humanidad.

Después de eso, *todo está consumado*, ¡oh, Salvador mío!... *Y Jesús, dando un grito, entregó su alma.*

---

Estas obras nuestras, estas producciones literarias que se salen del cuadro, del molde general de las que se escriben y publican más comunmente, carecerían de utilidad práctica, en orden á la edificación de las almas cristianas, si omitiésemos en ellas este género de digresiones y apartados.

La gran mayoría de nuestros lectores nos los piden; los sabios y doctos varones con quien consultamos nos los aconsejan y nos los aplauden con el mayor entusiasmo.

---

# IX.

## Temores fundados.

Aprovechó mucho, espiritual y moralmente, á Teresa de Jesús, el meditar y orar desde que escogió por tema predilecto de sus místicos ejercicios la *Pasión del Señor*, siguiendo en esto el consejo de sus doctos confesores.

Ella misma nos dice «que se hizo otra,» y sus biógrafos lo confirman así, no siendo por ello de extrañar que abrasada por el dolor que la producían los padecimientos de Cristo, se mortificase á su vez para ver de igualarse á Él «sólo en lo que cabe,» escribe. «Porque sufrir como Cristo, añade en otro sitio, imposible es.»

Con efecto:

Cristo sufrió por todos; la criatura sufre por sí.

Cristo sufrió como Dios; nosotros, sólo como criaturas podemos sufrir.

«Pero ya que á Cristo no pueda en esto igualarme, Cristo suplirá lo demás.» Prosigue diciendo

la religiosa carmelita. ¡Palabras hermosísimas, con las cuales nos revela cuánto esperaba en Dios nuestra heroína!

A pesar de cuanto dejamos dicho, *atormentaron* á Teresa largo tiempo *temores fundados*, de los cuales se ocupa largamente en sus Memorias.

*Temores fundados.*

¿De quién?...

Despreciemos una vez más la sonrisa burlona de los incrédulos, y digámoslo sin ambajes.

Sí; miedo y temor á quien temor y miedo debe inspirarnos.

Al eterno enemigo del reposo y de la felicidad humana; al émulo de toda perfección, de toda virtud y santidad: al *demonio*.

Demonio... nombre que espanta, que aterra, y con razón, á los buenos; que inquieta alguna vez á los malos; de que se burlan y mofan los incrédulos, los despreocupados, los llamados espíritus fuertes.

Enemigo encarnizado que no se da un punto de reposo; que se agita de continuo; de quien debemos librarnos; de quien debemos huir.

Oigamos sobre esta materia á una gran autoridad [1]:

---

1 Mons. de Ségur.

«Cristo, el eterno Hijo de Dios, hecho hombre en el seno de la Virgen María, es el Rey, el Señor, el Maestro y legítimo Soberano del cielo y de la tierra.

Delante de Él, delante de su humanidad santa, unida á la divinidad, toda criatura debe postrarse, adorarle y amarle.

Desde los comienzos del mundo, Jesús, Hombre-Dios, estuvo presente ante los ángeles, á fin de que todos creyesen en Él; le adoraran como á su Dios, le amaran como á su Señor, y le obedecieran como á Maestro Soberano.

Los ángeles le prestaron sólo obediencia; los rebeldes, no.

Al frente de estos últimos se puso el más poderoso de todos, al que la Escritura Santa designa con el nombre de *Lucifer;* nombre que quiere decir Ángel de Luz.

Lucifer fué un día el jefe de todos los ángeles, algo así como á manera de intendente general del Hijo de Dios; y en tal sentido, las criaturas todas estuvieron á él confiadas.

Tuvo este ángel la osadía de enorgullecerse por su gran poderío; y de aquí que, lleno de soberbia, se rebelase contra Dios, y más adelante no quisiera acatar y venerar al Niño-Jesús, al Hombre-Dios, al Hijo de María, revestido ya de carne mortal.

Se rebeló, y Lucifer arrastró en su rebelión primera á un gran número de sus compañeros, la tercera parte, según la Escritura; hizo lo que haría

un mal ministro encargado por un príncipe de dirigir á todos sus servidores y administrar toda su fortuna: serle ingrato, ambicionar ser tanto ó más que él.»

De manera tan sencilla trata materia tan difícil el escritor ilustre á que nos hemos referido.

Y prosigue:

«Los ángeles que se mantuvieron fieles, los ángeles de Jesús, y á su cabeza al gran Arcángel San Miguel, combatieron entonces y combaten ahora á sus compañeros rebeldes, sirviéndose para ello de la omnipotencia del Hijo de Dios.

Vencidos, los precipitaron del cielo, los lanzaron á los infiernos, y contrarrestar su maléfico influjo ha sido desde entonces y será siempre su misión más alta y principal en favor de la humanidad.

Desde el principio del tiempo, el título de *Ángel* está reservado á los buenos ángeles, á los ángeles fieles; á los que no lo fueron se les da el nombre de *diablos*, voz de origen griego, que significa *blasfemos;* y también *demonios*, de otra palabra griega, que quiere decir *espíritus malos*, espíritus del mal.

Cuando se dice el *diablo* ó el *demonio*, en singular, se alude tan sólo á Lucifer.

Lucifer es el diablo, el demonio por excelencia; como Jesús es el Santo entre los santos, el Santo por excelencia.

Los otros demonios son los imitadores que fue-

ron del diablo, de Lucifer; como los santos son los imitadores y los amigos del Santo de los santos, de Jesús.»

Conclusión acertada á cuanto dejamos traducido sobre una materia de las más complicadas y difíciles que nos tocaba tratar en este sitio, en este lugar.

Y esto que Mons. de Ségur enseñaba á los niños de manera tan natural y tan sencilla, hay muchos que lo ignoran siendo adultos, y que sólo pueden entenderlo enseñándoselo así.

Por eso, á escribir por nuestra cuenta, hemos preferido traducir, con pequeñas variantes, á una de las lumbreras contemporáneas de la Iglesia, cuyos libros son populares en Francia, y son, por desgracia, contados los que se conocen aquí.

El sabio prelado sigue diciendo:

«Lucifer lleva y se le conoce también con el nombre de Satán ó Satanás, es decir, *enemigo*.

Y aunque habita en el infierno, ejerce por permisión divina sobre los mortales una influencia que durará hasta el fin del mundo; influencia que está destinada á probar nuestra fidelidad, puesto que la debemos y la podemos resistir, siquiera sólo sea por completo, ayudados de la gracia de Jesucristo, que también, y aunque mora en el cielo, vive en medio de nosotros y ejerce sobre nosotros una influencia saludable por medio de su Iglesia, de sus ángeles, de su gracia, de sus sacramentos, y entre

todos éstos, más principalmente, por el de su sagrada Eucaristía, como más augusto y principal.»

Recapitulemos:

Jesús con nosotros.

Satanás contra nosotros.

Satanás nuestro enemigo.

Jesús nuestro amigo.

Toda una economía admirable; toda una sorprendente hilación de medios seguros y evidentes de alcanzar nuestra salvación.

¡Cuán bien la comprendió Teresa!

Ved, pues, por qué abrigó *temores fundados* de Satán, y para librarse del demonio sólo confió en Jesús.

¿La imitamos en esto?

Para hacer provechosa la lectura de esta obra, tratamos de estas y otras cosas con estudiada detención.

En medio, y á pesar de sus adelantos, de sus progresos, de las gracias y mercedes que recibía Teresa de continuo del Señor, teme, y siendo perfecta y Santa continúa temiendo fundadamente y con razón.

Teresa de Jesús confiesa y reconoce cuán grande es el poderío de Satán contra la criatura, y le teme porque está persuadida de esta su tolerada cualidad, que en definitiva es uno de los mayores

beneficios concedidos al hombre-caído por la benignidad del Señor.

Nuevo aspecto, nuevo punto de vista de la cuestión.

Desde que el hombre imitó en el Paraíso á los ángeles rebeldes; desde que conoció el bien y el mal, de él mismo depende su eterna salvación ó eterna condenación.

Somos libres.

La libertad se nos da para luchar.

Sin lucha no hay triunfo, no hay vencimiento meritorio.

Esto explica la misión, el destino de Lucifer:

Mortificarnos, tentarnos, tratar de vencernos.

Enfrente de esa misión y ese destino, está nuestro *deber*, deducción forzosa de nuestra *libertad*.

Resistir las malévolas sugestiones del demonio; dominarle, vencerle, hacerle huir derrotado y humillado á sus obscuros antros, do sólo reina el odio hacia Dios, como en el imperio, en el cielo, sólo reina como *nota* saliente el amor á Dios.

Dos polos opuestos.

¡El cielo y el infierno!

Tampoco la impiedad cree en ellos.

¿Qué nos ofrece en cambio?

La nada, el vacío, el desaliento, la impotencia, la desesperación.

¡Pobre humanidad sin premio y sin castigo, condenada á sufrir los caprichos de la fatalidad!

Pero, ¡ah! ciertas cosas no ha podido inventar-

las el hombre; ciertas cosas sólo pueden ser obra de la inmensa sabiduría de Dios.

El hombre por sí no ha creado esa trabazón admirable en que creía Teresa de Jesús, á la que acomodaba sus acciones y sentimientos, sus *temores fundados* y sus *esperanzas*.

Aun en sus extravíos, la especie humana confirma esas creencias; sólo las niega cuando se refugia, para huir de sus remordimientos, en una estudiada incredulidad.

¿Extrañaréis ahora que os digamos con la religiosa carmelita, que Satanás es nuestro enemigo?

Lo sería, aunque no lo fuese, del hombre, por sólo serlo de Jesús.

Y lo era encarnizado de Teresa, porque la mística Doctora amaba entrañablemente á Jesús.

No era á la monja á quien Satanás atacaba; era á Jesús en Teresa, porque Teresa amaba á Jesús.

Hagamos de esto una ligera explicación:

«La vida de Jesús, el Espíritu de Jesús es lo que el diablo quiere arrancar de nuestras almas.

Ve á Jesús en ellas, y esta es la causa principal de que las aborrezca.

Ve que Jesús las ama, y este es el motivo de que Él las deteste.

Las almas á quienes quiere y halaga Satanás, son aquellas en las que no está Jesús.

Celoso de sí, no menos que celoso de Jesús, quiso en el cielo usurpar su trono, y no habiendo

podido allí salir vencedor, se esfuerza aquí por destruir á Jesús en los corazones que por la gracia del Bautismo se han hecho hijos de Jesús, y Jesús está en ellos.»

Tan claro y tan lógico es todo esto, que no concebimos cómo cabe se ponga en duda, ni menos que se pueda negar.

Si el alma del justo es para Jesús un pequeño templo, un cielo abreviado; si su corazón es un trono de amor y su cuerpo un tabernáculo, ¿cómo no había el diablo de odiar á Teresa, y Teresa á su vez, que estas cosas sabía, temer fundadamente al diablo?

Lucharon, pues.

Él, por vencerla; élla, por salir triunfante; él, por hacerla caer; élla por mantenerse enhiesta y firme, por mantenerse en pie.

Para arrancar á Jesús de Teresa la hacía miedos, la infundía terrores, y hemos de verle ensayar toda clase de perfidias para conseguir, ya qué no otra cosa, mortificarla.

«El mal es contrario á Jesús; el hombre que hace el mal, que ama el mal, es como un jefe de bandidos, que unas veces obra por sí y otras encarga á sus secuaces que secunden sus instintos ó ejecuten sus órdenes.»

Lo mismo hace Satán.

«Guardáos, dice la religiosa carmelita, del jefe y de sus secuaces.»

Unos y otros son peligrosos; unos y otros se concretan y confabulan para perdernos.

Hombres hay que se hacen voluntariamente en la tierra dóciles instrumentos de Satanás; «guardáos de ellos,» exclama Teresa; y nosotros repetimos con élla:

Guardáos de ellos.

No podréis confundirlos con los buenos; se dan sobradamente á conocer.

El demonio tiene tres grandes medios para arrancarnos de Jesús; medios á que la Santa da un nombre, á que la Santa titula «las tres concupiscencias.»

*Concupiscencia*, vale tanto como deseo ó apetito desordenado.

Satisfacer los malos, los groseros instintos de la carne en orden á la gula, á la riqueza, á la vanidad, á la soberbia y á los placeres; ved aquí los medios más comunes con que nos mortifica y acomete Satán.

Por estas tres entradas, de cuyas puertas posee la llave, se vale para penetrar en nuestros corazones, y por ellas logra posesionarse de nuestra voluntad.

«Libráos del león; ya ruja fiero, ó sólo se muestre como sumiso y callado, el león es peligrosísimo siempre.»

Y aquí la alusión es al diablo, á Lucifer y á sus valiosos auxiliares.

*Escrúpulos* y *miramientos* atormentan á Teresa de Jesús.

*Temores fundados* aun después de luchar y vencer.

Y de todo ello nos da cuenta en su Vida, de todo nos habla detenidamente, y más al por menor que nosotros lo hemos podido hacer aquí, en el libro admirable de sus Memorias.

Esta tarea de recopilar y condensar es la que nos impone mayor trabajo.

Teresa escribe.

¿Y de qué suerte?

Con el acento de la ingenuidad y la modestia siempre.

Inquietudes de conciencia; vagas tristezas del espíritu; recelo de los demás; amor propio que se oculta tras miramientos mal entendidos... estas son, según la Santa, «pequeñas tentaciones del demonio.»

Por ellas nos incita á claudicar, y por ellas nos obliga á caer.

Satán es experimentado y sabe esto muy bien.

Pero la religiosa del Carmelo lo sabe mejor, y aunque abriga *temores fundados*, sale victoriosa de los combates del diablo, y nos enseña y nos instruye de cómo podremos salir nosotros vencedores también.

Orando y mortificándose.

Pero hablar de estas cosas á la gran mayoría de la generación presente, es un verdadero anacroismo que tememos pueda á muchos desagradar.

No nos intimida esto; tenemos convicciones profundas y arraigadas.

Vemos con dolor ciertas corrientes que llevan á la humanidad al caos, conducida por hombres que se dicen y acaso se tienen por serios, pero mucho tememos que su seriedad sea una pantalla no más con la cual cubren su egoismo individual.

¿Qué les importa á muchos que el mayor número sufra, si ellos gozan halagando pasiones, sirviendo intereses mezquinos, protegiendo personas que les sirven, supeditadas por una miserable migaja que se dignan arrojarles y concederles?

Teresa de Jesús, al revelarnos cuanto dejamos puesto, dice la verdad, y esa verdad se desatiende; porque, como toda verdad, es dura acá en la tierra, lugar de tránsito no más para eso misterioso que se agita en el fondo de la materia y la hace vivir y respirar.

Teresa vivía para su espíritu, vivía para Dios, para merecer y alcanzar á Dios; por eso obra como obraba y escribe como escribía.

Para comprenderla, es forzoso desprenderse de la grosera materia, pensar en el espíritu, en el alma, en la que los egoistas y los incrédulos no quieren pensar.

¡Pobre multitud!

¡Pobre pueblo, engañado y seducido hoy por los apóstoles de la materia, por los enemigos del alma,

por los secuaces del demonio, en que no quieren creer, ni quieren que nadie crea!

¿Harán algo en contra de tanto desvarío estos pobres libros nuestros?

¿Conseguiremos algo renovando estas materias que tan olvidadas se tienen al presente?

Esperemos.

Ellas harán mella en alguna parte, y éllas fructificarán.

# LIBRO DÉCIMOQUINTO

## LAS VISIONES.

### I.

**Preparación.**

No se nos ocultan las dificultades con que vamos á tropezar en este libro.

Dificultades de nuestra parte y de la de nuestros lectores.

No importa.

Necesitamos penetrar más franca y resueltamente que hasta aquí en un campo de *sorpresas* y *maravillas*, y tememos nos falte talento é instrucción bastante para llenar nuestro cometido.

No podemos, sin embargo, retroceder ni acobardarnos.

¡A esta generación racionalista y positivista hablarla de *visiones!*

¡Y no sólo de visiones *celestes*, sino de visiones *diabólicas* é *infernales!*...

¡Y no sólo de visiones, sino de *milagros* y de prodigios con éllas relacionados!

—¡Esto es mucho! ¡Esto es demasiado!—nos parece oir exclamar.

Pues á tanto venimos obligados, y lo habremos de procurar, ya que para ello confesemos tener que apelar á otras inteligencias superiores, pero sobre todo y ante todo al auxilio eficacísimo de la misma Santa y mística Doctora del Carmelo, cuyo nombre queremos ensalzar.

Llevamos vencida una buena parte de nuestro empeño, y para predisponer á los que nos lean en el que nosfalta que completar, hemos hecho cuanto cabía en lo humano.

Preparémosles aún todavía más, puesto que todo lo conceptuamos necesario.

Oidnos.

Un célebre escritor moderno ha dicho:

«Creer cuanto se dice de los espíritus, es locura; negar su existencia, es un absurdo y una temeridad.»

Y nosotros repetimos lo mismo.

Llevamos largos años de sistemática y ciega incredulidad, de licencia y libertinaje.

Las inteligencias del mayor número se han acostumbrado á tener por más cómodo no creer que acatar y reconocer la existencia de un Ser Superior, de una Voluntad Omnímoda, capaz de alterar las leyes normales del espíritu y la materia.

Pero, ¡ah! la evi denciase impone, y esos mismos que alardean de incredulidad al más raro y singular fenómeno, se acobardan, se asombran y maravillan.

No cabe tampoco echar en olvido la *duplicidad* de cuanto en la tierra existe, sobre todo en aquello que no es *material*, que tiene, aunque sólo sea un átomo de vida y movimiento.

Los seres vivientes tienen dos manifestaciones evidentes, y el hombre, cual ningún otro, es un compuesto de espíritu y materia, de alma y cuerpo.

Y aun cuando hayan sido y sean muchos, muchísimos, los que viven sin preocuparse, sin pensar en un más allá, como si fuera dable que todo acabase acá en la tierra, no podrá negársenos que la idea de ese más allá no es de hoy, no es sólo hija del cristianismo, sino que fué revelada antes del cristianismo.

¿Qué prueba esto?

Prueba, lo que estamos obligados á demostrar de una manera agradable en cuanto cabe.

Aceptada la existencia del alma, no parecerá paradoja que sostengamos que toda criatura, que todo ser humano ha estado y está rodeado de otros seres invisibles.

¿Cómo se ha llegado hasta el extremo que al presente, aun los buenos cristianos teman hablar de espíritus y de demonios?

El miedo de muchos en este sentido es natural;

la idea del ridículo es la más difícil de contrarrestar.

Cuando leemos en San Pablo, «que tenemos que luchar, no sólo contra la carne y la sangre, sino también contra las potencias de las tinieblas, contra los espíritus de malicia que nos rodean en la atmósfera en que vivimos.»

Y cuando escuchamos de boca de San Pedro aquel consejo que con tanta insistencia nos da, de «velar sin cesar, porque el demonio, nuestro enemigo, da vueltas alrededor de nosotros, buscando una presa que devorar;»

Es muy frecuente cerrar los oídos.

No se quiere creer ni en los espíritus puros, ni en los ángeles, ni en los demonios... ¿Cómo creer, pues, en las visiones celestes, ni diabólicas, ni en los prodigios y los milagros?

Triunfarán los esfuerzos de la filosofía rebelde; pero su triunfo será efímero y pasajero.

«Si se pudiera probar á los no creyentes la existencia de los espíritus malos, se les obligaría á admitir todos los demás dogmas.»

La impiedad resulta vencida con sus propias armas, por más que luche y trabaje por hacer que los pueblos no crean en nada sobrenatural.

Los pueblos de ayer y los de hoy han creído, y creerán los venideros, en lo *sobrenatural*.

No podemos dudarlo ni dejarlo de creer.

Hay dos mundos: el de la materia y el de los espíritus; el de los cuerpos y el de las almas.

Dios, que siente piedad hacia la pobre especie humana cuando se extravía con exceso, se ha dignado y se dignará siempre, en horas determinadas, desatar algunos cordones de la limosnera de los misterios.

Y tan cierta es la certeza de esto, que aun para los más incrédulos no ha cabido desconocer la existencia del magnetismo, que trajo consigo el sonambulismo, que es, en definitiva, una demostración no dogmática, de las relaciones íntimas del ser con algo que está fuera de él, y pertenece á un orden extramaterial.

Fijémonos en un hecho singular.

Desde que los extravíos del último siglo emanciparon las inteligencias, los cuerpos docentes, las corporaciones sabias, hasta las que así se llaman con razón, han negado generalmente, ó se han opuesto por lo menos en su soberbia, á todo descubrimiento que no ha surgido de su seno.

Cuando Fulton presentó á Napoleón I el vapor, como agente de impulsión y de fuerza, la Academia de Ciencias de París no quiso ver en aquello más que una ilusión, y anteriormente había tratado con igual desdén al magnetismo, aunque producía efectos incontrovertibles. ¿No es esto hoy humillante para ciertos sabios, tan poco humildes por regla general?

Bossuet lo ha dicho: «el hombre se agita y Dios le conduce.»

Y añade:

«Los descubrimientos todos provienen de Dios.»

El sonambulismo se presentó, como tantos otros fenómenos, sin buscarlo y sin esfuerzo, en manos de Puysegur, cuya honradez y rectitud impusieron á sus enemigos; los hechos resultaron evidentes, y «como nada hay tan brutal como un hecho,» las academias y cuerpos sabios se empeñaron en balde en negarles, habiendo llegado forzosamente, aunque de mala gana, á conceder que lo que se llama fluido nervioso es un agente misterioso que nos pone en comunicación con el mundo espiritual.

¿Véis confirmado cuanto nos dice Santa Teresa?

Walter Scott mismo, que pretendía explicar todas las *visiones* por la alucinación, las reconoce y confiesa al fin.

Avancemos más en estas materias, en la certeza de que han de ser leídas con interés y curiosidad.

La alucinación, que proviene de una ilusión de los sentidos, es de dos clases: la una proviene de los órganos del cuerpo, la otra tiene un origen más alto.

Registremos casos raros que confirmen esta verdad.

Refiérese como cierto, que un hombre, creyéndose convertido en liebre, al ver entrar casualmente en su cuarto á un perro de caza, se asustó tanto, que

se tiró por el balcón, quedando muerto en el acto.

No será esto bastante.

Un hombre aislado, se nos dirá, puede estar alucinado; se citan de ello muchos ejemplos: pero que una reunión de hombres raros se alucine, es ciertamente más raro.

Vedlo, empero, así confirmado.

El célebre jurisconsulto Alejandro Alessandri, más conocido en el mundo erudito con el nombre de *Alexánder ab Alexandro,* refiere [1] que cierto día flizo la apuesta de atreverse á ir á dormir con varios amigos suyos á una casa habitada, según se decía en Roma, mucho tiempo antes, por fantasmas y demonios.

Ya en élla, siendo una hora avanzada, y hallándose todos reunidos en un mismo cuarto lleno de luces encendidas, el sabio despreocupado afirma que vieron aparecer un gran espectro, que les aterrorizó por su voz terrible, su rostro negro y belludo y el ruido que hacía al saltar sobre los muebles, y romper muchos de éllos con desenfado.

Uno de los más intrépidos de los que allí había, añade que se adelantó con prudencia, y llevando una antorcha encendida en la mano hacia el fantasma, que éste, á medida que se aproximaba, retrocedía, y hasta llegó á desaparecer por completo después de haber hecho un destrozo grandísimo en la casa.

---

[1] Cap. III del libro V de su *Genialium dierum.*

El fenómeno, prosigue, se repitió, y pocos momentos después volvió á entrar el mismo espectro por las rendijas de la puerta, ó por otro camino que no cabía concebir.

Los que le vieron, gritaron, y el narrador Alejandro, que acababa de echarse en una cama, si bien no le vió en un principio, fué porque el fantasma se hubo deslizado bajo su cobertor; pero no tardó en divisar, asombrado, un gran brazo negro, terminado en una mano larguísima, que llegando hasta la mesa de cabecera apagó la luz.

La obscuridad acrecentó el pánico, hasta el extremo que los amigos de Alejandro gritaban, y él mismo, mientras que trajeron nuevas luces, se apercibió distintamente de que el fantasma abrió la puerta y se marchó sin que le vieran los criados y sin hacer daño á nadie.

Esta aparición, tomada en serio por Alejandro y sus amigos, podrá calificarse de una supercheria, pero no de una alucinación.

Pues bien; los hechos que dejamos registrados se han creído por los incrédulos, y como éstos podríamos citar muchos otros de índole igual.

M. de Mirville, combatiendo á los médicos materialistas que consideran á los poseídos de que nos habla el Evangelio, como enfermos nerviosos, cita sólo tres hechos, aun cuando pudiera citar mil.

El primero, según los doctores Delpit y Bertrand, es el de una pobre alucinada «que rodaba

por las habitaciones como una bola, sin que ningún obstáculo ni fuerza alguna pudieran contenerla; que se hinchaba á la más ligera imposición de la mano sobre el vientre; que leía con la punta de los dedos en la obscuridad más profunda, y predecía, con horribles convulsiones, su curación para tal día, tal hora, tal minuto, *lo que se efectuó*, añade, *con la mayor puntualidad.*»

El segundo caso, apoyado por el baron de Strombeck y por los doctores Marcart y Schmidt, es el de la *voz*, que en las aguas de Pyrmout anunciaba á los enfermos su salida para tal día y tal hora; y en el instante anunciado, aquellas *voces* exclamaban:

—Te dejamos. Adiós, adiós para siempre.

El tercer hecho es el de Adelaida Lefeure [1], que atestigua y confirma el anterior.

«Oiréis, dice, á pesar de la ausencia completa de toda locura, las voces, los coloquios y los *golpes dados en el interior del epigastrio* por aquel ser misterioso, que designaba á la enferma con su nombre de Adelaida, á pesar de que siempre hablaba de sí misma en tercera persona.»

Pues bien; asombráos, estos hechos resultan apoyados por serios certificados médicos.

Meditando sobre éllos, «os será facilísimo, concluye M. de Mirville, recordar á los poseídos de la antigüedad, porque también entonces oían innu-

---

1 Comunicado por la Sociedad de Ciencias físicas de Orleans.

merables testigos esas mismas voces y conversaban con éllas, como el Cristo conversaba con los poseídos que cita el Evangelio, les preguntaba su nombre, su número, la época y la causa de su entrada, y luego los obligaba á salir.»

Ha habido en todos los tiempos y en todos los países manifestaciones de espíritu, y la nomenclatura de las visiones en este sentido, sería larguísima de enumerar.

Ya véis que no nos duelen prendas.

¿Cabe poner en duda que muchos hombres ilustres han creído tener un espíritu familiar?

Sócrates, Apulio, Cardano, el mismo Julio César... Agrippa tenía un espíritu que le seguía disfrazado de perro negro, y le llamaba Señor; Cecco de Ascolí poseía un demonio familiar, al que llamaba Florón, y era, según los sabios, uno de los querubines caídos.

Los demonios rodean á las almas que se apartan de Dios, y las hacen su presa.

Esto es evidente, aun en el campo de la incredulidad.

Pedro Abano, renombrado médico del siglo XIII, según algunos de sus biógrafos, tenía siete demonios ó espíritus familiares.

Zwingle y Lutero mismo tuvieron los suyos; y los escritores legendarios citan otros muchos, hasta inofensivos y de mero pasatiempo.

Por lo curioso que esto es, vamos á consignar algunos.

El honrado Ceraveo, del monasterio de Heistervach, refiere varios hechos singulares de demonios poco malévolos.

En el año 1221, en el tiempo de la vendimia, el cocinero de un monasterio encargó á dos hermanos legos que guardasen la viña por la noche. Uno de aquellos sirvientes tenía mucho sueño, y llamó en su auxilio á un demonio, para poderse dormir sin faltar á su obligación, y le prometió una cesta de uvas, si quería vigilar en su puesto. El demonio llamado aceptó el ofrecimiento, y se portó fielmente mientras que los dos centinelas dormían á su gusto.

¿Quién era este demonio?

¿Sería algún espíritu familiar?

Un buen sacerdote afirma, que siempre que leía en el *Breviario*, el enemigo plantaba su pezuña ó garra sobre lo que debía leer, con el fin de distraerle; otras veces le cerraba el libro, volvía á destiempo las hojas ó apagaba las luces.

Viendo que nada lograba alterar la virtud y la paciencia del clérigo, el espíritu le abandonó.

Apresurémonos á reconocer que esto pudiera ser muy bien una alucinación.

Guillermo de París cuenta que en su tiempo ha-

bía un hombre que tenía un demonio familiar que jugaba con él y le hacía mil diabluras [1], y entre otras, le despertaba por las mañanas tirándole las ropas de la cama, y si no se levantaba enseguida, le cogía, le sacaba del lecho y le dejaba en medio del cuarto, quisiera ó no, con y sin su voluntad.

Plinio, en fin, habla de espíritus familiares que con vestiduras blancas entraban por la noche en los cuartos de algunos jóvenes, les cortaban el cabello, le esparcían por los suelos y se marchaban.

Léese en las antiquísimas relaciones de viajes hechos por el Japón, que los naturales de aquel país creían, y quizás lo crean aún, tener cada cual su demonio ó espíritu familiar, por cuya razón hacen sus peregrinaciones en común y formando grandes grupos, precaución necesaria, atendiendo á que no bien llegan á un paraje desierto, se ven rodeados por multitud de espectros, entre los que cada cual reconoce á su demonio familiar, puesto que toma de repente su forma, su aspecto y su figura con parecido tan exacto, que cada peregrino ve en su demonio una perfecta imagen suya, y sin llevar colgada del cuello una tablita con su propio nombre, no sabría reconocerse en tan embarazosa duda y confusión.

---

[1] Palabra que han sancionado todas las lenguas, todos los idiomas sin dificultad.

Esta metamorfosis súbita daba ocasión á serias disputas que sólo terminaban cuando los peregrinos, de rodillas, pedían al jefe soberano de sus demonios íntimos que los llamase.

Sólo así los cuerpos dobles se desvanecían, y la caravana podía proseguir tranquila su camino.

Cuanto hemos consignado, no ha tenido sólo por objeto enriquecer esta parte de nuestra obra, sino demostrar que todos los pueblos, sin excepción, han creído en las potencias espirituales; que todas las mitologías y todos los cultos la atestiguan; y que nosotros, en fin, que tenemos la dicha de poseer la verdad, hacemos ofensa á nuestra fe, dudando de un hecho de que hacemos profesión en nuestro gran símbolo al reconocer á Dios como creador de todos los seres visibles é invisibles.

Las Escrituras santas, las actas de los Santos y la vida de Teresa de Jesús, á que sobre todo en este instante nos concretamos, nos ofrecen, por último, comprobada una verdad tan evidente y tan palmaria.

# II.

## Mayores comprobantes.

Después de lo que dejamos dicho, y sin desmentir nuestra fe de cristianos, no cabe poner en duda la verdad de las apariciones.

Los libros sagrados registran muchísimas, y sin ofensa no podemos suponer que la gran mayoría de nuestros lectores no hayan leído lo suficiente el Antiguo y el Nuevo Testamento, al dispensarnos de enumerar aquí todas cuantas en ellos se citan, ya sean de ángeles, de espectros, de almas ó de demonios.

Los espectros que se aparecieron á los egipcios, durante la tinieblas con que Moisés envolvió al Egipto, sólo pudieron ser de ángeles malos, lo cual se explica por haberles llenado de terror [1].

Las apariciones de ángeles son frecuentes en el

---

[1] *Sapientiæ;* lib. XVII, 4.

*Génesis*, y en casi todos los libros santos se confirma el que las almas de los muertos se han aparecido, sin lo cual Moisés no hubiera prohibido interrogar á los muertos, buscando por este medio el conocimiento de la verdad [1], ni hubiera anatematizado á los hombres que, poseídos del espíritu maligno, trataban, valiéndose de la nigromancia, de descubrir lo que está oculto [2].

Cuando el mal rico pide á Abraham que envíe alguno de los muertos á advertir á sus hermanos del peligro en que se hallan de ir al infierno en que él estaba, podemos deducir la facilidad con que los muertos, con el permiso de Dios, pueden presentarse á los vivos.

Por último, en el terrible momento en que acontece la muerte del Salvador, toda la naturaleza se conmueve, y fueron muchos Santos resucitados y aparecidos en Jerusalén.

Y Elías y Moisés, que no eran de èste mundo, fueron vistos por los apóstoles á los lados de Nuestro Señor en la gloriosa transfiguración del Thabor.

Ahora bien; en aquellos prodigios extranaturales que no están probados por las Escrituras santas, ó por la autoridad de la Iglesia, es evidente que hubo ó pudo haber con frecuencia ilusiones, ó lo que hoy se llaman alucinaciones.

Las apariciones vagas, los hechiceros que se su-

---

[1] *Deuteronomi;* XVIII, 11.
[2] *Levitia;* XX, 27.

ponían transformados en lobos, y muchos de los odiosos misterios del sábado, pertenecen á este género.

Estamos rodeados de espíritus, y no por ello los espíritus se presentan siempre, lo cual demuestra que cuando se presentan á los hombres, ya sean buenos ó malos, lo permite y consiente Dios.

San Agustín, á quien Teresa de Jesús había leído, como sabemos, escribe:

«¿Quién será capaz de explicar con qué cuerpo se han aparecido los ángeles á los hombres, de suerte que no sólo los han visto sino que los tocaron?... ¿Por qué los santos ángeles se han manifestado á las criaturas mortales, aunque no carecen de cuerpos palpables?... ¿Cómo pudieron los patriarcas lavarles los pies? ¿Cómo logró Jacob luchar con un ángel?... ¡Ah! Cuestiones son éstas en las que tenemos que limitarnos á una modesta investigación, y no preciarnos sin razón de conocer lo que no sabemos.»

Y añade en otro punto:

«Una prueba, empero, de que las visiones celestes, y aun infernales, no se efectuaban con cuerpos palpables, groseros y terrenales, por lo menos de ordinario, es que generalmente no eran vistas más que por aquellos á quienes Dios las enviaba.»

En cuanto á los muertos, que á veces se aparecen á los vivos, es evidente que por regla general sólo son fantasmas sin solidez.

Aquél que es la Verdad, nos lo ha dicho en el último capítulo de San Lucas: «El espíritu no tiene ni carne, ni huesos.» Y se ve, en efecto, en casi todas las apariciones, que aun lo aparecido no tiene nada de palpable.

En este terreno, los pueblos todos han creído que los muertos podían aparecerse; y tanto esto es así, que entre los romanos y aun en otras partes, imaginando que no podía aparecerse el alma ó sombra de un muerto cuyo cuerpo se hubiese reducido á cenizas, adoptaron para ello el sistema de la cremación, que muchos sostienen hoy ser preferente al de la inhumación.

Sin profundizar más acerca de las apariciones, volvamos por un momento á los espíritus, ávidos como estamos de dar á estas curiosas materias la debida extensión.

Platón, el más sabio de los antiguos, decía: «que así como la guarda de los rebaños no se confía á las bestias, sino á los hombres, la guarda de los hombres ha sido confiada á los espíritus.»

Lo cual se asemeja mucho al dogma de nuestros ángeles de la guarda.

Apuleyo había dicho antes, «que cada hombre tiene junto á sí un testigo invisible que lee en su corazón los pensamientos más secretos, y que después de su muerte conduce su alma al tribunal del divino juez.»

Testimonios que citamos, por lo mismo que

escribimos en una época en que los místicos y religiosos se tienen por sospechosos é interesados.

Cicerón cuenta, que en la derrota de una batalla, Sócrates, que había tomado parte en ella, huyendo como todos los demás, llegó á una encrucijada, en la cual había varios caminos; que el filósofo tomó uno de ellos, que ninguno de los que le acompañaban quiso seguir; éstos le invitaban á que se fuese con ellos, y Sócrates les contestó que su espíritu familiar le aconsejaba seguir la senda que había tomado. Y añade, que los hechos justificaron la confianza del sabio, pues mientras Sócrates fué el único que se salvó, todos los demás perecieron ó fueron hechos prisioneros.

Aristóteles afirma haber conocido á un tal Tasio, que iba siempre acompañado de un espíritu que tenía figura humana, pero que sólo era visible para él.

En Roma se clasificaban los espíritus familiares con los títulos de lares y lemuros.

Los lares eran las almas de los parientes difuntos que habían sido buenos en vida y que venían á su familia para protegerla; eran considerados como dioses domésticos, así como lo son en Alemania los klab-bers, ó espíritus del hogar.

Las almas de los que habían sido malos venían también; pero para asustar ó perturbar á los vivos. Se las llamaba larvas ó lemuros.

Si infestaban una casa, el dueño de ella se

levantaba, aunque fuese de noche, se lavaba tres veces las manos y arrojaba por encima de su cabeza gruesas judías negras, diciendo:

—Por estas judías rescato á mí y á los míos.—Y abrigaba la seguridad de que las sombras de los lemuros ó larvas recogían las judías; y, por último, que cabía hacerlas huír con sólo golpear un tambor.

Los paganos tuvieron otros muchos espíritus, buenos ó malos.

El Empuro, llamado también demonio del Mediodía, sólo se aparecía para hacer mal; tomaba toda clase de formas, pero casi siempre las de un caballo, de un oso ó de un león; y tenía un pie de asno y otro de bronce.

Las aguas, según las mitologías, estaban pobladas de ninfas y náyades, á que los alemanes llaman en nuestros días ondinas, *water elves*, ó hadas de las aguas.

Los bosques tenían sus dríadas, hamadríadas y silvanos, que se reprodujeron en Oriuste.

El Efiolto, del que hacían un demonio siniestro, era una verdadera pesadilla.

Las arpías y lamias de los griegos son las goulas del Oriente, aficionadas, como nuestros ogros, á la carne humana, y hasta se ha creído en hadas que robaban los niños.

Los demonios ó espíritus malos, según los antiguos, tomaban toda clase de formas y disfraces.

Cesáreo de Heisterbach cuenta haber visto á esos espíritus presentarse en forma de osos á los monjes de Citeaux, de cerdos y otras veces de gatos negros.

Cerdeno afirma que un demonio guardaba la puerta de Simón el Mago, bajo la forma de un gran perro.

San Benito vió que el diablo espiaba sus acciones bajo el plumaje de un mirlo negro.

Gaquín, el historiador de Felipe el Hermoso, habla de un viajero que fué inquietado por el diablo, primero en forma de caballo desbocado, después en la de un soldado, y, por último, que á continuación de varias otras transformaciones, el demonio se convirtió en tonel, rodó contra el peregrino, le derribó y pasó por encima de él.

Vésele más tarde aparecer en los relatos del venerable Cesáreo, bajo la figura de una cola de vaca, que caminaba como una culebra, y luego bajo la de un ojo grueso como el puño que rodaba sobre sí mismo.

Según otros, ha tomado la apariencia de un moscardón.

Muchas veces se ha presentado como mujer, adornada con atractivos que no tenían nada de real. Y San Antonio pudo verle con la apariencia de un gigante, cuya cabeza llegaba á las nubes.

Un monje de Clemi hubo de reconocerle bajo el disfraz de un leñador armado con hacha y con cabeza de cuervo.

Un santo sacerdote cita demonios en forma de monos que rodeaban á una mujer venal.

Santo Domingo atestigua haberle hecho tomar la forma de un monstruoso gato negro.

Y en las *Cartas edificantes de las misiones* se asegura que suele presentarse á los indios idólatras, bajo la forma que se le invita á tomar, ya sea resplandeciente de oro y pedrería, montado sobre un elefante ricamente equipado, y solo, ó acompañado de numerosa corte de bayaderas que, como él, son demonios.

Se hace notar por cuantos autores hemos consultado para escribir éste y el número anterior, que todas las visiones ó apariciones de diablos que se citan, ya sean en forma de hombre, mujer, mono ú oso, nunca tienen un cuerpo perfecto, que siempre las falta algo, lo cual prueba en definitiva, que á los malos espíritus jamás les es dado imitar las obras del Hacedor.

Cuando han tomado formas humanas, es siempre que se proponen arrebatar almas; por cuya razón es evidente que fué el demonio mismo el que más de una vez se presentó á los judíos con objeto de que le tomasen por el Mesías, por el verdadero Dios.

¿Cabe de nuestra parte mayor imparcialidad?

Hemos agrupado, hemos recogido cuanto de curioso en un orden puramente imaginativo, fantasmagórico, gentil ó atestiguado y creído por la Igle-

sia hemos podido recoger antes de penetrar en lo que Teresa de Jesús nos refiere y estamos obligados á creer acerca de los espíritus y los demonios al llegar al momento en que Dios se dignó favorecerla con visiones celestes, ó permitió que el enemigo de la especie humana la atormentara para acrisolar su virtud.

Lo recopilado para dar variedad á esta parte de nuestro libro, tiene *conclusiones* que nos interesa hacer resaltar.

Y son:

Primera. La unanimidad con que los pueblos todos de la tierra han creído y creen, aún extraviados en lo sobrenatural [1].

Segunda. Que en el fondo de las tinieblas de la idolatría misma, hubo antes, y hay hoy, mucho que se aproxima, que se acerca á la *verdad* en lo tocante á las visiones, á los espíritus y á los demonios.

Tercera y última. Que ni la imaginación ni la fantasía han creado nunca por sí solas cuanto respecto á estas materias acata y reconoce la humanidad, aun prescindiendo del eficacísimo auxilio de la revelación y de la fe.

Estamos, pues, en terreno firme.

Podemos, sin riesgo de una oposición formal y

---

[1] Nunca hay ni habrá motivo plausible para negar lo que frecuentemente ha sido aseverado por muchos autores, y repetido en diferentes épocas: este motivo no existe, por lo que hace á lo sobrenatural, y, por lo tanto, el milagro entra en la categoría de los hechos históricos, desde el momento en que una explicación fundada en la naturaleza misma de las cosas desvanece la apariencia que hacía se le considerase como quimérico.

seria, leer y creer á la religiosa carmelita, y proclamar muy alto, que la osadía de la impiedad y de la negación no alterarán nunca lo que resulta evidente, por más que aparezca como extraordinario.

El asunto es vastísimo, no le damos por agotado, y está destinado siempre á emocionar y sorprender, ya se le estudie bajo el aspecto de la certeza, ya por el de la poesía y la imaginación.

Adelante, sin temores pueriles y sin vacilaciones de ninguna especie, que no por ello hemos de caer en el defecto de pretender hermosear la historia de Teresa de Jesús con las monstruosas mentiras, las patrañas y cosas increíbles á que alude y censura severamente el P. Mariana, ni la crítica moderna encontrará nada en nuestro libro que no haya sancionado de antemano la suprema autoridad de la Iglesia, única maestra en puntos religiosos á que hemos sujetado y sujetamos constantemente nuestra razón misma y nuestro criterio, ciertos así de no incurrir en error ni hacernos responsables de inculcarle en los demás.

Nuestra santa, única y verdadera Madre, la Iglesia, no se ha engañado antes, no se equivoca hoy, ni errará jamás, siendo de todo punto imposible á sus hijos negarla el respeto y obediencia que la debemos.

# III.

## Visiones celestes.

Ocurrió por la época á que hemos llegado en la vida de Teresa, que se ordenó por la Inquisición se recogiesen varios libros que andaban en romance en manos del vulgo, y se vertiesen al latín.

Afligió mucho á la religiosa carmelita el no poderlos en adelante saborear.

Y entonces oyó clara y distintamente estas palabras:

—No tengas pena, que Yo te daré libro vivo.

Y aunque al principio no las comprendiese, presto la aconteció, que hallándose en oración, de pronto *vió á Jesús*.

Pero no le vió en cuerpo, sino que «le *sintió* junto á sí.»

Brotaron dulces lágrimas de sus ojos, y buscó apresurada á su confesor [1].

---

[1] El P. Baltasar.

—¿Cómo le ve, Madre?—la preguntó éste, después que la escuchó atento y reflexivo.

Y élla le respondió:

—No fué la que tuve visión corporal, sino intelectual y de gran recogimiento mental.

Y como su confesor no la entendiese, trató en vano de explicarle lo que deseaba saber.

¡Gracia, don divino, merced soberana, concedida á escaso número de almas, y por ende de imposible aclaración con el auxilio del tosco é imperfecto lenguaje humano!

¡Cuánto de esto nos ha de pasar!

A su Divina Majestad fué á quien Teresa vió; «libro verdadero en el que lo que se lee una vez, no se puede olvidar.»

La oferta se vió satisfecha y cumplida.

Insistió el confesor en su pregunta anterior, y Teresa le dijo entonces:

—Padre, no se empeñe en que le explique lo que hace un instante me aconteció... Con los ojos del cuerpo ni con los del alma le ví; pero os afirmo que no fué imaginaria visión, sino real y positiva la que tuve... Y entendí, no por mera suposición, sino con certeza, que el Señor estaba cabe de mí.

—Aún no quedo satisfecho,—añadió el Padre, escuchando absorto á su hija de confesión.

—Imagináos, señor,—le dijo entonces Teresa,—cuanto de mí queráis... Acaece, y no es cosa extraña, que una persona que está á obscuras, pueda,

sin ver ni oir á otra, estar segura de tenerla cerca de sí.

—Eso es cierto.

—Pues no es esto aún. En el ejemplo citado, la evidencia puede venir por un movimiento de la persona, que ni se ve ni se oye, por sentirla respirar, por tocarla...

—Seguro.

—Pues tampoco es esto lo que os quiero decir.

—Menos, menos os entiendo ahora,—añadió el ministro del Altísimo.

Y nosotros no vacilamos en repetir sus palabras.

El diálogo no es invención nuestra: está calcado en frases y sublimes conceptos de la Santa.

—Pues cuanto he dicho,—prosiguió Teresa,—ha sido para mí una noticia más clara que el sol... Yo no ví sol, ni claridad, y no obstante ví una luz, que sin ser sol ni luz alumbró mi entendimiento é hizo á mi alma gozar de un grandísimo bien.

—¿Y quién os dijo que era Cristo?—añadió el sacerdote.

—Sólo siendo Cristo, pudo, Padre, darme á entender que lo era. Él me lo dijo muchas veces; mas antes que me lo dijese quedó impreso en mi entendimiento que era Él, y antes y después desto me lo decía, y no le veía... Si una persona que yo nunca hubiese visto, sino oído nuevas de élla, me viniese á hablar estando ciega, ó en gran obscuridad, y me dijese quién era, lo creería, mas no tan determinadamente podría afirmar ser aquella perso-

na, como si la hubiera visto; esto es evidente; pues acá sucede, que sin verse á Cristo, Cristo se graba con una noticia tan clara, que no es posible dudar. Que quiere el Señor esté tan esculpida en el entendimiento la tal certeza, que no se puede dudar de ella más que lo que se ve, ni tanto, porque en esto algunas veces nos queda sospecha, si acaso se nos antojó: acá, aunque de esta sospecha queda por nuestra parte tan gran certidumbre, que no tiene fuerza la duda. Ansí es como Dios se muestra al alma, y la habla sin hablar, de la manera que os dejo dicho.

—¿Cómo comprender esto?

La atrevida negación y presuntuosa crítica moderna llama á lo que dejamos puesto *jerigonza*, porque no lo sabe entender.

La Iglesia califica esta clase de visiones con el nombre racional de *intelectuales*, es decir, que son aquellas en que por mera operación del espíritu y sin necesidad ni precisión de forma corpórea ó exterior, se representaron á los bienaventurados en la tierra; concepciones altísimas que les consolaron grandemente y les fortalecieron y alegraron.

Lenguaje es el de Teresa de Jesús tan del cielo, que, como ella misma dice, «acá se puede mal dar á entender, por más que queramos decir, si el Señor por experiencia no nos lo enseña.»

Y añade:

«Pone el Señor lo que quiere que el alma en-

tienda en *lo muy interior del alma*, y *allí lo representa* sin imagen ni forma de palabras, sino á manera de la visión que queda dicha. Y nótese mucho esta manera de hacer Dios que entienda el alma lo que Él quiere, y grandes verdades y misterios; porque muchas veces lo que yo entiendo cuando el Señor me declara alguna visión que quiere Su Majestad representarme, es ansí; y paréceme que es en estos casos en los que el demonio se puede entremeter menos, por estas razones; si ellas no son buenas, yo me debo engañar. Es una cosa tan de espíritu esta manera de visión y de lenguaje, que ningún bullicio hay en las potencias ni en los sentidos, á mi parecer, por donde el demonio pueda sacar nada. Esto es alguna vez, y con brevedad, que otras bien me parece á mí que no están suspendidas las potencias ni quitados los sentidos, sino muy en sí, que no sucede siempre esto en contemplación, antes muy pocas veces; mas estas que son, digo, que no obramos nosotros nada, ni hacemos nada; todo es obra del Señor.»

Para entender lenguaje tan sublime se necesita *creer*. Los que lo niegan todo, ¿cómo han de conceder estas cosas que caen tan del lado de la fe?

Después de la visión que dejamos referida, tuvo Teresa una que cuenta de esta suerte:

«Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos, con tan grandísima hermosura, que no lo podría yo encarecer. Hízome

gran temor, porque cualquier novedad me le hace grande á los principios de cualquiera merced sobrenatural que el Señor me haga.»

Y mas adelante refiere:

«Pocos días después ví clara y distintamente el divino rostro del Señor, que del todo me dejó absorta.»

No es de extrañar que la Santa se maravillase y no entendiera «por qué el Señor se la mostraba ansí poco á poco.» Entenderlo debía después, atribuyéndolo á que Su Majestad había querido irla llevando conforme á su flaqueza natural.

Tuvo luego otra visión más perfecta y más completa que regaló y animó mucho á la religiosa carmelita.

Era día de San Pablo, y estando en misa, se la representó toda la Humanidad sacratísima del Señor como se pinta resucitado, con la misma hermosura y majestad.

«Si me estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, escribe Teresa en su Vida, á propósito de esta visión, no pudiera ni supiera, porque excede á todo lo que acá se puede imaginar, aun sola la blancura y resplandor. No es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo á la vista y no la cansa ni desvanece la claridad que se ve, para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa

tan deslustrada la claridad del sol que vemos, en comparación de aquella claridad, y la luz que se representa á la vista, que no se querrían abrir los ojos después... Es, añade, como comparar un agua muy clara, que corre sobre cristal, y reverbera en ella el sol, á una muy turbia, con gran nublado, y que corre por encima de la tierra. No porque se le representa sol, ni la luz es como la del sol, ni parece en fin luz natural, que esta es otra cosa á manera de artificial. Es luz que no tiene noche, y como siempre es luz, no la turba nada; en fin, es de suerte, que por grande entendimiento que una persona tuviese, en todos los días de su vida podría imaginar cómo es: y pónela Dios delante tan presto, que aún no hubiera lugar para abrir los ojos, si fuera menester abrirlos; mas hace igual tenerlos abiertos, que cerrados, cuando el Señor quiere, que aunque de nuestra parte no queramos, se ve. No hay divertimiento que baste, ni hay poder resistir, ni basta diligencia, ni cuidado para ello.»

Lo confuso, lo difícil, aparece ya explicado por la Santa comprensible y claro; y aunque no la parece que puede darlo á entender, sin gran esfuerzo se ve que concibe en parte lo que siendo de suyo tan abstracto y elevado, se hace fácil por la manera y el modo como lo decia.

Parecíala imagen, mas no como los dibujos de acá, por perfectos que sean, que hartos había visto buenos: «disparate es, dice, el pensar que tiene semejanza lo uno con lo otro en ninguna manera,

no más ni menos que la tiene una persona viva á su retrato, que por bien que esté sacado, no puede ser tan al natural, que al fin se ve es cosa muerta... No digo que sea comparación adecuada, que nunca son tan cabales; sino verdad, que hay la diferencia que de lo vivo á lo pintado, no más ni menos; porque si es imagen, es imagen viva, no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da á entender, que es hombre y Dios, no como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado. Y viene á veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar, sino que es el mismo Señor, en especial en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, como nos lo dice la fe. Represéntase tan Señor de aquella posada, que parece toda deshecha el alma, y se la ve consumir en Cristo.»

Y á seguida exclama:

«¡Oh, Jesús mío, quién pudiese dar á entender la majestad con que os mostráis! ¡Y cuán, Señor de todo el mundo, de los cielos y de otros mil mundos y cielos que Vos criárades, entiende el alma, según con la majestad que os representáis, que no es nada para ser Vos Señor de ellos!»

Registrando sin orden de fechas ni de tiempo otras visiones de la Santa religiosa, que ya no es cosa fácil nos paremos en estas cosas pretendiéndolas puntualizar en cuanto al orden con que acaecieron, oidnos:

Cierto día, santiguándose con la cruz que llevaba siempre en el rosario, el Señor la tomó con la suya; y cuando se la tornó á dar era de cuatro piedras grandes «muy más preciosas que diamantes, sin comparación,—dice la Santa,—porque no la hay, casi á lo que se ve sobrenatural, que el diamante es cosa contrahecha é imperfecta, con relación á las piedras preciosas que se ven allá.»

Formaban las dichas piedras las cinco llagas de Cristo, y díjosela que ansí la vería de aquí en adelante, y ansí la acaeció, que no veía la madera de que era, sino estas piedras; y no la veía nadie sino es élla.

Realizados los desposorios entre élla y su amado, fué muy regalada Teresa de Jesús con repetidas visiones.

Acabó la *Santa* de comulgar cierto día, y parecióle clarísimamente que Cristo se presentó junto á élla, y consolóla con grandes ternezas, diciéndola, entre otras cosas:

—Vesme aquí, hija, que yo soy: muestra tus manos.

Y se las tomó y llevó á su costado añadiéndola:

—Mira mis llagas: no estás sin Mí: pasa la brevedad de la vida.

Y por algunas cosas más que la dijo, entendió que desde que subió á los cielos nunca bajó á la tierra, sino es en el Santísimo Sacramento, á comunicarse con los mortales.

En otra ocasión que Teresa se vió regalada con

visión tan soberana, fué después de comulgar, estando con pena y en oración. «Comenzó entonces, dice, á inflamarse mi alma, y parecióme claramente tener presente á toda la Santísima Trinidad en visión intelectual.» Por lo cual entendió su alma, por cierta manera de representación, como figura de la verdad, para que lo pudiese entender su torpeza, cómo es Dios trino y uno; y así le hablaron todas las tres personas, y se presentaron dentro de su alma distintamente en tres cosas, que cada una de estas personas le hizo merced: en la caridad, en padecer con contento, y en sentir esta caridad con encendimiento en el alma.

Dos visiones más cuenta la religiosa.

Una, la tuvo estando en oración, por visión intelectual; otra, hallándose también en oración, por una visión semi-intelectual, semi-imaginaria, y esta vez llegó la intimidad de las tres divinas personas con Teresa á un grado de sublimidad extraordinario. «Parecía, dice, que la persona del Padre me llegaba á Sí y me decía palabras muy agradables. Entre ellas me dijo, mostrándome lo que me quería:

—»Yo te dí á mi hijo y al Espíritu Santo y á esta Virgen. ¿Qué me puedes tú dar á mí?»

«Un día, *después* de San Mateo, estando como suelo, *después* que *ví* la *visión* de la Santísima Trinidad, y cómo *está* con el alma que *está* en gracia, se me dió á entender muy claramente, de *manera* que por ciertas *maneras* y comparaciones, por *visión*

imaginaria lo *ví*. Y aunque otras veces se me ha dado á entender por *visión* la Santísima Trinidad intelectualmente, no me quedaba *después* de algunos días la verdad, como ahora digo, para poderlo pensar. Y ahora veo que de la misma manera lo he oído á letrados, y no lo entendía como ahora, aunque siempre sin detenimiento lo creía, porque no he tenido tentaciones de la fe.»

«A sólo los santos pasan estas cosas,» se dice en son de burla por la impiedad.

Y preguntamos nosotros: ¿cómo á los que no lo son les han podido pasar?

Sigamos recogiendo frases y testimonios de este género de los trabajos admirables y sublimes de la monja carmelita.

«Parecíame, dice, andar siempre al lado de Jesucristo, y como no era visión imaginaria, no veía en qué forma; mas estar siempre á mi lado derecho sentíalo muy claro; y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna vez que me recogiese un poco ó no estuviese muy divertida, podía ignorar que estaba cabe mí.»

En otro sitio:

«Estaba yo pensando qué hacía el alma en aquel tiempo, y díjome el Señor estas palabras:

—Desaste toda, hija, para ponerte más en Mí.»

Ya no es élla la que vive, sino Cristo; y lo que más le admiraba era «el entender estas visiones no entendiéndolas;» con cuyas frases nos revela una

vez más la exactitud de cuanto afirma y la humildad que en élla resplandece.

Sólo los humildes serán exaltados.

Hallándose en la Encarnación, y siendo el segundo año que tenía el priorato octava de San Martín, estando comulgando la Santa sucedió lo siguiente:

Celebraba el cruento sacrificio el P. Fray Juan de la Cruz, y al partir la sagrada Forma para ser dada á otra hermana, pensó que no era falta de forma, sino que la quería mortificar, porque Teresa le había dicho que gustaba mucho cuando las Formas eran grandes, no porque no entendiera que no importaba para dejar de estar entero el Señor, aunque fuese en una pequeña fracción.

Inquieta y desasosegada por lo ocurrido, díjola entonces Su Majestad:

—No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de Mí.

«Entonces, escribe, representóseme por visión imaginaria, como otras veces, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome:

—Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta entonces no lo habías merecido; de aquí adelante, no sólo como de Criador y como de Rey, y tu Dios, mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía. Mi honra es ya tuya, y la tuya mía.»

Otro día, hallándose muy penada, la dijo el Señor:—«Haz lo que es en tí y déjame tú á Mí, y no

te inquietes por nada; goza del bien que te ha sido dado, que es muy grande. Mi Padre se deleita contigo y el Espíritu Santo te ama.»

En otro pasaje dice Teresa:

«Tuve un gran arrobamiento, y parecíame que nuestro Señor me había llevado en espíritu junto á su Padre, y díjome: «Esta que me diste te doy,» y parecíame que me llegaba á Él.

Esto no como cosa imaginaria, sino con una certeza grande, y una delicadeza tan espiritual, que no lo sabe decir; «díjome algunas palabras que no se me acuerdan; de hacerme merced eran algunas, y duró algun espacio tenerme cabe de sí.»

Haríamos interminable este número si pretendiésemos dar cuenta de las innumerables visiones ó apariciones que tuvo Teresa de Jesús, que élla relata y muchos de sus ilustres biógrafos piadosos consignan por serles conocidas, de voz pública y por tradición.

No hemos, sin embargo, concluído esta materia, en la que aconsejamos se detengan nuestros lectores con especialísima devoción.

# IV.

## La Transverberación.

La impiedad no cree, no ha creído nunca en lo sobrenatural.

También la cobardía niega los heroismos del valor, y el materialismo grosero los encantos y la excelencia de un puro amor.

Axiomas cuya evidencia no podréis negarnos, y que por sí solos bastan á explicar lo que acontece cuando se trata de aceptar como ciertos los hechos de Teresa que dejamos referidos, y los muchos que nos faltan que consignar.

Dominada cada vez más la religiosa carmelita por la pasión que abrigaba su alma, que atesoraba su corazón hacia el Señor, que la favorecía y distinguía con sus señalados prodigios;

Íbase haciendo *toda* para Dios.

¿Qué extraño es que Dios se hiciera todo para élla?

Y no á la manera y como los enfatuados con la

sabiduría puramente humana entienden que debía hacerse, no; sino como Dios se hace para los escogidos.

La hacía favores, la otorgaba mercedes celestiales, y á la vez consentía sus dolores y sus males físicos.

No porque no la quisiera, sino precisamente porque la quería.

Eran éstos crisol que la purificaba, y en vez de demostrar olvido, eran para élla motivos de agradecimiento.

«La dicha completa es propensa al pecado,» dice ella misma; y el pecado es el mal moral, millares de veces peor que el mal físico.

Poseyendo tan alta filosofía, Teresa sufría, padecía, y no se quejaba; antes bien alababa la misericordia del Señor, que pudiendo aliviarla, no la aliviaba.

¡Qué lección tan hermosa (como todas las suyas), nos da en esto la Santa, en la cual también debiéramos con empeño procurar imitarla!

Llegó un día crítico para la monja avilense.

Contaba ya los cuarenta y cuatro años, y era, por lo tanto, el 1559.

Encerrada en su humilde celda del convento de la Encarnación, deshecha en lágrimas, invocando y repitiendo el santo nombre de Jesús, cayó postrada de hinojos ante el Santo Cristo que adornaba su mesa de estudio y de trabajo, en la que es-

cribió muchos de los trabajos literarios con que ha sabido enriquecer, en opinión unánime de los más severos críticos, la bibliografía universal cristiana y dado fama al idioma castellano.

En esta situación, en la cual la ha pintado de manera acertadísima el ilustrado acuarelista á quien ha estado confiada la ilustración de esta obra [1], sobrevínola un *éxtasis* de los muchos que la sacaban fuera de la vida normal, de la existencia natural, de la cual á nosotros no nos es dado salir.

Éxtasis verdaderos, no producto de enfermedad ni vagas enunciaciones de una ficción de la mente, de un desatino, de un capricho, no... Éxtasis maravillosos, milagrosos y sobrenaturales.

En vano intentaréis rebajarles, calificarles á vuestro antojo; eran en élla visiones célicas, regalos del que amaba con tan entrañable amor, que la permitían sobrevivir, pues de otra manera habría sucumbido millares de veces.

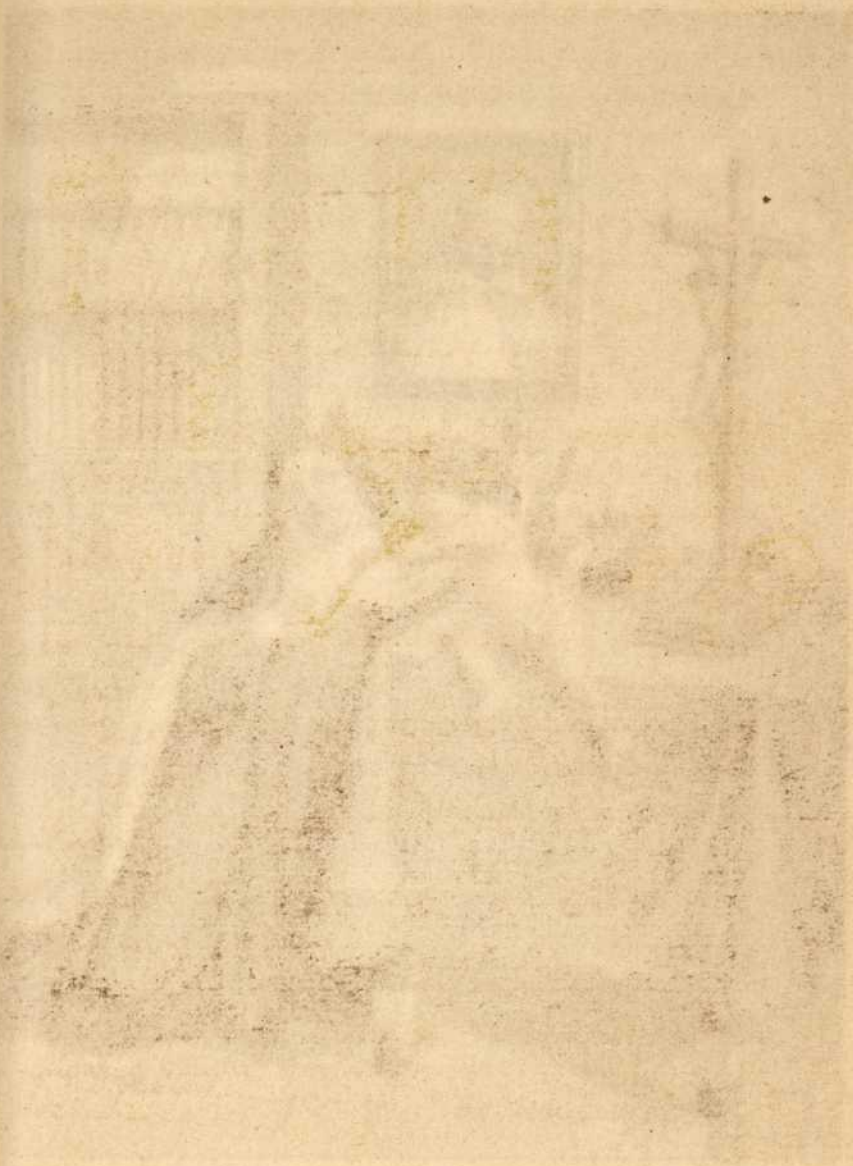
Y, sobre todo, bajo el prodigio que vamos á consignar; el de la *transverberación*.

Encendida en amor tan grande hacia Dios, «que no sabía quién se lo ponía, porque era muy sobrenatural,» y élla «no le procuraba.»

«Ví, dice, y como élla lo dice nosotros no lo sabríamos decir, ví un ángel sobre mí hacia el lado izquierdo en forma corporal...»

---

[1] Nuestro querido amigo Sr. D. Vicente Barneto.



Lit. de J. M. Mateu, Barquillo 6, Madrid.

*Y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios."*

Lo que no solía ver, sino por maravilla, pues aunque muchas veces se la representaban ángeles, era sin verlos.

«En esta visión quiso el Señor le viese ansí; no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan...

»Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. El cual dardo me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba á las entrañas; (tanto que) al sacarle me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios.»

Y añade:

«Era tan grande el dolor, que me hacía dar grandes quejidos, y tan excesiva la suavidad en que me puso este grandísimo dolor, que no hay que desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios.»

Y concluye:

«No era dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y un harto requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento.»

¡Generosísima manera de hacerse creer!

Fué ésta una de las apariciones más sublimes y transcendentales que tuvo Teresa de Jesús, hasta

el extremo que sobre élla escribe esta tiernísima composición:

«En las internas entrañas
Sentí un golpe repentino:
El blasón era divino,
Porque obró grandes hazañas.
Con el golpe fuí herida,
Y aunque la herida es mortal,
Es un dolor sin igual,
Es muerte que causa vida.
Si mata, ¿cómo da vida?
Y si vida, ¿cómo muere?
¿Cómo sana cuando hiere,
Y se ve con él unida?
Tiene tan divinas mañas,
Que en un tan acerbo trance,
Sale triunfando del lance,
Obrando grandes hazañas.»

Con ceguedad inaudita se ceba la petulante crítica moderna en este milagroso pasaje de la vida de Teresa de Jesús.

Lo comprendemos perfectamente.

¡Cómo sufrir un prodigio semejante!

—¿Quién curó á la Santa, pregunta, aquella mortal herida? ¿Cómo sobrevivió á ella?

—Una de dos, ó fué ó no fué herida visible; si fué material, debió morir, si no fué real, sólo cabe aceptarla como una ficción más.

Así se expresa la incredulidad, sin notar que con ello viene á darnos la razón á los que creemos que el corazón de Teresa quedó traspasado por el dardo del Querubín.

¿De qué suerte?...

Por prodigio, por milagro, por merced y gracia

del Señor, que todo esto consintió é hizo para recompensar á su amada de una manera sobrenatural.

—¿Qué utilidad, añaden, qué provecho redundar debía para nadie, ni aun para ella misma, de esta visión y del martirio que la fué anejo?

¡Ah! nosotros no podemos medir estas cosas en toda su extensión, y por ende no acertamos como quisiéramos á contestar á tan impertinentes preguntas.

Carecemos de lo que con pena hemos echado y echamos de menos muchas veces al escribir esta obra, de la fe viva, de la virtud acrisolada y de la ciencia de otros biógrafos de la seráfica Doctora, que han hecho antes, con mejores elementos, lo que nosotros nos hemos comprometido á hacer.

Escribiendo en medio de las ocupaciones de una vida consagrada á la familia, al trabajo y á la sociedad en general.

Los más de aquellos en siglos de piedad y de creencia cristiana; nosotros, en una época de negaciones sistemáticas y presuntuosas vanidades, á quienes no es fácil de modo alguno convencer.

A los que nos referimos, para obtener crédito... nosotros, por el contrario, para vernos tachados, quizás de visionarios, de obscurantistas, de *espíritus* nimios é ignorantes.

No nos importa.

Nos sentimos bastante fuertes en medio de nuestra incompetencia y falta absoluta de autoridad,

para no preocuparnos por tan duros calificativos, en la esperanza que muchos, muchísimos, no nos los dirigirán.

¡Pobres corazones sin fe! ¡Pobres pueblos sin creencias! ¡Pobres sabios si carecen del principio de toda sabiduría, del amor á Dios!

Para singularizarnos, con poco esfuerzo lo lograríamos; pero lejos de eso, nosotros, en tan buena compañía, y, sobre todo, al lado de la Iglesia, y con la Iglesia en materias religiosas, iremos seguros, iremos satisfechos, iremos siempre bien.

Los argumentos de la incredulidad siempre son los mismos; no varían, no pueden variar.

Niegan todo principio de autoridad, toda sumisión al criterio ajeno, toda luz, todo resplandor celeste.

Después de esto, nada nos debe extrañar.

Se erigen en jueces de sí mismos, no reconocen más ciencia que la humana ciencia...

Aplicad estos factores á cualquiera de los hechos humanos ó sobrenaturales, y os darán siempre idéntico resultado.

La negación, el escepticismo, la presunción, la vanidad; el *Yo* cacareado que no concibe ni se explica otra cosa que él mismo, su propia personalidad.

Sin la antorcha vivísima de la fe no cabe luz ni claridad alguna en el sendero de las verdades por la Iglesia reconocidas y sancionadas; y que, por

lo tanto, aseguramos que no pueden ser mentira, que son verdad.

Y así en definitiva las proclamamos.

Quedó Teresa, después de la visión seráfica, herida, lacerada de un doble modo espiritual y material [1].

No son estas producciones nuestras de polémica y discusión, pero tampoco podemos rehusarlas en absoluto cuando á ellas se nos provoca.

Apartémonos de ellas, y oigamos de nuevo sobre el tema de este número á Teresa de Jesús:

---

1 Esto último se rechaza hoy con más fuerza por la incredulidad, sin otra base que la *incredulidad misma*, argumento que no puede hacernos fuerza á los que creemos, á los que confesamos la existencia de lo *sobrenatural*.

La gran fiesta de la Transverberación del corazón de Teresa de Jesús, estatuída en 1726 por Benedicto XIII, y el relicario, que nosotros hemos visto en Alba de Tormes, en el cual se conserva traspasado de manera *visible* el corazón de la Santa, y fué reconocido solemnemente en 25 de Enero de 1726, testimonios son de fe y de autoridad á que no cabe oponer objeción seria y formal, á no separarse por completo de la conversión católica.

¿Habrá entre los que nos lean quien se atreva á tanto?

No lo podemos imaginar.

La incredulidad se repliega tratándose de la existencia real del corazón traspasado de Teresa de Jesús, que se venera en Alba de Tormes, y dice con aire de triunfo:

«¿Por dónde consta que aquel corazón herido, embalsamado y amojamado que se enseña dentro del relicario, es el verdadero corazón de *Santa* Teresa? ¿Qué documento legal, fiel y auténtico lo persuade? ¿Qué dato indiscutible lo asevera?»

¡Pobres ilusos!

Y á vosotros, ¿por qué títulos se os puede oir con paciencia, y con respeto escuchar?

Con ninguno.

«Veíame morir con deseo de ver á Dios, dice la mística Doctora, y no sabía á dónde había de buscar esta vida, si no era con la muerte. Dábanme unos ímpetus grandes de este amor, que aunque no eran tan insufribles como los que ya otra vez he dicho, ni de tanto valor, yo no sabía qué me hacer, porque nada me satisfacía, ni cabía en mí, sino que verdaderamente me parecía se me arrancaba el alma. ¡Oh, artificio soberano del Señor, exclama, qué industria tan delicada hacíades con vuestra miserable esclava! Escondíades vos de mí, y apretábadesme con vuestro amor, con una muerte tan sabrosa, que nunca el alma querría salir della.»

Y á seguida dice:

«Quien *no hubiere pasado* estos ímpetus tan grandes, *es imposible poderlos entender*, que no es desasosiego del pecho, ni unas devociones que suelen dar muchas veces, que parece ahogan el espíritu tanto, que no cabe en sí. Y hánse de evitar estos aceleramientos, y procurar con suavidad recogerlos dentro de sí y acallar el alma; que en esto somos como niños que tienen un acelerado llorar, y parece van á ahogarse, y con sólo darles á beber cesa aquel sentimiento. Ansí acá la razón apresurarse debe á encoger rienda, porque podría ser que el mesmo natural vuelva á consideración y á temer no ser todo perfecto, sino que puede ser mucha parte sensual, y acalle este niño con un regalo de amor, que le haga mover á amar por vía suave y

no á puñadas, como dicen, que recojan este amor dentro; no como olla que cuece demasiado, porque se pone la leña sin discreción y se vierte toda, sino que moderen la causa que tomaron para ese fuego, y procuren matar la llama con lágrimas suaves, no penosas, que lo son las de estos sentimientos y hacen mucho daño.»

Teresa de Jesús estaba en la plenitud de su razón cuando así escribía; y sólo estando en su entero juicio, cabe que escribiese así, con tan admirable sencillez, cuando trataba materias tan difíciles, y lo hacía de tal suerte, que sólo cerrando voluntariamente los ojos y los oídos, pueden dejarse de creer.

# V.

## Las alucinaciones.

No entra en nuestro ánimo, por lo que hemos puesto, negar la existencia de las *alucinaciones;* antes bien las creemos, las aceptamos; pero diremos acerca de éllas lo que con el mejor criterio escribe un moderno escritor [1].

«Las alucinaciones, dice, son una prueba irrecusable de lo sobrenatural.»

Probemos esto, con lo cual contestamos de una manera apropiada y decisiva á la impiedad, que niega las visiones sobrenaturales ó las confunde lastimosamente con las que son producto de la imaginación.

Existe entre unas y otras un abismo, como entre el milagro y lo extraordinario por sí sólo se marca y señala sin dificultad.

La palabra *alucinación,* es relativamente nueva

---

1 G. de Monsseaux.

en nuestro idioma, y quiere decir sencillamente *equivocación*, ó sea tomar una cosa por otra.

Por ello se emplea la palabra alucinación para expresar las ilusiones de los visionarios, ó sean las visiones insensatas; sólo la impiedad la hace extensiva á las maravillas, á los prodigios que merecen otro nombre, á las verdaderas apariciones debidas á la bondad y á la misericordia de Dios.

Aquí está el error, aquí la mala fe, que no debe confundirse nunca con la sinceridad y el debido acatamiento á la verdad.

Existen, aun tratándose de alucinaciones, de meros caprichos de la imaginación, alucinaciones naturales y verdaderas; hay ilusiones, tales como las originadas por el espejismo, que aparentan por reverberación sitios floridos en medio de los desiertos, é islas habitadas en el interior de los mares.

Entre otras de este género, y acaso una de las más célebres que podemos citar, es la del *gigante del Brocken*.

Oidla, por lo curiosa que es:

Brocken se llama la cumbre de una de las montañas de Hartz, en la Selva Negra; pues bien, en ciertas épocas del año se ha visto allí, mejor dicho, se ha creído ver allí un gigante que paulatinamente se eleva hasta las nubes.

Esta ilusión ha sido objeto de muchas leyendas, hasta que el sabio Hane tuvo la curiosidad de exa-

minarla, y fué bastante feliz para poderla comprobar y explicar.

Cuando realizó el experimento, sobrevino una ráfaga de viento, que por muy poco no le llevó al sabio el sombrero; echó con viveza la mano para detenerlo, y su sorpresa fué grande al notar que inmediatamente el gigante imitaba aquel movimiento natural.

Agradablemente sorprendido, saludó con el sombrero al supuesto gigante, que simultáneamente le devolvió el saludo, y cuantas veces repitió el experimento, le dió idéntico resultado.

Esto bastó al sabio para explicarse lo que para todos venía siendo una realidad: lo que sucedía no era otra cosa que una reverberación, que desaparecía en cuanto que no había espectador alguno que le reprodujese en el sitio en que el gigante se distinguía.

De esta suerte, la alucinación natural tuvo desde entonces general explicación.

Otras muchas de idéntica naturaleza sirvieron á Mr. Brierre de Boismont para escribir un libro, muy poco, ó acaso desconocido por completo en España [1], y del cual no vacilaremos en copiar algunos ejemplos para que, si se quiere, se puedan cotejar con los de la heroína principal de esta obra.

Para una generación descreída, estas compara-

---

1 Se publicó en 1845.

ciones pueden ser de algún resultado, y contribuir pueden, por otra parte, á dar amenidad á una materia que de suyo es árida por sí misma.

Cabe que haya, y hay en efecto, alucinaciones durante el sueño, estando despierto el que las experimenta, durante la fiebre, en una palabra, creadas por la ofuscación del entendimiento ó de la imaginación.

La embriaguez, el abuso de los vinos y los licores, de los espíritus, una fuerte conmoción del espíritu, un desvanecimiento, una impresión viva, un gran miedo, pueden producir y ocasionan *alucinaciones;* el haschich, el eléboro, y ciertas drogas ó ungüentos, también pueden ocasionarlas; siendo exacto en este sentido, que teniendo las alucinaciones á que nos referimos algo de locura, la mayor parte de los locos son alucinados.

Pero no por ello podrá negársenos que la locura es á veces producto de causas extranaturales que la ciencia no ha podido ni puede explicar ni comprender.

¡Misterio siempre en derredor nuestro, aun en aquello que no es conocido y notoriamente natural!

¿Cómo no haberle, cómo no existir en lo sobrenatural?

Nada más frecuente, siendo de noche, que tomar un árbol por un fantasma, algunas matas reunidas por una cuadrilla de bandoleros, un haz de hierba por una bestia feroz; esto es sencillo.

Mas los locos están alucinados lo mismo de noche que de día, hasta el punto que muchos, tomando arena, creen coger diamantes (alucinación de la vista); que otros oyen voces, discursos, cánticos y conciertos, cuando el silencio es más completo en torno suyo (alucinación del oído); que hallan frío lo que está caliente, y caliente lo que está frío (alucinacion del tacto); que respiran rosas en un muladar y hedores repugnantes en los perfumes más exquisitos (alucinación del olfato); que el yeso de las paredes es para ellos la mejor de las golosinas, rechazando por amargas las que lo son en realidad (alucinación del gusto).

Que explique la ciencia estos fenómenos...

Detengámonos ahora en algunos ejemplos históricos que demuestran, que mucho que se ha tomado como cierto, no lo ha sido en realidad.

En las Memorias del célebre Benvenuto Cellini [1], escritas por él mismo y publicadas por vez primera en Francia en 1822, se lee lo siguiente:

«El día, dice, en que decidí acabar con mi existencia, suspendí, para conseguirlo con gran trabajo, sobre la cabecera de mi lecho un enorme peda-

---

1 Sabido es que Benvenuto, en la defensa de Roma contra el ejército de Carlos V, mató de un tiro de carabina al condestable de Borbón, que le mandaba; que dos años después, por haber tomado parte en las turbulencias que agitaban á Italia, fué encerrado en una estrecha prisión; y, por último, que el tedio, la miseria y el sufrimiento le inspiraron el criminal pensamiento de darse la muerte.

zo de madera que, dejado caer, pudiera aplastarme; iba á desprenderle con mi mano, cuando me sentí detenido y rechazado á cuatro pasos de distancia, sin que viese cómo ni por quién era de tal suerte empujado.

Reflexioné, y no pude menos de reconocer en lo que me sucedía, algo de extraño, ¿y por qué no decirlo? Algo de divino y sobrenatural.»

Importantísima confesión que registramos, porque al que la consigna no se le tiene por visionario ni obscurantista.

Y prosigue:

«Aquella noche se me representó *en sueños* un joven de una belleza maravillosa, que me dijo en tono de queja y de reproche:

—¡No ignoras quién te ha dado la vida, y quieres quitártela por tí mismo y antes de tiempo!...

Le contesté que reconocía todos los beneficios de Dios.

Y él entonces replicó:

—¿Por qué quieres, insensato, destruirlos? Déjate conducir, y no pierdas la esperanza en la bondad divina.

Seguí orando, y el joven volvió á visitarme:

—Querido Benvenuto,—me dijo con voz clara, —vamos, haz tu oración á Dios.

Me puse de rodillas y recité mi plegaria acostumbrada. Después de esto, la misma voz me dijo:

—Ahora, vete á descansar y espera.»

No acaba aquí.

Más adelante prosigue: «me atreví á pedir al cielo que me permitiera ver el sol; mi calabozo era lóbrego en extremo, y la merced me fué concedida.

Oid en qué términos:

Fuí transportado, como en alas del viento, á un cuarto, en el que se me apareció el espíritu con la forma de otro joven de austero aspecto. Estaba rodeado de muchos personajes, sobre los cuales me hizo notar:

—Todos los que aquí ves, son nacidos y muertos...

Caminé por entre aquella muchedumbre, y habiéndome hecho el espíritu internar por una galería estrecha, me encontré de pronto desarmado, con la cabeza descubierta y vestido con una túnica blanca. Seguía tan admirado como sorprendido, porque todos los sitios que recorría me eran completamente desconocidos; levanté los ojos, y ví una muralla en que brillaba el resplandor del sol; pero no podía ver el sol.

Esto me consoló grandemente.

—Querido amigo,—dije á mi guía,—¿cómo podría elevarme lo suficiente para ver el sol?

Me mostró una escala y me respondió:

—Sube por ahí.

Lo ejecuté así, y al final pude contemplar el astro deseado.

—¡Oh, sol, que tanto he deseado ver!—exclamé una vez en lo alto de la escala.—¡Quiero contem-

plarte y no contemplar nada más que á tí, aunque tus fuegos hubieran de dejarme ciego!»

Así, de manera idéntica, es como escribe Teresa, refiriéndose á Jesús.

A Benvenuto hay muchos que le dan crédito; ¿por qué á la Santa no?

Acabemos tan extraña como curiosísima relación.

«El sol era á mis ojos como un disco de purísimo oro; de repente le ví agrandarse, y de él surgió Cristo llevando la Cruz. Y su rostro mostraba una expresión de bondad y una gracia tan inefable, que ningún pincel humano podría reproducir.

Mientras que yo gritaba:

—¡Oh, milagro! ¡Oh, milagro!

Cristo se dirigía al punto donde se habían inclinado los rayos del sol.

El astro se agrandó otra vez, y entonces salió de él una bella y radiante matrona, llevando á su Hijo en brazos, la cual me dirigió la más dulce sonrisa.

Dos Angeles iban á su lado, un Pontífice estaba de rodillas delante de élla, y yo veía clara y perfectamente todas estas maravillas, no cesando de glorificar á Dios.»

¿Cabe que lo así referido fuese una alucinación?

Citemos otro caso.

Hay en los destinos de algunas personas singulares misterios.

«Dícese que la cuantiosa fortuna de Bernadotte la fué predicha por una famosa sibila que se había apoderado tan por completo de la supersticiosa conciencia de la emperatriz Josefina (Mlle. Lenormand), que el destino no se cansó ni un solo momento de proteger á Bernadotte, que subió siempre sin tener ninguna de esas caídas casi inevitables en las atrevidas ambiciones.

Quizás las antiguas tradiciones maravillosas que rodearon su cuna no fueron extrañas á este fondo de superstición semi-pagana del que jamás se desprendió, toda vez que existía una antigua crónica de su familia, según la cual una hada, que había sido mujer de uno de sus antepasados, había predicho á su esposo que un rey ilustraría su posteridad.»

Bernadotte llegó, en efecto, á ser, como es sabido, monarca de Suecia.

Otro hecho no menos misterioso se refiere respecto del mismo personaje, y que prueba cuánto imperio tenía lo maravilloso sobre Bernadotte.

«Queriendo cortar con su espada las dificultades que Noruega le oponía y enviar á su hijo Oscar al frente de un ejército para someter á los rebeldes, halló una viva oposición en el Consejo de Estado.

Cierto día que acababa de sostener una animada discusión sobre este punto, montó á caballo y se

alejó de la capital. Después de haber franqueado gran espacio, llegó á los límites de un sombrío bosque, donde de súbito se le apareció una vieja, despeinada y extrañamente vestida.

—¿Qué deseas?—la preguntó bruscamente el rey.

Aquella especie de hechicera le contestó sin desconcertarse:

—Si Oscar combate en esa guerra que meditas, no dará los primeros golpes, sino que los recibirá.

Admirado Bernadotte de aquella aparición y de aquellas palabras, se volvió á su palacio, y al siguiente día, llevando aún en el rostro las huellas de una larga vigilia, y todo agitado, se presentó al Consejo para noticiarle había variado de resolución.»

Todos estos detalles pasan por históricos y ciertos; ¿debemos creerlos?

En su forma, no; pero algo en ellos pudo haber que no fuese mera alucinación.

El doctor Brierre de Boismont cita, entre varios hechos singulares, el siguiente:

«Lord Castlereaght había ido, por el año de 1806, á visitar á uno de sus amigos, poseedor en el Norte de Irlanda de uno de esos antiguos castillos que eligen con preferencia los romanceros para teatro de sus apariciones.

El aspecto de la habitación que le destinaron es-

taba en perfecta armonía con el edificio; los tallados de madera, ennegrecidos por el tiempo; la inmensa chimenea, parecida á la entrada de una tumba; la larga fila de antiguos retratos de familia, de mirada altanera; las amplias tapicerías pesadas y empolvadas que cubrían las ventanas y rodeaban el lecho, objetos eran apropiados para inspirar melancólicos pensamientos.

El lord examinó su cuarto, é hizo conocimiento con los antiguos señores del castillo que, de pie en sus cuadros, parecían aguardar su saludo.

Después de haber despedido al camarero, se acostó.

Acababa apenas de apagar la bujía, cuando apercibió un rayo de luz que iluminaba el techo de su cama.

Sabiendo que no había fuego en la chimenea, que había corrido las cortinas, y que el cuarto, algunos momentos antes estaba en completa obscuridad, supuso que algun intruso se había deslizado en la habitación, y volviéndose rápidamente al lado de donde venía la luz, vió, con admiración, la figura de un hermoso niño que estaba á alguna distancia de la cama.

Persuadido de la integridad de sus facultades, pero sospechando una burla de alguno de los muchos huéspedes del castillo, el lord avanzó hacia la aparición, que retrocedió ante él.

A medida que se aproximaba, la aparición siguió retrocediendo, hasta que, habiendo llegado hasta la chimenea, desapareció.

Castlereagh se volvió al lecho, pero no pudo dormir.

Determinó no hacer ninguna alusión á lo que le había sucedido, hasta haber estudiado las fisonomías de todas las personas de la casa, pues seguía sospechando alguna superchería.

Durante el almuerzo, trató en vano de sorprender alguna de esas sonrisas, de esas miradas de connivencia ó guiños de ojos, con los que generalmente se descubren los autores de tales bromas; pero nada le hizo comprender que se tratara de una mistificación.

Contó entonces lo que le había ocurrido, y el dueño del castillo le dijo:

—Habéis visto al niño, temblad.»

Y sabido es que el perseguidor pertinaz de Napoleón se suicidó, sirviéndose de una navaja de afeitar, el 22 de Agosto de 1823...

Dividiremos esta materia para poderla dar alguna mayor extensión.

---

# VI.

**Termina el tema del número anterior.**

Ved otro hecho que pasa por histórico:

«En 1506, una gran parte de los niños recogidos en el Asilo de huérfanos de la ciudad de Amsterdam, fué atacada de una enfermedad extraña.

Durante élla trepaban como gatos por las paredes hasta llegar al techo.

Su aspecto era imponente; hablaban lenguas extrañas; decían cosas singulares, y daban cuenta de lo que sucedía, aunque no lo presenciasen.

Uno de estos niños descubrió á una tal Catalina Gerardi, que su hijo Juan Nicolai debía partir para El Haya, donde no haría nada bueno.

La mujer se fué derecha á la casa del Consejo, llegando en el momento en que se acababa de levantar la sesión.

Encontró á su hijo en la escalera; le preguntó si era cierto que iba á partir para El Haya, y el hijo, muy sorprendido, la confirmó cuanto se le

había dicho, desistiendo, al saberlo, de su temeraria resolución.»

Registremos otros hechos.

«El inglés Jorge Villiers, duque de Buckingham, descendiente de sangre normanda, pasaba por ser uno de los hombres más hermosos de su tiempo.

Había nacido en Londres en 1592.

El P. d'Orleans, en su *Historia de las revoluciones de Inglaterra*, hace de él el siguiente retrato:

Era,—dice,—un señor lleno de raras cualidades que le hacían amable con aquellos á quienes quería complacer, pero que le convertían en insoportable con aquellos á quienes no le importaba, ó se complacía en molestar. Era guapo y hombre de talento; tenía maneras nobles, y cuando quería, muy cariñosas; pero era á la vez imperioso, altanero, uno de esos cortesanos presuntuosos que se creen capaces de todo, porque no tienen experiencia de nada, que de nadie se cuidan, cuando han ganado á los que necesitan, y que sacrifican á su ambición hasta los intereses más caros de su señor.»

El retrato resulta de mano maestra.

«Las maneras y las gracias de Buckingham le ganaron por completo el afecto del desdichado rey Jacobo, que le colmó de riquezas, dignidades y favores.

Muerto Jacobo I en 1625, su favorito dominó del mismo modo á su sucesor Carlos I, que le quería como de ordinario aman los corazones débiles á

las cabezas ardientes y á los caracteres enérgicos. A pesar de su insolencia y de las faltas enormes que cometió, el rey le demostraba cada vez mayor afecto.»

¿Sería por efecto de uno de esos encantos que nuestros padres llamaban *hechizos*, y que en nuestros días se atribuyen á magnetismo?

El pueblo inglés así lo creyó.

La historia ó leyenda no acaba aún.

«En el mes de Agosto de 1628, Williams Parker, antiguo amigo de la casa de Buckingham, apercibió al lado suyo y en pleno medio día el fantasma del viejo sir Jorge Villiers, padre del duque, muerto mucho tiempo atrás.

En un principio creyó que esta aparición fuese una ilusión de sus sentidos; pero pronto reconoció la voz de su antiguo amigo, que le rogó encarecidamente advirtiera al duque de Buckingham que estuviera muy sobre aviso, y desapareció.

Parker se quedó solo, reflexionando acerca de tan penoso encargo, y acabó por resolverse á no ejecutar lo que se le había aconsejado.

El fantasma volvió por segunda vez, y unió amenazas á las súplicas anteriores, de manera que Parker se decidió á obedecerle... Luego que hubo expuesto su doble visión, Buckingham, que en nada creía, le llamó loco y no hizo caso del misterioso aviso.

El espectro apareció por tercera vez, se lamentó del endurecimiento de su hijo, y sacando un puñal de debajo de su vestido:

—Id,—dijo á Parker,—á anunciar al insensato que habéis visto el instrumento que debe darle muerte.

Temeroso, sin duda, que rechazara esta última advertencia, el fantasma reveló á Parker uno de los más íntimos secretos del duque.

Parker volvió á la corte.

Buckingham, admirado al pronto ante lo que sabía, concluyó por reirse de cuanto se le decía, y aconsejó á su amigo que fuera á curar su locura.

Pues bien, cuando el duque se preparaba en Portsmouth, el 23 de Agosto de 1628, á volver á la Rochela, «le fué presentado cierto plan por el caballero capitán Tomás Fregara, y mientras que lo leía, se adelantó un joven escocés, teniente de una compañía, el que, por encima del hombro del capitán, le pegó una puñalada, en seguida se retiró, sin ser visto, y desapareció entre la multitud.

El duque tiró de la espada y persiguió á su asesino á lo largo de la antecámara, pronunciando estas palabras:

—*¡Ah, perro, me has matado!*

Después, sintiéndose desfallecer, dejó caer la espada, arrancó con su propia mano el cuchillo que el asesino había dejado clavado en la herida, y espiró.»

El vaticinio misterioso se cumplió.

»M. Brierre de Boismont cita la historia de un loco que, habiendo vuelto á su casa mal curado, bajó á la cueva, á donde le siguió su mujer.

Viendo su cuñada que tardaban en subir, bajó también, y tampoco volvió á subir.

La prolongada ausencia de los tres inquietó á la criada, y deseosa de explicárselo, hizo lo mismo; pero presto subió corriendo, dando gritos horribles y precipitándose fuera de la casa.

Por sus palabras entrecortadas, por la expresión de espanto de su rostro, se comprendió que la había sucedido alguna gran desgracia.

Acude la guardia, baja á la cueva, y halló á las dos pobres mujeres tendidas en el suelo nadando en un charco de sangre.

El loco estaba á alguna distancia sentado en un tonel, y á sus pies se veía una navaja de afeitar ensangrentada.

Por toda respuesta, dijo con la mayor serenidad, que había visto al diablo y se había defendido de él.

Aquel hombre, cuya enfermedad mental se probó de nuevo, fué enviado á Charenton.

En 1825, creyendo que había vuelto á la razón, por consejo de dos célebres médicos se le devolvió la libertad. Y algunos años después se lanzó un día sobre la mujer que vivió con él, tomándola por un demonio, y la asesinó también.»

El autor del libro de las *Alucinaciones* describe

la situación de una dama que tiene todos los sentidos alucinados.

«Oye voces en el seno del silencio; se ve rodeada de personas en la soledad; palpa lo que no existe; cree leer dentro de sí misma como las sonámbulas; asegura que tiene el cuerpo y la cabeza llenos de aire; encuentra á los manjares gustos que no tienen; percibe olores que no están á su alcance; razona su mal; pasa en un momento, del abatimiento y desolación, á la serenidad y á la mayor alegría.

Diríase, concluye, sin exageración, que dos espíritus, el uno malo y el otro bueno, la solicitaban cada uno por su parte...»

La Iglesia, que tanto estima la razón humana, ve ordinariamente en la demencia furiosa una posesión, y muchos energúmenos se han curado con sus exorcismos sin que esto tampoco se pueda negar.

«El doctor Moreau, médico de Charenton, en la visita oficial que hizo el año de 1842 al pueblo de Gheel, provincia de Amberes, le sorprendió mucho el hallar una colonia de setecientos locos en libertad, y alojados en las casas de los vecinos, publicando después en la *Revista independiente*, que según sus observaciones y desde hacía siglos, no había para aquellos desgraciados otra medicina que el sepulcro de santa Dinfa, que es considerada como patrona de los locos, siendo probado que las cu-

raciones eran entonces tan ciertas como lo son hoy.»

La ciencia misma, que nosotros respetamos, coloca á Lutero entre los alucinados, y sus conferencias con el diablo, han dejado huellas materiales que sus sectarios han confesado y reconocido siempre como ciertas.

Él mismo refiere en sus obras, que Satanás se colgaba de su cuello, y que muchas veces se acostaba con él; y Wagner, su criado, afirma que una bandada de más de trescientos cuervos siguió el entierro de Lutero hasta Wittemberg.

Otra historia de alucinación, pero está negada por la ciencia superficial de los desertores de la Iglesia, es la de Nicolás Obry, ó de Veroins, que hace poco se vió demostrada con datos irrecusables.

Los que sólo creen en la materia, llaman á esto alucinaciones; desgraciadamente, tratándose de este ultimo hecho, los alucinados pasan de cincuenta mil, lo que no deja de ser una maravilla.

Ahora bien; ¿queréis comparar?

La ciencia actual, ó al menos la escentricidad crítica que se adorna con ese nombre, acepta las afirmaciones contrarias de M. Buchón, relativas á Juana de Arco [1].

---

1. La primera de estas grandes posesiones han convertido á lord Montaiger, Teriolet y otros muchos filósofos; la segunda volvió al seno de la Iglesia á Florimundo de Remond y á infinidad de protestantes. Estas gran-

Y se ha atrevido á osar empequeñecer, entre otras muchas, la más alta potencia intelectual de uno de los más grandes santos del siglo XVI, atribuyendo sus actos á la alucinación: aludimos á Ignacio de Loyola.

Resumamos estos dos números, ya largos y fatigosos, en pocas palabras.

Los espíritus, buenos ó malos, entran por algo en las *alucinaciones* y en los fenómenos que con éllas se relacionan; entran por mucho también en la locura y en la demencia; pero entran, sobre todo, por su divina permisión, en aquellas que provienen, que dimanan ó tolera Dios.

---

des escenas hubieran convertido también á los sabios materialistas de nuestros días si las hubieran presenciado, ó, mejor dicho, si fueran acreedores á tal merced.

# VII.

## Síntesis y temores infundados.

Sólo la impiedad y la mala fe han podido y pueden confundir las *alucinaciones* con las *visiones*, *éxtasis*, *arrobamientos*, *profecías* y *adivinaciones* de los santos á quienes el cielo ha otorgado en recompensa de sus virtudes estas gracias singulares.

Y téngase en cuenta, que muchas de las de Teresa de Jesús, como las de otros bienaventurados, no tuvieron el carácter de reservadas y misteriosas, sino que fueron públicas y ostensibles, hasta el punto de verse comprobadas con mayores justificantes que multitud de hechos históricos sujetos á las parcialidades de la opinión y de la factibilidad humana.

Es Dios mismo el que ha querido atestiguarlas, y las ha atestiguado de manera que no se pueden negar, por haber dejado además señales imperecederas de su autenticidad.

Entre multitud de citas recientísimas que pudiéramos consignar para demostrar hasta qué extremo la evidencia de esas verdades se impone, hallamos una relativa al gran Ignacio de Loyola, que, con certeza, á cuantos no la conozcan ha de impresionar.

La célebre *Revista de Edimburgo* ha publicado un notable artículo atribuído á Macautay, sobre San Ignacio, del cual vamos á tomar algunos párrafos, para evidenciar nuestra imparcialidad:

«Ignacio se detuvo,—dice el articulista,—en el límite mismo que no puede franquear la razón; aquella noble inteligencia no podía engolfarse en el abismo en que tantas otras han naufragado; su sostenimiento estaba reservado á Dios.

Vedlo:

Recitando un día el Oficio de Nuestra Señora, el cielo se abrió de pronto á la vista del humilde adorador; el misterio inefable anunciado en el símbolo de Atanasio, la Trinidad santa, se le presentó como á Teresa de Jesús, y no en espíritu como un objeto de su fe, sino á su vista real, como un objeto positivo; y en aquel momento solemne, los siglos, presentes todos ante Dios, pasaron ante él.

Y contempló los seres que surgían á la existencia; y comprendió las causas que habían puesto en acción el poder creador. Y los sentidos del bienaventurado, convertidos en inmateriales, descubrieron el prodigio por medio del cual se efectúa la transubstanciación en la hostia... en una pa-

labra, las verdades cristianas todas que los hombres admiten sólo como un ejercicio de su fe, se le aparecieron objetivamente en su entidad inmediata, y de una manera directa.»

El articulista avanza más, y dice:

«Por espacio de ocho días consecutivos, el cuerpo de Ignacio estuvo absorto en un *éxtasis* continuo, mientras que su alma oía revelaciones que ninguna lengua humana podría repetir.

Trató luego de traducirlas á la lengua vulgar; y entonces aquellas palabras obscuras, á fuerza de estar llenas de esencia sobrenatural, sorprendieron al sabio con indecible sorpresa.

Ignacio, al volver á este mundo, trajo ya una misión digna de quien, por algún tiempo, había estado en el cielo; volvió de él para fundar una teoría divina, á propósito para todas las razas, para todas las tribus.

Y no fué el anacoreta consumido por un fuego oculto, y que parecía próximo á perder la razón.

Sino un hombre que formó planes gigantescos, y se sintió capaz de ejecutarlos con extraordinario buen sentido, con profunda sagacidad, con perseverancia tranquila y reflexiva, con admirable habilidad.»

No hay en la historia, en efecto, otro ejemplo que pueda probar de manera más clara, con qué facilidad, cuando Dios lo quiere, el extremado entusias-

mo santo y el frío cálculo de un político pueden combinarse y fundirse en un carácter heróico.

Ignacio reapareció en la sociedad con el aspecto y las ocupaciones de los demás hombres religiosos; y, fijáos bien en esto, el primer fruto de su retiro fué el libro *Ejercicios espirituales*, que podría llamarse el *Manual de la conversión*, y que encierra todo un sistema de disciplina interior, por medio del cual puede llevarse á cabo tan gigantesca obra en cuatro semanas.

Teresa también compuso libros admirables después de sus visiones celestes, que cuanto más se leen, como sucede con la de San Ignacio, más crece nuestra admiración.

En efecto:

Emprender la transformación completa de un hombre, hacer de un libertino un santo en el corto espacio de treinta días, ¿no es un sueño? Y, sin embargo, en esa gran obra, San Ignacio y Santa Teresa no son unos soñadores y visionarios, gracias á un instinto cuyo secreto poseen sólo las almas semejantes á las suyas (secreto que reciben de Dios), siéndoles dado conservar ese carácter de habilidad práctica que es la ambición de los sabios del mundo, y que éstos en su soberbia no pueden comprender ni soportar.

San Francisco de Sales ha dicho de los *Ejercicios espirituales*, que ya en su tiempo habían convertido más pecadores que letras tenían; y esto mismo podemos aplicar nosotros, sin pasar por exage-

rados, al hablar de los trabajos literarios de Teresa de Jesús.

¿No os hace fuerza este género de pruebas para confirmaros en la sublimidad y la índole de lo sucedido á los santos, y que el mundo califica con tamaña ligereza é injusticia tal?

Resultados prácticos, grandiosos; provechos inmediatos y evidentes; rastros admirables traducidos en obras inmortales é imperecederas... ¿Han dado nunca de sí las *alucinaciones* un contingente igual ni parecido? No; nunca, jamás.

No cabe, pues, podemos tranquilos y seguros repetir, no cabe confundir ni equiparar las *alucinaciones* con los prodigios del cielo, con las gracias y las mercedes otorgadas á los santos.

Los que de otro modo se conducen, no proceden con recto criterio, ni menos de conformidad con lo que enseña la Iglesia, y los católicos todos estamos obligados á creer.

Hecha la síntesis de cuanto llevamos dicho acerca de las *alucinaciones,* vamos á concluir esta digresión registrando hechos de un carácter distinto, entre los muchos que pudiéramos citar, y con los cuales se demuestra que ha cabido tomar en serio muchas veces temores infundados, y cuya aplicación ha resultado luego de una manera sencilla y natural.

Ya dijo Virgilio: «*Felix qui potuit rerum cognos-*

*cere causa,»* y nosotros las repetimos aquí por su evidencia y oportunidad.

Las anécdotas que van á leerse, exponiendo la causa natural de algunos temores, pertenecen al número de aquellas en que se apoyan los despreocupados, que niegan la existencia de los espíritus y su intervención en las cosas humanas.

Podríamos traer gran número de estas sorpresas; pero los hechos que vamos á presentar bastarán, porque son reales, mientras que en las compilaciones que hemos registrado hallamos muchos que son meramente imaginarios y fantásticos.

«El conde de Espilly, que llegó á obtener el grado de Mariscal de campo del Emperador Carlos VI, no era aún más que capitan de coraceros, cuando encontrándose de cuartel en Hornu, cerca de Mons, en el Hainant, uno de sus subordinados se acercó á él suplicándole encarecidamente que le cambiara de habitación, en atención á que todas las noches venía al cuarto que él ocupaba encima de las cuadras del castillo, un espíritu que no le dejaba dormir.

El conde de Espilly se burló de su simpleza, y le despidió.

El militar insistió al cabo de unos días y repitió su súplica, que tampoco fué atendida.

Volvió por tercera vez, asegurando á su capitán que se vería obligado á desertar si no le cambiaban de alojamiento.

El conde, que sabía que aquel hombre era un excelente soldado, se informó, y averiguó que por todos se creía, en efecto, que un espíritu se aparecía todas las noches en el aposento del militar.

—Está bien,—dijo entonces el capitán.—Esta noche voy á acostarme yo en él, y me cercioraré.

El soldado no deseaba otra cosa.

Era valiente, despreocupado; pero, no obstante, sus temores no carecían de realidad.

A las diez de la noche, el conde de Espilly fué á la cámara convenida.

Cerró la puerta con cuidado, colocó las pistolas montadas sobre la mesa, dejó una bujía encendida, se echó vestido sobre la cama, y puso junto á sí la espada desnuda.

Luchó largo rato contra el sueño; pero al fin acabó por dormirse.

Al mediar la noche despertó sobresaltado, y pudo apercibirse de que una mano vigorosa tiraba de las ropas de la cama y derribaba la bujía.

No quiso hacer uso de sus armas; tomó la luz que por casualidad no se había extinguido, buscó por todas partes y no encontró nada.

—Habré tenido una pesadilla,—se dijo.—Me acosté preocupado, y es natural. No hay espíritus, —añadió;—de seguro que he sido yo mismo quien ha hecho todo esto con algún movimiento maquinal.

Tranquilizado con estos razonamientos, volvió á acostarse, y se quedó dormido por segunda vez.

A la una de la madrugada tornó á despertarse.

Esta vez no pudo poner en duda que una mano extraña, una mano que no era la suya, le destapó, y esta vez apagó la luz.

Una sombra salta por el cuarto, mueve luego el jergón de la cama, y entierra, sin que éste opusiera resistencia alguna, al bravo capitán bajo el colchón.

El capitán, bien despierto esta vez, no pudo evitar algún recelo, y pasó miedo.

Cogió, sin embargo, la espada y dió tajos y mandobles en todas direcciones, sin encontrar más que las paredes; su miedo creció entonces. Gana la puerta, llama al centinela que está á cien pasos de allí, y le encarga que vaya á llamar al capellán, mientras que él para calentarse entra en la cocina, donde aún no se había apagado el fuego.

Allí, á medida que más reflexionaba, se admiraba más y más, porque su aventura era bien extraña y rayaba en lo sobrenatural.

Se presentó el capellán acompañado de dos soldados, uno de ellos llevaba un jarro de agua bendita, y el otro dos hachones; el conde de Espilly condujo á todos los llamados al cuarto en que creía había encerrado al espíritu. Antes de entrar en la habitación, el capellán mojó el hisopo en agua bendita y roció con ella la puerta, que abrió en seguida con más confianza.

A la claridad de los hachones se vió que el cuarto estaba en desorden, pero no vieron á nadie.

—Ningún vestigio visible,—dijo el capellán; —es verdaderamente un espíritu.

Y se puso á recorrer el cuarto en todos sentidos, agitando el hisopo.

Cuando se disponía á salir, creyendo haber hecho lo necesario, una cosa extraña, algo así como una gran pata negra, arrebata el hisopo de sus manos, apaga los dos hachones y desaparece, dejando á todos consternados y á obscuras.

Llegó el día, y aún el conde, el capellán y los soldados no se habían repuesto de su agitación.

El sacerdote era el menos abatido de todos.

—No es un demonio,—decía,—puesto que no tiene miedo al agua bendita. ¿Pero qué habrá sido de mi hisopo?

Cuando el capellán decía esto, el conde de Espilly, que estaba sombrío y pensativo, volvió la cabeza con aire impaciente para imponer silencio á algunos soldados que estaban en el patio riéndose á carcajadas, y sus ojos se animaron al comprender lo que motivaba sus risas.

Era un gran orangután, que, colgado del canalón de las cuadras, mojaba un hisopo en la canal y rociaba al rededor suyo; el hisopo era el del capellán; el animal era el espíritu.

Todo se lo explicaron entonces; y en cuanto se tabicó la chimenea por donde el orangután bajaba, ya no volvió á aparecer el espíritu en el cuarto.»

El otro hecho, que pasa por cierto, es el siguiente:

«Cuéntase, en la vida de madama Deshonlieres, que hallándose en un castillo, en el que se decía que había un cuarto infestado, aseguró que pasaría en él una noche.

Hacía mucho que el aposento estaba abandonado, y las puertas carecían de cerraduras.

Se acostó allí, sin embargo, y apagó la bujía para patentizar más su valor.

Todos le tenían por temerario.

A las dos de la madrugada la despertó el pequeño ruido que hizo la puerta al abrirse, y acto seguido oyó andar con pasos lentos y pesados; abrió las cortinas, y sólo vió una sombra que le pareció muy encorvada.

La sombra se levantó, y apoyó sus manos en la cama. Madama Deshonlieres agarró aquellas manos, que estaban cubiertas de bello, y las retuvo entre las suyas, extrañada de que estuviesen cubiertas de pelo.

Dos horas después la luz del día alumbró el cuarto, y la valerosa señora pudo comprender que las manos que tenía cogidas entre las suyas eran las patas de un gran perro de lanas, muy viejo y muy manso, que tenía la costumbre de descansar todas las noches en aquel cuarto y sobre aquel lecho abandonado.»

Otra anécdota, también muy conocida, sucedió en una ciudad de Italia, que no se cita, aunque el relato parece sincero.

«Uno de los posaderos de la ciudad había perdido á su madre.

Al día siguiente al del entierro, habiendo subido á primera hora de la noche al cuarto de la difunta, salió en seguida, falto de aliento, gritando y diciendo á todos los que vivían en la casa:

—Mi madre ha vuelto y está acostada en su cama; la he visto, pero no he tenido valor para hablarla.

Un eclesiástico que se encontraba allí quiso subir.

Todos los de la casa le siguieron.

Entraron en el cuarto, descorrieron las cortinas de la cama, y vieron el rostro de una mujer negra, llena de arrugas, cubierta con un gorro de dormir, y que hacía muecas ridículas.

Preguntaron al dueño de la casa si era aquélla su madre.

—Sí,—exclamó,—sí, es élla. ¡Pobre madre mía!

Los criados también la reconocieron.

Entonces el sacerdote echó agua bendita al rostro. Y el espíritu, al sentirse mojado, saltó de la cama.

Todo el mundo huyó dando gritos.

Pero pronto se convencieron que lo que creían el espíritu de la vieja, no era otra cosa que un mono.

Aquel animal había visto millares de veces á su ama ponerse el gorro de dormir, meterse en la cama, y la había imitado.»

Aventuras como éstas, que no han podido ser ca-

lificadas de *alucinación*, pudiéramos referir muchas; pero no temáis que abusemos de esta clase de ejemplos, que tan sólo hemos puesto en esta obra como los anteriores, para demostrar que unos y otros pertenecen á un género diverso del de las *visiones* de Santa Teresa.

Que todos ellos se han desvanecido, ó se ha comprobado ser efecto de causas naturales, mientras que las apariciones celestes y diabólicas de la religiosa carmelita tienen en su apoyo el unánime sentir de cuantos fueron testigos de multitud de ellas, y, sobre todo, el testimonio auténtico é infalible de la Iglesia, que en el expediente de su canonización las depuró y calificó como obra divina ó como obra del enemigo malo, y de modo alguno como supercherías ni alucinaciones sin mérito y sin valor.

# VIII.

## Los ángeles y los demonios.

No podemos darnos por satisfechos con cuanto llevamos escrito.

Nuestra misión está al presente cercada de dificultades, y sólo profundizando ciertas materias cabe que puedan ser comprendidas.

Teresa de Jesús no tuvo sólo visiones celestes, hemos dicho, sino que experimentó y sufrió, hemos añadido, numerosas *visiones diabólicas*.

Y ni unas ni otras fueron *alucinaciones* ó desvaríos de su imaginación, como pretende sostener la impiedad, hoy con mayor tenacidad que otras veces, en atención á la ruda batalla que se libra, por tantos y tan diversos modos, contra lo *sobrenatural*.

—No existe en lo humano; no cabe que exista lo sobrenatural,—se grita, y se repite hoy con fruición y con empeño.

—Todo cuanto sobre esto se ha creído y se cree es una pura ficción, una patraña.

¡Pobres pigmeos los que por tales medios inten-

tan hacer el vacío en torno de la especie humana, dejándola abandonada á sí misma, para mejor sujetarla á su ambiciosa superioridad!

Porque en definitiva, en el fondo, los enemigos de toda idea religiosa, de todo culto, de todo Dios, no se proponen, al negar cosas tan augustas, más que satisfacer *mejor* y más á su antojo su anhelo de goces y de engrandecimiento personal, calificando de egoistas á cuantos han educado el mundo para la fe en bien y sosiego de las almas, del orden y la paz de los pueblos, siendo ellos grandes falsarios, ó procurando engañarse con una fingida y presuntuosa tranquilidad de conciencia que no poseen ni disfrutan jamás.

Dios favoreció á la religiosa carmelita con visiones *celestes* que la impulsaron á la perfección y á la santidad, y consintió además que sus merecimientos se aquilatasen por medio de las tentaciones, de la acción de los demonios sobre su alma.

La creencia en los *ángeles* y en los *demonios*, y la de su intervención en las cosas de la tierra, es tan antigua como el mundo, y ha sido una de las más fielmente conservadas por todas la naciones de la tierra.

Los libros de Moisés y de los Profetas, los Evangelios, los escritos apostólicos, los de los Padres y los Doctores, atestiguan el unánime sentir de las gentes, y robustecen de antemano cuanto la reli-

giosa avilense nos dice en sus libros acerca de este punto.

Cuando los racionalistas sostienen «que los ángeles son un mito, ó cuando más, una pura alegoría,» cometen, pues, una aberración histórica y una impiedad condenada por la autoridad de las Escrituras, por la tradición y por los tiempos, y sobre todo un agravio á la fe constante del género humano.

¿Habrán podido equivocarse todos, y ellos no?

Añadir debemos, que cuantos tal presumen se parapetan tras este formidable argumento:

—La existencia de los ángeles y los demonios no puede probarse por la razón.

Convenimos en ello.

¿Pero por ventura explica otras muchas cosas la razón?

Según ellos, sí; pero su vanidad no se ve confirmada en multitud de fenómenos que para ellos no tienen explicación.

Y es que la razón, sin el auxilio de la *revelación*, no alcanza á elevarse nunca á las regiones de lo sobrenatural.

El hombre, en este terreno, no tiene más recurso que humillarse, ó negar.

¡Ah! ¿Qué sería el hombre en este mundo sin más que su razón, sin los auxilios sublimes y consoladores de la revelación?

No necesitamos contestar á esta pregunta; se

contesta con sólo fijarnos en lo que es la razón por sí sola, envanecida, enfatuada y endiosada de sí misma...

¡Cúmulo de aberraciones y de errores!

¡Tiranía que pretende imponerse á todo y á todos!

¡Regla que lo desarregla todo!

¡Unico absolutismo que no es dable soportar!

Y á esto llaman los partidarios de la razón pura libertad, cuando no hay coacción que no ejerzan, predominio que no intenten, absurdo que no traten de imponer.

Por buenas ó por malas, con engaño ó con ficción. «El medio es lo de menos, con tal de conseguir la realización y el logro de su fin.»

Teresa de Jesús, de imaginación viva, de talento clarísimo, de luces naturales, sujeta su razón y su voluntad á la *obediencia*, y sólo entonces, cuando oye sumisa la voz del gran santo Pedro de Alcántara y de otros varones insignes, es cuando llega á entender lo que la perturba é inquieta; y «éntrala sosiego y tranquilidad.»

Y aun así, no sosiego y tranquilidad absoluta, sino relativa, porque el enemigo del reposo humano continúa probándola hasta el fin de sus días, y Dios lo consiente así, para otorgarla en el cielo la corona que orla sus sienes, que la hace aparecer á nuestros ojos digna de ser adorada en los altares.

No fué la Santa carmelita, mártir como otras

vírgenes excelsas y otras criaturas de memoria inmortal; pero lo fué, y grande, por sus trabajos, por sus aflicciones, por sus contrariedades, por sus dolencias, y, sobre todo, por las acometidas del espíritu infernal, que nada tiene que hacer con los malos, como no sea complacerle y dejarles seguir la senda del mal.

Con los buenos se ceba, en cambio, porque en ganar para sí á los virtuosos está interesadísimo, siguiendo su obra destructora y aprovechándose de la libertad que determina el mérito ó el demérito de todo ser racional.

Algo llevamos dicho ya de los *ángeles*, espíritus puros, de condición superior á los hombres inteligentes, y cuya sustancialidad no está forzosamente unida como la nuestra á la existencia corporal.

Y al presente debemos añadir, para más aclarar esta materia, que esto último no obsta para que así ellos, como los demonios, tomen formas sensibles ó materiales, siempre que á Dios conviene, y así en sus altos designios lo dispone.

Teresa de Jesús tuvo ocasiones de convencerse de ello, no por alucinaciones, ni sueños, ni extravíos, sino por hechos tangibles, evidentes, como nos lo dice en su vida y lo atestiguan:

¿Quiénes?

Varones insignes, escritores ilustres, santos, cuyos nombres dejamos consignados en los números anteriores.

Ellos, en lo que no entiende, la explican el destino de los ángeles en relación con las criaturas y los beneficios que las hacen por orden de su amantísimo Jesús.

Y esta creencia, una vez arraigada en su corazón, la anima, la conforta, y recibe las visiones celestes como donativos que la hace Dios, y las diabólicas como permisiones del Señor, aprovechándose de unas y de otras para su perfectibilidad.

Teresa sabe, y nos lo revela así, que los ángeles y los demonios son espíritus enteramente desligados de toda sustancia material, si bien en determinadas ocasiones cabe que tomen forma corporal.

Ella les vió claramente así.

Y el querubín que la traspasó el corazón, no fué visión de espíritu solamente, sino visión de espíritu revestido de forma tangible, de forma real.

Y el enemigo se la apareció, como veremos á seguida, investido de exterioridades extrañas, de manifestaciones de condición esencialmente formal.

Sólo Dios existe necesariamente y por su propia virtualidad.

Sin la existencia única de Dios no cabe explicarse las demás.

Todas, todas, así las espirituales como las corporales, son obra de su poder infinito y de su soberana voluntad.

Los ángeles, obra fueron de Dios, y por más

que no nos sea dado penetrar por completo en cómo, cuándo y para qué los crió Dios sin el auxilio de la revelación, el sentimiento de que tan lejos están los que niegan lo sobrenatural, nos hace adivinar y presentir algo de tan sublimes misterios en el orden espiritual.

Profundicemos esto aún todavía más.

Dios crió á los ángeles buenos y los destinó á ser sus asistentes, sus ministros, y los depositarios de su gracia.

Los que hicieron mal uso de su libertad y de sus atributos, fueron condenados á un suplicio eterno; los que permanecieron fieles, fueron confirmados en un bien igualmente imperecedero y perdurable.

Formó el Señor á los ángeles como al hombre, á imagen suya, y les hizo partícipes, en mayor porción [1] que á las criaturas, de la *inteligencia*, que es el origen primero y fundamental sobre el cual descansa en su esencia la semejanza divina, y se sirvió, y se sirve de ellos para el gobierno del mundo.

Mediadores entre el cielo y la tierra, los ángeles buenos; los no rebeldes, cumplen su misión augusta cerca del hombre [2].

---

1 Santo Tomás lo afirma así.

2 La Escritura Santa señala nueve órdenes de ángeles, y los clasifica en las siguientes jerarquías: Serafines, Querubines y Tronos; Dominaciones, Principados y Potestades; Virtudes, Arcángeles y Ángeles. El nombre de ángeles es común á todos, y hay multitud de ellos que nos son desconocidos, como pasa con las estrellas del firmamento, única comparación tangible que puede dar una idea aproximada de la multiplicidad de los espíritus angélicos.

El Antiguo y el Nuevo Testamento están llenos de ejemplos de esta verdad.

Los ángeles retiran á Loth de Sodoma y Gomorra antes que la justicia divina castigue los pecados de estos dos ciudadanos abominables. Agar, lanzado de la casa de Abraham, y errante en el desierto, está á punto de perecer, y un ángel descubre la fuente á que debió no morir. Daniel, librado de los leones; Tobías, conducido por un ángel; la armada de Judas Macabeo, dirigida por ángeles; Heliodoro, castigado cuando pretendió atentar contra el tesoro del templo, ejemplos son del Antiguo Testamento.

Un ángel anuncia el nacimiento del Señor y de su Precursor; los ángeles se aparecen á las mujeres que buscan á Jesús en el sepulcro; un ángel libra á San Pedro de su prisión...

¡Cuántos otros hechos comprobados pudiéramos citar!

Dada la naturaleza y condición de los ángeles, los efectos de su rebeldía tienen una lógica é indeclinable explicación.

Su pecado fué mayor que el del hombre, y su castigo tuvo que ser mayor.

El hombre peca contra Dios, y Dios, bondadoso con él, le ofrece la redención.

Espíritus, los ángeles, no tienen en favor suyo la disculpa de su naturaleza corporal.

Para ellos no hubo ni habrá jamás redención.

Los ángeles rebeldes no perdieron por completo

su esencialidad, ni lo que de un modo imperfecto podemos llamar su personalidad, á lo cual se debe que conserven en cierto modo y hasta cierto punto su libertad.

La acción de los ángeles rebeldes, después de su caída sobre las criaturas, tiene, pues, una evidencia incuestionable, así explicada y comprendida, siendo evidente que nosotros estamos obligados á procurarla explicar.

Su acción sobre las almas consiste en inclinarlas al pecado, en inclinarlas al mal; y sobre los cuerpos, en mortificarlos y torturarlos.

En síntesis: de una parte la *tentación*, de otra la *posesión*.

Tiene el demonio facultad de tentar las almas, y esta verdad es evidente y de fe, y todo mal que no proviene de la corrupción de nuestros corazones, nos lo pone y nos le origina el espíritu infernal.

¿No ha de serle dado al demonio agitar nuestro espíritu, cuando está en nuestra mano el perturbar el espíritu de nuestros semejantes, el espíritu de los demás?

Sin que por ello una ni otra perturbación sean contrarias á la bondad y á la santidad de Dios, dado el principio fundamental de la libertad que va unido al de las energías y las fuerzas de la voluntad.

Según son éstas, es la acción de Dios para contrarrestar la acción del diablo y de la voluntad,

tan íntimamente enlazadas con el dogma de la libertad.

Los socorros de la gracia están en relación de la violencia del ataque cuando éste proviene de la acción del espíritu, del alma.

De lo cual se deduce, que es preciso merecer la gracia para obtenerla, sin cuyo factor no se concebiría la existencia de la libertad.

Y por profundo que esto sea, forma todo ello un admirable conjunto tan armónico, un engranaje y una relación tan íntima, que sólo no meditando estas cosas seria y formalmente, es como cabe que se puedan negar.

El demonio es, pues, un enemigo poderoso, rudo, artificioso, que nos ataca por nuestro lado más débil para vencernos.

No siendo menos cierto que si nos vence, si logra la victoria, es siempre por nuestra propia voluntad.

Dios no nos desampara sino cuando nosotros, olvidándole, nos echamos en brazos del enemigo eterno, de su santo nombre y de nuestra felicidad.

El combate es temible; pero es útil si sabemos salir vencedores de él.

«La recompensa resulta siempre proporcionada á la victoria, y el brillo de la corona está en relación de la energía de la resistencia» [1].

---

[1] San Bernardo.

Con semejantes premisas, ¿podréis poner en duda lo que Teresa escribe acerca de las visiones *diabólicas* que experimentó?

Si así fuese, os tenemos compasión; pero no será.

Despreciemos valerosos las mofas, las burlas de la incredulidad sobre la existencia de lo *sobrenatural* y en orden á las *visiones* de la religiosa carmelita.

No cabe negarlas sin destruir lo que es de fe y dejamos sobre ellas puntualizado.

Pablo atestigua, ante el Aréopago de Atenas, la Resurrección del Señor, y los incrédulos, los materialistas, se mofaron de él...

¡La *burla!* ¡Siempre la burla!

Argumento supremo de la ignorancia, que se cree dispensada de profundizar, como nosotros lo hemos intentado, las grandes verdades de la fe, en orden á lo divino y á lo sobrenatural.

No cabe en las cabezas llenas de aire y en los corazones henchidos de petulancia la verdad; la mentira, sí, porque ésta halaga sus pasiones y disculpa sus extravíos.

¡Egoismo! ¡Puro egoismo!

Hubo otros incrédulos [1] en Atenas, que disfrazaron su ironía bajo una formamás política en apariencia, diciendo al gran Apóstol:

—Otra vez te oiremos sobre este asunto.

---

[1] Los Epicúreos.

Aplazamiento que puede considerarse como una especie de «no há lugar.»

Como éstos hay muchos que, tratándose de este orden de cosas, dirán lo mismo ó las pasarán de largo en este libro, por más que hasta el presente hayamos conseguido cautivarles.

Lo deploraremos, si así fuese.

¿Pero cabe que escribamos de otra manera?

Fijáos en esta idea y hallaréis justificado cuando sobre ella insistimos.

La novedad de esta obra ha de consistir en la forma; en el fondo hemos de acomodarla á las muchas, á las muchísimas que para escribirla hemos tenido que consultar.

¿Qué es la verdad para el desdeñoso, para el incrédulo, el indiferente y el mofador?

Materia enojosa ó de burla.

Atentos á buscar los descuidos del lado que ofrezca mayor materia á sus burlas, son incapaces de admirar la verdad y apreciar su brillo.

El Espíritu Santo no quiere que se discuta con el mofador.

El sarcástico no discute jamás.

Nunca encontraréis las grandes adhesiones á la verdad, ni los mártires entre los hombres cuyo ánimo se inclina á burlarse de las cosas divinas, de las cosas santas, de las cosas sagradas.

Por eso, sin duda, Pablo permaneció menos tiempo en Atenas que en otras ciudades más obscuras.

El Apóstol, grave por su carácter y por su misión, gustaba de los espíritus serios, y desdeñaba á los amantes desenfrenados de la forma, en los que la doctrina de la fe hacía una impresión tan ligera, que la novedad del día siguiente era suficiente para borrarla.

La fe quiere firmeza y constancia inquebrantables.

Nada es capaz de reconciliar á la Iglesia con los mofadores, con los filósofos ni los incrédulos.

Renunciemos de una vez para siempre de intentarlo ni pretenderlo.

# IX.

## Visiones diabólicas.

Mucho consoló á la seráfica Doctora su trato con San Pedro de Alcántara.

Este varón esclarecido la dió, dice ella misma, grandísima luz; sobre todo, en lo relativo á las *visiones*, que ya entonces tuvieron para élla explicación y pudo consolarse con las célicas y soportar las malévolas é infernales.

Fueron éstas muchas; interiores unas, exteriores y casi públicas otras.

Pongamos aquí algunas de las que trae en su vida.

«Estaba una vez, dice, en el oratorio, y apareciósemе el demonio, hacia el lado izquierdo, en figura abominable, en especial la boca cuando me habló, que la tenía espantable. Parecía que le salía una gran llama del cuerpo; que estaba todo claro y sin sombra.»

En esta ocasión díjola:

—Bien te has librado de mis manos, mas yo te tornaré á ellas.

Y la Santa prosigue:

«Yo tuve gran temor, y santigüéme como pude, y desapareció, y tornó luego por dos veces.

»No sabiendo qué me hacer, tenía allí agua bendita, echéle hacia aquella parte, y nunca más tornó.»

«Otra vez me estuvo cinco horas atormentando con tan terribles dolores y desasosiego, interior y exterior, que no me parece se podía ya sufrir; las que estaban conmigo se sentían espantadas y no sabían qué se hacer, ni yo cómo valerme.»

«Víle en una ocasión cabe mí, con la figura de un *negrillo* regañón y mal avenido, porque en cuanto ponía de su parte contra mí, salía perdiendo.»

La Santa encarece para tales casos el empleo de la cruz como medio seguro de hacerle huir, y, sobre todo, el uso del agua bendita, que asegura «no la puede sufrir.»

Estando cierto día en el coro, dióla un gran ímpetu de recogimiento, y fuése de allí porque no lo entendiesen, y á poco oyeron todas clara y distintamente dar golpes grandes á donde estaba, y élla oyó hablar, como si concertaran algo contra élla, aunque no entendió lo que fuese, pues estaba tan en oración, que ningún dolor experimentó.

Algunas veces aconteció que el Señor la hizo merced de por su persuasión se aprovechasen algunas almas; en confirmación de lo cual asegura haberla pasado lo siguiente:

«Vino una persona á mí, escribe, que había dos años y medio que estaba en un pecado mortal, de los más abominables, y en todo este tiempo, ni se confesaba, ni se enmendaba, y aunque confesaba otros, de éste decía:

—¿Cómo he de confesar cosa tan fea?

Y tenía gran deseo de salir de él, y no se podía valer á sí.

Hízome gran lástima ver que se ofendía á Dios de tal manera, y me dió mucha pena.

Prometíle de suplicar á Dios le remediase, y hacer que otras personas lo hiciesen, que eran mejores que yo, y le escribí, valiéndome de cierta persona á que él me dijo podía dar las cartas.

A la primera se confesó, que quiso Dios nuestro Señor... hacer con esta alma esta misericordia; y yo, aunque miserable, hice lo que pude con harto cuidado.»

Y añade:

«Escribióme á luego que estaba ya con tanta mejoría, que había días que no caía en el tal pecado; mas que era tan grande el tormento que le dada la tentación, que parecía estaba en el infierno, según lo que padecía, y me rogó que le encomendase á Dios.

Yo le torné á encomendar á mis hermanas, por cuyas oraciones debía el Señor hacerme esta merced, y lo tomaron muy á pechos, aunque era persona que no podía nadie atinar quién era.

Supliqué á Su Majestad se aplacasen aquellos tormentos y tentaciones, y se viniesen aquellos demonios á atormentarme á mí, con que yo no ofendiese en nada al Señor.

Y fué ansí que pasé un mes de grandísimos tormentos...»

¡Ah! esto merece censuras á la impiedad, porque es incapaz de comprender una tan grande y superior abnegación.

¡Sufrir por otro!...

Los que así piensan no saben sufrir por sí mismos.

¿Cómo explicarse una tan admirable caridad?

Hallándose rezando un Nocturno y diciendo oraciones muy devotas, que están al fin de los rezos de la Orden á que la Santa pertenecia, se la puso el demonio sobre el libro para que no acabase la oración; se santiguó y se fué, pero tornando á comenzar, tornóse hasta tres veces, y hasta que no echó agua bendita no pudo acabar, viendo entonces que salieron algunas ánimas del purgatorio.

Esta fué también una consoladora visión que participó del doble carácter de célica é infernal.

Estando otro día de la Trinidad en el coro, y en arrobamiento, vió una gran contienda de demonios

contra ángeles. No pudiendo entender qué quería decir aquella visión, antes de quince días entendió bien lo que significaba, pues se suscitó una reñida disputa entre gente de oración, y muchas que no lo eran, y vino harto daño á la casa que era, sin que la cite la Santa.

Otra vez vió gran multitud de diablos en rededor suyo, y parecióla estar en una gran claridad que la cercaba toda, y no les consentía llegar á sí, entendiendo que la guardaba Dios para que no llegasen á ofenderla.

En otra ocasión sucedió que varios espíritus penetraron en un aposento en que estaba la Santa, descolgándose por la chimenea en gran número.

Los sabios se han esforzado en vano en buscar la razón que hace que los demonios prefieran siempre las chimeneas para entrar en las casas; es, dice el P. Angelín Garcé, que los espíritus infernales toman casi siempre un camino tenebroso, porque éllos son negros, y *nigros nigra decent ostia.*

En cuanto apercibieron á la Santa, muchos de aquellos demonios tomaron rápidamente la figura de monos.

Se proponían distraerla de sus devociones, y se quedaron tan feos, que Teresa de Jesús no pudo por menos de reirse.

Tenían los ojos pequeños, amarillos, legañosos, hundidos, la nariz encorvada, y se pusieron como

bufones de comedias, haciendo gestos y dando saltos, volteretas y cabriolas.

Después se pusieron en cuatro patas, como los gatos; pegaron con sus cabezas contra las paredes, como hacen los carneros; se acurrucaron como niños, mezclando con todos estos ejercicios saltos prodigiosos y contorsiones ridículas.

Viendo que la Santa no levantaba la cabeza, se colocaron detrás de élla con intención de tirarla de la toca, y la empujaron la silla y procuraron hacerla caer; pero no se atrevieron á nada.

Cuantas veces adelantaron la pata, un temor que se avenía mal con su travesura les hacía retroceder.

Volvieron á situarse delante de la religiosa carmelita, y esta vez hicieron de su vientre un tambor, de su nariz una flauta, produciendo una música infernal; Teresa, sin embargo, permaneció impasible y prosiguió su oración con tanta serenidad como si estuviese sola.

Cuando los demonios se persuadieron de que la monja no se intimidaba, se atrevieron más, y saltaron sobre la mesa; entonces Teresa levantó la vista, y fijándose en los demonios, exclamó:

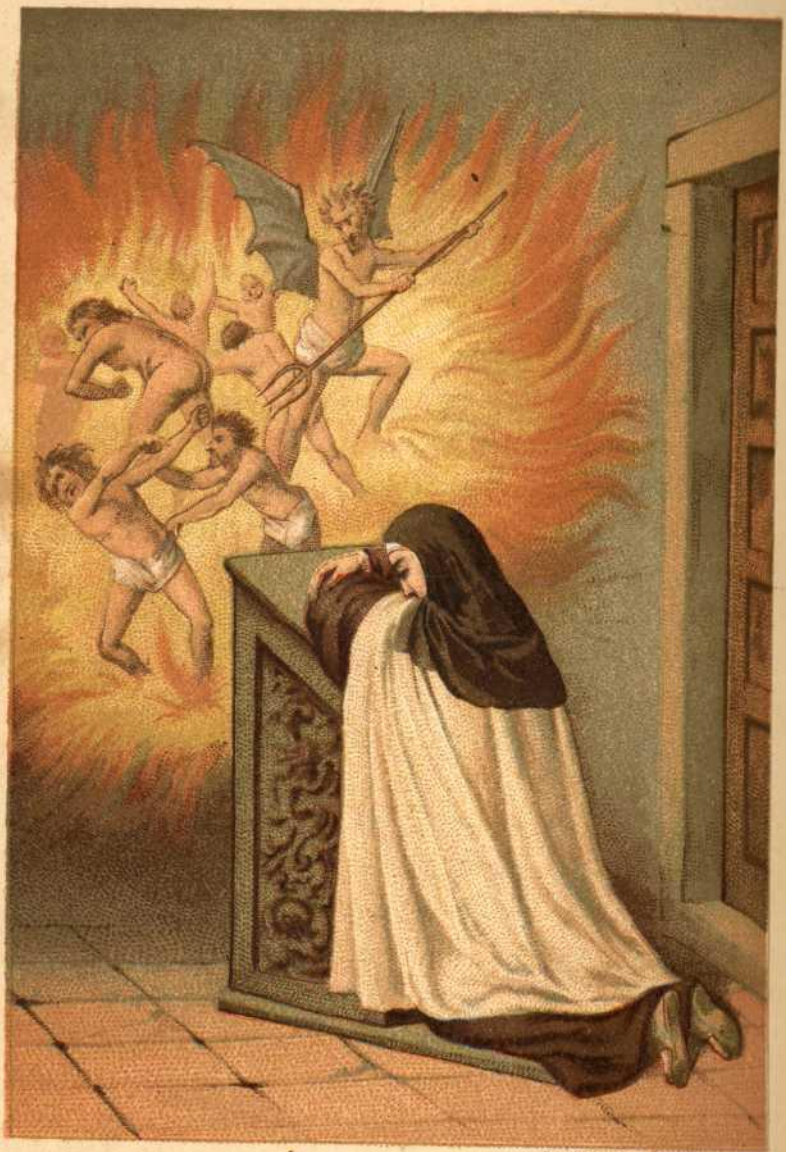
—Quedáos ahí sin moveros.

Y los espíritus la obedecieron.

—Tomad las velas,—volvió á repetir la Santa.

Y éllos las tomaron.

Teresa las encendió, y cuando estuvieron á punto de consumirse, los diablos quisieron soltarlas.



Lit. J. M. Mateu, Barquillo 6, Madrid.

—Vió el lugar del infierno.

Todo fué en vano: los cabos no cayeron de sus manos hasta que sus uñas comenzaron á arder [1].

Llegamos á una de las visiones diabólicas más temibles que Teresa de Jesús experimentó; aquella en que *vió el lugar del infierno*, en ocasión de hallarse sola en su celda, arrodillada en un reclinatorio, la que, según dice, á pesar de haber procurado eludir, «se la presentó y vió.»

Pongámosla tal como la describe la Santa:

«Halléme, escribe, en un punto sin saber cómo, y me pareció estar metida en el infierno.

»Entendí entonces que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado, y yo había merecido por mis pecados, y todo pasó en brevísimo espacio; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme.

»Parecióme la entrada á manera de un callejón muy largo y estrecho, á manera de horno muy bajo, obscuro y angosto; el suelo cubierto de una agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, con muchas sabandijas malas en él: al cabo estaba una concavidad metida en una pared á manera de una alacena, á donde me ví meter en mucha estrechez.

»Todo esto era deleitoso á la vista en comparación de lo que allí sentí.»

---

1 Una visión parecida, análoga á ésta, se refiere en la *Vida de Santo Domingo*.

Y lo que deja dicho, á pesar de ser tan expresivo, la parece aún poco encarecido.

Después prosigue acentuando cada vez más y con mayores detalles la infernal visión.

«Estotro entiendo que, aun procurándolo encarecerse como es, no lo puedo haber ni se puede entender.

»Sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan insoportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y, según dicen los médicos, los mayores que se pueden acá pasar; porque fué encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados por el demonio, no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar.

»Esto, que pongo, no es nada en comparación del agonizar del alma, de un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer; porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque ahí parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma mesma es la que se despedaza.

»El caso es que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores.

»No veía yo quién me los daba, mas sentíame

quemar y desmenuzar; y digo, que aquel fuego y desesperación interior es lo peor.

»Estando en lugar tan pestilencial sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en éste como agujero hecho en la pared, porque estas paredes, que son espantosas á la vista, aprietan ellas mesmas, y todo ahoga; no hay luz, sino todo tinieblas escurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, pues lo que á la vista ha de dar pena todo se ve.

»No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno.»

Y fué esto por entonces, y después quiso Dios que viese otra visión de cosas espantosas, y de algunos vicios el castigo que la parecieron muy más espantosos; mas como no sintió la pena, no la hicieron tanto temor, que en la otra visión que queda dicha, pues en ella verdaderamente sintió los tormentos, aflicción en el espíritu y como si el cuerpo los estuviera padeciendo.

«Yo no sé cómo ello fué, añade, mas bien entendí ser gran merced, y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia; porque no es nada oirlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos (aunque pocas, que por temor no se lleva bien mi alma), ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa: en fin, como de dibujo

á la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación deste fuego de allá.

»Yo quedé tan espantada, siempre aludiendo á la primera visión del infierno, y lo confirmo diciendo, y aún lo estoy ahora escribiéndolo, con que há casi seis años, y es ansí, que me parece que el calor natural me falta de temor, aquí á donde estoy, y ansí no me acuerdo vez que tenga trabajo, ni dolores, que no me parezca no nada todo lo que acá se puede pasar; y ansí me parece, en parte, que nos quejamos sin propósito.»

Y torna á decir, que fué una de las mayores mercedes que el Señor la hizo, pues la aprovechó muy mucho, ansí para perder el miedo á las tribulaciones y contradicciones de esta vida, como para esforzarse á padecerlas, y da gracias al Señor que la libró, á lo que la parecía de males tan perpetuos y terribles.

Después todo lo tenía por fácil en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que ya en aquel trance padeció.

Espantábala cómo habiendo leído muchas veces libros á donde se da algo á entender de las penas del infierno, cómo no las temía ni tenía en lo que son, y cómo la podía dar descanso la idea de ir á tan mal lugar.

«¡Seáis bendito, Dios mío, exclama, por siempre, y cómo se me parece que me queríades Vos mucho más á mí que yo me quiero! ¡Y cuántas veces, Señor, me librástes de cárcel tan temerosa, y cómo

me tornaba yo á meter en ella contra vuestra voluntad!»

De aquí provino también la grandísima pena que la daban las muchas almas que se condenan, de Luteranos en especial, porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia, y los ímpetus grandes de aprovechar almas, hasta el extremo, dice, «que por librar una sola de tan grandísimos tormentos, pasaría élla muchas muertes muy de buena gana.»

Y lo confirma del siguiente modo:

«Si vemos, dice, acá una persona que bien queremos en especial, con un gran trabajo ó dolor, parece que nuestro mesmo natural nos convida á compasión, y si es grande la que nos aprieta á nosotros: pues ver á un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir?... No hay corazón que lo lleve sin gran pena; pues acá, con saber que el fin se acabará con la vida, y que ya tiene término, aún nos mueve á tanta compasión: estotro que no lo tiene, ¿cómo podemos sosegar viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo?»

Esto también la hacía desear que, en cosa que tanto importa, no nos contentemos con menos de hacer todo lo que podamos de nuestra parte, no dejemos nada, y pluga al Señor sea servido de darnos gracia para ello. Y esto, en vez de envanecerla, la hace más humilde.

«Cuando yo considero, dice, que aunque era tan

malísima, traía algún cuidado de servir á Dios, y no hacía algunas cosas que veo, que como quien no hace nada, se las tragan en el mundo, y en fin, pasaba grandes enfermedades, y con mucha paciencia, que me la daba el Señor.»

A lo que agregar podemos, que no era inclinada á murmurar, ni á decir mal de nadie, ni podía querer mal á ninguno, ni era codiciosa, ni tenía envidia jamás, aunque se siga llamando ruín.

La visión que tuvo del infierno, junta con las demás que dejamos citadas, impresionó tanto á Teresa de Jesús, que fué entonces, ó poquísimo después de ella, cuando hizo el voto que se denomina *Seráfico* ó *Teresiano*, en los comienzos del año 1560.

Voto de mayor rigidez, de mayor clausura; de constante penitencia y perpetua oración.

Que excede á todo asombro.

Que sólo con el eficaz auxilio de la gracia cabe que pudiera cumplir y conllevar.

Principio de una grandiosa, de una titánica empresa que debía pocos años después realizar.

Empresa reclamada por la más imperiosa necesidad; pero en la cual debía sufrir al tratar de ampliarla y llevarla á cabo muchas contrariedades y disgustos, grandísimas penas y quebrantos, y hasta persecuciones injustas é inmerecidas.

El alma de la insigne religiosa se iba así como templando para cosas que habían de salir del es-

trecho recinto de su convento. Que traspasarían los muros de aquel edificio que se ha hecho memorable de la Encarnación de Avila: pequeño, pequeñísimo ya para la grandeza que cobijaba.

No cabía sustraerse al influjo de aquella mujer excepcional; no era posible mirarla sin respeto y veneración.

Los que tenían celos de sus virtudes, de sus merecimientos, de las gracias y mercedes que en diversos sentidos la dispensaba el Señor, se veían obligados á rendirse, á declararse vencidos, á huir.

Y esto acontecía no sólo á las criaturas humanas, sino á los demonios que, rugiendo de rabia, abandonaban su celda y se restituían á los antros tenebrosos á que su rebelión les hizo acreedores, y de los cuales no salen sino es por permisión de Dios.

Permisión rechazada por la crítica moderna, como todo cuanto al orden sobrenatural se refiere y contrae.

De la cual no podemos ni debemos dudar; de la que no dudan ni aun los mismos que la niegan, mientras, indiferentes, se engolfan en la vida del placer, pero á la que acuden presurosos en la hora del dolor, y sobre todo en aquella pavorosa y terrible de su último fin.

Y no «por temor pueril, ni reminiscencias pasadas que aviva y despierta el miedo, ni por supers-

ticiones que sacan la cabeza, ni por desvaríos de espíritu, ni por puerilidades necias» [1].

No.

Sino por algo que hay en el fondo de nuestro ser, en el interior del alma, que vocea, que grita, que sube hasta el cerebro y hiere el corazón.

Digámoslo sin ambages:

Voz de conciencia, cuyos remordimientos en vano pretenderéis ahogar; testigo incorruptible y severo que les acrimina patentizándoles el abuso que ha hecho de sus años; juez inexorable y terrible que pronuncia severos fallos que les llenan de confusión.

Éste, éste es el móvil de la conducta de los *fuertes* al verse á las puertas de la eternidad.

En nombre del cielo os suplicamos á todos que escuchéis la voz de Dios, que se hace oir por medio del grito de la conciencia; que no os mostréis nunca indiferentes á los llamamientos del Señor cuando la conciencia os lo manifiesta y patentiza. Salid, salid de vuestra apatía religiosa, de esa vergonzosa apatía que os impide aproximaros á vuestra verdadera patria.

«Hasta ahora, digamos con Teresa de Jesús, habéis permanecido inactivos; habéis dejado pasar el tiempo sin serviros de él en vuestro provecho, sin pensar en la salvación de vuestras almas, sin to-

---

1 Que todas estas disculpas dan los llamados espíritus fuertes, de la debilidad de los que claudican al fin de sus días, á la proximidad de la muerte.

mar ninguna precaución para ponerlas á salvo; habéis vivido, y vivís aún, como si no hubiéseis de morir: únicamente os preocupa el cuidado del cuerpo, y mientras, vuestra alma, vuestra inteligencia, la más noble porción de vosotros mismos, permanece completamente olvidada. Estáis así materializados; no dirigís al cielo vuestras miradas; os cuidáis únicamente de la tierra, como si ésta fuera el único y último límite de vuestras aspiraciones. ¡Ah! os lo repito: salid de vuestro mortal letargo, pensad con seriedad que perdéis completamente vuestro tiempo, si no empleáis los días que Dios os concede en obras que os abran las puertas del cielo.»

¡Qué consoladores consejos!

¡Qué hermosísimas palabras!

No creer en lo sobrenatural, no creer en las *visiones* de la religiosa avilense, cuando es de fe «que Dios castiga á los que ama para que le quieran más,» es ir contra vuestra conciencia, que ha sido siempre la conciencia universal.

Y no se diga:

—No puedo resistir mis pasiones.

—Carezco de fuerzas para vencerlas.

La religiosa carmelita asegura:

«Todos recibimos *gracia* para observar los preceptos del Salvador, para vencer las dificultades de la vida, y para triunfar de los obstáculos que á nuestra salvación ofrecen las pasiones, el mundo y el demonio.»

Pero, ¡ay! ¿Cómo respondemos á esas prevenciones, á esas llamadas que por medio de la conciencia nos hace Dios?

Diariamente vemos indignamente holladas las santas promesas que los esposos cristianos hacen al pie de los altares: los padres de familia se olvidan de que sus hijos son un depósito sagrado de que tendrán que dar á Dios rigurosa cuenta ante el soberano Juez; el jornalero ya no ofrece á Dios sus penas, perdiendo de ese modo todo el fruto de su trabajo; los jóvenes sacuden con impaciencia el yugo de la autoridad paterna, desertan de las santas asambleas, y buscan, con insensato furor, placeres cuyo vacío sentirán, demasiado tarde quizás; la mayoría, en fin, nos dejamos arrastrar por una funesta corriente, y vivimos como si un día no tuviésemos que comparecer ante Dios para rendirle cuenta de nuestras acciones: y lejos de obedecer á las gracias que el Señor nos concede, las resistimos con deplorable tenacidad. ¡Que el ejemplo de Teresa de Jesús triunfando de la carne, del mundo y de las pasiones por el *voto seráfico*, reanime nuestro valor!

Dios no exige de nosotros que vayamos al cielo como élla por el camino de las más heróicas virtudes; pero quiere, al menos, que lleguemos á él por la regularidad de una vida cristiana.

La Santa no dice, como calumniándola se ha pretendido, en sus inmortales obras:

—Esposo, abandona á tu esposa; mujer, abandona á tu marido; padres y madres de familia, abandonad á vuestros hijos; y, vosotros todos, abandonad vuestros parientes, vuestros amigos, vuestras propiedades, y refugiáos en la soledad.

Esto no lo ha dicho escritor alguno religioso jamás; pues sabido es que no llama Dios á todos los hombres al mismo género de perfección; pero sí quiere que todos correspondamos á su gracia santificando el estado á que hemos sido llamados.

Podéis imitar á la ínclita castellana correspondiendo á la gracia de vuestra vocación, como élla correspondió á la suya.

Dios la dijo:

—Abandona el mundo y vive en mayor soledad.

Y élla se apresuró á obedecer su voz, y desde entonces, sólo Dios, María, los Santos y los ángeles del cielo fueron admitidos á su conversación.

# LIBRO DÉCIMOSEXTO

## EL VOTO SERÁFICO.

### I.

**Nuevas resoluciones.**

Aun cuando hubiéseis logrado reunir todos los tesoros de la tierra; aun cuando hubiéseis llegado á gozar de todos los placeres y dulzuras de la vida; aun cuando os hubiéseis visto colmados de honores y de gloria humana, por todo esto no dejarán de ser los días de vuestra vida inútiles y estériles si no lográis conseguir el cielo...

Todos esos bienes y placeres duran poco ó concluirán en breve, mientras vuestras iniquidades, vuestras injusticias, vuestros crímenes permanecerán, y os seguirán hasta el pie del trono de la soberana Justicia, y durarán toda una eternidad...

Entonces desaparecerá, ¡ay! la ilusión, caerá el velo engañador que cubría vuestros ojos, y os encontraréis solos, pobres, desnudos, miserables, ante

la triste realidad de largos años perdidos, y perdidos para toda una eternidad.»

La monja carmelita ha visto el infierno; la han atormentado los espíritus infernales, y vedla correr decidida al templo, postrarse ante el altar donde la hemos contemplado tantas veces y formular, *un voto* solemne que entraña nuevas y mayores resoluciones: las «de vivir, dice el Sr. Alarcón, de un modo no visto ni oído hasta entonces en Santo alguno: esto es, cumpliendo el voto que, inspirada por el Espíritu Santo, como dice la Iglesia, hace *de obrar en todo lo que entendiera más perfecto,* el cual sin variación sustancial, aunque algo aclarado por San Pedro de Alcántara y sus confesores, observó fielmente durante ventitres años, ó sea desde el 60, que lo hizo hasta morir.»

*Voto Angélico* le titula un V. Padre, y la Iglesia *nuevo, no acostumbrado, el más arduo y grande entre las cosas raras;* pero propio, diremos nosotros, de la Virgen esclarecida, que el Dios altísimo destinaba para Madre de tantas como la habían de seguir, y algún día llenar debían en parte los vacíos que dejaron los ángeles rebeldes en el cielo, según á la misma Santa se la reveló en uno de sus paroxismos.

Oye Teresa la voz amorosa de Dios, y se dispone á cumplirla «como si hasta entonces no hubiese sido buena, como si nada hubiese hecho para el cielo.»

¡Cuán bella! ¡Cuán hermosísima é interesante

nos la representan la piedad y la devoción en este nuevo *acto* que nos toca al presente registrar!

Sus manos, elevadas al cielo; sus ojos, henchidos de lágrimas, y pronunciando sus labios estas palabras:

—¡Señor, Señor! aquí tenéis á vuestra sierva, á vuestra esclava; haced en mí vuestra santa voluntad, y yo la cumpliré con la mayor fidelidad.

Y fortalecida se alza resuelta y decidida á ser mejor...

¡A ser mejor, élla, que era ya Santa, y en honor de tal se la tenía por muchos, y su nombre bendito llenaba los ámbitos del mundo!

¿Aún dudaréis de su humildad?

—¿Qué hace, Señor mío,—exclama,—quien no se deshace todo por Vos?... Padecería mil muertes y las penas del Purgatorio hasta el Juicio universal para salvar, no ya mi alma, sino una sola alma de los demás.

Y pudiendo comparar el infierno con la gloria, que también había visto en sus éxtasis y arrobamientos, oyó una voz del cielo que la dijo:

—Mira cuánto pierden las que van contra Mí; no dejes de decírselo.

Había entonces, por qué negarlo, grandes abusos y corruptelas.

No cifraban la mayoría de los hombres de aquella época su dicha en lo que Teresa hacía consentir la suya: en el cumplimiento rigurosísimo de la

ley de Dios; pero élla lograría, primero con su ejemplo, después con su actividad febril y su trabajo, reformarlo, en lo que más reforma había menester: en la de las instituciones religiosas, sin las cuales no nos envaneceríamos hoy de adelantos que nosotros no hemos negado ni negaremos jamás.

Instituciones admirables en su *origen*, desnaturalizadas y hasta corrompidas por abuso de los hombres después; y, sobre todo y ante todo, por la desobediencia á la ley divina, á la ley que Teresa se muestra dispuesta á cumplir con el más grande esmero y la mayor y más rígida escrupulosidad al levantarse después de pronunciado el *voto seráfico*.

Reina al presente de los cuatro lados del mundo viento destructor de toda ley, de toda subordinación; es este el mayor mal de la época actual.

¿Qué de particular tiene que cause extrañeza la conducta de la monja carmelita, y hasta que se la censure ó se la tenga por inútil y baladí?

Inculcar hoy con el ejemplo la obediencia, es blasfemar... Nadie quiere obedecer; todos queremos mandar.

Por eso no cabe medir cuánto ha perdido al presente la ley de Dios, á la cual se opone una soberbia, una ligereza y una indiferencia sin límites.

La conducta, pues, de Teresa de Jesús para destruir esos obstáculos fué la más apropiada, y para hacerla tomar con saludable obediencia, des-

pués de las visiones celestes y diabólicas, la ley del Señor...

¿Qué extraño que se la rechace y hasta se la pretenda ridiculizar?

Y, ¡cosa extraña é incomprensible! nos vemos obligados á confesarlo: hombres hay que no se someten á la voluntad de Dios, porque esta sujeción hiere su orgullo.

Que se rechacen las órdenes de los que no tienen derecho á mandarnos, lo comprendemos y hasta lo aplaudiríamos en cierto modo y bajo ciertas salvedades; pero que se resista al Soberano legislador y á los que éste ha revestido con su suprema autoridad, es una aberración en la que no creeríamos, si no la viésemos entronizada.

¿No es evidente para todo hombre que no está ofuscado por ciegas pasiones ó funestas preocupaciones, que somos seres dependientes esencialmente de Dios? ¿No lo hemos dicho ya en estos libros? ¿Necesitamos repetirlo? ¿Que tiene Dios sobre nosotros derecho de vida y muerte? ¿Que es nuestro Creador y nuestro soberano dueño? ¿Que distribuye, con arreglo á su bondad y justicia, la recompensa y el castigo?

Y dada esta doctrina, ¿no ha de ser para nosotros un deber riguroso el ajustar á ella nuestra vida?

Sin embargo, cuando se habla á los librepensadores de nuestros días, de la observancia de los preceptos divinos, parece que se trata de imponerles un yugo arbitrario y novísimo.

No es así, en verdad.

Recordad que el Señor, el día de su exaltación gloriosa, no se contentará con condenar ó absolver sin medir su resolución, conociendo, como conocerá á fondo, la causa de cada ser humano, y aplicándole las reglas de la equidad más estricta, toda vez que á cada uno le ofreció revestirle de su propia justicia por la predicación del Evangelio.

Todo hombre, pues, que se haya negado á revestirse de esa justicia, no debe quejarse más que de su propia locura, si aparece ante el Juez supremo con todas las iniquidades y sin defensa alguna en aquella hora solemne.

Los hombres poco cuidadosos del estado futuro, cuyo recuerdo les obligaría á enmendarse y corregirse, aparentan poner en duda la verdad de ese gran juicio destinado á cerrar la vida del tiempo: vano intento.

Para confundir su incredulidad, ha dado Dios á las criaturas un testimonio irrecusable: su propia resurrección.

Esta resurrección, que los apóstoles anunciaron al mundo, es cierta, es indudable, y por eso también el juicio final decretado es su consagración natural.

Habiendo tenido lugar la resurrección del Redentor en calidad de jefe, todos los hombres resucitarán también, y el juicio universal seguirá á la resurrección general.

Esta resurrección general de los muertos, obra

de la Omnipotencia divina, es para los incrédulos, como todo lo sobrenatural, un hecho incomprensible, una especie de sueño.

Por eso es que la Iglesia les repite que ya ha tenido efecto en la resurrección de Jesucristo, y que la resurrección del primogénito de entre los muertos es el modelo de la resurrección de todos los hombres.

Jesucristo se resucitó á sí mismo por su propia virtud; tenía poder para dejar la vida y volverla á tomar; y si la resurrección se atribuye al Padre, es porque el Padre, principio de la vida, glorificado por la muerte de su Hijo, es quien declara al mundo que la resurrección, obra de su Omnipotencia, tuvo por objeto justificar y glorificar al Mesías injustamente condenado y hecho morir por los hombres.

¿Habría, si no, glorificado el Padre al Hijo, al Santo, al Salvador, si le hubiese dejado sufrir la corrupción de la tumba?

La resurrección gloriosa de Jesús era necesaria; la paz que Dios quería hacer con los hombres no podía quedar establecida si la muerte hubiera conservado su imperio sobre el autor de la vida; sólo la resurrección podía romperla.

Si el hombre á su vez hubiera de quedar sometido siempre á la ignominia de la muerte, ¿cómo cabía explicarse el dogma de la reconciliación con Dios?

La muerte es consecuencia del pecado; la vida

eterna, consecuencia de la muerte y la resurrección del Señor.

Habiendo roto la resurrección de Jesucristo el aguijón de la muerte, los miembros de su cuerpo resucitarán un día, porque ya están resucitados en su jefe.

La resurrección de Jesucristo atestigua todo lo que tiene de más importante, de más transcendental y divino la doctrina del Crucificado, y vana sería la fe de los cristianos si el divino Salvador no hubiera resucitado de entre los muertos.

Sin la eternidad podéis borrar lo sobrenatural; sin la libertad podéis suprimir toda idea moral; sin la conciencia, los frutos todos de esa misma libertad.

Y de esto estaba persuadida Teresa de Jesús al tomar sus nuevas resoluciones, que tenían, más que un fin personal, un fin ulterior de la mayor importancia y la más alta significación.

En torno de la madre carmelita se vulneraba la ley de Dios, y se vulneraba por los que más obligados están á guardarla en la tierra: por los que habían hecho *votos* como élla, y no los cumplían con la debida puntualidad.

El espectáculo de la relajación de las Órdenes monásticas hirió profundamente á la Santa... ¿Por qué ocultarlo?... Mas antes de recabar su observancia en los otros, en los demás, se la impuso élla con nuevas y mayores resoluciones, cuando parecía que no era dable exigirla más.

Y halló manera y halló modo de añadir mucho, de añadir muchísimo á lo que dejamos dicho en su elogio, hasta el punto que sus biógrafos más ilustres, al llegar á este período de su existencia, á los años que precedieron á la Reforma, se hacen lenguas para alabarla y enaltecerla.

Preparemos el terreno.

No cabe que subsista una sociedad cualquiera, una institución, una colectividad, cuando se desprecian ó conculcan las leyes que la rigen, y esto sucede mayormente cuando se pierde el respeto á la ley de Dios.

¿Cómo ha de ser venerada la ley de los hombres, cuando se pisotea la ley de Dios?

Por otra parte, toda ley humana que no tenga por base la ley divina, carece de la autoridad y de la sanción que la sirve de apoyo.

El respeto á las leyes por que se regían las sociedades monásticas, se había debilitado.

Y si esto es aplicable á todo organismo, ¿qué será tratándose de los organismos y las instituciones religiosas?

Teresa, con su talento y su virtud, lo comprendió así, y por eso quiso comenzar por el *voto seráfico*, reformándose élla, si esto era posible, antes de hacerse *reformadora* para convertirse luego en *fundadora*, últimos aspectos bajo los cuales habremos de estudiarla y presentarla en esta obra escrita en su elogio.

¿Cabe amar á Dios, cuando se pisotean sus preceptos?... Cuando se ama á Dios, se quiere lo que Él quiere, se hace lo que Él desea que hagamos.

¡Ved á Teresa con cuánta prontitud, con qué afán, con qué amor obedece la ley de Dios y ofrece cumplir las reglas á que por su estado estaba sujeta!

Sabe que existe esa ley, que dimana de Dios, objeto de su único afecto, y la cumple con amor.

Y exclama:

—¡Oh, ley! ¡Oh, regla! ¡donde quiera que os encuentro, soy dichosa en obedeceros como emanación de Aquél á quien amo!... Cumpliéndola me uno más íntimamente con Dios; identifico mi voluntad con la suya, y soy feliz con la felicidad del mismo Jesús.

Oía la religiosa disculpas, frívolos pretextos en sus hermanas para eludir ó no observar las reglas que habían jurado guardar, y, estremecida, decidió comprometerse á servir de *ejemplo vivo* á todos, para después conseguir lo que hay de más difícil en la tierra: restablecer, restaurar lo que se ha relajado, lo que el tiempo está próximo á destruir y aniquilar.

—Grandes males son las epidemias,—dice Teresa á sus más íntimas hermanas de religión,—cuyo funesto contagio lleva á todas partes la desesperación y la muerte, separa á los padres de los hijos, convirtiendo las ciudades en vastos cemen-

terios, y precipitando un pueblo numeroso, sin distinción de edad, sexo, ni condición, en la tenebrosa noche del sepulcro.

Y sus hermanas en Cristo la escuchan asombradas.

—Grandes infortunios, grandes males,—las añade,—son esas situaciones crueles en que el hambre obliga á los hombres á alimentarse hasta con la carne de sus mismos semejantes.

Y asienten las que la escuchan á esa nueva verdad.

—Grandes males hay en nuestros tiempos en que el sable siega millares de víctimas,—las encarece en otra ocasión;—en que el campo y las ciudades se ven envueltas en consternación y ruina; en que por doquier resuena el lúgubre grito de los vencidos y de los vencedores; en que por todas partes corre la sangre, y en que montones de cadáveres hacinados muestran los horrores todos de una espantosa carnicería.

Y éllas, á quienes llega el rumor de la pelea y los estragos del combate, quedan estupefactas sin adivinar el alcance de todas aquellas reflexiones.

—Decidnos, decidnos,—la contestan al fin,—explicad lo que queréis inculcarnos.

Y la religiosa carmelita las responde inspirada:

—Pues aún es mayor dolor conculcar la ley que estamos obligadas á cumplir.

Y sus oyentes bajan los ojos con rubor, y añaden:

—Explíquese más vuestra mercé.

—No debo decíroslo yo...—prosigue Teresa de Jesús.—Oid al profeta Jeremías sentado sobre las humeantes ruinas de Jerusalén: «Sabed, dice, y ved que es un gran mal y causa de amargo dolor el haber abandonado al Señor nuestro Dios.»

Esta vez la entendieron algo más.

—Considerad,—prosigue la madre,—lo que antes habéis sido, y lo que sóis ahora. *Scito et vide.*

Y al escuchar las palabras del santo Job, comenzaron á adivinar en parte lo que quería decir.

Así, y con su ejemplo, iba preparando el camino la que debía guiarlas á una mayor perfección.

En otro momento que la Santa conversaba cariñosa con sus hermanas de religión, las dijo:

—Había un hombre sumamente rico, pero de muy limitada inteligencia, que después que se recolectaba su trigo, lo colocaba en la cueva de su casa. Vino un día á verle uno de sus amigos, y habiendo presenciado su loca insensatez y funesto sistema de guardar su grano, exclamó:—¿En qué estáis pensando, amigo mío? ¿Estáis en vuestro juicio? ¿No véis que el grano se pudrirá en vuestra cueva?

Y á seguida las añadió:

—No es en los sitios bajos y húmedos, sino en los elevados y secos donde debe colocarse el trigo para que se conserve,—prosiguió el amigo del hombre rico.—Colocad vuestro trigo, es decir, vuestras virtudes en el granero, y alimentaréis á

vuestra familia durante dos ó tres años, y vendiendo lo que os reste, adquiriréis una fuerte suma que dar á los demás.

Y concluyó:

—Aquel pobre hombre fué tan temerario, que no quiso seguir un consejo tan prudente; pretendió que era más conveniente poner su trigo en la tierra para guardarlo mejor, y el trigo se pudrió.

Y esta vez volvieron á confundirse, á no explicarse lo que aquel ejemplo significaba.

# II.

## Consecuencias del voto.

Presto entenderán á Teresa de Jesús las que no la comprendían, y su nombre, á despecho de envidiosos, llenará con gloria y para siempre los ámbitos del mundo.

Roto el dique de aquel corazón abrasado en amor á Dios y al prójimo:

Llegando hasta su humilde celda la noticia de los estragos que hacían las doctrinas luteranas y calvinistas, se prepara para su *gran* obra.

Sí, *grande;* no vacilamos en decirlo, como hemos de demostrar después contradiciendo á los pocos que, insensatos, han tratado y tratan de empequeñecerla.

Que grande será siempre *perfeccionar* organismos que influyen de una manera segura y cierta en la vida y en el modo de ser individual, colectivo y social.

Perfeccionar decimos, entiéndase bien; no des-

quiciarlos y destruirlos, no aniquilarnos ó corromperlos, como se hace al presente por regla general cuantas veces se les toca ó modifica.

Que esto no es progresar, esto es retroceder, esto es acabar con todo, como si el *espíritu de destrucción* fuese el único que hubiera de regir en adelante como norma y sistema de la pobre é insensata humanidad.

La reacción vendrá, no la tiranía y la arbitrariedad.

Éstas existen hoy en muchas cosas, y, sobre todo, en las que se relacionan con la religión, con la justicia, con la enseñanza y la moral.

Todo lo que es fundamental se desmorona hoy, como entonces acontecía, y de aquí que Teresa de Jesús, herida en sus más íntimas afecciones y «no pudiendo represar sus ansias, como dice un moderno escritor [1], sobreponiéndose á su sexo, concibe la idea de reformar la Orden del Carmen en que vivía, volviéndola á su primitivo estado.

»Idea gigantesca, añade el citado publicista, el reformar aquella ilustre religión cuyo origen atraviesa los siglos, pues data de 923 años antes del nacimiento de Jesucristo, ó sea de los Santos Profetas Elías y Elíseo, que la instituyeron en el monte Carmelo, donde adoraban á la Virgen María antes que naciese.»

---

1 Léase al sabio y V. Palafox.

Dos principales mitigaciones había sufrido la regla dada por San Alberto el año 1171: una por Inocencio IV, en 1248, y otra por Eugenio IV, en 1421; razón por la cual podía decirse «se habían enturbiado, ó casi agotado las aguas del cristalino río que desciende del Carmelo. Restituirla á su antigua claridad y pureza, fué el nobilísimo intento de la Monja Teresa, á quien bendijo el Señor y en élla á muchas gentes; designio á la verdad incomparable, que á muchos varones ilustres y grandes en todos conceptos había arredrado justamente; pues en materia de institutos religiosos, es mucho más levantar el que está caído, que crearle de nuevo.»

La Providencia, que tan á tiempo trajo á la vida á Teresa de Jesús, y que debía hacer de élla un instrumento extraordinario de su bondad para con el género humano, oyó desde el cielo el *voto seráfico*, y le aceptó.

Los actos y los escritos de la religiosa carmelita demuestran al detalle las consecuencias de ese voto.

Desde que la infusión de la gracia divina y la vocación al gran apostolado de la *reforma* perfeccionan su natural y hasta modifican las condiciones de su carácter tímido y humilde, no tiene nuestra ilustre compatriota otro pensamiento que el de elevarla hasta el modelo divino, con arreglo al cual se había formado.

Y cimentando lo pasado, va más adelante en el

camino de la perfección, sin detenerse nunca, reforzándose por medio de un progreso continuo en aproximarse más y más á la belleza absoluta del original.

La humanidad no podía desaparecer en nuestra heroína por completo; y, sin embargo, diríase que se glorificaba en élla á medida que se hacía más de Jesús.

Sólo así podía llegar al logro de su deseo, y hacer que ese deseo penetrase en los demás.

Esto lo veían, y apreciarlo podían cuantos la rodeaban, sus hermanas de religión, sus confesores, sus parientes, sus amigos, la población entera de Avila, que se esmera á porfía en tributarla las demostraciones más inequívocas de su respeto y su cariño.

Y cuenta que estas cosas no se fingen, no se preparan, por regla general, ni se falsean, viniendo á ser pruebas de tal evidencia, que ni aun en lo humano cabe ponerlas en tela de juicio ni dudar de ellas.

La regla Carmelita no se observaba, pues, repetimos, en su primitivo rigor.

Había perdido lo que élla quiso que ganara.

Teresa adoptó para sí la primitiva descalza, y no la hubieron de apartar de élla los temores que, de perder la salud, trataron de inculcarla personas que no sabían apreciar el temple de su alma y las energías de su voluntad.

Oid ahora:

Cierta noche que la Santa conversaba, según costumbre, con sus más íntimas, su sobrina María de Ocampo, educanda de la Encarnación, la dijo:

—Madre y tía, paréceme que todos los consejos que se digna darnos hace tiempo vuestra merced, van encaminados á un fin.

—¿Cuál supones, sobrina, que sea ese fin?—la preguntó la religiosa, mirándola fijamente.

Y su sobrina, por inspiración del cielo, contestó:

—Que os imitemos todas en el *voto seráfico*.

Las que allí estaban se maravillaron, y Teresa, llena de alegría, se arrojó vertiendo copiosas y dulces lágrimas en brazos de su parienta.

Todas, á partir de este momento solemne, suscribieron á los vivos deseos de la Madre, y al punto, como élla estaba, se descalzaron.

De suerte tan sencilla y natural se inició la *reforma*.

¿No es esto interesante?

*Reforma*... ved aquí una frase que hoy, lejos de causar extrañeza, parece como que está en moda, teniéndose por los más adelantados los que la pronuncian á todas horas y á cada paso.

Pues bien: esa palabra que revela una idea generosa, atrevida y difícil siempre, se censura, ridiculiza, y se la trata de empequeñecer cuando la inicia y la propone con su ejemplo y su palabra Teresa de Jesús.

¿Cabe más palmaria contradicción?

Sin embargo, nos la explicamos.

Teresa de Jesús, al reformar, se proponía algo útil, algo necesario, algo que hacía suma falta, pero á algo que hoy se odia y debía producir tan provechosos frutos para esta querida patria nuestra, combatida por enemigos formidables, por enemigos que en gran número se han reproducido, se reproducen y multiplican al presente para arrebatarnos nuestra unidad de creencia y de fe, que Teresa de Jesús contribuyó eficaz y poderosamente á levantar y á mantener.

Hemos descubierto el gran secreto de la monja avilense, y á la vez el motivo principal por que hoy se la pretende en vano por algunos motejar.

Los libros escritos en contra suya no se leen; se desdeñan ó se combaten.

Dios libre á nuestros hijos del día en que se busquen con fruición y se lean con afán.

¡Que no suceda jamás esto, Virgen castellana!

Contribuir debía á destruir el influjo maléfico de otra reforma, la reforma benéfica de Teresa de Jesús.

Hoy se aspira por distintos caminos á arrebatarnos nuestra unidad religiosa como entonces.

¿Qué de extraño tiene que los enemigos de ese poderosísimo lazo de unión que aún les impide entronizar su escepticismo y su negación absoluta de todo lo patriótico y nacional, se agiten y se re-

vuelvan en España contra la Santa y contra sus escritos, y contra su obra iniciada allí, en una reducida y humilde celda del pobre edificio de una ciudad de Castilla, en una noche dichosa, y cuya memoria acabamos de renovar?

Siempre ha sido para muchos lo mejor lo que es peor.

Compadezcámosles una vez más.

Extranjeros eran los que pretendían destruir la religión en nuestra patria á mediados del siglo XVI; extranjeros, ó españoles extranjerizados, son los que abrigan tal insensatez á fines del siglo XIX.

Con la diferencia que los de la época de Teresa de Jesús obraban acaso por convicciones más ó menos arraigadas, y hoy la mayoría no son más que sórdidos merodeadores de una mercancía pobre y raquítica; no abrigan idea alguna de leal propaganda, sino la de su medro personal.

El primer paso estaba dado.

La religiosa carmelita encontrar debía graves dificultades; pero todas las sabría vencer.

Doña María de Ocampo no sólo fué inspirada por Dios al expresarse como lo hizo la noche que dejamos dicho, sino que ofreció dar mil ducados de su legítima para la realización de aquel plan, y una viuda, amiga de la Santa, llamada doña Guiomar de Ulloa, á quien ya hemos nombrado, que supo lo que se proponían, las alentó y las ayudó eficazmente en sus generosos impulsos.

Ya todas aquellas criaturas soñaban con una casa de mayor recogimiento y oración, con una vida más contemplativa y más austera; casa sin salidas, sin abuso de locutorio, sin vida de penitencia y sin conversaciones frívolas con seglares; que todos estos riesgos decidido hubieron á Teresa á proponerlas la reforma, y motivos fueron del *voto seráfico*.

Sucedió luego, nos dice la monja avilense, que habiendo comulgado cierto día, ocupándose siempre de estas cosas, la ordenó Su Majestad las *procurase con todas sus fuerzas*, haciéndola grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que quería se llamase de San José; prometióla que una puerta la guardaría Él, y la otra, María, su Madre.

Y que Cristo andaría con éllas; que sería una estrella que daría de sí gran resplandor; y que aunque las religiones estaban relajadas, no pensase que era poco servido en éllas.

—¿Qué sería del mundo si no fuese por los religiosos?—pregunta Teresa de Jesús.

También mandó el Señor que dijera á su confesor todo lo que la mandaba, y que le rogase que no fuese contra ello ni lo estorbase.

Y fueron estas visiones de tan grandes efectos, y de tal manera la habló Dios en ellas, que élla no pudo dudar que fuese Él.

«Yo sentí, dice, grandísima pena, porque en par-

te se me representaron los grandes desasosiegos y trabajos que me había de costar; y como estaba tan contentísima en aquella casa, que aunque antes lo trataba, no era con tanta determinación ni certidumbre qué sería; tanto, que aquí parecía se me ponía premio; y como que veía comenzaba cosa de gran desasosiego, estaba en duda de lo que haría; mas fueron muchas veces las que el Señor me tornó á hablar de ello, poniéndome delante tantas causas y razones, que yo veía ser claras, y que era su voluntad, que ya no osé hacer otra cosa sino decirlo á mi confesor, y díle por escrito todo lo que me pasaba.»

Y luego pone:

«El confesor no osó determinadamente decirme que lo dejase, porque creía que no llevaba camino conforme á razón natural, por haber poquísima y casi ninguna posibilidad en lo que había de hacer.»

Pequeñas dificultades; pequeños obstáculos eran éstos para Teresa; pero la mortificaban, y más que á élla, á las demás, que no tenían su misma fe.

Acudió entonces á fray Pedro de Alcántara, y éste la comprendió del todo; y la dió saludables consejos.

Y á seguida del santo se dirigió al Provincial, que advertido por él, la escuchó bondadoso.

Hiciéronse algo públicos los proyectos de Teresa, y élla nos da cuenta de la gran persecución que vino sobre élla; y de los dichos, las risas y el decir

que era disbarate, y que bien se estaba en su monasterio; y á sus compañeras tanta mortificación, que las traían fatigadas.»

Y prosigue:

«Yo no sabía qué me hacer; en parte me parecía que tenían razón, y estando ansí muy fatigada encomendándome á Dios, y comenzó Su Majestad á consolarme y á animarme nuevamente. Díjome que ansí vería lo que habían pasado los santos que habían fundado religiones, que muchas más persecuciones tenía por pasar de las que yo podía pensar, y que no se me diese nada.»

Díjola algunas cosas que dijese á sus compañeras; pero lo que más la espantaba, es que... «en el lugar no había casi persona que entonces no fuese contra nosotras y le pareciese lo que pensábamos grandísimo disbarate.»

Y añade:

«Fueron tantos los dichos y el alboroto de mi mesmo monasterio, que al Provincial le pareció recio ponerse contra todos, y ansí mudó el parecer y no quiso admitir la fundación.

»Buscó pretextos. Dijo que la renta no era segura, y poca; de suerte, que era mucha la contradicción, y en todo parece tenía razón... A nosotras, que ya parecía teníamos recibidos los primeros golpes, diónos muy gran pena; en especial me la dió á mí de ver al Provincial contrario, que con quererlo él, tenía yo disculpa con todos. A las mis com-

pañeras ya no las querían absolver si no lo dejaban, porque decía estar obligado á quitar el escándalo.»

¡Cuánta sinceridad y humildad revelan los trozos que, referentes á este período de la *Vida* escrita por la Santa, acabamos de transcribir!

Todos ellos son curiosos é interesantes; todos revelan su constancia en la obra que élla pretendía y que era consecuencia del *voto seráfico* infundido, inspirado por Dios.

Acudió Teresa á fray Luis Beltrán, de la Orden de Santo Domingo, tenido en opinión de prudencia y santidad, que residía en Valencia y que tardó tres meses en contestarla.

Lo verificó al fin por carta [1], animándola para que no abandonase su empresa, profetizándola que «no pasarían cincuenta años sin que la religión por élla reformada fuese una de las más ilustres y más generalizadas.»

El vaticinio se cumplió, pues es sabido que el año 1611 [2], los monasterios pertenecientes á las Carmelitas calzadas se hallaban extendidos por toda España; y los había en Francia, Italia, Flandes y Polonia, en Asia y en América.

Ved, pues, las consecuencias del *voto seráfico*.

Consecuencias de gran fruto para la religión

---

[1] Crón., lib. I, cap. XXXVI, núm. 3.

[2] Cincuenta después de escrita la carta.

santa del Crucificado, á cuya gloria contribuían y contribuyen esas pobres mujeres, hijas espirituales de Teresa de Jesús, conteniendo el mal y contrarrestando sus dolorosos efectos con sus ejemplos y sus plegarias.

Dejad, dejad á esos ángeles de la tierra, inofensivos, alejados, separados voluntariamente del mundo, encerrados por su gusto en rigurosísima clausura; pobres hasta la mayor pobreza; vestidos de tosco sayal.

No les inquietéis, no les molestéis.

¿En qué os dañan ni perjudican?

¿En qué os ofenden?

Habláis ó escribís contra ellos por sistema, por ceguedad ó por ignorancia.

Estudiadles de cerca, y os convenceréis de que sóis injustos y crueles, cuando en lo general no tenéis semejantes defectos, y en reconocerlo así nos complacemos.

No mezcléis la religión con la política.

No hagáis política-religiosa, aunque vuestra política deba inspirarse en el catolicismo, única religión que proclama los principios de verdadera igualdad, fraternidad y libertad á que la generación presente presta culto, cuya práctica no se concibe, sino ajustándose al molde, al troquel de la virtud los que los profesan y los defienden para que puedan practicarse con toda sinceridad.

No pueden combatirse los Institutos religiosos

católicos de hombres ni de mujeres en nombre de esos principios; cuanto se ha hecho y se haga sistemáticamente en contra suya, los vulnera, los ataca.

Jamás, ni en época alguna, se les ha perseguido en otro sentido que en el ciego y apasionado del libertinaje y de la impiedad.

Libertinos, impíos ó ignorantes; hé aquí los solos enemigos que concebimos de las Ordenes religiosas católicas.

Corregir abusos ó impedirlos, eso no justifica la persecución, ni los que les persiguen tienen tal destino, aun cuando sea precisa su reforma ó modificación.

Día llegará en que estas ideas se abran paso aun entre los fanáticos adoradores de la libertad.

El absurdo imponiéndose á la razón; el ciego fanatismo á la reflexión; los malos á los buenos... explican hechos contemporáneos que la historia se encargará en definitiva de calificar con la severidad que merecen.

Y los actos de locura general vendrán al fin á ser anatematizados por la crítica imparcial.

Pobres consuelos, que acaso no lleguemos á ver realizados, pero consuelos al fin que nos alientan y nos hacen esperar, más tarde ó más trempano, el predominio de la verdad.

Identificándose la mística Doctora con los patriotas sinceros de su tiempo, y lo eran cuantos

rechazaban el luteranismo y el calvinismo por medio de la perfección religiosa, se prepara con el *voto seráfico* á hacer grandes servicios á España, y en este orden de ideas, nosotros, al registrar las consecuencias del mismo, justificamos el glorioso título de co-Patrona que lleva con tan merecidos títulos, y de que tan sólo unos cuantos ilusos la quisieran despojar.

En nuestros días hay algunos que pretenden imponerse, como entonces los había, al sentimiento unánime de los más; evitemos, evitemos con todas nuestras débiles fuerzas que esto suceda.

El objeto principal de estas obras nuestras viene siendo, bajo este aspecto, eminentemente patriótico y nacional.

No queremos, no hemos defendido nunca la violencia, pero tampoco podemos conformarnos con la debilidad.

No queremos ningún retroceso; no somos obscurantistas, como se nos apellidará, acaso sin leernos, por los enemigos de la religión.

Deseamos el imperio, el predominio de la única luz que puede iluminar á la humanidad en las cosas que al alma y al sentimiento convienen:

La luz que irradia del Gólgota, que parte de la Cruz.

Teresa de Jesús no quiso otra cosa, ni deseó otra cosa al hacer el *voto seráfico*, y las que le hicieron con élla y la imitaron, tampoco llevaron otro fin, ni se propusieron otra cosa.

Sincerarlas á todas, era en nosotros un deber gratísimo, y que dejamos cumplido con la más viva satisfacción.

Las que no estuvieron con Teresa, estuvieron contra Teresa, y esto no debe asombrarnos, esto es natural.

Quien no está con Dios, contra Dios está.

Hízose, por algun tiempo, preciso acallar el vocerío que se armó; y Teresa de Jesús, que había hecho todo lo que había podido, parecíala no estar obligada á más.

Quedóse, pues, en la casa misma, en la cual, dice, «estaba muy contenta y á su placer;» y aunque jamás puso en duda que había de triunfar, dejó que esto sucediera cuando y como el Señor lo acordara y dispusiera.

¡Consecuencia admirable!

Entre las cosas que más la fatigaron, sin embargo, por este tiempo, fué que una vez su confesor, como si hubiera hecho cosa contra su voluntad, la escribió que se persuadiera que todo lo que había sucedido era sueño; que se enmendase para en adelante, y que con nadie hablase más de ello, pues veía el escándalo que había sucedido, y otras cosas que la dieron pena.

«Así me enseñó el Señor, escribe, el grandísimo bien que es pasar trabajos y persecuciones por Él. Y fué tanto el acrecentamiento que ví en mi alma

de amor de Dios y otras muchas cosas que me espantaban, que no cesaba de desear trabajos; y las personas que pensaban que estaba corrida, se engañaban.»

Como se engañan los que creen, sin conocerlos, que en los conventos todo es intranquilidad y desasosiego: no.

Diéronla entonces los más grandes ímpetus de amor á Dios que deja dicho, y mayores arrobamientos, aunque callaba y no revelaba á nadie semejantes ganancias.

Cierto día que estaba con grande aflicción por parecerla que su confesor no la creía, díjola el Señor que no se fatigase, que presto acabaría aquella pena; y se alegró mucho, porque entendió que se moriría presto, y traía por ello contento; mas presto vió que podía muy bien suceder en otro sentido el logro de sus deseos; pues tomando director espiritual de la Compañía, éste la autorizó de nuevo para pensar en lo de acometer la reforma, y salir del monasterio á otro de mayor rigor.

¡Así prueba y regala Dios á un tiempo mismo, á los que en su nombre han de vencer!

Desanimarse en tales casos, no es propio de almas como era la de Teresa de Jesús.

Algunas de sus hermanas entendían que las afrentaba; otras iban más lejos, y creían que me-

recía cárcel, y hasta se la llegó á amenazar con la Inquisición, «pues los tiempos se habían puesto apretados para farsas y engaños.»

¡Pobre Teresa en opinión del mundo!

¡Gloriosísima Teresa en los misteriosos secretos de la Providencia!

---

# III.

## Recuerdos y despedidas.

OBRABA en Teresa de Jesús el natural.»

¿Por qué ocultarlo?

A pesar del *voto seráfico,* retenían la en la santa casa en que había profesado y pasado los más floridos años de su existencia, muchos y gratísimos recuerdos, tanto, que, á pesar de la voz interior que la decía de continuo:

—No te apegues á las cosas de la tierra para alcanzar las del cielo,

Viósela por espacio de muchos meses recorrer desolada los aposentos todos del monasterio de la Encarnación, como si de éllos no quisiera separarse, ó si de éllos se despidiese.

No de todo cuanto la ocurrió allí nos hemos podido ocupar ni referir hasta este momento; pero cuando se acercaba la hora en que debía dejar tan pacífica morada por otra, seguirla en sus excursiones es para nosotros una grata obligación.

—Aquí,—decía en los *claustros*,—se me apareció aquel hermoso niño á quien tomando por pariente de alguna de mis compañeras, le oí preguntarme cómo me llamaba, y sólo cuando Él me contestó y desapareció, comprendí que era el Divino Jesús.

En ellos había gozado de la presencia ó visita de varios santos, y entre éllos de los Apóstoles Pedro y Pablo.

En la *portería interior* estaba la milagrosa imagen del Cristo, llagado y atado á la columna, que tanto la impresiona, y allí la halló elevada en los aires su parienta doña Brígida, así como á fray Juan de la Cruz.

En los *locutorios* conversó muchas veces con este venerable Padre, con Francisco de Borja, Pedro de Alcántara y tantos otros insignes religiosos, cuyos consejos la edificaron.

—Aquí,—exclama arrodillada en el *coro bajo*,—«un día de Ramos, acabando de comulgar, quedé con gran suspensión, de manera que aún no podia pasar la Santa Forma; y teniéndola en la boca, verdaderamente me pareció, cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me había henchido de sangre. Y parecióme estar también el rostro y toda yo cubierta de élla, como si entonces acabara de derramarla el Señor; y que estaba caliente, siendo excesiva la suavidad que entonces sentía, y díjome el Señor:

—Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche; y,—me añadió,—no hayas miedo que te falte mi

misericordia. Y la mía,—prosiguió el Señor diciéndome,—derramé con muchos dolores, y gózasla tú con tan gran deleite como ves: bien te pago el deleite que me hacías en este día.»

Allí mismo recibió el clavo de manos de su amantísimo Jesús, en testimonio de unión espiritual, y el Señor, cogiendo su mano, la llevó á las heridas de su costado, recordándola sus desposorios.

En otra ocasión, estando dando gracias á Nuestro Señor por una merced, la dijo:

—¿Qué me pedirás tú á mí que no haga yo, hija mía?

En las rudas pruebas que por tanto tiempo la acongojaron por dudarse si era bueno ó mal espíritu el suyo, Dios permitió que todos la viesen con el rostro resplandeciente, y una vez elevarse hasta élla la Sagrada Forma, y allí está, allí se conserva aún la silla prioral, donde no se ha vuelto á sentar prelada alguna, forrada de tela de seda, y puesta en un escaparate con una imagen de la Santa que se halla sentada en la dicha silla, hermosa efigie, regalo de don José Martínez de Salazar, gobernador de Puigcerdá en 1677, habiéndose celebrado en conmemoración del mismo una solemnísima función en el día que justamente se cumplieron los cien años de haber sido elegida priora Teresa de Jesús.

¿Y qué diremos del recuerdo de la *Transverberación?*

Éste la inflamaba cual ninguno y la hacía derramar lágrimas copiosísimas, representándosela, como si estuviera viéndole cabe de sí, aquel Serafín del dardo de fuego, tantas veces como entraba en la que hoy es capilla y era entonces su celda prioral, en cuyo pavimento se hallan escritas estas palabras:

«La tierra que pisas es santa.»

Consérvanse además en ella algunas gotas de sangre de las que la Santa derramó al ser herida, «las cuales parecen tan vivas como si hiciera poco que se hubiesen derramado.»

Un escritor contemporáneo [1] añade: «que en esta capilla [2] se nota constantemente un olor indefinible y sumamente agradable, el cual aumenta en algunas ocasiones de tal manera, que extendiéndose por todo el convento, á la vez que llena de consuelo y devoción á las religiosas, que creen tener presente á su Santa Madre, de la que se despiden todas las noches antes de acostarse, cualquiera otra persona que lo observa no puede menos de confesar que aquello es sobrenatural y extraordinario.»

---

[1] El erudito Sr. García Arias.

[2] La obra de esta capilla dió principio en 1628, siendo Obispo de Ávila D. Pedro Cifuentes y Loarte. A la muerte de este gran devoto de Teresa se suspendió la obra; y es fama que barriendo una criada ó novicia del convento aquella pieza, oyó distintamente las palabras que después se grabaron en su pavimento, lo que hizo que se continuase la obra interrumpida, y que puede decirse no se ha terminado hasta el año 1868, por la munificencia de la piadosa abuela de nuestro actual Monarca.

Y es fama:

«Que esta misma fragancia se percibe además en cuantas cosas estuvieron al uso de la Santa, y especialmente en todos sus escritos, que no hay más que aplicarles al olfato para advertirlo; cosa que, comprobada con los de San Pedro Alcántara, San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola y otros santos de su tiempo, en ninguno se observa tan singular prodigio» [1].

Por último, el lugar predilecto de Teresa, en el que más tiempo permanecía por esta época, y al que acudía millares de veces á hurtadillas y durante las horas que sus hermanas descansaban, sin faltar por ello á los ejercicios y devociones cuotidianos, era la Iglesia, era el *Templo*.

Y allí «cabe las gradas de sus altares,» como élla diría, permanecía largo tiempo rogando al Señor fortaleza y resolución para lo que Él y no élla dispusiera como mejor y más acertado; que en esto de someterse á su voluntad soberana, siempre fué la misma la religiosa carmelita: fiel y sumisa esclava del Señor.

---

1 Un señor Obispo de Tarazona, que confesó y trató á la Santa, asegura que al conversar con élla percibía de su boca una fragancia tan admirable, que llegó al pronto á sospechar tomaría alguna cosa que la produjese, hasta que se desengañó, pues la venerable Ana de San Bartolomé, que la ayudaba á vestir por estar manca de un brazo, le dijo que élla sentía el mismo suave olor cuando tenía precisión de servirla, el cual se comunicaba á las ropas y objetos que usaba.

Algunas de las religiosas que observaban sus inquietudes y desasosiegos la tenían por obra de gracia, y las que menos valor les daban la respetaban y no se atrevían á murmurar por ello; al paso que otras comprendían que sus lágrimas y la renovación continua que hacía la Madre de sus recuerdos eran cariño, eran amor, y hasta podían tomarse como *presentimientos* de una cosa que todas en suma lamentaban: que era perder la dirección, el ejemplo y la compañía de la Santa.

La oposición que se la hacía era, pues, en las más por cariño, en ninguna por torcidos fines ni móviles bastardos y reprochables.

Es evidente que si la voluntad de Dios no hubiese sido tan manifiesta para provecho de la religión, Teresa de Jesús no hubiera pensado en salir de la Encarnación, y en aquella casa misma hubiera hecho la reforma.

Mas no convenía así, sin duda, cuando el Señor la mostró á las claras que era forzoso salir de allí, y sin quererlo ella misma hacía que sus ojos se fijasen en un sitio más allá de la basílica de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta, en que nada de particular había, y extrañada se preguntaba:

—¿Por qué mi vista se inclina á tal lugar?

Y pedía al Señor la explicara esta inclinación, y Dios no la sacaba de tal incertidumbre, mientras que otras personas, sin anuencia de la Santa, tra-

bajaban en silencio, y precisamente allí, para la próxima realización de sus deseos.

Digamos cómo:

En el lugar y sitio á que Teresa dirigía su vista sin saber el motivo, íbase elevando lentamente un modesto edificio que tenía más de casa particular que de monasterio; «obra de manos que élla no había ordenado ni pagado.»

Venídose habían con gran contentamiento suyo á habitar en Ávila por aquella época sus hermanos doña Juana y don Juan Ovalle; y esto no fué sino pretexto de ellos para ponerse de acuerdo con doña Guiomar, con Salazar, Daza, Salcedo y otras personas que amaban mucho á la Santa.

La sorpresa de Teresa fué grandísima cuando cierta mañana su hermana la invitó á ir á ver las obras del edificio que élla contemplaba con un interés inexplicable, y la dijo:

—Mira, hermana, todo esto, y ve si te agrada.

—Apariencias exteriores tiene que no cuadran con el interior,—la respondió la religiosa carmelita, luego que hubo examinado la obra.

—Pues bien; tuyo es este edificio si para monasterio te cuadrase.

Teresa se conmovió toda, y entonces supo lo que por élla hacían sus amigos.

Y cómo se había acudido á Roma en demanda de las Bulas que hacían falta.

Todo lo cual sucedía por el mes de Agosto de 1561.

Los dineros escaseaban para la obra, y por entonces su hermano don Lorenzo la envió fondos de lejanas tierras en que estaba, cosa que no había hecho antes, con lo cual cesaron, por entonces al menos, los apuros para la edificación.

Pareciéndola reducidas las habitaciones que iban trazadas, y afligida por ello, dijo una vez:

—Señor mio, ¿cómo me mandáis cosas que parecen imposibles? ¿No véis, Dios mio, que no tengo libertad? ¿Que estoy atada por tantas partes, sin dineros, ni de dónde los tener? ¿Qué puedo yo hacer, Señor?

—Ya te he dicho,—la contestó Jesús,—que entres como pudieres.

Y la añadió, á manera de reprensión:

—¡Oh, codicia del género humano, que aun tierra piensa que la ha de faltar!

Teresa dice que esta vez quedó muy espantada, y vió que el Señor tenía razón, y fué á la casita y trazóla, y halló, que aunque era pequeña para Monasterio, cabía bien cuanto se labraba en ella de manera que se pudiera vivir, aunque fuese todo tosco, con tal que no fuese dañoso á la salud.

Minuciosidades interesantes, puesto que nos revelan cómo se efectúan las obras de Dios, aun contra los cálculos y las prevenciones humanas.

En otra ocasión, día de Santa Clara, Teresa recibió alientos en una visión con que la Santa la favoreció.

Pero el prodigio que más la alentó en sus dudas y sus temores, fué lo que escribe en su Vida la acaeció en el convento de Santo Tomás.

Considerando estaba, nos dice, cuando se sintió un arrebatamiento tan grande, que casi la sacó de sí. Sentóse, y aun la pareció no ver alzar ni concluir la Misa, de lo cual después sintió escrúpulo. Parecióla estando así que se veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio no vió quién se la vestía; mas después vió á la Santísima Virgen hacia el lado derecho, y á su Padre San José al izquierdo, que la vestían aquella ropa...

Y se la dió á entender muy claramente que estaba ya limpia de sus pecados.

Acabada de vestir con grandísimo deleite y gloria, la pareció asirse de las manos de Nuestra Señora, y que la dijo:

—Huélgome mucho de que se glorifique á San José, y lo que pretendes del Monasterio se hará; y en él se servirá mucho al Señor.

Y ambos la fortalecieron, asegurándola reiteradamente que no temiese habría quiebra en ello jamás, que ellos la guardarían, como ya Jesús las había prometido andar con ellas, y que para señal que sería esto verdad se la daba aquella joya.

Y en este instante la fué echada al cuello un collar de oro muy hermoso, al que iba unida una cruz de gran valor, rosario y cruz que la heroína principal de esta obra no alcanza á ponderar.

Y en lo tocante á dicha visión celeste, escribe:

«Era grandísima la hermosura que ví en Nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor... Al glorioso san José no ví tan claro, aunque bien ví que estaba allí, como las visiones que he dicho que no se ven; parecíame Nuestra Señora muy niña. Estando ansí conmigo un poco y yo con grandísima gloria y contento (más á mi parecer que nunca le había tenido y nunca quisiera quitarme dél), parecióme que los veía subir al cielo con mucha multitud de ángeles; yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada, elevada, recogida en oración y enternecida, que estuve algún espacio que menearme ni hablar no podía, sino casi fuera de mí.»

Y el efecto de estas visiones celestes era siempre el mismo:

Encenderla en grandísimo amor á Dios.

# IV.

## Los sucesos de la obra.

ERA la caída de la tarde:
Se hallaba próximo el momento de dejar el trabajo;
Y de súbito se escucharon gritos desgarradores, voces de auxilio y de dolor en el edificio que se construía en Ávila con destino á servir de primer Monasterio de la reforma.
¿Qué había sucedido?

Don Juan Ovalle, que solía ir á enterarse de los progresos de la obra, se hallaba inspeccionándola, y fué de los primeros que acudieron al sitio á donde todos se dirigían.

Le esperaba una desgracia terrible.

El desplome inesperado de una tapia recién levantada, había sepultado bajo un montón de escombros á un hijo suyo de cinco años.

En el instante que llegó al lugar de la catástro-

fe, le extraían lleno de polvo y sangre, perdida la color y el sentido.

—¡Hijo mio!—exclamó el hidalgo, y se precipitó sobre la desdichada criatura.

La escena dejó á cuantos la presenciaban mudos de espanto.

Debía sobrevenir otra más desgarradora aún.

Siendo la hora convenida para reunirse con su marido la hermana de Teresa de Jesús, acudía á la cita en su busca y la del niño Gonzalo, que este era el nombre de la víctima, y extrañando la aglomeración de gentes, atravesó los grupos y llegó hasta donde don Juan tenía en sus brazos á su hijo, que era el amor de sus amores, la ilusión de su alma, la esperanza de su vida, como lo son esos pedazos del corazón de todas las madres.

Nadie se cuidó de élla; ninguno la contuvo.

Estaban todos demasiado conmovidos y preocupados con lo que había sucedido, para que se fijasen en otra cosa que en la situación angustiosísima del niño.

El golpe fué rudo, fué terrible para la desdichada doña Juana, que cayó sobre el suelo desmayada.

Las exclamaciones de sorpresa y de pesar acrecieron entonces.

Sólo una persona tuvo serenidad ante aquel gran desconsuelo y aquel gran desastre.

Doña Guiomar de Ulloa, que acompañaba á la

de Ahumada, partió llena de confianza en busca de Teresa de Jesús, de quien momentos antes se habían separado.

Verla, y decirla lo que pasaba rápidamente, fué todo uno.

—Venid, venid presto por si aún es tiempo de auxiliar á vuestro sobrino.

La religiosa carmelita, á quien afectó grandemente lo sucedido, no se hizo rogar, y ambas llegaron á la obra, con aceleramiento y congoja, pocos instantes después.

El niño Gonzalo no había dado ni daba señales de vida.

Doña Juana era con sumo interés socorrida por un médico.

Y su marido, perplejo entre los dos seres que amaba tanto, se sentía preso de la mayor angustia.

La piadosísima viuda cogió á Gonzalito en sus brazos y lo puso en los de Teresa.

—¡Ved lo que Dios ha consentido que suceda! —la dijo.

Teresa, al tomar á Gonzalo, derramando lágrimás exhaló un hondo suspiro:

—¡Qué desgracia!—murmuró.

Todos guardaron un religioso silencio, como si esperasen algo extraordinario.

Y, con efecto, es rigurosamente histórico que sucedió á poco un acontecimiento inexplicable en lo humano.

Teresa no había hecho hasta entonces, al menos de un modo público ó que se supiese, ningún prodigio, ningún milagro.

Afectada con la catástrofe ocurrida, no menos que los demás, recibió á su sobrinito, y puso, como ningún otro de los que allí había, su confianza en Dios.

—Sólo Él puede salvarle,—se la oyó decir por los que estaban más próximos.

—¿Cómo podrán vivir sus padres de aquí en adelante?—dijo á la Santa doña Guiomar.—Y prosiguió en tono suplicante:—Alcance del Señor que le dé vida.

Aquel ruego, hecho de rodillas, hirió vivamente á la religiosa carmelita.

Se inclinó sobre el rostro del niño, cayéndosela el velo sobre él de tal suerte que las caras de ambos quedaron ocultas por algunos instantes.

¿Qué aconteció entonces?

La Santa besó á su sobrinito con entrañable amor, elevó al cielo su corazón, y sus labios pronunciaron una oración.

Al alzar la cabeza, Gonzalito, que no daba antes señales de vida, exhaló un quejido, y aluego, con sus manecitas levantadas mecánicamente, acarició á su tía.

—¡Prodigio!... ¡Milagro!

Exclamaron multitud de voces.

Y entre todas ellas sobresalieron frenéticas las de doña Juana y su marido, que no se cansaban

de abrazar y de besar á su hijo, á quien habían visto muerto y recobraban vivo.

¿Os parece, desdichados incrédulos, que estas cosas se pueden fingir?

Lo sucedido fué conmovedor, y no cabe que pincel ni pluma alguna lo reproduzca, describa y refiera como sucedió.

Quien no sea padre, ó no sepa serlo, no podrá concebir en toda su magnitud el agradecimiento del matrimonio Ovalle.

Los que carezcan de alma, de corazón, tampoco podrán imaginarse lo que entonces pasó.

El entusiasmo y la alegría de todos.

Y la veneración que les inspiró la ya célebre monja, cuya fama y virtudes eran públicas.

—Glorifiquemos á Dios,—dijo Teresa.

Y cuantos la rodeaban se postraron de hinojos llorando, y élla recitó una oración brevísima que al unísono repitieron todos.

¿Fué lo ocurrido un verdadero milagro?

Lo sucedido con tales coincidencias, ¿fué sólo un hecho natural?

«La pérdida del conocimiento, durante más ó menos tiempo, á consecuencia de una gran contusión, es cosa muy explicable,» dice la crítica impía, y en negarlo no formaremos empeño alguno... «El recobrar los sentidos, aplicando oportunos remedios, ó por el natural progresivo aminoramiento

de la perturbación ocasionada en el organismo por la violencia del golpe, añade un autor descreído á quien aludimos antes de ahora, se comprende también con facilidad: casos repetidísimos de esto se han visto y se ven todos los días. ¿Luego qué hay de portentoso, se pregunta, en el caso de Gonzalito, cuando por el mismo Rivadeneira sabemos que la pérdida del conocimiento provino del desprendimiento de una poca de argamasa ó tierra, que produjo al muchacho contusiones, privándole durante algunos instantes de sentido?...»

¡Ciegos!

El narrador del suceso relata ingenuo las causas naturales que lo produjeron, y al tiempo que esto hace, en prueba de su imparcialidad lo atribuye luego á un favor, á un beneficio del cielo.

Y la enfatuada crítica, basada sólo en gratuitas y apasionadas presunciones, se atreve á tergiversarlo á su antojo.

¿Es esto serio? ¿Es esto formal?

«Es, se añade por el trasnochado autor, á quien no hemos querido ni queremos citar, es que este suceso se refiere de dos maneras distintas por los historiadores y panegiristas de la Santa castellana» [1].

---

[1] El P. Rivera escribe que don Juan halló á su niño yerto y sin conocimiento al ir á entrar cierta vez en su casa; y este mismo escritor, que confiesa haber conocido y tratado al muchacho vuelto á la vida por las oraciones de la *Santa*, dice terminantemente que «nunca se pudo saber de dónde vino esto ó qué fuese el síncope de Gonzalito.» ¿Y qué?

¡Argumento decisivo!

¡Famosísima manera de razonar!

¿No pudieron suceder ambos casos?

¿Excluye el uno al otro?

Lo evidente, lo acreditado de una manera formal, es que hubo uno ó dos prodigios, y que el prodigio consistió en uno, ó en ambos casos, en el sorprendente y rápido recobrar, no la *salud*, sino la *vida*, el sobrino de Teresa de Jesús por su intervención y á presencia de todo un público que lo presenció y atestiguó como milagro.

Se va más lejos y escribe:

«Hechos completamente explicables para la ciencia y la crítica, se han reputado como sucesos fuera de los naturales términos, por ignorancia ó por...»

Exacto, no lo negamos.

Pero de ello, á conceder y dar por verdad la gratuita y arbitraria explicación de que «acometido Gonzalito de un síncope, sólo quedase privado de sensibilidad y conocimiento; de que su complexión enfermiza, sus padecimientos continuos hicieran creer al padre que su hijo estaba muerto, cuando sólo se hallaba bajo la influencia de un ataque peligroso; y que al recobrar los sentidos en brazos de Teresa, como los hubiera recobrado en brazos de otra cualquier persona, se creyera que se había efectuado un milagro, cuando lo sucedido no fuese sino la natural conclusión del ataque;» esto ya varía mucho.

Cuando la presuntuosa crítica moderna se expresa como con toda intención dejamos transcrito, para contestarla acerca del hecho que hemos referido después de haber negado millones de veces en redondo el prodigio y el milagro, ¿qué crédito ni qué autoridad merece?

No, repetiremos una y cien veces.

Los milagros han existido siempre, no se han concluído, como suponen los impíos; se realizan á nuestra vista, ante nuestros ojos diaria y constantemente; lo que hay es que no queremos reconocerlos.

Preguntad á muchos que los han experimentado, si son ciertos ó puro fingimiento.

¡Ah! Los que niegan á Dios, ¿qué de particular tiene que desconozcan ó nieguen sus obras?

Hasta en el *fondo* de las más absurdas preocupaciones se halla algo que para, que detiene á la crítica más osada y más audaz.

Algo que se impone á la despreocupación más sistemática y contumaz.

En vano cerraréis los ojos y los oídos á la evidencia; élla se impondrá siempre contra toda denegación impía, por más que no neguemos que cabe en estas materias el error, la exageración y hasta la mentira.

Lo que hay, es que la Iglesia no ha obrado nunca de ligero, ni por impresiones para declarar verdadero lo que ha sido, ó para aconsejar respeto y

tolerancia con lo que no se ha atrevido á afirmar ó á desmentir.

Ya hemos dicho sobre esto mucho que no se habrá olvidado.

Sigamos adelante.

El suceso de la obra, que ya por entonces comenzó á llamar algún tanto la atención por lo extraño, preocupó por largo tiempo á la ciudad entera.

Y aunque contribuyó á acrecentar el respeto y el amor hacia Teresa, no bastó para que ésta dejase de sufrir nuevas contradicciones y gravísimos disgustos.

El demonio no descansaba, y cierto día que la religiosa carmelita asistía con su hermana á una fiesta que tenía lugar en la parroquia de Santo Tomé, un indiscreto predicador las mortificó en extremo, hasta obligarlas á salirse del sagrado lugar, corrida y abochornada doña Juana, compadecida de tanta indiscreción la Santa.

El predicador tronó contra las visiones y revelaciones, aludiendo á las de Teresa, y confundiendo éstas con otras aparatosas y amañadas.

¿Por qué sabemos las de Teresa de Jesús?

Porque obediente y sumisa, se vió precisada á consignarlas en su Vida.

¿Las hubiéramos sabido por élla?

Nunca, á no ser por esta providencial circunstancia.

En otra ocasión se llegó á su Monasterio, toda llena de aflicción, la de Ovalle.

—Hermana Teresa, la obra es imposible,—la dijo.

—¿Por qué?—preguntó la Santa con la mayor tranquilidad.

—Lo que se hace hoy se encuentra caído al suelo mañana.

—¿Eso no más acontece?

—Los maestros se desesperan; los alarifes se niegan á trabajar.

—Id, buena Juana; id, hermana mía, y decid á vuestro esposo que doble los salarios, que pague de nuevo las obras, y Dios no consentirá más al enemigo de cuanto yo pienso en bien de la religión, mortificaros... Por mí sufrís; justo es que yo os consuele.

Y todo pasó durante muchos días á satisfacción de los piadosos parientes de Teresa y de sus amigos, que recibieron noticias favorables de Roma acerca de las concesiones pontificias que esperaban.

También otra vez hubo escasez tanta para proseguir el modesto edificio, que doña Guiomar se creyó obligada á escribir á su madre, que residía en la ciudad de Toro, pidiéndola dinero.

La contestación urgía y se dilataba.

—No se apuren,—les dijo Teresa al oirlas lamentar de aquella tardanza;—en este momento

mismo vuestra señora madre cuenta treinta ducados, los coloca, estando élla sola en su aposento, en una bolsa, y veo que los baja y los entrega á vuestro demandadero en una de las cuadras bajas de vuestra casa.

Y la venida del mensajero con la bolsa y los treinta ducados confirmó aquel vaticinio.

Parecerán á los espíritus fuertes estos detalles puerilidades, y, no obstante, éllos comprueban, referidos por personas doctas, cuánto puede la mano de Dios para llevar los sucesos de la vida por los senderos que más convienen.

¿A qué?

A la mayor gloria de criaturas privilegiadas como Teresa de Jesús.

A quien quería, no sólo para *reformadora*, sino para *fundadora*.

Y la reforma y las fundaciones eran precisas y necesarias para extirpación de abusos y para contén de los males con que la impiedad amenazaba á España.

Lo cual, lejos de negar, confirma la crítica moderna por uno de sus más atrevidos representantes, al hablar de las fundaciones de la Santa castellana con no menos apasionamiento que de sus prodigios y sus milagros.

Aquel edificio raquítico y pobre; aquella obra humilde no iba á ser «una más entre muchas,» sino una obra especialísima, principio y fundamen-

to de otras en las que Teresa de Jesús haría imperar la oración, la virtud, en su más alto grado de perfección y ejemplo.

Y porque esto hacía falta, nuestra heroína proseguía alentada por Dios en lo difícil de su empresa, erizada de inconvenientes y dificultades de muchos géneros.

No hemos de ver en el reducido concepto humano aquella obra, sino en sus sublimes y transcendentales destinos.

Y los sucesos que en élla y durante élla acaecieron á Teresa, como sucesos, encaminados á un fin altísimo.

No podéis negarnos la importancia de las Órdenes monásticas; la reconocéis, y, no obstante, queréis que pase desapercibido el trabajo titánico de su reforma, realizada por una pobre mujer.

¡Ah! El mundo entero la ha ensalzado y la ensalza á despecho de vuestra vanidad desatendida y despreciada.

En vano intentaréis rebajar ni empequeñecer la gran figura que nosotros ensalzamos y glorificamos con nuestros pobres talentos, pero con nuestra patriótica voluntad.

La mentira exagera los abusos, los males de las Órdenes religiosas, á mediados del siglo XVI, y no se apercibe de que con ello, en vez de motejar, justifica á Teresa de Jesús, que tanto trabajó hasta lograr su reforma.

Y al acometer y conseguir esto, no puede decirse que no hubiera de redundar su obra en el bien y en el mejoramiento social, en el que tanta influencia ejercían las virtudes del estado religioso y monacal.

Sin ellas, España no habría resistido el empuje extranjero que trató de dominarnos; que Carlos V alentó con sus viajes continuos; que Felipe II impidió con la energía de su carácter; que tantos detractores tiene, sobre todo, juzgado bajo el influjo y el criterio político que prepondera hoy.

No es nuestro ánimo juzgar á este rey [1] tan ensalzado por unos como vituperado por otros.

Muchos de sus defectos, como muchas de sus cualidades, producto fueron de su educación, así como de la grandeza de su nación.

La primera vez que su padre le asoció á su gobierno como Regente del reino, contaba sólo quince años; era demasiado pronto, y su matrimonio con la princesa doña María de Portugal, hija del rey don Juan III, fué «flor de un día que apenas si dejó huella alguna en su corazón.»

¿Quiso á su primera esposa? No.

¡Compadezcamos á los que no pueden escoger esposa por amor!

El extranjerismo de Carlos V dañó al padre. ¡Ah! ¡Si él hubiese sido verdadero español!

---

1 Nació en Valladolid el 21 de Mayo de 1527.

No lo fué nunca.

Un nuevo enlace basado en idénticas razones de Estado que el primero, amarraron á Felipe al yugo marital.

Su segunda esposa, María Tudor, era hija de Catalina de Aragón, hermana de la madre de Carlos V, lo cual no había sido obstáculo para que hubiera sido prometida en 1522 á su padre el Emperador.

La muerte sufrida en sangriento tajo de Juana Grey, fué la dádiva nupcial de María Tudor, y á ella se agregaron, como terribles fantasmas, los rígidos cuerpos de multitud de burgueses de la City.

Con este nuevo matrimonio (1554), Felipe II pudo dar gusto á los constantes caprichos y tiránicas imposiciones de su padre; pero no lograr la dicha y la felicidad.

Felipe II no fué nunca feliz.

Dos enlaces á cual más opuestos á su voluntad y á su corazón, ¿qué podían dar de sí?...

# V.

## Notas históricas.

Los asuntos públicos habían cambiado mucho en España en los años transcurridos desde la profesión de Teresa en el monasterio de Avila, que estaba próxima á abandonar.

Felipe II regresó á España viendo defraudadas sus esperanzas de sucesión con doña María Tudor, y al llegar á los Países Bajos, supo la resolución de su padre de encerrarse en el monasterio de Yuste, en busca de un sosiego que hacía falta á su salud quebrantada.

Carlos V era casi senil á los cincuenta y cinco años; ¿cómo no serlo quien había vivido como él? [1]

El 25 de Octubre de 1555 se realizó, en efecto, el acto primero de tan memorable abdicación.

---

1 Había hecho nueve viajes á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flandes, cuatro á Francia, dos á Inglaterra, y otros dos al África.

—Temed á Dios, buscad la justicia, respetad las leyes, y proteged la fe,—había dicho á su hijo el César Augusto.

El 16 de Enero de 1556, Carlos V traspasó á su hijo los reinos de León, Castilla y Aragón, siendo Felipe jurado solemnemente como tal rey de Castilla, el 28 de Marzo de aquel mismo año, en la Plaza Mayor de Valladolid.

Y el 3 de Febrero de 1557 entraba su padre en el monasterio de Yuste, sobre cuya estancia en aquel retiro han forjado también no pocas y estupendas patrañas novelistas de fogosa imaginación.

Nosotros no la tenemos; pero aun cuando de élla estuviésemos dotados, no nos permitiríamos abusar de élla jamás con ofensa y daño de la verdad [1].

Por lo que hace á Felipe II, su reinado no podía ser sosegado y tranquilo; su padre no pudo legarle lo que él no había nunca disfrutado.

Sembrando discordias, produciendo lágrimas, despertando ambiciones, queriendo dominar por la fuerza y someter por capricho á millares de hombres, no cabe crear nada sólido, nada fecundo y duradero.

Sólo un rey como Felipe II hubiera podido hacer prevalecer los sueños y los delirios de su pa-

---

1 En el célebre archivo de Simancas existen multitud de documentos que prueban la participación directa que Carlos V siguió tomando en los negocios públicos, aun después de retirarse al monasterio de Yuste para atender al restablecimiento de su salud.

dre, si estos sueños y delirios hubiesen sido realizables.

Algo consiguió por lo que á España se refería.

¿Por qué tanto empeño en negarle esto que como buenos españoles agradecerle debemos?

Al recibir el legado completo de Carlos V, Felipe II estaba formado, y tenía, no sólo posesión de sí mismo, sino la más alta idea del poder y la misión que le fué concedida.

Cuando no ha sido así, el poder real ha sucumbido, como sucumbirá siempre todo poder que á sí mismo no se sepa apreciar.

La historia nos autoriza á hablar de esta suerte con plena seguridad.

Los poderes todos de la tierra han claudicado por exceso ó por debilidad; pero más pronto por debilidad que por exceso.

Un poder no usurpado, jamás debe ser débil, lo cual no quiere decir que deba ser tiránico.

La tiranía es más común en la usurpación que en la legitimidad y el derecho.

Si Felipe II no hubiera sido tenaz, laborioso, constante, la gran labor que su padre Carlos V le hubo legado, habría perecido deshecha entre sus manos.

No fué así, y por ello no hay hipérbole en apellidarle Grande; lo fué como estaba obligado á serlo en las circunstancias que le rodearon.

Conservó un cetro demasiado pesado para un

hombre, y esto, aunque no fuése más, haría su elogio, si hubiese por parte de los que le censuran mayor imparcialidad.

Los novelistas de los grandes efectos á quienes antes hemos aludido, han explotado con éxito hasta la figura de Felipe II, pero en cambio han faltado sin conciencia á la exactitud histórica.

En cuanto á los que le han juzgado por espíritu de *partido*, sea el que sea, no le han juzgado bien y acertadamente jamás.

Les ha hecho falta crear un monstruo, y le han creado.

Un malvado, y han hecho de él un malvado.

Abandonemos este orden de consideraciones: nuestra misión es más dulce y más hermosa: consiste en hacer la apología, el elogio de un ángel.

Pues aun tratándose de Teresa de Jesús, que lo fué sobre la tierra, hay quien se atreve, osado, á denigrarla y ultrajarla como tal.

No comparamos al decir esto, líbrenos Dios de ello, á personajes puramente humanos con el nuestro, divino y santo; mas con sólo apuntar esto, basta y sobra para que se comprenda que la pasión, el interés, la malicia ó la soberbia, nada respetan cuando á su intento cuadra, conviene, y hace falta.

Los excesos no justifican nunca otros excesos; pero al rigor del ataque tiene que corresponder la energía de la defensa.

De lo contrario, la victoria del que ataca ni aun gloriosa es en su caso para el que se defiende.

Añadiremos más:

No desearemos nunca que en nombre de Cristo, todo amor y caridad, se derrame una gota de sangre ni se cometa la más pequeña violencia.

¿Pero cabría la existencia del cristianismo en el orden puramente humano, si muchos hechos históricos que hoy se vituperan, no se juzgasen bajo la inspiración de otras ideas, de otros tiempos y de otras circunstancias?

No, ciertamente.

El influjo y la preponderancia de las ideas católicas se ha debido y se deberá siempre al cumplimiento de las promesas de Dios, independientemente de la voluntad de los hombres.

Y los abusos que éstos hayan podido cometer, no podrán imputarse jamás de buena fe á lo que será eterno é inmutable.

Carlos V murió el 21 de Septiembre de 1558.

Descartando de la herencia de su padre el imperio de Alemania, todavía Felipe II resultó el monarca más poderoso del mundo, hasta ser casi cierta la frase «de que el sol no se ponía nunca en los dominios del rey de España.»

Un nuevo enlace, pactado como todos por razones de Estado [1], ligó á Felipe con Isabel de Valois,

---

[1] Tratado de paz de Chateau-Cambresis.

hija de Enrique II de Francia, prometida que había sido antes del príncipe don Carlos, y que llevó el sobrenombre de *Princesa de la Paz*.

Las velaciones se efectuaron en Guadalajara el 4 de Enero de 1560, saliendo para ello Felipe II de Toledo á recibir á la nueva reina con lucidísimo séquito y numeroso acompañamiento.

El 22 de Febrero de aquel mismo año fué jurado y reconocido en Cortes [1], como legítimo heredero de los reinos de España, el príncipe don Carlos.

En los comienzos de 1561, Felipe II hizo de la villa de Madrid su residencia real con carácter permanente [2].

Y todas estas notas nos convenía colocarlas en este sitio antes de proseguir la historia de Teresa de Jesús, por más que en realidad parezcan á algunos no hallarse con élla relacionadas.

Estánlo, y mucho, en un libro como el que escribimos, y contribuir deben á que puedan apreciar mejor nuestros lectores recordándolas, los indudables servicios que la Santa hizo en momentos tales á la Religión, no aumentando precisamente el número de sus hermanas en Cristo, sino haciendo que se restableciese entre éllas la primitiva Regla del Carmelo, con edificación de propios y extraños, y

---

[1] Celebradas en Toledo.

[2] Por más que no exista documento que así lo acredite, es evidente que el año 1561 se trasladó de Toledo á Madrid el sello real, los tribunales y la regia servidumbre.

contribuyendo eficaz y directamente á contrarrestar el pernicioso influjo de ideas, de doctrinas, de costumbres, que á haber predominado en España, hubieran puesto un fin desastroso á nuestra nacionalidad.

Los que censuran á Felipe II; los que pintan con exagerados colores la Inquisición; los que lamentan el número de Comunidades religiosas que había entonces en nuestra patria, tachándolas de obstáculo para el progreso intelectual y moral, tienen que confesarse vencidos ante lo que aquel monarca hizo de bueno y de patriótico, lo que se debió al Santo Oficio, y el prodigioso número de sabios y hasta de artistas que dieron de sí los claustros.

No hay nada grande que merezca denigrarse; no hay nada en la tierra que lo haya sido, que no se haya desnaturalizado.

¿Y por eso hemos de anatematizarlo?

Plaza á la razón y á la justicia; plaza al buen sentido, á la imparcialidad y la buena fe en asuntos históricos.

Sin Felipe II, sin la Inquisición, sin las Comunidades religiosas, no seríamos españoles: nos llamaríamos otra cosa; no tendríamos patria.

Sin la Religión Católica; sin los que en el siglo XVI la sostuvieron, é inspirados en élla hicieron cosas muy grandes, la Europa entera sería... todo, menos lo que es, y de que con orgullo nos envanecemos.

Las bibliotecas, los museos, las poblaciones, están llenos de monumentos debidos al espíritu religioso de los tiempos que historiamos.

Y si los monjes imperaban en el palacio de los reyes y en las moradas de los potentados, y en las universidades y en los cuerpos docentes, era porque eran los únicos poseedores de la instrucción, de la sabiduría, del talento, y lo diremos sin temor de ser desmentidos, del patriotismo, por éllos conservado y mantenido contra el *extranjerismo*, que la política absorbente y dilatadora de Carlos V y de Felipe II habrían sin ellos hecho imperar.

La más censurable, la falta mayor de Carlos V y de su hijo Felipe II, fué no ser *españoles* en el verdadero sentido de esta frase.

Vivieron, más que en España, en el extranjero, y el espíritu nacional se cobijaba en los monasterios, y de allí irradiaba hasta las más ínfimas capas sociales.

¿Qué habría sucedido si los frailes y las monjas no hubiesen sido patriotas?

¿Qué, si en nombre de la unidad de fe y de creencia, no hubiesen levantado el espíritu público y con él la nacionalidad española?

Agustinos, Bernardos, Capuchinos, Franciscanos, Jerónimos, Dominicos, Benitos, Basilios y Cartujos... ejército numeroso de *patriotas*, sin los cuales el despotismo más absurdo habría dominado á España, y llevado mayor número de rique-

zas, de influencia, de razón y poderío fuera de las fronteras.

«Que algunos doctos y piadosos varones de aquel siglo levantaron su voz para reprender las costumbres del clero secular y regular, poniendo á la vista de todos el triste cuadro de sus vicios y corruptelas:

Que otras veces no era por medio del libro por donde se atacaba la corrupción monacal, sino por la autorizada palabra de los procuradores en Cortes, los cuales insistían en la necesidad de poner coto á las fundaciones de conventos, y al mismo tiempo exigían que se refrenase la soltura que en algunos monasterios de monjas se notaba:

Que el Rey mismo dictó disposiciones para castigar á ciertas esposas de Cristo:

Que por el Concilio Santo de Trento se dictaron cánones rigurosísimos contra todo abuso.»

Verdad. ¿La ha negado nadie?

Ninguno, cual Teresa de Jesús, deplora todo lo que la impiedad se esfuerza en poner de relieve, y por ello pensaba por el año 1560 en el pobre monasterio de San José de Avila, dándole preferencia al de la Encarnación.

Es que en algunos conventos «había demasiada libertad...»

Pues «así eran todos los conventos.»

Es que en otros «se guardaba silencio, recogimiento, penitencia y oración...»

Una deducción famosísima:

«Farisaismo é hipocresía.»

Es, en realidad, que á surgir iba una mujer, capaz de hacer una *reforma* en el sentido del rigor, y porque esa mujer se llamó Teresa de Jesús, y fué española, patriota y nacional, se la censura y ataca.

Sacad las deducciones lógicas que tal proceder revela, patentiza y acusa.

Siempre amor á lo extranjero, siempre odio á lo patriótico y nacional.

En el siglo XVI, y en el XIX actual, los entusiastas de la creencia y de la fe católica, los amantes de la nación... Los impíos ó indeferentes, en su mayor parte los extranjerizados.

Notad este fenómeno curioso en que acaso no os hayáis fijado nunca, y reflexionad sobre él detenidamente.

Guerra cruel contra la religión católica y sus instituciones todas.

Guerra contra su influjo y preponderancia en la sociedad.

Guerra contra el Dios único y verdadero.

Sed francos: confesadlo así.

Esto es lo que se desea; esto es lo que se procura.

Fijemos otro hecho histórico de no menos evidencia.

La Iglesia, siempre predicando y queriendo el

predominio de la paz y la armonía, de la generosidad y del perdón.

Sólo atacada, luchan por élla los que la profesan, los que la aman, los que la quieren con verdadera sinceridad.

Por lo que hace á la Iglesia, gime y ora en silencio, fiada en Cristo, que la salvará.

Tal sucedía en el período recorrido en estas notas históricas, puente que necesitábamos echar para franquear el largo espacio recorrido en la vida de Teresa de Jesús, hasta los sucesos de la obra del futuro monasterio de San José.

# VI.

## Angel de consuelo y edificación.

Al amanecer de uno de los primeros días del mes de Diciembre del año de gracia de 1561, se hallaban reunidas en un retirado aposento de uno de los palacios de la ciudad de Toledo, varias personas calladas y silenciosas.

Silencio interrumpido tan sólo por hondos suspiros y sollozos que solían acentuarse de vez en cuando, á pesar de los consejos y reflexiones que los más serenos hacían á los más entristecidos y acongojados.

Gabinete de duelo.

Duelo tan inmediato, tan reciente, que aún yacía sobre rica cama imperial el cadáver de la persona á quien se lloraba por muchos motivos.

El fallecido, á cuyos restos mortales debía darse aquella misma mañana sagrada sepultura, había sido en vida un cumplido caballero, justo, recto, caritativo y muy cristiano.

Alcalde mayor de la ciudad, mariscal de Casti-

lla, esposo de una nobilísima dama, querido y estimado por el gran Emperador Carlos V y por su hijo Felipe II, sobrino del Cardenal don Juan de Tavera, Gobernador y Presidente del Supremo Consejo, y en tal concepto encargado de cumplir la última voluntad del ilustre prelado.

Fué su nombre Ares Pardo, y su esposa, doña Luisa de la Cerda, hija del duque de Medinaceli.

La delicada salud del anciano le había impedido seguir á la corte á Madrid, con gran disgusto del monarca.

A la noticia de la agravación de sus dolencias habían venido á Toledo sus deudos, sus amigos, sus allegados y sus parientes, contándose entre ellos los marqueses de las Cuevas, don Enrique Valdespinar y doña Leonor del Aguila, de quienes hace tiempo nada hemos dicho.

En cuanto á María y á Hispaleto, también residían en la ciudad imperial hacía largo tiempo; el pintor, dedicado con más ardor que nunca á sus trabajos artísticos; ambos tan felices como desdichados habían sido en épocas anteriores, y padres de una numerosa prole que acrecentaba con su cariño, su sumisión y sus respetos, sus delicias y complacencias.

Acompañando á la viuda de Ares Pardo estuvieron toda aquella noche nuestros conocidos.

¿Qué decimos?

Nuestros buenos amigos, que seguramente no habrán olvidado nuestros lectores.

—Consoláos, señora, y tened por segura la recompensa en el cielo de las virtudes de vuestro marido;—dijo al entrar en el gabinete algunas horas después de la salida del sol el respetable Obispo de Dragonesa, don Luis Juárez, á quien por excepción le había sido concedida esta gracia.

—Eso la decimos todos,—exclamó Valdespinar.

Mientras que la afligida viuda besaba enternecida el anillo pastoral del prelado, cuyas manos, blancas y mórbidas como las de una dama, se humedecieron de lágrimas.

Todos los allí presentes imitaron á doña Luisa de la Cerda, dando con ello una muestra de su piedad, á pesar del dolor que los embargaba.

El Obispo permaneció sentado por algunos instantes, aprovechándolos para mostrar cuánta era su sabiduría, sin que dijese una sola frase que no fuera oportuna y conveniente, mostrándose á la altura de su misión episcopal y de las circunstancias, cosa dificilísima en tales casos.

Después pretextó una despedida relacionada con su elevada jerarquía eclesiástica, y salió de la estancia recibiendo nuevas pruebas del respeto que había sabido infundir en cuantos le hubieron escuchado atentos y edificados.

Había llegado el momento crítico y angustioso de sacar de la casa mortuoria el cadáver que por voluntad expresa debía aquella mañana ser sepultado interinamente en la provisional capilla del

hospital en construcción, que comenzó y dotó su tío el Cardenal, y lleva aún hoy el nombre de Tavera, su apellido, contiguo á la vieja puerta de Visagra.

Los fallecidos en aquella época permanecían de cuerpo presente en la Iglesia durante la celebración de sus exequias, y luego eran enterrados bajo las bóvedas del templo, sin que por uno ni otro motivo se resintiera la salud pública, más delicada hoy sin duda, cuando ambas cosas están terminantemente prohibidas, y se procuran apartar de poblado los cementerios, que ya apenas nadie llama «Campos santos, ó campos sagrados.»

Todo cuanto Toledo encerraba de más distinguido asistió á los funerales de Ares Pardo, ó don Arias Pardo, como le llaman algunos cronistas de Teresa de Jesús, conociéndose bien por esto el aprecio que se le tenía, así como por las inequívocas muestras de dolor que su muerte ocasionó en todas las clases sociales de la ciudad.

Deploraban todos la pérdida del noble caballero, y esto sirvió de lenitivo al justo pesar de nuestros conocidos.

Cuando posteriormente en el año de 1624 se dijo la primera Misa en la capilla definitiva del caritativo asilo, cuya primera piedra se había puesto en 24 de Julio de 1562, presidió el acto el mismo don Luis Juárez, Obispo de Dragonesa, y no lejos del soberbio sepulcro, obra del inmortal Berruguete, que ocupa el medio del crucero en que descansa el

fundador del Santo Hospital, se colocó otro más modesto, en el cual se depositaron las cenizas de Ares Pardo en memoria de sus servicios y sus merecimientos, como exacto cumplidor de la voluntad de su tío.

Concluída la triste ceremonia de su primer sepelio, siguieron los días del novenario sin que nada sucediese digno de ser referido.

El abatimiento, la tristeza de doña Luisa de la Cerda llegó á inspirar á poco después serios temores, y fué entonces cuando se la ocurrió á la del Aguila escribir al P. Provincial que enviase á Toledo á la monja carmelita, de cuyos consuelos le decía su parienta tanto necesitaba.

Agradó en extremo aquella proposición al padre Salazar, pues habiendo traslucido algo de lo que se pensaba, surgido habían en Ávila recelos y murmuraciones que podían estorbarlo.

Y como además de esto conociese mucho á la viuda de Ares Pardo, se avino gustoso á dar orden á la Santa para que, en unión de una de sus hermanas, y acompañadas de don Juan Ovalle, partieran para la ciudad que con razón se la ha titulado por muchos la «Atenas española» del siglo de oro.

Teresa de Jesús hizo aquel viaje, saliendo de Ávila temerosa de que su ausencia perjudicara la obra.

Era, como sabemos, obediente y sumisa, ante

todo á los mandatos de sus superiores, y ocultó cuidadosa lo que la mortificaba.

En esta pena obró también el *natural* de la monja carmelita; mezcla con que parecía probarla Dios en muchas ocasiones y en muchas cosas.

No necesitamos encarecer la satisfacción con que Teresa de Jesús fué recibida en la casa mortuoria por la hija del duque de Medinaceli, y lo mucho que la congratuló hallar en Toledo á sus tíos, á María, á Hispaleto, y al ya viejísimo mayordomo Gonzalo, que salieron á esperarla, y al verse se abrazaron todos con efusión.

La nobilísima viuda del caballero no conocía á la Madre más que de nombre y fama, y salió por vez primera de sus habitaciones para apresurarse á saludarla cuanto antes y tributarla los agasajos y distinciones que merecía.

La hospitalidad era entonces bien diversa que suele serlo hoy.

Por más que en apariencia fuese más ceremoniosa, era en el fondo, por lo común, más entrañable y verdadera.

Al ver á Teresa doña Luisa, se arrodilló y besó su manto, lo cual impresionó á la Santa, que alzándola del suelo apresuradamente la besó en la frente en señal de respeto, diciéndola:

—He salido con pesar de Avila, y al veros ahora, conozco es la voluntad del Señor que me hospede en vuestra casa.

—Angel de consuelo y edificación seréis en ella á lo que infiero,—exclamó doña Luisa.

Y todos juntos se dirigieron al comedor, donde había dispuesta una gran comida.

No fué aquella la primera que se dió en la casa solariega de Ares Pardo después del fallecimiento de éste.

Las leyes de la etiqueta imponían entonces grandes sacrificios á los que tenían un duelo, que como casi todos los de la cortesía mundana, mortificaban.

Teresa no probó otros manjares que los que su Regla la permitía, y rogó á la dama no hiciera más por su venida cosa alguna extraordinaria; la viuda de Ares Pardo, no obstante, sin participar de los obsequios que hacía á sus parientes venidos con ocasión de la muerte de su marido, se esmeraba en hacerles grata, en cuanto cabía, su permanencia en el palacio.

Casi todo lo cambió allí la presencia de la Madre, aunque no de una vez y repentinamente, puesto que por lo que allí pasaba, dice nuestra heroína, que «no poco se mortificaba.»

Nunca fué Teresa de Jesús exigente ni exagerada; era tolerante, como lo es la virtud verdadera siempre, á diferencia de la que sólo es aparente y mentirosa.

Y á esto se debió, sin duda, que la religiosa viéndolo de cerca llegase á aborrecer, como escribe, «el ser *señora;*» por más, añade, que la de la

Cerda «con ser de las principales del reino fuese de las más humildes y de mucha llaneza.»

Y acentúa más aún sus atinados juicios.

«Yo la había lástima, dice, y se la había de haber viendo cómo iba muchas veces no conforme á su inclinación por cumplir con su estado.»

Y añade esta oportuna reflexión:

«Pues con los criados es poco lo poco que hay que fiar, aunque élla los tenía buenos; no se ha de hablar más con uno que con otro, sino al que se favorece ha de ser el malquisto.»

Y pone después:

«Ello es una sujeción; tanto, que una de las mentiras que dice el mundo es llamar *señores* á personas semejantes, que no me parecen son sino *esclavos* de mil cosas.»

¡Cómo revelan las palabras de la Madre su gran penetración y exquisito juicio, y cuán exactas en todas sus partes!

Y las ponemos y reproducimos gustosos, porque ellas retratan más y más el carácter de la protagonista principal de esta obra.

Teresa es allí una huéspeda, y se conduele de la situación de la que la da hospedaje... ¿no atestigua esto cuán grande era su agradecimiento al favor que recibía y se la dispensaba?

No envidiéis, pobres ni medianos, pues, á los ricos y poderosos del mundo, que más esclavos son que vosotros lo podéis ser, llamándose *señores*.

No hacen nada que les plazca por regla general, y aun siendo buenos, no son queridos por la envidia que despiertan en cuantos los adulan, sirven y halagan.

Dios quiso que Teresa de Jesús viviese en una casa principal para que más aborreciese el mundo, y que esto sucediera después de hecho el *voto seráfico*.

Voto de humildad y de pobreza que no dejó de observar en Toledo, en el palacio de la hija del duque de Medinaceli; siendo el Señor servido, según confiesa, que el tiempo que estuvo en aquella casa hasta se mejorasen en servirla las personas de élla, mientras que por su parte no estuvo libre de trabajos y envidias que tenían algunas personas del mucho amor que doña Luisa la tomó.

«Debían, por ventura, pensar, escribe en su Vida, que pretendía algún interés; ó el Señor permitir me diesen algunos trabajos porque no me embebiese en el regalo que había por otra parte, siendo servido sacarla de todo con mejoría de su alma.»

En resumen:

Lo que á los más extravía y disipa, á Teresa de Jesús confortaba:

Donde hallan riesgo muchos, élla recogía copiosísimos frutos de salud y de gracia.

En cuanto á la viuda de Ares Pardo, por la mística Doctora sabemos, que el Señor fué servido, que

aquella señora se consolase tanto, que «conocida mejoría comenzó luego á tener, y cada día más se hallaba consolada.»

Lo cual se tuvo á mucho, «porque la pena la tenía en gran aprieto.»

Y debíalo hacer el Señor así, según Teresa, por las oraciones que hacían por élla las personas buenas que conocía, para que la sucediese bien.

Doña Luisa de la Cerda se hizo aún más temerosa de Dios, y «tan buena, según la Santa, que su mucha cristiandad suplió lo que á élla la faltaba.»

«Tomó grande amor conmigo, añade, y yo se le tenía harto de ver su bondad.»

A pesar de ello, para la Madre todo la era cruz, y los regalos la daban gran temor. Y su alma andaba tan encogida, que no osaba descuidar ni se descuidaba el Señor, porque estando allí la hizo grandísimas mercedes, y éstas la daban tanta libertad y la hacían despreciar tanto todo lo que veía, y mientras más, eran más; que no dejaba de tratar con aquellas tan señoras, que muy á honra pudiera élla servirlas con la libertad, como si fuera su igual.

Sacó Teresa de Jesús una ganancia muy grande de su estancia en Toledo, persuadiéndose que cuantos la rodeaban eran personas sujetas á pasiones y flaquezas como élla, y de cuán en poco se ha de tener el señorío, pues mientras es mayor, tiene más cuidados y trabajos.

Y «aquello, dice, de guardar compostura conforme al estado, y el no vivir á gusto, ni comer á tiempo sino conforme al estado, y nunca á los gustos y complexiones; y manjares que no gustan y hastían, porque son conformes á ese mismo estado...»

Tiranía y sujeciones por todos lados; esclavitudes y respetos humanos por todas partes.

¿Y por qué ni para qué?

¡Desdichados mil veces los poderosos de la tierra!

¡Felices los que moderan sus aspiraciones y viven del trabajo honrado!

¡Y más felices aún los que todo cuanto hacen, gozan, ó padecen, lo consagran á Dios y lo hacen para bien de su alma!

Teresa obraba así en su monasterio de la Encarnación, y no cambió en el palacio de Toledo á donde llegó en los comienzos del año 1562, y que por ley de obediencia no abandonó hasta Abril de 1563.

¿Por su gusto? No.

Aun cuando la consolaba mucho que había en la ciudad casa de la Compañía de Jesús, y con estar sujeta á lo que la mandasen, como lo estaba, la parecía estar siempre con alguna seguridad.

Concluyamos.

Fué en Toledo Teresa de Jesús *Angel de consuelo*

*y edificación*, como hemos puesto por epígrafe de este número, y debía serlo en mayor escala y en todas partes hasta el fin de sus días en premio de sus esclarecidas virtudes y excepcionales merecimientos.

Angel de consuelo de doña Luisa de la Cerda, de sus criados, de sus parientes, de sus amigos, de cuantos la conocieron, á quienes edificó con su proceder tolerante y bondadosísimo.

Tanto, que no hubo quien no la respetase y la tuviese en *más*, cuanto élla se esforzaba por tenerse en *menos*, y se hacía accesible por su llaneza y su cariñosísimo trato á todos.

Sólo cuando estaba oculta y encerrada en su cuarto daba la Santa rienda suelta á su amor á Dios, y observándola varias veces los de la casa, fueron testigos de su fervor en la oración y de las mercedes que el Señor continuó haciéndola, y no hemos de repetir aquí, á riesgo de hacernos cansados.

Hubo allí visiones y arrobamientos; éxtasis y suspensiones de espíritu y corporales que, á pesar suyo, se hicieron públicas y evidentes.

Ella no quería esto; pero esto sucedía y acrecentaba su fama y nombre; crecimiento que la suscitaban celos y envidias, como sucede en el mundo al verdadero mérito.

Doquiera que Teresa iba, con élla iban la edificación, la paz, la dicha y el consuelo.

É irradiaban de su alma hermosísima tales eflu-

vios, que era imposible sustraerse á su influencia ni dejar de percibir y aprovechar sus enseñanzas.

¿Sucederá así con esta obra?

Bien quisiéramos atesorar en élla cuanto de la Santa hemos leído con avidez y con afán, para trazarla y escribirla sin desnaturalizarla por nuestra torpeza.

¡Ah! Por más que así lo procuramos, mucho tememos no acertar á contentar á todos, dada la multiplicidad de gustos y aficiones, y la absoluta imposibilidad de hacer al presente lo que hemos podido verificar en otros trabajos anteriores de campo más vasto, menos ceñido, menos tasado.

# VII.

## En el que se refieren varias cosas que á Teresa de Jesús acaecieron en Toledo.

No eran los designios de Dios que la monja avilense permaneciera en el mundo largo tiempo, aun cuando en realidad no pueda decirse que estuviese dentro de él en el palacio de doña Luisa de la Cerda.

Permanecía, por el contrario, retraída en cuanto la era dable, sin por ello faltar á los deberes que su misión en Toledo la imponían, y, sobre todo, sin que se pudiera tomar á desagradecimiento del cariño y las atenciones que se la guardaban.

Refiere ella misma, que estando allí acertó á venir á Toledo un religioso [1], persona muy principal y con quien élla había tratado años antes algunas veces, y estando en misa en un monasterio

---

1 Según el P. Yepes, fué el dominico P. Vicente Barrón; otros creen debió ser fray García de Toledo, de la familia de los condes de Oropesa, dominico también.

de su Orden, que estaba cerca del palacio, la dió deseo de saber en qué disposición estaba su alma, y levantándose para irle á hablar, desistió de ello hasta tres veces.

Vencida al fin por aquella sugestión, que atribuyó á su ángel bueno, conversó con él, y éste la sacó de dudas sobre si estaría ó no en la gracia del Señor, asegurándola que sí, lo cual la consoló mucho.

Sucedió otra cosa de mayor importancia aún, y fué, que hallándose en el palacio de la viuda de Ares Pardo, un criado la anunció una visita.

Salió al salón y se encontró que quien venía á verla era una mujer tan identificada con sus pensamientos y sus deseos, que aluego se entendieron é identificaron entre sí perfectamente.

La tal piadosísima señora había ya emprendido de modo singular la tarea de reformar la Orden del beato Alberto, y su nombre ha sido glorificado por la historia.

Se llamaba María de Jesús.

No bien se dió á conocer, Teresa se levantó de su asiento y la abrazó con efusión.

—He oído hablar de vos con elogio,—la dijo,—y la rogó la refiriese cuanto había hecho.

María la complació en el acto, diciéndola poco más ó menos lo siguiente:

—Hija de padres nobles y virtuosos, nací en Granada el año 1522; de ellos recibí una esmera-

da y cristiana educación. Casada en los albores de mi juventud, viví poco tiempo en aquel estado, quedando viuda con harta pena de mi corazón. Después de llorar á mi marido, fuí tocada por el dedo del Señor é ingresé en el beaterio de Nuestra Señora del Carmen, concibiendo, en vista de la relajación que en la Orden se notaba, la idea de la *reforma*, proponiéndome conseguirla, á pesar de los mayores obstáculos y trabajos, con la ayuda y protección de Dios.

—Os elogio cual merecéis,—la interrumpió Teresa.—¿Y sufriríais mucho?...—la preguntó,—á no ser que esto os parezca una indiscreción.

—Pasé grandes trabajos; tanto, que para conseguir autorización del Papa, marché á Roma á pie y descalza, con mil privaciones, sin reparar en lo largo del camino, ni pararme ante las penalidades que hubieron de conturbarme. Con ánimo entero, con resuelto corazón, con la misma poderosa fe que me había hecho emprender un viaje tan prolongado, llegué á Roma, heridos y ensangrentados los pies, el cuerpo desfallecido y en un estado lastimoso. Admiró tanto á Su Santidad mi entereza, que al punto me otorgó el bondadoso Pío IV el permiso para fundar un Monasterio de mujeres, según la primitiva Regla del Carmelo.

—¡Varonil mujer!—exclamó Teresa,—y ambas se abrazaron de nuevo.

—Pero es el caso, que aún nada he conseguido, —prosiguió diciendo María con gran desconsuelo,

—y mostró á la huéspeda de doña Luisa el Breve y documentos que confirmaban sus palabras.

¿Qué sucedió después de esta entrevista?

No es difícil colegirlo, y sabido es, que María de Jesús fundó en Alcalá de Henares el 11 de Septiembre de aquel mismo año, un beaterio que posteriormente, en 1567, se acomodó á las constituciones que fueron obra de Teresa y sirvieron para el régimen á que acomodó todas sus fundaciones.

Siendo no menos evidente que la Santa la facilitó cartas de la viuda de Ares Pardo para doña Leonor Mascareñas, ama que había sido de Felipe II, y que esta piadosa mujer cedió á María la casa en que el beaterio se estableció.

Y, por último, que la reforma de María no debió ser tan perfecta como la de Teresa, compruébalo el hecho que dejamos consignado, hecho que ocultan intencionalmente algunos escritores para arrebatar á la religiosa de Ávila las primicias de sus trabajos.

No; nosotros no podemos obrar de igual manera *rebajando* á una para *ensalzar* á otra, cuando ambas son acreedoras á que las elogiemos por su espíritu y por sus actos, perfectamente santificados.

Buscó ánimos, consejos y protección María en Teresa; y Teresa, sin egoismo alguno, se los facilitó, utilizando para otra mercedes materiales por mediación de su amiga doña Luisa de la Cerda, á

quien para sí nada pidió nunca, por más que la constaba que ésta no se les hubiese negado.

De lo que es una prueba de abnegación manifiesta, se ha querido hallar cargos para nuestra heroína, que por lo mismo nosotros no podíamos dejar de desmentir.

No contribuyó menos á infundir en Teresa de Jesús nuevos y grandes pensamientos, la ida á Toledo de fray Pedro de Alcántara, á quien la Santa consultó lo que debía de hacer, y este amantísimo y entusiasta partidario de la pobreza evangélica la dijo:

—No se preocupe, Madre, de medios materiales para las fundaciones que proyecta, y deje á Dios que se los proporcionará.

«Gran cosa es, escribe la monja avilense á propósito de estas entrevistas, á un enfermo hallar otro herido de aquel mal; mucho se consuela de ver que no es solo, y mucho se ayudan á padecer y aun á merecer. Excelentes espaldas se hacen con tales auxiliares, y una se determina á arriscar mil vidas por Dios, y á desear que se le ofrezca en qué perderlas: siendo como los soldados, que por ganar el despojo y hacerse con él ricos, desean que haya guerras, teniendo entendido no lo pueden ser sino por ansí.»

Y añade:

«¡Oh! ¡Gran cosa es á donde el Señor da esta luz de entender lo mucho que se gana en padecer por

El!... Y no se entiende esto bien hasta que se deja todo, porque quien en ello está, señal es que lo tiene en algo; pues si lo tiene en algo, forzado le ha de pesar de dejarlo, y de no, todo va imperfecto y perdido. Bien viene aquí afirmar que es perdido quien tras perdido anda: ¿y qué más perdición, qué más ceguedad, qué más desventura que tener en mucho lo que no es nada?»

Quien de tal manera se expresa, ¿cabe hubiese menester ser dirigida en lo mismo que encarece, ó, por el contrario, que fuese consultada para dirigir?

No es lógico hacer de menos á quien fué más por la sola pretensión de rebajarla; y esto es lo que se ve claramente en los que han osado escribir de Teresa de Jesús de manera distinta que se debe escribir.

Con semejante proceder no hay nada grande, y á esto parecen aspirar los que con dañado espíritu tuercen y tergiversan lo que se sabe y está averiguado de Teresa de Jesús.

El Dominico á quien la Santa se refiere en su Vida, y confortó su alma en Toledo, murió á poco, y Teresa, después de haber comulgado, vió cómo era llevado á la gloria sin saber que hubiese muerto, lo cual oyó decir después á la religiosa que desde Avila la había acompañado.

Luego que sucedieron éstas y otras cosas, llegaron cartas á casa de doña Luisa de la Cerda, en las

que participaban á Teresa, cómo muchas de sus hermanas de la Encarnación pensaban elegirla Priora, lo cual la afligió en extremo, y las contestó rogándolas desistiesen de tal empeño, si hacían caso de su humildad.

Y esto la acongojó tanto, que cayó en una gran tristeza, y fué á élla á quien la viuda de Ares Pardo y sus amigos tuvieron que consolar.

Los marqueses de las Cuevas tornaron á Madrid á causa del cargo de confianza que en el real Palacio tenía Valdespinar; en el cual murió, dejando viuda á doña Leonor, que entró en el Monasterio en que su cuñada había muerto y dado el encargo de velar por Hispaleto.

La marcha del matrimonio Valdespinar causó á todos un gran pesar, pero principalmente á Teresa.

Vinieron, por último, órdenes para la madre, que fué preciso acatar y obedecer.

Alzósela la de permanecer en Toledo al lado de doña Luisa, que ya la amaba con delirio, y de ella había menester, por cuya razón trató cuanto más tiempo pudo de retenerla á su lado.

La Santa, por este tiempo, andaba con nuevas congojas, ansiosa de acierto, consultando á todos sobre el modo de fundar Monasterios y estatuir el nuevo ó primero de San José, de cuya obra tenía por su hermana y su cuñada las mejores noticias.

Se acercaba una de las más grandes crisis, por

que nuestra heroína debía atravesar en su ya por demás accidentada existencia.

Y luchaba, como se lucha siempre antes de ciertas y determinadas resoluciones; sobre todo, cuando con éllas y en éllas se quiere y se desea, no sólo acertar, sino servir á Dios.

¿Había de preocuparla la manera de llevar á cabo la reforma? Eso no.

Sabía en el particular á qué atenerse.

¿Debía preocuparla la renta del Monasterio, ó dejar la subsistencia de él á merced de la pública caridad, ó, mejor dicho, á la de la sola munificencia del Señor?

Por élla, sí; no había inconveniente.

—¿Pero y mis pobres hermanas?—decía á la viuda de Ares Pardo transmitiéndola sus dudas y sus vacilaciones.—Y no crea su merced,—añadía, —que es cosa baladí esto que á mí me hace andar remisa, turbada, y sin saber qué resolver; porque en ello estriba el que yo agrade ó no al Señor.

En otra ocasión acentuaba más, hablando con doña Luisa de la Cerda, la situación de perplejidad en que se encontraba:

—Unos me aconsejan de una manera y otros de otra. ¿Qué hacer?...

Y la noble dama guardó silencio.

—Hasta que hablé con María de Jesús, aquí, en vuestra misma casa, ignoraba, ó por lo menos en ello no había caído, que nuestra Regla, antes que se relajase, mandaba no se tuviese nada propio, y

yo, por lo tanto, ahora me inclino á fundar sin renta, con el intento de que no tengamos cuidado de lo que habremos menester, y no tener sobre nosotros los que traen consigo tener propio. Esta bendita mujer,—así se expresa la Santa, hablando de la persona que han dicho algunos malévolos tenía por rival,—como la enseñaba el Señor, tenía bien entendido con no saber leer, lo que yo con tanto haber leído las constituciones ignoraba. Y como me lo dijo, parecióme bien; aunque temí que no me lo habían de consentir, como ha sucedido, diciéndome hago desatinos, y que no haga caso, que sola yo no he de padecer, que á ser así, poco me detuviera, antes me sería de gran regalo el pensar en guardar los consejos de Cristo, Señor nuestro, y grandes deseos de pobreza ya me los había dado su Majestad.

La viuda de Ares Pardo la escuchaba embebecida.

Pero luego las cosas cambiaron para Teresa, y recibió respuestas contradictorias sobre asunto que tanto la preocupaba en Toledo, y de que élla nos da cuenta en los postreros capítulos que escribió del hermoso libro de su Vida, que tanto nos ha servido para darla á conocer hasta aquí.

Y fué por esta misma época cuando nos dice Teresa que tuvo nuevas y grandes visiones, y díjola el Señor algunas cosas de varias personas y del Rector de la Compañía de Jesús, todas ellas de grande admiración.

No estimamos que parezca minucioso y pesado cuanto aquí ponemos de la Santa.

Nos hemos comprometido á darla á conocer con más detenimiento que otros autores lo han hecho hasta ahora, y sobre todo en una forma y manera que recogerse puedan todas sus enseñanzas.

Es este nuestro propósito, y lo vamos llenando, no sin gran trabajo.

El tiempo corría, y la Madre estaba muy á gusto, por otra parte, y muy complacida en Toledo, creyendo que se haría sin su presencia la elección anunciada; mas un día, después del Santo Sacrificio, el Señor puso en su espíritu que debía ir, aunque en Avila hallaría cruz.

Con este motivo, Teresa dice «que se fatigó mucho, y no hacía sino llorar, porque pensaba que era cruz ser Perlada, y no podía persuadirse que ésta tuviera el serlo bien á su alma en ninguna manera, ni hallaba términos para ello.»

Contó lo sucedido á su confesor, y mandóla que luego procurase ir, que claro estaba era cosa de más perfección, y si porque hacía gran calor, quería estarse unos días, porque no la hiciese mal el camino, podíalo hacer.

Mas el Señor, que tenía ordenado otra cosa, púsola en mayor desasosiego que traía, y no podía tener oración, y parecióla faltar á lo que el Señor la había mandado, y temía que obrase así por estar allí á su placer y con regalo, y rehusar traba-

jos, y dióla esto tal apretamiento de alma, tal quitarla el Señor todo gusto, que al fin se decidió á pedir permiso á doña Luisa para ausentarse.

Fueron entonces las súplicas y los lamentos tales, que Teresa volvió á vacilar.

El confesor la dijo entonces:

—Váyase.

Y ya no dudó.

La salida de Toledo de Teresa de Jesús fué para la viuda de Ares Pardo, para María é Hispaleto un golpe rudísimo.

Doña Luisa de la Cerda sufrió un síncope, la esposa del pintor no sabía qué decir, y sólo el artista tuvo serenidad bastante para acompañar á las dos religiosas hasta fuera de la ciudad.

Al despedirse, Teresa le preguntó:

—¿Rezáis ahora?

—Rezo,—contestóla don Juan,—con grandísimo fervor.

—Pues tomad,—añadió la religiosa carmelita, y le entregó un escapulario que el pintor llevó á sus labios con grandísima devoción.

—Os pagaré la merced que me hacéis, Madre, y las muchas que por vuestras oraciones he tenido en mi vida antes de mi matrimonio con vuestra prima.

—¿Cómo?—la preguntó Teresa sonriendo.

—Pintando para vuestro monásterio de Avila un San José que adorne su retablo principal.

Y saludándose, se separaron las monjas para emprender su penosa caminata, é Hispaleto, para consolar á las damas, á quienes había dejado sumidas en el mayor dolor.

El artista había, en efecto, cambiado mucho desde su enlace con la hija de D. Pedro, muerto en olor de santidad, como nos lo asegura Teresa de Jesús; que Dios así premiaba sus virtudes haciéndolas reflejar en sus deudos, en sus amigos, y hasta en muchos de sus enemigos.

Que los tuvo sin disputa, y grandes y poderosos.

Lo extraño, lo raro, lo singular para nosotros, es que los pueda tener hoy.

Esto no lo concebimos, sino viendo que los que lo son de élla, lo son sólo por serlo de la religiosa.

El artista es fama que cumplió su promesa, y como si le faltase tiempo, desde el día mismo de la despedida se consagró al lienzo, que estuvo concluído en brevísimo plazo, con asombro de su esposa y de doña Luisa, á quienes esto sirvió de consuelo y complació mucho.

# VIII.

**Hácese preciso, por más que sea doloroso, impugnar el error y restablecer la verdad.**

Se nos ha significado de tal manera y tan á las claras por la mayoría de nuestros lectores el deseo de que seamos minuciosos y detallados en el relato de cuanto á la protagonista principal de esta obra se refiere, que no hacerlo así sería faltar á sabiendas al grato deber de complacerles.

Y decimos *grato*, porque lo es mucho para nuestra alma, en medio de las contrariedades inevitables de la vida, engolfarnos en recoger las bellísimas é interesantes tradiciones, las memorias y los recuerdos todos de una de las principales heroínas de nuestra patria, sobre todo en presencia de la cruzada levantada contra élla en nuestros días, y más principalmente desde la celebración de su glorioso Centenario.

Que no por ser escasísimo y contado el número de los escritores consagrados á la antipatriótica y

anticristiana tarea de pretender obscurecer una de nuestras glorias nacionales, de rebajar una de las figuras más ilustres de la religión hispana, merecen menos que dejemos de contrarrestar sus poco envidiables trabajos.

El mal ejemplo cunde, y pudieran ser más.

Les inspira el odio á la religión del Calvario; acentúa su tarea la enemiga á las virtudes egregias de Teresa, tan contrarias al imperio y al predominio de las pasiones.

Sólo así podemos explicarnos lo que sucede en cuanto se contrae á lo que el mundo entero ha respetado y respeta.

Podrían, por otra parte, creernos desprovistos de armas para rebatirles si procediéramos de otra suerte; siendo además para la juventud tan peligrosa la *novedad*, que sólo por ello estaríamos doblemente obligados á levantar nuestra humilde voz en elogio de la Santa.

Salió Teresa de Jesús de Toledo con pena de dejar á doña Luisa de la Cerda, pero resuelta y decidida, como siempre, á seguir los llamamientos de Dios.

«No es menester buscar razones,—dice á este propósito,—para lo que Vos queréis, porque sobre toda razón natural hacéis las cosas tan posibles, que dáis á entender bien que no es menester más que amaros de veras y dejarlo de veras todo por Vos, para que Vos, Señor mío, lo hagáis todo fácil.»

Y añade:

«Bien viene aquí decir que fingís trabajo en vuestra ley, porque yo no los veo, Señor, ni sé por qué se dice estrecho el camino que lleva á Vos. Camino real es, que no senda, y quien de verdad se pone en él va más seguro; y muy lejos están los puertos y las rocas para caer, porque lo están las ocasiones.»

Y para hacer resaltar más tan atinadísimas reflexiones, escribe á seguida:

«Senda llamo yo y angosto camino en el que de una parte está un vallé muy hondo á donde caer, y de la otra un despeñadero: no cabe ir en él descuidado, porque cabe despeñarse y hacerse pedazos. El que os ama de verdad, bien mío, seguro va por ancho y real camino; no tropieza tántico, cuando le dáis Vos, Señor, la mano.

No basta una caída, y muchas, si os tiene amor, y no á las cosas del mundo, para perderse, va por el valle de la humildad. No puedo entender qué es lo que temen de ponerse en el camino de la perfección, sin entender cuán malo es andar con el hilo de la gente, y cómo está la verdadera seguridad en procurar ir muy adelante en el camino de Dios.»

Y por último:

«Los ojos puestos en Él, y no haya miedo se ponga este Sol de justicia, ni nos deje caminar de noche para que nos perdamos, si primero no le dejamos á Él.»

Con tales ideas, nuestra heroína no asiente á los llamamientos y las afecciones humanas; ¿las desdeña? no; las elude tan sólo, y ante los ruegos y las lágrimas de la viuda de Ares Pardo, no se suscribe á permanecer en la imperial ciudad.

Ni al pasar y detenerse unos días en Madrid, se queda en la de los marqueses de las Cuevas, que también á su lado la quisieron con empeño y súplicas reiteradas retener.

Va á su objeto; va á su fin.

Objeto que persigue; fin que anhela y desea con el mayor ardor.

—Voy,—les dice,—de priesa.

—¿Por obediencia?—la preguntan.

—Por inspiración y llamamiento de Dios voy, —les contesta.

Y es tal su acento de convicción al expresarse así, que nadie se atreve á contrariarla; y ofreciéndola servirla, la dejan ir.

—Día llegará,—añade,—y no lejano, en que os necesite; en que os haya menester.

Pero no la entendían.

Teresa hablaba con frecuencia con acento profético, y cuanto anunciaba en tales casos, jamás dejaba de suceder.

Los marqueses de las Cuevas sirvieron á la Santa en las contrariedades que padeció á poco.

—¿Y temiendo, os volvéis á Avila?—la objetaban.

—Así lo hago.

—¿No os estaría mejor quedaros aquí?

La replicaban con afectuoso interés; y élla, alzando su brazo, y señalando las cumbres del Guadarrama, exclamó:

—Allí están mis deberes, y allí está mi padecer.

Lenguaje sublime que afirma y ratifica con obras y en cuanto escribe luego en su Vida, y con marcada intención acabamos de transcribir.

El valor de la monja avilense crece con su fe; tan verdad es, que el cristiano es esencialmente un ser valeroso, como el impío es criatura de grandísima debilidad.

La gloria del cristiano consiste en servir á Dios, su dueño y Señor; la vergüenza del libertino, es ser esclavo de sus pasiones y de su propia cobardía.

Todo lo arrostra aquél; todo lo sacrifica éste á lo que hay de más vil, bajo y despreciable.

El justo no mira al mundo; no le ve; es lo último á que atiende.

El que no lo es, se tiene por libre cuando está más esclavizado; mientras busca lo que hay de más penoso y difícil el que está dispuesto á merecer y contentar á Dios.

Por ello, calificar á Teresa de Jesús de «egoista, de vanidosa, y hasta de regalada y codiciosa,» es una de las más groseras calumnias que pueden lanzarse contra lo que resulta contradicho por todas sus acciones, aun las más insignificantes.

Abraza Teresa el estado religioso... Ya hemos oído á los impíos decir:

«No lo hace por vocación, sino por circunstancias puramente terrenas, que influyen sobre su ánimo, y la fuerzan á adoptar una resolución contraria á sus deseos.»

Dícela el Señor:

—No quiero que de aquí en adelante converses con hombres, sino con ángeles.

Y la incredulidad y la pedante crítica moderna, por medio de uno de sus más atrevidos corifeos, no vacila en escribir:

«Sueños, fantasías, relatos fingidos por la excesiva credulidad, ó por el interesado fanatismo.»

Y con un énfasis autoritario y presuntuoso, añade:

«El cambio de vida que se operó en Teresa cuando llegó á los cuarenta años [1], *se explica* por causas sencillamente naturales, sin necesidad de hablas de Dios, órdenes del cielo, ni apariciones; fué consecuencia precisa de la edad.

»Durante veinte años, en la flor de su existencia, entregada estuvo á pasatiempos y distracciones, que si no satisficieron su corazón, halagaron, sin embargo, su voluntad.

»Cumplidos los ocho lustros primeros de su vida, á medida que sus gracias físicas se marchitaban, sus ilusiones se desvanecían; nada llenaba

---

[1] Es decir, á la época de su existencia á que hemos llegado.

aquella ASPIRACIÓN AMOROSA DE SU ALMA; había llegado para élla la época del desaliento, de la desilusión, del desencanto más cruel, y convirtió su atención á otros objetos: ASPIRÓ Á SANTA; *creyó* merecer *favores especiales de Dios* en *sus oraciones;* llamó sobre sí la atención; fué tenida por endemoniada ó por inspirada del cielo; suscitó enemistades, despertó envidias, produjo disgustos, captóse antipatías, obtuvo censuras de unos, ó alcanzó beneplácitos de otros, SALIENDO AL FIN CON SU DESEO, que no era otro sino el *abandonar el convento de la Encarnación,* y pasar por *fundadora,* y ser *reputada como instrumento saludable de regeneración en la Iglesia de Cristo.*»

—¿Y esto se ha escrito en España?—Os oigo preguntar escandalizados.

—Y el que tal ha escrito, ¿es español?

—¿Y cristiano?

Ni buen español ni cristiano, os responderemos sin vacilación alguna.

El ateo no tiene patria ni religión.

Por lo demás:

¿No hemos explicado nosotros?...

¿Qué decimos?

¿No explica la Santa misma lo que la llevó al estado religioso?

¿Con qué derecho tergiversáis, impíos, lo que élla dice de sí misma con nobilísima humildad y franqueza, por daros aires de una *penetración* totalmente opuesta á la verdad?

¿Pues qué diremos de esa peregrina manera de explicar el cambio de *vida* por la *edad*, que para rebatirlo mejor, aunque nos pene, hemos copiado, si bien omitiendo trozos que mancharían las páginas de este libro?

Siglo de lucha y de contradicción es el en que estamos; por eso es preciso escribir como escribimos, ya que de una Santa tratamos.

Faltará fe á algunos que nos lean... Que no les falte patriotismo, al menos por lo que hace á Teresa de Jesús.

¡Admiremos, empero, la fuerza y el atractivo de la verdad!

En el trozo postrero que hemos tomado de una obra inconcebible, párrafos hay que son concesiones hechas á la realidad de las cosas y á lo evidenciado por la historia.

Sí; cambios de vida, etapas diversas hubo en la existencia de Teresa, que dejamos señaladas con fidelísima exactitud y precisión.

Cuando la buena Madre salió de Toledo y pasó por Madrid, reciente corte de Felipe II, para volver á Ávila, se efectuaba en élla una gran elaboración: los comienzos de un cambio profundo y radical, consecuencia natural y lógica del *voto seráfico*.

Y no sólo élla, sino hasta cuantas personas la querían y la rodeaban, fueron á su vez instrumentos dóciles, más ó menos inconscientemente, de la

voluntad del Altísimo, á que Teresa atendía y consultaba constantemente.

¡Ah! Qué diferencias entre la fatigosa lucha por la vida material y la lucha por el bien y la santificación de los demás.

Nosotros llevamos sobre nuestros hombros el peso de la primera, desesperante muchas veces, sobre todo al contemplar desde la experiencia de los años cómo está la sociedad y la familia, y lo difícil que se hace cumplir uno sus deberes, á pesar del mejor deseo, teniendo que chocar casi siempre y pugnar contra el *imposible*.

Pero imposible de que no es uno autor ni responsable, sino efecto del medio ambiente en que se respira á la sazón.

Teresa estaba próxima á una lucha titánica; pero lucha divina, lucha por Dios y para Dios.

¡Qué envidia debe inspirarnos su diferente modo de ser con nuestro modo de ser!

Y nos la inspira, ciertamente, cuando es en cierto modo tarde para retroceder.

Líneas son éstas que escribimos con la certeza de que muchos, al leerlas, han de exclamar:

—¡Tiene razón! ¡Dice verdad!

¿No os patentiza esto, que al escribir con deje tal de amargura, es porque no vivimos de ilusiones, sino que vivimos en la seca y prosáica atmósfera de la realidad?

Continuemos demostrando lo que hasta para la pasión y el error significa la fuerza de la verdad.

La crítica moderna no altera ni cambia fechas; pero las explica y acomoda á su capricho.

Tampoco se atreve á desmentirnos, y nos concede que «á su vuelta á Avila, Teresa de Jesús tenía un deseo vehementísimo y único quizás: el de retirarse á un género más *tranquilo de subsistencia* que hasta entonces había adoptado; vivir á manera de las descalzas de San Francisco, con algunas amigas y parientas que aprobaban sus intentos.»

Esto ya es algo.

Pues va más lejos, y pone:

«Su propósito principal era, *á lo que parece*, eludir las importunaciones que la asediaban de continuo, quedando para simple monja en un convento donde había más de ciento ochenta, donde era muchas veces esclava de las voluntades de otros, y pocas dueña de la propia. Al cabo de veinte años de religión, se juzgaba con méritos para *más importantes cometidos* y para más *independiente existencia.*»

De esto que la incredulidad confiesa, podemos aceptar mucho; lo que rechazamos, es el espíritu *satánico* que encierran siempre las concesiones de los enemigos de la gran Santa castellana.

Decimos de ellos lo que de todos los historiadores de mala fe se debe decir. El mayor peligro al leerlos, es cuando hacen alardes de independencia y sinceridad.

«Retirarse á un género más *tranquilo de vida...*» Decid, como élla escribe, de «más perfecta vida,» y hablaréis con mayor propiedad y exactitud, aun-

que en el fondo eso de *más perfecto* sea en cierto modo equivalente á *más tranquilo.*

«A manera de las descalzas de San Francisco.»

Pues convenís que en esta parte, como en todas, fué élla de sí misma y somos nosotros fieles historiadores de la religiosa carmelita.

«Eludir *importunaciones...*» añadís; pues tampoco decís nada nuevo ni que en descrédito de Teresa pueda resultar de modo alguno.

*Importunaciones* contra su virtud, contra la perfección á que aspiraba y quería; tal es la verdad.

«Ser dueña de su voluntad, en vez de la ajena.»

También convenimos en esto... Pero voluntad recta, justa, fervorosa, de rigidez y penitencia, de mortificación y de humildad.

«Veinte años de merecimientos grandísimos, hicieron que Dios la consagrase á más *importantes cometidos.*»

Así resultó apropiada la recompensa al merecimiento; la gracia á las virtudes de la Santa.

Y estas cosas no las necesitaríamos demostrar tan al detalle como lo hacemos, si no escribiésemos en un siglo descreído para todo lo que es sobrenatural en el orden religioso, y endiosa, no obstante, á los hombres como no se les ha endiosado jamás.

Pues se ha ido aún más allá en la desairadísima tarea de acumular cargos en este momento histórico de su Vida contra la monja avilense, y se quiere hacerla pasar hasta por *plagiaria.*

¿De quién?...

De quien precisamente acudió á ella para realizar nobilísimos propósitos; y no los llenó sin su consejo, y no los completó hasta más de cinco años después [1], «acomodándolos [2] á las constituciones trabajadas por Teresa de Jesús, con autorización de la Santa Sede, confirmadas años adelante en el Capítulo general de los Padres descalzos carmelitas, verificado en Alcalá de Henares.»

Pues si esto nos confesáis que fué así, y así sucedió, ¿cómo os atrevéis á llamar á la Santa *plagiaria* de quien á beber fué en élla como en fuente purísima de sabiduría y de fervor por su propia voluntad?

Aceptáis de ella lo que os conviene, y lo que no, lo rechazáis ó adulteráis.

Suponéis rivalidades entre santos y virtuosos.

Los que se inspiran en Dios, nunca se creen mejores que los demás, ni aun de los que obran conforme al espíritu de Dios.

Lejos de eso, que suponéis gratuitamente, afirmar podemos que ningún *Santo* se ha creído serlo, ni como tal se ha hecho pasar ante los ojos de los demás, humillándose hasta colocarse al nivel de los pecadores, de los más indignos de merecer los favores del Señor. No fueran santos si no.

Fijáos en esto para concluir este número:

Teresa se llama á sí misma *ruín* millares de ve-

[1] En 1567.

[2] Esto no es nuestro.

ces en su vida; exagera sus faltas; decanta los castigos que merecía; se arrastra por los suelos; se deja ultrajar y calumniar por amor á Dios; y, aun hoy, permite que los impíos ultrajen su memoria y hasta que seamos nosotros, sin talento y sin virtud alguna, los encargados de restablecer y hacer brillar la verdad.

Gracias mil la damos por ello del fondo de nuestro corazón.

Y si á hipocresía se tomase por algunos lo que decimos, téngase por no puesto.

¡Qué duro y penosísimo nos es descender á este terreno, á trueque de lastimar y de inquietar almas piadosas!

Seguimos en esto, como en todo, consejos sapientísimos.

Viene á público certamen nuestro libro, cuando hay quien se atreve á ultrajar lo que lleva el sello de la divinidad y la religión; y *hácese preciso, por más que sea doloroso, impugnar el error y restablecer la verdad.*

Apresurémonos á apartar de estas cosas la vista con lástima y compasión.

# IX.

## Llegada á Ávila, y lo que acaeció entonces á Teresa de Jesús.

Tan luego como estuvo en su ciudad querida nuestra heroína, quiso Dios patentizar lo acertado de su regreso, y la oportunidad de su resistencia á continuar en Toledo y á detenerse en Madrid.

«Vine,—nos dice ella misma [1],—muy contenta por el camino, y determinada á pasar cuanto el Señor me quisiera hacer sufrir; todo ello de muy buena voluntad.»

Nadie la esperaba; y aquella misma noche llegaron á Ávila los despachos de Roma con el Breve de su primera fundación.

Cuantos estaban en el secreto de cuándo y cómo se había pedido, y de los consejos del Provincial

---

[1] En los postreros capítulos de su Vida, que sólo llega á los sucesos que narrando vamos, lo cual sentimos grandemente, si bien por fortuna sus demás obras han de guiarnos en cuanto nos falta por decir.

para que Teresa viniese, «se maravillaron y espantaron.»

Y no fué por esto solo.

El Obispo don Álvaro de Mendoza, que raras veces estaba en la ciudad, se encontraba en ella á la sazón; y el Rdo. Pedro de Alcántara pudo alcanzar del Prelado, lo cual fué mucho, que autorizase lo que la monja ambicionaba, sin oponer á ello ningún obstáculo ni dificultad.

La obra se había seguido y terminado «á hurtadillas» por el matrimonio Ovalle; pero siempre pobre, humilde y sin recursos para el objeto á que se destinaba.

No obstante, el 24 de Agosto de aquel mismo año (1562), día de San Bartolomé apóstol, se dijo la primera Misa en el nuevo edificio de San José.

«Apenas si hubo tiempo para que todo se llevase á feliz término,—asegura Teresa;—pues el ilustre Obispo, que estaba ya muy enfermo, murió á poco,» lo que fué para élla una gran contradicción.

El maestro Gaspar Daza, virtuoso prebendado de la Catedral, ofició en la Santa Misa, concurriendo á ella, como asistentes, los virtuosos Julián Dávila y Francisco de Salcedo [1], y la presencia-

---

[1] A quien la Santa titula el *caballero Santo*.

«Este sujeto, durante su matrimonio, traía una vida muy espiritual y ayudaba á la Santa en sus negocios cuando estaba en la Encarnación; luego que enviudó se perfeccionó en Teología, se hizo sacerdote, y murió siendo capellán de la Comunidad de San José, por cuya razón está en ella

ron devotísimos, como testigos, la hermana menor de Santa Teresa, doña Juana de Ahumada, y su marido don Juan de Ovalle.

«Hízose todo, asegura la Santa, bajo gran secreto, porque á no ser ansí, no sé si pudiera hacer nada, según el pueblo estaba mal con ello, como se demostró después.»

Ocurrió más:

Para que la Madre pudiera disponerlo todo, convenía su salida del Monasterio de la Encarnación, y para ella se la ofreció un pretexto, pues su cuñado Ovalle cayó enfermo, «con tan ligera dolencia, dice, que para que se conociese era cosa del Señor, sólo hubo de durar el tiempo que para servirme de ella hube menester.»

Y aun ansí fueron tantos los trabajos que tuvo, que la hicieron pensar «si serían la cruz,» por más que todavía la parecía «eran pocos para la gran cruz que había entendido del Señor que había de pasar.»

Nada hizo Teresa de Jesús en esta ocasión que merezca censura, pues obró en todo «con parecer de letrados, y sin ir un punto contra la obediencia.»

Lo que originó después graves contratiempos

---

sepultado. A su muerte legó toda su fortuna al convento, y fundó con ella una capellanía, cuyas rentas han desaparecido. Actualmente, el culto á la Santa en el primer templo, cuna del Carmelo reformado, es casi ninguno; sólo los días de la Conversión y Conmemoración de San Pablo hace en él la Comunidad solemne función.»

para su idea, fueron *pretextos*, que no *motivos*, para estorbarla y entorpecerla de nuevo.

Dos únicas compañeras sacó la Santa de la Encarnación para iniciar la descalcez, según se sabe de positivo, primas-hermanas suyas, llamada una doña Inés, y la otra doña Ana de Tapia Gonzalo de Aranda. «Mereciendo no menos, como dice el Sr. Carramolino en su obra ya citada, ser conmemoradas las cuatro seglares, avilesas todas, que recibieron el hábito aquel día y suscribieron á tan árdua y penosa empresa, y lo fueron Antonia Henao, que en claustro se apellidó del Espíritu Santo, y había sido dirigida por San Pedro de Alcántara; María de la Paz, que se tituló de la Cruz, doncella de la virtuosa doña Guiomar de Ulloa; Úrsula de los Santos, adoctrinada por el maestro Gaspar Daza, y María Dávila, que se nombró de San José, hermana del virtuoso P. Julián, del mismo apellido; siendo desde este día cuando se dió á la fundadora el sobrenombre *de Jesús;*» dato con el cual no estamos de acuerdo con el ya citado historiador, por más que en definitiva tenga escasa importancia para discutir sobre él si fué antes ó entonces cuando le tomó.

Un pequeño y reducido espacio por zaguán de la Iglesia; ésta estrecha y corta, sin más que una rústica y doble rejilla de madera para coro de las religiosas; apenas casa, ninguna renta; celos y persecuciones á seguida que se descubrió lo acae-

cido... Ved aquí el principio de las *fundaciones* que han de preocuparnos por largo tiempo.

«Convento el de San José, último y postrero en el orden del tiempo, según Carramolino; el primero, por santidad y virtud; ejemplarísimo, base angular de la reforma del Orden carmelita; la primera fundación que hizo Teresa al salir de la Encarnación; trofeo, en fin, el más glorioso de todas las batallas que tuvo que sostener, de todas las dificultades que superar, de todos los obstáculos que vencer, y de todas las conmociones y tumultos que calmar, hasta que al cabo logró que en él se dijera la primera Misa.»

Y prosigue:

«De esta iglesia es de la que la Santa habla en sus obras, cuando residiendo en él y como animada de un celeste espíritu escribía:—Tiempo verná que en esta iglesia se hagan muchos milagros: llamarla han iglesia santa.»

Convento de San Joseph, «glorioso siempre, siempre admirado, por más que en Avila abunden las casas religiosas de esclarecida fama.»

Esta iglesia fué, en el sentir de varios biógrafos de Teresa, la «estrella que vió San Luis Beltrán, y que dijo daría luz á todo el mundo.»

Hablando de élla, dijo también el V. P. Domingo de Santa María, religioso franciscano:

—Más querría yo estar enterrado en esta iglesia, que en la del Sagrario de la Catedral de Toledo.

Y añadió en son profético:

—Tiempo vendrá en que se tendrá por bienaventurado el que alcanzare á enterrarse junto al quicial de la puerta ó á sus cimientos.

Palabras y elogios que el tiempo confirmó.

Aluego que la Madre hubo dado gracias al Señor, y antes de entrar en el convento esta, ó la segunda vez, vió á Cristo que con grande amor la pareció la recibía y ponía una corona, agradeciéndola lo que había hecho por su Madre.

Y aluego, estando todas en el coro en oración, después de Completas, vió Teresa á Nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo de él parecía ampararlas á todas, entendiendo, dice, «cuán alto grado de gloria daría el Señor á las de esta casa.»

No debía ser todo complacencias para la religiosa *reformadora* y *fundadora*, y acabado lo sucedido aquel día, para ella y para la Orden memorable, el demonio suscitó en su alma una gran batalla espiritual.

«Púsome, escribe, si había hecho mal en cuanto hecho había... Y si habían de tener contento las que allí estaban con tanta estrechura; si las faltaría de comer; si habría sido disparate; y que quién me metía en esto, pues yo tenía Monasterio.»

¡Esta es la vanidosa que la crítica moderna censura! La que así se expresa ¿es la enfatuada con la obra de San José?

«También me ponía el demonio, añade, que cómo me quería encerrar en casa tan estrecha, y con tantas enfermedades; y cómo había de poder sufrir tanta penitencia; y dejaba casa tan grande y deleitosa, en donde tan contenta siempre había estado, con tantas amigas, que quizá las de acá no lo serían á mi gusto; que me había obligado á mucho, y que quizá, en fin, estaría desesperada.»

Faltó la paz y la quietud á su alma, y acudió, como siempre, al Santísimo Sacramento.

«¡Oh, válame Dios!—exclama.—¡Y qué vida esta tan miserable! No hay en ella contento seguro ni cosa sin mudanza.»

Había tan poquito, que no la parecía trocara su contento con ninguno de la tierra, y la mesma causa la atormentaba ahora de tal suerte, que no sabía qué hacer de sí.

«¡Oh, si mirásemos, prosigue, con advertencia las cosas de nuestra vida, cada uno vería con experiencia propia en lo poco que se ha de tener contento ni descontento de ella!... Es cierto que me parece que fué éste uno de los más recios ratos que he pasado en mi vida: parece como que el espíritu adivinaba lo mucho que estaba por pasar, aunque no llegó á ser tanto como esto si durara.»

No dejó el Señor padecer á su sierva; y «ansí fué que la dió un poco de luz para ver que era demonio, y para que pudiese entender la verdad; y que lo que la hacía sufrir era quererla espantar con mentiras.»

Y al punto comenzó é insistió en grandes y mayores determinaciones de servir al Señor, y en deseos de padecer por él; y pensó, que si había de cumplirlos, no había de procurar descanso; y que si tuviese trabajos, que eso era el merecer; y si descontento, como lo tomase por servir á Dios, la serviría de purgatorio.

En suma; que lo que el demonio lograba, era, como siempre, acrecentar en Teresa la virtud y el bien, cuando sólo el mal quería hacer.

Y sobrevinieron nuevas desazones y disgustos para la Santa, y sabido que fué en la demarcación y en la ciudad lo que estaba hecho, «se promovió mucho alboroto.»

Luego la prelada la mandó *fosca* que á la hora se fuése allá.

Élla, dice Teresa, recibido el mandato, dejó sus monjas harto penadas, y fuése luego, no sin haber hecho oración y suplicado al Señor la favoreciese, y á su Padre San José que la *tornase* á su casa.

Leed, impíos, otra prueba de la humildad de Teresa de Jesús, cuando castigada, escribe:

«En algunas cosas *bien veía* yo me condenaban sin culpa, porque me decían lo había hecho porque me tuviesen en algo, y por ser nombrada, y otras semejantes; mas en otras claro entendía que *decían verdad*, en que era yo más ruín que otras, y que pues no había guardado la mucha religión que se llevaba en aquella casa, cómo pensaba guardarla

en otra con más rigor; que escandalizaba al pueblo y levantaba cosas nuevas.»

Temeroso el Corregidor de la ciudad de que las cosas pasasen más adelante, se personó en el nuevo edificio de San José, é intimó á las pocas religiosas que en él había que lo abandonasen inmediatamente.

Negáronse las madres, y el Corregidor insistió en que llevaría á efecto por la fuerza lo que buenamente no querían hacer.

—Vea lo que hace su mercé,—le contestaron las religiosas.—Y el mal que por ello le puede venir... Y repare que en la tierra hay rey y en el cielo Dios.

Con lo cual se amedrentó, y fuése al Corregimiento, y reunió una gran junta de personas notables, tanto seglares como religiosas, y se promovió en ella una apasionadísima discusión.

Quiénes pedían que el edificio se derribase; otros que al instante se hiciese salir de él á sus moradores; tan sólo el Provisor y el P. Báñez disintieron del parecer general.

Acaso por lo que dijeron se aquietaron algo los más contrarios; pero se suscitó al fin ruidosa contienda entre la autoridad eclesiástica y la civil, que vino al fin al Consejo Real en apelación propuesta contra el representante de la ciudad por parte del Obispo, cuyos legítimos fueros entendía, y con razón, habían sido desatendidos.

Sólo la constancia, el tesón de la Santa y el in-

terés que, conociéndola, por élla tenían personas importantes, y entre ellas los marqueses de las Cuevas, y la viuda de Ares Pardo, de Toledo, y doña Guiomar, pudieron resistir el empuje que contra el Monasterio *indotado* se hizo.

—Aunque se dote con renta,—decían ya los más apasionados.

Y Teresa no quiso que si el negocio se ganaba fuese con esta condición, que entendía humillante y contraria á la fe grandísima que tenía en Dios.

El clérigo Gonzalo de Aranda defendió en Madrid la nueva fundación, y como viesen que la resolución iba larga, se habló de arreglo y avenencia, y á la postre la vino á lograr, con contentamiento de todos, el padre dominico fray Pedro Ibáñez.

Aún temía el P. Salazar, y la Santa le dijo:

—Mire, señor, que vamos contra el Espíritu Santo;—y la dió entonces permiso para ir á su querida casa de San José [1].

Esto pasaba en Abril de 1563.

Teresa sacó tan sólo de su Monasterio de la Encarnación cuatro monjas para ayudarla, y por

---

1 El pleito de los representantes de la ciudad siguió, no obstante este aplazamiento, aún por espacio de más de dos años, habiendo necesidad de obtener una nueva Bula, la que fué dirigida á doña Guiomar de Ulloa y á su madre doña Aldonza de Guzmán, por la cual el Papa Pio IV, en 1565, confirmó el permiso concedido para la erección del Monasterio de San José, dando facultades para hacer constituciones á la Santa, á la que se designa con el título de *moderna abbatisa*.

todo ajuar una esterilla, un cilicio de cadenilla y unas disciplinas.

Y es tradición, que al pasar por la célebre Basílica de San Vicente, entró á orar á la Virgen, y fué allí donde de hecho y de un modo definitivo se puso las sandalias de la descalcez.

Fecha memorable para nuestra heroína, aquélla en que entró triunfante en el nuevo Monasterio de San José, primera *fundación* de la reforma, consecuencia santa del *voto seráfico*.

# X.

## El Monasterio de San José.

El *voto seráfico* estaba realizado en sus efectos; estaba cumplido.

Teresa de Jesús moraba alegre, y satisfecha en el primer Monasterio de la reforma; alegre y satisfecha mística y espiritualmente, como élla principalmente se complacía y regocijaba.

Habíanse empleado dos años en la obra, no por su importancia, que era entonces harto pobre y humilde, sino por las dificultades y escaseces para su construcción.

La entereza y el valor de las religiosas que á San José llevó primero la fundadora, hizo mucho en favor del triunfo alcanzado.

Y así lo declara Teresa.

«Estas siervas de Dios, dice, estaban solas, y hacían más con sus oraciones que cuanto yo andaba negociando, aunque fué menester harta diligencia... Algunas veces parecía que todo faltaba, en especial un día antes que viniese el Provincial,

que me mandó la Priora no tratase en nada y lo dejase todo. Yo me fuí á Dios, y díjele: Señor, esta casa no es mía, por Vos se hace... y quedé tan descansada y tan sin pena como si tuviera á todo el mundo que negociara por mí, y luego tuve por seguro el negocio.»

Otra vez escribe:

«Espantábame de lo que ponía el demonio contra unas mujercitas, y cómo les parecía á todos gran daño para el lugar solas doce mujeres y la Priora, que no han de ser más (digo á las que lo contradecían), y de vida tan estrecha, que ya fuera daño ó yerro, era para sí mesmas; mas daño á el lugar no parece llevaba camino, y ellos hallaban tantos, que con buena conciencia lo contradecían.»

Todo se fué lentamente venciendo y apaciguando, y ya el pueblo de Avila, el verdadero pueblo, comprendía que le habían algunos extraviado, yendo contra la Madre y su proyecto de *reforma*, que «lejos de venirle en ello mal, le traía ventajas la edificación harto grandes y provechosas.»

Y Teresa fué puesta por orden superior y muy contra su gusto al frente de la Comunidad, que fué aumentándose, comenzándose á mover en su favor la voluntad de muchos, aun de los que la habían reprobado, recibiendo lo necesario las religiosas sin pedirlo ni demandarlo.

Causa maravilla la manera con que se realizan

las obras que son de Dios, aun hoy, que no están los tiempos para fundaciones religiosas ni para cosas santas.

¿No os fijáis en esto algunas veces?

Pues diariamente tenemos ejemplos de lo que sucede, y de como, lo que es más difícil, hallar recursos y medios materiales para acometer estas empresas y verlas vivir y prosperar, sucede.

Es un alma caritativa; es un corazón compasivo; es uno que se arrepiente y desea subsanar sus faltas...

Los impíos dicen:

—Es un fanático, ó un seducido. Sea, sea en buen hora; siempre resultará que es un creyente, un cristiano.

En lo que al modo de vivir en el nuevo Monasterio de San José, nosotros no tenemos nada que inventar de nuestra parte; «cómo se conducían, hacía presumir cómo habían de seguir conduciéndose.»

La soledad era su consuelo, sin pensar en ver á nadie, que no fuese para ayudarlas á encender más en éllas el amor á su esposo; recibir visitas las costaba trabajo, aunque fuesen de sus deudos y allegados; no era su lenguaje sino hablar de Dios, y así no las entendían sino los que hablaban en él.

«Guardamos la Regla de nuestra Señora del Carmen, dada por Alberto, Patriarca de Jerusalén,

nos dice la Santa, cumplida sin relajación, tal como la confirmó el Papa Inocencio IV el año 1248, el quinto de su pontificado.»

Y Teresa vuelve á citar á María de Jesús, y á decir que por entonces también estaba en Alcalá de Henares, sin faltarla contradicción ni haber dejado á su vez de «pasar grandes trabajos.»

Por lo que hace al Monasterio, si era reducido y pobre, y su fábrica «de ninguna solidez,» hiciéronle grande y memorable las virtudes de las que moraban en él, vestidas de grosera jerga parda, toca de lienzo basto, capa blanca del mismo sayal, y los pies descalzos, con sola una ligerísima alpargata.

¡Cuánto sacrificio representa atavío semejante para una mujer!

El mayor.

El de la natural presunción en todas éllas de parecer bien.

Las que se unen á Teresa cambian como élla su nombre, y renuncian á cuanto pueda seducirlas y agradarlas hasta la muerte.

¡Nuevas y más tremendas mortificaciones!

Las del deseo, las del afecto y la voluntad.

—¿Y para qué todo esto?—pregunta la crítica moderna.

¿Qué la importa á élla, si comienza por no creer en nada divino, meritorio ni sobrenatural?

—¡Locura!—exclama.

—¡Monomanía!—añade.

—¡Insensatez!—grita, no obstante.

Y se enfurece y brama.

Nosotros decimos:

¡Locura sublime!

¡Monomanía grande y fecunda!

¡Insensatez que entraña la más alta y consoladora filosofía!

La de la esperanza.

Al par que la de la crítica impía sólo encierra la de la más desgarradora *disolución social* y el más lamentable egoismo personal.

Aquellas pobres mujeres del Monasterio de San José de Ávila, primero de la reforma; las que las han imitado y seguido después, y las imitan y siguen hoy, no hacen daño alguno; viven en silencio y recogimiento, obrando así por propio gusto é inclinación fervorosa.

Respetad su autonomía, y con ello daréis una prueba de vuestra imparcialidad.

No hacéis eso por lo general.

Y sóis ilógicos atacando su libertad.

Algo hallaréis de trascendental en esos sagrados recintos de la penitencia y la oración, cuando no teméis ir en contra de las doctrinas que proclamáis tratándose de ellos, y los procuráis destruir y aniquilar.

¡Ah!... vive en éllos la llama de la fe, y esa llama ofende vuestra pupila y cohibe en gran par-

te el dominio absoluto de vuestra voluntad sobre la voluntad de los demás.

Esas mujeres que nadie ve, que no bullen, que no pululan por parte alguna, hacen con sus oraciones que Dios se apiade de la extraviada humanidad, y son como pararrayos de su justicia que evitan muchas veces el fuego y la destrucción.

Esas mujeres atraen á otras con su ejemplo, y éllas perpetúan la obra de Teresa de Jesús.

Por ello os estorban; por ello las combatís y las hacéis mal.

No por lo que hacen, sino por lo que impiden hacer.

¡Cuánta calumnia para disculpar tan absurdo proceder!

Calumnia en cuanto á éllas, suponiéndolas «sirenas engañadoras; sencillas al *exterior* como la paloma, intencionadas en el fondo; jóvenes las más de éllas, quizá favorecidas por encantadores atractivos físicos; intencionadas y aun falsas en realidad; hipócritas por temperamento y aun por exigencia religiosa; astutas como la simbólica serpiente del Génesis, que saben adaptarse á todas las circunstancias, tocar todos los resortes de la imaginación, adulando unas veces, llorando otras, plagueando algunas, inventando milagros muchas...»

No queremos ni debemos continuar.

¿Pero se ha escrito eso? preguntaréis á vuestra vez... Si se ha escrito contra todo lo que es verdad.

¿Pues qué diremos en cuanto á la historia hace y se contrae?

En este punto las suposiciones son tan gratuitas como falsas.

Sin los trabajos hechos en el siglo XVI, el que le sigue no habría sido, según la crítica moderna, el de nuestro apogeo político [1], el de mayor florecimiento científico [2] y literario [3].

Apresurémonos á decir la verdad en una época

---

1 España llegó en los siglos XVI y XVII al apogeo de su grandeza política, poseyendo, en Europa: toda la Península española con las Baleares, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, el Milanesado, Rosellón, los Países Bajos, el Franco Condado. En Africa: Túnez, Orán, las Islas Canarias, Fernando Póo y Santa Elena. En América: Puerto Rico, Santo Domingo, Cuba, Méjico, el Perú y la Jamáica; y á Filipinas en la Oceanía.

2 Fué entonces cuando se desarrolló en nuestra patria mayor actividad intelectual, floreciendo las famosas universidades de Granada, Sevilla, Toledo, Salamanca y Alcalá de Henares, en cuyos establecimientos literarios se educaban millares de estudiantes, gloria después de España en las ciencias y literatura.

3 Y no fué menos admirable el fomento de las letras, que se generalizó á todas las clases del Estado, siguiendo el ejemplo de los Reyes y de la nobleza.

Los estudios clásicos jamás llegaron á tan notable altura, pues entonces se vió á señoras distinguidas merecer los grados académicos, y hasta regentar el profesorado en Salamanca y Alcalá.

Tiempos hubo en que la primera de dichas universidades llegó á reunir siete mil alumnos, y en que las casas de Alcalá no podían hospedar tantos escolares, viéndose obligados á residir en los pueblos inmediatos. Ni aquel supuesto *obscurantismo* secó el ingenio de los poetas líricos, épicos y dramáticos; Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, Baltasar de Alcázar, San Juan de la Cruz, Figueroa, Lope de Rueda, Gil Polo, Góngora, los Argensolas, Lope de Vega, Balbuena, Quevedo, Tirso de Molina, Villegas, Rioja, Calderón de la Barca y Ercilla; los prosistas Luis de Granada, Santa Teresa, Juan Márquez, Saavedra, Pérez, Miguel de Cervantes, Espinel y D. Luis Vélez de Guevara; y los historiadores Hurtado de Mendoza, Ambrosio de Morales, Moncada, Ocampo, D. Francisco Manuel de Merlo, don Antonio Solís, Bernal Díaz del Castillo, Zurita, Ortiz de Zúñiga, Blasco de Lanuza y el P. Juan de Mariana.

en que tanto se miente y con tan poca conciencia; con tal de ensalzar ideas contrarias, se desconocen, niegan, ó por lo menos aparentan desconocerse los beneficios de las que sólo por estos medios se pueden obscurecer y denigrar.

La decadencia de nuestra patria coincide con el tiempo en que las creencias religiosas principiaron á debilitarse, viniendo por fin el siglo XVIII á completar la obra con su disimulada protección á la masonería y al filosofismo incrédulo, que nos vino de Francia con la *Enciclopedia*, y otros libros impíos, cuya propagación favoreció.

Nosotros concebimos una grandeza más positiva y duradera, no atacando sistemática y ciegamente lo que, lejos de ser perjudicial, merece el mayor respeto y toda nuestra gratitud.

No rechacéis lo que llamáis *fanatismo* en nombre de uno que lo es más, y tiene que, para hacerse camino, falsear la verdad.

Nadie aventaja á Teresa de Jesús á censurar lo que puede haber de malo en los Monasterios, y para evitarlo hizo el *voto seráfico*, de que fué consecuencia la reforma y el Monasterio de San José de Avila y las *fundaciones* numerosas que hizo después.

Ya en el primer convento de la reforma (1563), la Madre carmelita organiza y lo arregla todo, que hasta entonces «sólo imperfecto podía ser.»

«Delirios del escepticismo» llamáis á cuanto Teresa estatuyó, y en esto sóis también injustos con

la Santa, que no los quiso nunca, ni nunca los aprobó.

«Absurdos fanáticos,» á las reglas que restableció, cuando éllas fueron la forma única de concluir con los abusos que tanto procuráis encarecer.

Tenéis razón en poco de lo que decís, y aun en eso poco es porque acomodáis vuestros escritos y vuestros juicios, á los juicios y los escritos de la mística Doctora.

No ha querido nunca la Iglesia que «los Monasterios fomenten la holgazanería, ni que en ellos se haga una vida improductiva é infecunda, ni que por ellos sobrevenga la muerte ó la atonía del comercio, de la industria, de la agricultura, de la literatura y el arte...» Sin los Monasterios, sí que hubiese perecido y acabado todo en las épocas del hierro y de la barbarie.

Leed, sobre esto, de mejor buena fe la historia de la Iglesia, y os convenceréis de que estáis embebidos en el error.

Sólo trece monjas había en San José, todas de coro, y tan escaso número no era «mera casualidad,» sino «manera y forma de vivir bien,» llegando la rigidez á no permitir que hubiese hermanas legas, sino que todas las de coro hacían por turno las faenas de la casa, y la primera Teresa de Jesús.

¿Qué tenéis que decir ante esta igualdad y esta humilde conformidad?

No viviendo con renta, jamás se dió el caso de

demandar limosna; «fiaban para sustentarse en la Omnipotencia del que amaban, en la bondad del Señor.»

—Yo, como vosotras, y la última de todas,—las decía la Madre cuando alguna quería hacer por élla los Oficios que la habían correspondido.

En tales casos nuestra heroína las daba ejemplo, y prefería ejecutar los Oficios más bajos, sin que por ello decayese un punto en su fervor.

Y aún se conserva la rueca con que la Santa iba de continuo á todas partes diciendo á sus hijas:

—El trabajo es oración, y no la menos grata á Dios, cuando el trabajo se hace con buena voluntad.

Y en otra ocasión:

—Pobreza y trabajo; ese es el lema de nuestra bandera.

—¿Y ningún otro?—la preguntaban.

—Y alegría,—solía responder.

Y es fama tradicional que nunca se la veía triste, ni apenada, sino contenta, y con frecuencia decidora cuanto lo permitía la ocasión, y no desdecía serlo del caso en que se encontraba.

Componía Teresa de Jesús versos que, si no fueron modelo en su forma, en su fondo muestran lo mucho que valía su corazón.

Y cantaba con voz dulcísima, tanta, que más de una vez hizo el Señor que sus cánticos sirvieran de recreo á sus hijas de religión en momentos aflictivos, de angustia, de escasez ó de temor.

Vedlo demostrado:

No había subvenido la caridad cierto día á las necesidades de la pequeña Comunidad; carecían de todo; hasta de pan.

Pasaban las horas, y Dios parecía querer probar su resignación y su paciencia por su amor.

Teresa reune en el locutorio á sus hermanas, las habla; luego compone y canta, y su amena conversación, sus versos y sus cánticos entretienen la Comunidad.

Cuando pudieron darse cuenta del tiempo que había transcurrido, habían pasado larguísimas horas sin sentir necesidad, y alguno que pasó por delante del Monasterio se sintió inclinado á favorecer á la Comunidad con todo cuanto necesitaba.

—No trabajar, pudiendo, como malgastar lo que se tiene, ofensa á Dios es... Tener lo preciso, es tener lo debido; pues lo demás, lujo y sobra es, y ocasión á pecado puede ser,—solía decir.

Dirigía sabia y discreta el Monasterio, y probaba de mil maneras el espíritu de las que en él estaban.

—Os encuentro pálida, ojerosa,—dijo en cierta ocasión á una de sus compañeras de clausura [1].

—Me siento bien,—la contestó ésta.

—Pues tenéis alta fiebre,—añadió Teresa tomándola el pulso.—Id, id presto á recoger.

---

[1] La Madre Úrsula, según se cree.

La religiosa se sentía como nunca, y, no obstante, se fué al lecho.

Y preguntada, respondía:

—Estoy enferma, ¡muy enferma! la Madre lo dice, y no puede menos de ser así.

A poco llegó el físico, y de acuerdo con la Superiora ordenó medicinas amargas y una sangría; la religiosa carmelita descalza suscribió á todo.

Teresa la abrazó luego y la puso á todas por modelo de lo que la obediencia debe ser para que produzca sus beneficios.

Otras veces mandaba á varias una misma cosa, y todas la ejecutaban á la vez, con lo cual solían resultar ocasiones inocentes de distracción por obedecer.

Un día del *Corpus* fueron al refectorio desde la asistencia á los Divinos Oficios, que aquella vez se habían hecho con inusitada pompa en relación á la pobreza del Monasterio de San José.

Sobre la mesa, y en el puesto de cada religiosa, había tan sólo un pedazo pequeñísimo de pan, y éste duro.

Esperaron la comida, y Teresa, con rostro complaciente, las dijo:

—Pues por hoy, con ser el día tan grande, no tenemos más.

Y tomando ocasión de aquel suceso las habló de tal suerte, que después de oirla, todas volvieron al

coro y dieron gracias al Señor por haber en su nombre podido padecer.

Nimiedades, llamarán á esto algunos que nos lean; pero son nimiedades de una altísima significación.

En las sociedades, como en las familias, no hay orden, ni método, sin acertada dirección.

Y de nada sirve la más buena y sabia dirección si no hay obediencia y sumisión en los que gobernados han de ser.

—¡Donosos axiomas!

—¡Verdades que nadie niega!

Oímos exclamar.

Y, á pesar de serlo, esto, que es en realidad tan tribial y tan sencillo, se olvida hoy como nunca, y por ello vienen males sin cuento á los Estados y á las familias, que tan sencillísimos ejemplos, tenidos en cuenta, podían remediar.

# XI.

**De cómo Teresa de Jesús, «reformadora,» se dispone y prepara para hacerse «fundadora.»**

CINCO años estuvo la Santa al frente del Monasterio de San José de Ávila, primero de la descalcez, siendo ella misma quien con su inimitable estilo nos revela de qué suerte, siendo *reformadora*, se preparó y dispuso para hacerse *fundadora*.

Y como cuando es la religiosa carmelita la que relata los sucesos de su vida, no debemos privarnos del placer inmenso de copiarla, ni á nuestros lectores del gratísimo de leerla, de aquí que nos propongamos seguirla en este número con escrupulosa fidelidad.

La Iglesia cuenta innumerables santos, pero muy pocos han escrito de sí mismo, como Teresa lo tuvo que hacer por ley de obediencia, por mandamiento expreso de sus superiores, inspirado seguramente por Dios.

Sólo no leyendo á la monja avilense, como la

llaman algunos, ó no sabiéndola leer, cabe no admirarla ni dejar de verse subyugado hasta el punto de no poderla casi dejar de leer.

Nosotros no la hemos conocido hasta que hemos avanzado en esta obra, y sin que podamos envanecernos, ¿qué decimos? sin que podamos abrigar la soberbia de saberla entender, su lectura nos extasía y nos deleita cada vez más.

Para conocerla, comprendemos, empero, que se hace preciso vivir en una esfera superior en que estamos muy lejos de vivir la generalidad.

La ventaja, el bien único que acaso pueda hacer este libro, es aficionar á algunos á leerla; nosotros se lo aconsejamos á todos, y si siguen esta indicación de nuestro cariño, seguros estamos que nos lo han de agradecer.

Prepárase Teresa de Jesús, *reformadora*, á salir del primer Monasterio de las Descalzas para convertirse en *fundadora*, y esta preparación, en la cual invierte largo tiempo, exigía de nuestra parte un estudio, siquiera tenga que ser tan ligero y tan superficial como exige y demanda de nosotros un solemne compromiso editorial, que ya no podemos ni debemos dilatar.

Para pensar, para planear y escribir esta obra, hubiésemos necesitado muchísimo espacio, y público y notorio es que la vamos casi improvisando, siempre apremiados y siempre retrasados.

Perdón solicitamos, pues, en gracia de la mane-

ra como vamos dando satisfacción á la ya avivada curiosidad de ver concluído este trabajo.

Llevamos vencida la mayor parte; nos falta, sin embargo, una importantísima, en la cual vamos á ver salir á Teresa del círculo estrecho de Ávila, para difundir, para esparcir lo que allí encerrado solamente no podía quedar.

Dios la había hecho caminar de perfección en perfección hasta el pináculo de la gracia, y en breve esa gracia iba á producir beneficios inmensos que, sólo siéndolo, así llenar y satisfacer podían su corazón.

Corazón inmensamente grande, cuyo aroma y cuya fragancia, esparcida y difundida, había de embalsamar la tierra.

De aquel pobre Monasterio hemos de verla salir para dilatar su obra con los bríos que la daban un alma y una existencia que pueden ser calificadas, sin hipérbole, de extraordinarias y sobrehumanas.

Alma y existencia de Dios y sólo para Dios.

Existencia y alma que superan á lo que el entendimiento ligado á la materia puede concebir y comprender.

El no entenderla, no proviene de que élla no sepa explicarse; proviene de la torpeza de cuantos no la sabemos leer.

En medio de todo, y á pesar de todo, á medida que nos hemos ido teniendo que engolfar en este trabajo, trabajo de muchos días y de muchas ho-

ras, nos ha sido imposible dejar de vislumbrar algo de lo que la superficialidad ordinaria de las gentes no ve, ni se coloca, por regla general, en ocasión de apreciar.

¡Cuánto ha de ocultársenos!

Leed.

Vuelven en San José de Avila á acentuarse en Teresa de Jesús las visiones celestes y las apariencias diabólicas.

Aquéllas, para regalarla.

Éstas, para purificarla hasta la medida, hasta el grado á que llegar debía su misma santidad; santidad como la suya, que apenas si tiene rival

Sólo así, y con relación á este período de su vida, pudo decir, refiriéndose al Señor: «que quien más entiende sus grandezas, más le ama y más le alaba.»

Y es esto lo que acontece con la heroína principal de esta obra: quien más la estudia, más la admira y más la alaba.

Conocido hubimos á un sabio prelado, cuya trágica muerte ya hemos deplorado, á quien oir hablar de Santa Teresa de Jesús era un verdadero encanto.

Y aquí mismo, en Valladolid donde escribimos, hay personas que nos cautivan cuando de la monja avilense nos hablan.

Bien quisiéramos tener el fervor y el entusiasmo

de aquel mártir de su deber [1] y de estos apasionados de la Santa.

No obstante, seguros estamos de que muchos de sus juicios y de sus entusiasmos nos han servido para dar á esta composición el tinte que ha debido tener; y al decir esto, les demostramos nuestra gratitud.

Hagamos ahora, para proseguir, un pequeño esfuerzo por olvidar lo que en los números anteriores hemos puesto, con el solo fin de refutarlo, pues sólo así podremos transportarnos serenos á la hermosísima atmósfera en que la Santa va á hacernos de nuevo respirar.

Atmósfera purísima y celestial, capaz por sí sola de obrar maravillas de convicción profunda y de respeto instintivo á los más refractarios á la verdad.

Siendo de notar que en cada merced que el Señor hacía á Teresa de Jesús de *visión* ó *revelación*, quedaba su alma «con gran ganancia», y en algunas «con muy muchas;» es decir, con innumerables que «excedían á toda ponderación.»

De ver á Cristo la quedó impresa su grandísima hermosura, y la conservó siempre ya.

Un defecto tenía, dice la religiosa [2], que como comenzase á entender que una persona la tenía vo-

---

1 Primer Obispo de Madrid-Alcalá.

2 *¡Defecto!...* Sólo lo eran para élla mirados á través de su humildad.

luntad, y si la caía en gracia se aficionaba tanto á élla, que la ataba en gran manera la memoria á pensar élla.

Pues bien; esto que élla se censura tanto, y revela lo que era su corazón, desapareció, considerando después que vió la hermosura del Señor, gracia sólo otorgada á los bienaventurados, y que en San José de Ávila la concedió Dios.

Prosigamos.

Estando una noche muy enferma, tanto, que «quería excusarse de tener oración,» tomó un rosario por ocuparse vocalmente, y esto que dice, la aconteció en el oratorio. Estuvo bien poco así, y la sobrevino un arrobamiento de espíritu [1], con tanto ímpetu, que no lo pudo resistir.

Parecíala hallarse metida en el cielo, y las primeras personas que allí vió fueron á su padre y á su madre, y á otras muchas, lo cual sucedió en tan breve espacio «como se podría decir un Ave María.»

Temió no fuese alguna ilusión, aun cuando no lo parecía, y no sabiendo qué hacer, porque había gran vergüenza de ir al confesor con esto, y no por humilde á su parecer, sino porque la parecía había de burlarse de élla, y decirla:

—¿Acaso os creéis ser un San Pablo para ver cosas del cielo, ó un San Jerónimo?

---

1 Hacia tiempo que no los tenia.

Lo cual mucho la atormentó.

Decidióse al fin; y cuál no fué su sorpresa y su consuelo cuando, en vez de reprenderla el confesor, la alentó y la fortaleció...

Nos consta de una manera cierta, que el padre jesuita á quien más debió y que más la conoció, probó de mil maneras aquella alma, llevándola siempre por caminos de gran santificación.

Y esto, que cede en elogio de esa gran milicia cristiana, á quien profesamos el mayor cariño y veneración, no podíamos omitirlo aquí.

Nadie como éllos conoce el corazón humano; nadie como éllos le sabe dirigir y encaminar hacia Dios.

¿Cómo?

Como encaminó el inmenso, el grande de Teresa de Jesús hacia el Señor, á través de grandes dificultades, pues convenimos con los que creen que la religiosa carmelita necesitó, como ninguna, de una habilísima dirección.

¿Qué hubiera sido de la Santa fuera de la órbita en que giró?

Lo que muchas mujeres son, teniendo como Teresa tenía el alma y el corazón.

Nada más difícil que hacer provechosa á una mujer su talento, sus superiores dotes de inteligencia y de sensibilidad.

Las que así son corren riesgos inmensos de extravío, y por ello los encargados de dirigirlas de-

ben estudiar el cómo hacerlo para lograr que cumplan y llenen su misión.

Siempre es dificilísima la dirección de la mujer; pero lo es aún más la de las mujeres superiores.

Cantemos alabanzas por lo que á los jesuitas se debe en la dirección de la mujer y la juventud, educando á aquéllas y á ésta para sostén y salvación de la sociedad, y evitando respecto de ambas los inconvenientes de una educación viciosísima, cual suele serlo la que está más en boga, y de la que se hace gala dentro y fuera del hogar hoy.

¡Qué de errores se propalan sobre una y otra en la actualidad!

¡Y cuánto sobre este punto pudiéramos escribir!

Somos padres, y tocamos de cerca los inconvenientes de las aberraciones que en torno nuestro giran y se nos dejan sentir.

¡Ah! Si en este terreno no hay enmienda, no hay reformas convenientes y oportunas, nos aterra, nos espanta el porvenir.

Hubo en otra ocasión estado Teresa de Jesús en arrobamiento más de una hora, y en ella volvió á merecer la gracia de ver el cielo, y pudo apreciar algo de lo que «hay allá,» y que los que aquí estamos, «estamos muertos, y los que allá estén, están verdaderamente vivos;» y como sucedió á San Pablo después de ser transportado al tercer imperio, exclama:

«Ni el ojo ha visto nunca, ni el oído escuchado,

ni el entendimiento del hombre comprendido, lo que prepara Dios á los que ama.»

Y se explica más, y lo aclara diciendo:

«Esa dicha, esa felicidad consiste en ver á Dios tal cual es y en amarle perfectamente.»

Una flecha despedida rápidamente de un arco bien vibrado, no corta con tanta ligereza los aires:

Una piedra arrojada desde un lugar elevado, no se precipita tan impetuosamente hacia el centro de gravedad:

Un fuego comprimido en el centro de una mina, no rompe con tanta fuerza las entrañas de una roca,

Como el alma de Teresa de Jesús, cautiva, atada y oprimida dentro de su cuerpo, se lanzaba, en casos tales, suspirando y gimiendo violentamente hacia el cielo, para juntarse con el objeto á quien amaba y á quien por su felicidad no podía dejar de amar.

Consecuencia eran estas cosas que la sucedían de la correspondencia y del amor de su Dios.

Cuando buscamos de dónde nace la inclinación con que el hierro se eleva, no obstante su pesadez, para unirse con el imán, nos cansamos vanamente, sin poder determinar una razón precisa, pues eso mismo sucederá á quien con el raciocinio puramente humano quiera explicarse estos fenómenos celestiales de la Santa carmelita.

Nosotros nos limitamos á consignarlos; no sabemos hacer más.

En alguna de las ocasiones que dejamos dicho, Teresa de Jesús vió sobre su cabeza una paloma «bien diferente de las de acá,—dice,—porque no tenía plumas en las alas,—añade,—sino unas conchicas que echaban de sí gran resplandor.

»Era,—prosigue,—más grande que una paloma, y paréceme que oía el ruido que hacía con las alas, y que estaría aleteando por espacio de un Ave María.»

¡Siempre esta hermosísima y poética manera de medir el tiempo transcurrido!

Y al fin, pone:

«Mi alma estaba de tal suerte con aquella visión de la paloma, que, perdiéndose de vista, al perderla quedaba en una gran aflicción.»

Y esta misma paloma á que alude, y con la cual ha acertado á representarla con gran acierto el autor del regalo que han de recibir en breve los suscriptores á esta obra, la vió la Santa sobre la cabeza de un padre de la Orden de Santo Domingo, «salvo que la pareciera que los rayos y los resplandores de las alas se extendían mucho más, dándosela á entender claramente que había de traer almas á Dios.»

Vió otra vez en San José de Ávila á la Santísima Virgen poniendo sobre los hombros del mismo padre una capa muy blanca «en señal que guardaría su alma con limpieza de ahí adelante, y que no caería en pecado mortal.»

Y en otras ocasiones «á muchos padres de la Compañía con banderas blancas.»

Otra vez fué tan arrebatado su espíritu, que «casi la pareció estaba del todo fuera del cuerpo, al menos como se entiende que se vive en él; y vió á la Humanidad sacratísima con más excesiva gloria que jamás la había visto; representósela por una noticia admirable y clara, estar metido en los pechos del Padre Eterno.» Y esto, dice, «no sabré yo decir cómo es, porque sin ver me ví presente de aquella Divinidad; y tan espantada quedé de tal manera, que me parece pasaron algunos días que no podía tornar en mí, y siempre me parecía traía presente á aquella Majestad del Hijo de Dios.»

Y si estas cosas hubiera visto sin descanso y sin interrupciones, hubiérala pasado, nos confiesa, lo que á un labrador que halló un tesoro, y como fuese mayor de lo que cabía en su ánimo «en viéndose con él, le dió una tristeza que poco á poco se vino á morir de puro afligido y cuidadoso de no saber qué hacer de él.»

¡Qué símil tan apropiado y tan humilde á la vez como todos los suyos!

Y es de notar aquí, ya que de este punto tratamos, el cómo los símiles de la Santa están escritos para el pueblo y para que el pueblo los pueda entender.

No son las obras de la mística Doctora, de aque-

llas que han menester en la mayoría de los casos una gran instrucción para alcanzar y comprender su sublimidad.

Ésta se desprende, ésta resalta con tanta frecuencia, que sólo basta para verla, quererlo ver.

Y los que no lo ven, es porque no quieren verlo voluntariamente, ó porque impera en ellos la mala fe.

Y como aún nos queda bastante por decir, haremos aquí un breve descanso para terminar en el número siguiente lo comenzado, que por ser lo último que pone la Santa en su Vida, no lo queremos abreviar ni menos preterir.

# XII.

**En el que se pone fin al tema del número anterior.**

En cierta ocasión en que Teresa de Jesús se llegaba á comulgar, nos dice «que vió dos demonios con los ojos del alma, más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura.»

Y refiere así lo que la sucedió:

«Parecióme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote; y ví á mi Señor con la Majestad que (otras veces) tengo dicha, puesto en aquellas manos, en la forma que se me iba á dar, que se veía claro ser ofendedoras suyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal.

»¿Qué sería, Señor mío, ver esta vuestra hermosura entre figuras tan abominables?

»Estaban éllos como amedrentados y espantados delante de Vos, que de buena gana parece que huyeran, si los dejárades Vos ir.

»Dióme tan gran turbación, que no sé cómo pu-

de comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome que si fuera visión de Dios, que no permitiera su Majestad viera yo el mal en que aquel alma estaba.

»Díjome el mesmo Señor, que rogase por él, y que lo había permitido, para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagración; y cómo no deja Dios de estar allí, por malo que sea el sacerdote que las dice, y para que viese su gran bondad, cómo se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mío y de todos.»

Con lo cual entendió «cuán más obligados están los sacerdotes á ser buenos que otros, cuán recia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio del alma que está en pecado mortal.»

Otra vez la acaeció un suceso que la espantó sobremanera.

«Estaba, dice, en una parte, adonde se murió cierta persona que había vivido harto mal, según supe, y muchos años: había dos que tenía enfermedad, y en algunas cosas parece estaba con enmienda; murió sin confesión, mas con todo esto no me parece á mí que se había de condenar.»

Pues bien, prosigue, «á pesar de mis juicios, ví, estando amortajando el cuerpo, á muchos demonios tomar aquel cuerpo, y me parecía que jugaban y hacían justicias en él, lo cual me puso gran

pavor, y el que con grandes garfios le traían de uno en otro lado.»

Luego le vió llevar á enterrar con la honra y ceremonias que á todos, pensando «cuán cierta es la bondad de Dios, que no quería fuese infamada aquélla.»

Y estando absorta en estas reflexiones, no vió en todo el Oficio más demonio; después, cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud de los que estaban dentro para tomarle, que se puso fuera de sí al verlo, tanto, que tuvo que apelar á todos sus ánimos para disimularlo.

Contado lo cual, exclama:

«Pluguiera al Señor que esto que yo ví, vieran todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para hacerlos vivir bien, como á mí todo esto me hace más conocer lo que debo á Dios, y de lo que me ha librado.»

Y ya que hubo comenzado á referir *visiones de difuntos,* quiso añadir algunas en que el Señor fué servido en demostrarla algunas almas.

Dijéronla era muerto uno que había sido Provincial, á quien élla había tratado, y sido persona de muchas virtudes.

Cuando supo que era muerto, dióla mucha turbación, porque temió si se habría salvado, y con mucha fatiga se fué al oratorio.

Ofreció al Señor por salvarle todo el bien que había hecho en su vida; y estando pidiendo esto,

vió que otro Padre de la Compañía subía al cielo con mucha gloria.

¿Qué fué de la primera visión?

No lo dice la Santa; quedó obscurecida ó truncada por esta segunda, quizás por no querer apenarla el buen Dios, á quien tan de veras y con tanto fervor pedía lo que es de creer no le era justo hacer.

Importunando al Señor para que diese vista á una persona á quien estaba la Santa obligada y la tenía casi perdida, Cristo se la apareció como otras veces, y comenzóla á mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la diestra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido, y la pareció que á vuelta del clavo sacaba la carne, viéndose bien el grande dolor que le lastimaba, y la dijo:

—Quien esto ha pasado por tí, ¿qué no estará dispuesto á hacer?

Quedó asegurada que no habría cosa que no pidiera, que Él no haría; y así fué.

Y no pasaron ocho días sin que aquella persona por quien élla pidió se viese sana de la enfermedad que padecía, y no la consentía ver.

Para otra persona, Teresa pidió permiso al confesor, y éste la dijo:

—Váyala á ver.

Y fué, y al punto que élla pidió al Señor por su salud, sanó.

Por otro sujeto á quien amaba, rogó en su oración, y al poco percibió una voz á modo de silbido, que la llenó de pavor.

¿Era aquello negativa ó concesión?

El resultado fué de concesión.

El demonio se presentó en uno de sus rezos, y lo vió cabe de sí romper unos papeles con enfado que en la mano traía; rogaba por un pecador que á poco, arrepentido, se confesó con gran contrición.

Lo cual patentiza el poder de la oración, aunque Teresa entendía «ser peligrosa cosa ir sacando los años que se ha tenido oración para no caer en vanidad de que tanto huía.»

A propósito de esto, refiere haberse visto en un gran campo á solas, y en derredor de élla mucha gente, que por modos diferentes la tenían rodeada; todos la parecía que tenían armas en las manos para ofenderla: unos, lanzas; otros, espadas; otros, dagas y estoques muy largos. Y élla no podía salir, aunque lo procuraba, por ninguna parte, sin que se pusiese en peligro de perecer.

Sola, sin persona que hallase de su parte; estando su espíritu en esta aflicción, que no sabía qué se hacer, alzó los ojos al cielo y vió á Cristo, no en el cielo, sino en lo alto, sobre élla, en el aire, que tendía la mano hacia élla, y desde allí la favorecía de manera que ya no temió á la gente, ni éllos, aunque querían, no la podían hacer daño.

Después de referir esta visión, escribe:

«Parece sin fruto esto, y hame hecho grandísimo provecho, porque se me dió á entender lo que significaba; y conocí ser aquello un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender á la triste alma.»

Y añade:

«Dejemos lo que no sirve mucho al Señor, y honras, haciendas, deleites, y otras cosas semejantes, pues que está claro que cuando menos se cata, se ve una enredada; y esto lo procuran amigos, parientes, y lo que más me espanta, hasta personas muy buenas.»

Qué razón tiene Teresa en esto que dice, y cuántos peligros y cuán grandes nos cercan en el mundo, y cómo provienen muchos de ellos de las personas de quien menos los podemos esperar.

Venían á la Santa grandes ansias de comulgar, y una vez refiere que, hallándose en ellas, y como lloviese mucho, el médico la prohibió salir.

—Dejadme ir,—decía élla.

Y las monjas que la amaban la rogaban:

—No salga, Madre.

Pero élla, enferma y todo, salió.

Cuando llegó á la Iglesia, escribe, dióla un arrobamiento grande, y la pareció ver que los cielos se abrían, no como otras veces los había visto.

Representósela un trono, y otro encima de él, á

donde por una noticia que no sabe decir, y aunque no lo vió, entendió estar la Divinidad.

¡Qué manera tan especial la de referir la religiosa carmelita lo que élla veía sin poderlo explicar, y luego resulta explicado á maravilla!

Vedlo comprobado:

«Parecíame, dice, sostenerle unos animales... Pensé si eran los Evangelistas; mas cómo estaba el trono ni qué estaba en él, no ví, sino muy gran multitud de ángeles... con muy mayor hermosura que los que en el cielo he visto. He pensado si son serafines ó querubines, porque son muy diferentes en la gloria, que parecían tener inflamamiento.

»Fué grande la diferencia, como he dicho, y la gloria que entonces en mí sentí no se puede escribir, ni aun decir, ni la podrá pensar quien no hubiere pasado por esto.

»Entendí *estar allí todo junto lo que se puede desear*, y no ví nada. Dijéronme, y *no sé quién*, que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar lo *nada* que era todo en comparación de aquello.»

Después de esto se afrentaba su alma de ver que no podía parar en ninguna cosa criada, «cuantimás aficionarse á ella;» porque todo la parecía que acá en la tierra era un *hormiguero*.

*Hormiguero*... ¡qué propiedad en la calificación de lo que el mundo es!

Luego que comulgó y estuvo en la misa, que no sabe cómo pudo estar, parecióla había sido muy

breve espacio, y se espantó cuando dió el reloj y vió que habían sido dos horas las que había estado en aquel arrobamiento y gloria.

Tiempo siempre aprovechado para la Santa, que transcurría, que pasaba rápido y veloz.

Estando rezando el Salmo de *Quicumque vult*, se la dió á entender la manera cómo Dios era uno solo y tres Personas, tan claro, que se espantó y consoló luego mucho, con grandísimo gusto. Hízola provecho para conocer más la grandeza del Señor y sus maravillas. Desde entonces, cuando pensaba en la Santísima Trinidad, parece entendía cómo puede ser, y en ello tenía mucho contento.

Un día de la Asunción de la Reina de los Angeles y Señora nuestra, quiso el Señor hacerla otra merced, y en un arrobamiento se la representó su subida al cielo, la alegría y solemnidad con que fué recibida, y el lugar á donde está.

«Decir cómo fué esto, escribe, yo no sabría; fué grandísima la gloria que mi espíritu tuvo de ver tanta gloria: quedé con grandes efectos, y aprovechóme para desear más pasar grandes trabajos, y quedóme grande deseo de servir á esta Señora, pues tanto mereció.»

Estando en cierta ocasión en un colegio de la Compañía y comulgando los hermanos de aquella casa, vió un palio muy rico sobre sus cabezas, y

esto mismo vió dos veces, sin que cuando otras personas comulgaban lo viese ansí.

Hallándose una vez en las Horas con sus hermanas, se recogió su alma y la pareció ser como *un espejo*, clara toda, «sin haber espaldas, ni lados, ni alto, ni bajo que no estuviese toda clara» y en el centro de ella se la representó Cristo nuestro Señor, como lo solía ver... Parecíala que en todas las partes de su alma le veía claro como en un espejo, y también este espejo se esculpía todo en el mismo Señor por una comunicación, que élla no sabe decir, muy amorosa, añadiendo que esta visión la fué de gran provecho cada vez que de ella se acordaba, en especial cuando acababa de comulgar.

Espejo opaco es el alma del hereje y el alma del pecador, donde nunca, como en el de Teresa, clarísimo, puede reflejarse la imagen de Cristo, la imagen de Dios.

Supo también nuestra heroína «cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en sí.» es decir, lo que hay de más difícil de entender, aunque lo sintamos y lo creamos así.

Rogóla una persona una vez, que suplicase á Dios le diese á entender si sería servicio suyo tomar un obispado.

Díjola el Señor, acabando de comulgar:

«El verdadero señorío es no poseer nada, y entonces le podrá tomar.»

Frase profunda que la Santa explica, diciendo que ha de estar muy fuera de desearlo ni quererlo, quien hubiere de tener cargos y Prelacías, ó al menos no procurarlos jamás.

No acabaríamos, si á poner fuésemos cuanto la Santa dice de lo que la pasó en el Monasterio de San José.

Y dicho todo con tal ingenuidad como hemos visto, que sólo cabe decirlo tomándolo de ella misma como lo hemos procurado hacer.

Y aquí acaba el preciso relato de su Vida, que escribió por dos veces, y aconsejamos á nuestros lectores que se lo proporcionen y lo procuren leer, si cabe, en el original mismo, pues es maravilloso cuán poco la religiosa carmelita se corrige, y aun cómo las rectificaciones ó enmiendas no cabe tomarlas por corrección.

Hemos llegado con lo escrito y publicado hasta principios del año 1566, y reclaman nuestra atención otros trabajos de la santa carmelita de grandísimo interés y de notoria y evidente edificación.

# LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO

## LAS FUNDACIONES.

### I.

**Dos palabras que se permite escribir el autor.**

Hemos llegado en la composición de esta obra á una de las etapas más interesantes de la vida de la monja avilense.

Etapa curiosísima, movida, llena de incidentes y peripecias, en la que se acentúa, como en ninguna otra, el carácter y el temple de alma de Teresa de Jesús.

La hemos visto avanzar resuelta y decidida por el sendero de la vida, estudiándola con la mayor minuciosidad y detención posibles, como no sabemos se la haya estudiado antes de ahora, se la haya estudiado hasta aquí [1].

[1] Tenemos la certeza que esta obra no se parece á ninguna otra de las publicadas hasta el presente sobre la mística Doctora.

Pues bien; todo es poco ante lo que nos falta por decir.

Fué acentuándose y elevando por grados, y al presente no cabía ya en el estrecho y reducido espacio de su primer Monasterio de la reforma carmelita aquella alma tan grande, aquel corazón tan apasionado por Dios.

Necesitaba salir fuera:

Extenderse, dilatarse en *obras* de dificilísima ejecución,

Y nada la arredra, y nada la intimida.

Contaba la Santa más de cincuenta años; edad en que de ordinario rinde é intimida acometer, y más á una mujer, cualquiera empresa, por sencilla que sea.

Y entonces es cuando Teresa concibe, prepara y se resuelve á poner en ejecución su deseo ardentísimo de llevar, á cuantos más puntos la sea dable, la *creación* ó *fundación* de nuevas casas de su Orden, reformada con tanto acierto, entusiasmo y beneplácito de la opinión sensata y juiciosa, con tan marcado desagrado de muchos que la debieron favorecer.

¿De qué medios dispone?

¿De qué recursos se va á valer?

¡Ah!... incrédulos y desconfiados contemporáneos suyos, y soberbios críticos de nuestros días, de casi *ninguno* en el orden material y puramente humano.

Esta es la *nota* de los seres creadores, de los genios del mundo.

Nunca para crear les han necesitado.

En no tenerlos ha consistido, en la mayoría de los casos, su mayor gloria.

Les ha bastado la fuerza de su idea, el poder de su deseo, la energía y el tesón de su voluntad, el impulso mágico y soberano de su talento.

No desconfiéis nunca, no os arredréis jamás, jóvenes ó viejos, los que poseéis uno de esos secretos que parece como que dimanan de lo alto ó se descubren y hallan en las entrañas de la tierra.

Tomad ejemplo de Teresa de Jesús, de la protagonista principal cuyo nombre llevan las páginas todas de esta composición, que hacemos en su elogio y para aumentar la admiración que inspira á todo el pueblo sinceramente cristiano y español.

Adelante; no vaciléis, no desconfiéis; lo difícil, lo que parece imposible, es lo que hay que conseguir.

Y no se nos diga que la *obra* de la Santa era cosa facilísima entonces, ó como alguno se ha atrevido á escribir [1], «de ningún resultado práctico y social, de ningún interés grande, sublime y levantado.»

La religiosa carmelita tuvo para ponerla en práctica, lo mismo en su primer Monasterio de San Jo-

[1] La llamada crítica moderna lo ha hecho así.

sé de Avila que en todos los demás, que luchar y que vencer, como en parte lo hemos visto ya.

No dejando de inquietarla y hacerla sufrir cuantos no querían la *perfección*, que era en definitiva la aspiración nobilísima y generosa de Teresa de Jesús.

Y es que el mayor número se aviene siempre mal con todo lo que sea perfecto, y se acomoda gustoso á lo que no lo es.

De aquí provienen la gran mayoría de las deficiencias y las corruptelas humanas.

La *perfección* se aproxima á Dios; pero demanda y exige sacrificios, lágrimas, martirios, contradicciones acá en la tierra... ¿Cómo aceptarla de buena voluntad?

El hombre desnaturaliza más fácilmente lo mejor que lo que no lo es tanto, á pesar de que lo mejor es lo único que puede dar en la tierra decisivos y transcendentales resultados.

Sólo á los seres superiores es dado llegar al *summum* de lo mejor.

Para transmitirlo, para imponerlo á los demás, esos seres superiores tienen siempre mucho que sufrir.

Por ello la humanidad sensata y cuerda les admira y les venera, al paso que la envidia y la pequeñez les calumnia y les ofende.

Vencer la incuria, el desdén, la indiferencia de tantos como viven bien la vida de lo común y de lo vulgar; esta es la obra reservada en todas las

esferas y manifestaciones de la existencia á los genios, á los talentos excepcionales de la humanidad.

Hagamos aplicación de estos axiomas á la *obra* de Teresa de Jesús.

Lo común y lo vulgar estaba entonces en parte, en mucha parte, donde lo grande, lo sublime debía estar.

Teresa lo comprende, y lo siente así.

¡Cuánto le hacía esto padecer y sentir!

No lo oculta.

Lo dice con ruda franqueza y noble ingenuidad.

Nadie ha escrito como élla acerca de esto antes de ser *reformadora*, nadie aventajarla puede en amor á la verdad.

En la esfera en que vamos á ver girar y moverse á la religiosa carmelita hasta su muerte, no hallaréis tanto la previsión humana presidiendo á sus trabajos y á sus empresas, como la gracia y el don divino, que es atributo y don de Santos.

El mayor, el más difícil.

Concibe la idea, y la realiza.

Siente el deseo, y lo pone en práctica.

Y lo ejecuta y lo lleva á feliz término.

Encuentra obstáculos, dificultades:

Percibe en torno suyo la burla, el desprecio, la desconfianza, la emulación, la envidia, el sarcasmo...

¿Qué la importa todo esto?

Arde en su pecho la llama poderosísima del amor á su Dios y del amor á su prójimo, ¿qué decimos? de su amor á la humanidad entera.

A la sazón afligida, doliente, combatida y flagelada por la herejía.

Y lo arrostra todo.

¿Por qué y para qué?

Para oponerse en la medida de sus fuerzas al torrente devastador que amenaza, que persigue y conturba en su patria y fuera de su patria la religión del Calvario; la religión de la Cruz, único asilo donde podrá en todos tiempos refugiarse la criatura sin riesgo de muerte.

De muerte, acá en la vida; y de muerte y perdición allá en los obscuros, en los recónditos secretos de la eternidad.

¿Y esto os parece poco?

¿Esto lo juzgáis pequeño y baladí?

Decís, los que de Teresa de Jesús, *fundadora*, os ocupáis con torcidos y reprobados fines religiosos en nuestros días:

«¡Donosa empresa para encarecida!»

Y añadís:

«Bastantes centros de fanatismo existían antes de que á Teresa de Ahumada le cayese en deseo salir de las Carmelitas calzadas de la Encarnación de Avila, para descalzarse en el raquítico Monasterio de San José, sin necesidad de que otros vinie-

sen á aumentar el harto crecido número de los ya establecidos.»

Tan poco os tememos, que os copiamos.

A seguida exclamáis:

«¡Procedimiento el suyo antisocial!»

Y aluego reconocéis con la Santa la necesidad y la urgencia de la *reforma;* y aseguida censuráis su conducta y su proceder.

Esto no tiene nombre; es el colmo de la insensatez.

Lamentáis que los Institutos religiosos pudieran en parte haberse desnaturalizado en su modo de ser, y os subleváis contra quien procuró correspondiesen á su fin social.

¿Es que afirmáis que no le tenían?

¿Os atreveréis á tanto, cuando la historia sensata é imparcial os patentiza y demuestra lo contrario?

¡Pobres ciegos!

Impíos, atrás.

Crear, concebir entonces la idea de aumentar las casas religiosas *reformadas*, era aspirar generosamente á concluir con los abusos y corruptelas que á muchas existentes podía hacerlas peligrosas y contrarias al espíritu que informó, como hoy se dice, su constitución.

En Teresa de Jesús no cupo la idea de «aumentar el número,» y al decir esto, obráis con ignorancia ó con malicia; sino la de hacer que las que había de fundar no fuesen como muchas eran, y

de ello se conduele y lamenta la Santa, cuyas palabras vosotros aprovecháis como argumento, generalizándolas y desnaturalizando su verdadero alcance y significación.

Fijáos en lo que fué el Monasterio de San José de Avila, durante cinco años [1], regido por la sabiduría, y sobre todo por el *ejemplo* de Teresa de Jesús.

¿Podéis reprochar dentro de vuestras doctrinas mismas un modelo semejante de vida religiosa, retirada y en común?

Utilizáis su testimonio en lo que os conviene, y le rechazáis en lo que es contrario á vuestros propósitos.

Así no se discute ni se procede de buena fe.

Pero tal es la lógica siempre de la impiedad y de la llamada crítica moderna.

Era en nosotros un deber ineludible el darla á conocer.

Cuanto más carácter popular tenga esta obra, mayor bien con estos apartados y estas digresiones, precisas en ella, podremos hacer.

La escribimos para el pueblo, porque es al pueblo á quien se pretende engañar y seducir, no para engrandecerle y hacerle libre, sino para mejor empobrecerle y esclavizarle.

Ante el abuso, Teresa concibe la *reforma*.

---

1 De 1562 á 1567.

Ante el peligro social de un *mal*, acomete la difundición y el contrapeso del *bien*.

Del *bien*, allí donde entonces era más urgente, más necesario y oportuno.

La experiencia la adiestra.

La *reforma* y las *fundaciones*, obras fueron de «conoscencia profunda y dolorosa.»

El afán con que va á emprender su misión, producto es de providencial tarea en pro de lo que en parte extraviado iba, y había urgencia de *encauzar*, sin *destruirlo*, por los senderos que así tanto á la religión como á la sociedad interesaban y convenían.

Dispensadnos cuanto dejamos dicho, y ahora con nuevos bríos continuemos.

La mañana de uno de los últimos días del mes de Junio del año 1566, supo la Priora del Monasterio de San José de Avila la llegada á la ciudad del General del Orden Carmelita, fray Juan Bautista Rubeo, y la asaltaron terrores grandísimos.

Temía, por experiencia, la contrariedad de los hombres.

—¿Reprobará mis trabajos?—se preguntó.—¿Contrariará mis más vehementes deseos?... ¿Hallará mal esta fundación?...

Y comunicó sus inquietudes á algunas de sus hijas de religión, y en especial á sus más íntimas amigas la de Ocampo y María de Avila.

Jamás se había dado el caso que los Generales

de los carmelitas, procedentes de Italia, pasasen de Barcelona.

Juan Bautista Rubeo estuvo en Sevilla, donde celebró Capítulo general, y pasó luego á Castilla, proponiéndose celebrar otro en Avila, como así lo efectuó.

En mucho cuidado tuvo á las religiosas aquella venida; pero sobre todo, su angustia tomó exageradas proporciones cuando anunciaron á Teresa que su reverencia estaba en el locutorio.

¿La argüia la conciencia?

¿De qué?

Eran humildes; el asunto de la primera fundación no había sido aprobado por el Provincial, aunque sí por el Obispo, y al fin y al cabo esto envolvía alguna pequeña irregularidad, más de etiqueta que de fondo y sustancial.

Esto era todo.

Puso, como siempre, el resultado de aquella visita en manos de Dios, y la religiosa rogó á sus hermanas que se fuesen al coro á hacer oración.

¿Qué ocurrió en aquella visita?

¡Ah! lo que era natural que sucediera; lo que pasaba á cuantos trataban á Teresa, á aquel ángel de sabiduría y de humildad.

El reverendo P. Rubeo salió de ella edificado; visitó el Monasterio, y aprobó cuanto la Santa había hecho y estaba dispuesta á hacer, comunicándolo así al Provincial de Castilla, quien desistió de toda tirantez, y mayormente al que poco

tiempo después, y con gran aplauso, fué elegido en el Capítulo ya dicho, para reemplazarle, el Maestro fray Alonso González.

Por este lado, Teresa quedó persuadida de que el Señor había movido el corazón del General; más aun, cuando supo que al regresar de Madrid de paso para su patria y visitando á don Felipe II, hizo al monarca tantos elogios de Teresa de Jesús, que el rey desde entonces tuvo afán de conocerla personalmente, é influyó para que la autorización dada á la Santa para su *reforma* y *fundaciones* se hiciera extensiva á los Monasterios de religiosos, como así fué en efecto [1].

La última de estas Patentes dióla Rubeo á petición escrita de la Santa, y antes de embarcarse para su regreso á Italia.

Resumamos.

Por enérgica, por poderosa y grande que sea una idea, nada es si no llega á hacerse sensible por medio de una institución que reciba de ella vida y dirección.

Esta conclusión tan atinada no es nuestra [2]; pero la vemos confirmada por nuestros humildes juicios,

---

1 La Patente de fundación de Monasterios de religiosas en ambas Castillas, Vieja y Nueva, confirmando la dada antes, está fechada en Madrid á 16 de Mayo de 1567; y la de religiosos en Valencia, á 14 de Agosto del mismo año; ambas por el General Rubeo.

2 Es del inmortal Balmes.

y aplicada, sobre todo, á la obra de Teresa de Jesús, es decisiva.

Vean, pues, los incrédulos explicada la importancia y la transcendencia social de las *reformas* y las *fundaciones* de la Santa, que sólo combaten bajo el punto de vista de su interés.

La heroína principal de esta obra no fué nunca á fundar «á capricho;» fué á fundar por obediencia, y siempre respetando á la autoridad, tan combatida entonces por el protestantismo, como hoy por el liberalismo, nacido de aquél é inspirado en sus mismos principios y sus errores.

El protestantismo odiaba los Institutos religiosos; Teresa los amaba como buena y excelente hija de la Iglesia.

El protestantismo los destruía á sangre y fuego; Teresa pensó en su reforma y en aumentarlos para contrarrestarle.

Cuanto de sublime se encierra en los conventos, el protestantismo lo atacaba; Teresa los purifica y ensalza.

La filosofía, en sus extravíos sucesivos hasta nuestros días, ha seguido las huellas del protestantismo; Teresa de Jesús se opuso para siempre con su obra, á la obra de destrucción que aún no ha concluído.

Cuán violenta fué la lucha entre la obra protestante y la obra de Teresa de Jesús, está, pues, patentizado.

Lo que á la Santa movía, era lo que engrandece;

lo que á los impíos molesta, es lo que los Institutos, aun los más humildes y obscuros, representan.

«Cabe la existencia de la Iglesia y del catolicismo sin la existencia de los Institutos religiosos,» decís; pero no podréis negarnos que éllos la dan mayor vida y producen en favor de uno y otro ópimos frutos.

Jesucristo dijo:

—Si quieres ser *perfecto*, vete; vende cuanto tuvieses y dáselo á los pobres.

Y entonces le preguntaban:

—¿Qué hacemos después?

—Formar una sola familia, en la que el corazón de todos sea uno y el alma de todos sea una;—les respondía.

Hé aquí lo que ser deben los Institutos religiosos.

—¡Ay del que está solo!

Exclama el oráculo divino.

Con lo cual resulta confirmada por Dios mismo la utilidad de los Institutos religiosos.

¿Fueron así los que Teresa de Jesús fundó?

La respuesta á esta pregunta la daremos cumplida en los números sucesivos.

# II.

## Preliminares de la segunda fundación.

Ved,—dice Teresa de Jesús,—una pobre mujer, una mujer anciana, una monja descalza, cargada de patentes, de buenos deseos, y sin ninguna posibilidad.

Y la Santa se expresa así la víspera misma de su primera salida de Avila para llevar á cabo su segunda fundación.

Apresurémonos á consignar el resto de sus palabras.

—Sin ayuda de ninguna parte,—añade,—*sino es la del Señor*.

El período no está completo aún.

Para el humano criterio, esto último significa poco.

Acaso, por desgracia, para algunos *nada*.

Para Teresa de Jesús lo comprende todo, y por eso prosigue hablando con acento profético:

—Hallaréis cumplido en breve el consejo de Dios sobre mí.

Cuantos la escuchaban quedaron absortos.

¿Concebís mayor firmeza, más grande entusiasmo ni más ardiente fe?

Nuestra heroína se conoce.

Se retrata con magistral pincel, como es:

*Mujer*, *pobre*, *descalza*, y MONJA.

Confiesa sin ambajes que posee documentos, patentes, hasta verse de ellos cargada materialmente.

Y por sólo esto carece de *posibilidad*.

Entendedla bien:

De *posibilidad* en lo humano, de posibilidad para conseguir sus deseos y realizar su voluntad.

Tiene luego la certeza, la seguridad de la ayuda y la protección del Señor, y es entonces cuando por vez primera en su vida se muestra *altiva* y *presuntuosa*, élla tan humilde y desconfiada, hasta el punto de asegurar á cuantos la escuchan:

—Tened por cierto, tened por seguro que en breve veréis en mí cumplidos los *consejos* del Señor.

Y los consejos de Dios, ya sabemos que eran mandatos para la religiosa carmelita.

Así hablan los héroes la víspera de su triunfo.

Con tan resuelto lenguaje acallan el griterío de los incrédulos ó envidiosos cuantos sienten dentro de su alma el fuego que impulsa á una gran obra ó á una gran acción.

Iba á serlo, ya lo hemos demostrado, la de Teresa de Jesús.

Que nunca fueron, ni serán *pequeñas*, las que

inspira el cielo, las que se ejecutan y llevan á cabo en nombre y por la gloria del que espiró en la Cruz.

Hagamos historia ahora.

Teresa de Jesús había escrito cartas á una población importante de Castilla,

Próxima, asentada no lejos de la ciudad que fué cuna de Felipe II, y corte durante por largo tiempo de la gran monarquía que sobre sus hombros sustentaba el hijo del apellidado gran Emperador.

Esas cartas habían sido acertadamente dirigidas, unas al P. Baltasar Alvarez, rector de la Compañía de Jesús, y otras al P. Presentado, fray Antonio de Heredia, Prior del Convento de Santa Ana, ambos residentes en el pueblo no nombrado todavía por nosotros con deliberada intención.

¿Tuvo á éllas respuesta satisfactoria la religiosa carmelita.

Oigámosla.

—¿Qué me importa tenerla ó no tenerla?—contesta con su gracejo habitual á los que enterados de su correspondencia la preguntaban si en élla fiaba para salir de Avila, para ponerse en camino, para partir á su primera fundación.

Todos estos pormenores y detalles, aunque parezcan *pequeños* para algunos, son interesantes y hacen á nuestro propósito grandemente para dar á conocer á la Santa.

—Ellos harán lo que puedan,—les dice.—Y no harán mucho en verdad,—añade.

Los émulos de la Santa, al oirla expresarse así, se miraban y sonreían.

—Ya veréis cómo tiene que volverse según va.

—Indudablemente.

—¡Extraña mezcla de confianza y desconfianza!

—¿Quién la entiende?

—Es una visionaria.

—Una loca.

Murmuraban entre sí.

Élla les oía con lástima y compasión.

Hallábase Teresa de Jesús en su celda la víspera de su marcha, y entró en ella una doncella de excelentes cualidades, á quien no había sido posible admitir en San José.

—Madre,—dijo á Teresa,—sé que no anda sobrada de dinero, y vengo á ofrecerla diez mil maravedises para ayuda de la nueva fundación.

—Vendréis conmigo,—le contestó la Madre con regocijo,—y en ella profesaréis.

Con ésta, la María Bautista, Ana de los Angeles, y otras cuatro religiosas, el día 13 de Agosto de 1567 salieron de la ciudad.

El P. Julián las acompañó, pues no habiendo logrado disuadir á Teresa, concluyó por fiar en élla, como lo tenía de costumbre.

A la llegada á Arévalo supo la fundadora que no podía contar con el edificio que, perteneciente

á un Alonso Alvarez, la habían antes ofrecido.

Tampoco esto la desalentó.

—Adelante, adelante,—dijo á los que con élla iban.

Y en efecto, siguieron su viaje hasta Olmedo.

Iban camino de Valladolid.

En Olmedo se detuvieron las expedicionarias, y allí ocurrió un suceso que contentó mucho á Teresa de Jesús.

Noticiosa de su llegada una señora muy principal, doña María Herrera, acudió á su hospedaje y pidió á la Santa permiso para entrar.

—Vuestra mercé será aquí bien recibida,—la dijo el P. Julián, y anunció la visita.

Prendada quedó la hidalga castellana de la religiosa carmelita, y la ofreció casa propia en la población en que se proponía fundar.

—Pobre, derruída y humilde es.

—Como sea la acepto, atendida vuestra buena voluntad,—se dijeron ambas.

Y el Obispo de Avila, don Alvaro, que estaba en Olmedo, ofreció á Teresa su carruaje para el resto del viaje, tan cansada la vió por causa del ya fatigoso que habían hecho á pie; notorio es que la religiosa carmelita, á pesar de sus años, hizo muchos sin más ayuda que su cayada.

No quería afligir á sus compañeras la intrépida fundadora, y rogó á varias de éllas que acompa-

fiasen á un pueblo del tránsito á una que tenía sus padres, y era un su hermano párroco en él.

—Id; descansen allí, que yo las llamaré cuando sea preciso.

Con lo cual quiso economizarlas los tropiezos y dificultades de la fundación.

En todo y por todo, era considerada la Madre carmelita.

El arribo á la población fué ya cerca de la media noche.

Medianero á la casa de las dificultades dichas por el P. Julián de Avila, se alzaba un convento.

—Llamemos,—dijo Teresa de Jesús al sacerdote y á las dos monjas que con élla iban.

—¡A estas horas!—exclamaron los tres.

—Sí,—les contestó la religiosa;—mañana á la madrugada ha de estar hecha la fundación.

—Ved,—la objetó el P. Julián,—que estos religiosos no llevan á bien que esa casa se ocupe por la vuestra Comunidad.

—Ya veréis, padre, cuán cambiados están.

Y comenzó por sí misma á llamar dando fuertes aldabonazos, que resonaron mucho en los claustros del convento.

En cuanto hacía Teresa, demostraba su decisión y confianza en Dios.

Era la víspera de Nuestra Señora; al día siguiente debían correrse toros en la ciudad, y los frailes tuvieron por importuna y de mal agüero llamada

á tales horas y con tales aldabonazos á los pórticos del Monasterio.

Dió orden, empero, el Provincial que viesen quién, á hora tan desusada, alteraba la paz y el sosiego de la Comunidad.

—Soy yo,—respondió la monja desde fuera.

Y sin conocerla ni haberla visto nunca el Prior, exclamó:

—Abra... abra, que es Teresa de Jesús.

Desde aquel momento lo difícil fué fácil para la madre carmelita, disponiéndose las cosas de la manera que élla lo había anunciado.

La dieron las llaves de la casa y la facilitaron cuanto era preciso para que consiguiera sus deseos.

Con ello se encaminaron á pie á la casa.

Ved cómo la Santa refiere lo que después pasó:

«Fué harta misericordia del Señor, que aquella hora encerraban toros para correr otro día, y no nos topar alguno; y con el embebecimiento que llevábamos, no había acuerdo de nada: mas el Señor, que siempre le tiene de los que desean su servicio, nos libró, que cierto allí no se pretendía otra cosa.

»Llegadas á la casa, entramos en un patio, las paredes harto caídas me parecieron, mas no tanto como fué de día me pareció... Parece que el Señor había querido se cegase aquel bendito padre para ver que no convenía poner allí el Santísimo Sacramento.

»Visto el portal, hubo que quitar bien tierra dél;

estaba á teja vana, las paredes sin embarrar, la noche era corta y no traíamos sino unos reposteros (creo eran tres) para toda la largura que tenía el portal, aquello era nada: yo no sabía qué hacer, porque ví no convenía poner allí altar. Plugo al Señor, que quería luego se hiciese, que el mayordomo de aquella señora (la dueña de la casa) tenía muchos tapices della en casa, y una cama de damasco azul, y había dicho nos diesen lo que quisiésemos, que era muy buena.

»Yo, cuando ví tan excelente aparejo, alabé al Señor, y ansí harían las demás, aunque no sabíamos qué hacer de clavos, ni era hora de comprarlos: comenzáronse á buscar de las paredes; en fin, con trabajo se halló recaudo.

»Unos á tapizar, y nosotras á limpiar el suelo, nos dimos tan buena priesa, que cuando amanecía estaba puesto el altar y la campanilla en un corredor, y luego se dijo la Misa.

»Esto bastaba para tomar la posesión... Pusimos el Santísimo Sacramento, y desde unas resquicias de una puerta que estaba frontera, veíamos Misa, que no había otra parte.

»Yo estaba hasta esto muy contenta; porque para mí es grandísimo consuelo ver una Iglesia más, donde haya Santísimo Sacramento; mas poco me duró, porque como se acabó la Misa, llegué por un poquito de una ventana á mirar el patio, y ví todas las paredes por algunas partes en el suelo, y que para remediarlo eran menester muchos días.»

¡Qué sencillez y cuán detallada descripción!
Así se hizo la segunda fundación.

Cuando Teresa vió á su Majestad casi puesto en la calle y en tiempo tan peligroso como en el que se estaba por tanto luterano, fué grande la congoja que vino á su corazón, y recordando cuantas dificultades le habían encarecido los de Ávila, entendió claro que tenían razón.

Parecíala imposible ir adelante con lo que había comenzado; porque así como antes todo la parecía fácil, mirando á que se hacía por Dios, así ahora la tentación estrechaba de manera su poder, que no parecía haber recibido ninguna merced suya, y sólo su bajeza y poco poder tenía presente.

Arrimada á cosa tan miserable, ¿qué buen suceso podía esperar?

A haber estado sola, parécela lo pasara mejor; mas en pensar habían de tornar las compañeras á su casa con la contradicción que habían salido, hacíasela recio.

También la parecía, que errado este principio, y no había lugar á todo cuanto tenía entendido había de hacer el Señor más adelante.

Así la atormentaba el demonio.

Pero élla exclama en medio de su aflicción:

«¡Oh, Dios mío! ¡Qué cosa es ver un alma que Vos queréis dejar que pene!... Por cierto cuando se me acuerda esta aflicción y otras algunas que he tenido en estas fundaciones, no me parece que

hay que hacer caso de los trabajos corporales, aunque han sido hartos, en esta comparación.»

Y luego dice:

«Con toda esta fatiga, que me tenía bien apretada, no daba á entender ninguna cosa á las compañeras, porque no las quería fatigar más de lo que estaban.

»Pasé con este trabajo hasta la tarde, que envió el Rector de la Compañía á verme con un padre, que me animó y consoló mucho.

»Yo no le dije todas las penas que tenía, sino sola la que me daba vernos en la calle, y comencé á tratar de que se nos buscase casa alquilada, costase lo que costase, para pasarnos á ella, mientras aquello se remediaba, y comencéme á consolar de ver la mucha gente que venía, y ninguno cayó en nuestro desatino, que fué misericordia de Dios; porque fuera muy acertado quitarnos el Santísimo Sacramento. Ahora considero yo mi bobería, y el poco advertir de todos en no consumirle, sino que me parecía que si esto se hiciera, era todo deshecho.»

Por mucho que la Santa procuraba, no se halló casa alquilada en todo el lugar, y élla pasaba harto penosas noches y días, porque, aunque siempre dejaba hombres que velasen al Santísimo, no se fiaba de esto, y de continuo le velaba, porque los impíos no la arrebatasen á su Dios.

«¡Oh, válame el Señor!—exclama.—Cuando Vos queréis dar ánimo, ¡qué poco hacen todas las contradicciones!»

Antes parece que éstas la animaron y la hicieron alborear cuánto había de servirse al Señor en aquel Monasterio.

Con todo, procuró evitar que sus compañeras, en especial dos de la Encarnación, se enterasen de esto.

Tales fueron los preliminares de la segunda fundación, y tanta maravilla causó lo que pasaba en aquella ciudad no nombrada todavía, que á los ocho días pasados, un rico mercader de élla, llamado Blas, se llegó á la Santa y puso á su disposición su propia casa, diciéndola sin rodeos y con la proverbial llaneza castellana:

—En élla podréis, Madre, albergaros más cómodamente que en esta en que estáis; pero, sobre todo, guardar al Dios de los cielos, á quien vos defendéis, con tal celo que nadie ha osado, aunque algunos impíos lo han pensado tocar á Él.

—¡Eso ha sucedido!—exclamó la Santa asustada.

Y no por élla ni sus monjas, sino por Él, aceptó sin vacilar el ofrecimiento.

—No en vano he estado espiando por una rendija, y á la luz de la luna, á mi Señor, á quien, por esta merced suya en que no había caído, podía ver...—dijo al mercader.

Y éste la avisó de otros riesgos más grandes que habrían podido sobrevenir.

—Algunos de los que dejásteis por guardadores estuvieron á punto de ser sobornados por los herejes.

—¿Para qué?—le preguntó la Santa.

—Para penetrar en el portal, y...

—No continuéis hablando, que sólo pensarlo me aflige y estremece. ¡Gracias! ¡gracias!—añadió, y comprendió en esto lo que la había favorecido Dios.

A riesgos tales estaban entonces expuestas las obras de Dios en medio del catolicismo de esta nación.

No había seguridad, ni confianza alguna; tan osada era la herejía, y los estragos tan grandes que de élla podíanse temer.

En la nueva casa, tan generosa y oportunamente ofrecida, su dueño el mercader cedió á la fundadora el piso alto independiente de toda ella, con una gran sala muy adornada, que hizo de Iglesia, y en las restantes habitaciones se acomodó con todas las religiosas que habían salido de Ávila, á quienes hasta entonces no llamó.

Después de esto, una gran sierva del Señor, doña Elena de Quiroga, que vivía cerca, tomó á la Comunidad improvisada tal afición, que la so-

corrió mucho, y ofreció facilitar los medios de hacer capilla para el Santísimo, y modo de que guardasen clausura, en lo cual la secundaron otras personas, y á más de esto, nada de lo preciso las faltó.

Las monjas fueron ganando crédito en el pueblo y tomándolas mucha devoción, y con razón, porque no entendían, «sino en cómo pudiese cada una más servir á nuestro Señor, y en todo iban con la manera de proceder que en San José de Avila, por ser una misma la Regla y constituciones.»

Comenzó á luego el Señor á llamar algunas para tomar el hábito, y eran tantas las mercedes que las hacía, que Teresa confiesa que «estaba espantada.»

Y añade:

«Sea por siempre bendito... Que no parece aguarda más de ser querido, para querer.»

# III.

**De cómo quedó hecha la fundación, y de otros beneficios que á Medina hizo Teresa de Jesús.**

Los habitantes de la antigua *Sárabris* vieron con asombro de qué manera Teresa de Jesús había sido capaz de *improvisar*, en unas cuantas horas de la noche, un nuevo centro de vida religiosa acomodado á las constituciones de la Reforma carmelita.

Entretenida la población con los preparativos de las fiestas del día de Nuestra Señora, la Santa, en unión de los que la acompañaban y servían, pudieron trasladar de un punto á otro de la villa ropas, colgaduras y vasos sagrados, sin que nadie les molestase, como puntualiza la monja avilense, y sin caer, añade, en manos de los agentes de la justicia, que los hubiesen tomado por malhechores y dado con sus cuerpos en las cárceles de la real jurisdicción.

«Gitanillos parecíamos, dice la fundadora, y por tales nos hubiesen tomado con facilidad.»

No fué así, y para mayor garantía y formalidad de la instalación de aquel pobrísimo oratorio y casa, «á manera de abandonado palomar,» se hizo venir á un notario, sacándole á viva fuerza del lecho, el cual puso testimonio de cómo aquella fundación se hacía con la licencia del Prelado.

Cuando la esquila traída del Monasterio de San José de Avila [1] resonó por vez primera tocando á misa en Medina del Campo, que este era y es el nombre de la villa en que lo que vamos contando tuvo lugar, muchos se hacían cruces, y «ansí que acudió mucha gente.»

Y decían:

—¡Cómo se ha hecho esto!

—¡Ayer tarde nada había, y hoy, de mañana, oímos misa aquí!...

Fijáos en esto.

Lo que hace tanto tiempo se instaló de modo tan humilde y singular, subsiste y subsistirá en Medina.

Ved lo que son las obras de Dios.

*Sarabris* (Medina del Campo) tiene una larga y gloriosísima historia, y sin que aprovechar podamos aquí los curiosos datos que hemos leído en un viejo manuscristo que la amistad nos ha facilitado [2], no podemos menos de decir que no sin ra-

---

1 De la cual se sirvió para otras fundaciones la religiosa carmelita.

2 Siquiera sea porque respecto á otros puntos no podamos hacer lo mismo.

zón fijó en ella sus ojos Teresa de Jesús para su segunda fundación.

Su exquisito tacto y reconocida previsión, ya que otra cosa no la concedáis, adivinó fácilmente que de aquel lugar importantísimo, de aquella villa castellana, llena de privilegios ganados en lides honrosísimas, podía irradiar su idea y surgir fácilmente la realización de sus ensueños; ¿qué decimos?... de los consejos del Señor.

Porque si para explicarnos lo que nuestra heroína hizo y consiguió en Medina, nos encerramos en el estrecho círculo de las posibilidades humanas, no podríamos concebirlo ni creerlo, y sólo por ser, como élla dice, «obras de Dios,» lo concebimos y lo creemos.

Tuvo en Medina del Campo [1] la Santa contradicciones y disgustos, como en todas partes habían de verse contrariados sus planes, por lo mismo que eran todos «de mayor rigidez y mayor rigor.»

Y como élla los sufrió dánoslo mil veces á conocer: sobre todo, y en particular, cuando encarece la virtud de la obediencia y el aprovechamiento del prójimo á que obliga la caridad.

«Acuérdome, dice, que me contó un religioso, que había determinado y puesto muy por sí, que ninguna cosa le mandase el Prelado que dijese no,

---

[1] Tarife la dió este nombre al ganarla para los sarracenos, no sin tener ue hacer á sus moradores concesiones y privilegios por su valor.

por disgusto que le diese. Cierto día estaba hecho pedazos de trabajar, y ya tarde, que no se podía tener é iba á descansar sentándose un poco, topóle el Prelado, y díjole:

—Tome el azadón, y váyase á cavar á la huerta.

Él calló, aunque bien afligido el natural, que no se podía valer; tomó su azadón, y yendo á entrar por un tránsito que había en la huerta (que yo ví muchos años después que él me lo había contado, que acerté á fundar en aquel lugar una casa), se le apareció Nuestro Señor con la cruz acuestas, tan cansado y fatigado, que le dió bien á entender, que no era nada el que él tenía en aquella comparación.»

Y añade:

«Yo creo, que como el demonio ve que no hay camino que más presto lleve á la suma perfección, que el de la obediencia, pone tantos disgustos y dificultades, bajo de color de bien, y esto se note, y verán claro que digo verdad.»

Detractores de Teresa de Jesús, leed lo que pone después para acabar de completar su encarecimiento anterior.

«En lo que la suma perfección está, claro que no es en *regalos interiores*, ni en grandes *arrobamientos*, ni en *visiones*, ni en espíritu de *profecía* [1], sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que

---

[1] Lo que ella por sus merecimientos había alcanzado.

quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo amargo como lo sabroso, entendiendo que lo quiere ansí su Majestad.»

Expresándose de esta suerte la Santa se nos da á conocer, y nosotros, al copiarla, cumplimos cuanto debemos á élla, y á nuestros lectores también.

«Claro es, dice un biógrafo ilustre de Teresa, que para dar lo que se debe dar, hay antes que tenerlo; y que élla tenía cuanto á sus hijas dar debía, prueba es cómo éstas lo recibían.»

Ninguna murmuraba cuando á su lado tenía la fortuna de estar, y cuantos más trabajos sobrevenían, más éllas se complacían y alegraban viéndola á élla recibirlos contenta y satisfecha.

«Grandes minas son la obediencia y el amor al prójimo, ó sea la caridad; pero ni de una ni de otra se saca el mineral precioso, si no se cava y ahonda hasta gran profundidad.»

Y después de poner esto, la Santa encarece la soledad.

«¡Hermosísima soledad, escribe, donde hay menos ocasiones de ofender al Señor, y donde el alma anda más limpia!

Y añade:

«Pero esto no obstante, bueno es también saber vivir fuera de soledad sin perder por ello los frutos de la soledad.

»Que una persona siempre recogida, por santa que á su parecer sea, no sabe si tiene paciencia y humildad, ni tiene cómo lo saber. Si un hombre fuese muy esforzado, ¿cómo lo ha de entender, si no se ha visto en batalla? San Pedro harto le parecía que lo era, mas miren lo que fué en la ocasión; mas salió de aquella quiebra, no confiando nada de sí, y de allí vino á ponerla en Dios, y pasó después el martirio que vimos.»

Y exclama:

«¡Oh, válame Dios, si entendiésemos cuánta miseria es la nuestra! En todo hay peligro, si no lo entendemos, y nos es gran bien que nos manden cosas, para ver nuestra bajeza. Y tengo por mayor merced del Señor un día de *propio y humilde conocimiento* [1], que nos haya costado muchas aflicciones y trabajos, que muchos de oración: cuanto más, que el verdadero amante en toda parte ama, y siempre se acuerda del amado. Recia cosa sería que sólo en los *rincones* se pudiese traer oración: ya veo yo que no puedo ser muchas horas: mas, ¡oh, Señor mío! ¿Qué fuerza tiene con vos un solo suspiro salido de las entrañas de pena, por ver que no basta que estamos en este destierro, sino que aún no nos den lugar para eso?»

Con poco basta para oración.

No precisa que ésta sea larga; basta que sea sincera y profunda, y que se dirija á Dios.

---

[1] El arduo y difícil «conocimiento de sí mismo.»

De esta suerte entendía la religiosa carmelita lo que es estando ocupada hacer oración.

Con estas y otras consideraciones que hace, nos demuestra Teresa de Jesús cómo sabía armonizar el doble cumplimiento de su misión de monja retirada y de Priora perfecta, de fundadora incansable y hasta de monja *andariega*, como se la llamaba, y élla misma se dejaba llamar con su habitual humildad, sin contradicción alguna.

Vida activa y contemplativa:

Vida provechosa para sí y para los demás.

Esto es difícil; y, no obstante, lo vemos patente de continuo en la existencia de la Madre á quien bajo tan diferentes aspectos estamos obligados á darla á conocer.

Tuvo al fin Teresa en Medina el inefable consuelo de ver habilitada la casa que las proporcionó doña Elena de Quiroga, y establecido en ella el segundo Monasterio de San José, acrecentado con la satisfacción de que una hija de esta noble y principal señora renunciase el brillante porvenir que la estaba reservado, ingresando en la reforma, y que su madre la siguiese poco después.

Así ganaba la Santa almas para el cielo sin violencia alguna, con la dulzura y los atractivos de su trato y de su siempre eficacísima perfección.

Consignemos ahora otros perfiles de la fisonomía moral y religiosa de Teresa de Jesús.

Si alguna quería aliviarla, decía:

—Miren, hijas mías, no me hagan floja.

En otras ocasiones, que al verla rendida se compadecían de ella, las objetaba:

—Déjenme hacer, que si trabajo, hágolo para la casa del Señor.

Hé aquí otras frases que nos conviene consignar:

—Quien se anima, Dios le esfuerza.

Y esta:

—¡Oh, buen Dios!... ¡Y cómo mostráis vuestro poder dando fuerza y hasta osadía á esta pobre *hormiguilla* para hacer vuestra omnipotente voluntad.

Así, y no como suponen los impíos, hablando de ella misma, se expresaba la Santa avilense.

Hallándose un día la sub-Priora hilando, como se la cayese de la mano el huso de que se servía para hilar, dijo á una de las hermanas:

—Hágame la merced de recogerlo, que estoy enferma y cansada.

Oyéndola la Santa, exclamó:

—Bájese élla por él... ¿No la basta por necesidad y cargo estar sentada en alto, sino que quiere la sirvan también?

La reprendida, conociendo que la Madre había comprendido su verdadera intención, la pidió gracia, y élla la otorgó de buen grado después de enseñarla á ser humilde, añadiendo:

—La cosa ya pasó.

Quien así procedía, conocía á fondo el corazón humano.

No descuidaba un instante la ilustre fundadora su proyecto de reforma en cuanto á los religiosos del Orden carmelita, y desde luego trató de que la aceptasen los del célebre Monasterio de Santa Ana de Medina del Campo.

Vino por este tiempo á la villa de Salamanca un joven, de tan pequeña estatura como gran capacidad y virtud.

Acababa de ordenarse, y acompañaba en calidad de secretario á un maestro del Orden carmelita.

Traía aquel *frailecillo* la idea de hacerse Cartujo, mas la Santa le hizo desistir y adoptar su reforma.

Veamos cómo.

Aunque el tal se negaba á conversar con mujeres, hízolo con Teresa por obediencia superior.

Al verla quedó sorprendido, y sin que profiriese una palabra ni á nadie hubiese revelado su pensamiento, la Madre le dijo:

—No es lo más acertado mudar de religión. En la suya cada cual puede servir grandemente, si así lo quiere, al Señor.

Dichas palabras, casualmente oídas por el fray Antonio Heredia, Prior de Santa Ana, le hicieron presentarse de repente y exclamar:

—Cuenten conmigo para ello.

Y este fervoroso padre, y el joven, que no era otro que fray Juan de Santa María, más adelante en la descalcez *de la Cruz*, bastaron para que se llevase á cabo la reforma de los calzados de

Medina, con edificación de todos y gloria grande de Teresa de Jesús.

De esta suerte pagaba la Santa á los de Medina la hospitalidad que la otorgaban, haciéndoles beneficios y mercedes espirituales de continuo, sin medida y sin tasa.

Y aunque en su humildad ocultaba otros muchos que hacía, divulgábanse, á pesar suyo, como sucedió con la curación de una de las religiosas del Convento, que, «hallándose con gran calentura y una terrible erisipela, bastó que élla la pasase la mano por la cara para que sanase.»

No es apasionamiento ni ciega credulidad lo que mover podía á los contemporáneos de Teresa de Jesús á dar crédito y á difundir sus prodigios; era la gratitud de cuantos los recibían y de ellos eran testigos.

Sus biógrafos más célebres, y entre ellos el padre Yepes y el P. Rivadeneira, no pueden ser tachados de visionarios ni de ignorancia; merecen con sobrados motivos todo crédito y autoridad, así como ninguna tienen los que les tachan de exagerados.

Hizo Teresa de Jesús varios milagros en Medina del Campo, tales como «dotar de aguas saludables al Convento, que no las tenía, ni según los maestros las podía tener; curó á muchos enfermos que imploraron su auxilio, y en especial á una

de sus hijas del Monasterio, tísica, á pesar de lo vario y rudo del clima.»

Pero no nos detengamos en esto, cuando lo que principalmente debemos encarecer aquí, es cómo fué poblándose milagrosamente aquel *palomarcito* de la Santísima Virgen que tan humildes principios tuvo.

La abuela de la Santa fué natural de la villa de Olmeda, y acaso esto contribuyó á que en Medina hiciese, con preferencia á otros puntos, su segunda fundación.

# IV.

## Ofrecimientos de la cuarta, y suceso de la tercera fundación.

No hemos de ver á nuestra heroína de aquí en adelante sosegada y tranquila un solo momento.

La misión que con la vivacidad de su carácter, pero sobre todo con la impetuosidad de su amor á Dios y la obediencia á sus consejos é inspiraciones, acepta gustosísima Teresa de Jesús, no la consiente un punto de reposo; y en cuanto en las *fundaciones* la sucede y pasa, se deja sentir ostensible y clara la mano del Señor.

Es preciso cerrar voluntariamente los ojos para no apreciar lo *sobrenatural* y lo *divino*, aun en lo que tuvo de humano, la prodigiosa obra de la Madre carmelita; obra que ofrecemos no abandonar un solo instante, ni distraer de ella un solo momento á nuestros lectores [1].

---

1 La imposibilidad material en que estamos de dedicar á este libro todos los momentos útiles de trabajo que tiene el día, y el deber de darle variedad é interés conforme á las condiciones de estos libros, nos viene preocupando grandemente; con todo, saldremos adelante.

¿Qué se quiere ni puede exigir más de nosotros que lo que desde que comenzó su publicación venimos haciendo?

Ni sólo *historia* ni sólo *leyenda*; á esto nos hemos comprometido, y esto haremos hasta el fin.

En cuanto á rapidez, tampoco se nos puede pedir más; no todo depende en este punto de nuestra voluntad.

Y aun así, en menos de un año vamos á *improvisar* un libro como ningún otro, que sepamos, se ha publicado hasta el presente acerca de la mística Doctora, y todo se ha hecho con la rapidez que las circunstancias demandaron por parte del editor, del dibujante, del acuarelista, del litógrafo, de la *Censura eclesiástica obtenida*, y del autor. ¿Cabe un prodigio mayor por todos realizado, con aplauso del público no impaciente?

Si nos creyésemos dignos de merecer un *milagro*, lo hecho en tan escaso tiempo por todos, casi por tal lo podíamos tomar.

Ni antes podíamos, ni en lo sucesivo podemos dar de mano en la vida de la religiosa avilense á detalles é incidentes, siempre con ella relacionados, y con intención manifiesta puestos para darla mayor realce y acomodar su composición á otras de índole análoga que antes hemos publicado.

Lo difícil está logrado.

Llegaron á Teresa por este tiempo, y hallándo-

se en Medina del Campo, cartas apremiantes y repetidas de Toledo, en las cuales la viuda de Ares Pardo, doña Luisa de la Cerda, su grande amiga, sabedora de sus nuevas tareas de *fundadora*, la pedía y la solicitaba con empeño se dignara estatuir en Malagón uno de sus conventos reformados.

La pequeñez é insignificancia del lugar; la falta de medios con que mantenerse allí de sólo la limosna, como ella ambicionaba más se hiciesen las fundaciones, todo la hizo vacilar por largo tiempo, entreteniendo la piedad de doña Luisa, sin atreverse á desairarla con pretextos que no bastaron á hacerla desistir de sus ruegos y sus empeños.

Tratado el caso con letrados y el confesor suyo, como hacía siempre, dijeron hacía mal; que pues el Santo Concilio daba licencia de tener renta, que no se había de dejar de hacer un Monasterio, á donde tanto se podía al Señor servir, en su opinión.

Con esto se juntaron las muchas importunaciones de la señora, por cuyos motivos se hubo de decidir, ofreciéndola al fin complacerla.

Aconteció en el ínterin, que una mañana del mes de Febrero, fría y desapacible por cierto, apeóse de un brioso y fatigado alazán un caballero á las puertas del Monasterio.

Cuantos le vieron llegar se maravillaron.

Era joven, apuesto, y en sus modales se conocía que era un señor muy principal.

Dejó el recién llegado las riendas del animal,

cubierto de lodo y espuma, al criado que le servía y acompañaba, y entrando en el edificio pidió permiso para ver á la Superiora.

Mucho extrañó á la tornera la llegada del desconocido, y temerosa de desagradar á la Santa, la dijo:

—Ignoro si he hecho bien, Madre, en no despedir desde luego á un sujeto que solicita verla; al parecer viene de lejos y le acompaña un criado.

—¿Y os ha dicho lo que desea?—la preguntó Teresa de Jesús.

—No le he preguntado; si su maternidad quiere...

—No; decidle que bajo al instante.

Y con efecto, la bondadosa monja dió de mano á sus ocupaciones y salió al locutorio.

Cuando descorrió las cortinas interiores que detrás de la espesa reja de la clausura dividían el saloncito de recibo del Monasterio, el desconocido se descubrió respetuoso.

—Alabado sea el Señor,—dijo la Madre.

Y el joven caballero, poco acostumbrado á aquel saludo cristiano, no supo qué contestar.

—Dícenme que deseáis verme; soy Teresa de Jesús.

La presencia de la monja y la manera de pronunciar su nombre, hicieron que el caballero se arrodillase sin explicarse por qué.

—Alzad, y decid.

—Traigo encargo, señora,—murmuró el caba-

llero,—de saludaros en nombre de don Alonso, mi hermano.

—¡Su Ilustrísima!—exclamó la Santa.

—El mismo

—¿Entonces sóis?

—Don Bernardino de Mendoza, hijo de los condes de Ribadabia...

—¡Ah! Siéntese su mercé, y hable con entera franqueza. ¿Venís de Valladolid?

—Con efecto; de allí vengo, y acabo de llegar.

Teresa, para dar ejemplo al caballero, se sentó, y el de Mendoza, hermano del Obispo de Plasencia, según unos, ó de Ávila, y de doña María, viuda del Comendador mayor de León, don Francisco de los Cobos, gran limosnera, la imitó, no sin sentirse cada vez más subyugado ante la Santa.

—Aprecio mucho á vuestra familia toda, y, por lo mismo, contad desde luego con mi pobre estimación... Nada soy, nada valgo, pero os serviré en cuanto yo pueda, en nombre del Señor.

Tan poco habituado estaba el caballero á aquel lenguaje, que á no traer un propósito nobilísimo, se habría sentido avergonzado.

—Vengo, Madre, atraído por vuestra fama y nombre á cumplir una promesa hecha en el confesonario.

—Os escucho.

—Pues bien, debo revelaros...

—Lo que ya sé;—le interrumpió Teresa de Jesús.

—¡Que sabéis ya!

—Sí; podré economizaros el trabajo de contarme vuestra vida... la marquesa de Camarasa, vuestra sobrina, me ha hablado de vos algunas veces.

—¿De mí?

—La juventud, en el mundo, se extravía fácilmente; y esto, aunque es contra Dios, se explica por nuestra ordinaria fragilidad.

—No creía...

—¿Que os hablase así una monja?

—Es cierto.

—Pues ya que sabéis que os conozco y soy vuestra amiga, proseguid.

—Vengo á ofreceros una casa y huerta que poseo en la villa que fué corte, para que en desagravio de ofensas hechas á Dios las aceptéis, oferta que ha lisonjeado mucho á mis hermanos; y que...

—No sabéis, joven, lo que estimo cuanto me decís.

—¿Luego consiente en lo que motiva mi viaje?

—Con una sola condición.

—Hablad, señora.

—Que me déis tregua para otras fundaciones que tengo ofrecido hacer antes que os complazca á vos.

El trato de la tercera fundación de la reforma quedó hecho en aquella mañana, y don Bernardino se volvió á la villa contento y satisfecho.

Que aunque enamorado, y no muy escrupuloso

en materia de galantería, era devotísimo de María Santísima Madre del Redentor, y cumplía con la Iglesia.

En una de sus confesiones se le había impuesto por penitencia hacer una buena obra: y consultado el caso, su hermano el Prelado le aconsejó la que hemos visto había realizado y motivó su viaje á Medina del Campo desde Valladolid.

Las cosas no marcharon muy á gusto de don Bernardino, pues la fundadora acudió á las exigencias de la Cepeda preferentemente, y á otros asuntos de no menor interés.

Salió de Medina la Santa aceptando la compañía de la hermana del caballero que iba á Úbeda; y, dejando al frente de la Comunidad de su querido Monasterio á la madre Inés de Jesús, vino á Madrid, hospedándose en el palacio de doña Leonor Mascareñas, bien á pesar suyo, pues hubiese querido para ella y las que la acompañaban albergue más humilde y propio.

No cabía resistir ciertas ofertas, dada la voluntad con que se hacían, y fué tan cortés la de doña Leonor, que es fama salió al Escorial [1] á esperar á la Santa, y ya allí, la rogó que el tiempo que hubiese de estar en la corte lo pasase en su casa con toda libertad y como quisiese.

---

1 Que desde 1562 era *Real Sitio de San Lorenzo*. La primera piedra del célebre Monasterio se asentó el 23 de Abril de 1563.

No desperdició Teresa de Jesús esta nueva coyuntura de servir al Señor, pues en la corte conoció muchas personas principales que, unas por curiosidad y otras por devoción sincera, acudieron á visitarla al palacio de Mascareñas.

Mostróse la religiosa tan sencilla, tan familiar y tolerante con todos, que unos decían:

—Ya creíamos que fuese otra cosa.

—Se parece á muchas.

Mientras que los más, al escucharla, comprendieron que todo en élla llevaba el sello de una superioridad extraordinaria.

Conoció Teresa en aquel viaje á la princesa doña Juana, hermana de Felipe II, que estaba de monja en el Convento de las Descalzas de San Francisco, fundación suya, y al frente de cuya Comunidad se hallaba de Abadesa una hermana de San Francisco de Borja.

Y aunque nada dicen de esto sus biógrafos, no creemos violento suponer que el gran monarca, que tantos deseos tenía de conocerla, haría que fuese á palacio, ó la vería en la santa casa donde moraba su hermana.

Lo cierto es que todos se enamoraban de élla, y la Abadesa de las Descalzas dijo:

—Alabado sea Dios, que nos ha hecho conocer una Santa como ésta, á quien debemos imitar. Habla, duerme y come con nosotras; conversa sin ceremonias y melindres de espíritu; pero del Señor es, sin duda, el don que tiene para atraer.

No podíamos preterir en este libro un elogio semejante.

Corrió gran prisa acudir á Alcalá de Henares para dar nueva vida á la fundación hecha allí por intercesión y consejo de la Santa por María de Jesús, de que ya nos hemos ocupado, y Teresa fué allí desde Madrid, siendo recibida con extremado regocijo.

Su llegada fué el 21 de Noviembre del año 1567, y en Alcalá permaneció todo el tiempo necesario para poner en orden el Monasterio, sometiéndosela las monjas todas, incluso la fundadora, que fué la que más la sirvió y obedeció.

Así queda desmentida la impiedad en sus gratuitas suposiciones y supuestas rivalidades entre la fundadora de Alcalá y la verdadera fundadora de la Regla descalza, sin la cual la beata nada habría conseguido, como se demuestra por esta visita de Teresa de Jesús á Alcalá y sus excelentes resultados.

No era «andariega» la religiosa avilense por capricho, como supone la crítica moderna, ni sus maneras insinuantes las empleó nunca en satisfacer su vanidad, sino siempre ne mayor gloria de Dios; y á no ser así, sus viajes no habrían dado los resultados que daban, ni su atractivo y don de gentes cedido en beneficio de la religión.

Es nota característica de Santos producir en la tierra frutos de santidad, y éstos eran siempre y

en todas partes los que dejaba en pos de sí la heroína cristiana, cuyo elogio se hacía por todos, aun por los mismos que la contrariaban.

No había cejado ni desistido la viuda de Ares Pardo en su anhelo de Malagón, y seguía pidiendo á su huéspeda de Toledo aquella gracia que por tanto tiempo la hizo desear.

Arreglado todo y puesto en orden en Alcalá de Henares, Teresa envió por monjas á Avila, concertando antes en Madríd y en Toledo su tercera fundación, que fué en el orden cronológico la de Malagón.

Hiciéronse escrituras por doña Luisa de la Cerda en favor de la fundación proyectada, y tan piadosa señora y doña María de Mendoza salieron para la villa, llegando á ella la semana antes de la gran Semana de Pasión, hospedándose en un viejo castillo del ducado de Medinaceli.

A la mañana del Domingo de las palmas, año 1568, el pueblo entero acudió al castillo en solemne procesión, y sacando de él á las monjas «cubierto con sus velos el rostro y con capas blancas revestidas, las llevaron á la Iglesia, donde se celebró solemne función con sermón, y concluída la misa, se llevó en igual forma el Santísimo Sacramento al Monasterio, situado en la Plaza Mayor.»

Ocurrió aquel día un suceso que la tradición ha conservado, y nosotros debemos registrar.

Entre las muchas personas que concurrieron á la

solemne procesión, iba una niña, hija del Corregidor, llamada Brianda, á quien viendo cansada la Santa tomó de la mano, y con élla fué así largo rato hasta llegar al Monasterio.

El angelito miraba de hito en hito á Teresa de Jesús, agasajada con aquella bondad, y la Santa, pasando la mano por su cara, la dijo:

—Serás aquí monja.

Y consta que en efecto lo fué con el nombre de San José, y asimismo, que aunque vivió hasta los noventa años, su bello é infantil rostro jamás se envejeció ni arrugó.

Así quedó hecha canónicamente la dicha fundación; pero no á gusto de Teresa, por el mucho ruido que allí había, y que podía estorbar, en ocasiones dadas, el recogimiento y la oración.

Doña Luisa de la Cerda, dispuesta á cuanto fuera complacer á la fundadora descalza, la ofreció nuevo y definitivo Monasterio, costeado á sus expensas.

Saliendo á elegir sitio para él, sucedió que, como á todos gustase uno determinado y dijesen:

—Aquí,

La monja avilense, que les oyó esto, se detuvo un momento, y con el acento profético que á veces solía hablar, replicó:

—Sigamos más adelante; aquí, no.

—¿Es que no es á propósito?—la preguntó la viuda de Ares Pardo.

—Ya lo creo que sí; pero dejemos éste para frailes descalzos de San Francisco.

Y escogió otro sitio próximo á un olivar, diciendo:

—Aquí; aquí es donde Dios tiene escogido sitio para el Convento de monjas de la Reforma que se ha de fundar.

Habiéndose realizado su primera profecía después de algunos años, respecto á la fundación de Padres descalzos hecha en aquella ocasión.

Cuentan biógrafos ilustres de la Santa, en crónicas irrecusables fundados, que comenzadas las obras del nuevo edificio de Malagón, como la fundadora ilustre fuese allí á hacer el traslado de sus hijas y las hallase muy atrasadas, lejos de afligirse por ello, aseguró á todos la fecha en que habrían de concluirse.

—¡Imposible!—exclamaron todos cuantos en esto eran conocedores.

Y colocándose al frente de los trabajadores, alentándoles y ayudándoles hasta llevando espuertas de tierra, y con sus monjas barriendo y limpiándolo todo, el 8 de Diciembre de aquel mismo año pudo verificarse la ida definitiva al nuevo edificio hecho bajo su traza y dirección.

¿Fué este un milagro?

Si no lo fué, es indudable que se debió lo ocurrido á la actividad y celo de la Santa, que habiendo ido á Malagón enferma, hasta el extremo de «no

poderse tener en pie,» venció la dolencia, y sólo volvió á sentirse enferma cuando ya «su salud no era necesaria.»

¿Sería este otro prodigio del cielo?

No le damos como tal; pero hacemos notar la coincidencia, para que la piedad de nuestros lectores la den el valor que quieran.

Durante su permanencia en Malagón vió Teresa de Jesús, el segundo día de Cuaresma, después de comulgar, á Nuestro Señor, llevando sobre su cabeza, en vez de corona de espinas, una brillante y resplandeciente.

No entendiendo lo que aquella visión significaba, y lamentando á la vez lo que el Divino Redentor pasó, la imagen la habló de esta suerte:

—No te compadezcas, hija mía, tanto de lo que me hicieron sufrir, como de lo que hoy me hacen padecer.

—¿Cómo poner á ello remedio?—exclamó la Santa.

—Sigue *fundando* sin descanso;—la respondió Cristo.

Y como siempre hacia Teresa de Jesús, obedeció el mandato, partiendo á seguida para Toledo el 19 de Mayo de 1568.

En la ciudad se vió precisada á guardar cama, y la sangraron, estando allí ocho días, como sabemos por una carta que escribió á doña Luisa de la Cerda, referente á este su viaje.

Así como consta que por entonces, habiendo concluído el libro precioso de su Vida, tuvo grandes deseos de que fuese aprobado, siéndolo en efecto por el M. Ávila, que en carta fechada en Montilla el 12 de Septiembre de 1568, después de aprobarle, como lo tenían hecho ya los PP. Ibáñez, Báñez [1] y García de Toledo, dominicos todos, la decía:

«Vuestra merced siga su camino; mas siempre con recelo de los ladrones y preguntando por el camino derecho. Y dé gracias á Nuestro Señor que le ha dado su amor y el *propio conocimiento*, y amor de penitencia y de cruz.»

Palabras que demuestran cómo el P. Ávila conoció por su Vida á la Santa carmelita.

¿Habremos nosotros acertado á darla á conocer de igual suerte en cuanto llevamos escrito?

Esto hemos procurado y deseado, y desear y procurar habremos en lo sucesivo.

---

[1] Catedrático de la Universidad de Salamanca, que fué por mucho tiempo confesor de la Santa.

# V.

## Portentosa fundación en Valladolid.

No era por entonces, según hemos tenido ocasión de decir, cosa fácil saber noticias á larga distancia.

De vuelta de Alcalá de Henares, y hecha la fundación de Malagón, doña María de Mendoza prosiguió su viaje á Úbeda, donde la esperaba su hermano don Bernardino, á quien dió cuenta de las intenciones de Teresa de Jesús de aceptar su ofrecimiento para fundar en Valladolid un Monasterio de la Reforma; lo cual complació al mancebo, que ya casi había olvidado su visita á Medina del Campo.

Ligero é impresionable el castellano, se entregó sin reserva á nuevos excesos, sobreviniéndole una enfermedad tan rápida y grave que le privó del habla, confesando tan sólo á instancias de su hermana por señas (lo cual basta), y recibiendo la bendición de su hermano antes de espirar.

Teresa de Jesús tuvo revelación misteriosa de

esta desgracia, y de que aun cuando don Bernardino había muerto como cristiano, no sin deudas suficientes para tener que pasar por el Purgatorio antes de gozar de la visión perpetua del Señor, y que esto no sería hasta que se dijera la primera Misa en el Monasterio de Valladolid en la finca por él ofrecida en cumplimiento del consejo ú orden de su confesor.

La Santa, con esta visión, decidió salir cuanto antes de Toledo, y lo verificó el 28 de Mayo del ya dicho año de 1568; el 30 pernoctó en Escalona en casa de la marquesa de Villena, y después de grandes fatigas llegó á Avila el 2 de Junio, siempre hostigada por la piadosa idea y el ardiente deseo de hacer por el alma del caballero cuanto en su mano estuviese por abreviar la hora, el instante, el momento de su libertad.

¡Cuán desdichados son los que no creen!

Siempre que en esto pensamos, no comprendemos que se deje voluntariamente de creer.

Teresa de Jesús, anhelosa é impaciente...

¿Por qué?

Por llenar un deber piadoso, un deber de conciencia, uno de los actos más sublimes de la caridad cristiana, que no se limita á hacer el bien á los seres vivos, sino que se extiende hasta hacerle inmenso á los que mueren.

¡Consoladora creencia!

Sí; á los que amamos y nos amaron, podemos ser

útiles si en vida adquirieron el derecho á la patria celestial.

El paralítico del Evangelio es un recuerdo no más de lo que las almas sufrir deben en el Purgatorio hasta merecer entrar limpias en la nueva Jerusalén.

Llevaron consigo el tesoro de sus virtudes, de sus buenas obras, empañadas por algo que en vida no satisfizo por completo á Dios.

Éllas nada pueden para abreviar un solo instante el término de su completa expiación; á nosotros no es lícito conseguirlo.

El sabio dijo:

«Hay gentes que son ricas, aunque no tengan nada; y otras, que son pobres, aunque posean cuantiosísimas riquezas.»

La máxima es tan profunda como verdadera.

No tener nada, es ser bien pobre; pero no tener nada y deber mucho, es todavía mayor pobreza, y aún existe otra más angustiosa y desesperante.

No tener nada, deber mucho, y no poder ganar cosa alguna, es estar en el último, en el postrer grado de la pobreza. Tal es el estado de las almas del Purgatorio.

Almas desdichadas, carecéis de recursos para comprar vuestra libertad: debéis mucho á la severa justicia; ha llegado *para vosotras la noche en que ninguno puede trabajar* para indemnizarse ó enriquecerse: ¿qué haréis? ¿á quién recurriréis?...

Teresa sabe esto bien, y por ello se afana y apresura á llegar á Valladolid.

Sabe que los mortales, aunque inferiores en méritos á estas almas santas, podemos ayudarlas mucho con los pocos que tengamos, y élla tenía muchos; y aunque inciertos de nuestra futura felicidad, podemos acelerar la que éllos están seguros de poseer, mediante nuestros sufragios, y principalmente por la aplicación de los infinitos méritos de su augusto Hijo en el sacrificio de la Misa.

Otra advertencia del sabio:

—Vivid siempre con temor.

Teresa no la olvidaba en medio de su santidad, recordando siempre lo mucho que debemos á Dios, y es causa de que no siempre acá en la tierra se lo podemos pagar, siendo acreedores para la otra vida, como lo fué el de Mendoza, y así se la reveló.

Nuestra religión nos enseña, que aunque se nos perdonen nuestros pecados, hay siempre ciertas deudas que pagar en esta vida ó en la otra, de cuya enseñanza no sacamos casi nunca el fruto que debiéramos.

La justicia divina, por el hecho de serlo, no cabe que pierda cosa alguna de sus derechos. A David le fué perdonado su pecado; pero un Profeta le advirtió «que pesaría sobre su casa la espada del Dios vengador,» por lo cual, para utilizar por entero la gracia que había recibido, «bañaba con sus lágrimas el pan que comía, humillaba su alma en el ayuno, alababa al Señor por lo mucho que le

afligía, é inclinaba gustoso el hombro para cargar con el peso de sus venganzas.»

¿Por qué hizo esto?

Porque estaba seguro, como la religiosa carmelita lo estuvo siempre, que es mucho más útil satisfacer á Dios en esta vida, que esperar á que tome satisfacción en la otra; pues aun en lo que á ésta se refiere, no nos negaréis que vale más experimentar los rigores de una cura cruenta para conseguir la salud perfecta, que dejar por falta de resolución un residuo del mal que nos aqueja, ó como decía San Antonio, refiriéndose al pecado, una «fermentación de venganza.»

No obstante sus ansias por salvar el alma de Mendoza de las penas que sufría en el Purgatorio, Teresa de Jesús se vió forzada á dilatar su ida á Valladolid, en atención á que un caballero, llamado don Rafael Mejía y Velázquez, la brindó con un edificio en Duruelo para establecer en él una Comunidad de religiosos carmelitas descalzos, cosa que fué tan de su agrado, que algo se entretuvo en ello, y así nos lo refiere antes de ocuparse de su cuarta fundación.

La de los Padres de Duruelo, primera de la *Reforma*, la establecieron el Prior de Santa Ana de Medina y fray Juan de la Cruz, como decimos después.

Pues nuevos apremios del cielo movieron á la Madre á dejarlo todo y á salir de Medina del Cam-

po para la hoy capital de Castilla la Vieja [1], el 10 de Agosto de aquel año (1568), día de San Lorenzo, acompañándola en este viaje fray Juan de la Cruz, y varias religiosas que con élla hicieron la cuarta fundación.

Llegaron los expedicionarios rendidos, y fué grande el desencanto de la Santa carmelita al enterarse de la casa y huerta cedida por don Bernardino; pero la contrarió aún más que el P. Julián no hubiese obtenido las licencias necesarias, viéndose obligada á refugiarse en un Monasterio de su Orden que había á la entrada de la villa, cerca de la ermita de Santiago, que era entonces un dilatado y árido escobar.

Antes de proseguir en la composición definitiva de este número, y al llegar á esta parte de él, hemos recorrido con piadosa intención y febril curiosidad los varios sitios que en Valladolid santificó con su presencia Teresa de Jesús.

Lo mismo hemos hecho antes con la mayor parte de los demás que fueron teatro de las obras y los trabajos de la ínclita fundadora, en cuanto nos lo han permitido las obligaciones y las sujeciones de nuestro cargo.

Sólo así, buscando datos, leyendo libros, y consultando doctas personas, hemos logrado hacer

---

[1] Residencia, hace más de cinco años, del autor de esta obra, Magistrado de su Audiencia Territorial, y en cuyo punto la ha escrito, y antes la de *María Magdalena*, con no pequeña fatiga, atendidas las inexcusables y perentorias obligaciones de su cargo.—(N. DEL E.)

un libro que responder pueda á las exigencias de la época actual, y á los sacrificios de todos géneros que demandaba una composición relativa á un asunto agotado en la opinión del mayor número.

En Ávila, en Medina, en Toledo, en Pastrana, en Salamanca, en Alba de Tormes, por fortuna nuestra se han alterado poco los sitios y lugares, que, en su mayor parte, están como entonces; y aun por lo que á Valladolid se refiere, hemos podido tener el consuelo de decir:

—Aquí estuvo hospedada, provisionalmente, la Madre carmelita.

—Por este antiguo y amplio camino de Simancas, que recorremos pensando en Teresa de Jesús, fué ella por vez primera á visitar el edificio-ribera, bañado por la margen izquierda del Pisuerga, situado á poco más de un kilómetro de distancia de la población.

—¡Allí está todavía la huerta, ya que no la casa, que don Bernardino de Mendoza le ofreciera antes de su ida á Úbeda!

—Ésta, que es hoy posesión del colegio llamado de los Ingleses, de San Alvano [1], la sirvió de

---

1 Según Antolinez de Burgos, por el año de 1589, después de introducido en Inglaterra el protestantismo, fueron detenidos y presos en Valladolid cuatro individuos de aquella nación, á quienes se tuvo por sospechosos. Una vez ante sus jueces, dieron razón de haber venido á España huyendo de los riesgos que podían correr en Inglaterra, y á fin de instruirse en el catolicismo y predicarlo luego en su nación.

Sabedor Felipe II de esto, ordenó que se estableciesen en su reino colegios destinados á instrucción de clérigos extranjeros, para que pudieran predicar después en su país respectivo las verdades de la fe.

primera residencia en la entonces villa notabilísima y floreciente, y hoy ciudad y capital de Castilla la Vieja.

—¡En la humildísima capilla que en ella se conserva rezó la mística doctora! [1]

—¡De este palacio salió la Santa con sus hijas para el Convento en que definitivamente se establecieron, y en el que moran actualmente las herederas observantes de su estrecha reforma y fieles imitadoras de sus virtudes!

¡Oh! Esto es hermosísimo; esto tiene y ha tenido grandes encantos para nosotros, que, sin título alguno, hemos osado ensalzar sus virtudes y encarecer sus obras, reuniéndolo todo, condensándolo todo en una forma diversa que hasta aquí.

Perdónesenos, si acariciando estas ideas, y condensando en estos cuantos renglones tan gratas impresiones, lamentamos una vez más el no poder avanzar lo que quisiéramos en esta publicación.

Valladolid es deudor de mucho al siglo XVI; al siglo de Teresa de Jesús; sobre todo, en el orden eclesiástico y religioso.

De aquel siglo, de aquella época datan la mayo-

---

Uno de estos primeros colegios, fué el de Ingleses, estatuído en Valladolid en 1590, bajo la advocación de San Alvano, proto-mártir de Inglaterra, al que posteriormente se agregó el de Irlandeses, fundado con idéntico objeto.

Tal es el origen de esta institución.

[1] Que por cierto no está consagrada al culto público, como nosotros la quisiéramos, idea que no dudamos aceptarán gustosos sus respetabilísimos propietarios.

ría de los edificios que la engalanan y envanecen.

En ese período de florecimiento de las artes y las letras en España, brillaron notabilidades que recuerdan con legítimo y noble orgullo sus moradores.

Ahora bien:

La protagonista principal, y al presente casi única de esta composición [1], recorrió sus calles, visitó sus barrios, oró bajo las bóvedas de la mayoría de sus templos, y hasta pudo ver los comienzos de alguno que ha quedado sin concluir indebida y dolorosamente [2].

Y no salía nunca ni volvía á su humilde casa del camino viejo de Simancas, ó de la judería, hoy barrio nuevo de San Nicolás, sin que las gentes la interceptaran el paso ávidas de contemplarla, anciana, pero todavía fuerte y vigorosa; sobre todo para ejercer actos de caridad y de virtud.

Solos hemos recorrido algunos puntos de la ciudad, en los que con la imaginación nos ha parecido ver á Teresa de Jesús cubierto su bello semblante con el velo de las vírgenes del Señor, y meditando maneras infinitas de hacer bien.

Constantemente afable, cariñosa y bondadosísima:

Sin afectación ni gazmoñería, como algunos malvados han osado querer pintárnosla.

---

1 Que élla absorbe toda nuestra atención.

2 Nos referimos á la Santa Iglesia Catedral.

Nunca tuvo arranques de soberbia la criatura privilegiada que venimos dando á conocer.

Émulos y embusteros, callad.

El nombre y la fama de Teresa de Jesús están muy arraigados para que pueda destruirlos nunca ni de modo alguno en la tierra la impiedad.

No: jamás fué vanidosa, ni intolerante, ni desabrida la Santa castellana por nada ni por nadie.

Atraía, y, por el contrario, se captaba las simpatías de todos, como se las captaron siempre los santos; tipos que los impíos no buscan ni tratan; de que huyen y se alejan para después calumniarlos.

La historia no se hace así.

Se hace bebiendo en fuentes puras y de verdad.

Para juzgar á los santos con acierto, era preciso que los conociéseis.

Pero, ¿qué decimos?... Si no creéis en la santidad ó la virtud, no os importa nada... ¡Infelices!

Buscad á los santos, aun hoy mismo, con buen deseo y buena voluntad, sin prevenciones injustas, y los encontraréis; porque, tenedlo por cierto, siempre los hay y los habrá.

Buscadles fuera del bullicio del mundo; en los recintos apartados de la oración, del recogimiento y la enseñanza cristiana, de la obediencia y la mortificación principalmente, y los hallaréis, sin duda alguna, como nosotros, para mejor representarnos

á Teresa de Jesús, los hemos buscado y hallado, sin que citemos nombres, que tanto no nos es lícito ni nos es dable.

Los que no creen en las virtudes sublimes de la mujer, no es porque no las haya virtuosas, sino porque no las quieren así, ó las hacen malas.

Cuántos no conciben, viviendo en una atmósfera infestada, las excelencias del honor, de la abnegación y la honradez, y se atreven á negarlos, sin que por eso deje de ser menos cierto que los haya en la tierra.

Tengamos lástima, una vez más, aun en este orden de ideas, de los que todo lo niegan, de los que nada creen.

*Portentosa* hemos apellidado á la cuarta fundación de la reforma carmelita; á la fundación vallisoletana que nos toca historiar al presente, y lejos de retractarnos, nos afirmamos en ello.

Porque probar podemos que lo fué por sus circunstancias, por el milagro que la apresuró y anticipó á las que Teresa de Jesús hizo, y por otras muchas cosas que la realzaron después.

La religiosa carmelita sabía que el alma del donante de aquella malsana ribera en que instituirla debía, padecía «tormento de privación, de ausencia de Dios,» que «la estaba reservada una gloria inmortal é imperecedera.»

Sabía, por revelación celeste, que «al decirse en

ella por vez primera el cruento Sacrificio, se romperían las cadenas que la retenían y la aprisionaban en el Purgatorio.»

Y por esto, dando prisa á la habilitación del local, trabajó por sí misma, trabajó con sus manos, y las monjas que con élla vinieron trabajaron también en unión de los alarifes y menestrales, amasando el yeso, levantando tapias y limpiando el terreno [1] para que todo estuviese concluído y trasladarse allí en pocos días, aun cuando fuese de un modo incómodo, «con tal que el local cedido estuviese servible, en lo que al recogimiento tocaba y no cabía excusar.»

Así las cosas, llegó un Domingo, y la Santa, en unión de las madres Isabel y María de la Cruz, Antonia del Espíritu Santo, y la hermana de velo blanco Francisca de Jesús [2], tuvieron el gran consuelo, la dicha imponderable de poder oir misa en el nuevo edificio, aunque aún no estaba acabado, con pena de todas, á quienes cada día las parecía un siglo, y cada hora un año.

De notar es que Teresa llamaba siempre «largo plazo y tiempo dilatado» al que mediaba entre la concepción de sus ideas y la realización de las mismas.

Y como todas eran santas, útiles, provechosas y

---

[1] Esto lo hizo la monja reformadora muchas veces en repetidas ocasiones, pero muy particularmente en Malagón y Valladolid.

[2] Nombres que ha conservado la tradición.

buenas, no sólo tenía «impaciencia de cuanto antes ponerlas en práctica y ejecución,» sino que «su deseo era siempre contagioso y se transmitía por lo común de manera insensible y misteriosa á los demás.»

La fundación vallisoletana fué una de las más prodigiosas por lo rápida, y á pesar de esto la Santa se impacientó.

Y tuvo que vencer dificultades de diversos géneros; pero sobre todo, y más ostensiblemente, «las dificultades *materiales* que las cosas humanas tienen por lo común y por regla general.»

Y no diremos por ello que éstos fuesen milagros, que en este punto sólo la Iglesia es la que señala y determina cuáles lo son y cuáles no; pero hacemos resaltar estas particularidades, porque repetidas y reiteradas, no dejan de ser, á nuestro pobre juicio, de una alta significación.

Lo que con más empeño debemos señalar aquí, es lo acaecido en la Misa primera que se dijo en la casi abandonada capilla del Monasterio que acabamos de visitar.

Dejar debemos que sea élla, Teresa misma, la que lo diga, como nosotros no lo sabríamos de forma adecuada y propia decir.

No estaba aún autorizada por completo la fundación; mas dieron á la Santa, accediendo á sus ruegos reiterados, como dejamos dicho, licencia extraordinaria para oir en ella Misa en la parte

destinada á Iglesia, que fué la que con mayor rapidez se habilitó.

Leed ahora con detención:

«Yo estaba, escribe [1], bien descuidada de que entonces se había de cumplir lo que se me había dicho de aquel alma; porque aunque se me advirtió sería á la primera misa, pensé que había de ser la en que se pusiese el Santísimo Sacramento.

»Viniendo el sacerdote á donde habíamos de comulgar con la Sagrada Forma en las manos y llegando yo á recibirle junto al sacerdote, se me presentó el caballero... [2] con rostro resplandeciente y alegre, juntas las manos, y me agradeció lo que había puesto por él, para que saliese de Purgatorio, y fuese su alma al cielo.»

La ilustre fundadora, para dar más claridad al anterior pasaje, añade «ser cierto que la primera vez que la vió estaba en carrera de salvación,» y «que élla estaba muy fuera de sí y con harta pena, pareciéndola que era menester otra muerte para su manera de vida;» pues «aunque tenía buenas cosas, estaba metida en las del mundo,» siendo verdad «había dicho á sus compañeras que traía muy delante la muerte.»

Y siempre, en su concepto, «es mucho lo que agrada al Señor cualquier servicio que se haga á su Madre, y grande su misericordia,» y «paga con

---

[1] Libro de *Las Fundaciones*, cap. X.

[2] Alude á D. Bernardino de Mendoza, muerto en Úbeda el año anterior.

eterna vida y gloria aun la bajeza de nuestras obras,» y «las hace grandes, siendo de pequeño valor, cuando á tales fines van encaminadas.»

Y cuanto aquí vamos poniendo, es tomado de la Santa.

Con lo cual damos satisfacción á los que su estilo, giros y modo que de escribir tenía, desean conocer.

De suerte, que el solo amor de don Bernardino á la Santísima Virgen, bastó para que sucediese á su muerte lo que con tan notabilísimos detalles dejamos consignado; de todo lo cual deduce, y con razón, la Santa, «el valor grande de la limosna;» que al fin limosna ó merced fué la hecha por el joven caballero á Teresa de Jesús.

La caridad tiene multitud de formas, y la de don Bernardino de Mendoza fué una de las más gratas á Dios, y con lo ocurrido atestiguó el Señor en cuánto tenía los propósitos y los trabajos de la monja avilense.

Es más; la caridad, que tiene aquí abajo su asiento, tiene su trono más radiante en la patria de los espíritus, en la patria de la inmortalidad.

El imperio de la caridad se extiende sobre toda la tierra; pero cuando más vale y significa, es cuando se enseñorea del alma, y con haberlo estado de la del de Mendoza, esto sólo la bastó para salvarse.

¡Bendita sea la caridad católica, dulce hermana de los cautivos, compañía de los miserables, última é indulgente amiga de los condenados á muerte!

¡Benditas sean también las dulces instituciones y los votos sublimes de la caridad cristiana!

El preso pasa, y recobra su libertad después de haber llenado el tiempo de su castigo:

El forzado deja de serlo, y se va después de cumplir su condena.

Sólo la religiosa, como Teresa de Jesús, permanece encerrada en su morada hasta la muerte, pidiendo siempre por los mortales al Señor.

Respetad y bendecid, almas católicas, la forma sublime y grande de esta caridad que no tiene parecido, que carece de igual.

# VI.

## Sucesos que realzaron la cuarta fundación.

La mañana del 15 de Agosto de 1568, la campana de las fundaciones de Teresa de Jesús alegraba con su continuo repicar, llamando á los fieles al nuevo edificio, construído en el antiguo camino de Valladolid á Simancas, en el sitio que aún se dice «Río de olmos,» cuyo lugar dejamos citado en el número anterior.

A las ocho de aquel día, memorable para la reforma carmelita, tuvo lugar la fiesta solemne de la cuarta de las fundaciones, con asistencia de muchas personas principales de la villa, oficiando de pontifical en la reducida, pero bien engalanada capilla que aún se conserva, el Ilmo. Obispo de Palencia, hermano de don Bernardino de Mendoza, que se dignó venir, á ruegos de la Santa, para este fin, sabiendo con grandísimo consuelo la visión que Teresa había tenido días antes, y en la cual, como piadoso y buen cristiano, creyó.

Con idénticos, con casi los mismos comienzos se iniciaron en todas partes las obras humildísimas de la excelsa criatura que hoy admira el orbe entero; privilegio reservado á las cosas del cielo acá en la tierra; á las cosas sagradas; á las cosas de Dios.

El misterioso grano de mostaza siempre, de que brota árbol gigantesco, bajo el cual se cobija la humanidad.

La cuestión, para la religiosa Carmelita, no era tanto, como osan decir sus detractores, «fundar cómoda y holgadamente,» como «poder fundar.»

Lo demás sabía que, con el auxilio del Señor, vendría en pos de lo transitorio y provisional.

Con razón había apreciado Teresa de Jesús que el sitio donado para la cuarta fundación no era sano, no era bueno; pero le aceptó, como aceptó otros siendo aún peores, y hasta más imposibles de mantener y conservar para sus fervorosas hijas espirituales, que aceptaban alegres y gozosas cuanto la fundadora las proponía.

—Élla se cuidará de nosotras,—decían.

Los temores de Teresa se vieron confirmados en brevísimo plazo, hasta el extremo de hacerse imposible la permanencia en la ribera, bañada por las aguas del río, toda vez que «enfermaron las más,» y «el P. Julián de Ávila estuvo gravísimo, con unas cuartanas malignas y pertinaces, y el Mo-

nasterio llegó á convertirse en un verdadero hospital.»

Cuánto afligiría á nuestra heroína aquel contratiempo, no tenemos necesidad de encarecerlo; pero él dió ocasión á la Santa para probar una vez más el temple de su alma, asistiendo á los enfermos y procurándoles el mayor regalo posible, permaneciendo días y noches enteras velándoles, sin dar descanso á su cuerpo, y diciendo á cuantos la rogaban no se expusiese á enfermar:

—Yo, á pesar de ser la más vieja y achacosa, no caeré por esta vez.

Y así consta que la sucedió en él, contra todos los cálculos de la ciencia médica.

Vino á poco de Úbeda doña María de Mendoza, y advertida de lo que ocurría, se apresuró á ofrecer lugar á propósito y sano para el Monasterio, más cercano á la población, que entonces se extendía por la parte en que está situada desde entonces la casa carmelita descalza, tal como subsiste en la actualidad.

Y tan urgente se hizo la necesidad de la variación, que mientras se habilitaba el nuevo edificio, la de Medina llevó á su casa á las Madres, que era, por cierto, en la que había nacido Felipe II, contigua al notabilísimo Convento de San Pablo, en cuyo templo éste monarca se bautizó [1].

[1] Y que cedida después, y comprada por el nieto del marqués de Camarasa, volvió á ser Palacio Real; hoy lo es de la Diputación provincial.

Llegado el 3 de Febrero, día de San Blas, del año siguiente, 1569, se efectuó la traslación de las religiosas con gran pompa y ostentación, patentizándose en todo el gran aprecio que los castellanos hacían de aquellas hijas del Señor.

Fué la procesión con este motivo realizada en Valladolid, una de las fiestas más suntuosas y memorables, conservándose de ella, casi hasta la época presente, un recuerdo imperecedero, de que sus cronistas hacen especial mención.

El elemento eclesiástico, civil y militar; Cabildo, Chancillería, Universidad, Inquisición y Colegio de Santa Cruz; religiones, cofradías, gremios y hermandades; nobles y pecheros, grandes y pequeños, todos acudieron en masa á esta fiesta.

Las calles del tránsito, colgadas vistosamente y alfombradas de flores; las luces y perfumes en abundancia; las músicas, clarines y tambores alegraron hasta á los más indiferentes.

Pero sobre todo, lo que produjo gran entusiasmo, fué Teresa de Jesús:

—Vedla,—decían,—allí va.

—Es aquella.

—La del velo alzado en señal de júbilo.

—¡Qué hermosa es!

—¡Es un ángel del cielo!

—¡Bendita sea!

—¡Bendita!

Y á los oídos de la humildísima sierva del Se-

ñor llegaban estos elogios, que si la ruborizaban, no los podía impedir ni dejar de agradecer.

Que élla era agradecidísima por demás.

En el largo trayecto recorrido por la comitiva, permanecido había mucho tiempo herméticamente cerrada una casa solariega y principal.

Reinaba en ella el luto y la tristeza.

Doña María de Acuña, hermana del conde de Buendía, esposa que fué del Adelantado de Castilla, residía en aquella morada con sus hijos.

Y fué aquel día el primero que sus balcones y ventanas se abrieron, y cubriéronse las paredes con ricas colgaduras, y se quitó el negro crespón que cubría los escudos de armas de familia que se ostentaban en la fachada.

El motivo, la causa de aquel cambio, de aquella transformación, fué que doña María no sólo quiso honrar la fiesta, sino mostrar á sus hijos á Teresa de Jesús.

Cuando la procesión pasó por delante del edificio ya indicado, se vió respetuosamente arrodillados en el balcón central á los individuos de la ilustre familia, y doña María, que educaba á sus hijos en el santo temor de Dios, como todos los padres debieran hacerlo, les dijo:

—Mirad á la Santa.

Y Teresa, que la oyó, les miró.

¿Qué pasó por el ánimo, qué pasó por la mente

de aquellas criaturas y de la noble señora que estas solas palabras pronunció?

Aunque sea á trueque de adelantar algo el curso de los acontecimientos, cosa es que nos apresuremos á consignarlo aquí, tomándolo del libro de *Las Fundaciones* de Teresa, del que no debemos separarnos en este exactísimo y fiel extracto que de ellas hemos ofrecido y estamos obligados á hacer.

Muerto su marido, quedó doña María de Acuña, harto moza, con un hijo y tres hijas, comenzando á hacer vida de tanta santidad y á criarlos en tanta virtud, que «mereció que el Señor los quisiese para sí.»

La mayor de las hijas fué luego monja, y la otra no quiso casar, sino hacer vida con su madre de gran edificación.

En cuanto al hijo, siendo muy joven, entendió lo que era el mundo, y Dios comenzó á llamarle para entrar en religión de suerte tal, que no bastó nada á estorbárselo, de lo cual su madre se holgó mucho.

«Cuando el Señor quiere para sí, dice la religiosa carmelita, un alma, tienen poca fuerza las criaturas para estorbarlo; y así, añade, acaeció aquí, que con detenerle tres años con hartas persuasiones, se entró al fin en la Compañía de Jesús.»

Jamás tuvo doña María gozo igual al que su

hijo con esto la dió, lo que supo la Santa por su mismo confesor.

«¡Oh, señor! exclama con este motivo Teresa de Jesús, ¡qué gran merced hacéis á los que dáis tales padres, que aman tan verdaderamente á sus hijos, que sus estados, mayorazgos y riquezas, quieren que los tengan en aquella bienaventuranza, que no ha de tener fin! Cosa es de gran lástima, que está el mundo ya con tanta desventura y ceguedad, que les parece á los padres que está su honra en que no se acabe la memoria de este estiércol de los bienes de este mundo, y que no la haya, de que tarde ó temprano se ha de acabar; que todo lo que tiene fin, aunque dure, se acaba, y hay que hacer poco caso de ello... Y esto sucede á costa siempre de los pobres hijos en quienes quieren sustentar sus vanidades, y quitarles á Dios con mucho atrevimiento sus almas que quiere para sí, y un tan gran bien, que aunque no hubiera el que ha de durar para siempre, bastara ver que les convida Dios con él, y lo es grandísimo que es, y se verán libres de los cansancios y leyes del mundo, mayores para los que más tienen.»

Y prosigue:

«Abridles, Dios mio, á estos padres, los ojos; dadles á entender cuál es el amor que están obligados á tener á sus hijos, para que no les hagan tanto mal, y no se quejen delante de Dios en aquel juicio final de ellos, á donde, aunque no quieran, entenderán el valor de cada cosa.»

Prosigamos el relato comenzado.

El caballero, hijo de esta señora, así favorecido por Dios, se llamaba don Antonio de Padilla, y tan sólo contaba, cuando ingresó en la Compañía, diecisiete años poco más ó menos.

Quedaron los estados en la otra hija, llamada doña Luisa de Padilla, pues el conde de Buendía no tuvo hijos, y el don Antonio era el heredero de este condado, y hubiera sido, como él, Adelantado de Castilla.

No se detiene la Santa en relatar lo que á don Antonio hicieron padecer sus deudos hasta salir con su empresa; pero para suponerlo, basta tener en cuenta, dice, «lo que precian los del mundo que haya sucesor de sus casas.»

«¡Oh, Hijo del Padre Eterno, prorrumpe al llegar aquí; Jesucristo, Señor nuestro, Rey verdadero de todo!... ¿Qué dejaste en el mundo, que de Vos pudimos herederar vuestros descendientes? ¿Qué poseísteis, Señor mío, sino trabajos, dolores y deshonras, y aún no tuvístes sino un madero en que pasar el trabajoso trago de la muerte? Vuestras armas, vuestros blasones, son cinco llagas... Ea, pues, hijas mías, ésta ha de ser de nuestra divisa, si hemos de heredar su reino; no con descansos, no con regalos, no con honras, no con riquezas se ha de ganar lo que él compró con tanta sangre.»

¿La que de este modo sabe expresarse, amaría á su prójimo y á sus hijas de religión?

Es lo más común dar preferencia, tratándose de la colocación definitiva y el porvenir de los hijos, á las posiciones humanas, y sobre esto debemos encarecer se sigan, con preferencia á todo, los sabios consejos de Teresa de Jesús.

Escribimos, no sólo para recreo, sino principalmente para enseñanza, mezclada con el recreo y la distracción, y la experiencia nos confirma cuántos en este particular somos los equivocados.

Dícese ahora:

—Antes los hijos se dedicaban á frailes y las hijas á monjas... Esta superstición ha concluído... ¡Felicitémonos!

Lenguaje impío que la religiosa carmelita combate, no sólo para su época y su tiempo, sino para los tiempos todos, y las épocas todas en general.

Y lo combate con argumentos que demuestran su delicado instinto respecto á lo que en nuestro siglo había de acontecer.

No es, no será importuno jamás levantar la voz en defensa de los Institutos monásticos.

Cuantos en ocasiones diversas han traído á la memoria de los pueblos los servicios de las Órdenes religiosas; cuantos han abogado valerosamente en las Cortes del Reino ó en la prensa por su restauración, merecen bien de los hombres honrados; merecen bien del país, y nosotros por ello, sin rebozo alguno, les felicitamos cordialmente.

Y no es porque se nos antoje en este punto que

los tiempos cambien en lo que de progresivo y beneficioso pueda haber hoy, no.

Lo que quisiéramos, es ver conciliado lo bueno del pasado con lo bueno del presente, sin exageraciones ni violencias, que nunca proporcionan ventajas en general, sino males, y muchos, que se tocan, que se palpan, que no se pueden desconocer.

Puntualicemos ahora otras consecuencias que tuvo el suceso, al parecer sencillísimo, de pasar por delante del palacio de la de Acuña Teresa de Jesús.

# VII.

**Lo que podía una sola mirada de Teresa de Jesús.**

UNA mirada de Cristo bastó para transformar, para cambiar á María Magdalena siendo pecadora.

Una mirada de la religiosa carmelita, mirada de gratitud y reconocimiento, produjo en el ánimo, en el espíritu y la conciencia de la de Acuña y de sus hijos, siendo buenos, una indeleble impresión.

La solemnísima procesión vallisoletana debió recorrer, según las crónicas, un largo trayecto, pues «todos se disputaron unánimemente y á porfía el placer y la satisfacción piadosa de que, á ser posible, pasase por su casa;» lo que prueba que «en este punto casi todos sentían y pensaban igual.»

Bajando á la plaza de las Angustias y al Cañuelo, yendo á Cantarranas, Costanilla [1], Plaza del Ochavo, que era entonces la mayor, y dando una

---

[1] Platería hoy.

gran vuelta para ir hasta la Universidad [1], y la que fué morada de don Alfonso Pérez de Vivero [2]; torciendo luego para pasar por San Gregorio y San Pablo, debió dirigirse al nuevo Convento, en el que hasta muy entrada la noche no se verificó la instalación, con regocijo inmenso de Teresa, que, arrodillada, pasó hasta el día siguiente sin cansancio ni fatiga, dando rendidas gracias por tamaña merced al Señor.

La hermana de Padilla, que heredó los estados de la casa, no hizo de ellos mayor aprecio que don Antonio había hecho, mirándoles con indiferencia y soberano desdén.

El recuerdo de aquel instante, de aquel momento en que había visto á Teresa rodeada de celestial esplendor, se conservó incólume é indeleble en el corazón de la doncella, é influyó en sus resoluciones del porvenir.

También élla luchó contra las inclinaciones y los deseos de sus deudos y amigos, que, hallándola hermosa y rica, la quisieron para el mundo y no para Dios.

Nada la retrajo, y concluyó por renunciar en su otra hermana las riquezas y tomar el humilde, el tosco sayal de las esposas del Señor.

---

1 Fundada en 1346.

2 Palacio de Justicia en la actualidad; Chancillería que, si bien databa de Enrique II, su creación verdadera es de 1378.

Respecto á la nueva y tercera heredera, las exigencias del orgullo y de la vanidad tomaron mayor incremento; tanto, que sus parientes, puestos de acuerdo, resolvieron, para evitar que imitase á sus hermanos, desposarla, aun cuando contaba sólo de diez ú once años de edad.

La persona escogida para estos prematuros desposorios fué un tío de la doncella, hermano de su padre, y con gran sigilo los prepararon, sin dar conocimiento á su buena y virtuosa madre.

¡Cuántas desgracias pudieron sobrevenir por acto tan tiránico é irreflexivo!

El juicio y la rectitud de la joven las evitaron.

Y á pesar de esto, no por entero pudo suceder así.

Contra la voluntad de la niña se verificaron los desposorios, y cuando sus inclinaciones, ahogadas por un momento con el lucir de trajes y otros recursos ideados para distraerla, se manifestaron con su natural viveza y energía, el mal no pasó más adelante.

Tuvo éste remedio; pero remedio no fácil y sencillo, sino peligroso y violento.

La Santa nos le da á conocer.

Comenzó á sentir la joven desposada tristeza invencible, hastío y despego á las diversiones y los paseos, al lujo y á la vida del matrimonio.

Y aunque quiso ocultar lo que sufría, su esposo llegó á comprenderlo fácilmente.

Interrogada por su tío doña Casilda, que era el

nombre de esta hija de la de Acuña, no supo qué decirle; pero sus lágrimas y su disgusto, lejos de cesar, fueron en aumento.

Vióse poco después precisado á ausentarse de la villa el marido de la Padilla, y al quedar la desposada sola y dueña de sus actos, pudo hacer una vida más de su gusto.

Con disculpa del decoro y del recato á que estaba más obligada, abandonó la sociedad y se encerró en su palacio, consagrándose á ejercicios piadosos, y negándose á recibir más visitas que las más inexcusables.

En tal situación, y habiendo ido cierta tarde á platicar con su hermana, la manifestó deseos vehementes de imitarla.

—¡Niñería insigne!—exclamó la monja, y la encareció con empeño desistiera de su intento.

—No menos que yo, en tu estado puedes servir á Dios,—la añadió.

Y algo debió influir en doña Casilda la opinión de su hermana, cuando nada dijo á su madre.

Pero siguió pensando en dejar el mundo con insistencia.

Ocurrió por entonces darse el hábito á una freila llamada Estefanía de los Apóstoles, en el Monasterio de la Concepción de Valladolid, y como asistiese á ella la madre y hermana de la Padilla que en él estaba, doña Casilda se sintió de tal suerte inclinada al claustro, que, hallando medio de en-

trar en el Convento, llegada la hora de salir de él, comenzó á llorar en tales términos, y á suplicar que la dejasen allí, que á todos daba lástima, por más que se esforzasen en disuadirla de tan violenta determinación.

Temíanse las consecuencias de su tenaz empeño, y que su marido y deudos pudieran creer fuese *sugestión*, y así, que doña Casilda se vió sola para resistir, y por entonces se dejó vencer.

Con hartas persuasiones, dice la Santa, y más que todo, porque no echasen la culpa á su madre, se fué esta vez; pero iba siempre más adelante en sus deseos.

Comenzó secretamente la de Acuña á dar parte á sus deudos de lo que sucedía, y á fin de que no supiese el esposo se traía este secreto, y todos decían que aquello era niñería, y que esperase hasta tener edad, que no tenía cumplidos los doce años; á lo cual doña Casilda les objetaba:

—¿Cómo me hallásteis con ella para casarme, y decís no la tengo para darme á Dios?...

Y añadía otras cosas que «se parecía bien no era élla la que hablaba en esto.»

No podía ser tan secreto lo que sucedía, que no llegase á oídos de su esposo, y cuando élla lo supo, lejos de apenarse se alegró, y se resolvió á no aguardar más.

Por un ejemplo tan elocuente, apreciarse puede lo inútil que es violentar una verdadera vocación.

Es la elección de estado una de las cuestiones más transcendentales de la vida; de su acierto depende la felicidad ó la desgracia, no sólo del individuo, sino de cuantas personas le rodean y dependen de él.

Y este asunto se mira, por lo común, con una indiferencia punible por los más, y se obedece en su resolución á móviles de transitorio y hasta de contraproducente interés.

Doña Casilda no tenía vocación de casada, y la codicia la desposó tiránica y exigente, sin consultar su voluntad.

Y se vió unida, siendo niña, á un hombre que la inspiraba respeto, no amor.

Reconozcamos, con Teresa de Jesús, que esto fué un gravísimo error, y lo fué mayor el violentar sus inclinaciones piadosas, sus apasionados instintos al recogimiento, á la soledad y á la oración.

Un día doña Casilda, antes de la llegada de su esposo á Valladolid, rogó á la madre de su marido [1] la dejase ir al campo, y se lo consintió, disponiendo que se enganchase un carro para su mayor comodidad.

Trazó la joven de tal manera las cosas, que viniesen á dar con el carro en las inmediaciones del Monasterio de la Concepción; bajándose de él, se echó á correr.

---

[1] Que era su abuela.

En vano fué gritarla; élla siguió huyendo de los que la perseguían.

La Santa fundadora nos dice á este propósito lo siguiente:

«Como llegó á la puerta, dijo á uno que pidiese al torno un jarro de agua, sin decir para quién; advirtiéronla que allí se la darían, pero élla no quiso.»

Después de esto ideó otro pretexto, y fué que el criado mismo que la favorecía «llevó al Convento unos manojos ó sarmientos, y dijo á la tornera viniesen á la puerta á tomar aquellos manojos, y élla juntóse allí, y en abriendo entróse dentro, y fuése á abrazar con Nuestra Señora, llorando y rogando á la Priora no la echasen de allí. Las voces de los criados eran grandes, y muchos los golpes que daban á la puerta: élla los fué á hablar á la red, y les rogó que por ninguna manera saldría, que lo fuesen á decir á su madre. Las mujeres que iban con élla hacían grandes lástimas; de que se la daba poco.»

¡Qué no discurre la contrariedad para salir con su empeño!

Todo lo que se hizo para disuadir á la desposada fué en vano; para cuanto la decían tenía salida, y á su esposo aseguraba quererle mucho y no creer ofenderle con aquella determinación.

Llegó á emplearse la *fuerza*...

¡Qué poca cosa es la fuerza contra una perfecta vocación!

Y por mandato ó provisión real la sacaron del

Convento y la depositaron por justicia en casa segura y de respeto.

—¡Todos me son contrarios!—exclamaba llorando.

Su madre, acercándose mucho á su oído, la dijo entonces:

—Todos, sí; pero tu madre, no.

¡Ah! su madre, que era buena, que había sentido el influjo de la mirada de Teresa de Jesús, no podía serlo, y menos recordando lo ocurrido la tarde memorable de la procesión.

La ínclita fundadora había elevado sus ojos á aquel balcón donde estaba la de Acuña con sus hijos, y don Antonio era ya jesuita, su hermana monja, y doña Casilda, desposada contra su gusto, tenía por cierto que el ser religiosa era en élla una perfecta inclinación.

Sólo la madre, pues, conocía á su hija, y sólo élla sabía lo que la mirada de Teresa había influído en la perfección de su alma.

Doña Casilda, al fin lograr debía sus deseos, y cumplidos ya los doce años, el desenlace de lo ocurrido, según nuestra heroína, pasó así:

Un día que fué á misa con su madre, estando en la iglesia, entróse ésta á confesar, y élla rogó á su aya que fuese á uno de los Padres á pedir que la dijesen una misa; en viéndose libre metió sus chapines en la manga, alzó la saya, y fuése con la mayor prisa que pudo al Monasterio, aunque estaba harto lejos.

Su aya, cuando no la halló, fué tras élla, y ya que llegaba cerca, rogó á un hombre que la detuviese: el preguntado aseguró después que no había podido menearse, y por esto la dejó.

Élla, luego que pasó la puerta primera del Monasterio, la cerró, y comenzó á llamar, de suerte, que cuando el aya llegó, ya estaba dentro del Monasterio.

Diéronla luego el hábito, con lo cual puso fin á tan buenos principios que el Señor había puesto en élla.

Cuando los templos y los claustros han servido de refugio á los malvados, no lo halláis censurable; cuando cobijan, por propia voluntad, la virtud, entonces esto os parece absurdo y tiránico.

Tal es siempre la lógica y la inconsecuencia de la impiedad.

Movió á ingresar en el Monasterio de la Concepción, cuanto dejamos dicho, á otra doncella, algo pariente de doña Casilda, que en el mundo llevó el nombre de Beatriz de Oñez, y cuyas virtudes elogia y encarece mucho Teresa de Jesús.

«Acaeció, dice, que en este lugar de Valladolid llevaban á quemar á unos por grandes delitos; élla, la monja Carmelita á quien aludimos, debía saber que no iban á la muerte con tan buen aparejo como convenía, y dióla tan grandísima aflicción, que con gran fatiga se fué á Nuestro Señor y le suplicó muy ahincadamente por la salvación de

aquellas almas, y que á trueco de lo que éllos merecían, ó porque élla mereciese alcanzar esto (que las palabras puntualmente no recuerda) le diese toda su vida los trabajos todos y penas que élla pudiese llevar.»

Y es fama que aquella misma noche le dió la primera calentura, y hasta que murió, siempre estuvo padeciendo, y que aquellos por quienes rogó murieron bien «por donde parece que oyó Dios su oración.»

¡Esta es, esta, la caridad cristiana!

Y venido que fué el tiempo en que Nuestro Señor la quiso llevar de esta vida, crecieron los dolores, y tantos males juntos, que «era, dice Teresa, para alabar á Nuestro Señor el ver el contento como los llevaba.»

Y concluye:

«Un poco antes de las nueve, estando todas con élla, como un cuarto de hora antes que muriese, se le quitaron todos los dolores, y con una paz muy grande levantó los ojos y se le puso una alegría de manera en el rostro, que pareció como un resplandor, y estaba como quien mira alguna cosa que la da gran alegría, y hasta se sonrió dos veces. Todas las que estaban allí, y el mismo sacerdote que la auxiliaba, fué tan grande el gozo espiritual y alegría que recibieron, que no saben decir más que les parecía que estaban en el cielo. Y con esta alegría que digo y los ojos fijos en el cielo, espiró, quedando como un ángel, que así lo podemos creer,

según nuestra fe, y según su vida, que la llevó Dios á descanso en pago de lo mucho que había deseado padecer por Él.»

¿Cabe dudar un punto que todo cuanto dejamos dicho no sea prueba inequívoca de lo grato que fué al Señor la fundación de Valladolid?

Teresa permaneció en la villa [1], donde tales cosas habían sucedido, hasta la Cuaresma del año 1569, en cuya fecha salió [2] á hacer nuevas fundaciones; detúvose antes en Duruelo para cerciorarse de cuanto la escribían acerca de la manera como se habían establecido allí los primeros Padres de su Reforma.

De la visita á Duruelo nos dice la Santa misma lo siguiente, que es por demás tierno y edificante, por cuyo motivo no lo queremos dejar de poner:

---

1 Lo fué hasta el 14 de Enero de 1596, que se elevó á la categoría de Ciudad.

2 En el Convento de la Concepción de Valladolid, según nota auténtica que tenemos á la vista, se conservan actualmente las siguientes reliquias de Santa Teresa de Jesús:

Un pedacito de carne; otro de hábito; dos sillas que usaba la Santa, una en el coro, y otra en la celda que habitó; el original del libro titulado *Camino de Perfección*, y un cilicio colocado en un relicario de bronce con la siguiente inscripción: «Este cilicio es de Nuestra Madre Santa Teresa de Jesús, el cual dió la misma Santa á don Francisco de Medina Perú, Prior de la Colegial de Medina del Campo, siendo confesor de las Carmelitas Descalzas de dicha villa, y al dársele la Santa le dijo:—Tome, hijo, que las Carmelitas descalzas no tenemos otras dádivas que dar.»—Después vino este cilicio á poder del P. fray Alonso de San José, quien lo adornó con este relicario, y regaló á este nuestro Convento de Valladolid.

Llegué una mañana, escribe [1], en ocasión que estaba el P. fray Antonio de Jesús barriendo la puerta de la iglesia, con el rostro de alegría que siempre tiene.

Yo le dije:

—¿Qué es esto, mi Padre? ¿Qué se ha hecho la honra?

Y él contestó:

—Maldigo del tiempo que la tuve.

Entrando luego en la iglesia quedóse espantada de ver el espíritu que el Señor había puesto allí: y no era ella sola la asombrada, sino dos mercaderes que habían venido de Medina hasta allí con élla, que eran sus amigos, y no hacían otra cosa sino llorar.

Había allí muchas cruces y calaveras.

«Nunca se me olvida, pone luego, una pequeña cruz de palo que tenían para el agua bendita, á la cual había pegada una imagen de papel con un Cristo, que parecía ponía más devoción que si fuera de cosa muy bien labrada... El coro era el desván, que por mitad estaba alto, y podían decir las Horas, pero habíanse de bajar mucho para entrar y para oir misa: en dos rincones, hacia la iglesia, tenían dos ermitillas, á donde no podían estar sino echados ó sentados, llenas de heno, porque el lugar era muy frío, y el tejado casi les daba sobre las cabezas, con dos ventanillas hacia el altar, y

---

[1] Libro XIV, de *Las Fundaciones*.

dos piedras por cabeceras, y allí también cruces y calaveras.»

Supo la Santa, que después que acababan Maitines y hasta Prima, no se tornaban, sino se quedaban allí en oración, y que la tenían tan grande, que les acaecía ir con harta nieve los hábitos, cuando iban á Prima sin que sentido lo hubieran.

Y en tan poco tiempo era tanto el crédito que tenían, que la hizo grandísimo consuelo cuando lo supo.

Iban á predicar á distancia de legua y media y dos leguas, descalzos, que entonces no traían alpargatas, hasta después que se las mandaron poner, y con harta nieve y frío, y después que habían predicado y confesado, se tornaban bien tarde á comer á su casa, con tanto contento que todo se les hacía poco.

De comer tenían lo bastante, pues de los lugares comarcanos les proveían más de lo que habían menester, y venían allí á confesar algunos caballeros que estaban en aquellos lugares, á donde ya les ofrecían mejores casas y sitios.

Entre éstos se distinguió don Luis, señor de las Cinco Villas [1]. Este caballero había hecho una iglesia para una imagen de Nuestra Señora, digna de poner en veneración: su padre se la envió desde Flandes á su abuela, ó madre, con un mercader, y se aficionó tanto á ella, que la tuvo muchos años,

---

[1] Lugarcejo cerca de Atienza.

y después, á la hora de la muerte, mandó se la llevasen en un retablo grande.

El P. fray Antonio de Jesús, como fué á aquel lugar á petición de este caballero, y vió la imagen, aficionóse también á ella, y con mucha razón, tanto, que aceptó el pasar allí el Monasterio, como lo hizo; llámase este lugar Mancera, y aunque no tenía ningún agua de pozo, ni de ninguna manera parecía la podían tener [1], labróles este caballero un Monasterio allí, pequeño, y en todo muy bien.

Lo que fué lugar de tanta penitencia y oración, es hoy, como muchos otros análogos, un sitio olvidado, en el que en vano trataron de estatuir un piadoso recuerdo el malogrado primer Obispo de Madrid-Alcalá, y el sapientísimo que actualmente lo es y suscribe la licencia eclesiástica de esta obra.

¿Tenemos ó no motivos para haber lamentado en este sentido la ceguedad de nuestros días?

Los Monasterios dieron vida á comarcas que han decaído en riqueza é importancia después de su desaparición.

¡Qué prueba esto aun en el orden material, y prescindiendo del religioso y moral?

El desacierto y la injusticia de los autores y mantenedores de su ciega y sistemática destrucción.

---

[1] Después de esto, Santa Teresa añade que fray Antonio dotó de agua el Monasterio con sólo hacer la señal de la cruz con un bordón.

# VIII.

## La fundación de Toledo [1].

Teniendo presente al concebir el plan de esta obra, que el asunto principal de la misma habría de reclamar en definitiva toda nuestra atención:

Que la índole y condiciones de ese asunto no nos permitirían, al llegar á cierto punto, divagaciones de ningún género;

Y, por último, que no por eso debíamos desistir de darle el giro y carácter que tanto éxito ha obtenido en el seno de las familias cristianas [2],

De aquí el modo y forma como la hemos llevado en los comienzos, y en los principios de su primera y segunda parte.

Estamos en la tercera.

Y en el momento más crítico y más solemne de nuestro compromiso, por lo que á Teresa de Jesús,

---

1 La quinta de religiosas en el orden cronológico.

2 Con nuestras tres obras anteriores.

su protagonista, se refiere, y ved de qué suerte no hay nada apenas ya que nos desvíe ni separe de su modo de ser, de sus trabajos, no tan fáciles y sencillos como la crítica moderna los supone.

Que siempre ha sido y será tarea dificilísima la de encauzar organismos é instituciones por el sendero de su primitiva concepción, á despecho y en contra de las desviaciones que tienen siempre los pensamientos más sublimes al desarrollarse por aquellos que, no habiéndolos concebido, tienen, sin embargo, que practicarlos.

No surgieron, sin razón hemos dicho y sin motivo histórico, las Órdenes religiosas en el seno de la Iglesia y de la sociedad.

Vinieron cuando las reclamaban de consuno los intereses religiosos del catolicismo y el estado de los pueblos.

Y cuando más conveniente fué su existencia en su mayor pureza, es cuando la religiosa carmelita de Avila concibió y llevó á cabo la reforma, y en brevísimo plazo realizó sus fundaciones.

Contra su idea tenían que alzarse , y se alzaron en efecto, todos cuantos se veían de un modo directo por élla contrariados.

Y como éstos eran muchos y de diversos géneros:

Como éstos eran los más, de aquí que, habiendo de estudiar la marcha, el curso de sus trabajos con sana crítica y completa imparcialidad, nos

veamos en el deber de salir á su defensa, inspirándonos, ¿en qué?...

En lo que ella misma, con el acento más sincero refiere, como hasta este momento de su Vida hemos visto, la escribió sin alardes de vanidad, revelando el estado completo de su alma desde los primeros años de su existencia.

Tropezó Teresa de Jesús en sus fundaciones todas con grandes dificultades y contratiempos, y los sufrió inesperados de personas que debieran haber facilitado y secundado sus nobilísimos deseos y piadosísimas aspiraciones.

En Avila hemos visto alzarse contra la reforma primero, y contra el Monasterio de San José, á sus mismas hermanas de la Encarnación, á individuos caracterizados de la Orden.

En Medina del Campo tuvo trabajos que sólo su energía supo vencer.

En Malagón no sufrió tanto; pero tampoco dejó de sufrir.

En Valladolid, dice ella misma que halló contradicciones en personas principales [1], y enfermedades de que si se libró al principio, la molestaron mucho después.

¿Por qué se afirma con notoria mala fe lo contrario?

Nada empequeñecía ni amilanaba aquel espíri-

---

[1] En carta dirigida á Toledo, que es la XIII del *Epistolario*.

tu enérgico, aquella voluntad de hierro, para hacer cuanto el Señor la aconsejaba.

La fundación en Toledo va á demostrarnos estas verdades que nosotros estamos en el deber de hacer patentes y hacer resaltar.

Veámoslo.

Cuando aún hacían grandes fríos, que fué el año crudo en extremo donde lo es de ordinario, el 21 de Febrero de 1569 salió la Santa de Valladolid, llamada á la ciudad imperial por el P. Pablo Hernández, de la Compañía, y sólo se detuvo, como le tenía anunciado, en Medina y en Avila los días precisos para los muchos negocios que en todas partes absorbían su atención y reclamaban su presencia.

Donde quiera que Teresa llegaba, al punto se hacía sentir el peso de sus consejos y el ejemplo de sus virtudes.

Partió de su ciudad natal para Toledo en unión de otras dos religiosas, y permaneció en la corte algunos días, sin que el rey Felipe II lograse verla, como fué su deseo, pues hizo de manera que cuando vino á visitarla al Convento, en que sabemos estaba su hermana la infanta doña Juana, élla «estaba de camino.»

¡Y hay, sin embargo, quien la tacha de cortesana!

Esta ligerísima manera de juzgarla es tan gratuita como todas las suposiciones que sobre la

monja avilense se ha permitido y permite la impiedad.

En cuantas ocasiones halla lugar, afirma que prefería los buenos, á los grandes; los pequeños y humildes, á los poderosos, y jamás empleó frases de adulación para nadie.

Es curioso lo que á Teresa y á las dos que la acompañaban sucedió en una posada del Tiemblo, donde el cansancio las detuvo.

Llegaron á ella antes de la puesta del sol, y el posadero, que debía ser hombre caritativo, no teniendo cuarto disponible, creyó que uno de sus huéspedes no se ofendería cediéndolas el que le estaba destinado.

Acomodáronse en él las religiosas, y cuando el sujeto á quien pertenecía llegó y vió que habían trasladado sus ropas y su equipaje, se encolerizó, hasta el punto de acometer espada en mano á los criados, amenazar con ella al dueño de la casa, é insultar á las viajeras, que ninguna culpa tenían, ni sabedoras eran de aquel cambio.

No satisfecho con tales desmanes, el viajero acusó á las pobres monjas de haberle robado el dinero, y armó tal alboroto, que fué preciso acudiera el Corregidor.

Teresa de Jesús, que hasta entonces no había hecho sino aplacar los ánimos suscribiendo á ocupar con sus hijas el último rincón de la posada, al verse injuriada se defendió con energía ante el representante de la ley.

—Regístrese á ese hombre,—dijo uno de los testigos del lance.

Y aceptada la idea, resultó que el caminante era un sujeto de sospechosos antecedentes, que al ir á prenderle, se apresuró á escaparse como alma que lleva el diablo.

Demonio pudo ser el que de modo tan injusto molestó á las madres carmelitas, y se conservó en el pueblo por largo tiempo la tradición de que así lo parecía, y de que la casa del caritativo posadero prosperó grandemente después de haber hospedado en ella á Teresa de Jesús.

Llegaron á Toledo las religiosas carmelitas descalzas el 24 de Marzo, y como el P. Jesuita Hernández las dijese no tenían dispuesta casa, se fueron á la de la viuda de Ares Pardo, donde sabían habían de hallarla cual á sus gustos convenía: aposento retirado y sin ostentación, independencia para sus rezos, y no más comida que la que la Regla las permitía.

La más prudente hospitalidad será siempre aquella en que menos se cohiba al hospedado y se le deje más á sus anchas y en mayor libertad.

Doña Luisa ya sabía cómo agasajar más á Teresa de Jesús, y esta vez llevó tan lejos su delicadeza, que ya veremos á lo que con haber sido tan excesiva dió lugar.

Moraba en Toledo por entonces un mercader, de nombre Martín Ramírez, soltero, y sin obligaciones, y ya de bastante edad.

Era piadoso el tal, y así, tenía pensado que su fortuna, adquirida á fuerza de trabajo, de constancia y privaciones, sirviera para hacer con ella una iglesia y dotarla con eclesiásticos pobres que cumplieran los encargos que en favor del alma de sus padres y de la suya propia tenía calculados.

El P. Pablo tuvo de esto conocimiento, y visitó al generoso donante, inclinándole á que favoreciese una fundación carmelita reformada como la de Malagón, y Martín Ramírez le pidió tiempo para pensarlo.

Estando vacilante en su testamento, sobrevino al mercader una enfermedad grave; llamó á un su hermano Alonso Ramírez, y le rogó que, pues él no podía, se encargase de cumplir su postrera voluntad, que era la que el virtuoso jesuita le había recomendado.

Ya escuchamos á la incredulidad repitiendo sus habituales exclamaciones.

—¡Siempre la sugestión y el consejo!

Algunos avanzan más:

—¡Siempre el engaño y la seducción!

Ni ahora ni nunca nos duelen prendas en estas materias.

Abusos... ¿dónde no los hay?

Pero esos abusos no forman regla ni cabe juzgar por ellos de lo que ha tenido y tiene una historia gloriosísima y grande.

La idea, el pensamiento de Martín Ramírez,

era bueno, pero le hizo mejor el consejo del padre jesuita.

Y le hizo mejor, sin desviar un punto, ni torcer en lo más mínimo, la voluntad del mercader toledano.

Consejo de jesuita; sabio consejo siempre.

Y lo afirmamos así, sin temor de ser desmentidos, porque nadie como el jesuita, desprendido y abnegado; como que nada tiene suyo, ni jamás piensa en sí, ni en su Instituto, como no sea para el cumplimiento de los altos fines de su excepcionalísimo fundador.

Para él, nada; por él mismo, nada; decidme quién en el mundo se le iguala.

Murió de aquella dolencia el mercader, y su hermano Alonso tuvo, á raíz de su encargo, los mejores propósitos é intenciones.

¿Quién los torció?

Lo cierto es que á la llegada de Teresa á Toledo no halló las cosas encauzadas como creía para hacer su nueva fundación.

Quería el hermano y cumplidor de la postrera voluntad del mercader, que el patronato del Monasterio se hiciera á nombre de «un hijo de Diego Ortiz, nieto suyo,» y expuso otras exigencias que á la Santa no parecieron bien, hallándolas opuestas á los fines de la Reforma, por la que tan interesada estaba.

Avivada la codicia ó la vanidad de Diego Ortiz,

que, «aunque bueno y teólogo,» según Teresa, fué quien más obstáculos puso para llegar á un acuerdo, pasaba el tiempo entre tanto sin que se hiciese nada, ni se hallase casa en una ciudad que acababa de dejar de ser corte, y no debían de andar tan contadas.

¿Por qué, pues, para el Monasterio no la había? Gobernador, por «sede impedida,» existía por entonces en Toledo [1], y á este Gobernador predispusieron los del Consejo [2] en contra de los pensamientos de Teresa de Jesús, con lo cual mucho la mortificaron.

No faltaban á la reformadora auxiliares que cita con elogio; lo eran don Pedro Manrique, canónigo, é hijo del Adelantado de Castilla, y la viuda de Ares Pardo y sus sobrinos.

Todo cuanto éstos hicieron fué inútil, y lo que movió al Gobernador á otorgar secretamente la licencia que la Santa necesitaba, fué una conversación que nuestra heroína le solicitó, y en la cual quedó admirado de la sabiduría y la entereza de

---

1 El célebre Bartolomé Carranza, fraile dominico, que era el Arzobispo entonces, se hallaba en Valladolid en las cárceles del Santo Oficio desde 1557. Llamado á Roma, murió en 1576. En este concepto, dice Teresa que no había Arzobispo en 1569, pues era como si no lo hubiese.

2 El Consejo de la Gobernación de Toledo fué instituído para los asuntos políticos y feudales, en que tenían que entender los Arzobispos de Toledo por razón del Primado y de los señoríos temporales que poseían, y pasó después á ser Tribunal eclesiástico en asuntos administrativos y contenciosos de la mitra.

(Estas notas están tomadas de la edición de *Las Fundaciones*, hecha por nuestro respetabilísimo amigo Sr. Lafuente, 1881).

aquella religiosa, que no había visto nunca otra igual ni la sospechaba.

—Recia cosa es,—le dijo,—que haya mujeres que quieran vivir en tanto rigor, perfección y encerramiento, y que los que no pasan nada de esto, sino que se están en regalos, pretendan estorbar obras de tanto servicio para Nuestro Señor.

Con lo cual, y otros razonamientos, el Gobernador cedió, aunque temeroso de desagradar á los del Consejo; pero nada les reveló de la concesión otorgada, y es quizá por ello por lo que acaso se ausentó de la ciudad, lo que no quiere decir que nosotros así lo aseguremos.

Sin Arzobispo y sin Gobernador, los enemigos de las monjas se envalentonaron y se crecieron.

Mal andaban los asuntos de la fundación toledana después de más de dos meses de la llegada á la ciudad de las Madres, y de poco las sirvió un otro mercader, amigo y paisano de la Santa [1], que allí se encontró, y era muy caritativo; pues á poco cayóse enfermo, y es de creer que muriese, pues la mística escritora no vuelve á ocuparse de él.

Extraña algo lo que, á continuar viviendo en casa de la viuda de Ares Pardo, dice Teresa de Jesús después de referir su entrevista con el Gobernador:

«Yo me fuí muy contenta, que me parecía ya lo

---

[1] Alonso de Avila.

tenía todo, *sin tener nada*, porque debían ser hasta tres ó cuatro ducados los que tenía, con que compré dos lienzos, porque ninguna cosa tenía de imagen para poner en el altar, y dos jergones y una manta. De casa no había memoria: con Alonso Alvarez ya estaba desconcertada.»

La noble y rica señora respetaba tanto á la Santa, que sin duda no quería contrariarla, y la dejaba hacer, limitándose á lo de buscarla casa para el Monasterio, que era la dificultad que el demonio ponía esta vez á la fundación.

Avanzaba el tiempo, y por entonces Dios comenzó á aliviar á las religiosas; pues viniendo á Toledo un venerable varon [1], y como confesase á un joven [2], «nada rico, sino harto pobre,» le encomendó ayudase á las Madres.

Risa produjo en las religiosas tan extraño protector, y sólo Teresa adivinó cuán grande es el Señor, que se valía de recursos pequeños para favorecerla, y para que comprendiese mejor cuán gratas le eran sus ofertas.

Aquel pobre estudiante halló lo que personas pudientes y caracterizadas no pudieron encontrar en Toledo, y estando oyendo misa Teresa de Jesús, vino á donde estaba, y la dijo con alegría:

—¡Ya tenemos casa!

—¿Qué decís?—murmuró la Santa.

---

1 Fray Martín de la Cruz, franciscano.

2 De apellido Andrada.

—Ved las llaves,—añadió con aire de triunfo el joven, y las mostró satisfecho, con lo cual ambos salieron del templo para hablar sin faltar al respeto.

La fundadora tenía prisa por tomar de aquel edificio posesión, ya que con los recursos y medios de la testamentaría y albaceazgo de Martín Ramírez no contaba, sin que esto la apenase, que mejor fué siempre para la Santa fundar con «pobreza y trabajo,» á verificarlo «con riqueza y con desahogo.»

Vino á poco Andrade, y dijo á la religiosa:

—Podéis llevar vuestro ajuar.

—Eso es fácil,—le contestó Teresa de Jesús,—pues consiste en dos jergones y una manta.

Lo que oído por las otras religiosas, luego que se marchó el mancebo, la observaron por qué había sido tan franca, á lo que élla replicó:

—No le mueve el interés, hermanas, sino el servicio de Dios.

Y así lo patentizó por lo que vamos á seguida á poner.

No hay, en cuanto en éste y el siguiente número que consignamos, fieles refundidores de lo que la Santa nos da á conocer, nada de violento, nada de singular ni extraordinario para los espíritus ligeros, ni para los aficionados á emociones dramáticas.

Todo ello es sencillo, ingenuo, pero tan por senderos ocultos y misteriosos llevado á los fines más

gloriosos de la Madre, que sin duda conociéndolo así, ó porque de ejemplo sirviera, no omite circunstancia ni detalle que no puntualice y señale.

Los más incrédulos tienen que verse obligados á reconocer que la ficción no fué nunca recurso empleado por la monja avilense, ni en las Memorias que dejó escritas, ni en la relación edificante de sus trabajos para responder á sus deseos de extender los conventos de su Orden reformada.

Quien así se produce, ¿no merece crédito?

Quien así escribe, ¿puede ser reprochada ni menos presentada de otra manera que se la ve en sus escritos?

Pues á pesar de esto, hay quienes, pocos por fortuna, se empeñan en desfigurar á la heroína, que cuanto más la estudiamos, más la admiramos, y cuanto más se la admira, más se la ama.

Que amor y sólo amor inspira quien de modo tal se produce y expresa, sin aparentar lo que no fué verdad, sin encarecer lo que no era de encarecer, ni ponderar lo que no era ponderable.

Naturalidad y sencillez celestial respiran las páginas todas que hemos extractado.

Continuemos consignando de qué manera se estableció al fin la fundación de religiosas descalzas de Toledo, formando de ello número aparte, ya que éste resulta por su extensión de las dimensiones comunes y ordinarias.

# IX.

**De cómo quedó hecha la quinta fundación.**

La forma sencilla con que Teresa de Jesús refiere la manera como se hizo la fundación en Toledo es curiosa, y nos revela lo que eran en aquella época las costumbres populares.

Desalojada la casa que Andrade proporcionó á la Santa, dió el joven inequívocas pruebas de que no en balde le había escogido la Providencia para favorecer sus designios, pues ayudó mucho á las Madres para que la toma de posesión se hiciese rápidamente, con sigilo y á despecho de los émulos de la Reforma.

Llevando un oficial de albañil á boca de noche, aderezo para decir misa, y una campanilla de las que se tocan para alzar, «que carecían de otra,» fuéronse á la casa vacía, y no sin miedos de las monjas se hizo lo preciso para habilitar una sala que sólo podía tener comunicación exterior, derribando un tabique que daba al patio de otra casilla

contigua, propiedad de unas mujeres, la cual tenía salida á la calle.

Se aderezó lo mejor que se pudo la que debía servir de iglesia, y á la madrugada todo estuvo prevenido, siendo entonces cuando la fundadora dijo con acento de mando:

—Ese tabique, abajo.

El albañil, Andrada, y cuantos la oyeron se quedaron perplejos.

—He dicho que abajo,—repitió Teresa de Jesús.

Y se hizo preciso obedecerla.

Al ruido, las vecinas se despertaron y salieron despavoridas del lecho á saber lo que sucedía; la religiosa cortó sus gritos y exclamaciones, ofreciéndolas pagar el susto y los perjuicios, y entonces se aquietaron [1].

Y como era salido el sol, se dijo la primera misa por un señor de una Iglesia que á ello se prestó, á ruegos de la fundadora, y con asistencia de los vecinos asombrados; pero contentos al ver lo que y cómo se había hecho.

De este modo surgían los Monasterios de la Reforma carmelita de una noche á un día, y contra los obstáculos humanos que los estorbaban é impedían.

Una fuerza mayor, que sólo viniendo del cielo

---

1 La Santa dice que cuando vieron para qué se hacía aquello, el Señor as aquietó.

cabía se reprodujera con caracteres tan iguales y en distintos puntos, hacía obrar y conducirse á la Santa como vemos que se conducía.

La noticia de la nueva fundación cundió luego, y á la catedral llegó con escándalo de los del Consejo, que no sabían que el Gobernador había autorizado á Teresa para hacer lo que quisiera sin decisión bastante para verificarlo en regla.

Acudieron á la autoridad sede impedida, y ésta les confesó lo ocurrido, con lo cual se vió que la Santa no había faltado, sino antes bien, procedido con prudencia; pero ya se habían propasado á prohibir se continuase diciendo misa en el nuevo Monasterio.

—La resolución de sus señorías será de muy mal efecto,—les dijeron.

Con lo cual, y la intervención de don Pedro Manrique, las cosas no se extremaron tanto.

Mezcla es esta digna de fijar nuestra atención, pues se ve clara la lucha del bien y del mal que impera siempre en las cosas que son buenas, y el mundo estorba por espíritu de oposición.

¿Qué le importaba todo ello á Teresa de Jesús, si salía con su idea adelante, como sucedió en esta quinta fundación?

«Estuvimos algunos días, dice, con los jergones y la manta, sin más ropa, y aun aquel día [1] ni una seroja de leña teníamos para asar una sardina, y

---

[1] El de la fundación.

no sé, añade, á quién movió el Señor, que nos pusieron en la iglesia un hacecito de leña, con que nos remediamos.»

A las noches pasaban algún frío, porque le hacía; y sólo con la manta y las capas de sayal que vestían se abrigaban.

Parecerá imposible, indica la religiosa anticipándose á lo que esto debía extrañar, parecerá imposible que estando en casa de aquella señora que las quería tanto, entrásemos con tanta pobreza... «No sé la causa, añade, sino que *quiso Dios* que experimentásemos el bien desta virtud; yo no se lo pedí, que soy enemiga de dar pesadumbre, y élla no advirtió por ventura, que más que lo que nos podía dar le soy á cargo.»

¿Se concibe mayor ingenuidad y mayor llaneza?

Quien de esta suerte se produce, ¿cabe ser tenida por gazmoña ni por presuntuosa y vana?

Pero nada se libra en la tierra de censuras y juicios temerarios.

Y esto mismo que puede extrañarse, como élla sin atribuirlo á Dios lo hubiera extrañado, fué harto bien para éllas, porque era tanto el consuelo interior que traían, y su alegría, que muchas veces después lo recordaba la Santa y apreciaba «así lo que el Señor tiene encerrado en las virtudes.»

Con una sola contemplación suave se calmaba todo, y el verse á poco remediadas, llegó á molestarlas, en especial á Teresa de Jesús, que hablando de sus escaseces, dice «que el tener la daba tris-

teza, tal como si tuviera muchas joyas de oro, y me las llevaran y dejaran pobre, así sentía pena de que se nos iba acabando la *pobreza*, y mis compañeras lo mismo, que como las ví mustias les pregunté qué habían, y me dijeron:

—¿Qué hemos de haber, Madre? que ya no parece somos pobres.»

Respuesta sublime, pues demuestra y patentiza que «sólo la pobreza sufrida por Dios es gustosa, siendo cosa, si no, ingrata y desabrida.»

Y tanto fué esto así, que desde esta escasez tan grande creció en Teresa de Jesús el deseo de serlo mucho más, y la grandísima ventaja de no apetecer bienes temporales que jamás la mortificó, y estimó siempre más, como dejamos dicho, la virtud que el oro y los linajes.

No fué esto todo lo sufrido en Toledo, y llevamos dicho bastante, pues suscitaron á la Santa nuevas dificultades, pareciendo á muchos que la fundación se había hecho aún con demasiada holgura, y tuvo que ceder lo que era la capilla mayor, viéndose precisada, para verse libre, á adquirir nuevo edificio en el cual por fin se instalaron definitivamente. [1]

---

[1] El Sr. Lafuente trae estas curiosidades, que por serlo, copiamos aquí: «La casa, dice, donde se trasladaron, estaba en el barrio de San Nicolás, frente á la Casa de la moneda, y pasaron á ella en 1570. Para su arreglo y composición, dieron Alonso Ramírez y su yerno 12,000 escudos de la testamentaría de Martín Ramírez, fundándose en la iglesia unas capellanías para hacer varias fiestas y cumplir las cargas de la fundación previa la venia del padre general Rossi. Las vejaciones que sufrían las monjas con motivo de estas cargas y fiestas les obligaron á dejar aquella

Uno de los sucesos que favorecieron los nobilísimos propósitos de Teresa de Jesús respecto al Monasterio de San José, que así se apellidó el de Toledo, fué el que antes de adquirirse la casa para él, solicitó con empeño formar parte de la Comunidad una señora de unos cuarenta años, llamada Ana.

No gozaba la pretendienta de la mayor salud, y así es que á las otras tres religiosas no les parecía bien fuese admitida.

La fundadora les dijo:

—Élla, en la aspereza y la sujeción, adquirirá lo que la faltó en el regalo y la comodidad.

Y la recibió.

La profecía de la Madre se cumplió, pues Ana «vivió muy contenta y con buena salud.»

Antes que Teresa abandonase á Toledo, el Monasterio por élla fundado fué uno de los que más la consolaron, porque progresó allí la virtud tanto, que cuenta para demostrarlo lo siguiente [1]:

Miraba cierto día la Santa una balsa de agua, casi distraída y pensando en multitud de cosas, y

---

capilla, quedando ésta con el título de *Oratorio de San José*, ó de los capellanes de Martín Ramírez. Las monjas pasaron á la casa de Alonso Franco, en la plaza de Sancho Minaya, junto á la casa de la Misericordia, el año de 1594. Tampoco allí lograron establecerse, por ser local muy reducido y de poco recogimiento. Finalmente, en 1607, Beatriz de Jesús, sobrina de Santa Teresa, siendo Priora, compró una casa en la parroquia de Santa Leocadia, junto á la puerta del *Cambrón*, donde subsiste el Monasterio.»

[1] Capítulo XVI, *De las Fundaciones*.

como hubiese junto á élla otra religiosa, la dijo de repente:

—Si yo os dijera que os echáseis en esa balsa, ¿qué haríais?

—Por si vuestra pregunta, Madre,—la contestó la compañera,—no fuese sólo pregunta sino mandato, esto...

Y se arrojó al agua con pena de Teresa, que sólo por broma y sin intención había dicho aquellas palabras.

Sucedió otra vez en el Monasterio, que hallándose confesando vino una de las monjas, y como se impacientase por la tardanza en que la llegase su turno, la dijo la Priora:

—¡No trae poca prisa!... Si tanta tiene, váyase al pozo y confiésese en él.

Y fué preciso la mayor diligencia para evitar que se echase al pozo como se la dijo, en prueba de obediencia y sumisión.

No podía Teresa descuidarse en lo más mínimo, pues decir una cosa, por difícil que fuese, y no hacerla en el acto, era imposible.

En lo que á las demás virtudes hacía, las religiosas de San José, de Toledo, teníanlas grandes.

Hallábase una de las hermanas en trance de muerte, tanto, que se la administraron los Sacramentos.

Fuése Teresa de Jesús á la iglesia á pedir por

la salud de la enferma, y cuando volvió, la encontró espirante.

—¡Oh!—exclamó.—¿Por qué no me habrá oído Dios?...

Y al punto se consoló viendo que Cristo estaba á la cabecera de la tarima de la moribunda, y le oyó claramente proferir estas palabras:

—Ten por cierto que á todas las monjas que mueran en estos Monasterios las ampararé así, y no hayan miedo de tentaciones á la hora de la muerte.

La ilustre religiosa añade con este motivo:

«De lo cual yo quedé harto consolada y recogida.»

Después de un breve rato pudo hablar á la moribunda, y ésta la respondió:

—¡Oh, Madre, y cuán grandes cosas tengo que ver!

Y añade:

«Y murió como un ángel; y algunas que después murieron acá, he advertido que es con una quietud y sosiego, como si las diese un arrobamiento ó quietud de oración, sin haber habido muestra de tentación ninguna.»

Por cierre de capítulo, la Santa trae un caso aislado, de lo que se desprende lo malo que es desconfiar á la hora de la muerte de la misericordia de Dios.

Había en Toledo un sujeto, deudo de deudos su-

yos, gran jugador, á quien acometió una aguda pulmonía.

Púsole el demonio la idea de que nada valía el arrepentimiento en los instantes postreros de la existencia, y en tal supuesto se negó á confesarse.

—¿Para qué hacer lo que me aconsejáis?... Es tarde; estoy condenado,—decía.

Y se revolcaba en su lecho con grandes ansias y terrible desesperación.

El mal seguía agravándose, la hora final se acercaba, y su confesor, que era un fraile dominico, acudió á extremos razonamientos de convicción.

El jugador dió un grito repentino, se incorporó en la cama, y exclamó:

—Me habéis convencido, Padre; quiero y pido confesión.

Siendo fama que hizo venir un notario, y ante él juró no volvería á jugar si viviese, que conocía lo mal que había hecho, y después se confesó con gran arrepentimiento, y á lo que la Santa entiende, «se salvó.»

# X.

**Hechos que precedieron á la sexta fundación.**

El año 1569 fué para Teresa de Jesús uno de los más fructíferos y aprovechados, merced á la febril actividad que caracterizaba á la Santa, y que hasta sus émulos, los impíos, se ven obligados á reconocer y confesar paladinamente.

Asombra, en efecto, cómo una mujer fuese capaz de hacer lo que élla hizo en tan breve espacio de tiempo, movida por un pensamiento que, lejos de hallar facilidades en su ejecución, como suponen algunos, tropezó, como obra divina que era, con grandísimos obstáculos é inconvenientes.

Y que esto suceda es natural.

Los dóciles instrumentos del enemigo del reposo y de la dicha humana, no ven nunca en la tierra con paciencia los triunfos y las conquistas de la virtud.

Así, que allí donde brotar puede la semilla del bien, el agente poderosísimo del mal idea y pone

cuanto está de su parte para impedirlo y estorbarlo.

Y ésta, que es ley general, se cumplió constante y pertinazmente en la obra reformadora de la monja avilense.

Su constancia superó siempre á las resistencias que el demonio opuso á sus tareas, y ayudada por Dios, las supo y logró vencer.

Llevaba Teresa largos días de afanes y de fatigas para dejar concluída y convenientemente hecha la fundación en Toledo.

Se había multiplicado para conseguir establecer con la rigidez debida la clausura del nuevo Monasterio, y en los comienzos de la segunda quincena del mes de Mayo se consideró feliz y dichosa por poder dar algún descanso á su espíritu y á su cuerpo.

Pensando en esto, la anunciaron que un mensajero llegado de Madrid quería hablarla.

Terminada la colación de la mañana, que otro nombre no merece la comida frugal de las Carmelitas descalzas, salió la Madre al locutorio y se halló con que el que aguardándola estaba era un criado de don Ruy-Gómez de Silva, príncipe de Éboli, duque de Extremera y de Pastrana, Consejero de Estado, y Contador mayor de Castilla, y de su esposa doña Ana de Mendoza y la Cerda.

Con anterioridad, estos señores habían significado á nuestra heroína deseos de que hiciese una de

sus fundaciones en la villa que Ptolomeo designa con el nombre de «Paterniana,» que después de varias transformaciones se dijo Pastrana, que pertenecido había á la Orden de Calatrava, y que el gran emperador Cárlos I, padre de Felipe II, enajenó en el año 1541, y era á la sazón cabeza del ducado de la ilustre casa de Silva.

Obrando en todo como quien se habitúa á mandar y acostumbrado está á ser obedecido, el mensajero del noble matrimonio traía «órdenes» de llevarse aquel mismo día á Teresa.

Así que, sin rodeos ni ambages, hubo de decirla:

—Por vuestra mercé vengo, y mandato traigo de que conmigo os vengáis sin excusa ni pretexto alguno á la villa de Pastrana, en que mi señora está ya esperando vuestra llegada.

No turbó á la Santa lenguaje tan descortés, y contestó con viveza:

—¿Y sabe vuestra ama que yo pueda ir?

El criado venía perfectamente adiestrado.

—Pueda ó no,—replicó,—la princesa no admite excusas cuando es su voluntad que una cosa se haya de hacer.

—Pues por esta vez os iréis sin mí,—añadió con energía la Madre.

—De grado ó por fuerza he de llevaros...—se atrevió á decirla el criado con la mayor descortesía.

Una mirada de Teresa le contuvo, obligándole á murmurar:

—Perdone vuestra mercé.

La Santa, cuando convenía, también sabía mandar.

Bondadosa, empero, se sonrió y dijo:

—Si de otra forma viniérais á hacerme favor de parte de vuestros amos, mi respuesta acaso fuera distinta... Escribiré á vuestra señora, y ahora idos, volviendo luego por la carta que os daré.

Si rudo había estado el servidor de Ruy-Gomez, no estuvo menos entera la religiosa; así, que aquél la obedeció sin atreverse á contradecirla, y se fué mohino y cabizbajo á su posada.

Los amos, los señores del mensajero altivo y exigente, eran, por los tiempos que corrían, de los más influyentes y poderosos magnates de la Corte, y su influencia, casi omnínoda, se dejaba sentir de tal suerte, que á Teresa de Jesús no la era desconocida, por más que de achaques palaciegos y políticos no estuviese muy enterada.

Afligida y llorosa:

Comprendiendo que no era prudente desechar ocasiones de fundar; pero interesada no menos en continuar por más tiempo en el Monasterio de Toledo, con tantas contrariedades llevado á cabo, sus hijas de religión, al verla volver del locutorio, conocieron que algo grave, algo que no era de su gusto la había pasado;

La Superiora refirió en breves palabras lo que

de ella se exigía, y todas al saberlo se echaron á sus pies, exclamando:

—¡Madre, por piedad! No nos abandone.

Aquella nueva escena hizo á la Santa una gran impresión, y acudió, como siempre, al consejo del Señor.

—Si me ausento, puede venir daño; si me quedo, acaso estorbo la voluntad de Dios,—pensaba Teresa al dirigirse á la iglesia.

Y arrodillada ante el Santísimo Sacramento, según ella misma nos dice, permaneció largo rato.

Llamó luego á su confesor, y sin darle cuenta de lo que durante la oración habíasela ordenado, le consultó lo que debiera de hacer.

El director espiritual de la monja coincidió en todo con la voz del cielo, y aconsejó á la Madre que lo dejase todo en Toledo en manos del Altísimo, y se fuese á donde, sin duda, la tenía reservada mayores consuelos.

—Id, id;—repitió varias veces el confesor,—que tal entiendo es la voluntad divina, y mucho os va en este llamamiento,—añadió con acento profético.

—¡Las mismas frases!...—murmuró Teresa de Jesús, aludiendo á las que había oído en el templo.

Y esto, consolando antes como pudo á sus afligidas hijas, la decidió á partir de la ciudad imperial.

—Pensad,—las dijo en conclusión,—que «cuando Dios quiere una cosa, la pone en el corazón.»

Con cuyas palabras las religiosas se aquietaron.

Escogió dos de ellas para que la acompañasen, y al volver el criado de Ruy-Gómez, en vez de la carta que esperaba, supo con satisfacción que la Madre había resuelto ir con él á Madrid.

Segundo día de Pascua del Espíritu Santo salió Teresa con sus hijas de Toledo, no sin hacer verter lágrimas á los que la perdían; á la viuda de Ares Pardo, á sus amigos y favorecedores y á sus sobrinos María é Hispaleto que continuaban en la ciudad, y algo hicieron por su obra, aunque hasta el presente no les hayamos mentado.

Nuestros antiguos amigos seguían siendo dichosos, y lo continuaron siendo, merced al cariño que se profesaban, y á su virtud, que sin ésta, en estado alguno no cabe felicidad.

Negóse Teresa de Jesús á ir en Madrid al palacio de Ruy-Gómez, prefiriendo á tanta merced hospedarse en el convento de las Descalzas reales, regido por doña Leonor Mascareñas, en el que «ya había parado otras veces» y siempre se la hacía en él «grande agasajo.»

La Santa no olvida nada en sus interesantísimas relaciones; lo mismo en las de su Vida, que en las del libro que ahora vamos extractando y parafraseando.

¡Qué corazón el suyo!

Conocerle á fondo y no admirarle, es imposible.

sólo bajo una ofuscación increible, cabe que leyendo á Teresa de Jesús se muestre uno frío é indiferente.

Hemos citado por vez primera en esta obra á una familia ilustre, y nos complace detenernos, siquiera sea por un instante, para reivindicar su memoria, cruelmente ultrajada por novelistas é historiadores de apasionado criterio ó vehemente y fantástica imaginación.

Esto es, y será siempre, ligereza imperdonable.

No puede, no debe procederse así tratándose de apellidos respetabilísimos, y no cabe escudarse con fútiles pretextos para escribir de tal suerte.

Documentos irrecusables atestiguan las altas prendas y las cualidades relevantes de doña Ana de Mendoza, hija del conde de Mélito, don Diego Hurtado de Mendoza y de doña Catalina de Silva.

Cierto es que doña Ana casó siendo casi una niña [1], con el príncipe de Éboli, su tío, que frisaba en los cincuenta años; pero esta desigualdad, que ha servido de pretexto para forjar vergonzosas suposiciones, no influyó en nada para que la nobilísima dama fuese una virtuosa esposa y una madre modelo [2].

Y en consignarlo así tenemos una verdadera sa-

---

1 Se supone que tendría unos catorce años.

2 «Varios son los historiadores que han hablado de la célebre princesa de Éboli, que tanto estruendo metió, y que tuvo parte tan principal en los estrepitosos sucesos que se desarrollaron en el reinado del gran Felipe II, dice el Sr. Saenz de Tejada; pero si hubo un tiempo en que la mala fe ó la ignorancia eran causa de que no se la juzgase cual merecía, hoy los verda-

tisfacción, y hacemos un acto de justicia que nos es grato.

La venida de este matrimonio á España desde Italia, debió ser por el año 1560, y tanto aprecio hicieron de él don Felipe y la reina, que le dispensaron su más entrañable afecto.

¿Es esto conciliable, una vez evidenciado, con lo que á propósito de uno y otro, de marido y mujer, se ha escrito después?

Luego que Teresa de Jesús llegó á la Corte, se ocupó del asunto de la fundación en Pastrana con el detenimiento que hacía todos sus asuntos, viniendo á serla en éste de mucho consuelo lo que la acaeció, y que bastó para explicarla las frases enigmáticas y misteriosas que la habían decidido á dejar el Monasterio de San José.

Había venido á nuestra patria algunos años antes, y residía á la sazón accidentalmente en Madrid, un caballero italiano de nombre Mariano, natural de Bitonio [1], á quien Felipe II estimaba mucho.

Después de una vida militar gloriosa, de vestir el hábito de los Caballeros de San Juan, y hallarse, entre otras acciones, en la toma de San Quin-

---

deros críticos dan sentencia inapelable sin ambages ni rodeos, porque son tantos y tan valiosos los documentos referentes á élla que se han publicado, que ya no pueden existir dudas en este punto.»

[1] Nápoles.

tín, una denuncia calumniosa de que se vió libre por milagro [1], le había hecho abrazar el estado de eremita ó penitente.

El canon tridentino, obligando á todos los ermitaños á abrazar una de las Reglas, por él reconocidas y aprobadas, sorprendió al caballero en Tardón (Córdoba), y se proponía impetrar de Roma una autorización expresa para permanecer allí, cuando supo la venida á la Corte de Teresa de Jesús.

Procuró conocerla con gran empeño, y en su primera entrevista con la Santa, aquel siervo de Dios adivinó, que no á casual, sino á providencial determinación, debía «su conoscencia con criatura tan singular.»

La religiosa carmelita escuchó atenta la relación de vida de «aquel hombre limpio y casto,» y cuando concluyó, se holgó mucho de poderle mostrar lo que era su Regla primitiva, y lo fácil que sería para él trocarla por la que había imaginado como mejor é iba á solicitar.

Reproducir debemos el diálogo que á este efecto tuvo lugar.

—«El que no trabaja, no coma,»—os decía vuestro maestro cordobés Mateo de la Fuente [2].—¿No es esto?—le dijo la Santa.

---

1 Se le atribuyó la muerte de un hombre; estuvo dos años en prisión, al cabo de cuyo tiempo se averiguó la verdad. Libre ya, perdonó á sus acusadores, y para salvarles sacrificó una gran parte de su fortuna.

2 Nació en 1524 en Alminuete, de la provincia de Toledo, habiendo hecho sus estudios en Salamanca. Fué el restaurador de la Orden de San Basilio en España.

—Esta era, en efecto, la clave de nuestro modo de ser,—la contestó el eremita.

—Pues la nuestra no es otra que «vivir de la labor de nuestras manos.»

—El mundo está lleno de codicia,—exclamó entonces el italiano,—y por esto se tiene en poco á las religiosas como es.

Y como en todo conviniesen aquellas dos almas, pronto se entendieron, aunque él se tomó tiempo para reflexionar, y élla de buen grado se le concedió, segura casi de que le dejaba convencido, y á esto se referían las palabras que la habían decidido á salir de Toledo «para cosas que mucho la interesaban.»

¿Qué más interesante para la Madre carmelita que hacer extensiva á los varones su Reforma?

Entendió siempre que su obra sería incompleta, limitada á las religiosas, y de aquí lo mucho que la holgaba hallar personas del sexo masculino que la aceptaran.

La conquista que acababa de hacer la llenó de júbilo, y por ella dió gracias al Señor.

No pasó mucho en incertidumbre Teresa de Jesús, pues al siguiente día el ermitaño vino á verla y la dijo:

—Estoy resuelto; contad conmigo.

La Santa dió nuevas gracias al Altísimo. Y como el magnate Ruy-Gomez de Silos ofreciese á Mariano en Pastrana una ermita, y éste la notificó al

punto la noticia, ambos concertaron que, «alcanzada la licencia para esta fundación, que sería la segunda de varones de la Reforma, partiría para la villa señorial,» á la cual Teresa de Jesús se encaminó desde Madrid.

Nada inventamos en el fondo de nuestra parte; todo cuanto decimos es rigurosamente histórico; que de otro modo no llenaríamos, en lo tocante á las fundaciones, nuestros compromisos ni nuestro deber.

Compañero del ermitaño Mariano de San Benito era un hermano, de nombre Juan de la Miseria, gran siervo de Dios, poco experto en las cosas del mundo, é italiano como él.

Bastó que su acompañante le dijese lo ocurrido, para que él le rogase con empeño lo llevase consigo á ver á Teresa, y fué esto muy del agrado de la Santa, pues dejó á Madrid gozosísima y esperanzada de que no fuese una sola en la villa de Pastrana la fundación.

Añadir debemos aquí, que el compañero del caballero italiano, aunque no muy famoso ni hábil, era un gran apasionado del arte divino de Rafael, y pintaba mucho.

Cuando salió de ver á la Santa, dijo á su amigo y maestro:

—De buen grado sacaría el retrato de Teresa de Jesús.

—Pues manos á la obra,—le contestó sonriendo

Mariano.—Os alabaría mucho si de memoria lo lográseis hacer.

Y es fama que Fr. Juan de la Miseria hizo más de un retrato de la ínclita Fundadora, disputándose cuál sea el auténtico, ó sea el que primero pintó con sólo la impresión que su visita á Teresa en Madrid le causó.

Contaba con dos individuos adictos á su idea, y esto era mucho más de lo que podía desear.

No era poco trabajo para la Santa á sus años viajar á pie, y á pesar de ello, esta nueva expedición hízola así, deteniéndose con sus dos compañeras tan sólo, y por poco tiempo, en Alcalá de Henares y Guadalajara.

Mucho pudiéramos fantasear acerca de estas expediciones, si el respeto á la Santa y la seriedad de esta obra nos lo permitieran.

Acaso con ello daríamos gusto á algunos, pero los más lo encontrarían inoportuno.

Eran, diremos, sin embargo, sobre esto, los caminos de la Alcarria abruptos, penosos y poco seguros por aquella época, y mucho debieron pasar las pobres monjas durante él; sobre todo, en las seis leguas que había de Guadalajara á Pastrana.

Llegaron á la villa de improviso, y sorprendieron gratamente á los príncipes, que los hicieron «un buen acogimiento.»

Los sucesos de la fundación no fueron por esto

tan llanamente como creen los que de las obras de Teresa se ocupan con cierta indiferencia y marcado desdén.

Y esto que la de Pastrana se iba á hacer, como la crítica moderna supone, se hicieron las más fáciles, las hechas por «acaudaladas y linajudas familias, vanidosas y fanatizadas.»

No fué en éstas de parte de quienes la religiosa avilense recibiera mayor merced, como lo demuestra lo acaecido en muchas de sus fundaciones, desmintiendo los asertos de la impiedad.

Cada casa que la religiosa carmelita lograba establecer era un triunfo, á la vez que un ejemplo vivo, que producía en las costumbres de los pueblos una saludabilísima impresión.

Cada uno de aquellos asilos, que élla llamaba tan sencilla, como graciosísimamente, «palomarcitos de la Virgen,» eran otros tantos focos de que irradiaba la virtud hasta penetrar en las capas sociales más apartadas, concluyendo por hacerse tan simpáticos, tan queridos, que á éllos acudían muchos, y sobre todo los necesitados; y éllas, ¡oh, prodigio! daban de su pobreza con tal largueza y generosidad, que muchas veces no las quedaba nada, ó veían con asombro que habían dado lo que no sospechaban tener.

¿Eran estos milagros?

Tampoco lo afirmamos.

Pero es lo cierto que cuando estas cosas se hacían públicas, no había apenas corazón egoista que

de su falta de fe ó de caridad no se avergonzase.

En lo que hace á fiestas religiosas y á oraciones: las primeras, por lo gratas, atraían á multitud de gentes hasta entonces indiferentes, y las segundas alcanzaban del cielo gracias y mercedes tan notorias, que no pocas veces mortificaron á Teresa de Jesús que se supiesen, cuando en ocultarlas ponía especial cuidado y solícito empeño.

—¡Funciones religiosas y oraciones!—exclamarán algunos con acento sarcástico.

—¿Qué utilidad, qué provecho pueden unas y otras producir?—pregunta á su vez la crítica moderna, haciendo coro á los que no quieren nada espiritual ni divino.

Sin culto y sin sentimientos religiosos, se pretende por aquéllos y ésta que viva y hasta que progrese el género humano.

Y es que se tiene por mejor lo que es puramente material y grosero.

«Al cuerpo y para el cuerpo todo.»

«El alma no existe, ó si existe algo que este nombre pueda llevar, con la muerte del cuerpo acaba.»

Funestas doctrinas que hacen hoy su camino y se extienden y generalizan.

¿A dónde vamos?

Se habla sin cesar á los hombres de prosperidad material; de mejores alimentos; de vestidos más baratos que en tiempo de nuestros mayores, y se

quiere que el pobre no exija su parte en el bienestar general.

Ciertos libros, ciertos periódicos que se proclaman apóstoles de la verdad, no cesan de lamentar la miseria de nuestros abuelos, y colocan siempre en primera línea el cuerpo y sus goces, el cuerpo y sus vestidos, el cuerpo y su alimento, y el pobre, al oir ese lenguaje tan lisonjero para los sentidos, ¿qué ha de hacer?

¡Ah! se desespera, y grita, y reclama su parte en el bienestar á que aspiran y llegan muchos de los que por todo alivio le dan *derechos* en vez de pan.

Donde más séquito tienen, empero, esas doctrinas de fraternidad, de igualdad, de lujo, de bienestar material, pululan los indigentes, se multiplican, sobre todo, los malos pobres, y la caridad cristiana es impotente para remediar *exigencias* que no pueden verse jamás satisfechas ni saciadas.

Esta es la realidad sin fe, éstas las consecuencia de las predicaciones disolventes, de las burlas y los sarcasmos lanzados contra todo lo que es divino, lo que es religioso, lo que Teresa de Jesús procuró mantener y ensalzar con solícito afán.

Digamos más:

El Evangelio no es código de placeres, sino ley de penitencia; no dice al hombre fácilmente:

—Sal de tu condición á todo trance; ensaya una industria; prueba fortuna; engrandécete; ten lujo; aumenta tus placeres y comodidades; no creas na-

da; no tengas culto; no reces ni eleves á Dios tu alma.

Todo esto es ilusorio é innecesario; lo han inventado los fanáticos.

Y vosotros ¿qué intentáis para sustituirlo?

La diosa Razón; el becerro de oro; la anarquía; la desobediencia; el robo y el pillaje.

Triunfemos por un día, que es todo lo que vivimos.

Y como no hay eternidad, la existencia física y la existencia material lo es todo.

No; en conta de estas doctrinas incendiarias y peligrosas, ha pronunciado el Señor estas palabras:

«¡Bienaventurados los pobres de espíritu, que saben contentarse con poco...»

Y estas otras:

«El cuerpo perecerá, el mundo pasará, se acabará la vida, una sola cosa es necesaria: el reino de los cielos, en el que fué admitido el pobre Lázaro, mientras que el rico fué de él excluído.»

Con esas doctrinas, las obras de la caridad, sea cualquiera su forma, son evidentemente obras de gracia y de consuelo, de desinterés y de heroismo.

Con esas doctrinas realizaron prodigios los Santos; y realizó los suyos Teresa de Jesús.

Los filósofos escriben, por lo común, al lado de una buena chimenea sus páginas revolucionarias; mientras la monja carmelita trabajó y escribió en una fría y pobre celda sus obras, empapadas en la

más viva fe y en la más ardiente caridad cristiana.

No eran, pues, digámoslo una vez más, no eran las obras de la religiosa avilense estériles é infecundas; eran obras inspiradas en los más altos fines y las aspiraciones más sensatas en favor de la humanidad.

Elegid, pueblos, y si no acertáis á elegir, no os quejéis.

Sin religión, sin culto, sin oraciones, ¿queréis ser dichosos?

Imposible.

Tened presente la experiencia dolorosísima y pavorosa de lo que actualmente sucede, y no podréis tacharnos de exageración.

# XI.

## Teresa de Jesús en Pastrana.

Las contrariedades, los disgustos que la Santa experimentó en la villa de los duques, fueron de índole distinta de las que había sufrido en otras partes.

Después de haberla llamado con insistencia y con imperio, una vez en Pastrana no se la dejó libertad alguna, queriendo hasta avasallarla en los asuntos de Dios, como por lo común los grandes del mundo avasallan á los que les cercan y rodean sin miramiento ni consideración.

La de Éboli, sin que fuese acreedora á la injusticia con que ha sido tratada ni á las imputaciones que se la han hecho, era una mujer caprichosa, voluble, mimada por la fortuna, acariciada por la suerte, y lisonjeada por su hermosura, frívola y altiva, creyó poder dominar á la Santa.

Teresa no podía hacerse su esclava, y rechazó con energía sus insensatas proposiciones.

Luchó á brazo partido, y como de igual á igual, con aquella en quien, no obstante, veía un instrumento de los designios de Dios, y salió al cabo vencedora.

¿De qué suerte?

Con las armas de la resignación y la paciencia, unas veces; con las de la energía y el tesón, otras; con las de la virtud, siempre.

Doña Ana había traído consigo de Madrid, según cuentan los biógrafos de Teresa de Jesús, una religiosa Agustina, y pretendió á las primeras de cambio que la fundadora la admitiera en su Regla y la diera el hábito de Carmelita descalza.

La Santa se opuso á esta exigencia, y esto dió origen á que la de Éboli se mostrase por largo tiempo enojada

Sus dos compañeras la decían:

—¿Cómo sufre tanto?

Y élla, elevando sus ojos al cielo, las respondía:

—El que arriba está murió de amor, para resucitar al tercero día, y amarnos con más energía y mayor intensidad. La caridad del Señor está viva, puesto que nuestro Redentor vive siempre; su caridad es como fué durante su tránsito sobre la tierra, porque es la caridad de Dios mismo: *Deus charitas est.*

Y las dejaba admiradas y convencidas.

Se cuenta, además, que la de Éboli pidió á nues-

tra heroína el libro de su Vida, que sabía había compuesto, y aunque se resistió á dárselo, al fin le concedió esta gracia.

—Pero ved, señora,—la dijo al entregarla el precioso manuscrito,—que sea sólo su ilustrísima la que la lea.

Y se añade que, lejos de ello, la indiscreción de la princesa llegó hasta el punto de dárselo á leer á sus criados, que, no entendiéndole, como á muchos sucede, se rieron y mofaron de algunas de las cosas que en él pone la mística Doctora.

Los innumerables escritos de Teresa de Jesús no son comprensibles para todas las inteligencias. Ya nos ocuparemos de esto detenidamente, puesto que se desea que esta obra sea completa en cuanto al juicio de la gran monja avilense ante el siglo XIX. Y lo será hasta donde nuestras fuerzas alcancen, y hasta donde la inmensa mayoría de nuestros lectores quiere.

Suscitáronse, además de los consignados, otros muchos obstáculos en Pastrana á Teresa de Jesús, figurando entre ellos el arreglo del Monasterio, que nunca se concluía, que jamás estaba á gusto de la noble dama, aun cuando Teresa la decía de continuo:

—Con lo hecho, basta; no necesitamos más...

Y muchas veces, de orden de la princesa, se derribaba por la tarde lo que se había hecho por la mañana.

—Así ha de ser,—exclamaba con enfado doña Ana cuando la Madre lamentaba su proceder.

Que en esto de ser veleidosa la de Éboli, convienen todos los historiadores que lo era, y mucho, «como lo son casi todos los que se educan en la abundancia y entre lisonjas y alabanzas.»

Por esto, la educación de los grandes es la más difícil y la que más torcida y dañosa suele ser.

¡Oh! si los hijos de los poderosos, de los mimados por la fortuna se educasen como debieran, cuán otra sería su suerte y sus ventajas en la sociedad, ya que las desigualdades y los desniveles humanos son cosa inexcusable y forzosa, á despecho de las declamaciones de los que aspiran á una igualdad imposible.

Sólo la doctrina de Cristo es capaz de remediar en la tierra, de hacer llevadero lo que en el mundo no tiene remedio.

Convencéos de esto, soñadores ó visionarios.

Y si ellos no, que se convenza el pueblo.

La Iglesia, madre tierna y sabia, es la única que puede darnos, como merced de amor, el bien del cuerpo y el del alma, porque es la única que «posee la virtud de Dios, que todo lo puede.»

Iban transcurridos tres meses, y la fundación de Pastrana no se acababa nunca de hacer.

Y la Madre carmelita recibía cartas requiriéndola para que fuese á otras partes, donde se deploraba su ausencia, donde su presencia se hacía necesaria.

—Ved, señora,—decía á la de Éboli,—que soy precisa, según el Señor, en otros lugares.

Y la princesa, que deseaba que todo se hiciera á su gusto, no la hacía caso.

Llegó una mañana, y la Madre se presentó en la cámara de los duques, cuyo palacio [1], que aún se conserva, estaba contiguo á la casa del administrador, en que las religiosas, por estar más libres, moraban.

—Vengo resuelta,—dijo al matrimonio,—á que esta situación tan difícil, y hasta violenta para mí, no se prolongue más.

—¿Qué desea?—la preguntó doña Ana en tono desabrido.

—Fundar, ó salir de la villa.

—¿Para eso habéis venido?

—¿Y para esto me habéis llamado, señora?

La princesa, que no estaba acostumbrada á ser contradicha en nada, al escuchar á Teresa de Jesús, montó en cólera, y á no estar presente su marido, la Santa habría salido aquel mismo día de Pastrana.

Así se han mostrado los escogidos del Señor cuando ha sido menester.

Ruy-Gómez, con «mayor cordura,» y comprendiendo la razón con que la religiosa lamentaba el tiempo que perdía, hizo de manera que aquella en-

---

[1] Hoy cárcel pública.

trevista sirviera para «allanar escollos y evitar nuevas dilaciones.»

Poco después de la escena que acabamos de referir se acabaron las obras, y para el 13 de Junio, día de San Antonio, «ya nada, al parecer, faltaba.»

Surgió, empero, otra gran dificultad.

Pastrana era un pueblo pequeño, más aún que lo que es hoy [1], y como la Santa comprendiera lo difícil que era bastasen las limosnas para el sostén de las religiosas, se permitió hablar de rentas.

«¡Nunca lo hubiese hecho!» exclama uno de sus respetables biógrafos.

«La de Eboli, que era rica; que tuvo, como hemos visto, gran empeño en que Teresa de Jesús fundase en Pastrana, se sublevó ante la natural proposición de la Madre, y en poco estuvo que este nuevo incidente (inexplicable, á no ser obra del infierno), obligase á la ínclita fundadora á salir de la villa, sin dejar cumplido el objeto que á élla la llevó.»

—¡Renta pide ahora!—exclamó doña Ana.—¿No se opone á ella vuestra Regla?

—Bien á pesar mío me ocupo de élla, y en casos muy contados.

Y poniendo por ejemplo la fundación de Malagón, que la primera conocía, al fin logró que Ruy-Gómez interviniera y modificara en parte la tenacidad de su mujer.

---

[1] Villa de unos 600 vecinos, poco más ó menos.

Tenía Teresa de Jesús otro propósito, otro fin principalísimo, y á él consagraba oculta y secretamente preferente atención en Pastrana.

En correspondencia con el ermitaño italiano, sabía lo bien que marchaba su propósito de establecer en la villa alcarreña el segundo monasterio de hombres de la Reforma Carmelita-Descalza, y esto la retenía allí mayormente.

Hízose al fin su deseo de establecer «bajo algún pie de renta» el sexto Convento de la Orden de monjas, merced á los buenos oficios del magnate, y como élla «algo se proporcionó de personas piadosas,» el 9 de Julio de 1569, y bajo el título de Nuestra Señora de la Concepción, quedó ultimada la fundación.

Mucho gozo causó á la Santa «este vencimiento á las resistencias que á ello se habían opuesto;» pero lo que la alegró más, fué que el mismo día de la fundación vinieron á la villa Mariano de San Benito y fray Juan de la Miseria, y este asunto, como sólo era del príncipe, se llevó á cabo con más pronta y mejor discreción.

—En esto no consiento que os mezcléis,—dijo el caballero á doña Ana.

Y así es, que sólo con él se entendieron Teresa y cuantos interesados estaban en que se llevase todo con la mayor rapidez.

Los primeros trabajos de las Madres en Pastrana fueron «aderezar hábitos y capas» para los futuros religiosos.

Hizo Teresa que vinieran de Medina del Campo otras hijas suyas del Carmelo, pues sólo eran tres con élla en el nuevo Convento.

Y éstas, las que vinieron, no llegaron solas, pues un religioso, gran predicador, fray Baltasar de Jesús, las acompañó; y aunque «era algo viejo,» sabedor de que se iba á establecer allí una fundación de hombres de la Reforma, quiso descalzarse, que era calzado.

Con lo cual, y la llegada de fray Antonio de Jesús, que estaba en Manceda, se efectuó la segunda de varones.

Fray Baltasar dió el hábito al ermitaño italiano y á Fray Juan de la Miseria, que trajo de Madrid hecho el retrato de la Santa, y se le ofreció como grato recuerdo que de élla había conservado.

—No me habéis hecho favor,—le dijo Teresa de Jesús con su habitual gracejo;—pero pase por la intención,—añadió,—que otro me haréis mejor.

Y es sabido que hay más de un ejemplar de retratos que se atribuyen al pintor italiano, aunque el que pasa por de mayor autenticidad sea el que poseen las religiosas carmelitas de Valladolid.

Lo que más empeño tenía Teresa de Jesús, antes de salir de Pastrana, era dejar en la villa convento de hombres, que respecto al de mujeres presentía que no había de durar mucho.

Y el 13 de Julio tuvo lugar, para instalarle for-

malmente, una grande y solemnísima procesión, á la cual asistió «el pueblo entero, y nobles y caballeros muchos; y todos llevaron á la ermita de San Pedro á los Carmelitas, que iban derramando lágrimas de gratitud y reconocimiento.»

Oportuno será que hagamos constar aquí, que lo mismo en los Monasterios de religiosas que en los de varones de la Reforma, Teresa de Jesús se cuidaba siempre de que no dejase de haber en los huertos ó en sitios adecuados contiguos, ermitas á disposición de las monjas ó de los frailes, pues élla, que las había fabricado por juego en su infancia, teníalas una especialísima afición.

Y en esto, como en todo, la Santa era consecuente consigo misma.

Nada la detiene en Pastrana.

Lo que más quería se ha realizado, y Teresa de Jesús abandona la villa ofreciendo á las sus hijas que enviaría para regir el Monasterio á Isabel de Santo Domingo, como lo verificó, dándola un encargo especialísimo que atestigua su previsión [1].

—No dejéis de llevar estricta cuenta, y por escrito,—la dijo,—de lo que la de Éboli diera, y consérvelo, por si algún día hubiera ocasión de tenerlo que devolver.

Y el tiempo vino á dar la razón á la Santa, pues aconteció que muerto Ruy-Gomez, algunos años

[1] Y adelantamos estas noticias por no volver sobre esta fundación.

después [1], el 29 de Julio de 1573, doña Ana hizo grandes demostraciones de pena y de dolor, y, «como si en el mundo no tuviera deber alguno que cumplir,—dice su respetabilísimo historiador de la vida de su hija doña Ana [2],—desoyendo los prudentes consejos de sus amigos, que con gran oportunidad le recordaban la postrera voluntad del ser que tanto lloraba, y la obligación que tenía de cumplirla, así como el desamparo en que dejaría á su familia si se iba á un convento, tomó la resolución de sepultarse entre las paredes de un claustro, y la puso en práctica á la mayor brevedad posible.»

Cuanto acerca de este particular hemos podido averiguar, es por demás curioso é interesante.

Con sobrada precipitación y ligereza dió á la princesa el hábito de religiosa carmelita el confesor que fué de su marido en su postrera enfermedad, y la dama salió acto seguido para Pastrana, dirigiéndose á la villa en carro, y no en coche, como para dar á entender su ánimo decidido de despreciar las vanidades del mundo.

Y más loca que cuerda llegó al Monasterio.

A su llegada, la Priora exclamó, sin poderse contener:

—¡La princesa, monja! Se acabó el convento.

Y así fué.

---

1 El día 28 de Julio de 1573, Ruy-Gomez de Silva otorgó su postrera disposición, nombrando por tutora de sus hijos á su mujer.

2 El Sr. Sánchez de Tejada.

Condensemos con la brevedad posible cómo sucedió esto.

Más de mala que de buena gana, dispuso sor Isabel de Santo Domingo lo necesario para recibir dignamente á doña Ana, y á su madre, la princesa de Mélito, que supo la acompañaba.

Llegaron las viajeras á las ocho de la mañana, dice fray Francisco de Santa María, de quien estos datos tomamos, y breves instantes habían transcurrido desde su arribo, cuando por los siempre serenos horizontes de aquella santa mansión asomaban ya nubecillas que presagiaban el fragor de la tempestad.

Sin guardar las consideraciones y deferencias á que el sagrado recinto obligaba, y dando rienda suelta á su airada voluntad, la de Éboli empezó por exigir se diese el hábito á dos doncellas que en su compañía llevaba; la Priora se opuso á la demanda, haciendo presente que para acceder á ella necesitaba antes la licencia del Prelado; pero doña Ana negóse á oir razones, y con vehemencia y mal talante replicó:

—¿Qué tienen que ver en *mi convento* los frailes?

Esto de tomar por *suyo* el Monasterio, explica lo que sucedió después.

Sufrió con paciencia la Priora aquella contestación, y entretuvo á las viajeras hasta que recibió el permiso para darlas entrada.

Mas no pararon en esto los desmanes de la viuda.

Al día siguiente, y con motivo del sepelio del príncipe su esposo, doña Ana de Mendoza se empeñó en no respetar la clausura, y dió entrada en el convento á multitud de personas, lo cual causó en las religiosas el más deplorable efecto.

Siguieron á esto otra multitud de excentricidades y vejaciones, y fueron tantas, que sor Isabel se creyó en el caso de escribir á la fundadora, la cual se dirigió con el mayor dolor á la de Éboli.

Vino á Pastrana con encargo de arreglar aquel malhadado asunto, el Prior del Escorial, y las cosas continuaron, á pesar de ello, agravándose en términos, que la Superiora amenazó á doña Ana con retirarse del Monasterio con sus hijas, lo que hizo que la de Éboli se trasladase á una de las ermitas de la huerta, «donde se comunicaba con quien quería, y estaba á su gusto en todo y por todo.»

Llegó la noticia de tanto ruido y tamaño escándalo á Felipe II, quien siguiendo los consejos de doctas personas, y del Consejo de Castilla, ordenó que la díscola princesa saliese del Monasterio, lo cual sucedió siete meses después de su entrada en él.

No acabaron con la salida de la de Éboli del convento fundado en Pastrana por Teresa de Jesús las molestias y disgustos que desde su palacio, á donde se trasladó, proporcionaba á las religiosas, por cuyo motivo, la fundadora se vió precisada á solicitar «quitasen de allí el Monasterio:» fundándose al efecto otro en Segovia, como dire-

mos después, al cual las de la villa se pasaron dejando al alcalde por inventario cuanto les había dado la princesa.

«Las camas y cosillas, dice la Santa, que las mismas monjas habían traído, llevaron consigo, dejando bien lastimados á los del lugar.»

Y añade:

«Yo quedé con el mayor contento del mundo en verlas en quietud, porque estaba muy bien informada, que éllas ninguna culpa habían tenido en el disgusto de la princesa, antes lo que estuvo con hábito la servían, como antes que lo tuviese.»

Y caritativa siempre en extremo, aminora lo ocurrido, diciendo:

«Y me consta la pena que esta señora tenía, y que una criada que llevó consigo, tuvo de todo la culpa [1].»

---

1 Los ruidosos sucesos de doña Ana de Mendoza y la Cerda sobrevivieron tres años después de su salida de las Carmelitas descalzas, y de su residencia en Pastrana; mas no siendo éstos de nuestra incumbencia, nos basta con lo dicho acerca de esta señora, y relacionado con la sexta fundación.

# XII.

## La noche de Animas.

ESTABA próxima una de las fiestas más memorables del año.

La que la Iglesia, nuestra madre, dedica á celebrar el triunfo de los moradores del Empíreo, de los habitantes del cielo, de los Santos todos, nuestros predecesores.

El invierno, con todas sus asperezas en Castilla, se venía encima, y nuevos acontecimientos en la vida de Teresa reclaman nuestra atención.

San Juan tuvo la dicha de contemplar la Jeruralén celestial, y en ella nos dice que vió multitud, muchedumbre que no se puede contar, de bienaventurados, procedentes de todos los sitios y lugares, de todos los pueblos y naciones, de todos los tiempos y de todas las edades.

Cubríanles largas túnicas blancas en señal de la pureza de sus almas, libres de pecado, y sostenían

en sus manos vasos llenos de los aromas y los perfumes más gratos al Señor.

Los que se desprenden de las lágrimas, de las plegarias y de las oraciones de los que le adoran y le aman.

En recuerdo de aquella sublime visión:

En prueba del valimiento que tienen los amigos de Dios, que un día fueron nuestros hermanos:

En alabanza, en fin, de la manera y forma con que supieron conllevar las fatigas, las miserias y los trabajos de este mundo,

La mañana de ese día ríndense fervorosos homenajes á los orlados con la corona de la inmortalidad.

Y á la caída de la tarde, antes que el sol comience á ocultarse, los fieles acuden solícitos al tañer de la campana, tañer lúgubre, lento y acompasado, á depositar sus ofrendas cabe las tumbas de sus deudos y sus amigos.

Y á la noche que precede al día de los Santos, se la llama:

Noche de Animas:

Noche de difuntos:

Noche de leyendas, de apariciones y fantasmas:

Noche de rezos y de suspiros, de recuerdos, y triste cual ninguna otra del año.

La del 1570 debía ser para Teresa de Jesús, por más de un concepto, memorable.

Dudado había la Madre por largo tiempo si la convendría ó no hacer en Salamanca la séptima fundación de carmelitas descalzas.

Por aquel entonces su hermano don Lorenzo, que élla dice Lorencio de Cepeda, anunció su regreso de Indias, y esto la alegró mucho, «porque mirar podría por que se salvasen sus hijos, más que por acrecentar su hacienda, que esto la importaba poco.»

Decidida, al fin, ó con insistencia rogada, la víspera precisamente del 1.° de Noviembre del dicho año de 1570 llegó Teresa á la ciudad al mediar el día, acompañada tan sólo de una de sus hermanas, sor María del Sacramento, de más edad que élla, sencilla y buena en extremo, á quien tenía singular afecto, y que sabía habría de resistir con paciencia cualquier contrariedad que las sobreviniera.

Habían hecho penosísimas jornadas, algunas de ellas de noche, pasando muchos trabajos, tenido que pernoctar en las cabañas de los pastores y en míseras posadas.

Y todo ello por no faltar á una palabra empeñada.

«Estaré en esa, á más tardar, el día de Todos los Santos.»

Había, escribió la Santa desde Toledo al Rector de los PP. de la Compañía, y antes «hubiese preferido enfermar, que dar chasco á quien por las co-

sas de Dios se interesaba, y en cumplir su voluntad ponía de su parte empeño tanto.»

—No hemos de defraudar sus esperanzas,—decía á su compañera.

Y anduvieron, anduvieron sin sosiego ni reposo por llegar á Salamanca.

«No pongo, nos dice, en estas fundaciones los grandes trabajos de los caminos, con fríos, con soles, con nieves, que sucedía no cesarnos en todo el día de nevar, otras perder el camino, otras con hartos males y calenturas... Porque, ¡gloria á Dios! de ordinario es tener yo poca salud, sino que veía claro, que nuestro Señor me daba esfuerzo.»

Acaeció, en efecto, en algunas ocasiones que trataba de fundación, hallarse con tantos males y dolores que se acongojaba mucho; porque la parecía que «aun para estar en la celda sin acostarse, no estaba.»

En ocasiones tales tornábase al Señor, quejándose y diciéndole:

—¿Cómo queréis, Dios mío, que haga lo que no puedo?

Y siempre, aunque con trabajo, Su Majestad la daba fuerzas, y con el fervor que la ponía y el cuidado, parecía que se olvidaba de sí.

«A lo que ahora me acuerdo, pone después de revelarnos estos detalles, nunca dejé fundación por miedo del trabajo, aunque de los caminos, en especial largos, sentía gran contradicción; mas en

*comenzándolos á andar, me parecia poco*, viendo en servicio de quién se hacía, y considerando que en aquella casa se había de alabar al Señor, y haber Santísimo Sacramento.»

Que para Teresa de Jesús era, y ya creemos haberlo puesto, particular consuelo el que se alzase ó se erigiese una iglesia más, cuando se acordaba de las muchas que quitaban los luteranos, y lo que en cada una de las que élla establecía había de servirse al Señor.

Por estas razones, que son las que ella misma nos da á conocer circunstanciadamente, hicieron las dos monjas su viaje á Salamanca desde Avila «con gran apresuramiento y fatiga muchas, llegando el 31 de Octubre, día de San Quintín, deteniéndose fuera de murallas, en una posada harto pobre y en la que sólo había arrieros y gente que poco de su venida se preocupara [1].

La Santa no quería que se supiese su llegada, pues escarmentada de otras veces, «siempre andaba con miedo no hubiese algún estorbo;» por cuya razón, sin duda también, en vez de llamar al Padre Rector de los Jesuitas [2], ni entenderse con ningún otro principal, llamó secretamente á un paisa-

---

1 Gil González, en *Las Antigüedades de Salamanca* y en *El Teatro Eclesiástico*, así como el P. Carmelita José de Jesús María, adelantan un año la fundación de Salamanca.

2 Que de Villamayor acababan de trasladarse á la huerta de Villasendín, donde está hoy el cementerio.

no llamado Nicolás Gutiérrez, «harto siervo de Dios,» el cual, acongojado, la enteró de las dificultades que había, y de que la casa destinada para la fundación no estaba aún desocupada.

—¿Quién la tiene?—le preguntó con viveza la Madre.

—Ocúpanla unos estudiantes,—contestó Gutiérrez.—Y á éstos, á no querer ellos, no se les puede echar,—añadió,—según privilegio que con otros muchos tienen desde tiempo inmemorial [1].

—Pues yo desearía, á más tardar, que mañana pudiésemos...—murmuró Teresa de Jesús.

—En complaceros, Madre, tengo empeño,—exclamó Nicolás Gutiérrez, levantándose y pidiendo perdón para poner en ejecución sus propósitos.

Del salmantino Nicolás dice la Santa: «que había ganado de Su Majestad con su buena vida una gran paz y contento en los trabajos, que había tenido muchos, vístose en gran prosperidad, y quedado muy pobre, y llevábalo todo con tanta alegría como la riqueza;» y, por último, «que trabajó mucho en aquella fundación con harta devoción y voluntad.»

Y así debió ser, toda vez que al siguiente día, 1.º de Noviembre, según dejamos dicho, el buen Gutiérrez vino á la posada donde estaban las mon-

---

[1] Alfonso X, en 1254, dispuso que las casas arrendadas por los estudiantes de Salamanca «non las pudiesen tomar otros.»

jas, y aseguró á Teresa que podían ir á ocupar la casa, pues quedaría libre aquella misma tarde.

Hiciéronlo, en efecto, y ya «casi de noche entraron en ella;» siendo, según la mística Doctora, la primera que fundó sin poner el Santísimo Sacramento, porque nunca pensaba era *tomar la posesión*, si no se ponía; y había sabido que «no importaba,» lo que fué para élla gran consuelo, á pesar del mal aparejo en que la habían dejado los estudiantes.

No pueden tomarse por pequeñeces ni nimiedades ciertas cosas que Teresa cuenta y sus biógrafos todos traen, tanto en su Vida como al dar cuenta de las fundaciones.

No hay nada que huelgue para conocerla á fondo, aparte de que muchas de esas cosas nos revelan el estado de las costumbres en aquel entonces, y nos manifiestan rasgos gráficos y característicos de la insigne compatriota de quien nos ocupamos.

El piadoso Gutiérrez logró, con hartos esfuerzos, que la casa quedase aquella tarde, á pesar de la fiesta del día, á disposición de las religiosas; las llevó á ella por sitios por donde no las pudieron ver, y las dejó allí, yéndose á procurar lo necesario para que á la mañana del 2 de Noviembre nada las faltase y quedase hecha la fundación formal y definitivamente.

Al honrado castellano no se le ocurrió lo que podían pasar aquellas dos pobres mujeres en aquel

edificio, dejadas solas, desconociéndole por completo, y siendo además noche de Animas.

La casa única hallada para el objeto, estaba situada á mayor abundamiento entre las parroquias de San Juan de Bárbalos y del viejo Santo Tomé; y por delante de ella atravesaba una de las albercas ó cloacas públicas que al descubierto estaba; y era lugar harto abandonado y nada frecuentado.

Ni él ni éllas se cuidaron de estos pormenores que tanto debían influir en lo que vamos á referir.

Anhelosa la Santa de verse en su nueva casa, no pensó tampoco en retener consigo al siervo del Señor, y acompañándole con un candil, y seguida de sor María hasta el portón de la entrada, le despidió allí.

Él la dijo:

—Hasta mañana, Madre, que todo estará listo.

Y élla le contestó:

—En eso fío.

Y cerró el postigo; mientras que el salmantino, pasando el puentecillo de la inmunda alberca, desapareció á poco en la obscuridad, tomando por las intrincadas y estrechas calles que conducían á la catedral.

Era preciso á las Madres prevenirlo todo para el día siguiente de manera, que pudiera decirse misa, y las primeras horas de aquella noche las pasaron afanosas olvidadas de todo y sin cuidarse

más que en disponer el oratorio con lo poco que habían traído y Nicolás las proporcionó.

Concluído todo, la Madre exclamó:

—Me encuentro rendida, y hé menester descanso si hemos mañana de madrugar.

A lo que su hermana de religión replicó:

—Pues yo no tengo sueño.

La penetración de Teresa, ó el tono con que habló sor Sacramento, hizo que la fundadora comprendiera la situación de su ánimo, y se echase á reir.

—¿Por qué esa risa? [1]...—preguntó con cierto enfado la Madre.

—Porque infiero que tiene miedo,—la contestó la Santa.

Y como en aquel instante las campanas de los templos contiguos, que habían cesado, volvieran á doblar, sor María se dió por vencida, y se asió fuertemente al manto de Teresa de Jesús...

¡Qué coincidencias tan fatales!

Doblar de campanas...

Noche de difuntos...

Casa desconocida, vieja y grande; con crecidas solanas; sucia y desbaratada...

Y de la cual habían salido aquel mismo día y muy á disgusto varios jóvenes escolares que la ocupaban [2];

---

1 Cuando esto que aquí ponemos consignaba Teresa, aún dice «que la daban ganas de reir.»

2 Entre ellos estaba Juan Morín, que fué luego Obispo de Barbastro.

Sabedores, acaso, para el objeto á que estaba destinada.

Unid todo ello, y, hasta si queréis, la preocupación de la sencilla piedad de las madres, y el miedo de la pobre vieja que hacía reir á Teresa de Jesús hallaréis fundado.

Creció el terror de sor María á medida que la noche avanzaba, y comenzó á «no tenerlas todas consigo nuestra heroína,» que al cabo «era élla de carne y hueso,» y «el demonio no desperdiciaría la ocasión de atormentarla.»

—¿El demonio, ha dicho su reverencia?—preguntó tiritando sor Sacramento.

Y Teresa, más animosa, la contestó:

—Busquemos dónde guarecernos.

Proposición que exigía moverse, y la pobre monja se había acurrucado en un escalón, y no había quien fuese capaz de moverla de allí ni á cien tirones.

—Ved que así no podemos seguir...

—Ni yo dar un paso adelante ni atrás.

¡Donosa situación!

¡Famosa velada!

¡Y las campanas siempre tañendo por las Animas benditas del Purgatorio!

No era necesario tanto para hacer angustiosa y difícil la posición de las pobres religiosas.

El golpe repentino de una puerta, el movimiento nervioso que produjo á Teresa, ó tal vez alguna ráfaga de viento, ello es que la luz se apagó en-

tonces y se quedaron á obscuras nuestras dos carmelitas descalzas.

Personas más valerosas que éllas hubiesen sufrido terror.

El de las dos buenas mujeres fué grandísimo y duró muchísimo rato.

—¡Si algún estudiante se hubiera quedado dentro, Madre!...—se le ocurrió decir á sor María para echarlo más á perder.

Pero esta idea, lejos de amilanar á la religiosa, la infundió mayor valor.

Tomó de la mano á la anciana, y á tientas logró dar con el aposento en que había puesto un poco de heno para acostarse y las mantas que las habían servido en el viaje.

Atrancada la puerta de entrada [1], dijo á su acompañante:

—Aquí ya estamos seguras.

—De esos maldecidos jóvenes, acaso; pero del diablo, no;—la contestó sor Sacramento.

—De ese ya daremos buena cuenta, siempre con el auxilio de Dios,—y echándose sobre el heno y arrebujándose en la manta, se dispuso á dormir.

La otra monja, que no podía reconciliar el sueño, exclamó de repente:

—Madre, si ahora me viniese la muerte, ¿qué haría su reverencia?

---

[1] Que hoy está tapiada.

Y la Santa, que ya estaba casi traspuesta, es tradición que la respondió:

—Hermana, cuando esto sea, pensaré en lo que he de hacer; mas ahora, que está viva, la ruego de nuevo que me deje dormir.

Y Teresa se durmió.

Dos fuertes aldabonazos dados en la puerta de la calle hicieron á las Madres dar un salto en sus lechos de paja.

—¿Habéis oído?—preguntó tiritando sor Sacramento.

—Sí,—contestó su compañera.

Y como percibiese á través de las rendijas de la ventana alguna claridad, se incorporó y prosiguió diciendo:

—Parece que ya es de día, Madre.

—Abra las maderas vuestra reverencia,—la suplicó su compañera.

Y obedeciéndola, como entrase por ella un tenue resplandor, éste fué suficiente para devolver por entero á las monjas su valor.

Esto ocurrió la noche de Animas, primera que pasó Teresa de Jesús en la casa destinada á su séptima fundación.

Noche que pareció eterna á sor María, y de la cual no se olvidó nunca Teresa de Jesús.

A la madrugada siguiente díjose la misa prime-

ra, con permiso del Obispo, que lo era á la sazón don Pedro González de Mendoza [1].

Y como viniesen aquel mismo día de Medina y de Avila otras religiosas, ya la pobre anciana, sor Sacramento, pudo en la casa sosegar y dormir.

Casi olvidada por espacio de más de tres siglos permaneció la casa en que Teresa hizo en Salamanca su séptima fundación, y si hoy subsiste, decirse puede que es un milagro, dado el estado en que nos la pinta la Santa cuando vino á ocuparla y la tenían los estudiantes, que la dejaron desocupada á ruegos y súplicas del buen Nicolás Gutiérrez el 1.° de Noviembre de 1570.

Nosotros la hemos visitado varias veces, y nos felicitamos de lo que acerca de ella, y para ilustrar este número, podemos decir.

El edificio no tiene al exterior nada de notable; pero revela aún que fué casa solariega, alzada á mediados del siglo XV, y conserva en parte ese carácter de vetusta antigüedad, que tan agradable es á los ojos del artista y aun á los del escritor.

Perteneció á los Ovalles, señores de la Puebla de Escalonilla, y hoy es del ilustre marqués de Castelar.

---

1 Era hijo de los duques del Infantado; había sido presentado por Felipe II, y consagrado en 1560. Asistió al Concilio de Trento, y su pontificado duró catorce años. En su tiempo se fundaron en Salamanca otros tres conventos, además del de Santa Teresa.

De tan nobilísima familia fueron los señores de Valverde, los del Palacio de los Ovalles, los de los heredamientos de Alba de Tormes y los de San Esteban y Pelazas.

De creer es que Nicolás Gutiérrez, para proporcionársela á la Santa, se sirviera de doña Beatriz Ibáñez de Ovalle, mujer de Gonzalo Yáñez de Ovalle [1], señor de la Puente de Escalonilla y de la Casa de San Juan de Barbalos, toda vez que sabemos que este señor era primo de Juan de Ovalle Godínez, segundo señor de los heredamientos de Alba de Tormes, y marido de doña Juana de Ahumada y Cepeda, hermana de Teresa de Jesús, de que tantas veces hemos hecho mención en esta obra.

Pasemos á describirla como actualmente está.

Su fachada es sencillísima y de tosca mampostería [2].

En la planta inferior se ve una puerta de medio punto, y cuyas dovelas para formar el arco son de grandes dimensiones, como se usaban en la mayor parte de las construcciones del siglo XV.

---

[1] Su enterramiento está en Alba, y se sabe que casó en 22 de Noviembre de 1561.

[2] La antigua se disminuyó en parte al cubrirse el arroyo que oculto pasa por la calle donde está situada, y al levantarse el pavimento de la misma, desnivelada y amenazando ruina, se desmontó en el año 1876, y construyó de nuevo, á excitación de la Comisión de Monumentos y á expensas de su dueño actual, el Excmo. Sr. Marqués de Castelar. Cuando existía descubierto el arroyo, había allí un pequeño puente para pasar á la casa, compuesto de unos machones de piedra, donde estribaban unas pizarras, y es al que hemos aludido en nuestra narración.

A un lado de la puerta se abre una estrecha ventana, y otras dos rectangulares; dan luz á las habitaciones del piso principal, único de que consta el edificio, habiéndose fabricado una cornisa donde estriba lo que antes era alero del tejado.

Dos blasones ó escudos nobiliarios se ven colocados á los lados de la puerta, y que han debido sustituir á los que antes tenía, pertenecientes á los Ovalles, Herreras, Corvelles, Solises, Rodríguez de las Vasillas y otras familias.

Sobre la puerta actual se halla colocada una lápida de mármol blanco con esta inscripción:

CASA DE SANTA TERESA.

Pasando al interior, la planta del portal resulta rectangular, y nada ofrece de notable; su pavimento ha sido levantado bastante, como lo prueba el declive que se nota con relación al muro exterior su paralelo, con el fin de que se pueda ingresar al patio por una segunda puerta, también de medio punto, y de una construcción idéntica á la de la fachada.

Sobre esta puerta se ha pintado un rótulo, que dice:

SIERVAS DE SAN JOSÉ [1].

Debajo de él se repite este otro:

CASA DE SANTA TERESA.

---

1 La ocupan actualmente, y le conservan con especial devoción.

El patio es poco regular; al presente se hallan destruídas en parte las habitaciones que la circundaban por la parte del Mediodía y del Poniente.

La principal y única que tuvo portales, es la que existe como en tiempo de la Santa, que arquitectónicamente considerada nada vale, si bien conserva el carácter especial que han impreso en ella cuatro siglos de existencia.

A la izquierda de esta segunda puerta de ingreso se ha colocado la inscripción que estuvo antes en la fachada [1].

Lo principal, lo que hoy llama la atención en la casa que nos ocupa, es la sala en que se sabe habitó Teresa, la cual forma un rectángulo que mide 5,50 centímetros de ancho por 6,60 centímetros de largo, la cual se conserva como estuvo en su primitivo estado.

El pavimento y paredes de la misma son blancos, y la alumbra una de las ventanas situadas en la fachada exterior; la puerta que hoy la da ingreso es un hueco rectangular, al que se han sustituído los ángulos superiores por dos arcos de círculo

---

1 Dice así:

«El 31 de Octubre de 1570, la esclarecida Santa Teresa de Jesús fundó en esta casa el Convento de Religiosas carmelitas descalzas de San José. Y el día 15 de Abril de 1571, domingo de Pascua de Resurrección, tuvo aquí un éxtasis doloroso que al día siguiente la inspiró la celebrada glosa:

«Vivo sin vivir en mí, etc.

»A la memoria de tan insignes sucesos dedica esta lápida, por excitación de la Comisión provincial de Monumentos, el Excmo. Sr. Marqués de Castelar, propietario de esta casa. Año de 1876.»

que presentan su concavidad al exterior, como se ve en muchas construcciones del siglo XV.

Sobre ella, y á la parte exterior, se ha puesto el siguiente rótulo:

CELDA DE SANTA TERESA.

Esta puerta, que en tiempos estuvo tapada, no podemos dudar que fuese la primitiva, y que sería condenada al partir la habitación con tabiques para hacer en él una alcoba.

Que profanaciones de este género se ven con frecuencia en edificios análogos, lo cual es en extremo lamentable.

El techo de esta sala es hermosísimo, como lo eran muchos de aquella época, y forma un artesonado bellísimo con todo el carácter de la carpintería de principios del Renacimiento, que conservaba grandes reminiscencias del arte árabe.

Está dividida la sala de que nos ocupamos, en dos compartimientos iguales á lo largo, por la viga que sirve de sostén al cuartonaje, la cual estriba sobre dos bellas zapatas compuestas de bien sentidas molduras, y el cuartonaje, á su vez, lo está por otras de menores dimensiones y de la misma forma; un friso, compuesto de una faja de madera, circunda la habitación, y la tabla que le sirve de cubierta está colocada formando recuadros, y en el centro de cada uno de ellos se ve en hueco una estrella de ocho puntas perfectamente conservada.

Esta habitación se ha convertido acertadamente

en un oratorio, destino el más digno que se puede dar á la que la noche de Animas sirvió de albergue á la heroína principal de esta producción.

Concluyamos:

El muro exterior del Norte de la casa que da á la huerta es antiquísimo, construído de tierra, así como casi todos los interiores de ella.

En la huerta se conserva una enredadera colocada debajo de un balcón situado en el muro citado, y que se dice subsistía ya en tiempo de la Santa.

Además se sabe tradicionalmente que Teresa de Jesús plantó en el ángulo que forman las tapias de Poniente y Norte, una planta que ha brotado en diversas épocas, y nosotros la hemos visto verde y llena de lozanía.

La noria que surte de agua á la huerta ó jardín es muy característica.

Abierta en la roca, la cubre un techo en extremo original, sostenido por trozos de fustes de antiguas columnas que de seguro existían lo mismo en el año 1570; hoy está ruinoso, y aún conserva un aspecto pintoresco que contrasta agradablemente con las lindas macetas que las hermanitas de San José han colocado á su alrededor [1].

---

[1] Calculamos que cuanto dejamos puesto habrá sido leído con sumo interés por nuestros lectores, y sabemos que el autor lo ha entresacado de apuntes tomados por sí mismo cuando, estando en Salamanca, visitó la casa de Santa Teresa, bien ajeno entonces de que nosotros le encargásemos escribir en alabanza de la mística Doctora esta producción.—*(N. del E.)*

# XIII.

## Francisco Velázquez y Teresa de Layz.

Dos meses no se habían cumplido, á partir de la noche de Animas, y la Santa recibió aviso de que en la vecina Villa de Alba [1] había quien deseaba con empeño hiciese su octava fundación [2].

---

1 Situada á cuatro leguas de Salamanca sobre una colina de unos 25 metros de altura y 3.800 pasos de altura, á la margen izquierda del Tormes, población compuesta de 73 calles, 2 plazas y 16 plazuelas. Desde casi toda ella se domina una perspectiva tan poética, que inspiró á Garcilaso estos bellísimos versos:

En la ribera verde y deleitosa
Del sacro Tormes, dulce y claro río,
Hay una vega grande y espaciosa.
Verde en el medio del invierno frío,
En el otoño verde y primavera,
Verde en la fuerza del ardiente estío.
Levántase al fin della una ladera
Con proporción graciosa en el altura
Que sojuzga la vega y la ribera.
.....

2 Por lo que vamos á decir, se infiere que la Santa trató antes, sin resultado, de la fundación de Alba. Se cree que su primera visita á la Villa la hizo en 1564.

Dios disponía las cosas de manera que la religiosa carmelita no estuviese quieta y sosegada un solo momento, un solo instante.

Vivido había años antes en Tordillos, lugar cercano á la citada población de Alba [1], un matrimonio á quien el cielo había concedido dilatada sucesión.

Faltábales un *varón* que perpetuase su apellido.

Y no habían, por no tenerle, contento ni resignación.

Eran los esposos de noble alcurnia [2] y de no escasa fortuna, cuando un nuevo nacimiento vino á defraudar lo que tanto anhelaban.

Tuvieron una hija más [3], por lo cual, en vez de alegrarse, se apenaron, hasta el extremo de casi dejar abandonada la niña á los tres días de su venida al mundo, «haciendo con ello una gran ofensa al Señor.»

Llamábase el marido don Francisco Velázquez, y su consorte Teresa de Layz.

Velázquez había sido intendente de los ilustres descendientes de don Gutierre Alvarez de Toledo [4], cuyo cargo renunció por sugestiones delica-

---

[1] Dista dos leguas solamente.

[2] «Ijos de algo,» por «fijosdalgo,» dice la Santa.

[3] La quinta.

[4] Obispo de Palencia; posteriormente Arzobispo de Sevilla y de Toledo; hijo de don Fernando Alvarez de Toledo y doña Leonor Fernández de Ayala; fué el primero de este linaje, y por sus servicios y méritos obtuvo de Juan II de Castilla, en 1429, la Villa y tierra de Alba, confiscada al rey don Juan de Navarra, con el título de Señor.

dísimas de su mujer, estableciéndose en Salamanca.

Locura insigne y grande es la de aquellos que ansían, como á los Velázquez sucedía, «ir contra los juicios de Dios,» «sin pensar, dice á este propósito nuestra heroína, ni tener presente los grandes bienes que pueden venir de las hijas, y los grandes males de los hijos,» en vez de dejar estas cosas «al que todo lo entiende y lo cría, apenándose por lo que se habían de alegrar.»

Gentes, llama Teresa de Jesús á las que así se conducen, «de fe dormida,» por no pararse á considerar ni acordarse «que es Dios el que así lo ordena,» y «ya que están tan ciegos que no hagan esto, es gran ignorancia suya la de no entender lo poco que les aprovechan estas penas.»

Después de tan útiles reflexiones, exclama la Santa:

«¡Oh, válame Dios! ¡Cuán diferente entenderemos estas ignorancias en el día á donde se entenderá la verdad de todas las cosas!»

Y añade:

«¡Cuántos padres se verán ir al infierno por haber tenido hijos, y cuántas madres también se verán en el cielo por medio sus hijas!»

No sabemos en la tierra ciertamente lo que nos conviene; y somos muchos los que desatinamos en lo que á tener hijos ó hijas se refiere; y los que á su número miramos, como si no fuésemos cristia-

nos; más por lo que á la hacienda ó al nombre hace, que á la voluntad y los altos juicios del Altísimo.

Pongamos en manos de Dios estas y otras muchas cosas, y sólo así es como acertaremos siempre.

Todo un día [1] pasó sola la recién nacida, siendo «mucho que la hicieran bautizar.»

Sin alimento ni cuidado alguno llegó para élla la noche, y una pobre mujer que se apercibió de aquel tan reprensible abandono, temerosa de hallarla muerta, no quiso ir sola al aposento en que estaba, y se hizo acompañar de otras personas que fueron testigos del siguiente caso.

Llegándose temblorosa á la cuna de aquel ángel del cielo, de repente exclamó:

—¡La niña vive!

Y tomándola en sus brazos, la colmó de besos, enseñándola gozosa á los que allí estaban.

—¡Pobrecilla!

—¡Y cuán hermosa es!

Decían los que habían acompañado á la caritativa mujer de Tordillos, y no se cansaban de admirar aquel prodigio:

—¡Qué padres tan desnaturalizados!

—¡Cómo la habrán obrado así!—añadían.

Quísolo el cielo, según se desprende de lo que sucedió á continuación.

---

[1] «De la mañana hasta la noche,» dice Teresa de Jesús.

La bondadosa mujer á quien había movido un impulso de compasión, y seguía teniendo en sus brazos á la recién nacida, dijo en alta voz, aunque más bien hablando para sí:

—¡Y no será cristiana la pobrecilla!

—Sí soy,—respondió la niña claramente alzando su cabecita con asombro de todos los presentes, que corrieron á decir á los Vázquez lo que había pasado.

—A no afirmarlo vosotros, no lo creería,—contestó doña Teresa.

Y es fama, que después de aquel prodigio la madre prorrumpió en amargo llanto, y acudiendo á la cuna de su hija, la quiso mucho y nunca más la abandonó.

¡Qué poética leyenda la que acabamos de narrar, tomándola del libro de *Las Fundaciones* [1], de la religiosa Carmelita!

Madres capaces de cometer una iniquidad parecida á de Layz, aprovechad la lección, no la despreciéis, que para algo la pone en sus inmortales obras Teresa de Jesús, y nosotros con sus biógrafos más autorizados la reproducimos aquí.

No es, por lo demás, tan singular el caso, á pesar de lo raro que es, por fortuna, el que las madres dejen de ordinario de saberlo ser.

---

[1] Cap. XX.

El orgullo, la vanidad, hacen gran daño al corazón, y lo ocurrido con la tierna niña á quien Dios permitió que pronunciase aquella frase, en edad en que no podía naturalmente hablar, fué para sus padres y los que la escucharon toda una revelación de lo que en lo futuro debía de ser aquella criatura, que tan mal recibida había sido por los que la dieron el ser.

Por razones análogas, por imperfecciones ó deformidades naturales, por caprichos inconcebibles si queréis, por veleidosidades mundanas, se reproducen hechos análogos al que acabamos de consignar...

Anatematicemos á cuantos padres extraviados de esta manera puedan proceder.

Doña Teresa de Layz, no sólo cuidó y amamantó á su tierna hija por sí misma, sino que contemplándola extasiada se la oía con frecuencia decir:

—Vivir quisiera hasta ver para lo que Dios la tiene destinada.

Y Velázquez convenía en estos deseos con su mujer, á quien no menos que á ésta aleccionó lo sucedido.

Seguían, sin embargo, anhelando un hijo que llevase su apellido.

Criaron á sus cinco hijas los de Tordillos cristianamente, pero siguiendo implorando siempre al Altísimo les concediera varón.

—¡Uno solo!—decían suplicantes los esposos.

Andando muchos años con este deseo, la de Layz encomendóse á San Andrés [1], que la dijeron era abogado para esto, al cabo de muchas devociones que le hizo al Santo; mas una noche, estando acostada, percibió una voz:

—No quieras tener hijos,—dijo,—que te condenarás.

Doña Teresa quedó espantada y temerosa, mas no por eso se le quitó aquel deseo, pareciéndola que pues su fin era tan bueno, por qué se había de condenar.

Y así fué adelante con pedir aquella merced tan codiciada á nuestro Señor, y en especial siguió haciendo particulares oraciones á San Andrés.

Otra vez, estando en este mismo y pertinaz deseo, no se sabe si despierta ó dormida, que de cualquier manera que fuese se ve fué visión buena, por lo que sucedió, parecióla que se hallaba en una casa desconocida, y que en el patio y bajo del corredor había un pozo.

Fijándose más, vió en aquel lugar un prado muy verde, y muchas flores en él de tanta hermosura, que no supo nunca encarecer de la manera que lo vió.

Contiguo al pozo estaba sentado el Santo de su especial devoción, con aspecto venerable y hermoso, que la dió gran recreación admirarle, y la dijo:

---

[1] En el original se lee *Sant andrés*.

—Otros hijos tendrás de los que tú quieres.

La de Layz no quisiera que se acabara nunca el consuelo grande que tenía en aquel entonces; mas duró poco, y entendió claro que el aparecido era San Andrés, aunque á nadie dijo lo que la sucedió.

Después de esto, «que no pudo ser ilusión, ni antojo, ni sugestión de demonios,» doña Teresa no volvió más á desear hijos ni á pedirlos.

Y cuando lo juzgó oportuno, refirió á su marido lo que la había quitado el afán de tener un hijo, cosa que ya éste con extrañeza «no la oía ambicionar ni pedir.»

No termina aquí lo que acerca de doña Teresa y don Francisco cuenta la Santa, muy al pormenor, y de élla lo hemos tomado, procurando hacerlo con la mayor fidelidad posible.

Hallándose, ó siguiendo en Salamanca, los esposos por los años en que Teresa de Jesús hacía en ella la fundación séptima de Carmelitas descalzas, aconteció que la duquesa de Alba creyó oportuno llamar de nuevo á Velázquez para que siguiera administrando su casa.

Fué á Alba don Francisco, y como tenía en mucho las órdenes de su ama, y su mujer no había olvidado la villa nativa jamás [1], aceptó el puesto que

---

[1] «Hay para los nacidos en Alba, aun hoy, á pesar de su lamentable estado, un atractivo tal, que les hace volver gozosos á ese pueblo decrépito,

se le ofrecía, aunque otro tenía en la ciudad sabia [1] no menos lucrativo é importante.

Agradó á doña Teresa aquella determinación, y fuéronse los esposos á Alba, «donde Velázquez había comprado casa en que vivir.»

Llegaron á la villa de noche, y la pena de la de Layz fué grande al apercibirse que, si bien el edificio adquirido era «buen puesto y de anchura,» no la tenía tanta cual élla se había imaginado [2].

¿Pensaba la ilustre y piadosa señora realizar en él sus proyectos de hacer Monasterio?

---

de empinadas y sucias calles, de casas de pizarra, con sus escasos restos de murallas y bastiones, castillo y palacio abandonado.»

¿Cómo explicar ese constante fenómeno nostálgico?—pregunta el autor de una bien escrita *Guía* que tenemos á la vista, y lo atribuye, sin rodeos, al sepulcro de Teresa de Jesús.

1 Tanto como la de Alcalá en España; de Oxford, de París; de Bolonia y de Lovaina, en el extranjero.

2 Por lo cual la Iglesia del convento se redujo, en un principio, á «un espacio rectangular, con bóveda cruzada de nervios en el presbiterio.»

En 1680 se ensanchó con amplio crucero y espaciosa sacristía, prolongándose su nave mayor, cerrada por bien trazada cúpula, y hoy la fachada, precedida de espacioso atrio, cerrado por elegante verja de columnas pareadas de granito y barras de hierro, es la única de Alba que tiene pretensiones artísticas en la actualidad.

Hé aquí su descripción:

«Un arco de medio punto, flanqueado por columnas estriadas y medallones circulares con los bustos de San Pedro y San Pablo en las enjutas forma el ingreso, superado por un hermoso relieve que representa á la *Anunciación*, alusivo á la titular, con los escudos de Alba y de los fundadores á los lados; sobre él se encuentra el frontón semicircular con un relieve del Padre Eterno, y remata el conjunto una cartela, en cuyas vertientes se recuestan dos figuritas con una estatuita á cada extremo, superada por una cruz; en la cartela se lee, con muchísimo trabajo, por haber ennegrecido las letras la humedad, la siguiente inscripción:

»A gloria de Dios nvestro Señor y de nvestra madre la Vírgen María, el señor Francisco Belazqvez y la señora Teresa de la Iz..... sv mvjer hicieron esta iglesia, dotaron este convento, dieronle lo qve poseen.»

¿Los tenía ya á la sazón?

¿Acariciaba aquella idea nacida de la visión que había tenido años antes de San Andrés?

¿La era ya inteligible?

Inferirlo podemos por lo que al siguiente día la aconteció.

No bien amaneció, y esto que dice la Santa es tan natural que por lo sencillo «no cabe fuese invención,» la de Layz se levantó, y sin esperar á su marido comenzó á inspeccionar la finca [1].

¡Cuál sería la sorpresa de la piadosa señora, cuando apreciar pudo en ella lo que en la visión había visto unos seis años antes!

—¡Todo! ¡Todo igual!—decía asombrada.

—Aquí el corredor.

—Bajo de él el pozo, junto al cual se me apareció San Andrés.

Y gozosa, no se cansaba de admirar tanta exactitud y precisión.

Hasta entonces, sus pensamientos no se habían concretado tanto, ni había comprendido el alcance de su pasada visión.

Ahora era ya otra cosa.

Faltaba el Santo.

El verde prado.

Las flores hermosísimas.

---

1 No habrán echado en olvido los lectores, que llegaron á ella la noche anterior y no la pudo ver bien.

¿Qué necesidad tenía de todo esto cuando no se la habían borrado nunca de su imaginación aquellos detalles?

Detalles misteriosos, cuya significación sin gran esfuerzo adivino.

—El prado y las flores, plantel,—dijo alborozada,—de vírgenes deben ser.

Y corrió en busca de su esposo, y le gritó:

—Lo que hace años ví, acabo de volver á ver reproducido aquí.

Y explicó á Velázquez cómo el cielo había completado todo el fundamento y el propósito de la extraña visión que la hizo desistir del empeño de tener hijos.

—Hijas tan sólo,—añadió,—nos ha dado Dios, y más hijas suyas quiere que reunamos aquí.

Y proyectaron á seguida hacer Monasterio en la casa.

Les faltaba puntualizar un extremo importante de la visión.

—¿De qué orden será?—se preguntaban mutuamente Velázquez y la de Layz.

Y como consultasen lo que hacer debían, no faltó quien les dijese:

—Mejor empleo daríais á vuestro dinero favoreciendo á alguno de vuestros deudos pobres.

Consejo mundano, con el cual vacilaron mucho los esposos, y con arreglo á él concertaron casar un sobrino que doña Teresa tenía, hijo de una her-

mana, á quien quería mucho, y que la boda fuese con una sobrina de Velázquez, y darles una gran parte de su hacienda,y la demás destinarla en sufragio de sus almas.

El sobrino escogido era muy virtuoso, y mancebo de poca edad, por lo cual decidieron aplazar su idea, que no era mala.

Pero éralo, por lo visto y sin duda alguna, contraria á la voluntad del Señor.

No quiso Dios que las cosas pasaran como los esposos las tenían resueltas, y antes de quince días dió al sobrino un mal tan recio, que en muy pocos días sucumbió.

Lo acaecido dejó al matrimonio contristado; pero en especial á la de Layz, quien sospechó al punto que la causa de la muerte de su sobrino había sido por seguir consejo contrario al de Dios.

Acordábase de lo que había sucedido al Profeta Jonás por no querer obedecer al Señor, pareciéndola que la había castigado, quitándola aquel sobrino que tanto quería.

Desde entonces determinaron no dejar por ninguna cosa de hacer el Monasterio, aunque no sabían cómo ponerlo por obra, y á cuantos lo preguntaban reíanse de ello, pareciéndoles no hallarían las cosas que élla pedía, con especialidad un confesor que doña Teresa tenía, fraile de San Francisco, hombre de letras y calidad; lo que los desconsolaba mucho.

Más tarde, acertó el confesor de la de Layz á ir á punto [1], en que le dieron noticia circunstanciada de las fundaciones de la religiosa carmelita, y á su vuelta, ya lejos de poner reparo á los deseos de don Francisco y de su esposa, les animó con mejor espíritu y mejor consejo á hacer el Monasterio.

Vino con este motivo Velázquez á Salamanca, y le dijeron que Teresa estaba en Medina, y allí la envió recado respetuoso, y á la vez insistente, para que viniese á Alba.

¿Lo hizo enseguida?

Es de creerlo así; no obstante lo cual costó mucho el que se concertase la forma de hacer Monasterio en la villa, pues ya la Santa, «escarmentada de lo que sus hijas sufrían, sin renta que las ayudase en algo á más del trabajo de sus manos, la solicitó con empeño,» y al cabo, todo se hizo según los deseos de la ínclita fundadora, llevando su abnegación, la de Layz y Velázquez, á dejar la casa comprada é irse á otra «harto ruín,» en prueba de lo mucho que deseaban y querían cumplir el ya no dudoso mandato é inspiración de San Andrés.

La octava fundación de la Reforma de mujeres de Teresa de Jesús, se hizo, pues, en Alba de Tormes [2].

---

1 Acaso á Salamanca mismo.

2 «Dos grandes figuras, dice el Sr. Araujo, llenan con su fama la villa de Alba en el siglo XVI, y la hacen inmortal con el reflejo de su gloria, el

Y se puso en ella el Santísimo, por vez primera, en el cedido edificio por los piadosos consortes, el 25 de Enero de 1571, día de la Conversión de San Pablo.

La fundación llevó por título el de «Nuestra Señora de la Anunciación,» acaso en memoria de las circunstancias que la precedieron y dejamos ya consignadas.

---

uno, naciendo en ella y llevando el nombre de la Villa unido al suyo, y la otra, muriendo en ella y perfumándola con el sagrado olor de sus virtudes. El gran duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo, generalísimo de Carlos V, virey de Nápoles, gobernador de los Países Bajos y conquistador de Portugal, genio inflexible, de alma tan leal como duro corazón, político sagaz y eminente, capitán de ojo de lince, soldado valeroso, especie de Carlos V y Felipe II en una pieza, nacido en su casa solariega de Alba en 1508, y la Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús, incansable fundadora, escritora llena de candor, dechado de perfección evangélica, modelo de paciencia y perseverancia, muerta en su santa casa de Alba en 1582, el año mismo que el gran Duque.»

# XIV.

## Regalos místicos, contradicciones y favores grandes que el Señor hizo á Teresa de 1571 á 1574.

Hecha la fundación de Alba de Tormes en la forma ordinaria [1], es decir, dicha la misa, verificada la toma de hábito y la designación de las cinco religiosas que formaban el estado docente y disciplinario de cada casa, la priora, subpriora, maestra de novicias, sacristana y portera, Teresa de Jesús volvió á Salamanca.

Razón era que la ínclita é incansable fundadora reposase algo de sus fatigas, y, en efecto, según ella misma nos refiere [2], por esta época de su vida, el Señor se dignó reproducir en consuelo de su alma antiguas mercedes de que, por lo visto, no disfrutaba tanto.

Sigamos en esto su relación.

---

[1] Fué la octava de religiosas que hizo Teresa de Jesús.

[2] Libro de *Relaciones*, núm. IV.

El Domingo de Resurrección de aquel año (1571), lo pasó la Santa, si no fué «cuando comulgó,» con una «gran soledad,» y como «si tal día no fuese.»

Llegada la noche y hallándose con las religiosas en recreación, una de las novicias, llamada Isabel de Jesús [1], pidió permiso á la Madre para entonar una canción, y otorgado que le fué con beneplácito de todas, cantó el siguiente romance espiritual [2]:

ESTRIBILLO.

Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno;
Véante mis ojos
Muérame yo luego.

CÁNTICO [3].

Vean quien quisiere,
Rosas y jazmines,
Que yo si te viere
Veré mil jardines.

—

Flor de serafines,
Jesús Nazareno,
Véante mis ojos
Muérame yo luego.

—

No quiero contento,
Mi Jesús ausente,
Que todo es tormento
A quien esto siente.

—

[1] Era de la familia de los Jimenas, y fué una de las que declararon en la causa de beatificación de la Monja avilense.

[2] Lo reproducimos aquí por la influencia que por su letra y música tuvo sobre Teresa de Jesús.

[3] Está tomado de los *Códices Carmelitanos* existentes en la Biblioteca Nacional.

Sólo me sustente
Tu amor y deseo;
Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno.

ESTRIBILLO.

Véante mis ojos,
Etc.

Escuchando la Monja carmelita la voz dulce y el tierno cantar de la novicia de Salamanca, y como élla estuviese con la pena que queda dicha, fué tanta la impresión que la hizo, que comenzaron á entumecérsela las manos, y no bastó resistencia, sino que «como cuando salía de sí por los arrobamientos de contento,» de la misma manera se suspendió su alma con aquella grandísima pena, y quedó enajenada, y hasta pasado mucho tiempo y hasta escribirlo, no lo entendió por completo [1].

Llegó á tener Teresa de Jesús en esta ocasión «un gran ímpetu que la hizo dar fuertes gritos, sin que excusarlo pudiera,» y fueron de ello testigos presenciales las religiosas, «por lo que mucho se maravillaron y á muchos se lo refirieron.»

Quedó su cuerpo tan quebrantado, que al referirlo, pasado mucho tiempo aún, [2] «se sentía bajo la acción de aquel traspasamiento,» y «parecióla que el Señor llevó su espíritu junto á su Padre, y oyó de sus labios estas palabras:

—Ésta que me diste te doy [3].

---

1 En 1573, en que compuso *Las Relaciones*.

2 El que dejamos dicho de 1571 á 1573.

3 Alude al alma.

Y sintió «que la llevaba cabe de sí.»

Y esto «no fué cosa imaginaria, sino de una certeza tan grande, y de una delicadeza tan espiritual,» que no supo explicar.

Y la dijo palabras que no recordaba, pero que «la hicieron merced algunas.»

Y duró algún espacio el tenerla consigo, cosa que hacía mucho no la sucedía.

Lo que luego cuenta, la acaeció de noche.

Teniendo escrúpulos de si lo acaecido sería para quitarla la libertad, el Señor volvió á hablarla, pero de manera tan clara, que no podía dudar.

—No te maravilles,—la dijo,—que así como no hay felicidad igual para el que ama como hallarse junto al objeto amado, así yo te quiero cerca de Mí... Ahora vas bien,—añadió,—y me agradan tus obras.

En otra ocasión distinta, y después de haber comulgado, pareció clarísimamente á Teresa de Jesús que el Señor se sentó á su lado, y como élla en su humildad se quisiera apartar, él la retuvo y la habló.

—Vedme aquí, hija mía,—la dijo. —Yo soy.

De lo que se espantó.

Pero el Señor, tomando una de sus manos, la continuó diciendo:

—Mira mi costado.

Y la hizo que por sí misma le tocase.

—Ve mis llagas,—añadió.

Y se las mostró como las tuvo en el Calvario el día tremendo de su Pasión.

Y concluyó diciendo:

—No estás sin Mí... Pasa la brevedad de la vida... Y piensa que no bajé de ordinario á la tierra, como no fuese en el Santísimo Sacramento, para comunicarme con nadie... Quiero que mi sangre te aproveche, y no hallas temor de que te falte mi misericordia.

Y como fuera ya pasada la hora de la colación, «con harta fuerza la pusieron para que comiese el pan delante, y de nuevo se la representó Cristo en el pan; y si Él mismo no lo partiera, élla no le hubiese probado.»

Púsoselo en la boca, y le oyó decir:

—Come, hija, y pasa como pudieres... Pésame lo que padeces, mas esto te conviene ahora.

«Quedó sin aquella pena la Santa y consolada, porque verdaderamente la pareció estaba el Señor con élla, y se satisfizo su deseo por entonces.»

Esto de decirla *pésame*, la hizo pensar, porque no la parecía poder tener pena de nada... ¡Ah! en el mundo, acá en la tierra no es, ni puede ser verdadera la felicidad, y la Santa se vió precisada después de estos regalos místicos á volver á la realidad de la vida con sus contradicciones, con sus sinsabores y aflicciones.

Y túvolos grandísimos.

Que nunca, nunca en la tierra estamos ni estar podemos satisfechos, lo cual prueba, y «grande prueba es,» de que «sólo es vida esta de acá de peregrinación y tránsito.»

Y si ese vacío experimentamos, ¿cuál sería el de Teresa después de sus regalos místicos, de sus visiones celestiales, de sus éxtasis y arrobamientos?

Digámoslo para alivio de los que sufriendo no llevan con paciencia las contradicciones que á veces para purificarnos nos envía Dios.

Por el período que media de 1571 á 1574, sobrevinieron en la fundación de Medina disgustos y contrariedades que obligaron á Teresa á ir allí, y sólo con gran trabajo los apaciguó.

De Medina, y por orden superior, pasó á Avila, donde la conoció el visitador Apostólico fray Pedro Fernández, barón de prudencia y letras, é hizo gran aprecio de su virtud.

Fué por esta época cuando se acentuaron también las desavenencias entre Calzados y Descalzos, de la cual no nos cumple decir otra cosa, sino es «que mortificaron en extremo á Teresa de Jesús, alma y vida de la Reforma.»

Cartas de la Santa á Felipe II, á Diego Ortiz, á un don Teutonio y á otros personajes [1], revelan lo que preocupaban á la fundadora estas cosas, que no se apaciguaron, á pesar de lo que para ello se

[1] Las más notables son las XXIV, XLIX, LX y LXI.

hizo, y de un documento famoso, emanado de la Silla Apostólica en 1575 [1].

Y no pararon en esto las contradicciones de la Santa, pues la llamada á Avila en 1571, fué para que se pusiese al frente del Monasterio de la Encarnación, que «mucho de rigor y disciplina había menester [2].»

Mientras las cosas que llevamos dichas mortificaron á Teresa de Jesús, tuvo el consuelo de que se hiciesen sucesivamente, y por entonces, las fundaciones de varones descalzos de Altamira (1571); de Roda, titulada de Nuestra Señora del Rosario (1572), y las de Granada y de Peñuela (1573), de que no nos ocupamos detalladamente por no convenir á nuestro propósito, si bien nada se hacía en esto sin consultar á la Madre, y sin que en estas obras la corresponda una buena parte de gloria y satisfacción.

Mucho hizo sentir á la Santa, una vez en Avila, lo que las religiosas de la Encarnación habían padecido, y aunque su elección de Priora tuvo también recias contrariedades, al fin convinieron las más en lo hecho por el Capítulo presidido por el Padre visitador apostólico.

Pero lo que más acabó de atraerlas á favor de

1 *Breve* de S. S. Gregorio XIII, de principios de dicho año de 1575.

2 Poner debemos aquí, con la lealtad y la franqueza que acostumbramos, que el Monasterio de la Encarnación de Avila necesitaba gran remedio, por lo cual la Santa se vió obligada á pasar en él largo tiempo, siempre por ley de obediencia y mandato del Señor.

Teresa, fué que, después de orar la elegida por largo rato, vino á poner en manos de una imagen de la Virgen las llaves del Monasterio, dando á entender que la Santa Madre de Dios, y no élla, le había de regir [1].

Después de este acto dirigió á sus subordinadas una tierna y conmovedora plática [2] que acabó de rendirlas, con lo cual «no fué, dice la obra, de gobernarla tan difícil, como se había podido pronosticar, dado lo reñido de la elección.»

¡Ah! no son, por lo general, los súbditos la causa de los malos gobiernos, sino los malos gobiernos lo que daña y perjudica á los súbditos.

Contra el que siembra vientos, tempestades se levantan, que pocas veces los desvanecimientos del mandar dejan conocer y prever.

Logró la experta Superiora á poco que viniesen á ser confesores del Monasterio de la Encarnación, fray Juan de la Cruz y fray Germán de San Matías, con cuya sabiduría acabó de extirpar abusos y hacer con su ejemplo que se restableciera la obediencia, y con élla la virtud, «sin la cual no cabe buena comunidad, ni orden, ni prosperidad en los Monasterios.»

Pequeños mundos en los que es dable, más que en otras esferas y regiones, aprender.

---

[1] La Reina de los Angeles se la apareció con una cara parecida á la que tenía un lienzo titulado «de la Condesa,» que aún se venera en la Encarnación.

[2] La trae en sus obras.

Volvieron á repetirse en Avila los grandes favores que á Teresa de Jesús hizo el Señor y que terminan los comenzados en 1571 hasta 1574.

Pondremos los principales para que nada falte en esta obra, de lo que hemos ofrecido y más se desea y quiere por la mayoría de nuestros bondadosos lectores.

En la Octava del Santísimo, anunciólа el Señor para fortificarla, que la casa que regía se iría mejorando.

Y así se verificó.

Al segundo año [1], y en ocasión que pidió á fray Juan de la Cruz la Santa Forma, éste la partió, y la apenó mucho, pues la anhelaba entera, y al punto oyó claramente una voz que la dijo:

—No hayas miedo, hija, que nadie será parte para separarme de tí.

Y «representándosela Cristo por visión imaginaria como otras veces, muy en lo interior,» cuenta que la alargó su mano derecha, y la añadió:

—Mira este clavo, que te doy en señal de que serás mi esposa desde hoy. Si hasta ahora no lo habías merecido, de aquí en adelante, no sólo te tomo por tal como Criador, sino que como Rey y como Dios. Mi honra es tuya, y la tuya mía.

Hízola tanta sensación esta merced, que no po-

---

[1] 1572.

día caber en sí, y quedó tan desatinada que dijo al Señor:

—Ensanchad mi bajeza, ó no me hagáis tanta merced, porque cierto no me parece que lo podrá sufrir el natural.

Estuvo todo aquel día embebecida, y nunca dejó de agradecer tan gran merced.

«Y de tal suerte he trocado,
Que mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.»

En otra ocasión la dijo el Señor:

—¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar?

Y añadió:

—No está sino en obrar y padecer, y en amar.

Y continuó hablando:

—No habrás oído que San Pablo mereció disfrutar de los gozos celestiales más de una vez, y, sin embargo, padeció mucho; contempla mi vida toda llena de padecer, y sólo en el monte Tabor gocé. No pienses tampoco, cuando ves á mi Madre, que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin grande tormento; pues desde que la dijo Simeón su triste profecía, le dió mi Padre luz para que viese lo que Yo había de padecer.

Y prosiguió hablándola:

—Los grandes santos que vivieron en los desiertos, como eran guiados por Dios, así hacían grandes penitencias, y sin esto tenían grandes batallas con el demonio y consigo mismos: y muchos tiem-

pos se pasaban sin ninguna consolación espiritual. Cree, hija, que á quien mi Padre más ama da mayores trabajos, y á éstos responde el amor. ¿En qué te lo puedo más mostrar que querer para tí lo que quise para Mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores... Este es el camino y no otro... Consuélate.

Ved ahora de qué suerte pinta la Santa en estos inspirados versos el estado de su alma después de sus místicos y sublimes desposorios con el Señor:

Cuando el amor está obrando
Lo que tiene obligación;
Si flaquea, si se cansa,
Si desmaya, no es amor.
Cuando el amor está orando
Con amorosa atención;
Si decae, si se entibia,
Si se inquieta, no es amor.
Cuando en ceguedad padece
Tormenta de una opresión;
Si no sufre, si no es firme,
Si se queja, no es amor.
Cuando el amante se ausenta
Y le deja en aflicción;
Si se acobarda y se turba,
Si se abate, no es amor.
Cuando la piedad divina
Dilata la petición;
Si no cree, si no espera,
Si no aguarda, no es amor.
Cuando tiene de sí mismo
El amor satisfacción
De que ama, de que adora,
De que sirve, no es amor.
Cuando en la adversa fortuna
De toda tribulación,
No es humilde, no es alegre,
No es afable, no es amor.

Cuando favores recibe
En una y otra porción,
Si los quiere, si los toma,
Si le llenan, no es amor.

—

Y pues nada de lo dicho
Se llama amor con razón,
Pregunto, corazón mío,
¿No me dirás qué es amor?

Y lo define siempre inspirada:

Amor es un dulce efecto
Del alma para con Dios,
Que termina en caridad
Comenzando en dilección.
Si deseas padecer
Por quien tanto padeció,
Y en el placer te alegras,
Y en la Cruz... Esto es amor.
Si en este mundo apeteces
Vivir en humillación,
Y que todos te desprecien
Por Jesús... esto es amor.
Si no apetece alabanza
Y, cuando le dan loor,
Le refiere confundido
A su amado... esto es amor.
Si en medio de adversidades
Persevera el corazón
Con serenidad, con gozo,
Y con paz... esto es amor.
Si á su voluntad en todo
Contradice con tesón,
Posponiéndola á la ajena
Por obediencia... es amor.
Si, cuando está meditando,
No apega su corazón
A los consuelos ajenos
Al orar... esto es amor.
Si las dulzuras que advierte
Cuando está en contemplación,
Sabiendo no merecerlas,
Las renuncia... esto es amor.

Si conoce su bajeza
Y la grandeza de Dios,
Y, despreciándose á sí,
A Dios exalta... es amor.
Si se ve igualmente alegre
En gozo que en aflicción,
Y ni penas, ni contentos
La entibian... esto es amor.
Si se mira traspasada
De agudísimo dolor
Al contemplar á su amado
Ofendido... esto es amor.
Si desea eficazmente
Que cuantas almas crió
La Divina Omnipotencia
Se salven... esto es amor.
Y en fin, si cuanto produce
Su pensar, su obrar, su voz,
Quiere que sea en obsequio
De su amado... esto es amor.

Un día de San Mateo, Teresa de Jesús vió de nuevo y más claramente que nunca el augusto Misterio de la Trinidad Santísima [1].

No concluiríamos si á seguir fuésemos los *favores* que el Señor concedió á Teresa de Jesús en compensación de las *contrariedades* que sufrió.

Élla dice:

«Si no me hubiera Nuestro Señor hecho las *mer-*

---

1 En cuantas otras ocasiones habla de la Santísima Trinidad, se refiere á visión intelectual; pero en ésta habla de visión imaginaria. La razón es porque aquí se la representó en esta especie de visión, *para mejor poderlo pensar*, como dice la Santa, y para que viendo así aquellas divinas Personas, se le quedasen más fijas en la memoria sus imágenes soberanas. Y sucedió así, porque la quedaron tanto, que hasta hizo que las pintasen en la forma que las vió en esta visión, borrando élla con su propia mano lo que el pintor no acertaba á reproducir.

*cedes* que me ha hecho, no me parece tuviera ánimo para las obras que he hecho, ni fuerza para los TRABAJOS que he pasado, y las contradicciones y juicios que me han hecho tanto sufrir.»

Por esto también, á partir de este instante, principalmente se la quitaron á la Santa «muchos temores que antes traía, de pensar ser engañada, y se la puso certidumbre que era Dios,» y con esto se arrojó á cosas más dificultosas, aunque siempre con consejo y obediencia, por donde entiende, «que como quiso Nuestro Señor despertar el principio de su Orden, y por su Misericordia la tomó por medio, había Su Majestad de poner lo que la faltaba, que era todo, para que hubiese efecto, y se mostrase mejor su grandeza en cosa tan ruín.»

Expresión que repite la humilde sierva del Señor, y nosotros, para desmentir á los impíos, reiteramos también.

# XV.

## De cómo la Santa correspondía á las mercedes del Señor.

La sola idea, el pensamiento constante de la heroína castellana, de «la mujer grande, tanto por sus virtudes como por sus talentos,» era extender, dilatar por los ámbitos del mundo y en la medida de sus fuerzas, la Milicia santa, la milicia activa y civilizadora del Señor.

Llevaba Teresa de Jesús hechas importantísimas fundaciones, y su permanencia en Avila se prolongaba ya demasiado para su impaciencia, á pesar de los beneficios que á sus hijas reportaba y á la población entera hacía con su estancia en su ciudad natal.

Por eso, cual nunca, se dedicó á *escribir*, asunto que bien merece de nuestra parte una especialísima atención.

Desde la Encarnación, Teresa de Jesús, cual hábil y experta capitana, dirigía los Monasterios es-

tablecidos, redactaba ó corregía sus libros y contestaba á cuantos sobre la creación de otros nuevos conventos la escribían y solicitaban de continuo.

Nunca estaba ociosa; jamás tenía sosiego aquella inteligencia privilegiada, aquel corazón amante y aquella voluntad de hierro.

Destinada por Dios á servir de roca perenne é inquebrantable, prefiere á la lucha *fría del raciocinio* contra el error, la vida activa, «la ejecución y la tarea constante» de hacer y de escribir, para atraer y conquistar almas para su Dios.

Sus escritos, ya por esta época numerosos [1], contrastan con los de los poesistas ascéticos de su siglo; de los tiempos de Carlos V y los Felipes [2].

Habla en ellos el corazón, y la pluma copia.

Su ardiente celo por la religión la guía.

La caridad la sostiene, á pesar de sus achaques.

Nunca está satisfecha; jamás se muestra envanecida.

---

[1] Había ya escrito *Su Vida*, que ella misma califica con el título altamente significativo de «Las Misericordias del Señor.» Compuso dos veces este trabajo: una en 1561, por encargo de su confesor, y otra en 1565, á ruego del inquisidor Soto. Esta última es la que se conserva en el camarín del Monasterio del Escorial, en folio regular con 200 hojas dobles. *Las Constituciones* de 1564 á 1565, cuyo original está en el archivo general de las Carmelitas descalzas de Madrid. *El Camino de perfección*, complemento de *Las Constituciones* en 1565, su copia en el Escorial. *Conceptos de amor divino* en 1566, del que se conservan copias de varios fragmentos en Alba y en la Biblioteca Nacional. *Las Exclamaciones ó meditaciones del alma á Dios* en 1569, cuyo original se encuentra dividido entre las Carmelitas, de Granada y Santa Ana, de Madrid. Las adiciones al mismo en 1571, copias del cual se conservan en San José de Avila y en las Carmelitas de Toledo.

[2] Capruany elogia su estilo, y asegura ser el tipo perfecto del lenguaje familiar de Castilla la Vieja en aquella época.

«Es toda de Dios y para Dios.»

Y de esta suerte corresponde á las mercedes que de Él recibe en premio de su virtud.

Poco, poquísimo caso merecen los que, «por no haberla conocido,» han pretendido y puedan pretender, en lo sucesivo, empequeñecer esa colosal figura que nosotros, una vez más, venimos ensalzando sin pretensiones de pronunciar en su elogio una digna y postrer palabra, que, al menos por lo que á ésta hace, seguros estamos que no se pronunciará jamás [1].

Hemos descubierto el secreto de su fuerza; el misterioso poder de su carácter; la razón principal de la grandeza de Teresa de Jesús.

«Desdichado el que no ama,»

Repite con pasmosa reiteración en sus escritos, acerca de los cuales debemos aquí hacer un juicio, siquiera sea ligero, y á reserva de darle en caso y más adelante mayor ampliación.

De la *Vida*, entre otros, escribe el maestro fray Luis de León, que «sólo contenía verdades llenas de celestial enseñanza, dictados de amar divino y ejemplos acabados de oración y de virtud.»

Con referencia á sus demás escritos, el docto

---

1 Ha habido quien se ha atrevido á compararla á Safo, la célebre poetisa griega desdeñada por Phaón. Esto no merece serio anatema, ni habrá términos de comparación nunca entre una pasión puramente humana y el amor purísimo y santo de Teresa á su Dios.

Agustino afirma que contienen «la más alta filosofía que jamás los hombres imaginaron.»

No holgará de modo alguno el que transcribamos aquí en parte los juicios del sabio catedrático salmantino:

«Sin duda alguna, dice, quiso el Espíritu Santo que la Madre fuese un ejemplo rarísimo: porque en la alteza de las cosas que trata, en la delicadeza y claridad con que las trata, excede á muchos ingenios; y en la forma del decir, en la pureza y facilidad del estilo, en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale.»

Y prosigue:

«Por esto, siempre que los leo, me admiro de nuevo: y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que *hablaba el Espíritu Santo en ella* en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano; que así lo manifiesta la *luz* que pone en las cosas oscuras y el *fuego* que enciende con sus palabras en el corazón que las lee.

»Dejados aparte, añade, otros muchos y grandes provechos que hallan los que leen estos libros, dos son, á mi parecer, los que con más eficacia hacen: uno, facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud; y otro, encenderlos en el amor de élla y de Dios.

»Porque en lo uno es cosa maravillosa ver cómo pone á Dios delante los ojos del alma, y cómo le muestra tan fácil para ser hallado, y tan dulce y tan amigable para los que le hallan; y en lo otro, no solamente con todas, más con cada una de sus palabras, pega al alma fuego del cielo, que la abrasa y deshace: y quitándole de los ojos y del sentido todas las dificultades que hay, no para que no las vea, sino para que no las estime ni precie, déjanla, no solamente desengañada de lo que la falsa imaginación le ofrecía, sino descargada de su peso y tibieza, y tan alentada, y si se puede decir así, tan ansiosa del bien, que vuela luego á él con el deseo que hierve. Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por donde quiera que pasan.»

Así se expresa el gran Maestro, y nos da á conocer que «no solamente trabajó en ver y examinar los escritos de Teresa, sino es también que los cotejó con los originales mismos que estuvieron en su poder muchos días, y en reducirlos á su propia pureza en la misma manera que los dejó escritos de su mano la Madre, se ocupó, sin mudarlos ni en palabras ni en cosas de que se habían apartado mucho los traslados que andaban, ó por descuido de los escribientes ó por atrevimiento y error.

»Que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume le

movía á escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, exclama, y error muy feo querer enmendar las palabras; *porque, si entendieran bien castellano, vieran que el de la Madre, es la misma elegancia.* Que aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comenzado muchas veces con cosas que ingiere; mas ingiérelas tan diestramente, y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura, y es el lunar del refrán.»

Sigamos el breve proceso crítico de los trabajos que hasta entonces había compuesto la Santa [1].

En las *Moradas* descuella la inspiración, y no es de extrañar haya quienes sostengan que «esta obra la escribió Teresa por inspiración del Altísimo;» quien asegure que «muchas veces debió de estar favorecida por el Espíritu Santo;» quien defienda que «es perfecto dechado de dulzura contemplativa,» y quien, por último, vaya más lejos aún y «la haga superior á todo lo que en el género místico se ha escrito.»

Y cuenta que los que de tal manera la ensalzan fueran críticos de la más alta y merecida reputación.

En cuanto á las *Cartas*, todos las dan un mérito literario indiscutible; aun los que por pasión han

---

[1] Por si más adelante no lo pudiéramos hacer con más extensión.

tratado de poner en duda el relevante de sus demás escritos.

«Prodigiosa es, dice un crítico moderno, la variedad que ofrece la colección de *Cartas* de Teresa de Jesús. Todos los sucesos de su vida, sus proyectos, sus deseos, sus esperanzas, sus desventuras, las contrariedades que experimentó, sus tristezas, sus melancólicos desalientos, las vicisitudes de sus empresas, sus enérgicas resoluciones, sus temores hasta pueriles, recuerdos de familia, elogio de sus protectores, relato de hechos amargos de su existencia, todo se encuentra *candorosa* y *bellamente expresado* en esas páginas que *respiran por doquiera inapreciable sencillez*. Veces hay también que predomina en ellas el tono festivo, aunque velado por lo melancólico de su natural, y entonces comunica Teresa á sus *Cartas* una *gracia encantadora*.»

Asombráos: el que esto dice á propósito de las *Cartas* de la Santa, es uno de sus más apasionados detractores.

Respecto de *Las Exclamaciones*, se expresa así el autor á quien hemos combatido con toda la energía de que somos capaces, sin por ello negar nunca su talento y erudición [1]:

«Si no podemos, dice, elogiar el libro de *Las Exclamaciones* por su doctrina, ni por la tendencia en

---

1 De esta manera damos una prueba inequívoca de nuestra imparcialidad.

ellas predominante, debemos con *gran justicia* encomiarlo en cuanto á las dotes de su estilo; porque es indudablemente, bajo este concepto, el mejor de todos sus libros; porque hay allí *arranques de sentimiento bellísimos, delicados conceptos, magnificencia de ideas* perfectamente expresadas, y esas frases llenas de hermosura y fervor que exteriorizan maravillosamente los transportes y dulcedumbres de las almas contemplativas.»

Y á seguida, y como muestra de su estilo, copia las siguientes:

«¡Oh, Dios de mi alma! ¡Qué priesa nos damos á ofenderos! ¡Y cómo os la dáis Vos mayor á perdonarnos! ¿Qué causa hay, Señor, para tan desatinado atrevimiento, si es el haber ya entendido vuestra gran misericordia, y olvidarnos de que es justa vuestra justicia? Cercáronme los dolores de la muerte: ¡oh, oh, oh, qué grave cosa es el pecado, que bastó para matar á Dios con tantos dolores! ¡Y cuán cercado estáis, mi Dios, de ellos! ¿A dónde podéis ir que no os atormenten? De todas partes os dan heridas mortales. ¡Oh, cristianos! Tiempo es de defender á vuestro Rey, y de acompañarle en tan gran soledad, que son muy pocos los vasallos que le han quedado, y mucha la multitud que acompaña á Lucifer; y lo que es peor, que se muestran amigos en lo público, y véndenle en lo secreto; casi no halla de quién se fiar.

»¡Oh, amigo verdadero! ¡Qué mal os paga el que os es traidor! ¡Oh, cristianos verdaderos! Ayudad

á llorar á vuestro Dios, que no es por sólo Lázaro aquellas piadosas lágrimas, sino por los que no habían de querer resucitar, aunque Su Majestad les diese voces.

»¡Oh, bien mío, qué presentes teníades las culpas que he cometido contra Vos! Sean ya acabadas, Señor, sean acabadas, y las de todos.

»Resucitad á estos muertos; sean vuestras voces, Señor, tan poderosas, que aunque no os pidan la vida, se la déis, para que después, Dios mío, salgan de la profundidad de sus deleites. No os pidió Lázaro que le resucitáredes. Por una mujer pecadora lo hicísteis: véisla aquí, Dios mío, y muy mayor: resplandezca vuestra misericordia. Yo, aunque miserable, lo pido por las que no os lo quieren pedir.»

*Poesías:* las de Teresa de Jesús son siempre tiernas é inspiradas.

Ocasión hemos tenido de poner una en el número anterior, y hemos citado ya la que nos parece la mejor que compuso en Salamanca.

Ved algunos trozos de élla que justifican su mérito más de lo que nosotros podríamos decir en su elogio:

*Vivo sin vivir en mí,*
*Y tan alta vida espero,*
*Que muero porque no muero.*

GLOSA.

Aquesta divina unión
Del amor con que yo vivo,

Hace [1] á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón:
Mas causa en mí tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
*Que muero porque no muero.*
¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
¡Esta cárcel, estos hierros,
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
*Que muero porque no muero.*
. . . . . .
Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir:
Porque muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza;
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
*Que muero porque no muero.*
Mira que el amor es fuerte;
Vida, no me seas molesta,
Mira que sólo me resta,
Para ganarte, perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero
*Que muero porque no muero.*
Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera;
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva.
Muerte, no me seas esquiva;
Vivo, muriendo primero,
*Que muero porque no muero.*
. . . . . .
El pez que del agua sale
Aun de alivio no carece;
Á quien la muerte padece
Al fin la muerte le sale;
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero,
*Si muero porque no muero?*
. . . . . .

[1] *Hacerá*, dice el original.

Cuánto [1] me gozo, Señor,
Con esperanza de verte;
Viendo que puedo perderte
Se me dobla mi dolor:
Viviendo en santo pavor,
Y esperando como espero,
*Que muero porque no muero.*

.....

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh, mi Dios, cuándo será
Cuando yo diga de vero
*Que muero porque no muero!*

Sí:

Teresa asume en el *amor* todas las facultades de su espíritu, todos los sentimientos de su alma.

Amando á Dios por su grandeza, sólo á impulsos de tan sublime afecto, dice un célebre escritor: «miran sus ojos, suspiran sus labios, se mueven sus pies y escribe su mano,» *logrando el triunfo de sus Santas ideas*, al presente combatidas sin razón.

¿Quién, si Teresa misma no nos las hubiese revelado, podría penetrar en los secretos de aquella alma tan bella, tan cándida y pavorosa?

Por fortuna, casi momento por momento, lo consigna y nos lo dice todo.

Por lo cual, no cabe guía mejor para estudiarla y conocerla á fondo, que seguirla, que leerla siempre y constantemente.

Su talento no se concibe, sin embargo, tan gi-

---

[1] *Cuándo*, dice el original.

gante y grande como es, «sino inspirado,» y más que inspirado, «encarnado en el Señor.»

Antes de pensar Teresa, antes de escribir y de fundar, ora, y solicita de «Aquél de que todo proviene y dimana,» la sabiduría y el acierto, y «Él se los otorga en abundancia.»

Sólo cuando se olvida de sí misma, es por lo que es entonces «cuando mejor sabe conducirse y hablar, sin que por ello deje nunca de comunicar con viveza sus afectos é impresiones; ni aun cuando trata dejarse la voluntad del prójimo deja de ser ingeniosa y solícita para expresarse bien.»

Lastimosamente pierden el tiempo cuantos pretendan dar á conocer á Teresa como Reformadora, si antes no la han estudiado como Santa.

Nosotros, por esto, así lo hemos procurado y lo hemos hecho, y tanto es de admirar en ella la Reforma que llevó á cabo, como la manera con que la hizo.

Punto de especial interés, hoy que todos se las echan de reformadores, llevados de la presunción que caracteriza á la época en que vivimos.

A derecha é izquierda no se oyen sino gritos de Reforma.

Cada cual aspira á hacer el mundo á su manera, mientras que el mayor número y en sí mismos, no ofrecen sino tipos bien desdichados.

Lo contrario es lo que vemos en Teresa; sólo cuando era más perfecta, por más que en su humildad se califique á sí misma de ruín, entonces

ideó la Reforma de su Orden, no sólo para arreglar á los demás, sino para hacerse élla mejor.

«La propia salvación y la gloria de Dios;» hé ahí el móvil principal que la impulsó en todas sus empresas y en todas sus obras y sus escritos.

Consideraciones todas que se deducen y se desprenden de cuanto dejamos dicho.

Por esto, mientras permanece en Avila y rige la Comunidad de la Encarnación, no se la ocurre transformar á sus hijas en Descalzas; antes bien se la ve transigir con las mitigaciones de su manera de ser, y esta conducta suya fué de tal efecto en sus subordinadas, que principiaron á vivir en el rigor de la Regla primitiva, sin habérsela impuesto por fuerza ni compromiso.

De lo cual se deduce que no consiste el mérito del reformador en reprender á los que desea reformar, sino en enseñarles á ser buenos.

Y estas maravillas las hacía la gran Reformadora Teresa de Jesús por especiales gracias del Señor.

Y de esta suerte correspondía á ellas, como nos hemos propuesto demostrar en el presente número.

Su reforma empieza, se desenvuelve y arraiga por actos de obediencia, no de rebelión; á diferencia de lo que sucede hoy, que casi siempre y en cada grito de reforma, lo que se descubre es una muestra y un alarde de insubordinación.

Y no sólo obediencia, sino respeto profundo y

amor sincero demuestra la Santa, por lo cual repite sin cesar que «el respeto es la salvaguardia de la obediencia, que el amor es el que da mérito á las obras humanas,» y respeto y amor manifestó siempre, aun en los trances más difíciles y aun en aquellos en que parece debía sentirse más herida por la humana ingratitud.

Sin pensarlo y sin quererlo, hemos venido á dar á este número un carácter, una entonación que es lo que se nos ha pedido por muchos.

La seriedad del asunto reclamaba de nuestra parte estudios profundos de la Santa, y ya se ve que los hemos procurado hacer y venimos haciéndolos, sin escatimar tiempo, diligencia ni fatiga para corresponder á las altas miras que esta producción debe entrañar, si ha de ser útil y provechosa en todos sentidos y en el momento actual.

Realizada esta misión que se nos imponía, prosigamos la curiosísima historia de las *Fundaciones* de Teresa de Jesús.

# LIBRO DECIMO-OCTAVO

## PROSECUCIÓN Y TÉRMINO DE LAS FUNDACIONES

### I.

**Novena y décima fundación.**

VINIERON avisos apremiantes á Teresa de Jesús para que volviera á Salamanca, donde según se la decía [1], no era posible continuasen sus hijas espirituales en la casa que dejamos descrita.

Y á pesar de haberse agravado sus dolencias por entonces, no se excusó, é hizo este viaje, que fué muy penoso y lleno de accidentes desgraciados, acompañándola en él sor Quiteria, y los padres fray Antonio de Jesús y Julián de Avila.

Llegaron en Agosto á la por tantos motivos célebre ciudad [2], y se hallaron con que las reli-

---

1 Fué esto en el mes de Julio de 1573.

2 Bien quisiéramos poder hacer aquí una reseña de lo que Salamanca ha sido y lo que Salamanca es; el asunto principal de esta obra absorbe, empero, nuestra atención tan por completo, que sólo nos es dable consig-

giosas habían concertado la compra de una casa con la esposa de Pedro de la Banda y Monroy, la cual era de mayorazgo, y como el marido no aceptase el compromiso de su consorte, viéronse en un grave apuro, pues «despedida la primitiva y negada la adquisición de la nueva, no sabían qué hacer:» que estas cosas ponía el demonio para mortificar á la sierva del Señor.

Y si todo se remedió por entonces, no duró mucho [1], pues sabemos que luego ocuparon otra cerca de la puerta de Villamediana, casa que era de Cristóbal Suárez de Solís, hasta que vinieron á ocupar definitivamente la que hoy habitan, el 14 de Febrero de 1614 [2].

Estas fueron las vicisitudes por que pasó la fundación de Salamanca, dichas con la brevedad á que ya nos obliga la larga relación de estos sucesos de la vida de Teresa de Jesús.

---

nar el grato recuerdo que de ella y sus moradores conservamos. Todo buen español, todo escritor y todo artista debe visitar á Salamanca, y no habrá ninguno que no nos dé gracias, si lo verifica, por esta nuestra recomendación.

[1] La casa á que se trasladó Santa Teresa estaba frente al convento de la Madre de Dios, cerca del lindísimo y hoy en día desmantelado palacio de Monterey. En este palacio vivió también algún tiempo Santa Teresa, y obró en él un gran milagro. La casa donde puso entonces el convento fué demolida al construir el conde de Fuentes el grandioso convento de Agustinas recoletas.

[2] En efecto, no pararon mucho en la dicha casa; y tanto por las *Cartas* que escribió Santa Teresa en los últimos años de su vida, como por las crónicas de la Órden, se ven los apuros que pasaron para encontrar casa, hasta que edificaron el convento que hoy tienen extramuros de la población, que fué arruinado en parte por los portugueses en el siglo XVIII durante las guerras de sucesión, justamente con el resto del arrabal de Villamayor.—(*Notas de la edición de la Fuente.*)

Por este tiempo (1574), y hallándose la Santa en oración, la inspiró el Señor que hiciese en Segovia fundación [1], y aunque «al pronto se acongojó de esto,» las cosas se trocaron de manera que pudo al fin ponerse en camino, llegando á la ciudad el 18 de Marzo.

Estaba allí, escribe la ínclita fundadora, una señora, mujer que había sido de un mayorazgo, llamada doña Ana de Jimena, la cual había ido una vez á verla á Avila; era muy sierva de Dios, y siempre se había sentido inclinada á la Santa.

Así que, en haciéndose el Monasterio (pues, «escarmentada, no quiso ir á Segovia sin este requisito),» entró élla, la tal señora, y una hija suya de «harto buena vida.»

El descontento que había tenido la madre de casada y viuda, le dió el Señor «de doblado contento en viéndose en la religión.»

Siempre habían sido madre é hija muy recogidas, y fué aquella señora la que tomó la casa, y la proveyó de todo lo que había menester, así para la iglesia como para las religiosas.

Mas, porque no hubiese fundación sin trabajo, por este tiempo la Santa enfermó, y así fué á Segovia, donde nunca «lo pasó bien de salud.»

El día de San José, y bajo la advocación del Santo Patriarca, se puso el Santísimo Sacramento, y aunque había dado el Obispo la licencia, y la

---

1 Qne fué la novena.

ciudad se regocijaba de esto, la Madre no quiso entrar en él sino de noche secretamente.

Y lo que ocurrió luego justificó su previsión.

Comenzada la misa primera, se presentó el Provisor, y enojado increpó á todos, y hasta quiso llevarse preso al celebrante, que lo fué un fraile descalzo, que iba con el P. Julian de Avila, y con otro siervo de Dios, que andaba con la Santa, llamado Antonio Gaytán.

Quitóse, pues, todo lo hecho, luego de orden superior, con gran dolor de Teresa y de sus pobres hijas, que no merecían aquel rigor, rigor que Dios consentía sin duda y el infierno ponía, para «mostrar que nunca está ocioso ni descuidado en las cosas de la religión.»

Y así lo creía la Santa, y daba gracias «por no cesar en tribulaciones.»

Lo de la forma y manera dicha comenzado tuvo un felicísimo desenlace, pues á Segovia vinieron á encontrar refugio las atribuladas Carmelitas descalzas de Pastrana.

«En cinco carros hicieron las religiosas de la fundación alcarreña su viaje á Segovia, y las sucedieron multitud de percances, llegando al fin á la ciudad el martes de la Semana Santa.»

Y cuando las carmelitas de Pastrana estuvieron en el monasterio de San José, pudo confirmarse un suceso que demostró á todos que Teresa de Jesús poseía dones especiales del Señor.

Habiéndose hallado las viajeras en un mal paso, y antes de atravesar un río [1], contaron asombradas que de él habían salido por un milagro.

Esto bastó para que, fijándose en el día y la hora en que el percance había ocurrido, recordasen todos que precisamente en el instante mismo Teresa dijo á sus hijas:

—Hermanas, encomienden á Dios á las que de Pastrana vienen.

Y que habiendo orado, en efecto, dirigidas por la Santa al momento que concluyeron de rezar, el «prodigio se efectuó.»

Otro suceso análogo pasó por entonces.

Y fué, que hallándose gravemente enferma en Salamanca sor Inés de los Ángeles, la noche del día de San Bartolomé, mientras sus hermanas rezaban en el coro, hízola una visita la Madre fundadora, que la reanimó mucho; y al tornar sus compañeras del rezo, encontraron á la enferma llena de regocijo, y las contó como había visto á Teresa de Jesús.

—¡Imposible!—decían las más incrédulas.

Pero se convencieron cuando vieron que aquella misma noche murió sor Inés, quedando tan hermosa, que «no tuvieron duda de la gloria que disfrutaba, y que fuese consecuencia de la visita de la Madre.»

---

[1] En un pantano cerca de Alcalá de Henares.

Cuenta la Santa, que San Alberto y Santo Domingo la visitaron en el Monasterio de Segovia, del que salió dejando «recuerdos imperecederos y ejemplos» que no se han olvidado ni olvidarán nunca en aquella ejemplar Comunidad.

De Segovia, Teresa de Jesús pasó á Avila, y de su ciudad natal tornó por tercera vez á Valladolid, en cuyo punto se vió acosada con pretensiones de fundaciónes, que no llegó á poder hacer [1], saliendo de la que fué corte de Castilla para Veas, en Enero del año 1575.

La de Veas, que fué la décima fundación de religiosas [2], la describe la Santa minuciosamente; y, á la verdad, que por lo curiosa é interesante merece que extractemos aquí su relación.

Había en dicha villa un caballero, que se llamaba Sancho Rodríguez de Sandoval, de noble linaje, rico, casado á la sazón con doña Catalina Godínez.

Entre otros vástagos que nuestro Señor concedió á este matrimonio, dióles dos hijas, que fueron las que fundaron el Monasterio de Veas.

La religiosa carmelita dice:

Se llamaban, la mayor doña Catalina, y la menor doña María.

---

[1] Fueron éstas la de Zamora, la de Torrijos y la de Madrid.

[2] La de Segovia fué la novena.

Tenía la primera catorce años, cuando nuestro Señor la llamó para Sí. Y hasta dicha edad había estado muy fuera de dejar el mundo; antes tenía tal vanidad y presunción, que le parecía que todo era poco cuanto su padre, respecto á casamientos, la proponía.

De súbito, hallándose una mañana en su cuarto, que estaba contiguo al de su padre don Sancho, acaso engalanándose y componiéndose con su habitual frivolidad, acertó á levantar los ojos, que tropezaron con un crucifijo que había en el aposento, y leyendo el rótulo que los judíos pusieron sobre la cruz, toda élla se conmovió.

Quedó en suspenso el engalanamiento habitual, y tirando luego lejos de sí cintas, flores y afeites, al instante la pareció como si hubiese venido una luz á su alma, para entender la verdad, como si en una pieza obscura entrara el sol; y con esta luz puso los ojos en el Señor, y vió que estaba en la cruz ensangrentado, maltratado, y en gran humildad.

—¡Oh!—exclamó toda turbada,—y cuán diferente camino llevo yo yendo por el que voy.

Y al punto la dió su Majestad un conocimiento tan grande de su miseria, que hubiese querido que todos lo entendieran; y un deseo de padecer por Dios, que cuanto pasaron los mártires lo hubiese élla querido, junto con una humillación tan profunda de humildad y aborrecimiento de sí, que si no fuera por ofensa á Dios, habría deseado verse aborrecida con justicia y con razón. Promesa hizo de

castidad y de pobreza, y de verse tan sujeta, que á tierra de infieles, como á Teresa sucedió casi en su infancia, por estarlo, holgara la llevaran.

Y no fué este arrepentimiento fugaz y pasajero, sino que por lo inmutable se vió bien ser merced sobrenatural del Señor.

«¡Seáis Vos bendito, mi Dios, exclama Teresa, por siempre jamás, que en un momento deshacéis un alma, y la tornáis á hacer!... ¿Qué es esto, Señor? Querría yo preguntar, añade, lo que los Apóstoles, cuando sanásteis al ciego, os preguntaron diciendo: ¿si no habían pecado sus padres? Yo digo, ¿de quién ésta había merecido tan soberana merced? Y se contesta: élla no, porque ya está dicho de los pensamientos que la sacástes, cuando se la hicístes. ¡Oh, grandes son vuestros juicios, Señor! Vos sabéis lo que hacéis, y yo no sé lo que me digo, pues son incomprensibles vuestras obras y juicios. Seáis por siempre glorificado, que tenéis poder para más: ¡qué fuera de mí, si esto no fuera!»

Y entonces la Santa recuerda las virtudes de la Madre, y con esa delicadeza de su gran alma, halla en esto explicación de lo que tanto encarece.

Estando en esto vino un ruido tan grande en la pieza de encima, que parecía como si se viniera abajo, pareciendo que por un rincón bajaba todo aquel ruido á donde la joven estaba, y se oyeron unos grandes bramidos que duraron algún espacio; de manera, que á su padre, que aún no se había levantado, dieron tan gran temor, que comenzó á

temblar, y desatinado tomó su ropa y espada, y entró allá, y muy demudado preguntó:

—¿Qué sucede?

A lo que su hija, sosegada y tranquila, contestó no haber oído ni visto nada.

El caballero pasó á otra pieza más adentro y nada vió, y su hija, al volver, le contó lo sucedido, y le rogó la dejase sola.

Hechos que la Santa explica diciendo:

«Bien se da á entender lo que el demonio debe sentir, cuando ve perder un alma de su poder que él tiene ya por ganada. Como es tan enemigo de nuestro bien, no me espanto que viendo hacer al piadoso Señor tantas mercedes juntas, se espantase él, é hiciese tan gran muestra de su sentimiento; en especial, que entendería que con la riqueza que quedaba en aquella alma, había de quedar él sin ningunas otras que tenía por suyas: porque tengo para mí, que nunca nuestro Señor hace merced tan grande, sin que alcance parte á más que la misma persona.»

Desde aquel instante la doncella quedó con grandísima gana de religión, y aunque así lo pidió á su padre, él nunca se lo consintió.

Pasaron tres años, que mucho lo había pedido, como vió que esto no querían, se puso en hábito honesto [1] un día de San José, y durante este tiem-

---

[1] Es decir, de negro ó pardo obscuro, liso y sin adorno alguno; y con mantilla negra, larga, sin velo ni encajes, como para luto.

po tenía largas horas de oración, y se mortificaba cuanto podía.

Habla luego la ilustre carmelita de la otra hermana, y deja entrever de ella cosas análogas, si bien en lo que más se fija y más insiste es en las grandes penitencias y gravísimas enfermedades de doña Catalina, que asegura fueron «unas y otras terribles.»

Las primeras, por falta de consejo y dirección, que «harto las han menester para no pecar de indiscretas;» y las segundas por el rutinarismo y la crueldad médica, que tantos daños origina y tantos males agrava [1].

Quedó doña Catalina de manera en lo relativo á «no querer mandar á nadie,» que, como por hallarse en casa de sus padres, no podía menos de hacerlo, aguardaba á que las criadas estuvieran dormidas, y las besaba los pies, «fatigándose de que, siendo mejores que ella, tuviesen que servirla» en lo tocante á penitencia; «como de día andaba ocupada, pasaba las noches en oración, tanto, que por mucho tiempo se pasó con tan poco sueño, que parecía imposible á no ser cosa sobrenatural.»

Las penitencias y disciplinas que hacía, pues, eran muchas, «porque no tenía quien la gobernase, ni lo trataba con nadie; y entre otras, toda una

---

[1] Falta hace concluir con el empirismo y la rutina en lo tocante al ejercicio de la medicina, y que ésta sea ante todo racional.

Cuaresma trajo una cota de malla de su padre á raíz de las carnes.»

Íbase de ordinario á rezar á un lugar apartado «á donde el demonio la hacía *notables burlas*, y muchas veces comenzaba á las diez de la noche la oración, y no la dejaba hasta que era de día.»

Tan evidente es que el juicio y la discreción deben presidir los actos todos de la vida, y en especial los sacrificios que se ofrezcan al Señor; y la parsimonia en lo tocante á respetar las fuerzas físicas de cada individuo, en vez de destruirlas ó aniquilarlas.

Consejos acertadísimos á que desciende en sus libros Teresa de Jesús, y pone al hablar de estas dos hermanas á quienes se debió la fundación de Veas.

Cinco años después de la resolución adoptada por doña Catalina ante la imagen sacrosanta de Jesús crucificado, murió Sancho Rodríguez de Sandoval, y su viuda, que tenía el nombre mismo de su hija, ayudó en mucho á las dos en lo tocante á perfeccionar su vocación, abriendo en la villa una escuela gratuita de niñas, á la que, por serlo, no consintieron los ricos en enviar á sus hijas por orgullo y vanidad.

Grandes fueron los beneficios en aquella buena obra para los pobres de Veas, que vieron aventajar á sus hijas en labores á las hidalgas, y sobre todo en virtudes, lo que favoreció á la población, que

adcraba en la viuda é hijas de Rodríguez de Sandoval.

Lo cual se demostró cuando llegó á hacerse la décima fundación.

De esta manera procede la caridad cristiana, y no ha habido, ni hay, ni habrá nada que á ella aventaje en lo que al bien general de los pueblos atañe.

Antes que se gestionase lo necesario para hacer monasterio en Veas, pasó á mejor vida doña Catalina Godínez, y libres sus hijas, á pesar de las dificultades que á ello se oponían por ser la villa de la encomienda de Santiago, y jurisdiccional, por lo tanto, de las Órdenes militares, lo procuraron mucho con aquiescencia y beneplácito de todos.

Dios continuó, empero, probando la resistencia de doña Catalina, de la hija mayor de Rodríguez de Sandoval, con dolencias tantas, que, «á no hallarse *atestiguadas*,» Teresa de Jesús al oirlas referír no las hubiera dado crédito.

«En ocho años, dice la Santa, la sangraron más de quinientas veces,» y «la sajaron con ventosas, que tenía su cuerpo acribillado.»

Y ella lo sufría todo, no sólo resignada, sino que decía muchas veces:

—Ya que no pueda mortificarme por mí misma, haced Señor que los médicos me martiricen.

Y así sucedía, dado el atraso de la ciencia, y de cuyo mal no se ven libres aún los pueblos pequeños y las aldeas.

Después de esto, doña Catalina pidió al Altísimo salud para llegar á profesar.

—¡Un día, una hora de monja tan sólo, Señor, y moriré tranquila!—decía á su hermana, «no menos anhelosa que élla de entregarse á Dios.»

Y la alta Misericordia hizo que «de un modo maravilloso y súbitamente viniese á sanar,» en términos que hasta pudo ir á la corte, donde estuvo tres meses, y consiguió de Felipe II lo que no había logrado del Consejo de las Órdenes, con lo cual «se hizo la fundación, y vinieron las monjas á Veas, en los comienzos de la Cuaresma del año 1575.

Recibiólas el pueblo con solemne procesión y alegría, y fué tan general el contento, que hasta los niños entendían que aquello era obra del Señor.

El Monasterio fundado en Veas se hizo bajo el patrocinio de San José del Salvador, y se dijo la primera Misa el día de San Matías [1].

En él tomaron hábito las dos hermanas Rodríguez de Sandoval con gran contento, y fué adelante la salud de la mayor.

«Y su humildad, obediencia y deseo de que la desprecien, era tanta, dice la Madre, que daba bien á entender haber sido su vocación verdadera de consagrarse al servicio de nuestro Dios;» tra-

---

[1] El Monasterio no existe ya; la Comunidad tuvo que dispersarse durante la guerra civil, pasando varias religiosas al convento de Jaén; la Iglesia es lo único que se conserva, y abierta al culto sirve de Parroquia.

yendo para mayor confirmación de esto el suceso siguiente, que la misma religiosa le refirió:

Díjome esta hermana, entre otras cosas, escribe [1] la Santa, que habrá casi veinte años que se acostó una noche deseando hallar la más perfecta Orden que hubiese en la tierra, para ser en ella monja, y comenzó á soñar que iba por un camino muy estrecho y peligroso por poder caer en unos barrancos que había. De repente vió á un fraile descalzo, que la dijo:

—Venga conmigo, hermana.

Y cogiéndola de la mano la llevó á una casa en que había muchas mujeres con velas encendidas y cubierto el rostro.

Se acercó á una y la preguntó:

—¿Qué casa es esta?

Y calladas todas se alzaron los velos y las vió sus rostros alegres; la interrogada añadió:

—Hija, para aquí os quiere Dios.

De lo que se alegró mucho, afirmando cuando se hizo el Monasterio, que el fraile que había visto se parecía á fray Juan de la Miseria, y los rostros de aquellas encubiertas, á las de todas las Madres que á Veas acompañaron á Teresa de Jesús.

Y un libro que luego la mostraron durante el sueño, vino también á recordar era igual al mismo de las *Constituciones*, que la Santa le hizo conocer antes de su entrada en la Religión.

---

[1] Cap. XXII de *Las Fundaciones*.

Antes de despertar oyó una voz interior que la dijo:

—Cree y espera: yo soy el que todo lo puede; y en lo de darte salud á medida de tu deseo, será.

Asegurando que desde entonces confió.

Para terminar acerca de esta religiosa, Teresa de Jesús dice «que aunque estaba flaca, tenía salud para guardar la Regla, y buen aspecto, una grande alegría, y en todo una humildad que á todas las hacía alabar á nuestro Señor.»

Dieron las dos hermanas lo que tenían de hacienda, y sin ninguna condición, á la Orden, y fué grande su «desasimiento» hacia sus deudos y tierra; y siempre mostraron gran deseo de irse lejos de allí por humildes, importunando á los Prelados para ello, que no las dejaron ir para que sirvieran de edificación.

Y llegaron á ser «freilas.»

Antes de ir á Veas, la Madre carmelita visitó los conventos de Toledo y Malagón. Y se cuenta que, al pasar por Almodóvar del Campo, profetizó la fundación de religiosas que después se estableció allí en el mismo año de 1575, y de que fueron más adelante religiosos los hijos de la casa en que la Santa estuvo hospedada, que era la de Marcos García é Isabel López, y sus hijos Juan Bautista de la Concepción [1] y Antonio López.

---

1 Reformador de la Orden de la Santísima Trinidad, beatificado por Pío VII en 1818.

Sucedieron otros varios prodigios en el camino que la Madre hizo á Veas, y fueron los más notables, uno al pasar por Sierra Morena, y el otro al tener que cruzar el río Guadalimar.

Ocurrió, que hallándose perdidos escucharon todos una voz que dijo claramente:

—Por donde váis, no.

Parados los carreteros, indecisos y sin saber qué dirección tomar, volvióse á oir la voz:

—Por aquí,—dijo.

Sin que por más que lo procuraron viesen quién los había favorecido, hasta que Teresa les habló de esta suerte:

—No se afanen en balde; pues el que nos ha librado de grave riesgo, ha sido mi Padre San José.

El otro suceso milagroso que tuvo lugar, fué, que al llegar á la orilla del río, como se hiciera preciso que lo vadeasen en caballerías, y esto era peligroso, cuando trataban de apearse de los carros las religiosas, al punto mismo se hallaron á la parte opuesta del Guadalimar, sin haber experimentado molestia ni daño alguno, «de lo que todos se maravillaron.»

# II.

**«El hombre es de hielo para las verdades; de fuego para las mentiras.»** [1]

CUANTAS veces la religiosa carmelita descalza escuchaba la relación de su vida á la hija de Sancho Rodríguez de Sandoval, fundadora principal del Monasterio de Veas, en la provincia de Jaén:

Cuantas recogía, atenta, las manifestaciones *extrañas* y *misteriosas* de su vocación, lejos de sorprenderse, se veía retratada en muchas cosas que por ella habían pasado, y traía á su memoria *hechos* que la Iglesia, respetuosa con la tradición, ha aceptado ó no ha contradicho, por lo cual debemos creerlos.

Pero ¡ah! lo maravilloso que se roza con la verdad se desdeña y desatiende, mientras que lo que tiene por base la mentira y el error, se encomia ó acepta sin dificultad.

---

[1] Lafontaine.

Por esta razón es exacta y oportuna la frase de Lafontaine, que hemos colocado por epígrafe de este número.

Con efecto.

Se trata de hechos milagrosos, de hechos sobrenaturales, que afectan en mayor ó menor grado á la religión ó á los santos, y una sonrisa desdeñosa y fría acoge su lectura ó narración.

Se acentúa lo raro, lo excepcional en el orden puramente humano, y se grita por muchos:

—¡Eso es evidente! ¡eso es exacto! ¡eso es verdad!

Procedamos con lógica.

Seamos cautos y prudentes.

Obrar de otra suerte, será siempre lamentable.

—No era,—dijo Teresa de Jesús á sus compañeras en cierta ocasión que acababan de oir con asombro á doña Catalina, ya religiosa en el Monasterio de Veas,—no era San Jerónimo un espíritu débil ciertamente, hermanas mías, y cuenta lo siguiente en la Vida, por él escrita, de San Pablo, primer ermitaño [1]. Oidlo con atención:

—Al ir el gran Antonio,—prosiguió narrando después de una breve pausa,—en busca de Pablo, salió á su encuentro un monstruo, con cabeza y cuerpo

---

[1] Las particularidades que vamos á consignar, no las trae Arnahld d'Audilly en su obra *Vida de los Padres del desierto.*

de hombre y el resto de caballo [1]; lejos de intimimidarse el santo, que iba en busca de otro santo, se persignó, y con tono imperante dijo al extraño personaje:—Díme, tú, ¿en qué sitio vive el siervo de Dios?—Y el monstruo, sin poder contestar, rugiendo de una manera aterradora y bárbara, mostró con la mano un sendero y desapareció.

Las religiosas no conocían lo dicho por la Madre.

—Pues no he concluído aún,—añadió Teresa.—No sabiendo San Antonio explicarse tan extraña aparición, y calculando que fuese el diablo, prosiguió su camino, cuando de pronto se le apareció en el fondo de un valle pedregoso un hombrecillo de nariz corva, cuernos en la frente y con los pies de cabra. Santiguóse el santo nuevamente, como fiel soldado de Cristo, y aquel nuevo personaje le ofreció dátiles en señal de sus buenas intenciones. Antonio rechazó los dátiles, y le preguntó:—¿Quién eres?—El monstruo le contestó:—Mortal fuí, y á la sazón soy uno de los habitantes del desierto á quien los paganos adoran con el nombre de faunos ó sátiros; del diablo esclavo, te ruego que pidas al Hacedor por mí y por los que son como yo. Aquel que también es nuestro Señor sabemos que ha venido para la salvación del mundo, y le quisiésemos conocer...—Al oir tan extrañas frases el anciano, sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos y corrían por sus mejillas; el gozo se las hacía ver-

[1] Los poetas califican á estos seres singulares, *hipocentauros*.

ter, y era señal evidente de lo que pasaba en su corazón. ¿Cómo no?... La gloria de Jesucristo resultaba patente hasta para los espíritus infernales; y golpeando la tierra con su báculo, San Antonio, exclamó:

—¡Desgraciada de tí, Alejandría, que adoras á los monstruos como si fueran dioses! ¿Cómo podrás excusarte ahora? Los monstruos hablan de las grandezas de Jesucristo, y tú tributas á las bestias los honores y los homenajes que sólo son debidos al Señor [1].

Y acabadas de pronunciar estas palabras, el fauno huyó con tanta velocidad como si tuviera alas.

—¿Qué significaba, Madre, esta nueva aparición?—preguntó á Teresa una de sus hijas de religión; y élla la dijo con San Jerónimo:

—Si aún ponéis en duda lo que os he dicho, escuchad otro ejemplo del que todo el mundo fué testigo, y que sucedió en el reinado de Constancio:

Todas prestaron grande atención:

—Un ser, ó un hombre de tan extraña especie, —prosiguió diciendo la fundadora carmelita, y esto es histórico,—fué llevado á Alejandría, donde luego de muerto le salaron, y no creyendo en él el Emperador, lo llevaron á Antioquía, donde fué objeto por todos de idéntica admiración.

---

[1] La exclamación del Santo es aplicable á lo que sucede hoy.

Siendo patente la erudición de Teresa de Jesús, era siempre escuchada con deleite cuando de ella daba muestras.

¿Por qué no se la lee tanto como se debiera hoy?

De la *Leyenda de Oro*, como de multitud de obras, tomar podemos nosotros á nuestra vez ejemplos numerosos que por su índole se asemejan mucho á los de la fundadora del Monasterio de Veas, y que hacen al caso en la ocasión presente.

Ejemplos antiguos, anteriores á la Santa; ejemplos modernos que dicen lo bastante acerca de la creencia y el unánime sentir de la humanidad sobre estas materias.

San Dunstan [1], pariente del rey Adelstan, había abandonado la corte, cuyas costumbres y frivolidades lastimaban mucho su alma sinceramente cristiana.

Retirado á un desierto, la santidad de su vida atrajo á muchos jóvenes que, bajo su dirección, se consagraron á la vida monástica.

Como Dunstan sabía que nada hay más peligroso que la ociosidad y la inacción, dispuso que alternasen en la distribución del tiempo, las oraciones y los ejercicios piadosos, con el trabajo manual, adoptando, entre otras ocupaciones, la construcción de objetos sagrados y la recomposición de

---

[1] Patrón de Inglaterra.

las alhajas que se rompían á los cristianos que habitaban en el país.

Un demonio, ved aquí una intervención patente del espíritu infernal, que había notado la benevolencia del Santo, se propuso burlarse de ella, y cierto día que Dunstán acababa de encender el hornillo, se presentó bajo formas distintas ante la reja de su celda, llevándole una porción de objetos de oro y plata para que se los compusiera lo más pronto posible.

Como una vez lo hizo con apariencias de un joven rico, otra con la de un viejo cansado, la de una mujer desdentada, la de un labrador, la de una cortesana, la de un cojo y la de un jorobado, el Santo, extrañando tantas visitas en tan poco rato, sospechó é hizo la señal de la cruz al volver el diablillo, con lo cual le escarmentó.

Otro día, que San Bernardo estaba solo en su celda y se ocupaba de limpiarse los zapatos, un demonio, á quien molestaba tanta humildad, tomó la apariencia de un viajero, y entrando en la celda, dijo al abad:

—A Bernardo busco.

—Yo soy,—le contestó el Santo.

—¡Singular ocupación la vuestra!—exclamó el demonio.—¿No haríais mejor en cualquiera otra cosa que en limpiar vuestros zapatos?

Estas palabras de altivez delataron al diablo, y San Bernardo, haciendo la señal de la cruz, volvió

á su trabajo, mientras el fingido viajero desapareció.

Sabidos son, y objeto de famosísimos lienzos han sido [1], los asaltos que los demonios dieron á San Antonio.

Nunca empleó para rechazarlos el santo más que la cruz y la oración, que para éllos son un suplicio, como lo son el nombre de Cristo y el de su Santísima Madre.

Los medios severos para ahuyentarlos son buenos algunas veces, y si el esclarecido San Francisco de Sales nos dice que hacía huir á los ángeles caídos con humillaciones, se necesita algo más cuando insisten.

Por esto, sin duda, San Apeles, en los desiertos de la Tebaida, llegó hasta arrojar un pedazo de hierro candente al rostro de un tentador que le inquietaba, y Santo Tomás de Aquino rechazó con un tizón encendido una tentación de la misma índole.

Esto de las apariciones del diablo está plenamente comprobado, y diremos de ello lo que hemos escrito respecto de los milagros.

Son, empero, precisos, el merecimiento y la virtud para atraerse las iras del enemigo del reposo y la ventura humana.

---

1 En el Buen Suceso de Madrid existían dos famosas tablas del Bosko, que tenían por asunto las tentaciones del ilustre anacoreta.

Por otra parte, los mayores favores del cielo dan origen á los ataques más rudos de Satán.

Dudar de ellos, porque no se experimentan ni sufren, locura es.

Ampliemos lo que dejamos dicho con otra clase de hechos, por más que no merezcan tan notoria autenticidad.

Un pobre sacerdote, al salir muy de mañana para una peregrinación, divisó á la primera luz del crepúsculo un buey negro, y á la vez se le figuró oir una voz que le decía:

—Monta en él.

Sucedía esto en uno de esos parajes de Alemania en que los bueyes se emplean para los transportes.

El buen cura aceptó la oferta, se puso sobre el buey, y no bien lo hizo, se vió transportado por los aires á una torre abandonada del castillo de Ysemburg.

—¿Tienes miedo?—le dijo la misma voz de antes, una vez que estuvo allí.

—No,—le contestó el cura resueltamente;—estoy bajo la salvaguardia de Dios, y no puede sucederme ningún mal.

Tal es la entereza de la virtud en casos tales.

—Préstame homenaje,—replicó la voz, y añadió:—te volveré á tu curato y te concederé grandes bienes.

El sacerdote, sonriendo, rechazó esta tentadora

proposición, recordando la que Luzbel hizo á Cristo en el desierto.

—Pues bien:—exclamó la voz con enojo,—aquí te dejo, y aquí morirás de hambre, á no ser que prefieras despeñarte.

La misma entereza del sacerdote, que imponiéndose replicó:

—Detente; yo te abjuro en nombre de Jesucristo, que vuelvas á llevarme sin peligro alguno al campo libre de donde, engañándome, me tomaste.

Y el diablo entonces, sin atreverse á replicar, volvió á coger al buen cura, y lo dejó sano y salvo en medio del campo.

En los diálogos curiosísimos de Sulpicio Severo, refiriéndose á San Martín, se asegura que un demonio, queriendo perturbar á la multitud cristiana que escoltaba al santo al volver de Treves, se apoderó de una vaca, é introduciéndose en el cuerpo del inofensivo animal, se entretuvo en hacerla saltar con furor por medio de las buenas gentes á quienes quería dispersar.

San Martín, conociendo por experiencia el lazo, alzó la mano, hizo la señal de la cruz, y esto le bastó para que la vaca quedase inmóvil.

Entonces el santo increpó al demonio, le ordenó saliese de la inocente vaca, y el enemigo, rugiendo de rabia, le obedeció.

Otro día, hallándose el mismo San Martín celebrando en la iglesia de Tours una solemne misa

mayor, un demonio se atrevió á llegar, sin ser visto, hasta cerca de los niños de coro.

Sabía bien que, aunque fuese invisible para la muchedumbre, no lo sería para el santo Obispo, y esperaba por medio de aquellas criaturas distraerle y hacerle perder el mérito del sacrificio.

Estuvo, pues, en acecho largo rato, y cuando el santo Obispo se volvió hacia los fieles para decir el *Pro nobis*, pegó un golpe con su cabeza contra un pilar, haciendo al mismo tiempo la mueca más risible que jamás haya podido imaginarse; pero, contra lo que Satán esperaba, San Martín le miró tan severamente, que se vió obligado á huir, burlada su intención malévola y dañina.

Jouín, conocido en Poitón por el discípulo amado del gran San Hilario, ornamento eterno de aquella iglesia, era tiempo hacía patrón de una abadía de Benedictinos.

Los buenos monjes, bajo su dirección y amparo labraban la tierra, instruían á los pueblos, esparcían la luz, hacían limosnas, y conservaban la ciencia...

¡Ah! cuando la impiedad juzgó que ya no eran precisos esta clase de hombres que tanto bien hacían, los olvidó, los desdeñó, los rechazó, y, por último, los *expulsó*, creyendo verlos ventajosamente sustituídos por las asociaciones filantrópicas.

¡El desengaño más cruel ha venido á desmentir su engañadora ilusión!

La leyenda entera de Jouín es lo bastante bella é interesante para que la pongamos aquí.

El diablo, que en nuestros días parece empeñado en demostrar que en otras formas no está lejos de nosotros, representa en ella el principal papel.

Discípulo asiduo Jouín, elevado posteriormente á la categoría de santo, de la escuela católica abierta en Poitiers por San Hilario, la frecuentaba siendo niño, y no volvía jamás á Londún, donde vivían sus padres, sin haber aumentado su ciencia; pero, sobre todo, su virtud y su amor á Dios.

Siempre que el buen estudiante iba de Londún á Poitiers, acostumbraba á detenerse cerca del pueblecillo de Maveaux, y descansaba un rato bajo un olmo de gran ramaje.

De creer es que el diablo, antes de que San Hilario hubiera destruído el culto de los malos espíritus en el país, recibiera en aquel sitio honores, porque siempre andaba rondando por allí.

Pues bien, en el momento que veía dormido al joven estudiante, se aproximaba sin hacer ruido; y no teniendo acceso en su corazón, le metía la mano en el pecho y le quitaba su pequeña bolsa de cuero, no muy repleta, para pagar su hospedaje, maniobra con la que se prometía impedir al aplicado y pundonoroso niño continuar su camino hacia la escuela del Maestro de los cristianos.

Su astucia no le dió resultado.

Jouín, que sabía «que el hombre no vive tan sólo de pan,» y de igual suerte «que el cristiano que

busca ante todo el reino de Dios, obtiene lo demás por añadidura,» seguía sin dinero su camino.

San Hilario, instruído por revelación de lo que á su mejor discípulo acontecía, salió un día á su encuentro, le vió dormido, y se llegó al olmo en el momento en que el demonio le robaba, según su costumbre, el bolsillo.

Hizo con presteza la señal de la cruz, y el diablo huyó.

La mula que llevaba al buen Obispo, es fama que, espantándose á la vista del diablo, dió una coz en una piedra que allí había, la cual conservó siempre la señal del golpe [1].

¿No hallas, lector amigo, analogía en los hechos que dejamos ligeramente indicados y los referidos á Teresa por la hija mayor de Sancho Rodríguez de Sandoval?

Para confirmarlos los hemos recogido.

Mas no hemos concluído aún esta curiosa digresión que para dar variedad al relato de Teresa de Jesús venimos permitiéndonos.

Cuéntase de un piadoso Obispo de la Edad Media, que tenía una gran devoción al bienaventurado San Andrés, y llevaba una vida ejemplar en su diócesis.

---

[1] La piedra hendida, y una cruz puesta en recuerdo del milagroso suceso en aquel sitio, lo atestiguan, no menos que el nombre de *Paso de la Mula*, con que se le conoce aún.

Un demonio, á quien mortificaba en extremo su virtud, quiso engañarle, lográndolo por el momento con bastante habilidad.

Tomando para conseguirlo la figura de una hermosa dama vestida de peregrino, se llegó á la puerta de la humilde morada del Obispo, y pidió que la confesase.

El prelado hizo decir á la joven que podía dirigirse al penitenciario, que tenía todos sus poderes.

Pero como élla insistiese, alegando motivos particulares, y entre otros, que no podía confiar más que al santo Obispo los secretos de su conciencia, el prelado la recibió al fin.

—Señor,—le dijo la aparente confesada, una vez en su presencia,—dignáos acoger con compasión á una infortunada que acude á vos desde muy lejos, atraída por la fama de vuestra santidad. Joven como soy, de sangre real, educada con delicadeza, he venido aquí en traje de peregrinación con la sola esperanza de hallar bajo vuestra protección un refugio. Mi padre, que es un magnate poderoso,—añadió,—me ha prometido en matrimonio á un príncipe; mas no pudiendo consentir en semejante unión por haberme ofrecido al Señor, he huído en secreto, y aquí me tenéis dispuesta á obtener en paz las dulzuras del cielo.

El prelado, admirando aquel lenguaje contrito, tanta piedad y tanta fuerza de voluntad, contestó:

—Vivid aquí, hija mía, con seguridad y esperanza segura de que Aquél por cuyo amor habéis

despreciado los esplendores y vanidades del mundo, os dará sus consuelos, é ínterin,—prosiguió,—que yo encuentro dónde alojaros decentemente, podéis participar de mi frugal comida, cuya hora ha llegado ya.

—Padre mío,—respondió la penitente,—no me atrevo á aceptar vuestra generosa proposición.

Y en sus labios se dibujó una sonrisa maligna que el anciano no comprendió, ó distraído no vió.

El demonio representaba admirablemente su papel, como se ve.

—No estaremos solos en la mesa, hija mía,—dijo el Obispo maquinalmente.

Y en aquel mismo momento entraron, en efecto, los convidados.

Eran todos ellos sacerdotes venerables.

Sentados á la mesa, la joven peregrina fué colocada enfrente del prelado, cada vez más admirado de su aspecto decente y noble, de su talento y su discreción.

Pocos instantes después llamaron violentamente á la puerta.

Y un criado vino á anunciar que un extranjero quería ver al Obispo.

Respetuoso con su huéspeda, la preguntó si la parecía bien que se admitiera á la persona que el criado dijo ser otro peregrino, y élla respondió, como si temiese la presencia del nuevo huésped:

—Propongámosle un enigma, y si lo resuelve, mandadle entrar.

Todos encontraron excelente aquella idea; y se rogó á la dama, que demostraba tanto talento, le propusiese ella misma.

—Preguntad al extranjero,—dijo,—cuál es la más admirable de las obras de Dios, en el espacio más pequeño.

El extranjero, á quien fué trasmitida la pregunta, contestó:

—Es la variedad y la excelencia del rostro del hombre, pues entre tantos millones de criaturas que han aparecido y aparecerán sobre el mundo, nunca se han encontrado, ni se encontrarán jamás, dos, cuyo rostro sea completamente igual.

Todos quedaron admirados.

—La respuesta es buena,—dijo la extranjera;—á pesar de eso, proponed á ese hombre otra pregunta más alta aún. Que diga,—añadió,—en qué sitio la tierra está á más altura que el cielo.

El extranjero respondió:

—El sitio por que me preguntáis es aquel en que se encuentra el cuerpo divino de Nuestro Señor Jesucristo.

Esta segunda solución fué vivamente admirada; y por consejo de la princesa se propuso al sabio desconocido otro enigma aún más obscuro, á saber:

—¿Qué distancia hay de la tierra al cielo?—se le preguntó.

Y el peregrino respondió:

—Rogad á la persona que ha propuesto este nuevo enigma, que lo resuelva por sí; toda vez que pue-

de hacerlo mejor que yo; porque esa distancia sólo Él y sus compañeros la han recorrido al ser precipitados del cielo al abismo.

A estas palabras, que cayeron como un rayo sobre la fingida peregrina, que, como sabemos, era un demonio disfrazado, desapareció de repente.

El buen Obispo y sus comensales, espantados, corrieron á la puerta para conocer al extranjero; pero ya no estaba allí.

A la noche, todos supieron, por medio de una revelación, que el que les había salvado de muchos peligros había sido el mismo San Andrés.

El Obispo redobló desde entonces su devoción al santo, y congregando á su pueblo en la iglesia, le contó lo sucedido para que le sirviera de escarmiento y edificación.

¿Hallaréis, después de lo que hemos dicho de Teresa de Jesús y de la hija mayor de Rodríguez de Sandoval, fuera de lugar los ejemplos citados?

¿Hemos con ellos demostrado de lo que el enemigo de Dios y de los hombres es capaz?

Leednos aún por algunos instantes.

# III.

## Los demonios golpeadores.

No creemos suficiente lo que dejamos consignado en el número anterior para el objeto que nos hemos propuesto.

La joven Agnés de Montpolitién, inscrita después en el número de los bienaventurados, pasando cierto día por delante de una casa de mala fama, vió sobre el tejado una bandada de cuervos que, levantándose de él, la persiguieron.

Pues bien; aquellos cuervos eran demonios disfrazados, que pretendieron obligar á la piadosa joven á refugiarse en aquella casa de desórden. Ella, conociéndoles, no les atendió y siguió su camino, fiada siempre en su amor á Dios.

Luego que la doncella entró en la vida religiosa, compró con una parte de su dote aquella casa de mala fama, convirtiéndola en santo refugio de las pobres jóvenes que, habiendo cometido alguna

grave falta, se arrepintieran de ella, lo que fué de gran provecho y utilidad.

Otro demonio que se creía muy hábil, y todos tienen esta vanidad, en la cual por cierto hay multitud de hombres que se les parecen, se propuso asustar á un sacerdote de Colonia, anunciándole se hallaba próximo el día de su muerte.

El sacerdote, conturbado, abandonó su curato, cuya responsabilidad le parecía demasiado pesada, y se retiró á un Monasterio para prepararse á bien morir.

Esto es lo que Luzbel deseaba.

Mas como nada venía á comprobar la proximidad de la muerte predicha y el refugiado seguía bueno y sano, el abad del convento, cumplido el noviciado, le admitió en él.

En el claustro ya, se presentó de nuevo el demonio que le había conturbado, y procuró engañarle segunda vez.

—Hombre justo,—le dijo para conseguirlo,—yo soy tu ángel de la guarda. No te extrañes vivir aún, aunque yo te había predicho lo contrario. Aquel á quien tan bien sirves, ha diferido tu última hora, porque debes servir de edificación á aquellos con quienes vives ahora. Para esto me envía á tí con encargo de instruirte y de librarte de tus enemigos. Si revelases á alguien este favor que te hago, sería pecado de orgullo. Vive en paz.

Y se alejó.

La primera tentativa no le había salido bien.

El pobre religioso creyó lo que se le decía, y desde entonces vió todos los días á su demonio, que, con las mejores apariencias, siguió dándole los más pérfidos consejos.

Cuando le veía orar mucho tiempo, cuando prolongaba sus meditaciones ó sus vigilias, el supuesto ángel le decía:

—La discreción es regla suprema de las virtudes; no hagas nada superior á tus fuerzas; consérvate para el servicio de Aquél...

Jamás pronunciaba el nombre de Dios.

Otras veces, si por penitencia el siervo del Señor se cargaba con un fardo pesado, su oficioso amigo se apresuraba á decirle:

—No hagas eso, que es demasiado: acepta esta otra mortificación, que es más ligera.

Y le proponía una en que pudiera caer.

Cierta noche el demonio, confiando ya en sacar mejor partido de las complacencias del religioso, le despertó y le dijo:

—Levántate, hombre santo. El que me envía quiere recompensar tus piadosos trabajos, tu constancia, y abrirte las puertas de la eternidad. Sal, pues, de la vida.

Y al tiempo que le decía estas palabras, pronosticándole la palma del martirio, le presentaba una cuerda con un nudo corredizo.

—Cuélgate de ella,—añadió,—y lo que mereces y deseas se cumplirá.

El piadoso monje, espantado, comprendió entonces que estaba en comercio con el diablo, y exclamó:

—Retírate, espíritu malvado; reconozco por lo que me propones quién eres, y ya no me engañarás más.

Hizo de todo corazón la señal de la cruz, y el demonio desapareció, cual el viento arrastra una hoja seca en medio de una furiosa tempestad.

Hemos puesto ejemplos de cierta índole, y ahora nos falta ocuparnos de los *demonios golpeadores*, á quienes doña Catalina, la ya religiosa de Veas, aludido había claramente al dar cuenta á Teresa de Jesús de los principios de su vocación.

Lo que vamos á decir no es de tiempos remotos; ha pasado á nuestra vista, en nuestros días.

Leed:

No hace mucho que las gentes se preocuparon vivamente de ciertos fenómenos que parecían estar fuera de las leyes conocidas de la naturaleza.

Unas cuantas personas reunidas alrededor de una mesa, á la que tocaban con los dedos ligeramente, formando á la vez una cadena con sus manos, bastaba para comunicar al mueble un movimiento de rotación, lento ó rápido, que no podía ser atribuído á ningún impulso voluntario de los experimentantes.

Por espacio de largo tiempo no se hizo más en

todas partes que hacer dar vueltas á las mesas, sin poder explicar su movimiento.

Los millares de hombres importantes á quienes preocupaba esta novedad en los Estados Unidos, sospechando que en ella había algo sobrenatural, según se ha dicho, interrogaron á las mesas, y...

¡Cosa singular y maravillosa!

Afirman que las mesas contestaron.

Estas mesas, así preguntadas por los asistentes, dícese que levantaban un pie y daban un número de golpes igual al orden numérico que ocupaba la letra que querían designar [1].

Después de esto, aquel lenguaje resultó más extraño; las mesas, ó el espíritu que las animaba, escribían respuestas á las preguntas que se las hacía, valiéndose de un lápiz afirmado convenientemente sobre ellas, y cubierto con una hoja de papel blanco, y hasta se citaban casos en que las respuestas fueron trazadas sobre un papel colocado en el suelo, por medio de un lápiz atado á una de las patas de la mesa ó velador golpeante.

Pues esto, que parecerá desvarío, ha sucedido en pleno siglo XIX, y se ha practicado por innumerables personas, contándose entre ellas médicos notables, miembros del Instituto de Francia, profesores de facultades, y hasta eclesiásticos de reconocido mérito.

---

1 Un golpe para la *a*, dos para la *b*, tres para la *c*, etc.; de modo, que formaban palabras y frases.

Lit. de J.M.Mateu, Barquillo 6, Madrid

*Se hechó sobre un lado con un crucifijo en la mano.....*

Ahora bien: estas experiencias, que con razón asombran, se hicieron tan serias, que el P. Ventura las consideró «como uno de los mayores acontecimientos de nuestro siglo,» y el P. Lacordaire llegó á calificarlas de «una temerosa media luz sobre el mundo invisible,» por lo cual vino á declararse, que dichas prácticas eran peligrosas para la paz de las familias, para la salvación, para la razón y la salud de los que en ellas se ocupan.

¿Era esto cierto?

¿La existencia y la realidad de los *espíritus percutientes* que la Iglesia anatematiza, tenía con lo dicho relación?

Nosotros, lo único que diremos aquí, es que se creyó por muchos en las *mesas ó veladores golpeantes*, y por referirnos á hechos contemporáneos insistimos en esto, seguros de que han de leerse las siguientes páginas con curiosidad é interés.

En un libro escrito por un sabio eclesiástico, y publicado en Francia el año 1853, decía su autor:

«He visto por mí mismo, aun sin la aplicación de la mano del hombre, sin ningún esfuerzo muscular, hacer hablar á las mesas.»

Y añade más aún:

«Las he oído hablar á su manera, por golpes dados distintamente, y según el mandato del hombre, de modo que se establecía una especie de correspondencia inteligente entre las mesas y los que las tocaban, ó con ellas estaban en relación.»

Y luego:

«He visto, he oído, he tocado, palpado, y me he asegurado por todos los medios posibles, de que no había engaño ni ilusión; no puedo, por lo tanto, dudar de la realidad de estos fenómenos.»

¿Os extraña esto?

Prosigamos el proceso de tan singular acontecimiento.

Una mesa, un velador, un sombrero, una banqueta me diréis, objetos de esta clase hechos por la mano del hombre, y que no parece tener ninguna vida en sí, ¿cabe que se meneen, que se agiten bajo la presión de esa misma mano sin ejecutar movimientos de rotación, de traslación, y, lo que es más aún, por el simple acento de su mandato?

Y añadiréis á la pregunta anterior:

¿Cabe que esos movimientos sean inteligentes, como lo son por ejemplo los de un telégrafo, que por medio de señales convenidas transmite preguntas y respuestas de manera que se opera entre esos objetos, inertes de por sí, pero momentáneamente animados por la mano humana, y los que los interrogan y provocan á hablar, un cambio de pensamientos, ideas, sentimientos y voluntades?

Dejando á un lado el valor de las repuestas de las *mesas ó veladores golpeantes*, el escritor francés á quien hemos aludido antes, y á quien parecían las

más de las veces sospechosas y poco instructivas, no quiso considerar más que el solo hecho de esa correspondencia inteligente que se establecía por esos medios entre los hombres y los seres que en un estado natural no pueden moverse ni hablar, y, sin ahondar demasiado, parecíale que pueden sacarse de ello muchas consecuencias graves é indicaciones importantísimas.

Seguirle en este orden de ideas es curioso.

«En algunas circunstancias,—dice,—se mueven las mesas por mandato del hombre y hablan dando golpes distintos que tienen una significación convenida: contestan á preguntas enunciadas en lenguas conocidas: comprenden dichas lenguas y las ideas que expresan; y al ver que contestan de algún modo, es de inferir que también ellas á su modo piensan, y trasmiten su pensamiento con un signo material; de todo lo cual se deduce, que hay en esto ó parece haber, fenómenos de inteligencia, de pensamientos y de razón.

»Las mesas, unas veces consienten en hablar, y otras se niegan á ello; hay cosas sobre las cuales no quieren responder, y hay que empezar siempre por pedirlas su consentimiento; luego también resultan fenómenos de voluntad y de libertad.

»Se agitan, se echan hacia atrás cuando se quiere obligarlas á decir lo que no quieren, lo cual demuestra que hay en ellas apariencias de sensibilidad, en tanto cuanto puede aparecer en seres inorgánicos.

»Según la sana filosofía, estos efectos no pueden atribuirse á la materia inerte. La lógica nos obliga á relacionarlos con causas capaces de producirlos; y estas causas susceptibles de sentimiento, de pensamiento, de voluntad, las han llamado siempre los filósofos *espíritus* ó *almas*.»

Ahora bien:

¿Qué clase de espíritus?...

Los que se dice hablaban por medio de las mesas, ¿eran buenos ó malos?

Oid al autor citado:

«Con arreglo á lo que he visto y oído, respondo con seguridad que no son espíritus buenos; es decir, ministros de la voluntad y de la palabra de Dios.»

«Y no necesito, añade, para pensar así más que una prueba que para mí es decisiva: y es, que se niegan á responder con claridad á todo lo que concierne á Nuestro Señor Jesucristo; y cuando se las quiere obligar á ello insistiendo con palabra imperiosa, las mesas se resisten, se agitan, y se caen á veces al suelo, sintiéndose crispadas las manos que las tocan.

»He visto estas cosas muchas veces, y siempre las mesas me han parecido vacilantes, confusas y de mala voluntad cuando se les hacían preguntas de este género, ó se colocaban sobre éllas objetos sagrados, de todo lo cual deduzco que no es el Espíritu de Dios, el que por tales órganos habla.»

Razonando de esta suerte, se ve claro que, en

todo caso, el espíritu no era Espíritu de Dios, y todo espíritu que se niega á confesar á Jesucristo y á dar testimonio de Él, no puede ser más que un enemigo del bien, y contrario á la divina palabra, á la santa religión y á su Iglesia.

En una palabra:

Si ha habido ó hay un espíritu que agita esas cosas inanimadas, y que habla por medio de ellas, se explica que el citado autor alcanzara con toda seguridad que no era el Espíritu de Dios, el espíritu de verdad; ni podía ser más que el espíritu de Satanás, un espíritu de mentira, un demonio, como las mismas mesas lo han confesado á veces, el que estos fenómenos origina.

El autor citado, en suma, no admite más que á los demonios como *espíritus golpeadores*.

Aún podemos y debemos, para apurar este tema, poner ante la vista del lector el acta de una sesión en que el espíritu que dominaba una mesa parlante se vió obligado á descubrirse.

A esta singular sesión asistieron cuatro eclesiásticos y otros varios hombres eminentes.

Uno de éllos, M. Gougenot de Monsseaux, la ha consignado en un libro notable [1].

Vedla aquí:

PREGUNTA.—¿Eres espíritu?

---

[1] Titulado *Costumbres y prácticas de los demonios.*

Respuesta.—Sí.

P.—¿Espíritu malo?

R.—Sí.

P.—Dínos tu nombre.

La mesa permaneció inmóvil.

En una sesión anterior había dicho que era diablo, y que su nombre particular era Rabba.

P.—¿Amas á Cristo?

R.—No.

P.—¿Cuando no nos contestas, porque la mesa tenía intervalos de silencio, obras por impulso de tu voluntad, ó en señal de impotencia?

R.—Es porque no quiero.

P.—¿Hay en el magnetismo animal efectos buenos en que no tengan intervención los demonios?

La mesa á esta pregunta permaneció inmóvil.

P.—¿Amas á la Virgen Santísima?

La misma inmovilidad.

P.—¿Amas á los hombres?

R.—Sí.

P.—¿Cuántos hermanos tiene el limosnero?

R.—Dos.

Lo que era cierto, y á todos los presentes constaba.

P.—Dínos su nombre de bautismo.

R.—Se llama Andrés.

Y como al llegar á este punto uno de los presentes hiciera notar que el limosnero se llamaba Amado, el limosnero aseguró que Andrés era uno de sus nombres, lo cual nadie sabía.

P.—¿Te dedicas á la magia?

R.—No.

P.—¿Qué eres?

R.—*Betinmo.*

P.—¿Significa algo ese nombre?

R.—Inmóvil significa.

P.—¿Qué edad tiene el señor X?

R.—Treinta y dos años.

P.—¿Y cuántos meses?

La mesa permaneció quieta.

P.—Cuando das vueltas, ¿es por la acción de un fluido?

R.—Sí.

P.—¿Estás sometida á nuestra voluntad?

R.—No.

P.—Si no estás sometida al diablo, da dos golpes.

La mesa se estuvo quieta.

P.—¿Cuál es el poder á que estás subordinada.

R.—Aiku.

P.—¿Amas lo que yo tengo en la mano?

R.—No.

Eran á lo que aludía la pregunta unas medallas de la Santísima Virgen.

P.—¿Amas la sociedad de San Vicente de Paul?

R.—No.

P.—¿Dónde resides?

R.—En el aire.

P.—¿Tus manifestaciones son para nuestro bien ó para nuestro mal?

R.—Para vuestro mal.

P.—¿Necesitas permiso para responder?

R.—Sí.

P.—¿De Aiku?

R.—Sí.

P.—¿Es Aiku demonio?

R.—Sí.

P.—¿De qué jerarquía?

La mesa no contestó.

Y como algunos momentos antes la mesa respondiera con actividad creciente, casi febril, se le preguntó:

—¿Eres tú el primer espíritu que nos ha respondido, ó ha venido otro?

R.—El primero no, otro soy.

P.—¿Eres Aiku?

R.—Sí.

P.—¿Cómo se dice encina en latín?

R.—*Quercus*.

P.—¿Dónde estabas tú cuando hace poco el espíritu que se decía habitante de los aires, nos contestaba con tanta lentitud?

R.—En lo profundo estaba.

P.—¿Aludes con esa frase á los lugares inferiores?

R.—Sí.

P.—¿Al infierno?

R.—Sí.

P.—¿Sufres?

Dos enormes golpes dijeron que sí.

P.—¿No has habitado la tierra? ¿Has sido siempre espíritu?

R.—Siempre espíritu fuí.

Ved aquí el acta de otra no menos singular y notabilísima sesión [1].

PREGUNTA.—¿Vienes por evocación?

RESPUESTA.—Sí.

P.—¿De dónde vienes?

R.—Del infierno vengo.

P.—¿Sufres?

R.—Sí, sí, sí.

La mesa se levantó sobre dos pies, y aunque el propio peso de ella debiera bastar para hacerla caer, se trató en vano de conseguirlo, tanto, que el pie crujió, y se hubiese roto si se hubiera persistido en contrariarlo.

Entonces se le dijo con imperio:

—Adhiérete al suelo.

Y tomando punto de apoyo el operador, logró acercarla muy poco al suelo, y esto mediante un gran esfuerzo.

P.—¿Amas á Cristo?

R.—No.

P.—¿A la Virgen Santísima?

R.—No.

P.—¿Es esto para nuestro bien ó nuestro mal?

[1] ¿Esto se ha escrito con seriedad? nos preguntarán algunos, y les diremos que sí; por lo cual no hemos vacilado en ponerlo aquí.

R.—Para vuestro mal.

P.—¿Qué significa la palabra *Betimino* que nos dijo el espíritu en la última sesión?

R.—Lucifer.

P.—¿Es de una lengua de hombres?

R.—Sí; hebrea es.

P.—¿Es tu jefe Lucifer?

R.—Sí.

P.—¿Qué significa Aiku?

R.—*Efomedch.*

P.—¿Mientes?

R.—Sí.

P.—¿Aiku es un espíritu grande ó pequeño?

R.—Es grande.

P.—¿Eres eterno?

R.—No.

. . . . . [1].

P.—¿El centro de la tierra es de fuego ó de agua?

R.—De fuego es.

P.—¿En el hombre muere todo?

R.—No.

P.—¿El alma es inmortal?

R.—Sí

P.—¿Reconoces el purgatorio?

R.—Sí.

P.—¿El paraíso?

R.—Sí.

---

1 Omitimos parte de estas sesiones, por no hacerlas cansadas, con lo que de ellas ponemos basta.

P.—¿Hablas por nuestro bien ó por nuestro mal?

R.—Por vuestro bien hablo.

P.—¿Mientes al expresarte así?

R.—No.

P.—¿El infierno está en la tierra?

R.—Sí

P.—¿Mientes?

R.—No.

P.—¿Cuál es la hora mejor para interrogarte?

La mesa dió doce golpes.

P.—Puede evocarte una sola persona?

R.—Sí.

Citar podríamos otros hechos análogos que demostrasen evidentemente, como puede ser demostrado un hecho de esta clase, la existencia reciente y contemporánea de los espíritus, palpables por decirlo así, y su facilidad para presentarse.

Sin embargo, después de cuanto llevamos dicho, hombres á quienes se cree de buen sentido en esta clase de pruebas, vacilarán.

¿Será porque tengan miedo?

Para empezar por vuestros sabios, dice el reverendo P. Ventura, en su *Carta* al marqués de Mirville, «no puedo menos de extrañarme de la tenaz ignorancia que aún no les permite, á la hora presente, mirar aquello que todo el mundo puede ver.»

Y añade:

*Oculos habent et non vident.*

Concluyamos diciendo, pues, que en el pasado ha habido *espíritus golpeadores*, como ha habido á la hora presente mesas giratorias y parlantes.

Lo que es, que se ignoran generalmente los procedimientos ó las causas que han permitido evocar á los espíritus; lo que no prueba en definitiva que no los hay.

Los mágicos de la India, si hemos de creer á los viajeros, se valen de los medios enunciados para hacer sus adivinaciones, y hasta se ve que cuando sus mesas golpeadoras están espiritualizadas, se manifiestan dispuestas á responder.

¿Qué deducimos de todo esto?

Pues la consecuencia que nos propusimos:

La misma que Teresa de Jesús sacaba al explicar los ejemplos diversos, lo que doña Catalina aseguraba y ella en sí misma había experimentado.

No es una locura ni una preocupación lo que de tan diversas maneras resulta comprobado, y cuantos contra estas cosas escribieron antes de la Santa carmelita y han escrito hoy, se ven obligados á reconocer lo que hay en ello de extraordinario y sobrenatural.

Conclusión que, en suma, basta á nuestro objeto.

# IV.

**Sucesos de la undécima y duodécima fundación.**

CAMINABA Teresa de Jesús de triunfo en triunfo, de conquista en conquista.

Es decir, de *fundación* en *fundación*, y cada una de las que hacía era una nueva victoria contra el infierno, una obra meritoria para el Señor.

Hallándose en San José del Carmen, de Sevilla, aguardando noticias de Juan de Avila y Antonio Gaytán, á quienes había enviado á Caravaca con encargo de averiguar lo que hubiese de cierto para hacerse allí un convento, acertó á pasar por Veas un padre de la Orden, de quien hace la Santa grandísimos y merecidos elogios.

Llamábase fray Jerónimo de la Madre de Dios Gracián, y había sido nombrado Comisario apostólico por el Nuncio Hormaneto, muy favorable á la descalcez.

Era el religioso «hombre de muchas letras, en-

tendimiento y modestia,» con «acompañamiento de grandes virtudes, que las había tenido toda su vida.»

El P. Gracián debió venir á Veas por Abril del año 1575, y no bien se conocieron, ambos se identificaron, de cuyo completo acuerdo sobrevinieron para la Orden infinitos y positivos bienes.

Proyectaba la Santa, después de dejar hecha la fundación de Caravaca, trasladarse á Madrid, donde «deseaba mucho hacer fundación,» como corte y centro que era de España.

Pero las cosas pasaron de otra manera, siempre por voluntad de Dios, «que bien á las claras se mostraba en cuanto á la Madre carmelita hacía relación.»

El recién Comisario apostólico había profesado pocos años antes, y su ingreso en la descalcez había revestido circunstancias notabilísimas.

Diego Gracián de Alderete, su padre, Secretario que fué de Carlos V y de Felipe II, le había hecho cursar la carrera de leyes en Alcalá de Henares, y allí se dió á conocer por su talento y aplicación, prometiéndose el autor de sus días, dado el favor que gozaba con el monarca, que su hijo haría una gran carrera.

Pero el espíritu del joven se inclinaba á la Iglesia, y á la vez que derecho, cursó teología, lo cual supieron sus padres [1] cuando estaba para ordenarse.

[1] Su madre se llamaba doña Juana Dantisco.

Hubo lágrimas de contrariedad y pena, pero al fin las razones del hijo ablandaron á don Diego y á doña Juana, que abrazando á su hijo le otorgaron su licencia para hacerse sacerdote, y con ella y de buen grado su bendición.

Fué día de júbilo para Jerónimo aquel en que, sin contradicción de los que tanto amaba y respetaba, pudo ir al pie de una imagen de la Santísima Virgen, á quien desde muy joven adoraba en Madrid y llamaba «su enamorada,» y anegado en llanto, hizo ante ella votos de perpetua castidad y de consagrarse por entero á Dios, sirviéndole sin cesar.

—Cuanto soy y cuanto valgo os lo ofrezco, señora,—dijo.

Y la imagen ante quien oraba le pareció que inclinaba su cabeza en señal de asentimiento y conformidad con aquella sublime y perfecta vocación.

Ordenado de misa, quiso Gracián hacerse jesuíta, y ya estuvo en la Compañía recibido, cuando un compromiso lo obligó á salir de la corte para Pastrana, y fué este viaje motivo de que cambiase de resolución.

Allí conoció al P. Fr. Juan de Jesús y á las religiosas del convento, que aún estaban en la villa, pues estas cosas sucedían en los primeros meses del año 1572; el primero con su sabiduría, y las segundas con sus oraciones, consiguieron que se hiciera religioso descalzo, cuyo hábito de la Reforma tomó el 25 de Marzo del expresado año.

«¡Oh, sabiduría y poder de Dios! exclama la ilustre fundadora á propósito de esta profesión. ¡Cómo no podemos nosotros huir de lo que es su voluntad! Bien veía nuestro Señor la gran necesidad que había en esta obra, que su Majestad había comenzado, de persona semejante.»

Y añade:

«Yo le alabo muchas veces por la merced que en esto nos hizo; que si yo mucho quisiera pedir á su Majestad una persona, para que pusiera en orden todas las cosas de la Orden en estos principios, no acertara á pedir tanto como su Majestad en esto nos dió. ¡Sea bendito por siempre!»

La Reforma del Carmen, escribe Lafuente, «necesitaba un hombre activo, inteligente y de mucho despejo, y la Providencia se lo deparó á Teresa en la persona del P. Gracián; acostumbrada, por otra parte, la Santa á la dirección de los jesuítas, halló dentro de su Orden naciente un sujeto con las cualidades de aquéllos,» y tanto lo estimó así, que le prestó voto de obediencia de una manera absoluta é incondicional.

Tal era el nuevo personaje á quien la fundadora carmelita cita con tanto elogio, y por cuyo ingreso en la descalcez con tanto entusiasmo alaba y ensalza al Señor.

Por esta época comenzaba á arreciar la tormenta de que ya hemos hablado, originada en lo que á los frailes Descalzos se refería, por seguir gobernados por los Calzados.

La elección hecha en el P. Gracián suavizó mucho la tirantez que el excesivo celo hacía nacer, y ser causa debía de males sin cuento.

En el tiempo en que el Comisario apostólico estuvo en Veas, llegó á Teresa la licencia para fundar en Caravaca, pero fué ésta tan diferente de lo que era menester para su propósito, que se hizo necesario tornasen á enviar á la corte por otra, y la Santa escribió á las fundadoras, que de ninguna manera se fundaría, si no se obtenía la particularidad que faltaba.

Hacíase á la fundadora mucho esperar en Veas, y queríase tornar á Castilla; mas como estaba allí el P. Fr. Jerónimo, á quien estaba ya sujeto aquel Monasterio, por ser Comisario de toda la provincia de Castilla, no pudo hacer nada sin su voluntad, y así se lo comunicó.

Parecióle que una vez ida se quedaría la fundación de Caravaca sin hacer, y discurriendo que sería un gran servicio para Dios fundar en Sevilla, lo cual era muy fácil, porque así se lo habían pedido algunas personas «que podían y tenían muy bien para dar.»

Tal fué el comienzo de la *undécima fundación*, ó sea la de Sevilla.

El deseo de detener á la Santa por parte del padre Gracián le sugirió tan excelente idea, y tratándolo secretamente con el Arzobispo, no menos entusiasta de la descalcez, un día dijo á la Madre:

—Habéis de deteneros aquí, porque así lo quiere Dios.

Y en el instante cesaron los deseos de la Santa con relación á las otras fundaciones, que «tal era élla de sumisa y obediente.»

Con la sencillez y naturalidad de siempre, tan elogiada por todos, refiere la Santa avilense lo que la acaeció en su viaje á Sevilla.

En extractar su narración, tenemos, como siempre, un singular placer:

Aunque, dice, estaba determinada á otra fundación, y tenía algunos motivos graves para no ir á Sevilla, luego se comenzó á aparejar para el camino, porque la calor entraba mucho, y el padre Comisario fué llamado por el Nuncio, y éllas á Sevilla con sus buenos compañeros de siempre, Julián de Avila, Antonio Gaytán, y un fraile descalzo. Iban en carros muy cubiertas, que era siempre esta su manera de caminar, y entradas en posada tomaban aposento bueno ó malo, como lo había, y á la puerta recibía una hermana lo que habían menester, que ni los que con éllas iban entraban.

Por priesa que se dieron no llegaron á Sevilla hasta el jueves antes de la Santísima Trinidad, habiendo pasado grandísima calor, pues aunque no caminaban los días de fiesta, como había dado el sol á los carros, el entrar en ellos era como meterse en el purgatorio. Unas veces con pensar en el infierno, otras gozando por lo que se hacía algo

por Dios, iban aquellas hermanas con gran contento y alegría; y eran seis las que iban con la Santa, y eran de tanta alma, que la parecía se atreviera á ir con éllas á tierra de turcos, segura de que tendrían fortaleza, ó por mejor decir, que se la diera Nuestro Señor para padecer por Él; pues estos eran sus deseos, y los demostraban por pláticas, oraciones y mortificación.

Un día de Pascua de Espíritu Santo dió Dios á Teresa un gran trabajo, que fué, «darla una muy recia calentura.»

Los clamores á Dios de los que con élla iban fueron tantos, que á ellos atribuye nuestra heroína que no fuese adelante el mal, que «jamás de tal manera en su vida la había dado calentura.»

Y la mala posada que hubo para esta necesidad fué malísima, consistiendo en una camarilla á teja vana sin ventana, y «si se abría la puerta toda se henchía de sol.»

Hiciéronla echar en una cama, que élla tuviera por mejor echarse en el suelo, «porque era de unas partes tan alta, y de otras tan baja, que no sabía cómo poder estar, porque parecía de piedras agudas.»

¡Qué cosa es la enfermedad!... con salud, todo es fácil de sufrir; en fin, tuvo por mejor levantarse, y seguir camino adelante.

«¡Qué será de los pobres, dice á este propósito Teresa de Jesús con grandísima oportunidad, que están en el infierno, que no se han de mudar para

siempre, que aunque sea de trabajo á trabajo, ya parece algún alivio!»

Poco antes las había acaecido otra cosa que las puso en aprieto, pues pasando en un barco el Guadalquivir, se soltó la maroma á los que la tenían sujeta, y la corriente las hubiese llevado sin inesperado auxilio del Señor.

¿Cómo resistía la monja avilense estas fatigas, tan achacosa y anciana?

Esto es no menos milagroso, que cuanto, siguiéndola, vamos consignando, ávidos de que nada falte en esta obra de cuanto traen sus más extensos biógrafos, que á esto nos hemos comprometido, y así nos lo piden la gran mayoría de nuestros favorecedores.

No rinden, ni fatigar pueden, por otra parte, estos detalles que avaloran el mérito de la Santa, y sin que tomados de élla misma puedan jamás tomarse á exageración.

En llegando á Córdoba las pasó otro trabajo el postrero día de Pascua, que pudo hacerlas perder el cumplimiento del precepto, á no favorecerlas Dios.

Había fiesta, y al verlas no las dejaban pasar, y las importunaron muchísimo las gentes, hasta que llegóse á ellas un hombre de bien y apartó la gente. Teresa le rogó luego las llevase á alguna capilla: hízolo así, y cerróla, y dejó hasta tornar-

las fuera de la iglesia, lo cual fué una verdadera merced [1].

A Sevilla llegaron, donde no hallaron casa propia sino alquilada, y aunque sólo las restaba del viaje una blanca, con ella no la importaba á Teresa hacer fundación, y «quísola hacer;» pero el Arzobispo, don Cristóbal de Rojas y Sandoval [2], no lo consintió, «lo cual la afligió en extremo.»

Tentada estuvo la ínclita fundadora á volverse á Veas y de allí á Caravaca, dejando sin hacer fundación en Sevilla.

«Nadie pudiera juzgar, dice, que en una ciudad tan *caudalosa* [3] como Sevilla, y de gente tan rica, había de haber menos *aparejo* [4] de fundar, que en todas las partes que había estado: húbole tan menos, que pensé algunas veces no nos era bien tener Monasterio en aquel lugar.»

»No sé si el mismo clima de la tierra, que he oído siempre decir tienen los demonios más mano allí para tentar, en esto me apretaron á mí, que

---

[1] Después de pasados algunos días, aquel hombre vino á Sevilla, y dijo á un padre de la Orden, que por aquella buena obra que había hecho, pensaba que había héchole Dios merced de una grande hacienda que no esperaba.

«Yo, escribe la Santa en sus *Fundaciones*, os digo, hijas, que aunque esto no os parecerá quizá *nada*, que fué para mí uno de los malos ratos que he pasado; porque el alboroto de la gente era como si entraran toros. Así no ví la hora de salir de aquel lugar, y aunque no le había para pasar la fiesta, tuvímosla debajo de una puente.»

[2] Había sido Obispo de Oviedo y de Córdoba.

[3] Por *populosa*.

[4] Por *medios* ó *recursos*.

nunca me ví más *pusilánime y cobarde en mi vida, que allí me hallé.*»

Y tanto, que asegura luego «que ella á sí misma no se conocía.» Bien que la confianza que tenía en Nuestro Señor, no se la quitaba; mas el natural estaba tan indiferente del que solía tener después que andaba en estas cosas, que entendía apartaba de ella el Señor su mano, para que Él se quedase en su ser, y viese élla que si había tenido ánimo, no era suyo, sino cosa de Él.

Pero como es evidente, y lo hemos visto con frecuencia, cuando más apretada estaba nuestra heroína, Dios venía luego en su auxilio y más la favorecía; aconteció en tales apuros, que acertó á venir de las Indias un hermano suyo, Lorenzo de Cepeda, y éste dió lo necesario y se hizo casa propia, y todo al fin se allanó, aunque no tanto y tan pronto que aún no tuviese mucho que sufrir en Sevilla Teresa de Jesús.

«Es el sufrimiento inherente á los buenos como á los malos en la tierra; mas los primeros lo saben soportar y hasta servirse de él para bien de su alma, mientras á los segundos sírveles acá de martirio, y acaso en la otra vida les sirva, por no sufrirlo con paciencia, de condenación.»

Algunos hay que exceden á todos, y son los que hacen pasar los hijos á sus padres por no ser buenos. ¡Ah! éstos acibaran la vida y llevan anticipadamente á muchos al sepulcro.

Dios nos libre de emplear en nuestro daño, lo que en daño nuestro sobreviene.

Ofrezcámoslo todo al Señor, como Teresa hacía, y el daño se nos convertirá en causa de mayor merecimiento y glorificación.

Tan hermosísima y consoladora filosofía no tiene igual.

Sólo los que la profesan sinceramente pueden ser dichosos; los demás, no.

Y, sin embargo de esto, se va contra ella, y se aspira, por opuestos caminos, al logro de la felicidad.

Fantasma ilusorio que no logran las gentes del mundo alcanzar.

Socorrieron á la Santa otras personas que cita, para que hiciese la undécima fundación, y fueron éstas el Arzobispo mismo de Sevilla, después de una entrevista que tuvo con la Madre, doña Leonor de Valera, y el prior de las Cuevas, el P. Pantoja, gran siervo de Dios, descendiente de los de su linaje de Avila y compatriota de Teresa de Jesús.

Llegado el día, Garci-Alvarez aderezó la claustra y la iglesia extremadísimamente, y con muy buenos altares é invenciones.

«Entre ellas, dice Teresa, tenía una fuente, que el agua era de azahar, sin procurarlo nosotras ni aun quererlo, aunque después mucha devoción nos hizo; y mucho se consolaron al ver que la fiesta se hizo con tanta solemnidad, y las calles tan adere-

zadas y con tanta música y menestriles, que el Prior de las Cuevas dijo á la Santa que nunca tal había visto en Sevilla, por lo que «conocidamente se vió ser obra de Dios.»

El Prior fué en la procesión, que no lo acostumbraba [1]; el Arzobispo puso el Santísimo Sacramento, por todo lo cual añade la Madre:

«Véis aquí, hijas, las pobres Descalzas honradas de todos, que no parecía aquel tiempo antes que había de haber agua para ellas, aunque hay harto en aquel río, y la gente que vino fué cosa excesiva.»

Por último, acaeció una cosa muy de notar, según todos los que la presenciaron, y fué, que como hubo tantos tiros de artillería [2] y cohetes, después de acabada la procesión, siendo casi de noche, antojóseles tirar más, y sin saber cómo se prendió un poco de pólvora, y se tuvo á gran maravilla el no matar al que la tenía; y la llama, que subió hasta lo alto de la claustra que tenía los arcos cubiertos con unos tafetanes, cuando todos pensaron se habían hecho polvo, resultaron sin «daño, poco ni mucho,» y lo que fué más de notar, «que la piedra que estaba en los arcos, debajo del tafetán, quedó negra del humo, y el tafetán que estaba encima, como si no hubiera llegado allí el fuego. Todos se espantaron cuando lo vieron y las monjas alabaron

1 Los Cartujos, por razón de su retiro y aislamiento, no asistían á las procesiones.

2 Disparos de morteretes.

Lit.de J. M.Mateu Barquillo 6. Madrid

*Estravio de amor y fé*

al Señor, por no tener que pagar otros tafetanes... El demonio debía estar tan enojado de la solemnidad aquella que se había hecho, y de ver otra casa de Dios, que se quiso vengar en algo, y su Majestad no le dió lugar.»

¡Cuántas nimiedades y pequeñeces! exclamará la impiedad leyendo estos pasajes de la Santa.

¡Cuánta fe, decimos nosotros, revela todo cuanto en el libro de las *Fundaciones* trae Teresa de Jesús!

Siempre se ve su alma hermosa y sencilla, su candor ingenuo y su amor verdadero al Señor.

Teresa escribía así porque creía; los que no la comprenden ni la admiran, es porque no creen.

¡No creer!... el colmo de la desdicha para el alma, y de la desventura para el corazón.

¡No creer!... el origen de casi todos los crímenes y las iniquidades humanas.

¡No creer!... la causa del hastío y la hipocondría que engendra los malos caracteres, y de que nacen los disturbios humanos.

¡No creer!...

Contemplad los efectos que ha traído al mundo la incredulidad, y hallaréis razón en todo cuanto hacía, pensaba ó escribía Teresa de Jesús.

Vuelva la *creencia* á nuestros hogares para bien de nuestros hijos.

Vuelva la creencia á la sociedad para altura y engrandecimiento de la patria.

La incredulidad ha *materializado* la ciencia, em-

pequeñecido el arte, secado la inspiración... que la creencia lo vivifique de nuevo todo; si no, estamos perdidos.

Lamentos de fanático, llamaréis á estos nuestros... ¡Ah! no; son lamentos de hombre honrado que tiene la franqueza de exhalarlos del fondo de sus entrañas por amor á España.

Viviendo en familia y en sociedad, y amando la sociedad y la familia por temperamento, por carácter.

Y lo bello, lo grande, lo noble y lo sublime.

Que no se concibe, ni se produce.

Al lunes siguiente, 6 de Junio [1], la Santa partió de Sevilla con el gran consuelo de dejar hecha la undécima fundación, á la par que en el mismo año se hubo realizado la duocécima de Caravaca, en la que se puso el Santísimo Sacramento el día del Santo Nombre de Jesús, colocando la santa casa bajo la advocación del siempre glorioso San José.

Si de la fundación duodécima no hablamos más extensamente, es porque en ella no intervino de un modo tan personal la Santa, según ya dejamos indicado en este mismo número.

Cuando trajeron la codiciada licencia, ya estaba Teresa dispuesta para partir á Caravaca; mas como supo que venía en ella que fuese la casa su-

---

[1] La fiesta que hubo en Sevilla fué el domingo anterior á la Pascua de Espíritu Santo, año 1576.

jeta á los comendadores, y las monjas les diesen la obediencia, lo que no podía consentir, por ser la suya de Nuestra Señora del Carmen, hasta obtener la nueva licencia, de que la hizo merced el rey, y por estas peripecias y dilaciones no fué.

De Sevilla pasó la Santa á Malagón, acompañada de su hermano, de una sobrina, hija de éste, del P. Gregorio Naciamén y de Alfonso Ruiz.

Y luego de Malagón hizo viaje á Toledo, en donde el Señor se dignó revelarla lo que debía durante algún tiempo sufrir, y así lo escribió al padre Gracián.

De 1575 á 1580 se hicieron los conventos de religiosos descalzos de Almodovar del Campo, el del Monte Calvario, y el de Baeza; el primero, en 1575; el segundo, en 1576, y el tercero, en 1579.

# V.

## La Pecadora.

SUFRIMIENTOS grandes acibararon la existencia de Teresa de Jesús por los años citados de 1575 al 1580, si bien fueron de orden diverso á los que hasta entonces había experimentado, pues provinieron todos de la lucha tenaz é insistente de los Calzados contra los Descalzos, de que ya hemos hecho mención en los números anteriores.

¿Qué podemos decir sobre esto que no sea ajeno en cierto modo al fin principal de esta obra?

La Iglesia ha sufrido, no sólo por sus enemigos declarados, sino, y no poco, por sus hijos mismos, en quienes el demonio pone en el corazón orgullos, celos y malquerencias infundados.

Reveló el Señor á la Madre carmelita estando en Toledo, de vuelta de Andalucía, lo que se efectuó, y hasta fué causa de que suspendiera por largo tiempo su obra de *expansión* ó *dilatación*, que no de otra suerte pueden calificarse sus *fundaciones*

puesto que en cada una de ellas la Santa dejaba un pedazo de su alma ardiente y apasionada por la causa de Dios.

Cada uno de los conventos ó Monasterios fundados por Teresa, fueron otros tantos centros ó focos á donde convergían ó desde los cuales irradiaban las más grandes virtudes de la vida monacal, que tan buenos ejemplos producía y tantos beneficios reportaba á la sociedad.

«Padecieron mucho los Descalzos, en especial las cabezas, escribe nuestra heroína, de graves *testimonios* y *contradicciones* de casi todos los padres Calzados.»

La muerte de monseñor Nicolás Ormaneto, Nuncio de Su Santidad en España [1], y la venida para sustituirle de monseñor Filipo Sega [2], contribuyó mucho á mantener la lamentable *rivalidad* que tanto mortificó á la Santa, y fueron víctimas principales de ella Fr. Antonio de Jesús, que es el que comenzó el primer Monasterio de Descalzos; Fr. Jerónimo Gracián, á quien había hecho el

---

1 Uno de los prelados más celosos que tuvo la Iglesia en el siglo XVI. Estado había en Inglaterra con el Cardenal Polo, y posteriormente en el Concilio de Trento. San Carlos Borromeo le tuvo de Vicario general, y después fué Obispo de Padua. Vino de Nuncio á España en 1572, y murió en Junio de 1577, en tal pobreza, por efecto de su caridad, que tuvo que costear sus funerales Felipe II.

2 Había estado con don Juan de Austria en Bélgica, y desde allí vino á España. Antes de que saliera de Italia para Bélgica, procuraron los Carmelitas italianos congraciarse con él, como lo consiguieron, por medio de su pariente el Cardenal Boncompagni, protector de los Calzados, y sobrino del Papa Gregorio XIII; lo cual explica su prevención contra las fundaciones de Teresa de Jesús.

Nuncio pasado Visitador apostólico de los *del paño*, y el P. Mariano de San Benito.

A éstos pusieron muchas censuras, prohibiéndoles que tratasen ningún negocio; entendiéndose bien venir todo de Dios, y que lo permitía su Majestad para mayor bien, y para que fuese más entendida la virtud de los perseguidos, como lo fué al fin. Púsose Prelado del paño, para que visitase los Monasterios de monjas y de frailes descalzos, y «así se pasó grandísimo trabajo,» como á nosotros no nos compete historiar al pormenor.

Y á no tomar este asunto por su cuenta y bajo su piadosa protección el rey Felipe II, cuanto la Santa avilense había logrado, hubiese tenido un término poco conveniente para la religión.

Nunca, empero, abandonaba el Señor á su sierva Teresa, y á la vez que amargaba su ancianidad lo que ocurría con su instituto á «tan duras creado,» hallándose en Toledo en 1576 viniéronla cartas por mano de un clérigo de Villanueva de la Sara, en las que el Ayuntamiento del lugar la instaba hiciese allí fundación.

La razón de esto era que habíanse reunido nueve mujeres muy devotas en una ermita dedicada á Santa Ana anhelando hacerse monjas, sin saber qué Orden escoger.

Dirigíalas, y las incitó á la vocación, una singularísima criatura, que á sí misma se titulaba la *Pecadora*, y había dado por largos años muestras de

una vocación heremítica asombrosa, viviendo como ahora diremos, tomándolo de la Santa, pues en estas cosas inventar nosotros fuera ó entenderse pudiera por verdadera profanación.

Llamábase la humildísima *penitente*, que no *pecadora*, decirse debía doña Catalina de Cardona, de noble familia, y ya aun en medio de la abundancia y la calidad, habíase mostrado inclinada á la vida solitaria.

Descubrió sus deseos á un ermitaño que estaba en Alcalá, y rogándole la acompañase, como lo hizo, á una covezuela, que apenas cabía, á donde la dejó, y se hizo luego la décimatercera fundación.

No tuvo desde el primer momento la fervorosa señora cuidado alguno de lo que había de comer, ni temor á los peligros que le podían suceder, ni á lo que de élla pudiera decirse al bien parecer.

«Muchas cosas he oído, nos dice Teresa, de la grande aspereza de su vida, y débese de saber lo menos; porque en tantos años como estuvo en aquella soledad con tan grandes deseos de hacerla, no habiendo quien á ello le fuese á la mano, terriblemente debía de tratar su cuerpo.»

Ocho años permaneció en el desierto la piadosa penitente, alimentándose de hierbas y raíces, pues tres panes que la dejó el ermitaño que la acompañó se le acabaron, y estuvo sin harina hasta que un pastorcillo se la proporcionó, con la que hacía,

escribe la Santa carmelita, unas tortillas [1] que era su mejor regalo, y aun esto cada tres días.

Una mujer, que viniendo de una romería hizo noche en su cueva, tuvo ocasión de ver los cilicios que usaba llenos de sangre, que limpiaba al acostarse y se los volvía á poner.

Inquietábala el demonio en forma de alanos y de culebras que se la enroscaban á su cuerpo, viendósela sola el ir á un monasterio de religiosos á misa, y no pocas hacía el camino de rodillas.

El vestido era de buriel, con túnica de sayal, y de tal manera hecho, «que pensaban que era hombre.»

Después de los ocho años que allí estuvo tan á solas, quiso el Señor se divulgase, y comenzó á inspirar tanta devoción, que no podía verse libre de gentes que acudían á admirarla. A todos hablaba con mucha caridad y amor, y mientras más tiempo iba, mayor concurso de gente acudía; quien hablarla podía, lo tenía en mucho; y ella estaba tan cansada de esto, que decía la tenían muerta. Ocasión hubo de estar todo el campo lleno de carros: y «después que estuvieron allí los frailes, no tenían otro remedio sino levantarla en alto, para que les echase la bendición, y con eso la libraban.»

---

1 *Tortillas;* es decir, unas tortas pequeñas, de harina cocida en la lumbre, ó sobre una piedra. El uso de este diminutivo parece indicar, á juicio del Sr. Lafuente, que aún no se aplicaba entonces la pasta del huevo batido y frito, á la que se dió este nombre por su semejanza con la masa, que Santa Teresa llama aquí *tortilla,* ó torta pequeña.

Al cabo de este tiempo, como Teresa fuese importunada de nuevo para hacer convento en Villanueva, bien porque supiese lo que de la *Pecadora* hemos dicho, ó porque el Señor se lo ordenase, lo cierto es que al cabo hubo de transigir.

En la corte y otras partes la dieron para poder hacer Monasterio, y llevando la licencia se fundó.

Hízose la iglesia á donde estuvo la cueva, y á la penitente la hicieron otra desviada, en la que había un sepulcro de bulto, y allí «se estaba noche y día lo más del tiempo.»

Mas le duró poco este modo de ser tan de su agrado, que no vivió sino unos cinco años y medio después que se hizo allí el Monasterio, que, «con la vida tan áspera que hacía, aun lo que había vivido parecía sobrenatural.»

Su muerte fué el año de 1577, y se la hicieron las honras con grandísima solemnidad, «porque un caballero que llaman Fr. Juan de León, tenía gran devoción con élla, y puso en esto mucho para darlas mayor ostentación.»

Hizo á nuestra heroína mucha alegría y gran consuelo el hacer allí Monasterio, y en lo que allí estuvo se edificó, porque veía que la que había hecho allí penitencia tan áspera era como élla, y más delicada que élla por ser quien era, y «no tan gran pecadora como yo soy,» añade con su humildad nunca desmentida y probada siempre que en ello se la ofrecía ocasión.

Acabando de comulgar un día en esta santa Igle-

sia, dió á Teresa un recogimiento tan grande, con una tanta suspensión, que la enajenó.

Y se la representó aquella santa mujer, por visión intelectual, como cuerpo glorificado, y algunos ángeles con élla, y la dijo:

—No te canses; antes bien procura ir adelante en tus fundaciones.

Con lo cual entendió que la bienaventurada la ayudaría para ello cerca de Dios.

También la dijo otras cosas «que no hay para qué las escribir,» con lo cual quedó nuevamente harto consolada y con deseo de trabajar; «y ñada en la bondad del Señor, que con tan buena ayuda como estas oraciones, podría servirle en algo,» como así fué.

La fundación de Villanueva de la Jara quedó hecha el domingo primero de Cuaresma, víspera de la Cátedra de San Pedro, día de San Barbacián, año de 1580.

Este mismo día se puso el Santísimo Sacramento en la iglesia de Santa Ana, á la hora de misa mayor; «saliendo á recibir á las madres todo el ayuntamiento, y entre ellos el Dr. Ervias, y fueron á apear á la iglesia del pueblo, que estaba bien lejos de la de Santa Ana.»

Y fué tanta la alegría de todo el pueblo, que, según escribe la Santa fundadora, la «hizo harta consolación ver con la que recibían la Orden de la sacratísima Virgen Nuestra Señora.»

Y añade:

«Desde lejos, dice, oíamos el repicar de las campanas, y entradas en la iglesia comenzaron el *Te Deum*, un verso la capilla de canto, y otro el órgano. Acabado, tenían puesto el Santísimo Sacramento en unas andas, y Nuestra Señora en otras, con cruces y pendones, y comenzó la procesión con harta autoridad: nosotras, con nuestras capas blancas, y velos delante del rostro, íbamos en mitad, cabe el Santísimo Sacramento, y junto á nosotras nuestros frailes descalzos, que fueron los del Monasterio, y los franciscos, y un dominico que se halló en el lugar, que, aunque era solo, me dió contento ver allí aquel hábito.»

Como el camino era largo, pusieron en él muchos altares, y deteníanse en ellos diciendo letras de la Orden, que hacían á todos harta devoción, y más que á todos á Teresa, por lo cual se extendió con este motivo largamente en dar gracias al Señor.

—Bendito seáis, Dios mío,—decía,—padre de infinita misericordia, que tanto queréis mi bien, y tanto lo procuráis y lo deseáis; de suerte que, en alguna manera, os mostráis apasionado por mí, y quizá más que yo misma... Los ángeles, y los espíritus bienaventurados, y todos los del cielo, y cuantas criaturas tiene la tierra, os alaben y bendigan, y engrandezcan vuestra misericordia, y os den infinitas gracias, porque sóis tan bueno, que me per-

donáis; tan dulce, que me llamáis; tan piadoso, que me sufrís; tan blando, que me recibís; tan justo, que me santificáis; tan rico, que me dáis un reino. ¡Oh, buen Señor! no sé cómo os alabe, cómo os glorifique, ni con qué palabras encarezca vuestra misericordia infinita. Deséalo el alma mía; ser querría todo lengua, mas no tengo sino una; había de ser de fuego, mas es de carne; yo entiendo poco, mas os debo mucho; había de ser ángel, mas soy mujer y pecadora, y gran pecadora; pues ¿cómo, Señor, dulcísimo, podré decir lo que siento, ó sentir lo que os debo? No, buen Señor; no puede ser, y este no poder cede en gloria vuestra y honra mía, que tengo yo un Dios, que lo menos que hay en Él, es lo más que puede alcanzar el humano pensamiento.

De tal manera se expresaba la monja avilense, llena de reconocimiento y gratitud.

# VI.

## Las fundaciones de Palencia y Soria.

Acibararon la ya por demás agitada existencia de la heroína principal de esta obra, males morales y dolencias físicas.

La noche de Navidad de 1577, al salir del coro, hubo de caerse y se fracturó ó descoyuntó el brazo izquierdo, y como estaba de Dios que padeciese, se lo curaron mal, siendo precisa, después de algún tiempo, «una operación cruenta que mucho la atormentó.»

—Válgame el Señor,—dijo al caerse, aludiendo al diablo;—éste matarme quiso.

Y al punto escuchó la voz que más la recreaba confirmando sus palabras:

—Sí, quiso; mas contigo estaba Yo.

Al final de aquel mismo año la tormenta surgió en torno de los suyos, que á la Madre acudían solícitos; y ella, orando, orando siempre, la disipó.

Injurias, calumnias, persecuciones... cuanto el

mundo da de sí de malo, por este tiempo vino contra Teresa.

¿Qué la importaba?

Tenía á Dios de su parte, y esto la era suficiente, esto la bastaba.

«No tener á Dios, es el mayor de los males, el vacío de los vacíos, el gran vacío.»

—¿Quién me apartará de Jesús?—dice con San Pablo la religiosa carmelita.—¿El trabajo? ¿Verme en angustia? ¿El hambre? ¿La desnudez? ¿El peligro? ¿La persecución del enemigo? ¿El cuchillo del tirano?

No.

De todo esto saldrá vencedora Teresa por amor del que primero nos amó.

Y segura estaba ya á la altura de perfección y santidad, que ni la muerte, ni lo más fuerte, ni lo más alto, ni todo el profundo y cuantos en él viven, la podrían apartar de su Dios.

—¡Oh, fuerza del amor divino,—exclama;—que quieres y desmayas, y robas un corazón, y le sacas de sí, que le abrasas en fuego de amor divino! ¿Quién me apartará de Jesús?

Teresa ya no estaba nunca separada del Señor.

Por eso, y sólo por eso, se la ve marchar serena siempre á su objeto, siempre á su fin.

Dionisio, y antes que él Platón, comparó á Dios con el sol, diciendo, «que así como el sol alumbra los cuerpos y los calienta, así Dios, con su rayo

divino, da á los ánimos el resplandor y luz de la verdad, y el ardor y el calor de la caridad. Que así como el sol todo lo vivifica, todo lo actúa y lo da ser, así Dios es autor de todas las cosas, y el que á todas ellas les da fuerza y vigor. Vivifícalas, regálalas, trátalas con ternura, y las levanta. Y en cuanto aplica y alumbra la potencia para que conozca, se llama *verdad.*»

Los enfermos sed tienen.

Si Teresa está enferma, ¿qué mucho que ame la fuente? Si tiene sed, ¿cómo no deseará el agua? Si la abrasa el calor, ¿cómo no suspirará por la sombra del árbol de la vida?

—Eres,—dice,—Dios mío, salud que no se destempla, fortaleza que no se cansa, amparo que nunca falta, guarida que asegura, puerto que jamás se altera, esperanza que nunca burla, virtud que siempre sustenta y médico que sana nuestras enfermedades.

Y añade aseguida:

—Díme, espejo de los santos, ¿quién te amó sin que le amases? ¿Quién te buscó sin que le llamases? ¿Quién vino á tí sin que tú le trajeses?

Y contesta:

—Nadie, por cierto; porque de tí y por tí se comienza todo nuestro bien: luego, don tuyo es que te amemos, y deuda es que te debemos, y que te la pagamos cuando te amamos. Y aún más te confieso, Dios mío, que pues sin tu gracia no te puedo amar, y mucho menos pagar; cuando me das favor

para que te ame, es que me adeudas de nuevo; porque cuanto más te amo, tanto más te debo el don con que te amo.

Hay otra cosa maravillosa que debemos hacer notar aquí, y es, que después que la religiosa avilense hizo estas consideraciones, añadió:

—Por Vos me redimo, por Vos me hallo y tengo, y si por Vos me tengo á mí, más os tengo á Vos, y primero os he de tener á Vos que á mí, y más cercano os estoy que á mí, pues que á mí no me tengo sino por Vos.

Tan cierto es, que los que se aman mueren en sí, y viven en otro; de suerte, que hay sola una muerte y dos vidas. Una muerte, cuando se desprecia á sí mismo, y no cura de sí. Dos vidas: la una, cuando se halla en el amado, la otra la del mismo amado.

Y porque no parezca que deliramos, lo probaremos esto con la Escritura.

San Pablo dice:

—Muertos estáis, y vuestra vida está escondida en Dios con Cristo. Pues cuando apareciere Cristo, que es vuestra vida, entonces apareceréis vosotros con Él. Entonces se echará de ver que tenéis vida, y no vida cualquiera, sino la vida de Cristo, que era la vida de Teresa de Jesús.

—Muertos,—dice después,—muertos estáis, porque morís amando; pero la vida que en vosotros perdísteis, cobráisla en Dios; allí está escondida con Cristo; allí os la tiene Dios guardada, porque

nadie os la toque. Está con Cristo, porque Cristo está en Dios, y Dios en Cristo.

No había abandonado aún á Villanueva de la Jara, y ya se la presentó medio de hacer otra nueva fundación.

Fué ésta la de Palencia, y cuando de ella comenzaba á ocuparse seria y formalmente, acaeció la muerte de su querido hermano don Lorenzo, que quiso Dios consolarla mucho con saber que había sido cristiana y ejemplar.

—La caridad, á la vez que la naturaleza, quiso que fuésemos hermanos en la tierra, y esa misma hermandad tendremos en el cielo,—dijo.

E inspiradaTeresa, al saber tan irreparable pérdida, el Señor la santificó en esta certeza, pues vió en éxtasis el alma de su querido hermano gozando de las delicias eternas.

Vino luego á Valladolid, á su amado convento, y allí padeció tan grave enfermedad, que estuvo á punto de morir, por cuya razón, dice que «quedó tan quebrantada de alma como de cuerpo.»

Y no era sola la fundación de Palencia de lo que por entonces trataba, sino que á la vez se la propuso y gestionó la de Burgos.

«¡Nunca en ocasión peor!» exclama, lamentando el estado en que el mal grave de garganta la dejó.

«No sé si era el mucho mal y flaqueza, que me

había quedado, escribe, ó el demonio, que quería estorbar el bien que se ha hecho después. La verdad es, que á mí me tiene espantada y lastimada (que hartas veces me quejo á Nuestro Señor) lo mucho que participa la pobre alma de la enfermedad del cuerpo, que no parece sino que ha de guardar sus leyes, según las necesidades y cosas que le hacen padecer.»

Y pone luego:

«Uno de los grandes trabajos y miserias de la vida me parece este, cuando no hay espíritu grande que lo sujete; porque tener mal y padecer grandes dolores, aunque es trabajo, si el alma está despierta, no lo tengo en nada, porque está alabando á Dios y considera viene de su mano. Mas, por una parte padeciendo, y por otra no obrando, es terrible cosa, en especial si es alma que se ha visto en grandes deseos de no descansar interior y exteriormente, sino emplearse toda en servicio de su gran Dios. Ningún otro remedio tiene aquí sino paciencia, y conocer su miseria, y dejarse en la voluntad de Dios, que se sirva de ella en lo que quisiere, y como quisiere... De esta manera estaba yo entonces, aunque ya en convalecencia, mas la flaqueza era tanta, que, aun la confianza que me solía dar Dios en haber de comenzar estas fundaciones, tenía perdida; todo se me hacía *imposible*. Y si entonces acertara con alguna persona que me animara, hiciérame mucho provecho; mas unos me ayudaban á temer; otros, aunque me daban algu-

nas esperanzas, no bastaban para mi pusilanimidad.»

De manera tan admirable pinta la Santa su estado en esta ocasión, en que se la requería para fundar, élla, que tanto lo quería y lo deseaba.

Conturbábanla en vez de animarla; la afligían en vez de consolarla; esto es muy humano, esto pasa con frecuencia.

Un padre de la Compañía que acertó á visitarla en tal estado, ¡siempre ellos! el P. Ripalda, confortó su decaído espíritu, y orando, el Señor la dijo:

—¿Qué temes? ¿Cuándo te he faltado Yo? El mismo soy que he sido... Haz esas dos fundaciones.

Y la de Palencia y Burgos se efectuaron como vamos á decir.

Y no fueron estas solas, sino la de Soria, que también se llevó á cabo, entremedias de las dos.

La de Palencia tuvo peripecias y dificultades muchas, que así había de ser, «para ser más grata al Señor.»

El canónigo Reinoso allanó las primeras, y la Santa salió para la ciudad con cinco monjas, una de ellas la V. Ana de San Bartolomé, su secretaria, que no sabiendo escribir aprendió en poquísimo tiempo, ensayándose sobre unos renglones de la Madre, cuyo ejercicio la bastó.

Entraron en Palencia «de secreto,» como siem-

pre hacía la excelsa Madre, y díjose misa en la casa dispuesta por el canónigo, su amigo, el día que la Iglesia reza del rey David, á quien la Santa tenía en especial devoción.

Hecho esto, Teresa envió recado al Obispo, «que fué luego, dice, con una caridad grande, que siempre ha tenido con nosotras,» y díjolas «las daría todo el pan que fuese menester, y mandó al provisor las habilitase de muchas cosas.

»Es tanto, añade, lo que esta Orden le debe, que quien leyere estas Fundaciones está obligado á encomendarle á Nuestro Señor, vivo ó muerto, y así se lo pido por caridad.

»El contento que mostró el pueblo fué general, y ninguna persona hubo que le pareciese mal; mucho ayudó saber que lo quería el Obispo, por ser allí muy amado: mas toda la gente es de la mejor masa y nobleza que yo he visto, y así cada día me alegro más de haber fundado allí.»

Como la casa no era de las religiosas, luego comenzaron á tratar de comprar otra, que, aunque aquella se vendía, estaba en muy mal puesto, y con la ayuda que esperaba de las monjas que habían de ingresar, «parece podía contar con algo, que, aunque era poco, para allí era mucho; aunque si Dios no diera los buenos amigos que nos dió, todo no era nada: que el buen canónigo Reinoso trajo otro compañero suyo, llamado Salinas, de gran caridad, de entendimiento, y entrambos tomaron el cuidado, como si fuera para ellos pro-

pios, y aún creo más, y le han tenido siempre de aquella casa.»

Había en Palencia una como ermita, de mucha devoción, dedicada á Nuestra Señora, llamada de la Calle, y al cabo de muchas dificultades «en ella se acabó.»

Y la traslación á esta casa quiso el Obispo que se verificase con mucha solemnidad. Y vino para ello de Valladolid, y se le unieron el Cabildo y las Ordenes, y casi todo el lugar con mucha música.

«Fuimos desde la casa á donde estábamos, todas en procesión con nuestras capas blancas y velos delante del rostro, á una parroquia que estaba cerca de la casa de Nuestra Señora, y la misma imagen vino también por nosotras, y de allí tomamos el Santísimo Sacramento, y se puso en la Iglesia con mucha solemnidad y concierto: hizo todo ello harta devoción. Iban más monjas que habían ido allí para la fundación de Soria, y con candelas en las manos. Yo creo que fué el Señor harto alabado aquel día en aquel lugar. Plego á Él para siempre lo sea de todas las criaturas.»

Estando en Palencia la Madre, fué Dios servido se hiciese el apartamiento de los Descalzos y Calzados, «haciendo provincia por sí, que era todo lo que deseábamos para nuestra paz y sosiego.»

Trájose de Roma, por petición del católico rey don Felipe, un Breve «muy copioso para esto» [1].

[1] El 15 de Agosto de 1580 llegó á manos del rey.

y su Majestad los favoreció mucho en extremo, como ya antes lo había comenzado.

Hízose Capítulo en Alcalá por mandato del padre Fr. Juan de las Cuevas [1], que era entonces prior en Talavera, de la Orden de Santo Domingo, que vino señalado de Roma [2], nombrado por su Majestad, «persona muy santa y cuerda, como era menester para cosa semejante.»

—¡Ahora ya puedo morir en paz, porque mis ojos vieron lo que mi corazón deseaba!—exclamó Teresa de Jesús al saber tan fausto acontecimiento.

No fueron estos solos los motivos de alegría que la Santa tuvo hallándose en Palencia, pues fué allí donde recibió carta del Obispo de Osma, Velázquez, para hacer bajo sus auspicios en Soria otra fundación.

Había en esta ciudad una señora principal llamada doña Beatriz de Veamonte y Navarra, que, habiendo sido casada y quedado viuda sin hijos, trató con el referido Prelado de aplicar su hacienda á hacer un convento, y éste contribuyó á la más pronta realización de sus deseos, inclinándola á que fuese de monjas de la descalcez.

---

1 Apellidábase Fr. Juan Velázquez de las Cuevas, aunque generalmente se le llamaba Fr. Juan de las Cuevas, con su apellido materno. Era natural de Coca, y fraile del convento de San Esteban de Salamanca. En 1596 fué nombrado Obispo de Avila, y murió dos años después.

2 En la mayoría de las ediciones decía *nombrado* de Roma, y *señalado* por su Majestad, pero el original dice lo que aquí se pone.

Cedió para ello su casa, «que era buena y fuerte,» y el Obispo agregó para iglesia «una que era parroquia, toda abovedada,» y así se lo participaron á Teresa, que llevó siete de sus hermanas, sin que en este camino «hubiesen trabajos,» que el Obispo se cuidó de esto, y con gran diligencia y caridad los evitó.

Llegaron al Burgo de Osma antes de terminada la Octava del Santísimo, y á Soria, donde las aguardaba doña Beatriz á la puerta de su casa, que era á donde se había de fundar el Monasterio, pocos días después.

Mucho las costó entrar en ella, porque era mucha la gente, «lo cual no era cosa nueva,» dice Teresa, que en cada parte que iban, «como el mundo es tan amigo de novedades, á no ir cubiertas, á no llevar velos delante del rostro,» las sería imposible sufrir la mucha curiosidad que provocaba su presencia.

Tenía la señora aderezada una sala muy grande, en la cual se había de decir misa, hasta habilitar el pasadizo para la iglesia que las daba el Obispo; y al día siguiente, que era de San Elíseo, se dijo.

Todo lo que habían menester tenía muy cumplido aquella señora, y las dejó en aquel cuarto, á donde estuvieron recogidas hasta que se hizo el pasadizo, el cual no estuvo habilitado hasta la Transfiguración.

Este día se dijo, por fin, la primera misa en la iglesia con harta solemnidad, y en ella predicó un

padre de la Compañía, pues el Obispo se había ido al Burgo, «porque no perdía día ni hora sin trabajar, aunque no estaba bueno.»

Todo lo grata que fué la ida á Soria á hacer la décimaquinta fundación [1], fué de mala y trabajosa la vuelta á Segovia, para de allí tornar la Madre á San José de Avila, donde «la reclamaban asuntos del mayor interés.»

La relación de este viaje la trae la Santa al final del cap. XXX de *Las Fundaciones*, donde se puede leer.

La víspera de San Bartolomé llegaron á Segovia las religiosas, en cuyo Monasterio descansaron algunos días, «que harto lo necesitaban,» pasando luego á Avila, á donde llegó la Madre el 5 de Septiembre.

Encargándose acto seguido del gobierno de su queridísima Comunidad «todo disturbio cesó, y salieron de penas y de deudas hartas las religiosas.»

---

[1] La de Palencia fué la décimacuarta.

# VII.

## Ultimas fundaciones.

El destino de los buenos, más aún que de los malos, acá en la tierra, es *sufrir*.

Teresa de Jesús en todo halló motivos de ejercitar su paciencia, y con ella los de ganarse «la voluntad completa del Señor.»

A fines de 1581 comenzóse á tratar de la antepenúltima fundación de Carmelitas descalzas, habiéndose establecido en el mismo año las casas de Varones de la Reforma, de Valladolid y Salamanca.

Fué, la dicha fundación, la décimasexta, á la cual no asistió personalmente la Santa, y se hizo en Granada bajo los generosos auspicios de doña Ana de Peñalosa, terminándose en Enero de 1582.

Llegamos, por orden cronológico, á la postrera, á la última de las fundaciones de la religiosa avilense, y por cierto que ella fué digna corona de

todas las demás; «doble corona de rosas y espinas» la titula uno de sus panegiristas, con cuya frase resume de manera admirable cuanto en ella la hoy bienaventurada pasó.

Más de seis años antes de lo que vamos á referir, algunos doctos PP. de la Compañía habían aconsejado á la Santa fundase en Burgos, lo cual no había podido hacer, aunque lo deseaba, y como á la sazón fuese á Valladolid al Arzobispado don Cristóbal Vela, que había sido Obispo de Canarias, y recibiese obsequios de don Alvaro de Mendoza, que ocupaba la silla de Palencia, Teresa rogó á éste le pidiera licencia para fundar en su diócesis, lo cual hizo el gran amigo de la Madre con la mejor voluntad.

Con tal comienzo, la fundación parecía que se presentaba fácil, y así lo juzgaron todos; pues el Prelado dió las mejores palabras al de Palencia, y por entonces las cosas quedaron así, haciéndose las fundaciones, que ya hemos dicho, de Palencia, Soria y Granada con antelación.

Cuando se vió libre Teresa, pensó en Burgos, y sin temor al rigor de la estación, escribió á doña Catalina de Tolosa, grandemente interesada en que allí se hiciera fundación, anunciándola su ida, y desde Avila se puso en camino.

¡Cuánto en él debía padecer!

Comenzó en Medina por hallar enferma, con síntomas de pulmonía, á la Priora del Monasterio, á

la que milagrosamente sanó, y dispuestos los carros para el viaje, no oyó advertencias ni consejos, y á Burgos se dirigió.

Quiso el P. Provincial acompañarlas á esta fundación, «parte por estar entonces desocupado, parte por mirar por la salud de la Madre en los caminos,» y sobre todo, «al ver el tiempo tan recio, élla tan vieja y enferma, é importarle en extremo su vida.»

Y fué esto, añade la Santa, «ordenación de Dios, porque los caminos estaban tales, que eran las aguas muchas, que fué bien necesario ir él y sus compañeros para mirar por dónde se iba, y ayudar á sacar los carros de los trampales, en especial desde Palencia á Burgos, que fué harto atrevimiento salir de allí cuando salimos.»

Verdad es que el Señor habría hablado á la religiosa y díchola:

—Bien puedes ir.

Lo cual era para élla mandamiento, y no consejo, y por ello sólo á emprenderle se aventuró.

Aunque esto no lo dijo la Madre al P. Provincial por entonces, se lo confió por alentarle en los grandes trabajos y peligros en que se vieron, en especial en un paso cerca de Burgos, que llaman los *pontones*, en el cual, como el agua había sido tanta, «que ni se veía, ni parecía por dónde ir, sino todo agua, y de una parte y de otra estaba muy hondo.»

Fué el aventurarse en aquel sitio «grandísima temeridad;» pero ya no había remedio.

Iban ocho religiosas, y antes de decidirse á vadear el paso, se confesaron todas; «Teresa arremetió la primera, encomendándose á Dios, y diciendo á las demás:

—Ea, mis hijas, adelante... ¿qué más quisieran ellas que fuésemos mártires aquí por amor de Nuestro Señor?»

Y «por prodigio se tuvo el no perecer;» llegando á Burgos al anochecer del 26 de Enero de 1582.

La primera visita que los viajeros hicieron, fué al Santo Cristo que llaman de *Carne*, que entonces se veneraba en el convento de Agustinos, y hoy está en una de las capillas de la Catedral, yéndose luego á casa de doña Catalina, que las aguardaba impaciente.

Allí pasaron la noche, teniendo antes de recogerse que enjugarse los hábitos á la lumbre, lo cual causó mucho daño á la Santa.

Al día siguiente el P. Gracián fué á verse con el Arzobispo, y le encontró completamente trocado y hostil á la fundación.

—¡Cómo sin mi licencia [1] vino! — exclamó don Cristóbal.

Y despidió al Provincial, añadiéndole:

---

[1] *In scriptis.*

—Ínterin no tenga casa propia y renta, no piense la Madre en esta fundación.

La Santa, que no se podía mover de los dolores al cuello que la atormentaban, escuchó á su grande amigo el Provincial, que la dijo que en la casa en que estaban, ni Misa podían oir.

—Saldremos á oirla,—contestó Teresa de Jesús, y se levantó; y enlodadas como estaban, no faltaron un solo día al Santo Sacrificio, al que iban antes de ser de día y muy cubiertas para no llamar la atención.

En tan grave apuro, no siendo bastante á procurar la licencia del Prelado doña Catalina y otras personas influyentes, alcanzóse las permitieran ocupar un desván «á teja vana» en el Hospital de la Concepción, donde permanecieron desde la víspera de San Matías hasta la de San José.

En todo este tiempo la Santa carmelita visitó los conventos de la ciudad, é hizo en todos su presencia grandísima edificación.

Logró, por fin, Teresa, ver al Arzobispo, y el Prelado no estuvo con élla tan duro como lo había estado con el P. Gracián, autorizando el que se pasasen á una casa en la cual se puso el Santísimo Sacramento el 19 de Abril de aquel mismo año de 1582.

Satisfecha estaba ya Teresa y regocijadas sus compañeras, viéndose en edificio propio en Burgos,

cuando sobrevino una nueva y mayor aflicción.

Amaneció el día 24 de Mayo cubierto de densos é imponentes nubarrones, que terminaron por desgajarse en torrentes de agua.

El tránsito por calles y plazas se hizo imposible, y los truenos y los relámpagos se sucedían con tanta frecuencia, que las gentes refugiadas en sus casas lloraban y pedían merced al Señor.

Las pobres religiosas, que ignoraban las malas condiciones del edificio que á costa de tantos sacrificios se habían proporcionado, que no conocían nada de Burgos, oyeron un ruido repentino que las llenó de terror: lo producían las aguas del río, que, desbordadas, se metieron hasta los primeros pisos con tanto ímpetu y tanta furia, que apenas dió tiempo á las Madres para subir á lo alto al Santísimo, no sin riesgo, y «á cada momento pensaban verse anegadas.»

Desde las seis de la mañana hasta más de mediar la noche estuvieron en tan grave riesgo, y no pudieron en todo el día comer, porque todo lo que tenían se les anegó.

Desfallecida la fundadora, dijo á la V. Ana de San Bartolomé:

—Hija, mire si ha quedado un poco de pan; déme un bocado, que me siento muy flaca.

Y una novicia, arriesgándose, penetró en un aposento de los bajos, con agua hasta la cintura, y sacó un pedazo de pan mojado, y fué aquello todo lo que á la pobre anciana pudieron dar.

Tan apurado llegó á ponerse el trance de las nuevas religiosas, que todos las daban por muertas, hasta que unos nadadores, que «no se sabe cómo ni por dónde entraron,» lograron romper las puertas y las ventanas bajas, que estaban cerradas, y por ellas se desahogó el edificio, cuyos aposentos inferiores quedaron tan encenagados y con tantas piedras, que en ellos todo se perdió, y llegaron á sacarse después hasta más de ocho carros de broza.

Fué este uno de los muchos contratiempos de la fundación de Burgos.

Llegóse á esto el mes de Agosto, y Teresa escuchó del cielo una voz:

—¿En qué dudas que ya está todo acabado? Bien te puedes ir.

Y, en efecto, partió para Avila, segura de que el Señor no había de faltar á sus hijas.

En su ciudad natal la esperaban grandes contradicciones; pero una sobre todas.

Y fué, mandarla dejarlo todo y partir para Alba de Tormes, donde era necesaria.

Por ley de obediencia, la Santa cumplió lo que se la exigía, y salió para la villa que ya conocemos.

Pongamos sobre este viaje una auténtica relación [1]:

[1] Declarada por la V. Ana de San Bartolomé en el expediente de su canonización.

«A la mañana, dice, nos partimos para Medina del Campo, sin llevar ninguna cosa para el camino, y la Santa iba mala de *mal de la muerte*, y todo este día por el camino no pude hallar ninguna cosa para darla de comer.

Otra noche, estando en un pobre lugarcillo, no se halló cosa que comer, y élla se halló con gran flaqueza, y díjome:

—Hija, déme, si tiene algo, que me desmayo.

Y no tenía otra cosa sino higos secos, y élla estaba con calentura.

Yo dí cuatro reales para que me buscasen dos *güevos*, costasen lo que costasen; mas cuando ví que por dinero que me devolvieron no se hallaba cosa, no podía mirar á la Santa sin llorar, que tenía el rostro medio muerto.

La aflicción que yo tuve en esta ocasión no la podré encarecer, que me parecía se me partía el corazón, y no hacía sino llorar de verme en tal aprieto, que la veía morir, y no hallaba cosa para acudirla.

Y élla me dijo con la paciencia de un ángel:

—No llores, hija; esto quiere Dios agora.

Como se acercaba la hora de su dichoso tránsito, de todas maneras la ejercitaba el Señor; mas élla lo llevaba como siempre, como Santa.

Yo padecía más, como menos mortificada, que era menester que la Santa me consolase, y me decía que no había de qué tener pena, que élla estaba contenta con un higo que había comido.»

Enemigos de la Santa avilense, avergonzáos, callad.

Su autoridad, su celo, su movilidad misma durante las «Fundaciones» no pudo ser obra humana: sólo se concibe y se explica siendo obra de Dios.

Y las obras de Dios nunca fueron estériles ni perjudiciales, sino antes bien, grandiosas y benéficas son para la triste y desvalida humanidad.

—Los tiempos han cambiado,—decís con énfasis, y es verdad.

Han cambiado para nuestro daño y para nuestro mal.

—¿Qué importancia,—añadís,—podía dar á España, ante los ojos de la Europa culta, que algunas, ó muchas, monjas calzadas prometieran descalzarse, y vivir en perpetua reclusión, ayunando, haciendo penitencia, rezando, ó desgarrándose las delicadas carnes con pecadores vapulamientos?

—¿Qué beneficio reportó la sociedad española de tanto rezo, tanto monje y monja, tantas visiones, tantos milagros y tanto convento y ermita?...

Os contestaremos, que sólo por esto y merced á esto España se libró de los grandes crímenes que ensangrentaron al mundo.

Y la sociedad española conservó incólume el sagrado depósito de la creencia y la fe.

Sin Teresa de Jesús, y los que en su tiempo la ayudaron en su obra, hoy no seríamos españoles; sin élla, habríamos perdido el suelo que tanto amamos, la independencia que nos envanece y que

el sentimiento religioso tan sólo pudo contribuir y contribuyó á conservar durante la gloriosa epopeya de principios del siglo actual.

No miréis, pues, con desdén la obra de Teresa de Jesús como *fundadora*.

Élla dió resultados beneficiosos para la sociedad española; contuvo la propagación de ideas, de doctrinas que á la sazón no tienen freno ni encuentran dique que las impida difundirse, y amenazan sumir á los pueblos en el más grosero materialismo y en la más desgarradora incredulidad.

Vamos derechamente al imperio tiránico de las pasiones humanas.

Vamos al dominio avasallador y absoluto del mal sobre el bien.

Y al volver la vista á la fe ardiente é incansable de la religiosa carmelita del siglo XVI, nos sentimos como refrescados con un viento que enjuga nuestra frente abrasada y consuela nuestra alma herida por el desengaño y el dolor.

El hombre no puede limitarse á la vida de la *materia;* tiene en su corazón el germen de más *altos vuelos* y empresas más altas.

Esta es nuestra esperanza.

Los trabajos de la religión no fueron nunca infecundos ni lo serán jamás, y recordarlos se hace cada vez más oportuno y necesario.

Por fortuna para el mundo católico, de todas partes un grito de entusiasmo surge.

De las márgenes floridas del Guadalquivir á las montañas que enfrenan la soberbia del Cantábrico:

De las heladas cumbres de los Alpes al Vesubio coronado de fuego:

De Viena á Londres y al lado allá de los mares, el eco repite este grito:

«¡Gloria! ¡Honor á Teresa de Jesús!»

Gloria, sí, á la mujer heróica, á la mujer fuerte; jamás rendida, jamás cansada de luchar, á pesar de los obstáculos que por doquiera encontrara.

El valor, el talento, el genio, son dones de Dios, pero que vienen al mundo con el hombre: la *santidad*, sólo ella, es perfección que desciende de lo alto sobre aquellos á quienes el Señor destina para su gloria.

Si Teresa de Jesús es admirable y admirada por sus *talentos*, por sus *escritos* y sus *empresas*, atribuirlo debemos resueltamente y proclamarlo muy alto enfrente de la *impiedad*, á que fué SANTA.

El faro que alumbró su alma en su rumbo hacia el cielo, fué *Dios*.

Lo hemos visto, lo hemos condensado todo en esta obra.

Aquel corazón, donde, según la feliz expresión de un sabio, «prendieron tan pronto las llamas del amor divino hasta el punto de ir en busca del martirio en edad temprana; aquel corazón arrojado que, triunfando de sí mismo, rechazó las caricias

mundanas para vivir en la soledad.... aquel corazón, en suma, no pudiendo contener la inmensidad de su amor... se dilató para abrazar innumerables almas, é ideó la *Reforma*, en cuya empresa halló un auxiliar poderoso, fray Pedro Ibáñez, su egregio confesor, y úna vez comenzada, no la abandonó hasta el momento en que vamos á verla *enfermar* y *morir*.»

Los anales del mundo no registran quizás una sola censura tan portentosa por sus hazañas como la del siglo XVI.

«España, afirma con gran exactitud un orador sagrado, era el corazón con que la Europa cristiana latía á la sazón.»

Y añade:

«En esa edad, tan fecunda en grandes hombres, tan hazañosa en sus empresas, tan legendaria en sus triunfos bélicos y literarios, artísticos é industriales, aparece la monja Teresa, brilla y escribe sin estudios, retirada del comercio social, absorta casi siempre en el propio conocimiento, y logra lo que entonces hacía más falta lograr, que era, introducir en la vida monástica el espíritu que debía animarla, y la animó, en los tiempos primitivos, en los tiempos de más entusiasmo y mayor verdad.»

A los escritos de que ya hemos hecho mención, añade otros no menos dignos de consignarlos aquí: *El Libro de sus Fundaciones*, en 1573; *El Castillo*

*interior* ó *Libro de las Moradas,* en 1577; *Conceptos del amor de Dios sobre los Cantares*, cuyo escrito quemó la Santa, pero del cual se conservan copias de algunos fragmentos; *Modo de visitar sus conventos,* después que se separaron del gobierno de los padres Calzados por la creación de un provincial Descalzo; *Canciones y poesías,* de las que han quedado algunas; *Exclamaciones ó meditaciones del alma á Dios; Los avisos á las monjas*, á los que agregó otros 19 *Avisos* más; y *Las Cartas*, reconocidas por el venerable Juan de Palafox; todos éstos, compuestos ó corregidos de 1580 á 1582 [1].

---

[1] *Las Meditaciones sobre el Padre Nuestro*, se duda si son ó no de la Santa, y *Las Constituciones de la cofradía de mujeres para el culto de la Virgen*, sólo se presume que son suyas. Denunciados algunos de los libros de la Santa al Tribunal de la Inquisición, después del más detenido examen fueron calificados de «eminentemente católicos,» así en el año de 1586, como en el de 1594; y en tanta estima se los tiene hoy, que figuran entre los de mayor mérito inspirados por el espíritu de Dios.

# LIBRO DÉCIMONOVENO

## ENFERMEDAD Y MUERTE DE LA SANTA.

### I.

### La llegada.

Era el 20 de Septiembre de 1582.

La tarde tocaba á su fin.

Pardas nubes recorrían el espacio impulsadas por un viento fuertísimo.

Viento de invierno más que de otoño.

Frío glacial.

Resguardados bajo el pequeño soportal de la ermita de *La Guía*, situada á la entrada del puente que atraviesa el Tormes [1] y conduce á la villa de

1 El Tormes, que teniendo su origen cerca de Navarredonda en el lugar de Tormellas, va á desaguar en el Duero, cerca de Villarino, después de haber recorrido 26 leguas, es considerable al llegar á Alba, cuyos muros lame. Para salvarle tiene la villa un puente de piedra de unos 384 metros de largo, 5'85 de ancho y 8'35 de alto, con 26 arcos desiguales, dos de los cuales voló el ejército aliado en 1812, posteriormente reedificados. Su construcción hace datar del siglo XIII.

Alba, había varias personas que aguardaban con impaciencia á alguien que, á juzgar por lo que vamos á oirlas, debiera haber llegado ya.

—¿Qué habrá sucedido?...—exclamó una de aquellas personas con muestras de angustia.

—A no venir, nos lo hubieran avisado de Salamanca...—añadió otra, para tranquilizar á la que había hablado.

—El camino es corto...—murmuró una tercera.

—A lo sumo, dos horas y media de jornada,—añadió una cuarta.

—Y eso viniendo despacio...

—Que con la carroza de mi señora la duquesa, casi en ese tiempo se puede ir y venir.

Convinieron todos los presentes, visto el giro que tomaba la conversación, en que el custodio de la ermita se adelantase á ver si se divisaba algún carruaje, y el buen hombre, á pesar de sus años y de lo desapacible de la tarde, lejos de excusarse salió al camino, y con ligereza impropia de su edad se le vió á poco desaparecer.

Pasó un cuarto de hora y otro, sin que el encargado de la ermita volviese, y la alarma de los que le habían enviado comenzóse á hacer extensiva hacia el pobre viejo.

Sentados unos, paseándose otros, ninguno se atrevía á hablar por el temor de transmitirse y comunicarse sus impresiones.

La persona á que se aguardaba, era nuestra heroína; era Teresa de Jesús.

Y las que con ansia tanta deseaban su llegada, hijas suyas eran, parientes cercanos de la monja carmelita, eclesiásticos, frailes y servidores de los duques, cuyo castillo y palacio, al presente derruídos, estaban entonces en pie atrayendo la atención y dominando á la villa como prueba material de jurisdicción señorial.

Apresurémonos á decir lo que en el ínterin sucedía.

Cruzando el soberbio puente romano que da entrada á Salamanca por la parte de Alba de Tormes, tomando el camino de Peñaranda, para dejarle luego por el directo que á la villa lleva, salido había algo tarde de la ciudad un vehículo de ancha caja, suspendida sobre dobles correas y cuidadosamente cerrada.

Haciendo varias escalas de descanso, ya cerca de las seis de la tarde fué al fin divisada la carroza ducal por el santero, que con una agilidad impropia de su avanzada edad se apresuró á cumplir el encargo que con tanto gusto había aceptado.

—¡Ya está ahí!...—gritó.—Élla es,—añadió al llegar á la ermita;—la conozco perfectamente.

Y los que allí había salieron alborozados al camino, á pesar de lo molesto del aire y del frío, que cada vez se hacía más incómodo y más recio se dejaba sentir.

—¡Alto! ¡alto!... ¡Para, cochero!

Dijeron á una los que esperaban, y se acercaron respetuosos al coche, que era «de los mejores que rodaban por entonces,» y hoy nos hubiese parecido una máquina infernal.

En esto de comodidad hemos adelantado mucho; ¡si no hubiésemos perdido tanto en otras cosas, con poner al alcance de todos la manera de mejor vivir en el orden material!

Los que dentro del carruaje venían, al escuchar las voces, reconociendo algunas por lo queridas y estimadas, se apresuraron á su vez á ordenar la detención del ganado, y abierta la portezuela del coche por un mozo que hacía las veces de zagal, se cruzaron de una y otra parte apretones de mano, y hubo más de uno que se entró dentro y abrazó á los que le ocupaban.

La impresión que la religiosa avilense hizo en todos fué igual:

—Cerrar presto, y á casa,—se apresuraron á decir los más allegados á Teresa, que vertía lágrimas de regocijo al poder apreciar lo mucho que la querían todos, y para cada uno tuvo una frase, una sonrisa, una muestra inequívoca de su sincera gratitud.

El carruaje volvió á ponerse en marcha, entrando á poco en el puente.

Ni al salir de Salamanca, ni al divisar á Alba, la pobre monja, que contaba ya más de sesenta y

siete años, pudo, como otras veces, asomarse al vidrio y contemplar la ciudad y la villa que le eran tan queridas.

Y eso que su secretaria, sor Ana de San Bartolomé, que con élla venía, la dijo para animarla:

—Vea, Madre, lo mucho que aun de lejos, mirada por este lado, tiene de notable la sapientísima y monumental población.

Y creyendo que complacía á la Santa, continuó hablando, poseída por su parte de verdadero entusiasmo y admiración:

—¡Qué hermosa perspectiva!... Ved, Madre, cómo descuellan las dos catedrales, la nueva y la vieja... ¡Y cuánta torre! ¡Y qué de cúpulas y preciosos remates llegan hasta tocár las nubes!...

Teresa no la oía. Estaba triste y silenciosa; abstraída y ensimismada:

¿Por qué?...

Pronto lo sabremos.

Desde «el arrabal del puente» Salamanca ofrece, á la vista del que la contempla, numerosos edificios, «gigantes de piedra, como dice un erudito escritor, engalanados con todos los primores del arte en sus distintas épocas, aquí bizantino y románico, allá gótico y plateresco, acullá arábigo y neoclásico,» que enriquecen la histórica ciudad, emporio de las letras en vida de la Santa; «y si hoy es pobre y fea para el viajero profano, amigo tan sólo del *confort*, hermosa y rica será siempre

para el artista inteligente, para el erudito laborioso, y para todo amante de las glorias patrias.»

Nada, nada; Teresa de Jesús no oía á su complaciente secretaría á la salida de Salamanca, y sor Ana, al notarlo, acabó por guardar respetuoso silencio hasta que llegaron á Alba.

A la vista de la villa ducal, la carmelita trató de intentar de nuevo distraer á la Madre, y cuando atravesaba el ducal carruaje el viejo puente, la volvió á hablar:

—Mire su reverencia, mire...—la decía,—aunque poco, porque está muriendo el día, divísase algo de la villa... Ved allí la negra silueta del castillo y del recién reedificado palacio de los duques, las casas del Aire y de Oliva, la muralla, los conventos y las parroquias [1].

Y añadió:

—Pero, sobre todo, mirad, Madre, en torno nuestro qué se puede apreciar mejor, y veréis «la silueta plantada de pinos que forma el río á la izquierda, la mesa de Carpio y el Arapil del Moro con la ermita de Otero á lo lejos, la verde y dila-

[1] Alba llegó á contar doce parroquias y seis conventos, mitad de religiosas y otra de religiosos.—*Parroquias:* Santiago, San Gervás, San Juan, San Martín, Santa María de Serranos, San Andrés, San Miguel, Salvador, Santo Domingo, Santa Cruz, San Esteban y San Pedro.—*Conventos de monjas:* Santa María de las Dueñas (Benitas), Santa Isabel y el Carmen Descalzo.—*Conventos de frailes:* San Leonardo (Jerónimos), San Francisco y el Carmen Descalzo.

tada pradera á la derecha, en cuyo extremo, en días claros, se divisaba el Monasterio de San Jerónimo.

¡El mismo silencio y tristeza de Teresa de Jesús!

—Hemos pasado por sitios que antes he oído recordar á vuestra maternidad con entusiasmo... Y ahora...

—Ahora, hermana,—dijo al fin la Santa, interrumpiendo la oficiosa charla de sor Ana,—ahora no me preocupan esas cosas.

—¿En qué piensa, Madre?—la preguntó la secretaria casi al comenzarse á sentir el rodar del coche sobre el rudo pavimento de las calles.

Y la Santa la contestó:

—Pienso... En la manera con que huyen veloces nuestros cansados días, y cómo pasamos nosotros con ellos, según la feliz expresión de Job, como nave cargada de manzanas, que va viento en popa, las velas hinchadas, y pasa con ligereza dejando un breve olor de la fruta que lleva, que al punto se disipa y desvanece.

Sor Ana oía á la Madre embelesada, sin notar los bruscos movimientos del coche.

Teresa prosiguió diciéndola:

—¡Oh!... Vida miserable y frágil, deleznable y quebradiza. ¿Cuál es el necio sin entendimiento que se fía en tí? ¡Oh, mortales ciegos y engañados! en qué poco ponéis vuestras esperanzas. Tiene el hombre los días tasados, cortos y llenos de calamidad y desventura, y somos más frágiles que una

florecilla, y cual nave que huye ligera á la puesta del sol...

Al llegar á este punto las siempre oportunas reflexiones de la Santa, pero las de esta vez lo parecían más, el coche se detuvo.

Y los que venían tras él:

Y los que allí aguardaban á la ilustre viajera,

Todos se agolparon para verla apearse y ser los primeros á tener la dicha de recibir su bendición.

Los que desde la entrada del puente seguían á la carroza «que la duquesa había enviado para que la Madre viniese á Alba con mayor comodidad,» caminaron formando grupos, unos compuestos de personas ágiles y activas, que andaban de prisa, otros de deudos y amigos de Teresa de mayor edad que despacio iban, todos unánimes conviniendo en una misma cosa:

En lamentar la situación de aquélla que habían visto llena de vida y ahora la encontraban achacosa, rendida y fatigada, pálida, con los ojos hundidos:

—Está enferma de veras,—decían.

—Viene muy caída.

—Pero siempre tan cariñosa.

—Siempre tan llena de bondad

—Aquí se pondrá buena.

—¡Ojalá!

Había, en efecto, sufrido mucho Teresa de Jesús en poco tiempo.

Sus postreros viajes habían sido penosísimos, y su estancia en Valladolid, en Medina y en Avila, y, por último, en Medina de nuevo para venir á Salamanca, y de Salamanca á Alba, la habían hecho profunda impresión.

Acariciando más que nunca la idea de fundar Monasterio en Madrid, vino la orden de acudir en auxilio de la duquesa doña María Colona Enríquez, que estaba en días de parto, y tuvo que irse á Alba.

Y es fama que pasó mucho en su última estancia en la antigua corte castellana por un cierto abogado que la trató mal, que «letrado codicioso, es grosero siempre que se le escapa ocasión de pleitear.»

—Dios pague á vuestra merced el favor que me hace,—le dijo la Santa por toda reconvención.

Al despedirse de sus hijas en Cristo, que la agasajaron mucho, se conserva, por fortuna, la breve plática que las hizo en son de despedida:

—Hijas mías,—las dijo,—harto consolada voy de esta casa y de la perfección que en ella veo; y de la pobreza y de la caridad que unas tienen con otras, tanto, que si va como ahora, nuestro Dios les ayudará mucho... Procure cada una que no falte por ella un punto lo que es perfección de religión... No hagan los ejercicios de ella como por costumbre, sino haciendo actos heróicos, y cada

día de mayor perfección... Dénse, en fin, á tener grandes deseos, que se sacan grandes provechos, aunque no se puedan poner por obra.

Y todas al oirla, como si presintiesen que no habían de volverla á ver, derramaron copiosas lágrimas, y élla dejó que la abrazasen, y con acento conmovido añadió:

—¡Adiós, hijas mías!

Y en su interior oyó una voz que la decía:

—No las volverás á ver.

En Medina también sufrió contrariedades, no las que se dicen, que en esto se falta á la verdad.

Que fué entonces cuando escribió la religiosa avilense estas saludables máximas, que se conservan en el *Breviario* que usaba: [1]

«Nada te turbe.»

«Nada te espante.»

«Todo se pasa.»

«Dios no se muda.»

---

[1] El cual se venera en el convento de Carmelitas de Lisboa; hay en él una declaración del P. Gracián, que confirma su procedencia, y dice así: «Este *Breviario* era de la Madre Teresa de Jesús, que rezaba en él cuando nuestro Señor la llevó al cielo, desde Alba; y porque es así verdad lo firmé de mi nombre: Fr. Jerónimo Gracián, de la Madre de Dios.» Hay en él otras notas escritas por la Santa. La edición de dicho *Breviario* es de Venecia, año 1568, siendo General Fr. Juan Bautista Rubeo de Rávena.

Lo cita además Fr. José Pereira, de Santa Ana (tomo I, parte cuarta, cap. II, de la *Crónica de la provincia del Carmen de Portugal*), y con referencia á él, Fr. Roque Alberto Faci, en su libro de *Gracias de la Gracia de Santa Teresa*, el cual añade: «La letra convence ser de la Santa, viéndose en todo semejante á la de *un libro de varias poesías* de la misma, que élla compuso, y dió el mismo (Gracián), á este convento de Lisboa.»

«La paciencia todo lo alcanza.»
«Quien á Dios tiene, nada le falta.»
«Sólo Dios basta...»

¿Sabía Teresa de Jesús que se acercaba el término de sus días cuando llegó á Alba?
¿Iba por ello tan recogida é indiferente?
No cabe ponerlo en duda.

En ese preciosísimo libro que acabamos de citar, en el *Breviario* de la Santa, puede leerse también la cifra del año de su muerte, con otras sentencias sobre el martirio espiritual, que contestan satisfactoriamente á las preguntas que acabamos de consignar.

«A 17 de Noviembre, octava de San Martín, año 1569, ví (pone en él de su puño y letra), *para lo que yo sé*, haber pasado doce años; para treinta y tres, que es lo que vivió el Señor, faltaban veintiuno.»

Y esto lo puso Teresa en Toledo en el Monasterio del glorioso San José del Carmen.

Y en otras hojas de él se leen estos otros apartados:

—

«Yo por tí, y tú por mi vida, treinta y tres.»
«Doce por mí, y no por mi voluntad se han vivido.»

—

«San Crisóstomo.»

—

«No sólo es perfecto martirio cuando la sangre se derrama; más aún también consiste el martirio en la verdadera abstinencia de los pecados, y en el ejercicio y guarda de los mandamientos de Dios... También hace mártir la verdadera paciencia en las adversidades.»

—

«Lo que da valor á nuestra voluntad, es juntar la con la de Dios; de manera que no quiera otra cosa, sino lo que su voluntad quiere.»

«Gloria es tener esta caridad en perfección.»

—

En los comentarios que á las *Cartas* de la Santa hizo Fr. Antonio de San José hállanse estas notas que dan más luz sobre el punto que nos ocupa:

«Tan misteriosa profecía, dice, hállase original en las Carmelitas de Medina del Campo, y fué reconocida de todos los antiguos por revelación de su preciosa muerte.»

Y añade:

«Traíala continuamente en su *Breviario*, para tener á la vista su fin, y el deseado plazo de su resolución.»

Y concluye:

«Como la tenía tan manual, dió motivo á que sus hijas la vieran; y si bien algunas quisieron averiguar su misterio, y se lo preguntaron, las deslumbraba su discreción con culpar de curiosidad aquel piadoso deseo.»

Despues de esto escribe:

«Muerta ya la Santa, vino este pequeño escrito á manos del V. Gracián, que le hizo público entre muchos de la religión, y lo declara con facilidad, como dispuso después su misma hermana María de San José en las informaciones de su beatificación.»

Y termina diciendo:

«Sin duda sería cierta la exposición de aquél, que supo como el que más, los arcanos de su corazón; y, á tenerla, careciéramos de las dudas que ocasiona su letra.»

El P. Fr. Alonso, de la Madre de Dios, en unos fragmentos que enviaba al historiador de la religión, y se conservan en el archivo de la Orden, afirma «que el P. Ribera y Fr. Luis de León que quisieron averiguar el misterio que la cifra del *Breviario* contenía y dejamos copiada, no lo lograron, y se rindieron á la dificultad.»

Para ilustrar debidamente este punto, diremos con el Sr. Lafuente:

«No confiamos tanto de nuestro talento, que descubra lo que á tan grandes hombres se ocultó; sólo pretendemos proponer á la erudición algunas remotas líneas, donde pueda sacar con más solidez la inteligencia verdadera de este como enigma, que no se extrañará no le quisiese la Santa disfrazar por ser en materia propia, y haberle de llevar en el *Breviario*, donde era preciso la viesen sus hijas muchas veces.»

Otras muchas razones podríamos aducir aquí

para comprobar que el Señor hizo conocer á su sierva, anticipadamente, el término de sus días, y que élla le sabía «por más que obrase en todo como quien lo ignora y pone todo de su parte, antes que rendirse y permanecer ociosa por esta consideración.»

Sus últimas *Cartas*, que hemos leído detenidamente, no revelan nada que dé á conocer indiscreción de su parte, porque sabía cuándo iba á morir, y es esto un mérito más de Teresa, que nos prueba que tal confianza de parte de Dios supo merecer.

¿Quién, sabiendo el fin de sus días, obraría en su caso como ella obró?

Cristo sabía cuándo y cómo iba á morir, y no obstante este conocimiento, hasta la cena postrera no lo reveló, y esto no de un modo claro y preciso, dejando á su Padre el cumplimiento de su soberana voluntad.

Todo esto es grandioso, y no obstante su sublimidad, los incrédulos no lo quieren ver.

Nos toca compadecerles, ya que no podamos llevar á su alma las persuasiones cristianas que llenan la nuestra por gracia y misericordia del Señor, que nunca sabremos agradecer y menos pagar como Teresa supo constantemente hacerlo á su amado por las mercedes que la hizo hasta el momento supremo de morir.

# II.

## Los días siguientes.

UANDO Teresa de Jesús quiso descender de la carroza que la duquesa la había enviado para su viaje á Alba, no pudo verificarlo por sí, teniendo que ser ayudada para salir de él.

—¡Buena estoy!—dijo la Madre sonriendo.

Y al saber que la duquesa había salido de su cuidado con toda felicidad, exclamó:

—¡Gracias sean dadas á Dios!... Con eso verán que la monja ya no es necesaria.

Cada frase, cada acto de la religiosa carmelita desde que llegó á la villa ducal, recogidos después con entrañable afecto, hasta que pasó á mejor vida, resulta ser una sentencia y una demostración inequívoca de que la constaba el día de su muerte, de que le sabía por inspiración de Dios.

—A buena vida, buena muerte.

—Como la criatura vive, así muere.

—El que ama su vida, esto es, el que se ama á

sí mismo y quiere más vivir en sí que en el Señor, este tal perderá, porque la vida de acá es vida finita y corruptible; mas el que aborreciere la vida de acá y muriere en sí, no cuidando de sí, ni pensando ni amando, ni obrando en sí, sino en Dios, este tal ganará, porque cobrará la vida que Él tiene, y pues es eterna, tendrá la eterna, y jamás se le acabará ni le faltará.

—¿Qué mucho que vea mucho aquel á quien alumbra el resplandor y rayo celestial; y que sepa mucho el que enseña el amor divino; y que sea fuerte el que cobra las fuerzas de su amado, pues son fuerzas de Dios?

—El Señor me ayuda, no temeré lo que pueda hacer nadie contra mí.

—Sí; Dios es de mi parte, y no olvidéis nunca esto que ahora os digo... Dios es fortísimo, es el poderoso, el invencible, fuente de todo ser, manantial de vida, hacedor y padre de la naturaleza, por quien todo tiene ser y se conserva; el que todo lo gobierna, y sin el cual todo se desata y cae. El hombre es flaquísimo, nada puede, fuente es de toda corrupción, manantial de enfermedades, juego y farsa de la naturaleza, por quien todo se desconcierta y todo se turba: son todas nuestras obras sin Dios, tela de araña; nuestras lanzadas, picaduras de mosquitos; nuestras grandezas, espuma del mar, y nuestro ser, pura vanidad, como lo dijo David; pues siendo Dios tan poderoso, y estando conmigo, y á mi lado, y mi contrario el demonio,

tan no nada, ¿qué tengo que temer? ¿qué puede hacer contra mí que me dañe? Y eso que el demonio es tanto más robusto y fuerte que todos los hombres juntos, hasta el punto de que si todos los nacidos se ayuntasen contra un solo demonio, de todos juntos se burlaría, y á todos los traería como quisiese: y si Dios no le atase las manos, todo quedaría asolado.

—El traer es dar, luego por donación, tuya soy, Señor... Recíbeme, ¡oh, pastor eterno de las almas! como á tuya, para que en Tí viva, y por Tí viva y fructifique para Tí. Y pues por tantos títulos te me debo, y tienes derecho en mí, á Tí te toca cobrar lo que es tuyo, salvándolo de manos de tus enemigos, defendiéndolo y amparándolo.

«¡Oh Teresa!... exclamar podremos con uno de tus más ilustres panegiristas y admiradores: ¡Oh mujer milagrosa que fuiste pasmo del mundo, ¿quién te enseñó á amar con tal extremo? ¿en qué fragua se derritió tu hielo? ¿qué horno te abrasó el pecho?»

Amó mucho la religiosa avilense, nunca poco, ni con tibieza, ni como quiera. Mucho dice... ¿Qué tanto? ¿Quién lo sábrá decir?... «Sabráse pensar, pero no decir: podráse sentir, pero no hablar.»

Copiemos aquí una de sus poéticas inspiraciones para mejor expresar lo que queremos decir:

«Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tengo:
Decidme, ¿en qué me detengo?
Ó Vos, ¿en qué os detenéis?

—

Alma, ¿qué quieres de mí?
—Dios mío, no más que verte.
—¿Y qué temes más de tí?
—Lo que más temo es perderte.

—

Un amor que ocupe os pido,
Dios mío, mi alma os tenga,
Para hacer un dulce nido
A donde más la convenga.

—

Un alma en Dios escondida,
¿Qué tiene que desear,
Sino amar y más amar,
Y en amor toda encendida
Tornarte de nuevo á amar?»

En palmas tuvieron que llevar á la Santa á la celda que la tenían prevenida, y no era en la que se había aposentado en 1574, y desde la cual veía el río, pudiendo gozar de su vista desde el lecho mismo, como afirmaba en su carta á la Priora de San José de Salamanca, sino en otra del claustro, en el piso bajo, detrás precisamente del sitio en que hoy se asienta el enterramiento de su hermana doña Juana de Ahumada.

Después de recibir su bendición todas, la dejaron para que descansase, y aquella noche «no durmió,» siendo fama entre sus hijas, «que cuando no podía descansar, los ángeles la daban música sin que ella quisiera declarar nada sobre esto, aunque debía ser dulce y suave.»

Cuando se vió acostada, exclamó:

—¡Oh, válame Dios, y qué cansada me siento! Más há de veinte años que no me he acostado tan temprano como ahora, ¡bendito sea Dios!

El 21 de Septiembre se levantó del lecho, y anduvo algo por el convento, y hasta quiso la dejasen ir á ver á la duquesa, lo cual no lo consintieron, enviando doña María Colona Enríquez á decir «que no saliese de casa, que élla iría á verla presto,» lo cual la contuvo; y más que todo, la ley de obediencia, á que no faltaba jamás.

También quiso asistir á coro y á los actos de la Comunidad, según costumbre, mas los médicos, que la veían morir, se lo prohibieron «dándola en ello una gran pesadumbre.»

Aún «hizo algunas asistencias;» pero «causando á sus hijas pena tanta, como ejemplo y edificación.»

Llegó el día de San Miguel, y «aquel cuerpo fatigado, después de comulgar, se rindió.»

Solicitó entonces la llevasen por compasión á una enfermería que tenía reja á la iglesia, y desde la cual se veía el altar mayor.

Llegándose á su lecho acongojada su secretaria, sor Ana de San Bartolomé, la Madre la dijo:

—Se aproxima la hora... No se aflija, hermana, que ya aquí no soy menester.

Y como la religiosa intentara animarla, añadió:

—Ya me veo con mi amado... Ya el imán de la soberana hermosura me atrae hacia Sí... Gozosa está mi alma, y arde y se sale toda entera camino de mi Dios.

Con cuyas expresiones, la monja, que las oía ex

tasiada, guardó silencio, cogió una de sus manos y se la besó.

Al sentir Teresa de Jesús las lágrimas de su hermana en Cristo, tomó una de las suyas, y apretándosela con fuerza la atrajo hacia sí, y casi tocando su oído, añadió:

—¿No le ve, hija mía?... Ahí está... Mis ojos le ven cerca de mí... ¡Qué hermosura la suya! A tí pertenezco, Dios mío... Tuya, tuya soy...

A ninguno crió Dios para que se condene, sino para que se salve y goce de Él.

¿Qué nos falta para conseguirlo? La voluntad.

Contenta está Teresa de Jesús; ya arde, ya goza; ya comienza á salirse de sí, ya no vive en sí, ya vive en su amado, y aspira sólo á descansar en el Señor.

Y sus labios repiten este cántico:

*Inveni quem dilexit anima mea, tenui eum nec dimittam.*

Y este otro:

*Sub umbra illius quem disiderabam fecit, et fructus ejus dulcis guturi meo.*

A la sombra del deseado me sentaré, á los pies de mi Dios posaré.

¡Qué disposiciones las de su alma! ¡Qué afectos los de su corazón!

¿Sabríamos referirlos?...

No.

. . . . . .

Uno de nuestros clásicos y místicos escritores de la edad de oro de nuestra literatura nacional, razona así:

«El que cuando tiene fuerzas y salud, y está en lo más florido y fuerte de sus años no hace lo que Teresa hizo, no espere sentir lo que ella sintió.»

Y más adelante:

«El que no sabe, como élla, aprovechar sus días, ¿cómo podrá aprovecharlos cuando le falten las fuerzas, y le lloren los ojos, y de flacos no pueda ver la luz del sol con éllos, las manos le tiemblen, le bambaleen las piernas por la falta del calor natural, y pierda el sueño, y ensordezca el oído, y cuando aún en una paja se tropiece y caiga; vea nevadas de canas la barba y cabeza, tanto, que parece como que le va la naturaleza amortajando en vida; y cuando una langosta le atruene y le sea pesada, y no tenga fuerzas para echalla de sí?»

No esperéis á esto, cristianos; haced en tiempo lo que hemos visto tan al por menor y por extenso hacer á Teresa de Jesús:

La heroína de esta obra, que ya presto vamos á concluir.

Momentos ha habido en que hemos temido no poderla dar por acabada, y nunca con la presunción de hacerlo como nuestro deseo lo ha querido y élla se merecía.

¡Locos sin seso cuantos olvidamos los postreros días, y no nos disponemos para morir bien!

Dios es centro de vida; salirse, apartarse de Dios, es alejarse del centro de la vida.

—Yo soy la vida, y no hay otra vida sin Mí,— la dice su amado.

Ahora, ahora sí que Teresa de Jesús podía repetir las bellísimas estrofas de una de sus más tiernas y expresivas poesías:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero... porque no muero.

# III.

## Exclamaciones místicas de la Santa.

OCASIÓN se nos ofrece de transcribir aquí algunas de las tiernísimas exclamaciones de Teresa de Jesús, que sin duda repetirían sus labios en los días que precedieron á su muerte [1]:

«¡Oh, Dios mío, misericordia mía! ¿Qué haré para que no deshaga yo las grandezas que Vos hacéis conmigo? Vuestras obras son santas, son justas, son de inestimable valor, y con gran sabiduría, pues la misma sóis Vos, Señor.»

—

«¡Oh, Redentor mío, y cuán olvidados se olvidan de tí! ¡Y que sea tan grande vuestra bondad, que entonces os acordéis Vos de nosotros, y que habiendo caído por heriros á Vos de golpe mortal, olvidado de esto, nos tornéis á dar la mano, y des-

---

[1] Las tomamos de sus escritos, y aprovechamos gustosos el instante más oportuno de darlas á conocer.

pertéis de frenesí tan incurable, para que procuremos y os pidamos salud! Bendito sea tal Señor, bendita tan gran misericordia y alabado sea por siempre por tan piadosa piedad.

»¡Oh, ánima mía! Bendice para siempre á tan gran Dios.»

—

«¡Oh, Señor, Señor! Todo lastima á quien os ama: sólo consuela, que será alabada para siempre vuestra misericordia, cuando se sepa mi maldad, y con todo, no sé si quitarán esta fatiga hasta que con *veros á Vos* se quiten todas las miserias de esta mortalidad.»

—

«Poderoso sóis, gran Dios: ahora se podrá entender si mi alma se entiende á sí, mirando el tiempo que ha perdido, y como en un punto podéis, Vos, Señor, hacer que le torne á ganar. Paréceme que desatino, pues el tiempo perdido, suelen decir que no se puede tornar á cobrar. ¡Bendito sea mi Dios!

»¡Oh, Señor! Confieso vuestro gran poder: si sóis poderoso, como lo sóis, ¿qué hay imposible al que todo lo puede? Quered Vos, Señor mío, quered, que aunque soy miserable, firmemente creo que podéis lo que queréis, y mientras mayores maravillas oigo vuestras, y considero que podéis hacer más, más se fortalece mi fe, y con mayor determinación creo que lo haréis Vos. ¿Y qué hay que maravillar de lo que hace el Todopoderoso?

»Bien sabéis Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Válame, Señor, esto en que no os he ofendido. Recuperad, Dios mío, el tiempo perdido, con darme *gracia en el presente* y porvenir, para que parezca delante de Vos con vestiduras de bodas, pues si queréis podéis.»

—

«¡Oh, Señor mío! ¿cómo os osa pedir mercedes quien tan mal os ha servido, y ha sabido guardar lo que le habéis dado? ¿Qué se puede confiar de quien muchas veces ha sido traidor? ¿Pues qué haré, consuelo de los desconsolados, y remedio de quien se quiere remediar de Vos? ¿Por ventura, será mejor callar con mis necesidades, esperando que Vos las remedieis?... No por cierto, que Vos, Señor mío y deleite mío, sabiendo las muchas que habían de ser, y el alivio que nos es contarlas á Vos, decís que os pidamos, y que no dejaréis de dar.»

—

«¡Oh, deleite mío, Señor de todo lo criado y Dios mío! ¿Hasta cuándo esperaré vuestra presencia? ¿Qué remedio dáis á quien tan poco tiene en la tierra, para tener algún descanso fuera de Vos?

»¡Oh, vida larga! ¡Oh, vida penosa! ¡Oh, vida que no se vive! ¡Oh, qué sola soledad! ¡Qué sin remedio! Pues, ¿cuándo, Señor, cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Qué haré, Bien mío, qué haré? ¿Por ventura desearé no desearos?

»¡Oh, mi Dios y mi Criador, que llagáis y no ponéis la medicina, herís y no se ve la llaga, matáis dejando con más vida; en fin, Señor mío, haced lo que queréis como poderoso que sóis!»

—

«¡Oh, muerte, muerte! No sé quién te teme, pues está en tí la vida.»

—

«¡Oh, Dios mío, Dios, Dios Hacedor de todo lo criado! ¿Y qué es lo criado, si Vos, Señor, quisiéreis criar más? Sóis todopoderoso, son incomprensibles vuestras obras. Pues haced, Señor, que no se aparten de mi pensamiento vuestras palabras.

»Decís Vos:

—»Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os consolaré.

»¿Qué más queremos, Señor? ¿Qué pedimos? ¿Qué buscamos? ¿Por qué están los del mundo perdidos, sino por buscar descanso? ¡Válame Dios, oh válame Dios! ¿Qué es esto, Señor?

»¡Oh qué lástima! ¡Oh gran ceguedad, que le busquemos en lo que es imposible hallarle! Habed piedad, Criador, de esta vuestra criatura!»

—

«¡Oh, bienaventuradas ánimas celestiales! Ayudad á nuestra miseria, y sednos intercesores ante la divina misericordia, para que nos dé de algo de vuestro gozo, y reparta con nosotras de ese claro conocimiento que tenéis. Dadnos, Dios mío, Vos á entender, qué es lo que se da á los que pelean va-

ronilmente en este sueño de esta miserable vida. Alcanzadnos, oh, ánimas amadoras á entender el gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos, y cómo es cosa tan deleitosa ver cierto que no se han de acabar.»

—

«¡Oh, Señor, y verdadero Dios mío! Quien no os conoce, no os ama. ¡Oh qué gran verdad es esta! ¡Mas ay dolor, ay dolor, Señor, de los que no os quieren conocer! *¡Temerosa cosa es la hora de la muerte:* mas ay, ay, Criador mío! ¡Cuán espantoso será el día adonde se haya de ejecutar vuestra justicia! Considero yo muchas veces, Cristo mío, cuán sabrosos, y cuán deleitosos se muestran vuestros ojos á quien os ama, y Vos, bien mío, queréis mirar con amor. Paréceme que sola una vez de este mirar tan suave á las almas que tenéis por vuestras, basta por premio de muchos años de de servicio.»

—

«¡Oh, Jesús! ¡Qué larga es la vida del hombre, aunque se dice que es breve! Breve es, mi Dios, para ganar con él la vida que no se puede acabar, mas muy larga para el alma que se desea ver en la presencia de su Dios. ¿Qué remedio dáis á este padecer? No lo hay, sino cuando se padece y se muere por Vos.»

—

«¡Oh, Dios mío, y mi sabiduría infinita, sin medida y sin tasa, y sobre todos los entendimientos

angélicos y humanos! ¡Oh, amor, que me amas más de lo que yo me puedo amar, ni entiendo!

—»¿Para qué quiero, Señor, desear más de lo que Vos quisiéredes darme? ¿Para qué me quiero cansar en pediros cosa ordenada por mi deseo? pues todo lo que mi entendimiento puede concertar, y mi deseo desear, tenéis Vos ya entendidos sus fines, y yo no entiendo cómo me aprovechar.

»En esto que mi alma piensa salir con ganancia, por ventura estará mi pérdida. Porque si os pido que me libréis de un trabajo, y en aquel está el fin de mi mortificación.

—»¿Qué es lo que pido, Dios mío?»

—

«¡Oh, verdadero Dios y Señor mío! Gran consuelo es para el alma que le fatiga la soledad de estar ausente de Vos, ver que estáis en todos cabos: mas cuando la reciedumbre del amor y los grandes ímpetus de esta pena crece, ¿qué aprovecha, Dios mío, que se turbe el entendimiento y se esconda la razón para conocer la verdad, de manera que no se puede entender ni conocer? Sólo se conoce estar apartada de Vos, y ningún remedio admite, porque el corazón que mucho ama no admite consejo ni consuelo, sino del mismo que la llagó, porque de ahí espera que ha de ser remediada su pena.

»*Cuando Vos queréis, Señor,* presto sanáis la herida que habéis dado: antes no hay que esperar salud ni gozo, sino el que se saca de padecer tan bien empleado.

»¡Oh, verdadero Amador! ¡Con cuánta piedad, con cuánta suavidad, con cuánto deleite, con cuánto regalo y con cuán grandísimas muestras de amor curáis estas llagas, que con las saetas del amor mismo habéis hecho!»

—

«Con cuánta razón dice la Esposa en los *Cantares:*

—»Mi Amado á mí, y yo á mi Amado, y mi Amado á mí.

»Porque semejante amor no es posible comenzarse de cosa tan baja como el mío.

»Pues si es bajo, Esposo mío, ¿cómo no para en cosa criada *hasta llegar á su Criador?*»

—

«Él es bienaventurado, porque se conoce, y ama y goza de sí mismo, sin ser posible otra cosa: no tiene ni puede tener, ni fuera perfección de Dios poder tener libertad para olvidarse de sí, y dejarse de amar. *Entonces, alma mía, entrarás en tu descanso, cuando te entrañares con este sumo Bien, y entendieres lo que entiende, y amares lo que ama, y gozares lo que goza.*

»Ya que vieres perdida tu mudable voluntad, ya no más mudanza; porque la gracia de Dios ha podido tanto, que te ha hecho particionera de su divina naturaleza, con tanta perfección, que ya no puedas ni desees poder olvidarte del sumo Bien, ni dejar de gozarle junto con su amor. Bienaventurados los que están escritos en el libro de

esta vida. Mas tú, alma mía, si lo eres, ¿por qué estás triste y me conturbas?»

—

«Espera en Dios, que aún *ahora me confesaré á Él mis pecados*, y sus misericordias, y de todo junto haré cantar de alabanza con suspiros perpetuos al Salvador y Dios mío; podrá ser venga algún día cuando le cante mi gloria, y no sea compungida mi conciencia, donde ya cesarán todos los suspiros y miedos: mas entre tanto en esperanza y silencio será mi fortaleza.

»Más quiero vivir y morir en pretender y esperar la vida eterna, que poseer todas las criaturas y todos sus bienes, que se han de acabar.

»No me desampares, Señor, porque en tí espero no sea confundida mi esperanza, sírvate yo siempre, y HAZ DE MÍ LO QUE QUISIERES.»

. . . . . .

¿Podríamos habernos expresado de esta manera ta admirable, tan sublime y celestial?

No, y mil veces no.

Por eso, á escribir nosotros, hemos preferido que sea Teresa quien hable como ella sólo lo podía y lo pudo hablar.

# IV.

## Muerte gloriosa.

FALTABAN sólo tres días para el *4 de Octubre del año* 1582, y la Santa pidió que viniese el P. Vicario provincial Fr. Antonio de Jesús para confesarla.

Hízolo apresuradamente el buen religioso, y al verla tan demudada fué tal su emoción, que, arrojándose á los pies de la tarima en que estaba acostada, exclamó

—Madre; pida al Señor no nos la lleve ahora; no nos deje tan presto.

Teresa, incorporándose con trabajo, contestó:

—¿Y sóis vos, Padre, quien tal cosa dice?... Calle... Que sólo un alma tenemos, una vida hemos de perder, y una gloria eterna y perdurable habremos de merecer.

Y acto seguido se confesó.

Respetuosos ante la majestad y la grandeza de los postreros días, de los últimos instantes de Te-

resa de Jesús, inclinados nos sentimos á trasladar á estas páginas únicamente lo que de ellos han escrito testigos irrecusables que tuvieron la dicha de presenciarlos.

Sus relaciones, impregnadas de sencillez, exhalan el perfume de la verdad.

Escribimos, empero, en un siglo que nos exige y nos pide algo más.

La muerte es siempre natural y lógico corolario de la vida.

Para morir bien, no hay más que un medio: haber vivido bien.

Los que disipan sus días, los que malgastan sus años, los que siembran en torno suyo lágrimas y sinsabores, ¿qué fruto pueden esperar y recoger?

Si la debilidad es inherente á la humana naturaleza; si el hombre lleva en su corazón el germen de los vicios; si las pasiones se desarrollan con una fuerza y una prontitud que anuncian los mayores estragos; si la aurora de la razón no alumbra las más de las veces mas que las ruinas funestas de la inocencia; si llevamos el más precioso de los tesoros, la virtud, en vasos frágiles; si la más leve chispa ocasiona desastrosos incendios; si la virtud es un edificio siempre vacilante que tiene por base la fragilidad humana... ¿Qué nos aconseja la razón?...

Una cosa sola:

Lo contrario de lo que hacemos:

Lo contrario de lo que practicamos.

Lo opuesto que, durante su vida toda, hemos visto que hizo y practicó Teresa de Jesús.

¡Cómo!... os colocáis en medio de la pendiente que conduce al precipicio, ¿y pretendéis no caer en él?

Desengañáos:

No huís del peligro; le amáis, le buscáis... seréis su víctima.

El naufragio es siempre seguro á cuantos desafían la tempestad.

La inocencia no puede sostenerse por el camino del crimen.

Si vivís mal, pronto veréis que vuestro valor decae, que vuestras fuerzas desmayan, que vuestras pasiones se agitan, que el corazón vacila, y obscurecida la razón por espesa nube, no acierta á salir de su letargo, sino para entrever la vergüenza de la derrota y sentir el peso de vuestras cadenas.

Dar libertad á los sentidos, es poner en esclavitud el corazón.

Alimentáis en vuestras almas al enemigo que adula las pasiones, olvidando que enemigo que adula es el más peligroso.

Aseguraros debemos que, á no combatirle como Teresa le combatió, acabaréis, estad de ello seguros, por ser sus esclavos.

La constancia se debilita, la virtud zozobra, se enardece el vicio, muere el cristianismo, queda el

hombre, el hombre sin freno, sin dique, y el estandarte del crimen ondea bien pronto sobre los destrozados restos de la mísera humanidad.

Para algo y por algo escribimos estas obras que tanto difieren del mayor número.

Se buscan, se piden, se demandan... Consolémonos.

Oidnos por algunos instantes más.

La religión habla por boca de sus intérpretes, no se la escucha.

La conciencia grita, se la rechaza.

Se dejan sentir los remordimientos, se los ahoga.

La gracia llama, no se atienden sus invitaciones; en una palabra: todo acusa, pero en vano.

Se resisten y desatienden las impresiones saludables.

No causa rubor, no causa vergüenza el ser culpable; se compadece el crimen y produce espanto el arrepentimiento.

Apartemos la vista con horror.

¡Qué ceguedad! ¡qué vértigo!

De ahí, á que la falta debida á fragilidad degenere en pecado de costumbre, no hay más que un paso.

La noción del bien se borra, la carne tiraniza, el corazón se endurece, la fe se extingue, las pasiones triunfan, se multiplican los errores, el vicio echa raíces y el transgresor tímido se convierte en pecador audaz.

No es posible detenerse en medio del abismo; hay que rodar hasta el fondo.

Cuando se da libre curso á la corrupción de la naturaleza, nada es capaz por lo común para detenerla.

Sólo viviendo bien cabe morir bien, como á Teresa de Jesús vamos á ver morir.

No como pretende que murió la llamada crítica moderna, la cual, en su crueldad, no ha perdonado el lecho de muerte de Teresa de Jesús.

A nosotros nos toca enaltecerle.

Cumplamos con valentía nuestro postrer deber.

Ante aquella celda, á la que por causa de la humedad de la en que estaba, trasladaron á la Santa por consejo de los médicos, preciso es descubrirse respetuosamente, y nosotros nos descubrimos con la certeza de que han de imitarnos nuestros lectores.

Los que ultrajaron á la monja moribunda cuando afanosa hacía el bien, ¿cómo han de creer lo que allí se dice que pasó?

Los que niegan lo prodigioso, lo sobrenatural, ¿cómo han de dar asenso á lo que sólo los que lo presenciaron pueden decirnos y nos pueden contar?

Nada debemos inventar á la altura á que en esta obra hemos llegado.

Vosotros que créeis, como nosotros creemos; vos-

otros, que no pertenecéis al número de los impíos y los blasfemos; vosotros, al pedirnos y al querer que consignemos cuanto después de confesarse la Santa sucedió, seguramente hallaríais irrespetuosa toda fantasía y toda invención.

Los que niegan lo que vamos á copiar, no tienen otros hechos que oponer:

Los que lo dudan, no dicen lo que pasara, sino se limitan á negar lo que se dice que pasó.

¡Donosa manera la suya de proceder!

Con semejantes individuos no queremos entendernos.

Con ella todo es falso, ó todo es cierto, según se nos antoja ó acomoda.

Incrédulos, á un lado.

Incrédulos, apartad.

Hagamos que hable tan sólo *la verdad*.

Vosotros, enmudeced.

Después de confesarse Teresa hizo venir á sus hijas, y quiso hablarlas por última vez.

No podía hacerse ilusiones.

Los médicos querían darla ánimos; hacerla concebir esperanzas.

La martirizaron con el mejor deseo.

Ella, por toda respuesta, les dejó hacer, y les dijo:

—Os agradezco que ya que me sea imposible de otra manera, me hagáis vosotros padecer algo por mi buen Dios.

Dirigiéndose á sus hermanas, las habló de esta manera:

—Hijas y señoras mías: Perdónenme el mal ejemplo que les he dado, y no aprendan de mí, que he sido la mayor pecadora del mundo, y la que más mal ha guardado su Regla y Constituciones. Pídoles, por amor de Dios, mis hijas, que las guarden con mucha perfección y obedezcan á sus superiores.

Después de algunos instantes, añadió:

—Los ímpetus que yo tuve en la vida en el deseo de morir, procurad tener vosotras en hacer la voluntad de Dios y en no salir un punto de sus mandamientos. Procurad las virtudes más agradables al Señor, que son: *pureza, humildad, obediencia* y *amor*.

Y prosiguió diciéndolas:

—Procurad, procurad ejercitaros y alcanzar esas virtudes que acabo de nombraros, y las cuales, yo en vida, procuré... No las olvidéis.

—Repetidlas, Madre, si podéis, — dijeron algunas.

Y la Santa, con voz débil, las complació.

—*Presencia* de Dios,—dijo,—procurando hacer las obras en unión de Cristo. *Oración perseverante*, —añadió,—sacando por fruto de ella caridad y obediencia. *Humildad profunda*, acompañada con la confusión de haber ofendido á Dios. *Pureza de conciencia*, sin consentir un solo pecado mortal ni venial hecho de propósito. *Celo de las almas*, procu-

rando traer á Dios las más que pudiéredes. *Afecto al Santísimo Sacramento del altar,* recibiéndole con el mayor apercibimiento que ser pueda. *Particular devoción al Espíritu Santo y á la Virgen María. Paciencia y sufrimiento en dolores y trabajos. Claridad de alma y llaneza de espíritu,* junta con discreción y desenfado. *Verdad en las palabras*, sin mezcla del más leve engaño, ni la más disimulada ficción... Pero, sobre todo y ante todo, amor, amor, amor.

Y al decir esto, las que la oían vieron que su rostro se transfiguraba, que en torno suyo se extendía un celestial resplandor, cayendo á seguida en un éxtasis divino, del cual sólo se la vió salir para pedir la administrasen el Santo Viático, y más, á sus últimos, la Extremaunción.

Hemos dicho que debíamos ser meros cronistas de la muerte de Teresa de Jesús, y á cumplir vamos la palabra empeñada.

Ved lo que sobre este punto dicen documentos irrebatibles; su exactitud y conformidad entre sí, aunque en algo repetidos, comprueban su autenticidad.

Dícese así en la *Bula de su canonización:*

«Llegado el tiempo en que había de recibir de mano del Señor la corona de gloria merecida por tantos trabajos sufridos por su honra, y por tantas buenas obras llevadas á cabo para utilidad de la Iglesia, fué acometida Teresa de Jesús en Alba

por una grave enfermedad, durante la cual conversaba frecuentemente con las hermanas acerca del amor divino; muchas veces daba gracias á Dios porque la había hecho hija de la Iglesia, y recomendaba como los bienes mayores la pobreza y la obediencia á los Prelados, y después de recibir con la humildad más profunda, y con caridad casi divina, los Sacramentos del Viático y Extrema unción, *teniendo en sus manos el Crucifijo, voló á los cielos.*»

. . . . . .

Y prosíguese en dicho documento diciendo:

«Con muchísimas señales manifestó Dios el grado de gloria que le había concedido, y muchas religiosas vieron la diadema y esplendor que tenía en la patria celestial.

»Una vió multitud de luces maravillosas sobre la Iglesia, en el coro y sobre la celda de la Santa:

»Otra, á Jesucristo Nuestro Señor, rodeado de toda su gloria y numerosas huestes de ángeles asistiéndola en el lecho:

»Otra, muchos ángeles adornados con blancas vestiduras, que, entrando en la celda, la rodeaban:

»Otra, en el mismo momento de su muerte vió una blanca paloma que salía de su boca y volaba al cielo:

»Otra admiró un resplandor parecido al reflejo de un cristal, que salía por la ventana;

»Y, finalmente, también una religiosa vió que un árbol, destruído por una cerca de piedra y cal

y yeso, ya de mucho tiempo, contra lo que exigían la estación y la naturaleza, apareció lleno de flores en la misma hora de su muerte.»

Ved ahora lo que pone en *La Vida de la Santa carmelita* el P. Francisco de Rivera:

«Pidió, dice este ilustre historiador de la Santa, pidió la Extremaunción y recibióla con mucha reverencia á las nueve de la noche el mismo día, víspera de San Francisco... En toda esta noche no dejó de padecer muchos dolores, saliendo de cuando en cuando con sus versos acostumbrados; y al día siguiente, á las siete de la mañana, se echó de un lado, de la manera que pintan á la Magdalena, y CON UN CRUCIFIJO EN LA MANO... el cual tuvo hasta que se lo quitaron para enterrarla.

»El rostro tenía encendido, y así se estuvo en oración con grandísimo sosiego y quietud, sin menearse más.

»Cuando estaba en el artículo de la muerte, una hermana la estaba mirando con grande atención, y parecíala que vía en ella señales de que la estaba hablando nuestro Señor, y mostrándola grandes cosas, porque hacía meneos, como quien se maravilla de lo mucho que vía.

»Así estuvo hasta las nueve de la noche, en que dió su santa alma á su Criador, jueves, día de San Francisco [1].»

---

[1] Libro III, cap. 15.

Agreguemos á las anteriores otra no menos auténtica y estimada relación, la escrita por el padre Francisco de Santamaría, en la obra *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen*:

«Habiendo, dice, recibido el Santísimo Sacramento por Viático, pidió el de la Extremaunción... Y pasó toda aquella noche en excesivos dolores, repitiendo de cuando en cuando amorosos versos jaculatorios.

»A las siete de la mañana siguiente, día de San Francisco, se echó de un lado, teniendo la cabeza sobre los hombros de la V. Ana de San Bartolomé [1], á la manera que pintan á la Magdalena, CON SU CRUCIFIJO EN LA MANO... que tuvo siempre hasta que se lo quitaron para enterrarla.

»Comenzóle el gran sosiego y quietud; y absorta en Dios, enajenada de los sentidos, con la novedad y grandeza de lo que comenzaba á gozar, estuvo de la forma dicha sin movimiento alguno por espacio de catorce horas, hasta las nueve de la noche de aquel mismo día.

»Los gozos, los coloquios amorosos, los gustos de la vida eterna, las visiones nunca vistas, ¿quién las podrá declarar ni aun imaginar?

»De algo fué participante la que en sus brazos la tenía, viendo á los pies de la cama á Cristo nues-

---

1 Al ocurrir la muerte de la Santa, la V. Ana de San Bartolomé era religiosa de velo blanco, la freila primera que tuvieron las Carmelitas Descalzas.

tro bien y Redentor acompañado de Santos y Angeles, que hacían una forma de cielo y aguardaban aquella santa alma para llevarla al florido lecho del Rey Salomón.

»Y fué tanto el contento de la hija viendo lo que pasaba, que renunció el que podía tener alargándose la vida de su madre, porque gozase desde luego de tanto bien; y nunca pudo desde aquel punto tener pena de su muerte.

»La enfermera que curaba á la Santa, llamada Catalina de la Concepción, estando sentada junto á una ventana baja de la pieza, donde la Santa estaba, que salía al claustro, oyó aquella misma noche un gran ruido de gente que venía muy alegre y regocijada, y vió que pasaban por el claustro muchas personas resplandecientes vestidas de blanco, y que entraron en la pieza de la enferma con grandes demostraciones de contento. Y era tan grande la multitud de aquella dichosa compañía, que con estar todas las religiosas del convento en la celda, ninguna se veía. Llegaron los gloriosos huéspedes á la cama de la Santa, y en aquel punto espiró... Y el sol que alumbraba á toda España se puso en el Alba de Castilla para resplandecer en perpetuas eternidades.

»Tiénese por muy cierto haber sido estos los diez mil mártires, porque ellos, muchos años antes, en un arrobamiento que la Santa tuvo después de haberse celebrado su fiesta, le prometieron su asistencia en la hora de la muerte.

»En el mismo punto una religiosa vió salir de la boca de la Santa una como paloma blanca; y otra una estrella sobre la torre y campanario de la Iglesia, y otras tuvieron visiones muy particulares, de que se dará noticia en sus propias vidas» [1].

Concluyamos nuestra grata tarea reproduciendo lo que, cual parte interesadísima y testigo mayor de toda excepción, dejó consignado para perpetua memoria acerca de la muerte de Santa Teresa su secretaria y amiga la V. Ana de San Bartolomé. Leedlo con recogimiento sumo, y no lo olvidéis:

«Los cinco días últimos, dice, la Santa Madre parecía más bien muerta que viva.

»Dos días antes de morir, estando por casualidad sola con ella, me dijo:

—»Hija, llegó ya la hora de mi muerte.

»Con cuyas palabras mi corazón fué traspasado como por un cuchillo.

»Sin volver á salir de su celda, rogaba á las hermanas trajesen á mí todo lo que fuese necesario, y yo se lo ofrecía á ella porque encontraba consuelo en mi compañía.

»Finalmente, el mismo día en que murió, el dolor me privó el uso de la palabra, por lo que por la tarde el P. Antonio de Jesús, del número de los

---

1 Tomo I, libro 5.º, cap. 28, núms. 7 y 8. Con esta narración concuerda la del R. P. Yepes, por lo cual no la repetimos aquí.

primeros descalzos, que asistía á la moribunda, me mandó que me retirase á comer.

»Mientras así lo hacía, la Santa Madre, inquieta, miraba á todas partes; y habiéndola preguntado el P. Antonio si acaso me buscaba, respondió afirmativamente por medio de algunas señas, y por esto fuí llamada.

»Luego que advirtió que había vuelto, sonriéndose dulcemente y abrazándome con mucha expresión de amor, reclinó su cabeza sobre mis brazos, y yo la tuve sostenida y abrazada, hasta que espiró.

»Mientras tanto, yo parecía morir más que ella.

»De tal manera ardía en amor de su Esposo, que sólo deseaba llegase aquella hora, en la que, libre de los lazos del cuerpo, pudiese gozar de él para siempre.

»En aquel último instante, el Señor, cuya clemencia es infinita, viendo mi escasa resignación para sufrir aquella cruz, se me apareció con inmensa Majestad y acompañado de muchos Santos que estaban al extremo del lecho, y que habían de llevar al cielo su alma. Durante esta visión, que duró el tiempo que puede tardarse en recitar un *Credo*, mi dolor se convirtió en grande tranquilidad de ánimo, y pidiendo permiso al Señor, dije:

—»¡Oh, Señor! Aunque agradase á tu Majestad que yo gozara todavía algún tanto de la presencia de mi Madre Teresa, ahora, después que he visto su gloria, prefiero rogarte que ni por un solo momento la detengas en la tierra.

»Así partió aquella bienaventurada alma, y á manera de paloma, voló á gozar de su Dios» [1].

. . . . . .

Sus hijas en Cristo, sus hermanas en el Señor, permanecieron arrodilladas durante largas horas á los pies de aquella humilde tarima, sin atreverse á alzar los ojos del suelo.

¡Llorando mucho!... pero llorando con la mezcla dulcísima del que, afligido, no sólo *espera*, sino que tiene la *certeza* y la *seguridad* de que no lo ha perdido todo.

—Sí; la Madre ha muerto para el mundo,—dijo el P. Antonio,—pero ha sido para resucitar en Dios.

Con cuyas palabras, adivinando sus pensamientos, las consoló.

---

[1] Casi todas estas circunstancias que respetuosamente acabamos de transcribir, las afirmó con juramento la V. Ana el año de 1596, como se colige del proceso *compulsorial* de Avila. El proceso *remisoriai* está asimismo conforme en todas estas cosas Teresa de Jesús, que fué testigo ocular de la muerte de su Santa tía paterna, y no sólo confirmó lo dicho por la V. Ana, sino que añade lo siguiente: «Que del resplandor y luz con que en espíritu vió llena toda la celda, reflejó tanta claridad en el rostro de la V. Ana, que todas las demás monjas, ignorantes de lo que ocurría, la miraban más atentamente que á la Sta. Madre, lo que, llenas de admiración, habían referido después; mas luego que espiró la Santa, desapareció la visión, y la V. Ana volvió en sí, dando gracias á Dios.» Omitimos referir aquí todas las demás apariciones, señales y portentos que concurrieron en la muerte de Santa Teresa, y siguieron inmediatamente, algunos de los cuales se recuerdan en el *Breviario romano*, porque los más principales pueden verse en el P. Rivera, y en las actas de su canonización.

# V.

## Mayores datos y enterramiento.

Aún no podemos estar satisfechos; aún debemos consignar más.

¿Cómo concluir?

¿Cómo acabar?

La materia resulta tan interesante que no podemos sobre ella omitir nada que conduzca á completarla y á esclarecerla.

En relaciones tan autorizadas como las que hemos copiado literalmente, se dice: «que cuando llegó á la Santa Madre, en su postrera enfermedad, el Santísimo Viático, quiso lanzarse de su lecho, y no permitiéndoselo se puso de rodillas, sin auxilio de nadie, y dijo cosas tan altas y divinas, que á todos inspiraron gran devoción.»

Transcribiremos algunas en completa armonía con los sentimientos de su alma hermosísima:

—Señor mío y esposo mío; llegada es la hora deseada... Tiempo es ya que nos veamos, amado

mío; tiempo es de caminar... Vamos... Cúmplase vuestra santa voluntad.

Y añadió:

—Llegada es, Señor, la hora de que yo salga de este destierro, y mi alma goce de Vos, á quien tanto ha deseado.

Y si el prelado no lo estorbara, mandándola por obediencia callar, temiendo la hiciera daño, ella no cesara en tan fervorosas manifestaciones de su grande amor á Dios.

Después de haber recibido á Nuestro Señor, se dice que continuó dándole gracias, porque la había hecho hija de la Iglesia, y sobre todo porque iba á morir.

Y repetía:

—Señor, hija soy de la Iglesia; hija vuestra soy.

También se dice que recitaba algunas de las sentidas poesías que había compuesto, citándose, entre ellas, la siguiente, poco conocida por cierto [1]:

---

[1] La trajo en un curioso opúsculo por vez primera uno de los más entusiastas *teresianos* que conocemos, nuestro respetabilísimo amigo D. Francisco Herrero Bayona, dignidad de tesorero de la S. M. I. catedral de Valladolid, á quien, como al Sr. Soldevila, electo Obispo de Tarazona, debemos señaladísimas atenciones y preciosos datos para ultimar con mayor fruto nuestra obra. Ved lo que acerca de esta composición dice el primero de dichos señores:

«Como en todas las composiciones de la bendita poetisa, se respira en ésta un aroma celestial que embriaga el alma; encanta esa poesía tierna, dulcísima y *alada*, digámoslo así, que arranca del corazón, á quien á su pesar sujetan á la tierra las cadenas de la carne y desea romperlas para volar al cielo. Y encanta tanto más esa poesía cuanto que se desenvuelve en forma sencilla y hasta candorosa, con la verdadera expresión del alma, sin los afeites y discreteos tan frecuentes en nuestra antigua poesía. Santa Teresa, á la vez que gran santa, era poetisa de altísima inspiracion.»

«¡Cuán triste es, Dios mío,
La vida sin Tí!
Ansiosa de verte,
Deseo morir.

—

Carrera muy larga
Es la de este suelo,
Morada penosa,
Muy duro destierro.
¡Oh Dueño adorado!
Sácame de aquí.
*Ansiosa de verte,*
*Deseo morir.*

Lúgubre es la vida,
Amarga en extremo;
Que no vive el alma
Que está de Tí lejos.
¡Oh, dulce Bien mío,
Que soy infeliz!
*Ansiosa de verte,*
*Deseo morir.*

¡Oh, muerte benigna
Socorre mis penas!
Tus golpes son dulces,
Que el alma libertan.
¡Qué dicha, oh, mi amado,
Estar junto á Tí!
*Ansiosa de verte,*
*Deseo morir.*

El amor mundano
Apega á esta vida;
El amor divino
Por la otra suspira.
Sin Tí, Dios eterno,
¿Quién puede vivir?
*Yo, ansiosa de verte,*
*Deseo morir.*

La vida terrena
Es continuo duelo;
Vida verdadera,
La hay sólo en el cielo.
Permite, Dios mío,
Que viva yo allí.
*Ansiosa de verte,*
*Deseo morir.*

¿Quién es el que teme
La muerte del cuerpo,
Si con ella logra
Un placer inmenso?
¡Oh! sí, el de amarte,
Dios mío, sin fin.
*Ansiosa de verte,*
*Deseo morir.*

Mi alma afligida
Gime y desfallece.
¡Ay! ¿quién de su amado
Puede estar ausente?
Acabe ya, acabe
Aqueste sufrir.
*Ansiosa de verte,*
*Deseo morir.*

El barbo cogido
En doloso anzuelo,
Encuentra en la muerte
El fin del tormento.
¡Ay! también yo sufro,
Bien mío, sin tí.
*Y ansiosa de verte,*
*Deseo morir.*

En vano mi alma
Te busca, ¡oh, mi dueño!
Tú siempre invisible
No alivias su anhelo.
¡Ay! esto la inflama
Hasta prorrumpir:
*Ansiosa de verte,*
*Deseo morir.*

¡Ay! cuando te dignas
Entrar en mi pecho,
Dios mío, al instante
El perderte temo.
Tal pena me aflige,
Y me hace decir:
*Ansiosa de verte,*
*Deseo morir.*

Haz, Señor, que acabe
Tan larga agonía:
Socorre á tu sierva
Que por Tí suspira:
Rompe aquestos hierros

Y sea feliz.
*Ansiosa de verte,*
*Deseo morir.*
Mas no, Dueño amado,
Que es justo padezca;
Que expíe mis yerros,
Mis culpas inmensas;
¡Ay! logren mis lágrimas
Te dignes oir:
*Que ansiosa de verte,*
*Deseo morir.*»

Los afectos que esta composición expresa, la hacen doblemente apropiada para el momento en que la ponemos en boca de la Santa.

Está, pues, fuera de toda duda, que á las nueve de la noche del 4 [1] de Octubre de 1582, día de San Francisco de Asís, y contando sesenta y siete años, seis meses y siete días, dejó de ser entre los vivos *Teresa de Jesús*.

«Dióla un fuerte flujo de sangre,» dice la ciencia; pero la piedad no se conforma con esto; declara y cree unánime que ese flujo, «de que se entiende murió,» fué precedido «de la rotura milagrosa de la herida que el dardo divino hiciera en su corazón.»

Pudo vivir con ella, pero sólo de una manera milagrosa, porque esa herida era *verdadera*, era *real*, y por prodigio evidente cabe que después de causada no muriese.

---

1 Con motivo de la variación introducida en el *Calendario* por Gregorio XIII, el 4 se convirtió en 15, en cuyo día se celebra tan gloriosa conmemoración.

El P. Rivadeneira dice, que tan grande fué el ímpetu de su espíritu en su último arrobamiento, «que no pudo sufrir el cuerpo la fuerza del amor con que el alma se iba para su Criador.»

Y añade:

«De suerte que más *murió de amor de Dios* que de *enfermedad;* y así lo reveló después de muerta Teresa á algunas personas, diciéndolas que en su muerte había tenido un *grande ímpetu de amor de nuestro Señor, con que se salió su alma.*»

No podéis negarlo.

En los postreros instantes, Teresa de Jesús, está averiguado que no pasó por esa lucha horrible, titánica, desgarradora, que se libra por lo común entre la vida y la muerte, y se manifiesta por fenómenos de la más imponente realidad.

La religiosa carmelita «se embelleció al morir, y no se afeó después de muerta, sino que, antes por el contrario, todos admiraron unánimes la hermosura de sus facciones y el aroma suavísimo que despedía su cuerpo, sus vestidos, cuanto á ella se acercaba, siquiera fuera por breves instantes, y hasta de un modo casual.

Su inteligencia permaneció clara; su vista, diáfana y transparente, la color encendida, y sus manos tuvieron fuerzas para sostener el crucifijo á que abrazada estuvo hasta morir.

Su fisonomía no se descompuso ni antes ni después, ni hubo en ella sacudidas espasmódicas que

agitaran sus miembros; ni estertor; ni sudor frío y glacial...»

Un suspiro tan sólo, y con él su alma pura, subió á la patria celestial, donde la aguardaba su Jesús.

Así debía morir, y así murió la que hemos visto cómo vivió.

Antes de que espirase Teresa, el P. Antonio, cuentan sus biógrafos que la preguntó:

—¿Quiere, Madre, que después de muerta trasladen su cuerpo á San José de Avila?

Y ella le contestó:

—¿Tengo yo casa propia?

—Dice bien, Madre,—exclamó una de las presentes,—tampoco la tuvo nuestro Señor.

—¡Qué oportuna habéis estado!—replicó la moribunda.—Y cuánto con ello me habéis consolado.

Y como el buen religioso insistiera en que aclarase su pensamiento acerca del particular, Teresa le preguntó:

—¿No harán aquí la caridad de darme un poco de tierra?...

Con lo cual se reveló bien á las claras su voluntad de permanecer en Alba, sin querer inferir ofensa alguna á cuantos se creyeran con títulos para poseer su santo cuerpo.

¡Qué refinada delicadeza!

¡Cuánta penetración demuestran estos pormenores, ahora que conocemos lo que después sucedió!

Muerta ya, ocupémonos de su enterramiento.

«Dióme el Señor ánimo fuerte para *acomodar* [1] su santo cuerpo, como lo hice, y como si no me tocara su muerte.»

Dice la V. Ana de San Bartolomé.

Y prosigue escribiendo:

«Aluego de amortajada pusiéronla sobre unas andas, que se cubrieron con un paño de brocado.

»Y la velamos todas desde la noche hasta la hora de misa mayor del día siguiente.

»Después de lo cual la *enterraron* con la *solemnidad que se pudo hacer en aquel lugar.*

»Pusieron su cuerpo en un ataud, y cargaron sobre él tanta piedra, cal y ladrillo, que se quebró el ataud y mucho escombro se entró dentro.»

¡Qué profanación!... exclamarán muchos, y no obstante para ella hubo motivo, pues todo «esto hizo la que dotó aquella casa, que se llamaba Teresa de Laiz [2], no bastando nadie á estorbárselo, pareciéndola que por cargar tanto de esto la *tendría más segura* que no se la sacasen de allí». [3]

La idea primera, el temor que surge en todos, no bien muere Teresa de Jesús en Alba de Tormes, es que se llevasen su sacratísimo cuerpo de allí.

Era natural de Avila; en Avila había hecho su primera fundación de la Reforma.

---

1 Por *amortajar*.

2 O Layz.

3 Fué sepultada, en un pobre ataud de madera, en una profunda fosa abierta en el espesor del muro, bajo la reja del coro bajo, frente al altar mayor.

Avila era una ciudad, Alba casi una aldea.

Los que tanto la querían no razonaban mal, y el tiempo vino á justificar sus temores.

¡Cuánta sencillez hay en lo que llevamos puesto, y á la vez cuánta verdad!

El *realismo* que tanto se encarece hoy en lo humano, se rechaza y censura aquí en lo religioso, en lo que es de creencia, de convicción y de fe.

Sed lógicos.

Respetad sucesos que no se han podido inventar.

Acaecieron otros prodigios que llenaron de asombro á cuantos *fueron* [1] en Alba de Tormes testigos de la muerte de Teresa de Jesús.

Y fueron tantas las demostraciones de Su Santidad, que el Señor hizo en ella, después de llevarla á sí, que éllas, dice el P. Antonio, «pedirían un tratado entero y muy largo, porque son *notables y dignas de gran admiración;* sólo diré, añade, que yo lo ví todo por mis ojos, y que cada día experimento en sus reliquias mayor poder.»

Y no sólo este, sino muchos otros testigos presenciales confirman lo que hemos dicho, ya respecto á que se la hizo su enterramiento cual si fuese una monja común, y á que cubrieron el féretro con mucha tierra, piedra, cal y agua, y á que fué tanta, que el ataud se quebró, y el cuerpo se cubrió de tierra y agua.

---

[1] Por *estuvieron*.

Y que antes de darla tierra se percibió en el Monasterio fragancia extraña.

Y que una monja [1], á quien faltaba el olfato, para que pudiera percibir sin duda, como lo deseaba, dicha fragancia, lo recuperó.

En la declaración que la Madre María de San Francisco, religiosa de Medina, dió en el expediente de beatificación de Teresa de Jesús, dijo:

«Que era tan grande el olor que echaba de sí el cuerpo de la Santa después de muerta, que teniendo la puerta reglar abierta, y estando allí todas las religiosas con sus velos y velas blancas, después de haber besádole los pies el señor don Sancho de Avila, caballeros y eclesiásticos, con los religiosos y Ordenes, y la gente del pueblo, mirándole los pies, se decían unos á otros, que los tenía resplandecientes como un nácar:

—»Señores: esto es cosa del cielo; ¿no notan este olor tan divino que sale de esta Santa? Lleguen, lleguen y huelan.

»A este punto llegó un simple hombre, criado de la casa, y después de haberla besado los pies delante de todos, alzó la voz, y dando palmadas con las manos, exclamó:

—»¡Válgame Dios, señores, y cómo huelen los pies de esta Santa á zamboas, á limones, á cidras, á naranjas y á jazmines!

---

[1] Se llamaba Catalina Bautista.

»Con lo que todos quedaron admirados, al ver que hubiese advertido tanto aquel simple.»

Con la rapidez del rayo, de una manera milagrosa en algunos puntos [1], se supo en España la muerte de Teresa de Jesús.

Aquella mujer excepcional, á quien habían visto y conocido multitud de personas, admirada en tantas partes, tenida por *Santa,* y como tal reverenciada en vida, hasta el extremo de recibirla en este concepto, era mortal:

*Mortal* en el sentido *natural*:

*Inmortal* en el de la *gracia* y la *fama cristiana universal.*

Y fué sentida y llorada su pérdida corporal por sus pobres hijas, huérfanas de una Madre irreemplazable en tan diversos sentidos, por su familia, por su amigos y entusiastas apasionados.

Lágrimas de dolor, y á la vez tiernísimo homenaje de cariño, y de envidiable emulación, en cuantos conocían sus virtudes y excelsas cualidades.

¿Habremos logrado con esta pobre obra nuestra inspirar hacia Teresa idéntica devoción?

Mucho lo deseamos, y del fondo de nuestra alma se lo pedimos á la excelsa sierva del Señor.

---

[1] En Granada se reveló su muerte á la Madre superiora Ana de Jesús, y en otros muchos lugares á su vez.

# VI.

## Extravío de amor y fe.

Iban transcurridos nueve meses desde la muerte de Teresa de Jesús, y como viniese á Alba el P. Provincial, que lo era Fr. Jerónimo Graciár, de la Madre de Dios, las religiosas le instaron para que descubriese el santo cuerpo de la Madre.

No deseaba menos verlo su antiguo admirador, y así que se avino á su ruego, encargándolas el mayor sigilo para llevar á cabo la exhumación que creía fácil de hacer.

Encontráronse con los obstáculos puestos y de que ya dejamos hecha mención, es decir, con las piedras, ladrillos y cal que se habían echado en la fosa por orden de la de Layz.

Y se emplearon «varias noches en desenterrar á la que tanto deseaban ver.»

Hacíase esta operación «en secreto, á hurtadillas» para evitar disgustos, y por ello se escogía

la noche para verificarla y la hora más apropiada, que era la de después de la colación.

Descubrióse al fin el sepulcro desembarazado de tanto escombro, y se halló que el ataud estaba roto; «tanto, que era lástima de ver;» pero á pesar de ello el santo cuerpo se hallaba «incorrupto, húmedo y fresco, como si la Santa acabase de morir.»

¿Qué pasó por los testigos de aquella escena al descubrir á la que fué en vida Teresa de Jesús?

Todos cayeron de rodillas ante los restos queridos de la fundadora.

Y allí, de noche, á puertas cerradas, sus hijas y el P. Gracián y los pocos que les acompañaban prorrumpieron en sollozos, en gritos de admiración y en acciones de gracias al Señor.

Avancemos algo más.

Hacíase preciso cambiar los vestidos que cubrían el cuerpo de la Venerable, y colocar su cadáver en un nuevo ataud, y así lo dispuso el P. Provincial con aplauso de las religiosas.

Mas como esto no fuese posible hacerlo de improviso y con el sigilo y reserva debidos, acordó el superior que se depositase por aquella noche á la Santa en la sacristía del convento, colocándola al efecto sobre una esterilla de junco; á la cabecera se puso un gran Crucifijo y cuatro blandones de cera amarilla á los lados.

Y por obediencia, siendo ya altas horas, se fueron todas á recoger.

—Que una sola quede velando,—ordenó el padre Gracián.

Y su mandato, aunque con pena harta, se cumplió.

Tocóle á una hermana lega el ser la primera encargada de custodiar el cadáver incorrupto de la Madre, y es fama que, lejos de pasar miedo, permaneció serena y extasiada orando ante él por espacio de largo rato.

¿Qué sucedió después?

Vamos á referirlo, tal como lo ha conservado la tradición [1].

Reinaba en el convento de Alba el mayor silencio...

No acostumbradas las religiosas á trasnochar; habiendo perdido muchas horas en las anteriores para llevar á efecto la exhumación de su buena y santa Madre, rindiólas el sueño.

¡Quién sabe si por natural flaqueza ó por sabia disposición de Dios!

Ninguna estaba despierta en el edificio más que la joven lega encargada de velar á la desenterrada, cuando de repente vino á su memoria lo que ya se decía con insistencia respecto á que Avila

1 No muy segura acerca de cómo y cuándo lo que vamos á consignar pasó.

reclamaba para sí la preciosa reliquia que en aquel instante la estaba confiada.

—¡Oh!... ¡Si supiesen lo que hemos hecho!...—pensó aterrada.

Y un estremecimiento convulsivo agitó á la novicia.

Pasó la mano por su frente helada para disipar aquella idea, y no pudo conseguirlo.

—¡Será demonio!...—murmuró.

Y trató de ahuyentarle rezando.

—¡Imposible! ¡imposible!—exclamó acongojada.—No puedo rezar... ¡no puedo!...—añadió.—Si ahora que estoy sola viniesen por estos sagrados despojos, ¿qué haría?...—se preguntó, después de escuchar con cuidado.

Y la imaginación exaltada de la novicia la fingió golpes lejanos que se sentían, pasos que se acercaban, cerrojos que se descorrían, puertas que se violentaban...

¡Pobre mujer!

Sola en un edificio para élla inmensamente grande; la media noche pasada; la puerta de la sacristía que daba al templo, entreabierta, dejando paso á la luz moribunda de la lámpara que ardía ante el santuario.

¡Silencio sepulcral!

Y á su lado el cadáver de Teresa de Jesús, recién sacado del roto y carcomido ataud, con los hábitos cubiertos de lodo; inmóvil; la cabeza lige-

ramente inclinada sobre el pecho, y alumbrado por los blandones, que no se había cuidado en largo rato de espabilar.

Oscilantes unos.

Medio apagados otros.

La situación era crítica.

Propia para inspirar miedo á persona de más serenidad y mayor valor.

—Si me sorprendiesen ahora, se lo llevarían... Me lo arrebatarían...

Y lo que era un temor vago, se trocó en una certeza avasalladora.

Pensó en si podría enterrarlo ella sola, pero esto era materialmente imposible.

—¿Llamaré á las Madres?...—se dijo.

Y ella misma se contestó:

—Se reirían de mí.

Algo más tranquila la novicia con esta respuesta, trató de ponerse á orar, y lo hubiera conseguido, ciertamente, á no dar la casualidad de sentirse en aquel instante un golpe violento... alguna puerta ó ventana empujada por el aire, algún vecino trasnochador que se fuese á acostar.

La joven no estaba para reflexionar.

No era preciso tanto para echar por tierra el poco valor que la novicia tenía.

Y sus ojos espantados percibieron el brillo de un cuchillo que estaba sobre la mesa de la sacristía, al lado de unos libros y de un tintero con plumas que en ella había.

—¡Ah!—gritó, abalanzándose á él y tomándole en su mano,—si vienen por élla, la defenderé...

Rasgo hermosísimo, que no cabe encarecer sin desvirtuarle.

El silencio de antes; el silencio de la noche volvió á imperar en torno de la novicia.

La joven se sonrió á poco de una manera extraña.

Digamos la causa.

Por aquella cabeza juvenil, exaltada con todos los efluvios de su corta edad, cruzó otra idea diversa que la que la había atormentado.

En aquel corazón apasionado por la Santa Madre, cuyos últimos instantes había presenciado, cuyos prodigios la habían alcanzado personalmente quizás, brotó un deseo vehementísimo y generoso.

De aquel pecho encendido con el fuego de una devoción acentuadísima por la venerable religiosa de la descalcez, se alzó gigante un proyecto atrevido.

Idear, sentir y ejecutar, todo fué obra de un instante, de unos cuantos segundos.

Con la mirada extraviada, sintiéndose alzar y caer los lienzos que cubrían sus delicadas formas, cuchillo en mano, después de mirar á todos lados, se echa sobre el cuerpo de la desenterrada, que más que muerto parecía dormido:

Busca con la mano izquierda algo que late bajo su suave presión:

Clava el cuchillo:

Lo mueve en distintas direcciones, sin aterrarse ante la sangre caliente que la salpica al rostro, y empapa sus tocas de esposa del Altísimo.

Y en un segundo arranca de aquel pecho una víscera que derrama copiosamente el *líquido de la vida*, como si no fuese el de un cadáver.

¡Milagro!

¡Prodigio!

Que sigue, y á recompensar viene su EXTRAVÍO DE AMOR Y FE.

. . . . . .

La lámina que ha de colocarse en esta página de nuestra obra, representa, de manera acertadísima, el instante en que la valerosa novicia tiene cogido entre los pliegues de sus tocas y contempla el corazón de Teresa que acaba de extraer manando sangre del pecho de un cadáver enterrado nueve meses hacía, y aquella misma noche sacado de su tumba con especial devoción y cariño singular.

—Ahora, si se la llevan,—dice con regocijo,—su corazón quedará aquí con nosotras y para siempre.

Y corriendo á la huerta del convento, al sentir que la religiosa que venía á relevarla se acercaba, oculta su precioso tesoro bajo un árbol que le sirva de señal, y entierra el cuchillo con el corazón de la Santa, pidiéndola mil veces la perdone aquella mutilación.

¡Inútil precaución la de la novicia!
Ya diremos por qué.

A la mañana siguiente, envuelto el venerable cuerpo de Teresa de Jesús en una sábana nueva y en un modesto ataud, volvió á ser colocado en su fosa, sin que nadie reparase en lo que había sucedido ni en que faltase al cadáver el corazón.

Fué este un nuevo prodigio que se añadió á la acción heróica de aquella apasionada mujer.

Respetáronse por el P. Gracián las vestiduras todas que pegadas al cuerpo se conservaban intactas, repartiéndose las demás, de las que fluía un como aceite ó grasa de prodigiosos y singulares efectos, y aún se hizo otra nueva desmembración al cadáver; pero ésta fué sin reserva para las monjas.

El Provincial, antes de enterrar á la Madre, la cortó respetuosamente la mano izquierda, diciendo:

—Esta es para vuestras pobres hermanas de San José de Avila.

Y poniéndola en una arquilla, él mismo llevó á las religiosas de la ciudad aquel presente, que por espacio de algún tiempo debía aquietarlas en sus vivos deseos y en sus gestiones activas y pertinaces de poseer entero el cuerpo de Teresa de Jesús.

¿Se supo por entonces lo que la novicia había hecho?

¿Reveló la valerosa joven á alguien el sitio en que aquella noche enterró el corazón arrancado por ella misma del cadáver de la Santa con tan singular valor?

Ocasión tendremos de contestar á estas preguntas tan naturales antes de dar por concluído nuestro trabajo.

Por el momento, es fama que nadie supo, ni nadie tuvo noticia en Alba de tan memorable EXTRAVÍO DE AMOR Y FE.

# VII.

## El tesoro escondido.

Dos años después del sublime *extravío de amor y fe* que dejamos consignado en el número anterior:

Siendo las nueve de la noche del 20 de Noviembre de 1585;

Y hallándose las monjas carmelitas de Alba de Tormes en el coro rezando maitines, comenzóse á sentir un ruido extraño, inusitado, que las llenó de pavor.

—¿Qué pasa?

—¿Qué sucede?

Se preguntaron unas á otras suspendiendo sus oraciones.

En medio de su alarma percibieron de súbito un nuevo *fenómeno* que distrajo sus miedos.

*Fragancia celestial*, por todas conocida desde la muerte de su querida Madre Teresa de Jesús, se esparció por la casa, y llenas de curiosidad salieron todas fuera apresuradamente.

La *realidad* las produjo el más vivo dolor.

Con razón venían temiendo que las arrebatasen el cuerpo de la Santa, pues conocían las intrigas que para ello se fraguaban.

Y esto es lo que había sucedido.

Reunidos en Capítulo extraordinario en Pastrana los padres Carmelitas descalzos, acordaron se trasladase la preciosa reliquia á San José de Avila, comisionando para que cumpliesen esta orden con el mayor sigilo á los RR. Fr. Gregorio Nacianzeno y Fr. Gracián, que aquella misma tarde la notificaron á la Superiora del Monasterio y determinaron la forma y manera como debía de ser.

Sorprendida la priora de Alba, requerida bajo las más severas penas canónicas para que nada dijese á sus subordinadas, los golpes oídos por las religiosas habían sido producidos por esta segunda exhumación, y sin más, desenterrado el féretro, se le habían llevado.

—¡Crueles!

Exclamaron muchas al saber lo acaecido.

—¡Dejarnos sin él!

—¡Privarnos de nuestra Madre!

Y los llantos, los gemidos de las monjas á aquellas horas alarmaron á los vecinos más inmediatos del Monasterio, que se apresuraron á tratar de conocer la causa.

—¡Se la han llevado!

Fué el grito que resonó en la aldea, y no hubo quien no corriese al convento.

—¡Salgamos por él!

—¡Recuperemos la Santa!

—¡Recobremos lo que es nuestro!

—¡Desalmados!

El ruego encarecido de la Superiora contuvo el furor de los más apasionados que de tal suerte vociferaban, y sobre todo, la intervención de los duques, que al saber lo sucedido, les dieron palabra de obtener una orden del Sumo Pontífice para que les devolviesen el cuerpo que ellos, no menos que los moradores de la villa, estimaban como cosa propia.

—Legalmente nos la han quitado... legalmente nos la devolverán,—dijeron con energía.

Y ante esta promesa, los que se disponían á salir y alcanzar violentamente, si era preciso, la Santa reliquia, desistieron de ello, no sin hacer juramento formal de recuperarla en definitiva por bien ó por mal.

La noche fué agitada y tumultuosa en Alba, mas quedó á todos un consuelo.

La Asamblea de Pastrana, ó el P. Gracián, habían dejado á la villa una parte de aquel queridísimo cuerpo, y ante él, los sollozos, las lágrimas y las oraciones distrajeron á muchos.

Al verificar esta segunda exhumación, se encontraron casi deshechos los hábitos nuevos que habían puesto á la Santa en la primera; pero el cuerpo estaba como en 1583, «fresco é incorrupto.»

Con gran reverencia el P. Gracián cortó á la

Santa reliquia el brazo izquierdo, dándoselo á la Superiora del Monasterio, habiendo podido notarse que «la carne permanecía colorada y blanca y el túetano del hueso amarillo,» y como el corte se hizo circular, lo más maravilloso fué que «una vez hecha la incisión, la herida del hombro se cerró por sí misma, quedando consistente y macizo con su hebra,» como si cortado hubieran «una pierna de carne por medio del hueso.»

Observóse también con verdadera admiración que, á pesar de que el cuerpo de la Santa estaba lleno de carne como si estuviese vivo, «no pesaba más que el de un niño de dos años,» por cuyo motivo «la traslación se hizo fácilmente y con la rapidez bastante para que los que se lo llevaron desaparecieran antes de que se notase su falta.»

¡Cuánto prodigio en un instante!

¡Qué de milagrosas circunstancias en un momento!

No por gusto sino por obediencia cumplieron los mandatarios de la asamblea de Pastrana su cometido, pero en especial el P. Gracián que quería mucho á las religiosas de Avila y sabía lo que habían de llorar el que las arrebatasen á su Santa.

Incorrupción, olor, agilidad... tres cualidades características de la Santa reliquia, que se han perpetuado para atestiguar la excelsitud del cuerpo de Teresa de Jesús.

Don Juan Hurtado de Mendoza, duque del In-

fantado, declaró en 1609 «haber visto hasta tres veces el cuerpo de la Santa,» y asegura que «estaba incorrupto, que de él salía gran fragancia de olor y óleo en abundancia, no sólo de su cuerpo, mas de cualquier parte de él.

»Que manaba tanto de él, que calaba cualesquier paños y dobleces, y era en tanta manera la entereza del cuerpo de la dicha Santa.

Y añade: que habiéndolo tocado por sí mismo, se hundía y se levantaba la carne haciendo hoyo primero; concluyendo por afirmar que cuando vió el dicho cuerpo se me movió tanto, que si no fuera cristiano, fuera causa para convertirse sólo al verle; y cuando vió el dicho cuerpo la última vez, hacía que era muerta la dicha madre *Teresa de Jesús* veinte años, poco menos, y era pública y notoria la dicha incorrupción.»

Depositado el brazo cortado al cuerpo de la Santa con gran veneración y acatamiento por las religiosas de Alba, retirada la concurrencia y quedadas solas, al siguiente día de esta segunda exhumación y traslación á Avila, y muy de mañana, la novicia valerosa que la había arrancado el corazón en 1583, rogó á la Superiora reuniese á la Comunidad, pues tenía precisión de hacerla importantísimas y graves revelaciones.

Convocadas á toque de esquila, ninguna dejaba de mostrarse curiosa de lo que la joven hubiera de decir.

—Puede hablar,—dijo la Superiora.

Y entonces la novicia reveló lo que había hecho la noche en que dos años hacía quedó velando el cuerpo de la Santa.

Aquella relación, hecha con toda la ingenuidad del amor y de la fe, produjo en las religiosas la mayor impresión.

—¡Y se atrevió á tanto!—dijo la Priora.

—¿Y no temió un castigo del cielo?—añadió alguna.

—La prueba... la prueba,—exclamaron muchas.

Y procesionalmente se encaminaron al huerto.

—Aquí lo enterré, depositándole antes en una caja de plata, que como recuerdo de mi madre tenía con permiso de su maternidad.

—La recuerdo... la recuerdo,—se apresuró á decir la Superiora.

Y cavando con sumo cuidado al pie del árbol, presto apareció la caja ennegrecida.

Todas se arrodillaron instintivamente.

La priora tomó la caja, la llevó á la sacristía, y sirviéndose de una llave que conservaba la novicia, la abrió.

En efecto, allí estaba el corazón de Santa Teresa de Jesús.

—Tesoro escondido, inapreciable es éste,—dijo la Priora,—que os debemos, hija mía,—y abrazaron todas á la valerosa novicia.

—Que no se sepa que guardamos esta reliquia, —observó una.

—Nos la arrebatarían como el cuerpo.

—Silencio... silencio,—convinieron todas.

Y cayeron postradas ante la arquilla que guardaba el corazón de la bendita Madre.

Corazón que «encerrado en una bombita de cristal, seco y amomiado,» se conserva libre de toda corrupción hace más de trescientos años en el convento de religiosas de Alba.

Tal era el *tesoro escondido* que da título á este número, y que las religiosas de la villa ocultaron por mucho tiempo, temerosas de que les fuese prohibido conservarlo.

Esta leyenda del corazón de Teresa de Jesús se refiere con detalles diferentes á los puestos por nosotros.

Se dice que la novicia que llevó á cabo un acto tan «sobre las fuerzas de una débil mujer,» después de extraerlo del pecho de la Santa, «lo llevó á su celda y lo colocó, con gran reserva, entre dos platos de madera; pero como hubiesen caído algunas gotas de sangre sobre el pavimento, á más de la fragancia que exhalaban el corazón y las gotas de sangre, lo ejecutado por ella se descubrió.»

Una y otra versión son verosímiles, y pueden aceptarse por la piedad sin inconveniente alguno.

Porque el corazón de la Santa, en Alba existe; allí lo hemos visto y venerado nosotros mismos,

notando en él *las prodigiosas espinas* que brotan de su vértice, y la ranura ó cortadura que se advierte en la parte anterior y superior de él.

Las madres aceptaron y agradecieron la industria de la piadosa novicia que las hacía con aquel inapreciable tesoro, y tuvieron por gracia y concesión señalada del cielo aquella merced.

De tan preciada reliquia se han hecho multitud de imágenes de seda encarnada de que muchos hacen escapulario y llevan sobre el pecho con singular veneración.

Las *espinas* que hoy se notan claramente en el corazón de Teresa de Jesús, datan, según se cree, del año 1836, en que por vez primera se las comenzó á ver brotar, y que desde entonces han ido creciendo, sin que la ciencia se explique este *fenómeno singular*, ni nosotros, irrespetuosos, lo queramos tampoco pretender profundizar.

¡Quién penetra en los altos misterios de Dios!

La impiedad... sólo la impiedad es tan atrevida y osada.

Las espinas que primero se comenzaron á divisar fueron dos, y en 1864 se percibió una tercera más pequeña, al lado derecho del santo corazón.

El R. Obispo de Salamanca Fr. Joaquín Lluch y Garriga, nombró el año 1872 una comisión de facultativos que examinasen el corazón de Teresa y las espinas, y posteriormente, el respetable

presbítero don Nemesio Cardenallach en 1876 hizo un estudio de esta admirable reliquia, publicando en Valencia un folleto notabilísimo que lleva el título de *Santa Teresa de Jesús y las Espinas de su corazón*, á que fuera conveniente se diese mayor publicidad para consuelo é instrucción del pueblo cristiano.

Las espinas que hoy se perciben son muchas, de distintos tamaños y formas.

La principal que se mira á la derecha tiene 59 milímetros de larga; la segunda, á la izquierda y despuntada, mide unos 53 milímetros, 18 la tercera, y la cuarta 5 solamente.

El grueso de la mayor en su base, es de unos dos á tres milímetros, adelgazando hasta terminar en punta.

De la mayor nace una horizontal más pequeña y que termina en forma de gancho, viniendo á desaparecer casi en el extraño sedimento que cubre la bomba de cristal en que se venera encerrado el corazón de la Santa.

# VII.

## Teresa glorificada.

Por oculta que quisieron tener los Carmelitas descalzos la traslación del cuerpo de Teresa de Jesús á San José de Avila, ésta se hizo pública muy luego, llegando la noticia del acuerdo del Capítulo de Pastrana, y la manera con que se había efectuado, á la corte de Felipe II.

Siendo confesor del Rey el V. P. Yepes, este devoto de la Madre no omitió diligencia hasta conseguir que le mostrasen la sagrada reliquia, é hizo para ello exprofeso un viaje á la ciudad natal de la Santa á fines del año 1585.

Ante un número bastante crecido de personas, en presencia del Obispo don Pedro Treviño, ante médicos de fama y notarios, el día de año nuevo de 1586, las madres de San José sacaron el Santo cuerpo á la portería, y allí todos pudieron apreciar y *atestiguar* que «se hallaba entero y sin corrupción, con muy buen olor, y tan asidos los huesos y nervios unos y otros, que cuando la saca-

mos estaba derecho, sin torcerse, como si fuera una tabla; tal, que cuando las monjas le mudaron el hábito, se tenía en pié y los cabellos tan asidos, que de ellos levantaron la cabeza, llenos de carne sus pechos, y su vientre como cuando espiró. Su carne estaba tan tratable, que al contacto del dedo se hundía y se levantaba.»

Desde el momento en que los duques de Alba tuvieron conocimiento del despojo hecho á la villa, ya fuese como nosotros lo hemos referido, ó posterior á la noche en que se lo llevaron á Avila, noticiándoselo una novicia por medio de un papel enviado á la duquesa en el centro de una empanada, es lo cierto que tan poderosos señores gestionaron activa y constantemente la devolución á Alba de tan preciado tesoro, alcanzando al fin de S. S. el Papa Sixto V un Breve ordenando la expresada *devolución* á los padres de la Reforma, del cuerpo de la Santa Carmelita á la cabeza de sus Estados, traslación que se llevó á cabo el 23 de Agosto de 1586.

El 10 de Julio de aquel mismo año quedó para siempre, por el mismo Santo Padre, ordenada «la perpetuidad de la residencia del cuerpo de la Santa en el convento de Alba.»

Todo tuvo efecto con la mayor solemnidad, y *muchos milagros* atestiguan la autenticidad de las preciosas reliquias entonces, y muchos otros la confirmaron, después de los cuales no podemos ya

hacer detallada y minuciosa referencia, pero de que no es posible dudar un solo momento.

Diez años después de la muerte de Teresa de Jesús comenzó el Obispo de Salamanca, don Jerónimo Manrique, el expediente de su *glorificación*.

Depusieron en la información ordenada de la vida y costumbres de la Santa las personas más graves y caracterizadas, los maestros y profesores más sabios de la Universidad, y *comprobado* todo ello se enviaron á Roma las informaciones hechas el año 1597.

La muerte de Clemente VIII y la inmediata de León XI, dilataron la *beatificación* de la heroína principal de esta obra.

Ocupando la Cátedra de San Pedro Paulo V, y después de cuantas diligencias y formalidades requiere y exigen los cánones, el 24 de Abril de 1614 se expidió el Breve deseado, dando permiso para que en todos los monasterios de Carmelitas Descalzas de uno y otro sexo se pudiera celebrar misa y rezar el oficio de la *Beata Teresa* el 14 de Octubre.

Nuevos y portentosos prodigios vinieron á atestiguar la *glorificación* de la reformadora del Carmelo, y S. S. Gregorio XV, no menos devoto de Teresa de Jesús que su antecesor, expidió el 12 de Marzo de 1622 el decreto de su *Canonización*, á la vez que lo hizo de los santos Isidoro, Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Felipe Neri.

Nos vemos precisados á acelerar el término de esta obra, comenzada hace un año y escrita durante él con el deseo de complacer á nuestros lectores.

La impaciencia de éstos está plenamente justificada; nos la explicamos, la comprendemos y de ella participamos.

Un instante no más para traer á las páginas de esta producción en *alabanza* y *mayor gloria* de TERESA DE JESÚS, los postreros documentos, los últimos comprobantes y noticias que hemos podido recoger para que nada falte en ella de cuanto, hasta el más exigente y descontentadizo, y el más avaro devoto de la mística Doctora, pueda apetecer.

Nuestra tarea y nuestra misión termina aquí, en esta página, en la cual hacemos con orgullo una vez más nuestra profesión de fe católica, apostólica romana, pidiendo perdón á la gran Santa castellana de nuestra osadía al escribir sobre ella, dado nuestro pobre talento, pero sobre todo y ante todo nuestra falta de competencia y de virtud.

¿Habrá suplido nuestra gran voluntad lo que no cabe poseer sin el auxilio de tales condiciones?

Eso toca al público decirlo y á nosotros esperar su fallo.

# LIBRO VIGÉSIMO

## ADICIONES Y COMPROBANTES.

### I.

### Documentos curiosos.

1.º—Cédula escrita por el padre de la *Santa* acerca del nacimiento de ésta, cuyo documento se guarda en el convento de Pastrana.

«En miércoles, veinte y ocho días del mes de Marzo de quinientos y quince años, nació *Teresa*, mi hija, á las cinco horas de la mañana, media hora más ó menos (que fué el dicho miércoles casi amaneciendo): fueron su compadre Vela Núñez, y la madrina doña María del Aguila, hija de Francisco de Pajares [1].»

2.º—Bautismo de *Santa Teresa* [2].

«Digo que es cierto que en este convento de la Encarnación se dijo la primera misa el día que se

1 Lo trae el *Año Teresiano* en el día 28 de Marzo.
2 Idem en el día 4 de Abril.

bautizó mi gloriosa Madre *Santa Teresa*, en la parroquia de San Juan, á cuatro de Abril.»

3.º—Testamento de la Madre de la *Santa* [1].

«En el nombre de Dios Padre, Hijo, Espíritu Santo, que son tres personas y un solo Dios verdadero, que vive é reina por siempre jamás. Sepan cuantos esta carta de testamento é postrimera voluntad vieren, cómo yo, doña Beatriz de Ahumada, mujer de Alonso Sánchez de Cepeda, mi señor, vecino de la muy noble ciudad de Avila, estando en mi seso y entendimiento natural, tal cual Dios me lo quiso dar, creyendo é teniendo firmemente lo que cree é tiene la Madre Santa Iglesia, ordeno este mi testamento á servicio de Dios é de la Virgen bienaventurada Santa María, su madre, á la cual tomo por abogada mía, para delante de la Majestad de su precioso Hijo.

»*Primeramente,* mando á Dios mi ánima Todopoderoso, que la crió é redemió, por su preciosa sangre.

»*Item,* mando mi cuerpo á la tierra de la cual fué formado.

»*Item,* mando que si Dios fuere servido de llevarme de esta presente vida, que mi cuerpo sea

---

1 Este curioso documento, aclaratorio y confirmación de varios extremos de familia de la Santa, fué hallado en el hospital de Misericordia, en Avila, por el P. Fr. Pablo de la Concepción en 1772. La copia autorizada por él se encuentra en el tomo de *Copias de Manuscritos de San Juan de la Cruz y Santa Teresa,* que se conserva en la Biblioteca Nacional, pág. 308 y siguientes.

sepultado en la iglesia de señor San Juan de Avila, en la parte que al dicho Alonso Sánchez de Cepeda le pareciese.

»*Item*, mando que se digan por mi ánima cuatrocientas misas, porque no es mi voluntad que se lleve otra ofrenda ni se lleve bodigo más de las cuatrocientas misas; las cuales mando que se digan las ciento de ellas en la iglesia de señor San Juan de Avila, donde mi cuerpo ha de ser sepultado, é otras ciento se digan en el monasterio de Santo Tomás de Avila, é otras ciento en el monasterio de San Francisco de Avila, é otras ciento en el monasterio de Santa María del Carmen de Avila, que son todas cuatrocientas misas; por las cuales mando que se den de pitanza por cada una medio real.

»*Item*, mando que mi enterramiento y honras, é novena, é cabo de año, se haga secretamente, según y en la manera que les pareciere á mis testamentarios, é que se pague por ello aquello que á mis testamentarios bien visto fuere y quisieren, y no más.

»*Item*, mando á las mandas pías á cada una cinco maravedís.

»*Item*, dejo y establezco por mis testamentarios y secutores de este mi testamento, al dicho Alonso Sánchez de Cepeda, mi marido, y al señor Francisco de Pajares, vecino de la ciudad de Avila, á los cuales y á cada uno de ellos por sí en *solidum* dó todo mi poder complido, según que le hé yo, é tengo, para que ellos cumplan este mi testamento,

y mandas en él contenidas, y después de complido este mi testamento y mandas en él contenidas, dejo por mis herederos para que hayan y hereden todos los otros bienes remanecientes, después de complido este mi testamento, á Hernando, é Rodrigo, é Lorenzo, é Antonio, é Pedro, é Jerónimo, é Agustín, é Teresa, é Juana, mis hijos, é hijas legítimos, universales y generales, é revoco é anulo todos otros cualesquier testamentos, mandas é codecillos, que fasta la fecha de éste haya fecho, así por palabra como por escrito, que mando que no valgan, ni hagan fe, en juicio, ni fuera dél, salvo este que agora hago que mando que valga.

»*Item*, mando, y es mi voluntad, que doña María de Cepeda, hija de Alonso Sánchez de Cepeda, mi marido, haya del quinto de mis bienes cien ducados. Testigos que fueron presentes el señor Juan Jacón, alcaide de Avila, y el señor licenciado Hernán Vasques, vecino de Avila, y Baltasar de Rioseco, morador en Avila, é Toribio Gomes, é Antonio Gimenes, clérigo teniente en Goterrendura, los cuales firmaron aquí sus nombres.—*Baltasar de Rioseco.—Juan Chacón.—El licenciado Vasques. Antonio Gimenes*, clérigo.—*Toribio Gómez.*—Fecho en Goterrendura, á veinte y cuatro días del mes de Noviembre, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil é quinientos é veinte é ocho años.

»Y porque es verdad que pasó ante mí, Martín García, escribano público de Sus Majestades, lo

escribí según que ante mí pasó é fué otorgado, en uno con los dichos testigos; é por ende fice aquí este mio sino á tal.—En testimonio de verdad, *doña Beatriz de Ahumada.*»

4.º—Conmutación del voto de perfección que hizo la *Santa Teresa* en el año 1565 [1].

«Fray Angel de Salazar, provincial de la provincia de Castilla, de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, etc. Por la presente damos nuestra autoridad y comisión al M. R. P. Prior de nuestra casa del Carmen, de Avila, y al M. R. Fr. García de Toledo, de la Orden de Santo Domingo, para que cualquiera de sus paternidades, administrando el Sacramento de la Penitencia y Confesión, á la carísima hermana nuestra *Teresa de Jesús*, madre de las religiosas de San José, le puedan relajar cualquier voto que haya hecho, ó conmutárselo, como mejor les pareciere convenir al servicio de Nuestro Señor, y al sosiego de la conciencia de la sobredicha nuestra hermana. Para lo cual, como dicho es, les damos nuestras veces y la autoridad que por nuestro oficio y ministerio tenemos. Fecha en Toledo, á dos días del mes de Marzo de mil quinientos y sesenta y cinco años.—*Fray Angel de Salazar.*»

---

1 Dicho voto de *perfección* le hizo en 1560, según la cronología más corriente; mas habiéndose suscitado varios escrúpulos acerca de él, por consejo de los PP. Fr. García de Toledo y Fr. Antonio de Heredia, prior del Cármen de Ávila, la Santa pidió permiso á su provincial para relajarlo ó conmutarlo, como lo hizo, según se ve por este documento.

5.º—Decreto de Ntro. Sr. P. en Cristo, Gregorio XV, tocante á la *Canonización* de los santos Isidoro, Ignacio, Francisco Javier, *Teresa de Jesús*, virgen, Felipe Neri, confesores; celebrada á 12 de Marzo de 1622.

«A la honra de la Santa é individua Trinidad y exaltación de la Fe Católica y aumento de la Religión cristiana, con la autoridad del mismo Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de los Apóstoles Pedro y Pablo y nuestra; habiendo tomado consejo de nuestros hermanos, determinamos y definimos que los sujetos de buena memoria, Isidro Labrador, patrón de Madrid; Ignacio de Loyola, del lugar del Vizcaíno, Azpéitia, fundador de la Compañía; Francisco Javier, de la misma Compañía de Jesús; *Teresa de Jesús* y Ahumada, natural de Ávila, fundadora de la Orden de Carmelitas Descalzos; y Felipe Neri, florentín, fundador de la Congregación del Oratorio; son santos dignos de ser escritos en el catálogo de los santos, y como á tales los escribimos en dicho catálogo; determinando, que todos los años, el día del tránsito de Isidoro, Ignacio, Francisco y Felipe, como á confesores, no pontífices; y en el de *Teresa*, como á solamente Virgen, celebre la universal Iglesia sus oficios devota y solemnemente.

»Y sobre esto, valiéndonos de la misma autoridad, á todos los que verdaderamente penitentes y confesados visitaren devotamente los sepulcros de los dichos, cualesquiera años en los días de sus

festividades, concedemos un año y cuarenta días de indulgencias.

»Y á los que hicieren esta diligencia en las octavas de sus ficstas, concedemos cuarenta días.»

6.º—Breve del Papa Urbano VIII declarando el patronato de la *Santa* en España.

«URBANO, PAPA VIII, PARA PERPETUA MEMORIA: Teniendo Nos en la tierra, aunque indignos, las veces de nuestro Señor Jesucristo, que corona con premio de gloria eterna á sus siervos y siervas en el cielo; por el oficio pastoral que nos está encargado, nos corre obligación de procurar que se acreciente más cada día en la tierra la honra y veneración debida á los mismos siervos y siervas de Jesucristo, y que sea Dios alabado en sus santos.

»Por tanto, para que los ruegos de los fieles de Cristo que se acogen al patrocinio de los mismos santos consigan el efecto deseado, de buena gana les hacemos gracia de oir sus peticiones, y con íntimo afecto les comunicamos las partes del dicho nuestro oficio, según que vemos convenir saludablemente en el Señor.

»Los amados hijos procuradores de los reinos de la corona de Castilla, ahora de nuevo nos hicieron relación que considerando ellos atentamente los innumerables beneficios que la Divina Majestad les ha hecho y hace cada día por los méritos é intercesión de *Santa Teresa de Jesús*, y cuán ilustra-

dos están los dichos reinos con la santidad de su vida, con los grandes milagros que se ha dignado el Señor de obrar por ella, con la fundación de tantos monasterios de hombres y mujeres de la Orden de Nuestra Señora del Carmen de Descalzos, y en que tanto florece la observancia de la regla primitiva de la dicha Orden, de cuya reformación ella fué la autora: por esto, y por la gran devoción que tienen á la misma *Santa Teresa*, en las últimas Cortes de los dichos reinos, eligieron por patrona y abogada de los reinos de la tal corona, como consta del decreto hecho sobre esto, donde más á la larga nos dicen se pone el hecho.

»Y porque como la dicha relación añadía, los dichos procuradores de Cortes tienen gran deseo para que la dicha relación sea firme y perpetua, que le apliquemos al patrocinio nuestro y de esta Santa Sede apostólica: Nos, alabando mucho en el Señor, la piedad y acuerdo presente de los dichos procuradores y queriéndoles hacer especiales favores y gracias, y absolviéndoles á ellos, y á cada una de sus personas, para efecto de conseguir tan solamente la presente gracia, de cualesquiera sentencias, censuras y penas eclesiásticas, de excomunión, suspensión, entredicho, y otra cualesquiera por derecho ó especial persona, con cualquiera ocasión, ó causa puesta, si acaso están con ellas ligados: inclinándonos á los ruegos, que de nuevo humildemente se nos han propuesto, así en nombre de nuestro muy amado hijo en Cristo Philipo, católi-

co rey de las Españas, como de las dichas Cortes, consejo de nuestros venerables hermanos los cardenales de la santa iglesia de Roma, deputados para los sacros Ritos, aprobamos y confirmamos, con autoridad apostólica, la dicha elección y decreto sobre ella hecho, y le damos fuerza de firmeza apostólica, y suplimos todos y cualesquier defectos, así de hecho como de derecho, si acaso alguno por algún camino en ello hubiese habido.

»Y estatuímos, y con precepto mandamos, que de aquí adelante, para siempre jamás, todas las personas de los dichos reinos, así seglares y eclesiásticas, como regulares, tengan y reputen á la dicha *Santa Teresa* por tal patrona, con todos, y cada uno de los privilegios, gracias é indultos competentes á tales patronos, ó que de otra manera se acostumbra concederse, y que así lo deben observar aquellos á quien toca, «sin perjuicio ó innovación alguna del patronato de Santiago apóstol en todos los reinos en España.»

»Y juntamente declaramos por írrito, y de ningún valor cualquiera cosa, que de otra manera, acerca de esto, con cualquiera autoridad, á sabiendas ó con ignorancia, acaso por alguno fuere intentada: no obstante otras cualesquiera constituciones y ordenaciones apostólicas en contrario.

»Y queremos que á los traslados de las presentes, aunque sean impresos, firmados de mano de algún

notario público y autorizados con sello de alguna persona constituída en dignidad eclesiástica, se les dé en todo la misma fe que se diera á las presentes si se exhibieran y mostraran. Dado en Roma en Santa María la Mayor, con el anillo del Pescador, á 21 de Julio de 1627, en el año IV de nuestro pontificado *Vulgo Teatinense.*»

# II.

## Pasajes tomados por su interés de los «Opúsculos» del R. P. Fr. Jerónimo Gracián, confesor de la Santa.

1.º Sobre el nombre de la Santa.

DESTE nombre, *Thersia*, leo en el *Dicionario Complutense*, que significa *agradable*, *amadora*, *suave*, y la que corre, según San Jerónimo, significa *doctrina de verdad*, y es el último de los grados ó efectos de la buena oración, que hace el alma agradable á Dios y á las gentes, amadora de Cristo y de la verdad, suave en su trato y conversación con ángeles y con hombres, y la que corre con ímpetu de virtud en virtud, hasta subir á lo más alto del espíritu; y finalmente, la que sabe y entiende doctrina de verdad.

»Entre las almas que he conocido más devotas de San José, fué una la Madre *Teresa de Jesús*, natural de Avila, de noble linaje, fundadora en la tierra de promisión, que es la Iglesia, de monasterios de San José de Carmelitas Descalzas, agra-

dable en su trato y conversación, encendida en amor divino, suave en sus palabras, impetuosa en el obrar cosas grandes por Dios, y que dejó escrita doctrina muy verdadera y de mucho espíritu; y, con la devoción deste santo, venció muchas dificultades, y ha hecho milagros en vida y en muerte.»

2.º—En el que declara el fin de las Fundaciones.

«El fin para que se fundó esta Orden, y el celo con que la Madre la fundó, fué para resistir á los herejes y convertir gentiles é infieles á la fe. Con este celo vivió; ese dejó escrito en sus libros y aconsejó de palabra á sus amigos, súbditas y sucesores, mandando á sus religiosas que siempre rogasen por los que defienden la fe, y rogando á los religiosos, que se ejercitasen en este ministerio como en su principal vocación. Porque aunque es verdad que unas religiones tienen por principal intento el celo, la predicación, y el traer almas á Cristo, como los dominicos y jesuítas; y otras el recogimiento, clausura y aspereza de vida, como la Cartuja; esta religión del Carmen, siguiendo el espíritu doblado de Elías, abraza por principal fin entrambos á dos ministerios: celo de almas y quietud de espíritu, predicación y aspereza de vida, amor de Dios y del prójimo, oración y ministerio de almas, imitando á sus antecesores, como á Elías, Eliseo, Cirilo, Caprassio, Guido, San Angelo y

San Alberto, Tomás Waldense, y los demás que, siguiendo vida áspera, espiritual y recogida, ganaron muchas almas para Dios, convirtiendo infieles, gentiles y pecadores, y defendieron contra herejes la fe católica.»

3.º—Que los libros, doctrina y espíritu de la Madre *Teresa de Jesús*, han sido vistos y aprobados por muchos varones doctísimos y gravísimos.

«Parecerále á alguno que no ha sido bien que estos libros de la Madre *Teresa* se impriman, y esta doctrina se publique, sin ser primero muy bien examinada y aprobada; porque tratando de revelaciones, éxtasis, raptos y oración de unión, que son materias extraordinarias, si no se examinan muy bien, pueden ser ocasión de algunas ilusiones y engaños. Miran en Roma, el maestro del sacro palacio, y á quien Su Santidad comete el examen de los libros que se imprimen, con tanto cuidado y con tantas letras, diligencia y rigor la doctrina que en ellos se contiene, que después de haberlos ellos aprobado, es de creer que no tienen cosa de peligro; y pues que se han impreso en Roma en lengua italiana, no hay en ellos que tropezar. Pero para quitar de todo punto el escrúpulo á los que leyeren; y parecerme que estoy obligado á ello, quiero referir lo que sé acerca del examen y aprobación destos libros, y de toda la doctrina y espíritu de la Madre *Teresa*, como testigo de vista.

»Ordenó el Señor que ésta su sierva fuese muy

humilde, muy temerosa y desconfiada de sí misma y de su ingenio, más que cuantas he conocido. Permitió asimismo, que tuviese estas impresiones y cosas extraordinarias de espíritu, de que trata en estos libros, y las escribiese á tiempo que en España había engaños entre mujeres ilusas; de suerte, que ninguna mujer que hablase en semejantes materias, dejaba de ser perseguida, dándole en cara con las que salieron al auto de la inquisición, cuando lo de Cazalla. Fué demás desto Su Divina Majestad servido, que á los principios se confesase con confesores los más temerosos y detenidos en creer cosas sobrenaturales que yo he conocido. De aquí nació, que ni la Madre, ni los confesores, se aseguraban de las cosas de espíritu, y andaban buscando cuantos letrados podían, para que las examinase con temor, y deseo de no ser engañada. Y así, primero buscó varones de mucho espíritu y oración, con quien comunicó esta doctrina; entre otros, fué el P. Fr. Pedro de Alcántara, fundador de los frailes Franciscos Descalzos de España; y el maestro Daza, y otros muy espirituales. Y no se contentando con esto, pareciéndole que eran menester para entender estas cosas muchas letras y entereza juntamente con espíritu, buscó hombres gravísimos de la Compañía de Jesús, á quien dió parte de todo su modo de proceder, y entre otros, fueron el P. Francisco de Borja, que después fué general de la Compañía, y el P. Araoz, comisario de la misma Compañía, y

el P. Gil González, provincial, uno de los cuatro señalados para los negocios de su Orden, y el Padre Baltasar Álvarez, siendo rector de Salamanca, que después fué provincial, y la confesó seis años; el P. Juan Juárez, provincial de Castilla; el P. Santander, rector de Segovia; el P. Ripalda, rector de Burgos; el P. Gutiérrez, rector de Salamanca, y el P. Rodrigo Álvarez, que en Sevilla examinaba todos los casos de espíritu. Estos Padres fueron en su tiempo de los más aventajados en espíritu y letras que había en la Compañía de Jesús en España, y ella procuraba con mucha diligencia, en sabiendo que venía alguno de los que tenían nombre á los pueblos donde ella estaba, á comunicarle y darle noticia de su modo de proceder.

»Buscó religiosos de Santo Domingo, de quien se informó ser de los más aventajados en letras, y especialmente á los que entendió la murmuraban por las novedades de espíritu que della se decían. Y así dió parte de su alma, y de todo su interior á los PP. Fr. Felipe de Meneses, rector del colegio de San Gregorio de Valladolid; al P. Lunar, prior de Santo Tomás de Ávila; al P. Fr. Diego de Yanguas, lector de Teología de Valladolid; al presentado Fr. Diego Suárez, que también fué rector del colegio de Valladolid; al P. Chaves, que fué confesor del Rey; al P. Salinas, que fué provincial de su Orden; al P. Fr. Domingo Bañes, catedrático de prima de Salamanca, y al Padre

Fr. Bartolomé de Medina, también catedrático de prima de la misma Universidad. . . . . .»

«Pero todavía, deseando satisfacerse de todo punto en este caso, fuése al inquisidor don Francisco Soto de Salazar, que después fué Obispo de Salamanca, diciéndole:

—»Señor, yo tengo algunas maneras de proceder en el espíritu extraordinarias, como éxtasis, raptos y revelaciones, y no quería ser ilusa ni engañada del demonio, ni admitir cosa que no sea muy segura: yo me pongo en las manos del Santo Oficio para que me examine, y vea mi modo de proceder, sujetándome en todo á lo que me mandaren.

»El inquisidor la respondió:

—»Señora, la Inquisición no se mete en examinar espíritus, ni modos de proceder de la oración en las personas que la siguen, sino en castigar herejes. Vuestra merced escriba todas estas cosas que le pasan en su interior, con toda llaneza y verdad, y envíeselas al P. maestro Avila, que es hombre de mucho espíritu y letras, y muy entendido en estos negocios de oración, y con la respuesta que él diere, asegúrese que no tiene que temer.

»Élla, por este mandato del inquisidor, y de otros confesores que la habían mandado lo mismo, y por ruego de muchos amigos suyos, escribió toda la *Relación de su vida,* que es esta de que trata su libro, y envióla, lo primero, al P. Francisco Salcedo, confesor suyo, y de allí al maestro Avila, autor del libro llamado *Audi filia.*»

# III.

**Carta del maestro Avila á la Madre «Teresa de Jesús,» en la cual se da luz de muchas cosas de espíritu, y se trata de cómo su doctrina fué examinada en la Inquisición, y aprobada por el Papa Sixto V.**

La *gracia y paz de Jesús sea con vuestra merced siempre*. Cuando aceté el libro que se me envió, no fué tanto por pensar que yo era suficiente para juzgar las cosas dél, como por pensar que podría con el favor de nuestro Señor aprovecharme algo con la doctrina dél; y gracias á Cristo, que aunque lo he visto, no con el respeto que era menester, heme consolado y podría sacar edificacion, si por mí no queda; y aunque harto me consolara con esta parte, sin tocar en lo demás, no me parece que el respeto que debo al negocio, y á quien me lo encomienda, me da licencia para dejar de decir algo de lo que siento, á lo menos en general.

»El *libro* no está para salir á manos de muchos, porque há menester limar las palabras dél en al-

gunas partes, en otras declararlas; y otras cosas hay que al espíritu de vuestra merced pueden ser provechosas, y no lo serían á quien las siguiese, porque las cosas particulares por donde Dios lleva á unos, no son para otros; y estas cosas, ó las más dellas, me quedan acá apuntadas para ponerlas en orden cuando pudiere, y no faltará cómo enviarlas á vuestra merced; porque si vuestra merced viese mis enfermedades, y otras necesarias ocupaciones, creo la moverían más á compasión, que á culparme de negligente.

»La *doctrina de la oración* está buena por la mayor parte, y muy bien puede vuestra merced fiarse della y seguirla, y en los raptos hallo las señales que tienen los que son verdaderos. El modo de enseñar Dios el alma sin imaginación, y sin palabras interiores, es seguro, y no hallo en qué tropezar, y San Agustín habla bien dél.

»Las *hablas interiores* han engañado á muchos en nuestros tiempos, y las exteriores son las menos seguras: el ver que no son de espíritu propio, es cosa fácil: el discernir si son de espíritu bueno ó malo, es más dificultoso. Dánse muchas reglas para conocer si son del Señor, y una es, que sean dichas en tiempo de necesidad, ó de algún gran provecho, así como para confortar al hombre tentado é desconfiado, ó para algún aviso de peligro. Porque como un hombre bueno no habla palabras sin mucho peso, menos las hablará Dios, y mirado esto, y ser las palabras conforme á la Escritura divina y

á la doctrina de la Iglesia, me parece las que en el libro están ser de parte de Dios.

» *Visiones imaginarias ó corporales*, son las que más duda tienen; y éstas en ninguna manera se deben desear, antes se han de huir lo posible, aunque no por medio de dar higas, si no fuese cuando de cierto se sabe ser espíritu malo; y cierto á mí me hizo horror las que en este caso se dieron, y me dió mucha pena. Debe el hombre suplicar á nuestro Señor no le lleve por camino de ver, sino que la buena vista suya y de sus santos se guarde para el cielo, y que acá le lleve por camino llano como lleva á sus fieles; y con otros buenos medios debe procurar el huir destas cosas.

»Mas si todo esto hecho duran las visiones, y el ánima saca dello provecho y no induce su vista á vanidad, sino á mayor humildad, y lo que dicen, es doctrina de la Iglesia, y tiene esto por mucho tiempo y con una satisfacción interior, que se puede tener mejor que decir, no hay para qué huir dellas, aunque ninguno se debe fiar de su juicio en esto, sino comunicarlo luego con quien le puede dar lumbre; y este es el medio universal que se ha de tomar en todas estas cosas, y esperar en Dios, que si hay humildad para sujetarse al parecer ajeno, no dejará engañar á quien desea acertar.

»Y no se debe nadie atemorizar, ni condenar de presto estas cosas, por ver á que la persona á quien se dan no es perfecta; porque no es nuevo á la bondad del Señor sacar de malos, justos; y aun de

pecados graves, grandes bienes, con darles muy dulces gustos suyos; según lo he yo visto. ¿Quién pondrá tasa á la bondad del Señor? Mayormente que estas no se dan por merecimiento, ni por ser uno más fuerte, antes se dan á algunos por ser más flacos, y como no hacen á uno más que santo, no se dan siempre á los más santos.

»Ni tiene razón los que descreen estas cosas, porque son muy altas; y parece cosa increible abajarse la Majestad infinita á comunicación tan amorosa con una su criatura. Escrito está *que Dios es amor*, y si amor, es amor infinito y bondad infinita, y de tal amor y bondad no hay que maravillar que haga tales excesos de amor que turben á los que no le conocen, y aunque muchos lo conozcan por fe, más la experiencia particular del amoroso, y más que amoroso trato de Dios con quien Él quiere, si no se tiene, no se podrá entender bien el punto donde llega esta comunicación; y así he visto muchos escandalizados de ver las hazañas del amor de Dios con sus criaturas, y como ellos están de aquello muy lejos, no piensan hacer Dios con otros, lo que con ellos no hace siendo razón, que por ser la obra de amor, y amor que pone en admiración, se tomase por señal que es de Dios, pues es maravilloso en sus obras, y muy más en las de su misericordia, y de allí mismo sacan ocasión de descreer, de donde la habían de sacar de creer, concurriendo las circunstancias que den testimonio de ser cosa buena.

»Paréceme, según del libro consta, que vuestra merced ha registrado ya estas cosas, y aun más de lo justo. Paréceme que le han aprovechado á su alma, y especialmente le han hecho más conocer su miseria propia y faltas, y enmendarse dellas: han durado mucho, y siempre con provecho espiritual; incítanle á amar á Dios, y á propio desprecio, y á hacer penitencia; no veo por qué condenarlas: inclínome más á tenerlas por buenas, con condición que siempre haya cautela de no fiarle del todo, especialmente si es cosa no acostumbrada, ó dice que haga alguna cosa particular, y no muy llana. En todos estos casos y en semejantes se debe suspender el crédito, y pedir luego consejo. Item: adviértase, que aunque estas cosas sean de Dios, se suele mezclar otras del enemigo, y por eso siempre ha de haber recelo. Item: hasta que se sepa que son de Dios, no debe el hombre parar mucho en ellas, pues no consiste la santidad, sino en amor humilde de Dios y del prójimo; y estotras cosas se deben tener en menos, aunque buenas, y pasar su estudio en la humildad verdadera, y amor del Señor.

»También conviene no adorar visiones destas, sino á Jesucristo en el cielo, y no al que se representa en la imaginación, sino como á imagen para llevarme al representado por ello. También digo, que las cosas deste libro acaecen, aun en nuestros tiempos, con algunas personas, y con mucha certidumbre que son de Dios, cuya mano no es

abreviada, para hacer agora lo que en tiempos pasados, y en vasos flacos, para que Él sea glorificado.

»Vuestra merced siga su camino, mas siempre con recelo de ladrones, y preguntando por el camino derecho; y dé gracias á nuestro Señor que le ha dado su amor, y propio conocimiento, y amor de penitencia, y de cruz: de esotras cosas no haga mucho caso, aunque tampoco las desprecie pues hay señales, que muy muchas dellas son de parte de nuestro Señor; y las que no lo son, con pedir consejo no le dañarán. Yo no puedo creer que he escrito esto con mis fuerzas, pues no las tengo; creo que la oracion de vuestra merced lo ha hecho: pídole por amor de Jesús, nuestro Señor, se encargue de le suplicar por mí, que Él sabe que lo pido con mucha necesidad; y creo basta esto para que vuestra merced haga lo que suplico y pido licencia para acabar esta, pues quedo obligado á escribir otra. Jesús sea glorificado de todos y en todos, amen. De Montilla, á 12 de Setiembre de 1568 años. Siervo de vuestra merced por Cristo,—JUAN DE AVILA.»

---

# IV.

**Relación de las virtudes de N. S. M. Teresa escrita por su prima la V. M. María de San Jerónimo.** [1]

Harto me holgara no tener tanta falta de memoria para cumplir lo que la obediencia me ha mandado, que es, que diga *algunas cosas* de las que *ví* y *oí* á Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús el tiempo que la tuvimos en esta casa, de San José de Ávila, y si no fuera por la falta dicha, *pudiera decir muchas,* y también por haber pasado más de veinte años, de los principios de esta casa, donde nos dió tantos ejemplos á las que acabábamos de venir á élla, y también porque en aquel tiempo se *tomaban las cosas tan al descuido, que nunca se miraban con pensamiento de escribirse* [2], y así *las dejábamos todas olvidar...*»

---

1 Forma parte lo que de dicha relación vamos á transcribir, con ligerísimas variantes, de un curiosísimo y poco conocido *Cuaderno* que conservan las VV. religiosas de Ávila, en el arca de tres llaves, manuscrito de época remota, sin forro, y al parecer cosido por las mismas madres. El epígrafe, escrito con tinta encarnada, es del P. Fr. Manuel de Santa María y del mismo, y con la misma tinta, hay en él varias notas.

2 La Santa no escribió sino sus trabajos; lo que la glorificaba lo ocultó siempre, por lo cual *se desconoce* en su mayor parte.

»En aquellos principios no se tenían freylas, y andábamos á semanas en la cocina, y con todas sus ocupaciones, que eran muchas, cumplía la semana que le correspondía como las demás hermanas, y no nos daba poco contento verla en ella, porque lo hacía todo con gran alegría y cuidado de regalar á todas, y así parece que le tenía Su Majestad de enviar aquella semana más limosna que otras. Por lo cual así decía que condescendía Nuestro Señor con su deseo, que como le tenía de darnos bien de comer, le enviaba siempre con que lo hiciese.

»Acaeció algunas veces haber un huevo ó dos, ó cosa semejante, para dar á todo el convento, y decia que esto se diese á quien tenía más necesidad, pareciéndonos que élla era quien más la tenía por ser mujer de muchas enfermedades; con todo, nunca admitía que se *lo* diesen á élla, diciendo que no tenía necesidad para que sus hijas lo comiesen; que en quitarles á éllas el trabajo y tomarle para sí, tenía placer en extremo.

»En la virtud de la caridad no le tenía menos, en especial con las enfermas para que no les faltare todo lo necesario. Y víamos muchas veces que acudía Nuestro Señor á proveer las necesidades, para corresponder á la gran fe que élla tenía, y así nos decía muchas veces:

—»Tened por cierto que si no faltades en el servicio de Nuestro Señor, Él nunca os faltara.

»Y decía esto, como quien tenía buena expe-

riencia acerca de ello, y por la fe con que comenzaba las cosas todas.

. . . . . .

»Pues el tratarse del efecto que hacía en las almas su oración, mucho había que tratar de esto [1].

. . . . . .

»Oí decir á un confesor suyo, harto letrado y avisado, que su trato más parecía de ángel que de criatura humana; y no me espanto que dijere esto, porque fuera de lo que él sabía del mucho bien que había venido á las almas por tratarla, en sí mismo tenía buena experiencia de esto en el aprovechamiento que había sentido después que la trataba, porque aunque él era bueno, fué mucho el aprovechamiento de virtud que después se vió en este Padre.

»Oíla decir un día, que estándole encomendando á Dios había dicho á su Majestad:

—«*Señor, este es bueno para nuestro amigo,*»—que con esta familiaridad trataba con Dios.

»Tornando á lo que decía del cuidado que traía de encubrir su oración, comenzóle de manera una vez, que le levantaba el cuerpo de la tierra; fué á tiempo que llegaba á comulgar, y como élla comenzó á sentir esto, asióse con entrambas manos de la reja para tenerse fuertemente, porque le dió gran pena que le conociesen cosas tan exteriores,

---

1 Ya hemos puesto algo en el cuerpo de la obra, por lo cual omitimos el repetirlo.

y nos decía que le había costado mucha oración pedir al Señor se lo quitase, y así se lo quitó; y aunque también le daba pena los arrobamientos, delante de nosotras, ya en fin lo pasaba, mas de la gente de fuera era mucho lo que sentía, y disimulábalo con decir que era enferma del corazón... Cuando le acaecía esto delante de alguien, pedía que le diesen algo de comer y de beber, para de esta suerte dar á entender que era necesidad de enfermedad.

»Andando en estos ejercicios de oración y penitencia y aprovechamiento de almas, y con gran ejemplo de humildad que nos daba siempre, vino el generalísimo de Roma, y dióle las patentes para fundar los Monasterios: cuando salió á fundar el primero, había cinco años que esta casa se había hecho. Fué mucho lo que todas sentimos el día que la vimos salir de ella, porque era en extremo lo que la amábamos, y así cada una de nosotras tuviéramos por gran dicha que nos quisiera llevar en su compañía.

»Procuró, antes que fuese, dejarnos acomodadas de casa y huerta para que no sintiéramos tanto su ausencia, y con no tener blanca para esto, se adeudó en nueve mil reales, y esto hizo con la fe que hacía otras cosas de que Nuestro Señor se lo había de remediar; y así le deparó monjas que trajeron esta limosna, y tales como se podían desear de virtudes, que no fué poco en tal conyuntura haber quien quisiese venir á tomar aquí el hábito, porque en sabiendo, que se supo, que la Santa Madre

salía de esta casa, les parecía á todos quedaba perdida, y que todo se había de deshacer luego.

»De esto no teníamos pena las que quedábamos, que bien echábamos de ver ser obra de Dios por las cosas que habíamos visto que Su Majestad había hecho después que estábamos en ella, y así sólo teníamos pena de vernos sin nuestra Santa Madre; y aunque también sentía el dejarnos, procuraba disimularlo por no nos dar pena.

»A la hora que se hubo de partir se fué á una ermita que hay en esta casa de un Cristo atado á la columna á suplicarle muy de veras fuese servido de que cuando élla volviere lo hallare todo como lo dejaba. Concedióselo Nuestro Señor como se ha visto por la obra, que no sólo en lo *espiritual*, sino en lo *temporal* se vió claramente lo que Su Majestad ha favorecido esta casa, y se veía que era por medio de su oración, que aunque andaba en las fundaciones, tenía cuidado de élla, y era priora de élla, y así la que quedó entonces por mayor se evidenció lo poco que hacía en su gobierno.

»Y porque este discurso de tiempo que pasó fundando los monasterios élla lo dejó escrito, no diré aquí más que sé claro que *lo menos de lo que pasó fué lo que escribió*, porque *si* las cosas que yo la oía contar de *persecuciones y trabajos* se hubieran de escribir, se podía hacer un libro de ello...

»Lo único que yo podré decir aquí, es de la *paciencia* que la ví en dos años que estuvo en esta casa después que fundó la de Sevilla.

»Vino de Toledo [1] cuando hubimos de dar la obediencia á la Orden.

»Hecho esto, que fué una cosa de mucho contento para élla, aguósele bien con los trabajos y persecuciones que sobrevinieron luego, que fué cuando se andaba tratando de hacer provincia, que fueron tantos los enredos y marañas que el demonio levantó, que fué menester la perfección que Dios la había dado para llevarlo, porque no sólo procuraba que no pasase adelante el hacerse la provincia, sino que no se deshiciesen los monasterios que estaban hechos...

»De estas cosas y otras venían muy á menudo cartas dándole cuenta de todo lo que pasaba, porque se la daban muy por menudo de todos los negocios; que *nada se hacía sin su parecer*.

»Todas estas cosas pasaban entre personas graves y hasta delante del Nuncio.

»Veamos ahora cómo lo tomaba la Santa Madre cuando oía decir, qué tal la paraban, y fué mucha la diligencia y cuidado que se puso en deshacer lo que tanto trabajo á élla la había costado.

»Llamábanos á todas y leíanos las cartas, y élla se quedaba con la mayor paz y sosiego del mundo, y hartas veces hasta *con risa* de ver lo que decían de élla.

»Nunca la ví *enojada*, ni *turbada*, ni con la me-

---

[1] *Al margen y anotado con tinta encarnada se lee:*=Fué esto por Agosto de 1577.—Carta IV del tomo I, n.º 2.

nor *alteración del mundo* por cosa que de ella dijesen, sino antes decía que cobraba amor á estas personas, y las encomendaba mucho á Dios; y no paraba en esto, sino que la oí decir que muchas veces le era esto causa de mucho gozo interior, y se mostraba bien el contento y regocijo que exteriormente la veíamos, cuando estas cosas se ofrecían, sonreir.

»Y decía:

—»En otras cosas he ofendido á Dios, váyase lo uno por lo otro.

»Venían otras veces nuevas de que todos los negocios iban perdidos, porque cada día parecía que se iban las cosas poniendo peor. Y ella estaba á pesar de esto con un ánimo y confianza tan grande, que no sólo no tenía necesidad de que la consolasen en ello, sino que ella lo hacía á nosotras viéndonos penadas, y nos decía que lo encomendásemos á Nuestro Señor y no tuviésemos pena, y añadía, que todo eso haría muy bien, y al tiempo que todos decían que los negocios iban perdidos, entonces élla salía con nuevas confianzas, y respondía á quien se lo decía:

—»Ven todo esto que pasa, pues todo es para mejor, y así parecía que lo era para élla, porque se la oía decir el gran bien que en su alma había sentido y el provecho que de los trabajos y contradicciones había tenido.

»Las que tuvo de los amigos no fueron las menores, sino mayores que todas, porque como es

de quien más se siente, la daban ocasión á mayor trabajo.

»Y á ella se le dieron harto, porque como los vía que andaban con buen celo y la querían bien, parecíale que ellos eran los que acertaban, y que ella debía de ser la que erraba...

»De suerte que cuanto más la apretaban, nunca la oí decir de todas estas personas sino palabras de mucha edificación, afirmando que eran unos santos, y que todo lo que hacían lo demostraban...

»Mientras pasaban estas persecuciones, que fueron dos años, el tiempo que la quedaba de escribir para los negocios, escribía á los monasterios de las monjas, consolándolas, que lo habían bien menester; que como en lo que se daba era deshacerlos, estaban fatigadas, y con ver letra suya les era de mucho consuelo.

»Este no les duró mucho, porque el demonio puso sus diligencias para estorbarlo.»

. . . . . .

Y refiere aquí lo de la caída y rotura del brazo. [1]

. . . . . .

. . . . . .

«Pasó grandísimos dolores de él; duráronle años que casi no le pudo tornar á menear.

»Fué esto una cosa de harto trabajo para las

---

[1] *Al margen con lápiz colorado se lee:* Carta XIII del tomo III, n.º 1, y carta XXIV del tomo II, n.º 8 y sus notas 6.ª y 9.ª

que la víamos y para élla. Lo uno, porque en toda su vida pudo vestirse, ni desnudarse, ni ponerse un velo sobre la cabeza; lo otro, porque no podía escribir en tiempo que había tanta necesidad de ello, y sabiendo en los monasterios que estaba de esta manera, sentíanlo mucho.

»Pero llevábalo todo con grandísima paciencia y hasta con alegría.

»Preguntóla cierto día una hermana si no tenía muchas ansias de comulgar, porque había un mes que no lo había hecho, á causa de no estar para poderla levantar: respondió que no, que estaba tan conforme con lo que nuestro Señor había hecho, que con esto la parecía como si comulgara cada día.

»Tuvo mucho hastío en este mal, y un día dijo á la enfermera que le parecía que comiera bien de un melón por la mucha sequedad que tenía en la boca, mas añadió que si no le había en casa que no le fuesen á buscar.

»No le había, en efecto, y como había mandado que no le buscasen, no osaron enviar por él aunque veían la necesidad, y dándola de comer sin él era tanta su repugnancia ó sequedad, que no pudo comer, y así le quitaron sin probarla la comida de delante.

»En esto llamaron al torno, y yendo á responder, hallaron en él el medio melón, y no hallaron á nadie que le pusiese, ni hasta hoy se supo quién, y así se puede entender que nuestro Señor mo-

vió alguna persona para que socorriese la necesidad de su sierva. [1]

»Pasados los dos años dichos de esta gran persecución, que de otras que no fueron en tanto extremo más duraron de quince años y aun veinte, mandó el Nuncio que estuviesen sujetos nuestros monasterios al Provincial de los calzados, que en aquella sazón era Fr. Angel de Salazar, y así él comenzó luego á visitar los monasterios; y yendo á la casa de Salamanca, halló que había gran necesidad de que la Santa Madre fuese allí por ciertos pleitos que traían sobre la compra de un nuevo monasterio, y la envió la obediencia de que fuese allí, y juntamente la mandó que fuese á Valladolid, porque se lo había pedido mucho la señora (doña María Mendoza), que está en el cielo, al P. Fr. Angel que se lo ordenase, que era grande la devoción que esta Señora la tenía, y así se partió de esta casa á hacer estas dos jornadas. Llevó consigo una hermana de esta casa, que la trajo por compañera hasta que murió, [2] y así todo lo que de aquí adelante se dijere, es ella la que lo dice y fué testigo de vista que anduvo siempre á su lado, y es mujer á quien se le puede dar crédito porque es mucha su virtud y el talento que Dios le ha dado.

«Sé que nuestra Santa Madre la tenía en mu-

---

1 Esto, que parecerá nimio y pueril á algunos, es de una evidente y tiernísima edificación.

2 Carta 60 del tomo I núm. 5, escrita ciertamente desde Ávila á 24 de Junio de 1579. *(Esto se lee al margen, escrito con tinta encarnada.)*

cho, y que se aconsejaba mejor con ella que con muchas monjas del coro, porque es ella una freila.

»Yo la he tratado muchos años y sé harto de su conciencia y no hace harto el alabar á Dios, el oirla y ver lo que Dios ha puesto en esta alma: yo creo que no dejarán de salir algunas cosas suyas á luz á su tiempo para gloria de nuestro Señor.

»He dicho estas razones porque se entienda que todo lo que ahora se dijere de testigo de vista y persona á quien podemos dar crédito.

»La firma dice así:

**m.ª de san gerónimo.»**

. . . . . .

# V.

## Los Centenarios.

### I.

No se conserva documento alguno relativo á la celebración del primero y segundo Centenario de la célebre *Reforma* de Teresa de Jesús:

Del siglo XVIII no hay ni aun vestigio alguno de que tuviera lugar, y del anterior sólo existen noticias vagas y contradictorias.

### II.

De la manera y forma con que se efectuó el *tercero* de la dicha *Reforma* en la muy noble y leal ciudad de Ávila, tenemos á la vista una curiosa descripción, escrita por el Dr. don Tomás Baeza González, canónigo de la Santa A. Iglesia Catedral, impresa en Segovia el año 1862.

Propuesta la idea se acogió con entusiasmo por

el clero y pueblo, y en los días 22, 23 y 24 de Agosto de dicho año se celebró un solemnísimo *triduo* por merced apostólica, con misa votiva en la Santísima Trinidad.

Su Santidad Pío IX, de excelsa memoria, fué quien hizo esta concesión, corriendo los gastos del día 22 á cargo del Patronato, y los del 23 al del ilustre Ayuntamiento, habiéndose trasladado al efecto el 21 la venerada imágen de la Santa de la capilla del convento de Descalzas, en que se venera, y donde Teresa nació, al de San José, habiéndose detenido en la parroquial de San Juan, donde fué bautizada, en la S. I. Catedral en Nuestra Señora de Gracia, en el colegio de Concepcionistas y en la parroquial de San Pedro.

La tarde del 25 se restituyó la santa imagen con no menos pompa, devoción y solemnidad.

## III.

Pero del Centenario de que podemos y debemos hacer aquí *especial mención*, es del solemnísimo que tuvo lugar el año 1882, *tercero* de la gloriosa muerte de Santa Teresa de Jesús, que por voluntad expresa de Su Santidad León XIII quiso se celebrase «de manera que fuese un homenaje católico tributado á la Excelsa Santa, revestido de la austeridad y severa grandeza con que nuestra sacrosanta religión sabe glorificar á sus preclaros hijos.»

La voz del Padre Santo tuvo en todo el orbe

católico la general resonancia que entre los cristianos produce siempre el llamamiento del Sumo Pontífice, y respondiendo á él la Europa culta, el mundo católico entero, pero sobre todo España ofreció un espectáculo verdaderamente consolador para todo corazón piadoso, para toda alma creyente.

Si Teresa de Jesús es una gloria del catolicismo, y lleva un nombre ilustre entre los nombres ilustres del mundo sabio, para España es una *gloria nacional*, y una mayor y especialísima para Alba, Avila, Valladolid, Salamanca y cuantas ciudades, villas y lugares conservan casas de su *Reforma*.

En todas partes el *tercer Centenario* de su gloriosa *glorificación* fué digno del amor que se profesa á la ínclita Santa castellana.

# VI.

## Las siete meditaciones de «El Padre nuestro.»

Como remate y digno término de cuanto de admirable y digno de alabanza hizo y escribió Santa Teresa de Jesús, nosotros, que en *referirlo* y *copiarlo* hemos tenido especialísima complacencia, vamos á *extractar* aquí un trabajo suyo, *muy poco conocido* [1], y en el cual, como en todos, se da á conocer, no sólo como devotísima cristiana, sino como gran escritora.

«Teresa de Jesús, á imitación de su Esposo, estará siempre puesta como signo de contradicción y de resurrección y ruina para muchos.

A nuestro entender, desde los tiempos apostólicos acaso no se ofrezca una demostración práctica de lo *sobrenatural* en el hombre, tan brillante como nos la ofrecen la vida y los *escritos* de Santa Teresa.

---

1 Algunos han puesto en duda la autenticidad del *escrito* á que nos referimos; nosotros no estamos de acuerdo con este parecer en lo *sustancial* que contiene. Si no fuese *suyo*, por lo menos entresacado de sus obras y escritos es.

Los favores con que el Señor la distingue son extraordinarios, dándose en ella la circunstancia de poseer un gran talento para discurrir sobre las mercedes que experimenta, á la vez que una profunda humildad para dudar y pedir consejo, la pléyade más gloriosa que celebra España de hombres ilustres por su santidad y por su saber.

De modo que, en apoyo de la certeza de los favores sobrenaturales recibidos por Santa Teresa, tenemos, á más del juicio autorizado de la Iglesia, la clara inteligencia y sincera exposición de la Santa y el voto de una época distinguida por su ciencia y su buen sentido.

Las diversas relaciones y declaraciones que hizo de su vida interior, sus cavilaciones, sus dudas, sus mismos sufrimientos, producen, desde luego, aun en el lector menos reflexivo, el convencimiento íntimo de que, «quien pretenda negar lo *sobrenatural* en Santa Teresa, tiene que negarlo en tesis general, porque de hecho, y concretándose á la vida y á los escritos de nuestra heroína, no cabe hacer la menor contradicción sin fundarla sobre una falsedad.»

---

Lunes.—*Primera meditación.*—«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre.»

Aunque el nombre de Padre es el que mejor cuadra á todas estas peticiones, y el que nos da mayor confianza, y por el cual se quiso obligar el Señor á darnos lo que le pedimos: con todo esto no hare-

mos contra su disposición, y ordenación en añadir los demás títulos, pues con tanta verdad le pertenecen, demás que con ellos la devoción se despierta, y se aviva el fuego del altar de nuestro corazón, con renovarle la leña, y toma esfuerzo nuestra confianza, considerando que al que es Padre nuestro, le pertenecen tan gloriosos títulos, y á nosotros tan favorables.

Pues para que el fuego tenga todo el lunes, que gastar en solo este nombre de Padre y primera petición, considere que su Padre es Dios, trino en personas y uno en esencia, principio y autor de todas las cosas, un Ser sin principio, que es causa y autor de todos los seres, por quien nos movemos, y en quien vivimos, y por quien somos, que todo lo sustenta, todo lo mantiene.

Y considérese así que es Hijo de este Padre tan poderoso, que puede hacer infinitos mundos, y tan sabio, que los sabrá regir á todos ellos, como sabe regir éste, sin faltar su providencia á ninguna criatura, desde el más alto serafín, hasta el más bajo gusanillo de la tierra; tan bueno, que de balde se está siempre comunicando á todas, según su capacidad. Y en especial considere el hombre y diga:

¡Cuán bueno es este Padre para mí! pues quiso que tuviese yo ser, y gozase de esta dignidad de hijo suyo, dejándose por criar á otros hombres, que fueran mejores que yo.

---

MARTES.— *Segunda meditación.*—«Rey nuestro, venga á nos el tu reino.»

Viene muy bien esta petición tras de la pasada, pues á los hijos se debe el reino de su padre, diciendo de esta manera: «Si el mundo, demonio y carne reinan en la tierra, reina Tú, Rey nuestro, en nosotros, y destruye en nos estos reinos de avaricia, soberbia y regalo.» De dos maneras se puede entender esta petición, ó pidiendo al Señor que nos de la posesión del reino de los cielos, cuya propiedad nos pertenece como á hijos suyos, ó pidiéndole que Él reine en nosotros, y que nosotros seamos reino suyo.

Ambos sentidos son católicos, y conforme á la Santa Escritura, y así me lo dicen teólogos; porque del primero dijo el Señor:

—Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está aparejado desde el principio del mundo.

Y del segundo dice San Juan, que dirán los santos en la gloria:

—Redimístenos, Señor, con tu sangre, y hicístenos reino para tu Padre, y Dios nuestro.

En estos sentidos hay un admirable primor, y es, que cuando Dios habla con nosotros, dice que es el reino nuestro, y cuando nosotros hablamos con Él, bendecimos, porque somos reino suyo, y así andamos trocándonos con estos comedimientos celestiales.

Yo no sé cuál sea mayor dignidad del hombre,

ó que se precie Dios de tenernos por reino, y satisfacerse su Majestad con esta posesión, siendo Él quien es, ó querer Él ser reino nuestro, y dársenos en posesión; aunque por ahora más me satisface el ser nosotros reino suyo, pues de aquí nace el ser Rey nuestro.

Dijo á Santa Catalina de Sena:

—Piensa tú de Mí, que Yo pensaré de tí.

Y á cierta madre:

—Ten tú cargo de mis cosas, que Yo lo tendré de las tuyas.

Pues tomemos á nuestro cargo el hacernos tales, que se precie su Majestad de reinar en nosotros, que Él le tendrá de que nosotros reinemos en Él.

Y este es el reino de quien el mismo Señor dijo en su Evangelio: «Buscad primero, y ante todas cosas el reino de Dios, y descuidad de lo demás, puesto lo tiene á su cargo vuestro Padre.»

De este reino asimismo dijo San Pablo, «que era gozo y paz en el Espíritu Santo.»

Todo lo que en este día hiciere ú oyere, se ha de referir á esta consideración de Dios Rey nuestro; como se refirió en la pasada á Dios como Padre.

Aquí viene muy bien aquel paso cuando Pilatos, después de acusado nuestro Redentor, le sacó delante del pueblo, coronado de espinas, con una caña en la mano por cetro, y una ropa vieja de púrpura diciendo:

—Véis aquí el Rey de los judíos.

Y después de haberle adorado con suma reverencia (en lugar de las blasfemias y escarnios que le hicieron los soldados y judíos, cuando le vieron en aquella disposición) hacer actos de humildad, con deseos de que las honras y alabanzas del mundo nos sean á nosotros corona de espinas.

---

MIÉRCOLES.—*Tercera meditación.*—«Esposo de mi alma, hágase tu voluntad.»

La tercera petición es: *Hágase tu voluntad*, deseando que en todo se cumpla la voluntad de Dios: y aun pedimos más: que se cumpla *en la tierra como en el cielo*, con amor y caridad.

Viene muy bien esta petición tras las dos pasadas, pues es cosa tan justa que se cumpla en todo perfectísimamente la voluntad del Padre Eterno por sus hijos, y la del Rey soberano por sus vasallos.

Para más nos despertar y conformar con esta voluntad, imaginemos á este Padre y Rey de los reyes con título de Esposo amantísimo de nuestras almas. Y á quien con atención considérese este nombre, y entendiere el regalo y favor, que debajo de él se comprende, sin duda se levantarán en su corazón increibles deseos de cumplir la voluntad de aquel Señor, que siendo Rey de la Majestad (resplandor del Padre, abismo de sus riquezas, y piélago de toda hermosura, fortísimo, poderosísimo, sapientísimo y amabilísimo) quiere ser de nosotros

amado, y amarnos con tan regalado amor, como por este dulce nombre significa.

Préciase mucho Su Majestad de este nombre, y así á Jerusalén, siendo fornicaria y adúltera, convidándola á penitencia, le ruega que se vuelva á Él, y que le llame Padre y Esposo, por darle confianza y seguridad, que será de él recibida.

En este nombre se especifican todas las prendas del regalado y confiado amor, el trueco, é igualdad de las voluntades; pide todo el amor, y todo el cuidado, y todo el corazón: así después que Dios hizo el concierto, y la escritura del desposorio con Israel en el desierto, le pidió y mandó que le amase con todo su corazón, con toda su alma, entendimiento y voluntad, y con toda su fortaleza. Cuán recatada, pues, ha de andar la Esposa, que es amada de tan gran Rey, y compuesta en todo lo interior y exterior.

---

JUEVES.—*Cuarta meditación.*—«Pastor nuestro, el pan nuestro de cada día dánosle hoy.»

La cuarta petición es: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy.*

El jueves cuadra muy bien esta cuarta petición con el título de Pastor, á quien pertenece apacentar su ganado, dándonos el pan de cada día: porque al Padre, Rey y Esposo, muy bien le viene ser pastor, y por derecho natural le podemos decir sus hijos, vasallos y esposas, que nos mantenga, y apaciente con manjares, conforme á

Su Majestad, y á nuestra grandeza, pues somos hijos suyos; y así no decimos que nos lo dé: no decimos ajeno, sino nuestro; que pues somos hijos, nuestros son los bienes de nuestro padre.

No me puedo persuadir que en esta petición pedimos cosa *temporal* para sustento de la vida corporal, sino *espiritual* para sustento del ánima, porque de siete peticiones que aquí pedimos, las tres primeras son para Dios, la santificación de su nombre, su reino y su voluntad; y de las cuatro que pedimos para nosotros, esta es la primera, en la cual sólo pedimos que *nos dé*, porque en las otras pedimos que *nos quite* pecados y tentaciones y todo mal.

Pues una cosa sola que pedimos á Nuestro Padre que nos dé, no ha de ser cosa temporal para el cuerpo; demás, de que á hijos de tal Padre, no les está bien pedir cosas tan bajas y comunes, que las da Él á las criaturas inferiores y al hombre sin que se las pidan, y especialmente teniéndonos Su Majestad avisados que le pidamos, procurando primero las cosas de su reino, que es lo que toca á nuestras almas, que de lo demás Su Majestad tiene cargo, y por eso declaró por San Mateo: «El pan nuestro sobresustancial dánoslo hoy.»

Vió San Juan á este divino Pastor, como cordero, en medio de sus ovejas, que las regía y gobernaba, y guiándolas por los más frescos y hermosos jardines, las llevaba á las fuentes de agua de vida.

¡Oh, qué dulce cosa es ver al Pastor hecho Cordero!

Pastor es, porque apacienta; y Cordero, porque es el mismo pasto.

Pastor es, porque mantiene; y Cordero, porque es manjar.

Pastor, porque cría ovejas; y Cordero, porque nació de ellas. Pues cuando le pedimos que nos dé el pan cotidiano, ó sobresustancial, es decir, que el pastor sea nuestro pasto y nuestro mantenimiento.

Agrádale á Su Majestad considerarle, como se representó á una su sierva en hábito de pastor, con suavísimo semblante, recostado sobre la cruz, como sobre cayado, llamando á unas de sus ovejas y silbando á otras.

Y más agradable es considerarle y mirarle enclavado en la misma cruz, como cordero asado, y sazonado para nuestra comida, regalo y consuelo.

Dulce cosa es verle llevar la oveja perdida sobre sus hombros.

Como pastor nos abriga y recibe en sus entrañas, y nos deja entrar en ellas por las puertas de sus llagas, y como cordero se encierra dentro de las nuestras.

Considérese el alma en una soledad sin camino, en tinieblas, y oscuridad, cercada de lobos, de leones y osos, sin favor del cielo ni de la tierra, sino sólo el de este pastor que la defienda ó guíe.

De esta manera nos vemos muchas veces en ti-

nieblas y cercados de ambición, y de propio amor, y de tantos enemigos visibles é invisibles, donde no hay otro remedio sino llamar aquel divino pastor que sólo nos puede librar de tales aprietos.

---

VIERNES.—*Quinta meditación.*—«Redentor nuestro, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros las perdonamos á nuestros deudores.»

Todos los bienes que podemos desear para nosotros, se comprenden en la petición pasada; y todos los males, de que podemos ser librados, se contienen en las tres peticiones siguientes:

Perdónanos, Señor, lo que te debemos, por quien tú eres, que eres Dios, Señor universal, y lo que te debemos por los beneficios, y lo que te debemos por nuestras ofensas; y esto, Señor, sea como nosotros perdonamos á los que nos ofenden, que son nuestros deudores.

Y, porque parecerá á alguno, sería muy limitado este perdón, si fuese conforme á lo que nosotros perdonamos, se ha de advertir, que de dos maneras se puede esto entender.

Lo primero, que habemos de imaginar, que siempre que decimos esta oración la decimos en compañía de Cristo Nuestro Señor, el cual está á nuestro lado siempre que oramos, y en su nombre pedimos y decimos, Padre Nuestro. Siendo esto así, bien cumplido será el perdón, pues tan cumplido le hizo el mismo Hijo de Dios por los hombres.

Pero también se pueden entender en rigor, como las palabras suenan, pidiendo que nos perdonen, como nosotros perdonamos, porque todo hombre que ora se presume que tiene perdonados de corazón á sus ofensores, y en la misma manera de pedir significamos, y nos mortificamos á nosotros mismos, como habemos de llegar, y que si no habemos perdonado nosotros, damos sentencia contra nosotros que no merecemos perdón.

Dijo el sabio: «¿Cómo es posible que el hombre no perdone á su hermano, y pida perdon á Dios?» El que desea vengarse, tomará Dios venganza de él, y guardará sus pecados sin remisión.

La materia de esta petición es generalísima, y abraza infinitas cosas, porque las deudas son sin cuento, la redención copiosísima, y el precio del perdón infinito, que es la Muerte y Pasión de Cristo.

Aquí se han de revocar, ó traer á la memoria, los pecados propios y los de todo el mundo.

La gravedad de un pecado mortal, que por ser ofensa contra Dios, no puede ser por otro redimido, ni pagado; la restauración de tantas ofensas, hechas contra tan grande é infinita majestad y bondad.

Debemos á Dios amor y temor y suma reverencia, por ser quien es; debémosle las ofensas que en pago de esto le hacemos; pues de todas estas deudas le pedimos que nos saque, cuando le pedimos que nos perdone nuestras deudas.

En la ejecución de esta obra están todas sus riquezas y toda nuestra buena dicha, pues Él es el ofendido, el Redentor y el rescate.

---

SÁBADO.—*Sexta meditación.*—«Médico nuestro, no nos dejes caer en la tentación.»

Como nuestros enemigos son tales, y tan importunos, siempre nos ponen en aprieto, y como nuestra flaqueza es tan grande, somos fáciles para caer, si el Todopoderoso no nos ayuda: por tanto, es necesario que seamos perseverantes en pedir favor á Nuestro Señor, para que no permita seamos vencidos de las tentaciones presentes, ni tornemos á caer en los pecados pasados.

No le pedimos que no permita que seamos tentados, sino que *no seamos vencidos de las tentaciones*; pues la tentación, siendo vencida por su favor, nuestra voluntad es para gloria suya y corona nuestra, y mándanoslo pedir Su Majestad por estas palabras:

—«No nos traigas en tentación; porque entendamos que el ser tentados, es permisión suya; y el ser vencidos, es por nuestra flaqueza, y la victoria es suya.»

Consideremos, pues, aquí, cómo es verdad que todos somos flacos y enfermos y llagados; así porque lo heredamos de nuestros padres, como porque nosotros mismos con nuestros pecados y malas costumbres pasadas, nos habemos debilitado

más y llagado de piés á cabeza, y presentémonos así delante este Médico celestial, pidámosle que no nos deje caer en la tentación, teniéndonos Él de su mano poderosa, y no dejándonos sin cura y ayuda.

Este título de *Médico* es muy agradable á su Divina Majestad, y fué el oficio que viviendo en este mundo más ejercitó, curando enfermos incurables de enfermedades corporales, y las almas de vicios envejecidos.

Y así se puso Él mismo este nombre, cuando dijo:

—«No los sanos tienen necesidad de médico, sino los enfermos.»

Este oficio usó Su Majestad con el hombre, comparándose al Samaritano, que con aceite y vino curó al que los ladrones habían despojado, herido y medio muerto. Son una misma cosa médico y redentor; sino que el redentor tiene respeto á los pecados pasados, como dijo San Pablo: «el médico á curar las llagas y enfermedades presentes, y todas las culpas venideras.»

¡Oh, Médico celestial!

Vos os venís sin ser llamado, y de mejor gana á los pobres que á los ricos, y á todos curáis por presencia: no aguardáis sino que el enfermo se conozca serlo, y estar necesitado de Vos: no solamente no encarecéis la cura ó enfermedad, pero facilitáis la cura á los enfermos, por grave que sea, y les prometéis que á un gemido serán sanos.

De ningún enfermo tuvísteis asco, por asquerosa que fuese la enfermedad: por los hospitales andáis buscando los incurables y pobres.

Vos os pagáis Vos mismo, y de vuestra casa ponéis las medicinas.

¿Y qué medicinas?

Hechas de la sangre y agua de vuestro costado: de la sangre, para curarnos; del agua, para lavarnos, y dejarnos sin mancha, ni señal alguna de haber estado enfermos.

Una fuente había en medio del paraíso tan abundante, que se partía en cuatro caudalosísimos ríos, con que se regaba toda la tierra, y de la fuente de amor, que en el divino corazón ardía, vemos aquellos cinco ríos de sangre, que por sus sagrados pies, manos y costado salieron, para curar y sanar nuestras llagas, y curar todas nuestras enfermedades.

¿Cuántos enfermos se mueren por falta de médico, ó por no tener con qué comprar las medicinas necesarias para sus males?

Mas aquí no hay ese peligro, porque el Médico ruega consigo, y viene cargado de medicinas para todos males; y aunque á Él le costaron bien caras, con todo eso las da de balde á quien las quiere, y aun ruega con ellas.

DOMINGO.—*Séptima meditación.*—«Juez nuestro [1], líbranos de mal. Amén.»

La séptima petición de que nos libre del mal, no le pidamos que nos libre de este mal ó del otro, sino de todo lo que es propia y verdaderamente mal ordenado para privarnos de los bienes de gracia ó de gloria.

Hay males de pena, como son tentaciones, enfermedades, trabajos, deshonras, etc; pero estos no se pueden llamar propiamente males, sino en cuanto son ocasión de caer en culpas.

Las riquezas, las honras y todos los bienes temporales se podrán justamente decir males, pues nos son ocasión de ofender á Dios.

Pues de todos estos males y bienes, que nos pueden ser causas de condenación eterna, pedimos ser librados: y porque es propio del Juez supremo dar esta libertad, viene muy bien aquí el título de Juez.

La materia de esta petición es copiosísima, porque á ella se reducen las cuatro postrimerías del hombre, de las cuales están escritas tantas cosas, que son: la muerte, el juicio final, las penas del infierno y los gozos de la gloria.

---

[1] Acaso sea oportuna la observación que hacen algunos diciendo que las frases de Juez, Maestro y Médico estarían mejor aplicadas colocándolas la primera en la quinta petición, la segunda en la sexta, y la tercera en la séptima. Nosotros no vemos en esto motivo para que no se atribuya esta composición tan hermosísima á Santa Teresa de Jesús. Ha podido ser variada en algo en la forma; pero el fondo, la doctrina, la riqueza y la expresión son suyas evidentemente.

Aquí tornarse pueden á repetir las consideraciones pasadas, porque de todos los beneficios que se especifican en los seis títulos gloriosos que se han dicho, nos han de hacer allí cargo: y así lo debemos considerar, unas veces para confusión nuestra, otras para confianza.

Porque, ¿qué confusión es, que los que tenemos tal, y tan amorosísimo Padre, tan potentísimo Rey, tan suavísimo Esposo, tan buen Pastor, tan rico y misericordioso Redentor, tan eficaz y piadoso Médico, seamos tan ingratos y tan desaprovechados en todo? ¿Y cuán grande temor pone tanta carga de beneficios de su parte, y de la nuestra tanta ingratitud y desamor?

---

Mucho agrada al Señor esta manera de orar, porque como los grandes señores huelgan de oir á los rústicos, que les piden algo grosera y simplemente, así el Señor recibe mucho placer, cuando con tanta priesa le rogamos, que por no detenernos en buscar palabras muy compuestas y ordenadas, le decimos las primeras que se nos ofrecen, para significarle en breve nuestra necesidad.

San Pedro, y los Apóstoles, temiendo anegarse, decían:

—Señor, sálvanos, que perecemos.

El hijo pródigo exclama:

—Padre, pequé contra el cielo, y contra Tí.

Y la madre de Samuel:

—¡Oh, Señor de las batallas! si volviendo tus

ojos, vieres la afliccion de tu sierva, y te acordares de mí, y no olvidares á tu esclava, y dieres á mi ánima perfecta virtud, emplearla hé siempre en tu servicio.

Destas ó parecidas oraciones vocales está llena la Sagrada Escritura, y se sabe que los que las hicieron alcanzaron lo que pidieron; y así alcanrán las nuestras remedio de nuestras aflicciones y aprietos.

Y aunque es consejo de los santos, que mentalmente se hace esto mejor, los ejemplos de muchos santos y la propia experiencia nos enseña, que hablando desta manera vocalmente, Dios despide nuestra tibieza, enciende nuestro corazón, y le dispone para mejor proceder, y orar mentalmente.

---

—¿De qué suerte aprovechar mejor las enseñanzas de esta obra que orando y practicando como Teresa de Jesús oró y practicó?

# CONCLUSIÓN.

La grata memoria que conservamos, el respetuoso cariño que tuvimos en vida al que fué Obispo de Salamanca, don Narciso Martínez Izquierdo, y ocupó el primero la silla de Madrid-Alcalá, muriendo en ella *mártir de su deber*, nos mueve á dejar que sea su sabiduría la que *cierre* esta producción, que él nos pidió y deseaba tanto hiciésemos, y no pudo, sino en parte, ver planeada bajo sus consejos y dirección.

El giro que al fin nos hemos visto precisados á darla, hace que sólo así, y de esta suerte, la podamos tener por conclusa de manera digna, que produzca los beneficios que en realidad exige la protagonista principal que la sirve de tema y ella merece.

Todo ha desaparecido para absolverla á élla, y

seguros estamos que ninguno ha de preguntarnos por los demás personajes que en ella han figurado

Los que élla santificó, murieron *santificados;* los que de ella se separaron, murieron mal.

Orad; orad, diremos, pues, por voz tan autorizada, por la Iglesia, y, conforme á las intenciones del Romano Pontífice, ante el sepulcro de Santa Teresa de Jesús.

Orad, ante todo, por el Santo Padre común de los fieles.

Élla decía:

«Cuando os pidiéramos honras ó rentas ó dineros, ó cosa que sepa á mundo, no nos oyáis; mas si os pedimos honra de vuestro Hijo, ¿por qué no nos habéis de oir, Padre Eterno? Ah, ¡quién perdería mil honras y mil vidas por Vos! No por nosotras, Señor, que no lo merecemos, sino por la sangre de vuestro Hijo y sus merecimientos. ¡Oh, Padre Eterno! Mira que no son de olvidar tantos azotes, injurias y tan gravísimos tormentos; mira, Dios mío, mis deseos y las lágrimas con que esto os suplico y *olvidad mis obras* por quien Vos sóis y habed lástima de tantas almas como se pierden, y favoreced vuestra Iglesia. No permitáis ya más daños en la cristiandad, Señor; dad ya luz á estas tinieblas.»

Supuesto que Dios da dirección á nuestros deseos y señala el objeto de nuestras peticiones por

las necesidades que más nos aquejan; debiendo rogar por la Iglesia, ¿cómo no ha de ser preferente nuestra oración por el Romano Pontífice?

La Santa decía también á sus religiosas, «que si sus deseos y disciplinas y ayunos no se empleaban por tener Santos Prelados, pensasen que nada hacían ni cumplían el fin para que Dios las había juntado.»

A esta manera nosotros no sacaremos de nuestros ejercicios de piedad el fruto que debiéramos, si no los ofrecemos en favor del Padre común de los fieles, que si es lo más importante en el orden cristiano por su autoridad, también es hoy el más necesitado del auxilio divino por lo recio del combate en que se encuentra y no parece próximo á cesar.

. . . . . .

. . . . . .

Hemos ofrecido á vuestro estudio y veneración una gran *Santa*, y Su Santidad no puede menos de imponérsenos para admirarla y obligarnos á su imitación.

Hemos celebrado las glorias de una *Maestra* singular, y su sabiduría, y su atractivo deben cautivarnos para que la escuchemos, meditemos sus lecciones y practiquemos sus consejos.

Hemos puesto á vuestra vista una *Reformadora* insigne que empleó toda su vida en reformarse á sí misma para mejorarse; que dictó un plan y unas leyes tan acertadas, que no sólo produjeron un

cambio admirable en los suyos, sino que también han influído poderosamente en los extraños, siendo causa de una verdadera reparación general en el mundo.

Pues bien; que nadie entienda en las cosas de Santa Teresa, sin sentirse asaltado de las ideas de mejoramiento y restauración espiritual.

Su nombre aparece siempre unido al concepto de rehabilitación cristiana.

Cuanta grandeza y felicidad nos haya de venir por este concepto, no hay para qué declararlo; todo el secreto de nuestra excelencia consiste en remediar el decaimiento constante que experimentamos, en luchar con las dificultades que se nos oponen para obrar el bien, en sobreponernos á esa opinión funesta que se forma en el mundo en medio de las continuas debilidades y condescendencias, á ese género de vida que se acomoda á las exigencias del amor propio y del bajo egoismo, á esa conducta siempre guiada por la prudencia de la carne.

Unicamente Dios es bueno, y siguiendo el camino que nos marca su santa ley y uniendo nuestra voluntad á la suya, es como podremos ser buenos y felices.

¡Oh, y cuán admirable se nos ofrece en eso de buscar á Dios y vivir con Dios, la Santa del «Sólo Dios basta,» la Santa, que por el carácter de su virtud, podemos de un modo particular haber llamado *endiosada!*

¡Qué fe tan viva se descubre en ella! ¡Qué esperanza tan firme! ¡Qué caridad tan ardiente!

¡Cómo llegó á gustar en una vida de miserias y desventuras, de las cosas celestiales!

¡Cuán bien conoció por una parte la miseria del hombre, y por otra, la excelencia y dignidad del alma, sobre todo cuando Dios la eleva al estado *sobrenatural!*

¡Cuánto deseó perfeccionar su espíritu con la práctica de todas las virtudes y con el sufrimiento y la prueba hasta el heroismo!

¡Cómo y en qué grado recomendó en sus obras inmortales la oración, medio indispensable para entrar de lleno en el orden divino, que es el pan de las Misericordias infinitas de Dios!

El empeño de los impíos que no llamaríamos *desmedido* si no se descubriesen en él torcidos fines, el afán de perfeccionar las facultades del hombre por medios que jamás conducirán al fin deseado, porque se separan del único camino que á él conduce, es sumamente fácil de conseguir para el cristiano por medio de la virtud de la fe que perfecciona y eleva el entendimiento con la posesión de la verdad que es Dios, y llena el corazón y la voluntad, consiguiendo el bien sumo é increado.

«Lleva el hombre en su interior, dice la Reformadora del Carmelo, la imagen de Dios, como se ve en un espejo la nuestra; el que pierde la fe, rompe el espejo, destruye la imagen; el que de

Dios se separa por el pecado, la empaña, siéndole preciso purificar su alma para poder disfrutar de nuevo de tan preciosa vista.»

Terrible observación la que la Santa hace aquí á los pecadores, y aun más terrible con la que amenaza á los herejes.

Buscan los mundanos consuelos extraños, si las criaturas en quienes han depositado su amor no son fieles ni corresponden; «el corazón que ama de veras á Dios no admite jamás consuelos que de Dios no vengan, porque Dios es quien le hiere con su amor, y quien le cura... ¡Oh, verdadero amor! con cuánta piedad, con cuánta suavidad, con cuánto deleite, con cuánto regalo y con cuán grandísimas muestras de amor curáis estas llagas que con las saetas del mismo amor habéis hecho.» *(Exclam.* 16.)

Y así como todo nuestro trabajo espiritual debe ir encaminado á la caridad, según lo entendía Santa Teresa de Jesús cuando hasta en sus recomendaciones por la oración decía «que *no consiste en orar mucho,* sino en *amar mucho,*» también debemos tener presente que todo lo verdaderamente bueno y saludable en nosotros ha de proceder de la caridad.

Ella es la que aviva la fe, la que fortalece la esperanza, la que, como expresa la Santa y mística doctora castellana, inspira la mortificación, enciende y rectifica el celo y hace gustosa la obediencia.

El amor era el que inspiró á su noble y generosa alma para consagrarlo todo á Dios, el reposo, la acción, la vida, la honra, «teniendo concierto hecho con Su Majestad de ser toda *suya* y no reservar nada para sí; de aquí todas sus proezas y ese heroïsmo que tanto hemos admirado y procurado, en la medida de nuestras escasas fuerzas, hacer admirar á los demás.»

FIN DE LA OBRA.

# ÍNDICE.


| Números. | | Páginas. |
|---|---|---|
| | **Libro décimo.** | |
| | Los comienzos del fin. | |
| I..... | Después de la detención..... | 5 |
| II..... | Teresa y María..... | 14 |
| III..... | Epístolas preliminares..... | 24 |
| IV..... | Sucesos varios de trascendencia general y particular..... | 38 |
| V..... | Conducta laudable de la Santa en Ortigosa.... | 46 |
| | **Libro undécimo.** | |
| | Persecuciones de un inocente. | |
| I..... | La lectora y los oyentes..... | 54 |
| II..... | Primeras páginas del manuscrito..... | 67 |
| III..... | Lo que pudo leerse á la tarde siguiente..... | 83 |
| IV..... | Los interrogatorios..... | 100 |
| V..... | Curso del procedimiento..... | 116 |
| VI..... | En el que el autor se permite escribir de su propia cuenta, para mejor explicar los números anteriores..... | 133 |
| VII..... | Lo imprevisto..... | 145 |

Números. Páginas.

## Libro duodécimo.

Pruebas y merecimientos.

I..... En Bezadas..... 157
II..... Se inicia en Teresa la vida sobrenatural..... 168
III..... Complemento preciso del número anterior..... 179
IV..... El engaño..... 190
V..... La seducción..... 206
VI..... Historia de lágrimas..... 218
VII..... Ofertas de penitencia y abjuración..... 229
VIII.... Los celos son malos consejeros..... 245
IX..... El que escucha, su mal oye..... 262
X..... Un drama de familia..... 276
XI..... ¡Se escapó!..... 290

## Libro décimotercero.

Desfallecimientos y mayores desgracias.

I..... El parasismo..... 301
II..... Devoción á San José..... 311
III..... Vacila, y cae..... 320
IV..... Retrato de su alma..... 333
V..... Para un tunante, otro mayor..... 344
VI..... Intento malogrado..... 359
VII..... Explosión de cariño..... 370
VIII.... Relato inexcusable..... 385
IX..... María en grave riesgo..... 397
X..... Apariencias de muerte..... 414
XI..... Cayó en la ratonera..... 429
XII..... Todo se aclara..... 447

## Libro décimocuarto.

Luchas, mercedes y vencimientos.

I..... Las *Confesiones* del Obispo de Hipona..... 457
II..... Santa Teresa y San Agustín..... 468
III..... La oración y la meditación..... 477

| Números | | Páginas. |
|---|---|---|
| V..... | Éxtasis y arrobamientos..... | 488 |
| V..... | Obediencia y mortificación..... | 498 |
| VI..... | Virtudes de la Santa..... | 510 |
| VII..... | Su preferente oración..... | 522 |
| VIII.... | Conclusión del ejercicio comenzado en el número anterior..... | 534 |
| IX..... | Temores fundados..... | 547 |


## Libro décimoquinto.

Las visiones.


| | | |
|---|---|---|
| I..... | Preparación..... | 560 |
| II..... | Mayores comprobantes..... | 573 |
| III..... | Visiones celestes..... | 583 |
| IV..... | La Transverberación..... | 596 |
| V..... | Las alucinaciones..... | 606 |
| VI..... | Termina el tema del número anterior..... | 618 |
| VII..... | Síntesis y temores infundados..... | 626 |
| VIII.... | Los ángeles y los demonios..... | 638 |
| IX..... | Visiones diabólicas..... | 651 |


## Libro décimosexto.

El voto seráfico.


| | | |
|---|---|---|
| I..... | Nuevas resoluciones..... | 668 |
| II..... | Consecuencias del voto..... | 681 |
| III..... | Recuerdos y despedidas..... | 698 |
| IV..... | Los sucesos de la obra..... | 708 |
| V..... | Notas históricas..... | 722 |
| VI..... | Angel de consuelo y edificación..... | 733 |
| VII..... | En el que se refieren varias cosas que á Teresa de Jesús acaecieron en Toledo..... | 746 |
| VIII.... | Hácese preciso, por más que sea doloroso, impugnar el error y restablecer la verdad..... | 758 |
| IX .... | Llegada á Ávila, y lo que aconteció entonces á Teresa de Jesús..... | 771 |

| Números. | | Páginas. |
|---|---|---|
| X..... | El Monasterio de San José..... | 782 |
| XI..... | De cómo Teresa de Jesús *reformadora*, se dispone y prepara para hacerse *fundadora*..... | 795 |
| XII..... | En el que se pone fin al tema del número anterior..... | 807 |


## Libro décimoséptimo.

Las fundaciones.


| | | |
|---|---|---|
| I..... | Dos palabras que se permite escribir el autor... | 817 |
| II..... | Preliminares de la segunda fundación..... | 830 |
| III..... | De cómo quedó hecha la fundación, y de otros beneficios que á Medina hizo Teresa de Jesús. | 843 |
| IV..... | Ofrecimientos de la cuarta, y suceso de la tercera fundación..... | 854 |
| V..... | Portentosa fundación en Valladolid..... | 868 |
| VI..... | Sucesos que realzaron la cuarta fundación..... | 884 |
| VII..... | Lo que podía una sola mirada de Teresa de Jesús | 894 |
| VIII.... | La fundación de Toledo..... | 908 |
| IX..... | De cómo quedó hecha la quinta fundación..... | 921 |
| X..... | Hechos que precedieron á la sexta fundación... | 930 |
| XI..... | Teresa de Jesús en Pastrana..... | 947 |
| XII..... | La noche de ánimas..... | 960 |
| XIII.... | Francisco Velázquez y Teresa de Layz..... | 978 |
| XIV.... | Regalos místicos, contradicciones y favores grandes que el Señor hizo á Teresa de 1571 á 1574. | 992 |
| XV..... | De cómo la Santa correspondía á las mercedes del Señor..... | 1006 |


## Libro décimooctavo.

Prosecución y término de las fundaciones.


| | | |
|---|---|---|
| I..... | Novena y décima fundación..... | 1020 |
| II..... | «El hombre es de *hielo* para las verdades, de *fuego* para las mentiras.»..... | 1036 |

| Números. | | Páginas. |
|---|---|---|
| III..... | Los demonios golpeadores..... | 1052 |
| IV..... | Sucesos de la undécima y duodécima fundación. | 1069 |
| V..... | La Pecadora..... | 1084 |
| VI..... | Las fundaciones de Palencia y Soria..... | 1093 |
| VII..... | Últimas fundaciones..... | 1105 |


## Libro décimonoveno.

### Enfermedad y muerte de la Santa.


| | | |
|---|---|---|
| I..... | La llegada..... | 1118 |
| II..... | Los días siguientes..... | 1132 |
| III..... | Exclamaciones místicas de la Santa..... | 1140 |
| IV..... | Muerte gloriosa..... | 1148 |
| V..... | Mayores datos y enterramiento..... | 1163 |
| VI..... | Extravío de amor y fe..... | 1174 |
| VII..... | El Tesoro escondido..... | 1183 |
| VIII.... | Teresa glorificada..... | 1192 |


## Libro vigésimo.

### Adiciones y comprobantes.


| | | |
|---|---|---|
| I..... | Documentos curiosos..... | 1196 |
| II..... | Pasajes tomados por su interés de los *Opúsculos del R. P. Fr. Jerónimo Gracián*, confesor de la Santa..... | 1206 |
| III..... | Carta del maestro Avila á la madre *Teresa de Jesús*, en la cual se da luz de muchas cosas de espíritu, y se trata de cómo su doctrina fué examinada en la Inquisición, y aprobada por el Papa Sixto V..... | 1212 |
| IV..... | Relación de las virtudes de N. S. M. Teresa escrita por su prima la V. M. María de San Jerónimo..... | 1218 |
| V..... | Los Centenarios..... | 1229 |
| VI..... | Las siete meditaciones de *El Padre nuestro*.... | 1232 |
| | Conclusión..... | 1249 |

# PLANTILLA DE LÁMINAS.

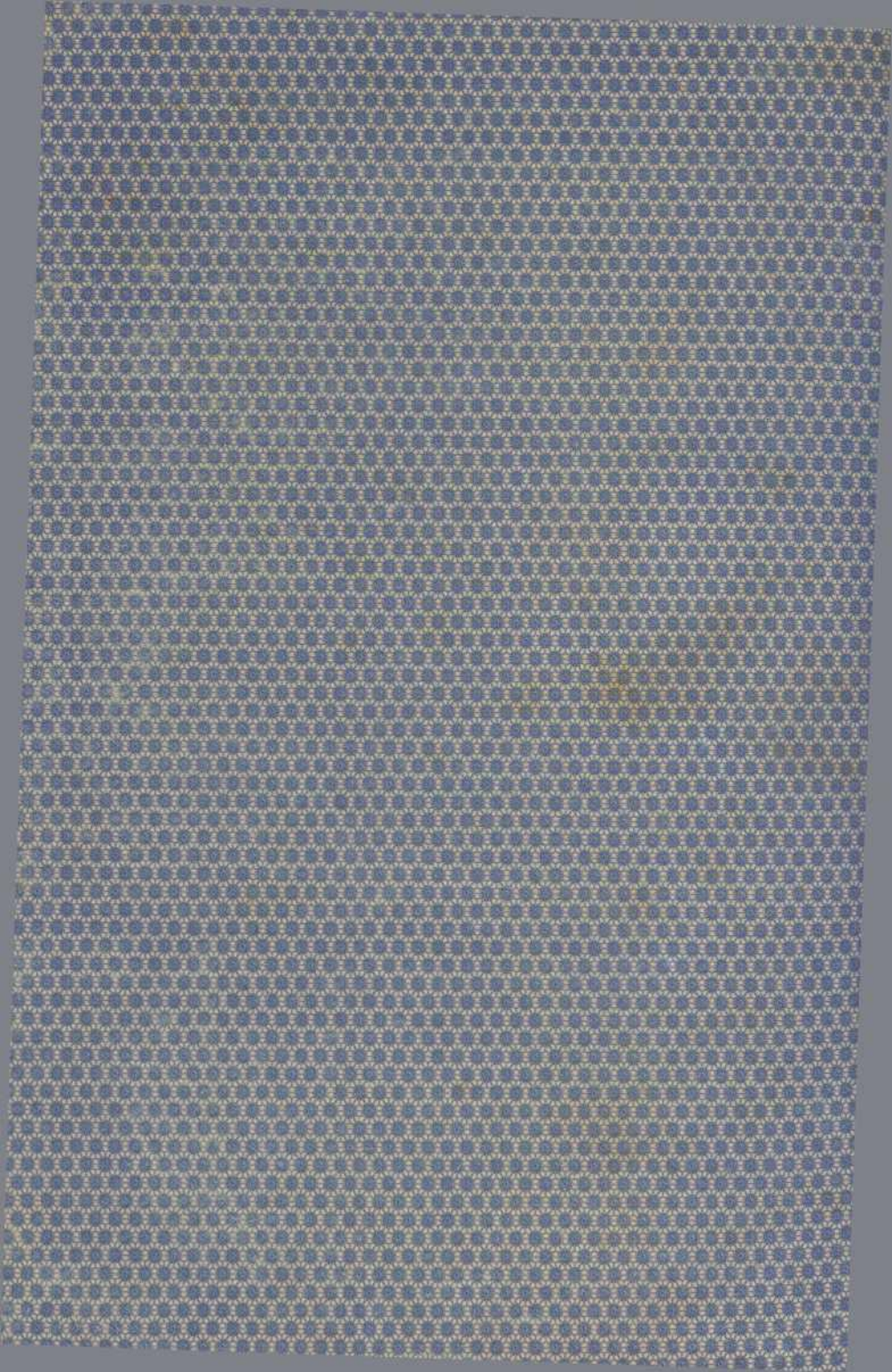
## TOMO PRIMERO.

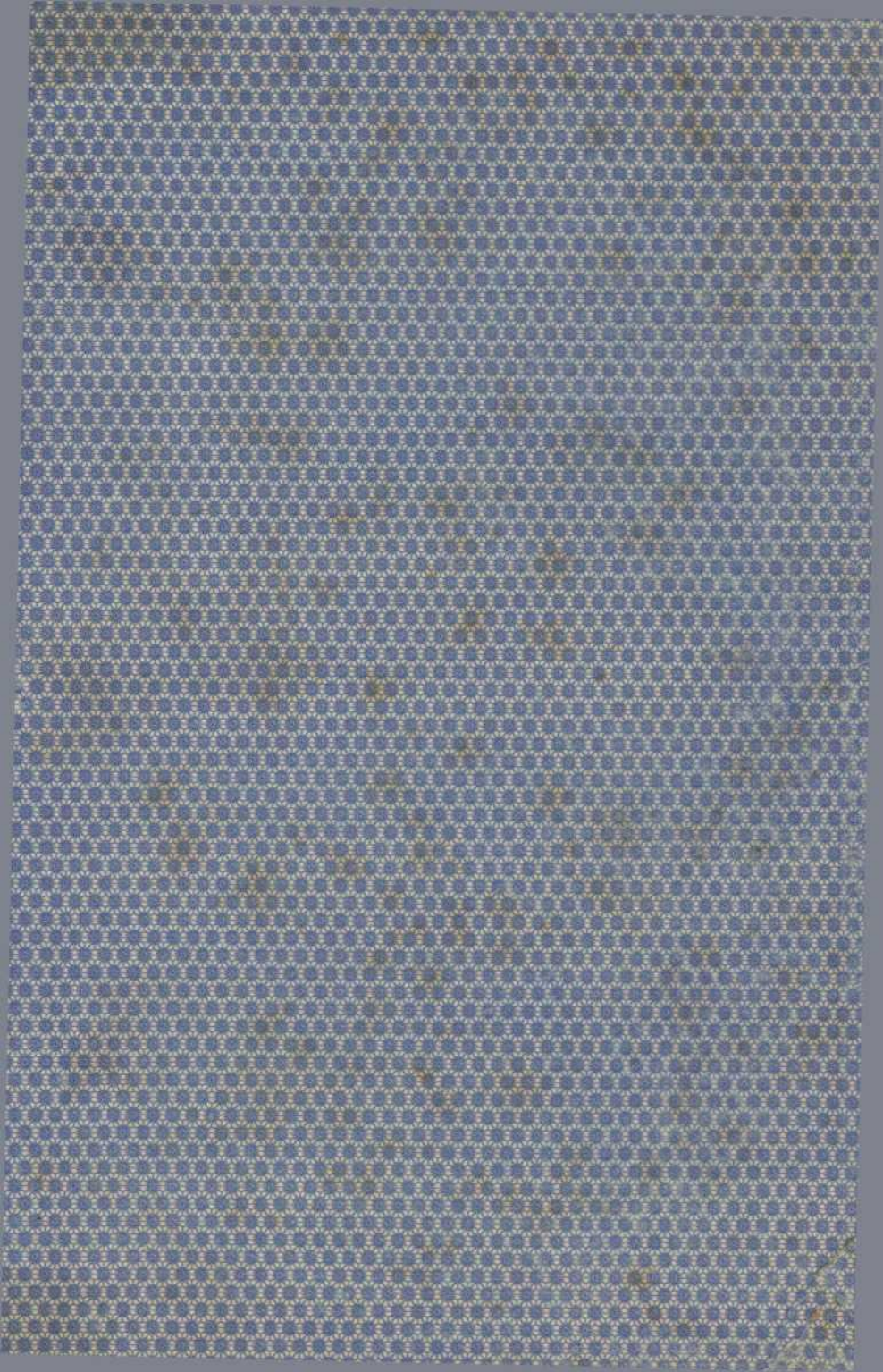

| | Páginas. |
|---|---|
| PORTADA [1]... —Yo Teresa de Jesús. —Pues yo Jesús de Teresa. | |
| —Hágase su voluntad | 14 |
| El Pacto | 279 |
| —Dáos por detenido | 449 |
| —¿A dónde váis, niños? | 632 |
| La Superiora cortó el cabello á la Santa | 971 |
| —¡Vive todavía! ¡Gracias, Dios mío! | 1178 |


## TOMO SEGUNDO.


| | |
|---|---|
| —Os pertenezco, señora, en cuerpo y alma | 275 |
| ¡Se escapó! | 293 |
| —¡Perdón, Señor; yo me corregiré! | 455 |
| ... Y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios | 599 |
| Vió el lugar del infierno | 657 |
| Se echó sobre un lado con un crucifijo en la mano | 1157 |
| Extravío de amor y fe | 1180 |


[1] El texto corresponde á la página 1045.





TERESA DE JESÚS.

G 27653

R.I.G.